

# HIPATIA DE ALEJANDRÍA

CHARLES  
KINGSLEY



Narrativas Históricas **Lectulandia**

Aleandría, en el año 413 de la era cristiana. Una ciudad en la que confluyen estudiosos de todas las tendencias filosóficas y donde florecen las artes, pero desgarrada por los conflictos políticos y de religión. Filósofa, astrónoma, matemática, Hipatia de Aleandría es sin duda una mujer sobresaliente, que difunde el neoplatonismo a discípulos venidos de todas partes. Pero en aquellos tiempos turbulentos, la filosofía podía convertirse en un arma y volverse contra los que la enseñaban. En su recreación de este sangriento episodio de la historia antigua, Charles Kingsley pone en juego toda su sabiduría como historiador, su conocimiento de la religión y la filosofía para ofrecer un retrato singularmente vívido de una época terrible poblada de personajes fascinantes: desde los monjes eremitas del desierto hasta el clero urbano fanático y corrupto, desde los cínicos gobernadores romanos hasta los godos fascinados por la ciudad de los dioses, pasando por figuras históricas de la talla de Sinesio o san Agustín. Estratagemas, conspiraciones, espectáculos para el populacho y luchas violentas se suceden hasta acabar con la brutal muerte de Hipatia a manos de una turba enfurecida. Publicada originalmente en 1853, la recuperación de esta novela que habla de la barbarie que provocan la intransigencia y el fanatismo no puede ser más oportuna.

**Lectulandia**

Charles Kingsley

# **Hipatia de Alejandría**

ePub r1.1

Titivillus 18.02.17

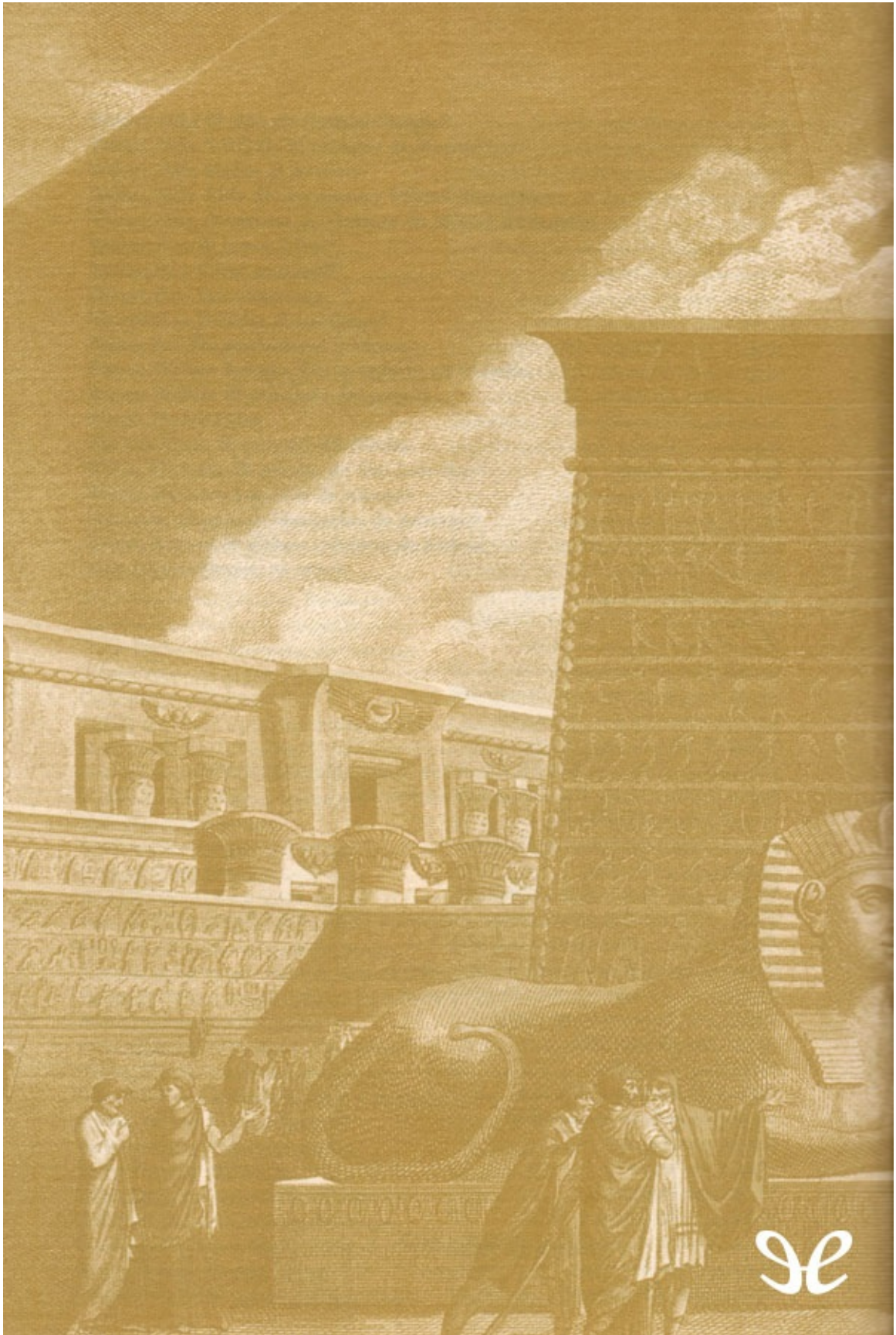
Título original: *Hypatia*  
Charles Kingsley, Noviembre de 2009  
Traducción: Gregorio Cantera  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



## PREFACIO

EN BOSQUEJO DE CÓMO discurría la vida cotidiana en el siglo V por fuerza ha de contener escenas que poco han de agradar al lector, y que las almas candorosas e inocentes bien harán en soslayar. Se trata de la recreación de una época magnificente y execrable, uno de esos momentos de trascendental importancia en la historia del género humano, en que, con escalofriantes barbarie y crudeza, virtud y depravación van de la mano, simultaneadas a veces en una misma persona. No sin inquietud tomará la pluma quien se decida a escribir sobre aquel momento, pues no osará relatar la extrema crueldad de los malvados, y nadie le creerá si ensalza sus bondades. Por si fuera poco, doble será la violencia que sufra en este caso, pues si los pecados de la Iglesia, aun nefandos, eran de tal naturaleza que podían confesarse, los perpetrados en el seno de la sociedad pagana en la que estaba inmersa eran indescriptibles, circunstancia ésta que, en aras de la decencia, impone ciertas limitaciones al apologeta cristiano, obligándole a mantener una posición más indulgente de la que tales hechos merecen.

En el transcurso de los siglos, jamás se ha cernido ni la más leve sospecha de inmoralidad sobre la heroína de este libro, ni sobre los insignes filósofos de la escuela a que perteneció. Por indignos y libertinos que fueran sus discípulos, a saber, los maniqueos, los más eminentes neo-platónicos eran, como el propio Manes, figuras de ascetismo y virtud acendrados.

Era aquélla una época en que las enseñanzas de todo pensador que se preciara por fuerza habían de colmar la aspiración de alcanzar las más excelsas cimas de la honorabilidad. Aquellas palabras de divina inspiración, «la luz verdadera que ilumina a todo hombre que llega a este mundo», avivaron en el ser humano un anhelo de integridad moral que tan sólo algunos filósofos o profetas, retirados del mundo, habían propugnado hasta entonces. El espíritu había prevalecido sobre la carne; de un extremo a otro del Imperio, del esclavo encadenado al molino al emperador hierático en su trono; los corazones ansiaban y, desazonados, buscaban la honradez, o reverenciaban a quienes la ponían en práctica. Y Aquel que suscitaba tales anhelos, al tiempo proveía los medios para satisfacerlos, enseñando a la

humanidad, dilatado y penoso empeño, a distinguir la verdad del vasto fárrago de vanas y engañosas formulaciones, y mostrar por vez primera, desde que el mundo es mundo, un atisbo de salvación, destinado no sólo a unos pocos, los elegidos, sino al género humano en su conjunto, sin distingos de razas ni dignidades.

Hacia algo más de cuatrocientos años que el Imperio romano y la Iglesia cristiana, venidos al mundo casi en la misma época, marchaban cada uno por su lado, como dos grandes potencias rivales, empeñadas en mortal contienda por ganarse la voluntad de los hombres. La fuerza del Imperio no residía tan sólo en su arrolladora fuerza militar o en su insaciable sed de conquistas, sino en su inigualable rapacidad de organización y en la instauración de un sistema uniforme en que prevalecían una ley y un orden eternos. En realidad, una magnífica dádiva para las naciones que caían bajo su férula, va que venía a sustituir el cíclico y periódico expolio al que se veían sometidas como consecuencia de los fortuitos y arbitrarios desastres que provocaban los enfrentamientos tribales, al tiempo que, de cara al Imperio, imponía el orden entre los ciudadanos más ricos de cada provincia, dándoles la oportunidad de repartirse los beneficios derivados de la explotación de las masas inferiores y trabajadoras. Esclavos por doquier, pues, en las provincias del Imperio; en las ciudades, multitudes de hombres sólo en apariencia libres que si no morían de hambre era gracias a la beneficencia de los poderosos; brutalmente aletargadas además mediante un amplio dispositivo de espectáculos públicos en los que se traspasaban los límites de la naturaleza y el buen gusto con tal de saciar las ansias de deleite, lascivia y ferocidad de un populacho depravado.

Cuatrocientos años llevaba la Iglesia enfrentándose a organización tan vasta, con las únicas armas de un arrebatado mensaje que a todos abarcaba, encamando un espíritu de honestidad y virtud, de amor y sacrificio en bien de los demás, que había calado más hondo y unido más a los hombres que la fuerza y el terror, la implacable organización y las sensuales añagazas con que, por puro instinto de conservación, el Imperio se había pertrechado frente a un evangelio que, como desde un principio había intuido, contenía el germen de su aniquilación.

Al final, la Iglesia se alzó con el triunfo. Las vanidades de este mundo habían ofuscado al poderoso. Pese a las inenarrables crueldades de los perseguidores; por encima de la viciada y pecaminosa atmósfera en que se desenvolvía; a pesar de haber nacido no como raza engendrada por intachables y puras criaturas, sino como fruto de un «nuevo parto» de las mismas masas de hombres caídos que la habían injuriado y perseguido; aun cuando sufrió en su propio seno el estallido continuo de torcidas pasiones que sus ahora seguidores habían aceptado a ciegas en el pasado; a pesar de

los miles de aberraciones que, a su alrededor e incluso dentro de ella, clamaban por ser reconocidas, tentando a los hombres con los mismos exclusivismo y soberbia que constituían la prueba palpable de la falsedad de sus propósitos; a pesar de todo eso, se alzó con el triunfo. Hasta los emperadores se pusieron de su lado. El postrer y vano intento de Juliano por reinstaurar el paganismo por decreto imperial sólo sirvió para poner de manifiesto que las viejas creencias ya no encontraban arraigo en el corazón de las masas. Tras su muerte, como una impetuosa avenida, surgió una nueva forma de entender el mundo, y a los amos de la tierra no les quedó otra que seguir la corriente que los arrastraba, y aceptar, al menos de cara a la galería, las leyes de la Iglesia como propias, reconocer la primacía de un rey de reyes a quien debían sumisión y obediencia, y dirigirse a sus propios esclavos con el tratamiento de nuestros «menesterosos hermanos» y, con no poca frecuencia, reconocerlos como «espíritus superiores».

Si bien los emperadores habían abrazado el cristianismo, muy distinta era la senda que seguía el Imperio. De vez en cuando, se cortaba de raíz un escándalo, se aprobaba un edicto para mejorar las condiciones de las cárceles y aliviar la situación de los prisioneros, o, atendiendo a las recriminaciones de san Ambrosio. Teodosio se volvía de repente más justo y humano. El Imperio no había cambiado: seguía siendo una tiranía absoluta que esclavizaba a las masas, sangraba al pueblo, acumulaba tesoros en sus arcas y enriquecía a quienes velaban por aquel sistema de latrocinio universal. Mientras las cosas siguieran así, pocas esperanzas podía albergar el género humano. Es más, entre los propios cristianos no faltaban quienes, al igual que Dante siglos más tarde, consideraban que el «nefasto regalo de Constantino» y la tregua entre la Iglesia y el Imperio no eran sino presagio de nuevos y más letales peligros. ¿No trataba acaso de prodigar sobre la Iglesia la sombra de aquel upas, el árbol que había echado a perder cualquier forma de vida humana?, ¿de convertirla en un esclavo oficial a sueldo, halagado si sumiso, y azotado cuando afirmaba su propia y libre voluntad como razón para alzarse contra quienes la tiranizaban?, ¿de arrojar sobre sus hombros, con refinada hipocresía, la carga de cuidar y prestar apoyo a las mismas masas de cuya sangre se alimentaba? Eso pensaban muchos cristianos, y no andaban errados, en mi opinión.

Pero si insólitas eran las condiciones sociales del mundo civilizado a principios del siglo V, más aberrantes eran aún los valores espirituales imperantes. La amalgama universal de razas, lenguas y costumbres que se había producido tras cuatrocientos años de gobierno indiscutido de Roma había desembocado en una no menor confusión de creencias, una eclosión universal de ideas y credos. Quienes en buena fe todavía creían en las antiguas supersticiones paganas de cada región ya estaban en decadencia



antes de que se instaurase la ostensible y terrenal idolatría del culto al emperador. Los dioses de cada pueblo, incapaces de hacer nada por quienes habían creído en ellos, uno por uno devinieron vasallos del «divino César», cayeron en el olvido entre los filósofos pudientes y sólo las clases humildes los veneraban: los viejos ritos casaban bien con sus groseros apetitos, cuando no estaban, además, al servicio de la prosperidad y el renombre de alguna localidad en particular.

Entretanto, el pensamiento humano, liberado de sus antiguas amarras, se extraviaba desenfrenado en los mares ignotos de la duda especulativa, sobre todo en Oriente, más propenso a la metafísica y a la contemplación, donde trataron de resolver por su cuenta las cuestiones relativas a las relaciones del hombre con el mundo invisible, provocando innumerables cismas, herejías y teosofías (sería un desdoro hablar de filosofía), cuyos vestigios contemplan desconcertados los eruditos, incapaces de dar cuenta o razón de tales fantasías.

Como cualquier expresión del pensamiento humano en libertad, también éstas dieron sus frutos y tuvieron su utilidad. Sirvieron para que, cuando menos, a no ser que la Iglesia renunciase para siempre a sus aspiraciones de alto magisterio para satisfacer las aspiraciones de los hombres, sus cabezas pensantes se planteasen miles de cuestiones que debían ser resueltas, estudiaran a fondo cada camelo a medida que se presentaba y tomaba cuerpo con el paso de las generaciones; que sintiesen, aun a través de amargas experiencias, como en el caso de Agustín, la fascinación de los alicientes que éstas ofrecían a los hombres; que separasen las verdades que apuntaban a bulto de la falsedad en que venían envueltas; que, ante los anhelos más sutiles y metafísicos de aquella época enferma, proclamasen que abrazaban con satisfacción las excelencias que la Iglesia católica proclamaba. Se trataba de exigencias a la altura de los tiempos, y no faltaron hombres que, con la inestimable ayuda que les proporcionaba la revolución intelectual que vivían, respondieran a esa llamada. La mezcla de conceptos, credos y razas, y la posibilidad de desplazarse de un extremo a otro del Imperio permitieron que los sublimes padres del cristianismo de los siglos IV y V gozasen de una amplitud de miras, de un pensamiento sutil y penetrante, de una tolerancia y una paciencia tan generosas y comprensivas como escasas veces, nos atreveríamos a decir, ha dado muestras la Iglesia; cuanto menos el mundo. En pocas palabras, si hubiéramos de juzgar a aquellos hombres según las circunstancias que les tocó vivir, y no otras, y los imaginásemos entre nosotros en estos tiempos, que no entonces, tan sobresalientes serían ahora como lo fueron en su momento. Porque aquella época que, desde la perspectiva superficial y burlesca de un Gibbon cualquiera, podríamos calificar de caótica, corrupta y desatinada, anárquica y sensual, fanática e

hipócrita, alumbró a hombres como Clemente, Atanasio, Crisóstomo y Agustín; atrajo a la esfera de la cristiandad los más excelsos valores de las filosofías de Grecia y Egipto, por no hablar de la organización social de Roma, preservándolas como reliquias para pueblos que aún no habían nacido y, gracias a personas que ni siquiera eran conscientes de su trascendencia, sirvieron para asentar los fundamentos del pensamiento y la ética tal como los conocemos en Europa.

Sin embargo, la salud de la Iglesia no sólo depende de la fe que profesa, ni siquiera de la sabiduría y santidad de sus grandes hombres, sino de la fe y la virtud de sus fieles. Una *mens sana* debe disponer de un *corpus sanum*. Hasta el esplendoroso futuro que aguardaba a la Iglesia de Occidente hubiera sido impensable si por sus venas no hubiera circulado una sangre nueva y saludable, capaz de vivificar un mundo exangüe y depravado por el influjo de Roma.

En las circunstancias históricas a que nos referimos, esa sangre nueva estaba al caer. La gran avalancha de los pueblos godos, que noruegos y alemanes encarnan hoy con genuina pureza, si bien todos los pueblos de Europa, desde Gibraltar hasta San Petersburgo, recibieron de ella la fortaleza que los caracteriza, fluía a oleadas y avanzaba a lo largo del Imperio romano siempre en busca del sur hacia Occidente, sin detenerse hasta arribar a las costas mediterráneas. Las tribus bárbaras aportaron al círculo mágico de la Iglesia de Occidente los cimientos que ésta requería para edificar la cristiandad del futuro, aquello que no le proporcionaba el Imperio, ni en Oriente ni en Occidente; a saber, una moralidad sin tacha, un respeto acendrado a la mujer, la familia, el derecho, la imparcialidad de la justicia, la libertad de cada individuo y, por encima de todo, la demostración con hechos del valor de la palabra dada; cuerpos libres de debilidades heredadas, de sangre ardiente y genial, bendecidos con una increíble disposición para aprender, incluso de aquellos a quienes despreciaban, con una disposición intelectual que poco tenía que envidiar a la capacidad organizativa de los romanos, y tampoco demasiado alejada de la agudeza fantasiosa y especulativa propia de Oriente.

Su reciedumbre se dejó sentir de inmediato. Sus avanzadillas, durante trescientos años contenidas, a duras penas y a costa de sangrientas guerras, al otro lado de los Alpes Orientales, se habían puesto al servicio del Imperio, hasta el punto que en muchas provincias godos eran los oficiales y soldados que conformaban el cogollo de las legiones romanas. Pero llegó el grueso de sus huestes. Tribus y tribus cruzaron los Alpes; una tras otra, traspasaban las fronteras del Imperio. Los hunos, inferiores sólo en número, presionaban desde la retaguardia con el irresistible empuje de sus efectivos; Italia, con sus ricas ciudades y fértiles valles, era el señuelo que perseguían; como

segundones que eran, habían descubierto su propia fuerza y las carencias de los romanos, y no tardaron en dar con un *casus belli*. Por inicua que fuera la actitud de los hijos de Teodosio al no reconocer los privilegios otorgados — ¡la corrupción de los godos mediante sobornos para que no atacasen al Imperio! —, la avenida hasta entonces remansada anegó las llanuras de Italia; desde ese instante, el Imperio de Occidente, incapaz de reaccionar, se tambaleó como un pelele moribundo, mientras los invasores se repartían Europa. Si los quince años que antecedieron al momento en que se desarrolla nuestro relato habían sellado el destino de Grecia, los cuatro últimos supusieron el final de la propia Roma. Los incalculables tesoros que cinco siglos de rapiña habían amontonado en torno del Capitolio eran la recompensa que buscaban aquellos hombres vestidos con piel de oveja y cuero de caballo; la hermana de un emperador descubrió que la belleza, la virtud y el orgullo de su raza casaban a la perfección con las manos fuertes de aquel héroe llegado del Norte que, como prisionera y compañera, la llevó lejos de Italia para explorar nuevos territorios al sur de Francia y en España y, tras cruzar el estrecho de Gibraltar, expulsar a los recién llegados vándalos a las entonces feraces costas del norte de África. Las extremidades cercenadas del Viejo Mundo hervían en la caldera de Medea para renacer intactas, jóvenes y vigorosas. Los longobardos, el más noble de aquellos pueblos, en sus largas correrías hacia el sur desde las tierras montañosas de Suecia, encontraron acomodo temporal al lado norte de la frontera austríaca, del que no tardaron en ser desalojados por los hunos, quienes, impetuosos, cruzaron los Alpes e impusieron su nombre para siempre a las llanuras de Lombardía. Tras unos cuantos años de tropelías, los francos se erigieron en señores del Bajo Rin y, antes de que los cabellos de los discípulos de Hipatia se tornaran grises, los míticos Hengisto y Horsa habían arribado a las costas de Kent: el pueblo inglés había iniciado su andadura en el mundo.

Una providencia ineluctable impidió que nuestra raza, que tan airosa había salido de cuantas empresas había acometido en otros lugares, no avanzase más allá del Mediterráneo, sin llegar siquiera a Constantinopla, que, a día de hoy, se mantiene como reducto de la fe y las costumbres de Asia en Europa. Un implacable destino daba la espalda a la única y posible renovación que llamaba a las puertas de Oriente. Todas las tentativas de los pueblos bárbaros de asentarse al otro lado del mar —ya fueran los reinos organizados que los vándalos establecieron en África, las huestes que, a las órdenes de Gainas, se entregaron al saqueo y al pillaje en Asia Menor, las guardias pretorianas de los varangios en la Edad Media o las invasiones religiosas protagonizadas por los cruzados—, concluyeron en los estertores y posterior desaparición de los colonizadores. La extraordinaria reforma de las costumbres que, según Salviano y sus contemporáneos, los conquistadores

vándalos emprendieron en el norte de África no les valió de nada: perdieron mucho más de lo que habían aportado. En aproximadamente un siglo, el clima, la vida licenciosa y los dispendios de quienes ostentaban el poder los convirtieron en un pueblo de inútiles y libertinos rodeados de esclavos, que cayó aniquilado ante el empuje de los ejércitos semibárbaros de Belisario. Con ellos, desapareció la última oportunidad de que los pueblos godos impusieran en Oriente las mismas normas de austeridad y disciplina que habían revitalizado Occidente.

En consecuencia, el trabajo llevado a cabo por las Iglesias de Siria y Egipto no habría de servirles sólo a ellas, sino también a nosotros. Más que manifiestos eran ya los signos de malestar y decrepitud de aquellas sociedades. El singular vuelco que culminó en el pensamiento greco-oriental, alumbrador de los más importantes pensadores del momento, los llevó a dejar de lado las cuestiones prácticas en aras de la especulación, hasta el punto que, agotados y sedientos de sangre nueva que regenerase la raza después de tantos siglos, los pueblos egipcio y sirio se dieron a la holganza y cayeron en los excesos del intelectualismo. Pusilánimes, timoratos, indolentes por constitución, incapaces entonces como ahora de aspirar a la libertad personal y política, constituían un caldo de cultivo ideal para la extensión del fanatismo, que no de ciudadanos del reino de Dios. Los firmes pilares que constituyen la familia y la pertenencia a una nación, las dos divinas raíces en que se asienta la Iglesia, que privada de ellas se marchita hasta devenir en el más descreído y cruel de los espectros de la religiosidad, se habían evaporado en Oriente por la nefasta influencia de la aceptación generalizada de la esclavitud, tanto como por la decadencia de la nación judía que, durante siglos, había sido un testimonio vivo de tales ideas; de forma que todos los estratos sociales, al igual que Adán, el padre de todos ellos —el mismo y «viejo Adán» que todos llevamos dentro y sacamos a relucir en cualquier momento de la vida—, procuraban apartar la vergüenza del pecado de sus propias conciencias y echaban las culpas a las relaciones y deberes que como seres humanos tenían y, por ende, al Dios que como tales las había establecido: «*La mujer que pusiste a mi lado me dio la fruta del árbol y yo me la comí*». Por su carácter apasionado y propenso a la dejadez, para los orientales era más fácil practicar la pura abstinencia que la templanza, y más agradable el pensamiento religioso que emprender una acción meritoria; así, como hongos, brotaron comunidades monásticas por todo Oriente, tan numerosas que, sólo en Egipto, se afirmaba que contaban con tantos adeptos como laicos poblaban el país; aparte del descenso notable de la perversión de las costumbres, también eran responsables de la fatiga y la baja natalidad de aquella sociedad. Eran pueblos, pues, de los que poca resistencia se podía esperar frente a la rampante tiranía implantada en el Imperio de Oriente.

Vanas fueron las advertencias de hombres que, como Crisóstomo o Basilio, alzaron su voz contra las odiosas intrigas y villanías que observaban en la corte de Bizancio: imparable, el declive de la cristiandad en Oriente se prolongó durante dos centurias más, al tiempo que se producía el ascenso continuado de la Iglesia en Occidente. Mientras los sucesores de san Gregorio Magno se dedicaban a convertir y a llevar por la senda de la civilización a la Europa que acababa de nacer, las Iglesias de Oriente cedían ante los invasores mahometanos, iluminados por la fuerza incontenible que les infundía la fe en un dios vivo, del que los cristianos, enzarzados en odios y persecuciones por fútiles discusiones teológicas, renegaban y blasfemaban en cuantas acciones emprendían.

Durante el período en que se desarrolla nuestro relato, el pensamiento greco-oriental estaba todavía en camino de culminar su gran obra, maravillosa y sutil metafísica que, gracias a frases y definiciones que poco o nada significan ya para nuestro grosero intelecto, atisbaba los símbolos de las realidades espirituales más trascendentales, que cifrando en la distinción entre *homoousios* y *homoiousios* la solución de todos los problemas del ser humano, por ejemplo, tenía que vérselas en Alejandría, antiguo bastión de la filosofía griega, con los restos del naufragio de aquel pensamiento científico que tanta excelencia cultural había aportado a la ciudad. El alejamiento de la familia y de los deberes cívicos que exigía la vida monástica les vino como anillo al dedo a los padres de aquella época para dedicarse, sin que nada los perturbase, a dilucidar cuestiones que bien abarcan toda una vida, algo inconcebible para el pensamiento de los hombres del Norte, más propensos a resolver cuestiones de índole social o práctica. En vez de tacharlos de pedantes y visionarios, obligación nuestra será, por tanto, dar gracias al cielo de que, en el momento oportuno, aparecieran aquellos hombres que llevaron a cabo lo que nunca habríamos sido capaces de hacer nosotros: transmitimos como preciosa heredad, a costa de la sangre derramada de su pueblo en numerosas ocasiones, una metafísica cristiana y científica a la vez, un intento de liberarnos de todo lo que, hasta su aparición, adolecía de incoherencia, una victoria sobre la extravagante progenie de adefesios teóricos engendrados por la confusa mezcolanza de la decadente filosofía griega y el simbolismo egipcio, la astrología de los caldeos, el dualismo parsi o la espiritualidad hindú, cautivadores y sugerentes espectros, como tendremos ocasión de comprobar en los capítulos que siguen.

A la hora de escribir sobre Hipatia y el destino que le cupo en suerte, he procurado atenerme a los hechos tal como sucedieron, siguiendo el hilo del relato que nos ha transmitido Sócrates en la escena final de su *Historia Eclesiástica*, libro VII, § 15. Otras razones, no menos históricas, me han llevado a fijar su muerte dos años antes de la fecha por él propuesta. Como Gibbon,

rechazo la tradición que afirma que fuera esposa de Isidoro, el filósofo, anacronismo más que evidente que nos aparta en no menos de cincuenta años de la realidad (el maestro de Isidoro, Proclo, nació sólo un año antes del fallecimiento de Hipatia), contradicción en la que incurre el propio urdidor de semejante falacia, Focio, quien, tras comparar a Hipatia con Isidoro, afirma que Isidoro contrajo matrimonio con una tal «Domna». Ninguno de los escritores de su tiempo da a entender que estuviera casada, y el nombre de Isidoro ni siquiera aparece entre los muchos amigos que Silesio y ella tenían en común, a quienes éste nunca olvida en las cartas que escribió a Hipatia; de haber existido un marido por medio, en alguna de esas misivas se habría mencionado tal circunstancia. A los lectores que deseen saber más de las circunstancias en que se desarrollaba la vida privada en el siglo V de nuestra era les animo a consultar las hermosas cartas de Silesio, así como las de Isidoro, santo abad del monasterio de Pelusio.

Tengo para mí que las páginas que vienen a continuación no estarán libres de anacronismos o errores. Con todo, me gustaría aclarar que he hecho cuanto ha estado en mi mano por acercarme a la verdad hasta en los detalles más nimios, y trazar un esbozo de aquella época, sus costumbres y su literatura, tal como me la imagino: artificiosa, indolente y decadente, más parecida a los tiempos de Luis XV que a los días de Sófocles y Platón. De ahí que me atreva a sacar a la luz este bosquejo, añadiendo de antemano mi sincera gratitud a quienes, indicándome los errores en que pueda haber incurrido, nos ilustren a mí y al público en general sobre la postrer contienda que enfrentó a la joven Iglesia con el Viejo Mundo.

## CAPÍTULO I. El Cenobio

EN EL AÑO 413 DE LA ERA cristiana, a unas trescientas millas de Alejandría, un joven monje, Filamón, estaba sentado al borde de una cadena de riscos coronados de arena arrastrada hasta allí por el viento. A sus espaldas, el desierto, despoblado, interminable, enviaba lívidos destellos contra el horizonte azul y abovedado de un cielo en el que no se veía una nube. A sus pies, de grieta en brecha, de repisa en reborde, la arena serpenteaba y se deslizaba en hilillos amarillos, o se arremolinaba sobre su cabeza formando diminutos torbellinos de polvo amarillo que iban y venían al capricho de la brisa estival. En los montes de enfrente, al otro lado de un angosto sendero que discurría por el fondo, se veían tumbas horadadas en la roca, vestigios de enormes y antiguas canteras, obeliscos y columnas a medio cortar, tal como siglos atrás los dejaron los operarios. La arena se deslizaba a lo largo de las piedras y se amontonaba a su alrededor. No menos árida, la nieve cubría las yermas cumbres de los peñascos. Todo era silencio y desolación, monumento funerario de una nación desaparecida en mitad de una tierra agonizante. Abarcándolo todo con la mirada, rebotante de vida, juventud, salud y belleza, el bello y joven Apolo del desierto permanecía sentado. Se cubría con una andrajosa piel de oveja, ceñida con una correa de cuero. Centelleantes, sus largos y negros cabellos, nunca cortados desde niño, se agitaban bajo la luz del sol; una pelusa poblada y oscura, muestra palmaria de vigorosa virilidad, le cubría las mejillas y el mentón; las manos fuertes, los brazos nervudos y tostados revelaban el trabajo y el esfuerzo; la mirada penetrante, la frente prominente, otros tantos rasgos de osadía, imaginación, pasión y reflexión que de poco le valían en aquel lugar. ¿Qué hacía allí, rodeado de tumbas, un joven deslumbrante?

Quizás en eso estaba pensando, cuando se llevó la mano a la frente como si pretendiese ahuyentar las ideas que se le venían a la cabeza. Dio un respingo, se puso en pie y echó a andar por las peñas, atento al suelo que pisaba y escudriñando entre las hendiduras. Buscaba leña para el monasterio.

Si bien nada de especial tenía tal cometido, recoger arbustos en el desierto baldío, algún que otro trozo de madera procedente de alguna cantera o de ruinas abandonadas, el caso es que, en las proximidades del cenobio del abad Pambo, en Escitia, la leña escaseaba cada vez más, y Filamón tardó un buen rato en reunir la cantidad que necesitaba. Nunca había estado tanto tiempo fuera del recinto.

De repente, tras un recodo del sendero que seguía, advirtió algo que nunca había visto antes: un templo excavado en la roca de piedra arenisca; delante, esparcidas a lo largo y ancho de una explanada, vigas, herramientas de trabajo y unas cuantas calaveras blanqueadas en la arena, restos quizá de obreros que, sorprendidos durante alguna de las innumerables guerras del pasado, habían encontrado la muerte mientras trabajaban. El abad, su padre espiritual, y único progenitor del que tuviera noticia, puesto que sus primeros recuerdos se remontaban al cenobio y a la celda de aquel anciano, le había prohibido de forma terminante que entrase en contacto, ni se acercase siquiera, a los vestigios de la antigua idolatría. Desde el repecho donde se encontraba, una amplia calzada descendía hasta el lugar allanado. Había tanta leña, sin embargo, que representaba una tentación difícil de vencer... Tomó, pues, la decisión de acercarse y recoger unos cuantos troncos. A su regreso, le hablaría al abad del tesoro que había encontrado y solicitaría su permiso antes de volver allí.

Se llegó, pues, al lugar, sin osar casi alzar la vista para contemplar las sugerentes iniquidades que representaban aquellas imágenes que, en vivos colores azul y carmesí, perfectamente conservadas gracias a la sequedad del aire, aún resplandecían en medio de tan devastadora soledad. Era sin embargo un hombre joven, y la juventud es impetuosa por naturaleza, y el diablo, al menos en el siglo V, andaba al acecho de mentes juveniles. Ni por un momento dudaba Filamón de la existencia del demonio y, día y noche, rezaba con fervor para verse libre del maligno. Se santiguó y pidió con todas sus fuerzas: «Señor, haz que aparte los ojos. ¡No permitas que contemplen la vanidad!»... Hasta que acabó por mirar...

¿Quién no se habría detenido a contemplar los cuatro reyes colosales y sedentes, de gesto grave, hierático, con sus enormes manos en las rodillas que, en eterno gesto de quietud, parecían sostener la montaña con sus majestuosas cabezas? Le invadió un temor reverencial, un remedo de debilidad, pero no sintió miedo. Aquellos ojos severos y enormes no se apartaban de él: no se atrevía ni a agacharse para recoger la leña que había a sus pies.

Unos caracteres místicos esculpidos, símbolo a símbolo, en ordenadas líneas, circundaban las rodillas de las imágenes y los troncos que ocupaban: la antigua sabiduría de los egipcios, la misma en la que Moisés, un hombre



elegido por Dios, había sido instruido mucho tiempo atrás. ¿Qué le impedía descifrarlos? ¿Qué terribles secretos no guardarían sobre el pasado, presente y futuro del ancho mundo del que él tan sólo conocía poco más que una mota? Los reyes allí sentados lo habían sabido todo; sus labios perfilados y separados parecían dispuestos a hablarle... ¡Ojalá lo hiciesen, siquiera una vez! La grave y burlona sonrisa con que lo contemplaban, desde la altura de su poder y soberanía, con despreocupado desdén..., a él, un joven desvalido, que se dedicaba a recoger los restos y las trazas de su pasada majestad. No se atrevió a seguir contemplándolos.

Su mirada vagó a lo lejos, hasta los atrios del templo, apetecible sima de fresca sombra de verdor, y se adentró aún más, columna tras columna, de estancia en estancia, hasta quedar sumido en una noche oscura. Atenuados, en la negrura que tenía delante de los ojos, en muros y columnas, contempló magnificentes arabescos, trazos que dibujaban la historia, victorias y penalidades, hileras de prisioneros ataviados con vistosos y fantásticos ropajes, acompañados de extrañas bestias, cargadas de presentes procedentes de tierras lejanas; festejos a los que asistían multitud de mujeres, cotí niños en sus rodillas y sus esposos al lado, con guirnaldas y una fragante flor de loto en cada mano, atendidas por esclavos que servían vino y las rociaban de perfume; bailarinas ataviadas con transparentes velos y ceñidos cinturones dorados que agitaban sus felinos miembros ante los asistentes... ¿Qué significado encerraba lo que veía? ¿Qué había sido de todo eso? ¿Por qué, al cabo de siglos, milenios incluso, de pasarse la vida comiendo y bebiendo, casándose y entregando sus hijas en matrimonio, sin preocuparse de nada más, se había desvanecido aquel mundo? ¿Acaso tenían algo mejor en qué pensar? Sus antepasados se habían apartado de la luz muchísimos años antes de que ellos vinieran a este mundo... Cristo no había venido a la tierra hasta muchísimos años después de que hubieran muerto... ¿Qué podían saber ellos? Y ahora, todos y cada uno de ellos ardía en el infierno. Cada una de las mujeres que veía allí sentadas, con los cabellos revueltos, luciendo guirnaldas, collares de pedrería y flores de loto, tules de gasa, mostrando sus gráciles cuerpos; eran las mismas que, en vida, sonreían con dulzura, parecían felices, tenían hijos y amigos, a quienes ni por asomo se les habría pasado por la cabeza dónde acabarían, porque no había otro destino... Estaban en el infierno, ardiendo por siempre jamás, allí, bajo sus pies. Se quedó mirando el suelo pedregoso. Si pudiera ver a través de las rocas... Si los ojos de la fe fueran capaces de horadar las peñas, vería cómo se debatían y se retorcían lamidas por las llamas, abrasadas, convertidas en pura brasa..., un tormento eterno. Sólo de pensar que también él podía verse en semejante situación, sintió escalofríos. Sólo una vez se había quemado las manos, durante el incendio de una cabaña construida con hojas de palmera... Y

recordaba lo que había sentido... Aquellas mujeres padecían aquel tormento multiplicado por diez mil y para toda la eternidad... Le pareció oír sus gemidos que, en vano, suplicaban una gota de agua que les refrescase la lengua... Nunca había oído el alarido de un ser humano, hasta que un cocodrilo se llevó a aquel niño que se bañaba en la otra orilla del Nilo... Pasaron días y días sin que lograra apartar de sus oídos aquel lamento tenue y lejano que percibió, a pesar de la impetuosa corriente del río. ¡Y pensar en las voces lastimeras que aquellas ígneas bóvedas habrían de repetir por los siglos de los siglos! ¿Cómo podía concebirse algo así? ¿Cómo era posible? Millones y millones de seres humanos ardiendo para siempre por culpa del pecado de Adán... ¿Sería Dios justo en verdad?

¡Era una tentación del maligno! Había traspasado el umbral de la iniquidad, donde los demonios aún campaban a sus anchas; había devorado con la mirada las abominaciones de los paganos y abierto las puertas al diablo. Volvería a toda prisa al cenobio y confesaría a su padre lo que había pasado. Éste le impondría la penitencia correspondiente, rezaría por él y le concedería el perdón. Pero ¿tendría el valor de contárselo todo? ¿Se atrevería a confesarle toda la verdad, el insaciable deseo de entender aquellos misterios que le corroía, de plantar cara al poderoso bramido del mundo de los hombres que, lentamente, mes tras mes, se había ido adueñando de su ser hasta adquirir tan pavorosos contornos? No podía seguir en el desierto por más tiempo. ¿Sería de verdad tan malo, como aseguraban los monjes, aquel mundo en que las almas de quienes en él vivían acababan todas en el infierno? Debía de serlo; de lo contrario, ¿por qué habría ríe ser ése su destino? Era una idea demasiado terrible para aceptarla sin más. No; iría y le plantaría cara.

Agobiado por tan acuciantes cuestiones, tan inconexas y confusas como las ideas de un niño, desorientado, el muchacho echó a andar hasta la cima de los riscos a cuyos pies se airaba su hogar.

En un bosquecillo de viejas palmeras, un lugar apacible, se airaba el solitario cenobio, una hilera de toscas y gigantescas celdas, cobijado a la sombra permanente que le dispensaba la pared sur de los escarpados picachos. Una gruta natural en las estribaciones del monte hacía las veces de capilla, almacén y dispensario. En la parte soleada de la ladera, al otro lado del sendero, el huerto de la comunidad, remanso de verdor donde los monjes cultivaban mijo, maíz y judías; la escuálida acequia que, tratada siempre con grandes miramientos y cuidados para no malgastar el agua, nacía al pie de las colinas y discurría por el lugar esparcía una permanente mancha verde en el minúsculo terreno que, con denodado esfuerzo, los hermanos habían conseguido mantener a salvo de la arena que todo lo devoraba. Porque el huerto, como todo lo que había en el cenobio, si exceptuamos las celdas de

piedra, de no más de siete pasos, en que dormían los eremitas, pertenecía a la comunidad, y todos velaban y disfrutaban de lo que compartían. Mirando por el común, y también por ellos mismos, pertrechados con banastos de hojas de palmera repletos de lodo negro del Nilo, los monjes habían adecentado la cañada que, abruptamente, continuaba como una larga cinta plateada. Mirando por el común, habían retirado la arena de los bordes del terreno y, en el reducido espacio artificial de tierra fértil que habían adecentado, plantaron todo lo que habrían de compartir. Para pagar la ropa que llevaban, los libros y disponer la capilla para otras necesidades también comunes, como la educación o el culto, día tras día, semana tras semana, los monjes, sentados y absortos en excelsos y celestiales pensamientos, trenzaban las hojas del minúsculo palmeral para hacer capazos, que un anciano monje trocaba en los monasterios más prósperos y populosos de la otra orilla por otras mercancías que también necesitaban. A bordo de una ligera canoa de papiro, hasta allá trasladaba Filamón al anciano monje todas las semanas; mientras esperaba a que regresase, se dedicaba a pescar para contribuir al sustento de la comunidad. Así de sencilla, apacible y feliz era la vida en el cenobio, regida por normas y consignas que todos consideraban casi tan sagradas como las contenidas en las Escrituras: los hermanos, por otra parte, daban por sentado (y no les faltaba razón) que en ellas estaban inspiradas. Los monjes disponían de alimento y ropa, un lugar en el que guarecerse, amigos y buenos consejeros espirituales. En manos del Todopoderoso, llevaban una vida tranquila, arrobados, día y noche, con la esperanza de una gloria perdurable, más inalcanzable de la que pudieran soñar los poetas... ¿A qué otra cosa podría haber aspirado un hombre en aquella época? Habían dejado atrás lejanas ciudades; a su lado, Paris nos parecería un austero asentamiento, y Gomorra, un emporio de castidad; se habían apartado de un mundo corrupto, infernal y agónico, poblado de tiranos y esclavos, hipócritas y libertinos, para meditar, sin que nadie los perturbase, sobre nuestros deberes y nuestros valores, la muerte y la eternidad, el cielo y el infierno, para acrisolar un credo común, un interés común, una esperanza común, igual que comunes a todos eran las obligaciones, esparcimientos y tristezas... Cómo eran la sociedad y los tiempos de los que huyeron aquellos monjes de la antigüedad, tendremos ocasión de comprobarlo quizás antes de que concluya nuestro relato.

— ¡Cuánto has tardado, hijo mío! — exclamó el abad, sin soltar el trenzado que tenía entre manos, cuando vio al muchacho.

— La leña escasea, y tuve que alejarme.

— Un monje no debe responder hasta no ser requerido, y yo no te he preguntado el motivo. ¿Dónde encontraste la leña?

— En la explanada del templo; más allá de la cañada.

– ¡El templo! ¿Qué viste en aquel lugar?

No hubo respuesta. Pambo alzó la mirada hasta cruzarla con los ojos relucientes del joven.

– Entraste en el templo y disfrutaste de las abominaciones que allí viste.

– No; no entré; pero, sí, claro que miré...

– ¿Y qué viste? ¿Mujeres, acaso?

Filamón guardó silencio.

– ¿No te he encarecido que nunca contemples el rostro de una mujer? ¿Acaso no son la fruta predilecta del diablo, el origen de todo mal, la más sutil de las trampas que Satán nos tiende? ¿Acaso no fueron malditas para siempre por la falta de la madre de todas ellas, aquélla por la que el pecado vino al mundo? Mujer fue la primera en abrir las puertas del infierno y, hasta hoy, no se han apartado de su umbral. ¡Desdichado muchacho! ¿Qué has hecho?

– Sólo estaban pintadas en las paredes.

– Ya – repuso el abad, como si acabase de librarse de un pesado fardo –. ¿Y cómo supiste que se trataba de mujeres si, a no ser que hayas mentido, cosa de la que no te creo capaz, según tú, nunca has visto el rostro de las hijas de Eva?

– A lo peor..., quién sabe..., no eran sino demonios – repuso Filamón, dando sin quererlo con una excusa –. Demonios debían de ser, supongo, seres hermosísimos.

– ¡Vaya! ¿Y quién te ha dicho a ti que los diablos sean hermosos?

– Fue hace una semana, cuando iba en la barca con el padre Aufugio. En la orilla, a lo lejos, había dos criaturas... de largos cabellos, con la parte inferior del cuerpo pintada de negro, rojo y amarillo, que recogían flores en la orilla. El padre Aufugio apartó la vista; pero a mí no se me iba de la cabeza que eran los seres más maravillosos que hubiera visto jamás. Cuando le pregunté por qué apartaba los ojos de aquel espectáculo, me dijo que se trataba de los mismos demonios que habían tentado al bienaventurado san Antonio. Recordé una lectura en voz alta que había escuchado con atención, y cómo Satán, disfrazado de hermosa mujer, había tentado a Antonio. Hilando, hilando..., y como los dibujos de la pared tanto se parecían, pensé, creí... que quizá fueran...

El pobre chico, al darse cuenta de que estaba confesando un pecado mortal y vergonzante, se puso como la grana, tartamudeó y calló la boca.

– Así que te parecieron hermosas... ¡La depravación de la carne, suprema sutileza de Satán! Que el Señor se apiade de ti, hijo mío, y te perdone, como yo. En adelante, no irás más allá de la cerca que rodea el huerto.

– ¿Que no abandone el vallado? ¡Imposible! Si no hieras mi padre, no te lo diría: no te obedeceré. ¡Tengo que ser libre! ¡Tengo que ver con mis propios

ojos cómo es ese mundo al que con tanta amargura os referís! No voy en busca de pompas ni vanidades. Si es eso lo que quieres, te prometo que no volveré a poner los pies en un templo pagano, que me cegaré los ojos con arena cuando ande cerca una mujer. Pero debo, tengo que ver el mundo; quiero ver cómo es nuestra gran madre, la Iglesia de Alejandría, el patriarca y el clero. Si capaces son de servir a Dios viviendo en la ciudad, ¿por qué no habría de serlo yo? Allí, trabajaré más en nombre de Dios que aquí... No desprecio lo que aquí hago. Jamás, jamás pienses que soy un desagradecido. Pero sueño con combatir cara a cara. ¡Permite que me marche! No me siento a disgusto a tu lado, sino insatisfecho conmigo mismo. Sé de la nobleza que entraña la obediencia, pero mayor nobleza confiere el peligro. Si tú has visto el mundo, ¿por qué no podría hacerlo yo? Si te apartaste de él porque consideraste que el mal habitaba en él, ¿por qué no habría de obrar del mismo modo, y regresar aquí por voluntad propia para no apartarme nunca más de ti?... Cirilo y sus curas no han puesto tierra por medio...

Con vehemencia, casi sin resuello, así expuso Filamón lo que guardaba en lo más profundo de su corazón y, expectante, aguardó a que el buen abad lo fulminase en cualquier momento. Si así hubiera sucedido, el joven se habría plegado a su voluntad, como cualquier otro de los monjes del monasterio, por venerable que fuese. ¡Qué remedio! Llegado el momento, tras una prolongada reunión, aderezada con mucha meditación y oraciones, habían elegido a Pambo por abad —*abba* padre—, el más sabio, templado y lúcido de todos ellos. Una vez tomada la decisión, no quedaba sino obedecer. Y claro que lo obedecían, con leal y razonable afecto, sin olvidar una pulgarada de obediencia militar añadida, que habría bastado para hacer felices a más de un rey, a más de un conquistador. ¿Acaso eran cobardes, esclavos tal vez? Bien podría ser tenida en cuenta la opinión de los legionarios romanos sobre el particular, cuando aseguraban que no había bárbaro armado, ya fuera godo o vándalo, moro o hispano, tan temible como un monje inerme de la Tebaida.

Por dos veces, el anciano alzó el báculo con la intención de golpear el suelo; en ambas ocasiones, lo dejó caer sin hacerlo. A continuación, se puso en pie lentamente, mientras Filamón seguía de rodillas; sin apartar los ojos del suelo, meditando, se alejó de allí y se acercó a la celda del hermano Aufugio.

En el cenobio, todos le tenían respeto. Por encima de su intachable santidad, de su inocente afabilidad, de su humildad, su figura estaba rodeada de un halo de misterio que los subyugaba. Se rumoreaba, en las raras ocasiones en que los monjes se atrevían a mencionar con cautela el asunto durante sus solitarios paseos, que había sido un hombre importante, venido de una gran ciudad, quizá de la propia Roma. Los monjes, en su modestia, se sentían orgullosos de tener entre ellos a un hombre que había estado en

Roma. También el abad Pambo lo trataba con respeto. Nunca había sido azotado, ni siquiera reprendido. Quizá nunca lo hubiese merecido. Pero no faltaba el aderezo final. ¿No pecaría el abad de parcialidad? Cuando Teófilo, desde Alejandría, envió un correo para informar a los cenobios del saqueo de Roma a manos de Alarico, ¿no se había dirigido acaso Pambo de inmediato a la celda de Aufugio y había departido con él durante tres horas en secreto, antes de informar a la comunidad del terrible acontecimiento? ¿Acaso no habían sido todos testigos de cómo el propio Aufugio entregó al mensajero unas misivas, de su puño y letra, que contenían graves secretos de la política mundial que sólo él conocía? De modo que, cuando la reducida asamblea de hombres santos alzó los ojos, abandonando por un instante el trabajo que se traían entre manos a la puerta de sus cubículos de piedra, para ver cómo el abad, sin ocultar tan inusitada parcialidad, permitía que el culpable siguiera postrado, mientras se dirigía a la celda de aquel hombre justo, todos pensaron que se trataba de un asunto espinoso, que atañía al bienestar de la comunidad y, en su fuero interno, sin asomo de envidia, todos hubieran deseado ser tan prudentes como el hombre cuyo consejo iba a sacarlos de semejante atolladero.

Con gravedad y en voz baja, el abad departió con Aufugio durante más de una hora, hasta que un solemne murmullo, como si los dos ancianos rezasen entre sollozos y lágrimas, obligó a los hermanos a inclinar la cabeza y a confiar en que Aquel a quien servían los iluminase por el bien del cenobio y de su Iglesia, y del inabarcable mundo pagano que los rodeaba. De rodillas, Filamón no se había movido del sitio, esperando el veredicto, con el corazón en un puño. «El corazón sabe de las amarguras y las alegrías que le son propias, que nadie mejor que él conoce». Eso pensaba, mientras seguía arrodillado, opinión de la que también participo: hasta el temperamento más débil tiene insondables recovecos que ni el poeta, por mucho que pretenda saberlo todo, es capaz de describir, sino sólo de atisbar vagamente, ¡cuánto menos de dar cuenta de sus intenciones según las obras de cada cual!

Reflexivo y callado, Pambo regresó tan despacio como se había marchado, entró en la celda y habló:

—Y el más joven de los hijos dijo: «Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde... Y emprendió viaje hacia tierras lejanas, donde dilapidó cuanto tenía llevando una vida desenfrenada». Puedes irte, hijo mío. Pero, antes, ven un momento y habla con Aufugio.

Como el resto de los monjes, Filamón tenía a Aufugio en gran estima. Cuando el abad se retiró y los dejó a solas, el joven no sintió temor ni vergüenza de mostrarle su corazón al desnudo. Habló larga y vehementemente, respondiendo a las amables preguntas que le formulaba el anciano, quien, despojado de la severidad y de la solemne rigidez de los

monjes, con afabilidad y perspicacia, como si de una broma se tratase, le interrumpía de continuo y consentía en que a su vez el joven le quitase la palabra. Con todo, su voz se tiñó de melancolía cuando se vio obligado a dar una respuesta a la demanda que le planteó el joven.

–Tertuliano, Orígenes, Clemente, Cipriano, todos pasaron por ese mundo; ellos y muchos otros, cuyos nombres veneramos y a quienes rezamos para que acudan en nuestra ayuda, fueron instruidos en la sabiduría pagana, y lucharon y pelearon, sin mancharse, metidos de lleno en el mundo. ¿Por qué no habría de hacerlo yo? ¿Acaso nuestro patriarca, Cirilo, no fue arrancado de las cuevas de Nitria para ocupar el trono de la sede de Alejandría?

Lentamente, el anciano alzó una mano y, tras apartar los espesos rizos del joven, que seguía arrodillado, muy serio, se le quedó largo rato mirándole a la cara con ojos lastimeros.

–¿Y tú pretendes ver el mundo, pobre necio; es eso lo que pretendes?

–¡Y convertirlo a nuestra fe!

–Tendrás que conocerlo, primero. ¿Habré de ser yo quien tenga que explicarte cómo es ese mundo que dices que vas a convertir? Mírame, aquí me tienes: un pobre y anciano monje entre tantos, que lleva una vida de ayuno y oración hasta que le llegue la hora de la muerte, con la esperanza de que Dios se apiade de su alma. Pero poco sabes de las cosas que este pobre viejo ha tenido ocasión de contemplar. Poco has de saber porque, de lo contrario, no te quedarías aquí para escuchar lo que voy a contarte. Yo era Arsenio..., ¡un anciano vanidoso es lo que soy! Claro que es un nombre que jamás habrás oído, aunque hubo un tiempo en que, cuando las reinas lo susurraban, se ponían lívidas. *Vanitas vanitatum! Omnia vanitas*. Incluso aquél ante quien se arredra medio mundo, temblaba al escucharlo. Yo era el tutor de Arcadio.

–¿El emperador de Bizancio?

–También, hijo mío, eso es. Tuve ocasión de contemplar ese mundo que ansias ver. ¿Qué fue lo que vi? Más incluso de lo que tú puedas atisbar: eunucos que tiranizaban a sus soberanos; obispos que besaban por donde habían pisado parricidas y ramera; santos que se despedazaban entre sí a cuenta de un vocablo, mientras los pecadores los animaban a que continuasen aquella pelea sin sentido; farsantes a quienes se recompensaba por mentir; hipócritas que se vanagloriaban de su doblez; muchos eran los traicionados y conducidos al matadero por la malicia, el capricho y la vanidad de unos pocos; quienes robaban a los pobres, despojados, a su vez, por expoliadores aún más insaciables; conatos de reforma que eran causa de escándalos aún mayores; perseguidores silenciados, sólo para que otros como ellos se dedicasen a hostigarlos; demonios exorcizados que regresaban con

siete como ellos, pero de peor calaña; perfidia y egoísmo, rencor y lujuria, confusión hasta siete veces enredadora; Satán diseminando su progenie por todas partes, desde el emperador que retoza en su trono al esclavo que blasfema encadenado.

– Si Satán expulsa a los suyos, mucho no habrá de durar su reinado.

– Y así será, en la vida perdurable. Pero, en este mundo, se mantendrá firme y ampliará sus conquistas, y todo irá a peor hasta el fin de los tiempos. Asistimos a los últimos tiempos de los que hablaron los profetas, al comienzo de una aflicción como nunca antes se ha conocido. «Atónitos, los pueblos de la tierra se verán amenazados; atemorizados, los corazones de los hombres se quedarán en suspenso, cuando vayan a suceder estos hechos pavorosos». Hace mucho que los vengo observando. Año tras año, he visto cómo se aproximaban más y más, como una tormenta de arena en el desierto, que sopla ad paso de una caravana, y sopla y sopla hasta engullirla, lo mismo que la peste negra de los bárbaros que se abate sobre nosotros. Lo pronostiqué; predije lo que se nos venía encima. Pero, como le ocurriera a la Casandra de los antiguos, nadie escuchó mi profecía ni prestó atención a mi advertencia. Mi pupilo se desentendió de mis barruntos. La lascivia de los jóvenes y las intrigas cortesanas podían más que las admoniciones divinas. Perdí la esperanza. Sabedor de que ya se había dictado sentencia, dejé de rezar por el bien de la ciudad. Tuve una visión mística de su destino y, como san Juan en el *Apocalipsis*, contemplé la ciudad, sus pecados y sus ruinas. A hurtadillas, hui una noche, y me enterré aquí, en el desierto, a esperar la llegada del fin del mundo. Noche y día pido al Señor que se lleve a su ungido, que no demore la mina de su reino. Todas las mañanas, tembloroso, alzo la vista al cielo con la esperanza de ver el signo del Hijo del Hombre, cuando se apague el sol y la luna se vuelva del color de la sangre, y las estrellas se precipiten desde el firmamento, y los cielos se abran como un pergamino, y las puertas del infierno den paso a las llamas que crepitan bajo nuestros pies, cuando llegue el final de los tiempos. ¿Sigues queriendo enfrentarte con ese mundo que yo abandoné de forma tan precipitada?

– Cuando se acerque la cosecha, el Señor necesitará jornaleros. Si terribles han de ser los tiempos por venir, tampoco yo me veré libre de iniquidad. Déjame ir y permite que ese día me encuentre allí donde quiero estar, en la vanguardia de las huestes del Señor.

– ¡Sigamos, pues, la voz de Dios! Vete. Aquí tienes; cartas de presentación para Cirilo, el patriarca. En consideración a mí y por tu propio bien, confío en que te reciba con afecto. Tan libre como lo eres tú es nuestra decisión de que te vayas. El abad y yo te hemos observado durante mucho tiempo. Sabíamos que el Señor tendría necesidad de personas como tú en otra parte. Te hemos puesto a prueba para estar seguros de que, por tu disposición a obedecer,



eras la persona adecuada. Ve, pues, y que Dios te acompañe. No codicies el oro ni la plata de los hombres. No comas carne ni bebas vino. Vive como has vivido hasta ahora, como un nazareno del Señor. No te dejes intimidar por los rostros de los hombres, ni tampoco contemples el rostro de una mujer. Maldita sea la hora en que vinieron a este mundo, ellas, que engendraron todos los males que he visto bajo el sol. Ven; el abad nos espera en la puerta.

Con lágrimas de sorpresa, satisfacción, tristeza e incluso de aprensión, Filamón se echó atrás para cederle el paso.

—Adelante, adelante. ¿Por qué entristecer a los hermanos y apesadumbrarnos con adioses? Toma del almacén provisión de dátiles secos y mijo para una semana. La barca de papiro está en el embarcadero; en ella irás. El Señor nos proporcionará otra cuando la necesitemos. No hables con nadie de la otra orilla, a excepción de los monjes de Dios. Cuando hayas caminado durante cinco días hacia el sur, pregunta por la desembocadura del canal de Alejandría. Una vez en la ciudad, cualquier monje te conducirá hasta el arzobispo. Avísanos cuando hayas llegado con bien a tu destino. Vamos.

En silencio, echaron a andar juntos por el sendero hasta la ribera solitaria que lamía el gran río. Con sus cabellos canos y relucientes a la luz de la luna, Pambo los aguardaba y, lentamente, con las escasas fuerzas que le permitían sus débiles brazos, empujó la ligera canoa. Filamón se arrojó a los pies del anciano y, con lágrimas en los ojos, le suplicó que le otorgase el perdón y le diese su bendición.

—Nada hay que perdonar. Sigue la llamada de tu interior. Si la carne la guía, sabrá cómo vengarse de ti; pero si procede del Espíritu, ¿quiénes somos nosotros para oponernos a Dios? ¡Adiós!

Unos minutos después, en el crepúsculo estival, la rápida corriente arrastraba al joven en la canoa. Pasó un minuto más, y se abalanzó la noche que llegaba desde el sur; aparte del frío resplandor de la luna en el río, todo quedó en tinieblas; un mismo destello refulgía en las paredes de las rocas y en los dos ancianos, de rodillas en la arena. Con las cabezas reclinadas sobre el hombro del otro, como niños, los dos sollozaron y rezaron juntos por el hijo dilecto que habían perdido para el mundo.

## CAPÍTULO II.

### Un mundo agonizante

EN LA CIUDAD DE ALEJANDRÍA, en el piso alto de una casa construida con arreglo al antiguo modelo ateniense que daba a la calle del Museo, había un aposento de reducidas dimensiones. No era tranquilidad lo que buscaba la persona que lo ocupaba; aunque alejado del patio de las mujeres, orientado al sur, donde las esclavas trabajaban, charlaban o discutían, hasta allí llegaba el bullicio de los carruajes y las voces de los transeúntes que deambulaban por aquella elegante travesía, al igual que lo hacían los extraños rugidos, graznidos y bramidos de los pobladores de la cercana Casa de Fieras, que se alzaba al otro lado. Tal vez lo mejor de la estancia era que, por encima de la cerca que rodeaba los jardines del Museo, permitía contemplar los macizos florales, los bosquecillos de arbustos, las fuentes, las estatuas, los senderos y cenadores que, a lo largo de casi setecientos años, habían frecuentado los sabios y poetas de Alejandría. Ya fueran de una u otra escuela, todos habían paseado, cantado e impartido sus enseñanzas a la sombra de aquellos plátanos y castaños, de aquellas higueras, de aquellas palmeras. Los jardines conservaban la fragancia de lo más excelso del pensamiento y de la música de Grecia, desde la época en que Ptolomeo Filadelfo, en compañía de Euclides y Teócrito, Calímaco y Licofrón, paseaban por ellos.

A la izquierda del jardín se alzaba la fachada oriental del Museo, con sus galerías de pinturas, salas de estatuaria, gabinetes de estudio y aulas; una de sus inmensas alas daba cobijo a la famosa biblioteca, fundada por el padre de Filadelfo, que, en tiempos de Séneca, aun después de los destrozos que provocó el asedio de César, guardaba cuatrocientos mil manuscritos. Aquella maravilla del mundo destacaba entre los edificios que la rodeaban: el blanco tejado refulgía bajo un cielo que nada sabía de lluvias; más allá, entre los caballones y las fachadas de nobles edificios, se vislumbraba el mar, de un azul refulgente.

La estancia estaba decorada al más puro estilo griego, con cierta propensión al arcaísmo en cuanto a la rigidez de las formas y los delicados

colores de los frescos de las paredes, que reproducían escenas de la antigua mitología ateniense. A pesar del sol cegador que entraba a raudales por los mosquiteros que protegían las ventanas que daban al patio, todo en aquel limpio aposento invitaba al sosiego, a la tranquilidad. Desprovisto de alfombras y carente de hogar, eran pocos los muebles que se veían: un lecho que hacía las veces de cama, una mesa y una silla de brazos, de formas tan delicadas y gráciles como las que pueden contemplarse en ánforas de un período muy anterior al que aquí nos referimos. Es más que probable que si alguien hubiera entrado allí aquella mañana, ni se fijara siquiera en el mobiliario, el ambiente que allí se respiraba, los jardines del Museo o el mar centelleante en lontananza. El visitante sólo habría tenido ojos para el tesoro que aquel aposento guardaba, frente al cual todo lo demás no merecía ni una rápida ojeada. En la liviana silla de brazos, enfrascada en la lectura de un manuscrito desplegado encima de la mesa, se sentaba una mujer de unos veinticinco años, por fuerza la diosa tutelar de aquel pequeño santuario, ataviada en consonancia con el arcaísmo que la rodeaba: una sencilla túnica, blanca como la nieve, al estilo de Jonia, que le cubría desde el cuello hasta los pies, según aquella severa y graciosa hechura que, desde la garganta, cae hasta la cintura, como una esclavina, para disimular el busto, dejando al descubierto los brazos y el extremo de los hombros. No llevaba otros adornos que las dos bandas de color púrpura delanteras que la distinguían como ciudadana romana, las sandalias de oro que calzaba y una redecilla, también de oro, con que, desde la frente hasta el cuello, se recogía el pelo, de un color y un brillo similares al metal que lo envolvía, unos cabellos que, por su tono, abundancia y rizos, hasta la misma Atenea habría envidiado. Tanto los rasgos de su rostro como los brazos y las manos mostraban la severa grandeza de la antigua belleza griega, huesos bien desarrollados, recubiertos de carne firme, prieta y bien moldeada, revestida de esa piel de lividez cerúlea de los antiguos griegos, fruto no sólo de los baños y el ejercicio físico, sino reflejo también del uso cotidiano de pomadas. Tal vez diera la impresión de que en aquellos ojos claros afloraba demasiada tristeza, tanta como en el forzado comedimiento de los labios apretados, o la postura afectada y de estudiada severidad mientras leía, gesto que parecía calcado de algún ánfora o bajorrelieve de la antigüedad. Pero la incomparable gracia y hermosura de sus facciones hubieran bastado para disimular y aun ocultar tales faltas. Era una réplica viviente de los idealizados retratos de Atenea que adornaban las paredes.

Aparta los ojos del manuscrito y, con el rostro encendido, contempla los jardines del Museo; con sereno mohín, entreabre sus labios de perfil griego, como ya no se ven en nuestra época, ni siquiera entre nuestras esposas y hermanas, y habla para sus adentros. ¡Escuchemos!

—Así están las cosas. Las estatuas, por los suelos; expoliadas las bibliotecas; desiertas las salas de estudio; mudos, los oráculos. Con todo, ¿quién se atrevería a decir que nada queda en pie de las antiguas creencias de nuestros héroes y sabios? La belleza es inmortal. Si los dioses se han desentendido de oráculos, no por eso han dejado de lado las almas de quienes anhelan unirse a ellos. Si ya no iluminan a los pueblos, no por eso han dejado de la mano a sus elegidos. Aunque desdeñen al vulgo, no se han olvidado de Hipatia.



—Sólo a mí se me ocurre seguir apegada a la antigua religión, cuando todos se apartan de ella, y aceptarla a pesar de tantos desengaños, esperar contra toda esperanza... Creerme superior al pueblo llano por discernir los ilimitados abismos de gloria que encierran esos mitos, incomprensibles y carentes de sentido a sus ojos... Plantar cara hasta el final a las supersticiones nuevas y vulgares de esta época de oscurantismo, siempre del lado de la fe que profesaron mis antepasados, la fe en los antiguos dioses que abrazaron los héroes y sabios de la antigüedad, aquellos que sondearon los misterios del cielo y de la tierra; si acaso, alzarme con la victoria o, cuando menos, ¡recibir la recompensa que anhelo! Ser admitida en las celestiales filas de los héroes, elevarme hasta los dioses inmortales, llegar a las potencias inefables; ascender y elevarme siempre, durante siglos, eternidades, quizás, hasta encontrar la paz y fundirme en la gloria del Innombrable, del Absoluto...

Su rostro, iluminado mientras hablaba, se ensombreció con temor y disgusto al advertir que, desde la valla de los jardines, al otro lado de la calle, la observaba una vieja judía, decrepita y encorvada, ataviada con las galas más vistosas y llamativas de aquel pueblo bárbaro.

—¿Por qué me atosiga esa vieja? Hace un mes por lo menos que la veo a todas horas, ¡y ahí está otra vez! Le diré al prefecto que averigüe quién es y que me libre de su presencia antes de que me eche el mal de ojo. ¡Gracias a los dioses: se va! ¡Necia, necia de mí, que me jacto de filósofa y, aun poniendo en tela de juicio la autorizada opinión de Porfirio, creo en el mal de ojo y en el poder de la magia! Ahí está mi padre, dando vueltas por la biblioteca.

Mientras así hablaba, desde la habitación contigua se llegó su padre, griego también, aunque vulgar y de peor aspecto que su hija. De piel morena, altanero, enjuto y despierto, su frágil constitución y sus facciones, devastadas por la reflexión, casaban a la perfección con el austero y sencillo manto de filósofo que llevaba como distintivo de su ocupación. Intranquilo, comenzó a dar zancadas por el aposento; la penetrante y reluciente mirada, los gestos de intranquilidad dejaban claro que estaba sumido en intensa meditación.

— ¡Ya lo tengo!... No, otra vez se me escapa; es una contradicción. ¡Pobre de mí! Si hacemos caso a Pitágoras, ese símbolo debiera indicar una serie de potencias de tres; sin embargo, ahí vuelve a salir ese maldito factor binario. ¿No resolviste este problema aritmético en una ocasión, Hipatia?

— Toma asiento, padre mío, y come algo. No has probado bocado en todo el día.

— ¿Qué importa la comida? Trato de dar con la fórmula de lo inefable, y lo he de conseguir aunque antes deba resolver la cuadratura del círculo. ¿Cómo pretendes que aquél que habita más allá de las estrellas ponga los pies en la tierra?

— ¡Ojalá pudiésemos vivir sin alimento, como los dioses inmortales! — repuso Hipatia, con un deje de amargura—. Mientras estemos cautivos en esta cárcel que es la materia, habremos de cargar con nuestras cadenas, con elegancia incluso, si somos capaces, y convertir las bajas necesidades de nuestro cuerpo en vil símbolo del alimento divino de la razón. Ahí al lado tienes fruta y lentejas con arroz; pan también, si no te parece detestable.

— ¡Comida de esclavos! — repuso su padre—. Está bien, comeré, aunque me avergüence hacerlo. No te lo he contado, pero esta mañana han llegado seis nuevos alumnos a la escuela de matemáticas. ¡Las cosas van mejor! ¡Aún podemos vencer!

— ¿Cómo sabes — contestó Hipatia, suspirando — que no han ido a verte con la misma intención que guió a Cridas y a Alcibíades a la escuela de Sócrates, para curtirse sólo en las mundanas artes de la política? Es curioso que los hombres, aun siéndolo, se complazcan en arrastrarse por la tierra, cuando podrían ser como dioses. ¡Eso es lo que más pena me da, padre! Ver a los mismos que por la mañana, en el aula, escuchan con veneración las palabras que salen de mi boca, como si de un oráculo se tratase, rondar por la tarde la litera de Pelagia y, al caer la noche, porque sé que lo hacen, darse a los dados, al vino y otras cosas peores. ¡Pensar que Palas deba darse por vencida a diario por esa Venus Pandemos, que Pelagia sea más fuerte que yo! No digo que me inquiete: creo que nada puede alterar mi imperturbable serenidad. Mas, si en mi ánimo albergase una disposición para odiar, la odiaría, claro que sí, la aborrecería.

A pesar de la impasibilidad de que tanto se jactaba, lo dijo en un tono que daba a entender que detestaba a Pelagia con un odio de lo más humano y terrenal.

La conversación se vio interrumpida por la súbita aparición de una joven esclava que, hecha un manojo de nervios, anunció:

— ¡Está aquí el prefecto, señora! Hace cinco minutos que ha llegado en su carruaje, y ya sube por las escaleras.

— ¡Alocada muchacha! — repuso Hipatia, con exagerada indiferencia—.

¡Qué más dará! ¡Que pase!

Se abrió la puerta y, precedido por los aromas de no menos de media docena de perfumes diferentes, apareció un hombre rubicundo, de facciones delicadas, que llevaba con elegancia la toga senatorial, y los dedos y el cuello cubiertos de joyas.

—El representante de los Césares tiene el honor de visitar el santuario de Atenea Polias, y se alegra de contemplar en su sacerdotisa el retrato más acabado y amable de la diosa a quien sirve... No se lo digas a nadie, pero no puedo sino expresarme como un pagano cuando tus ojos reparan en mí.

—La verdad todo lo puede —replicó Hipatia, levantándose y obsequiando al prefecto con una sonrisa y una reverencia.

—Eso dicen, sí... Tu padre se ha esfumado. Es un hombre modesto, cabal, que reconoce su incapacidad para los secretos asuntos de Estado. Después de todo, de sobra sabes que he venido a poner a prueba tu talento de Minerva. ¿Cómo se ha portado, en mi ausencia, la tumultuosa chusma de Alejandría?

—El vulgo ha comido, ha bebido y se ha casado, como de costumbre, según tengo entendido —repuso Hipatia, con deje melancólico.

—¡Y se ha multiplicado, no lo dudes! Si crucifico a una docena o dos, como tengo resuelto hacer en cuanto se produzca un tumulto, menos pérdidas para el Imperio. Para un hombre de Estado es un gran consuelo que las masas estén convencidas de que merecen la cruz, que procuren conjurar el peligro de que la justicia diezme la población de la provincia. ¿Cómo va la escuela?

Hipatia movió la cabeza de un lado a otro con tristeza.

—Los niños siempre serán niños... Yo también me declaro culpable. *Video meliora proboque, deteriora sequor* (veo lo mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor). No seas tan dura con nosotros... Sea cual sea la conducta que adoptemos en nuestra vida privada, en público te obedecemos y, si por reina de Alejandría te tenemos, debes mostrar cierta tolerancia con tus cortesanos y guardianes. Ni una queja; jamás me lo perdonaría. En cualquier caso, tu más temible rival se ha adentrado en el desierto en busca de la ciudad de los dioses, más allá de las cataratas.

—¿A quién te refieres? —preguntó Hipatia, con una ansiedad que nada tenía de filosófica.

—A Pelagia, por supuesto. Por el camino de Tebas, me he encontrado con tan preciosísima y depravada criatura, transformada en perfecta Andrómaca, inflamada de casto amor.

—¿Quién es el afortunado?

—Una especie de gigante godo. ¡Menudos hombres crían esos bárbaros! Temí quedar aplastado bajo sus patas de elefante a cada paso que daba con él.

—¿Cómo? —se extrañó Hipatia—. ¿Te rebajas hasta el punto de hablar con esos salvajes?

—Aparte de que nos interesa estar a bien con esos bárbaros, para serte sincero, te diré que lo acompañaban no menos de cuarenta de sus fornidos compatriotas, que bien podían poner en apuros a un pobre prefecto. Tras el saqueo de Roma y haber dejado Atenas tan limpia como un panal tras recibir la visita de un enjambre de avispas, las cosas se están poniendo serias. En cuanto a ese descomunal bruto, parece que, entre los suyos, está considerado como un personaje de alto rango. Se jacta de descender de un dios antropófago o algo así y, de no haber intercedido su fiel amante y compañera, ni siquiera se hubiera dignado hablar con un insignificante gobernador romano. Con todo, a ese truhán le gusta la buena vida, y celebramos nuestro nuevo tratado de amistad con nobles libaciones; pero no debo hablar de esto contigo. Por fin, me deshice de ellos, no sin contarles todas las mentiras topográficas que he oído y muchas más de mi cosecha, lo que les insufló ganas de proseguir su vana expedición, y nos despedimos. Así, pues, la estrella de Venus ha llegado al ocaso, mientras la de Palas sigue su curso ascendente. Y ahora dime, ¿qué me aconsejas que haga con el santón de los parabolanos?

—¿Cirilo?

—El mismo.

—Justicia.

—Hermosa diosa de la sabiduría, no pronuncies esa horrible palabra fuera del aula. En teoría, todo eso está muy bien; pero, en la práctica, en este mísero mundo terrenal, un gobernador debe darse por satisfecho con hacer lo que está en sus manos. Según esa abstracta concepción de la justicia, debería crucificar, uno por uno, a Cirilo, a sus diáconos y a sus arcedianos, en las colinas de arena que rodean la ciudad. Más claro, agua. Pero, como tantas cosas sencillas y excelentes, no está a mi alcance.

—¿Acaso temes a la plebe?

—Así es, amiga mía. ¿O no sabes acaso que ese demagogo infame se ha ganado la voluntad del pueblo? ¿Crees que debería sofocar revueltas como en Constantinopla? Confieso que no sería capaz, que, sólo de pensarlo, siento escalofríos. Me da igual que piensen que soy un cobarde.

—Si comprendieses que el éxito de este trascendental duelo —repuso Hipatia, emitiendo un suspiro— depende sólo de ti... Ni por un momento pienses que se trate de un mero enfrentamiento entre paganismo y cristianismo.

—Si así fuera, como cristiano y representante de un emperador cristiano y ungido, por no hablar de su augusta hermana...

—Entiendo —replicó la joven, alzando impaciente su hermosa mano—.

No se trata de esa contienda, ni siquiera de la que libran filosofía y barbarie. Es un combate entre la aristocracia y la plebe, entre la riqueza, la elegancia, el arte y el saber que engrandecen a las naciones, y las turbas salvajes de los desfavorecidos, gente cuyo único horizonte pasa por estar al servicio de unos pocos de noble cuna. ¿Qué debe hacer el Imperio romano, imponer sus normas u obedecer acaso a sus esclavos? No otra es la cuestión que entre Cirilo y tú se dilucida: una guerra a muerte.

—Nada me extrañaría que así fuese —repuso el prefecto, encogiéndose de hombros—. Cada vez que me dispongo a dar una vuelta por la ciudad, temo que un monje loco me abra la cabeza en dos.

—Natural. ¿Cómo no habría de serlo en una época en que emperadores y cónsules se arrastran a los pies de la tumba de un artesano o de un pescador y besan los huesos mondos del más vil de los esclavos? ¿Cómo no habría de serlo para esa gente que tiene por dios al hijo crucificado de un carpintero? ¿Cómo el saber, la autoridad, la cuna, la clase, el sistema imperial forjado a lo largo de siglos de sabiduría, en un momento preciso, podrían proteger tu vida frente a la furia desatada de un pordiosero que cree que el Hijo de Dios murió por él lo mismo que por ti, y que piensa que es igual que tú, si no superior, a ojos de su iletrada deidad de baja estofa<sup>[\*]</sup>?

—Mi querida y elocuente filósofa, es posible que así estén las cosas y que no te falte razón. Convengo en que muchos son los inconvenientes prácticos de esta nueva fe, que ha dado en llamarse católica. Pero la vida está llena de dificultades. Lo mismo que no se irrita porque le duela un dedo, el sabio no debe enfrentarse con su fe, aun cuando sea desagradable. Tendrá que aguantarse y llevarlo como mejor pueda. Sólo he venido a consultarte qué he de hacer para mantener la paz.

—¿Y que acaben con la filosofía?

—Tal no sucederá, al menos mientras Hipatia siga entre nosotros para iluminar la tierra. En cuanto a mí, prometo que gozarás de absoluta libertad y contarás con mi protección, como lo demuestra el hecho de que haya venido a verte sin tapujos, antes de escuchar, para mi desesperación, a alguno de los no menos de cuatrocientos pelmazos que acuden a mí para resolver sus diferencias. Te pido ayuda y consejo. ¿Qué debo hacer?

—Ya te lo he dicho.

—Sí, en cuanto a los principios generales. Pero como no estamos en el aula, me gustaría algo más de andar por casa. Mira; Cirilo me cuenta en esta carta (¡maldita sea su estampa!, no me dejará en paz ni una semana para que pueda irme de caza) que hay una conjura de los judíos para acabar con los cristianos. Aquí tienes el documento en cuestión. Más bien tengo la impresión de que se trata de lo contrario, es decir, que los cristianos pretenden exterminar a los judíos. Pero no me queda más remedio que darme por



enterado de esta misiva.

– No comparto tu opinión.

– ¿Cómo dices? Si algo pasara, imagínate la correspondencia que se despacharía a Constantinopla: me pondrían a caldo.

– Que las envíen. Si estás convencido de tu inocencia, ¿qué más da?

– Sí; inocente, pero destituido.

– La gravedad del peligro depende de la importancia que tú le concedas. Ocurra lo que ocurra, te acusarán de estar de parte de los judíos.

– Y no les faltaría razón. Prefiero no imaginar siquiera qué sería de los ingresos de la provincia, si no contásemos con su generosa ayuda. Si los cristianos pusiesen sus bienes a mi disposición, en lugar de construir asilos para indigentes y dispensarios, poco me importaría lo que pasase en la judería. Pero, en estos momentos...

– No te queda más remedio que no darte por enterado del contenido de esa carta. Tanto tu honor, como el honor del Imperio, no deben tolerar semejantes invectivas. Supongo que no considerarás como amenaza a ese sujeto que califica al pueblo de Alejandría de «rebaño que el rey de reyes ha puesto bajo su tutela y cuidado». Vamos a ver. ¿Quién manda en Alejandría, tú o ese obispo tan pagado de sí mismo?

– La verdad, amiga mía, es que ni me lo planteo.

– Pues parece que él no tiene dudas. Se dirige a ti como quien goza de absoluta autoridad a ojos de las dos terceras partes de la población, afirmando de paso, sin ninguna clase de remilgos, que dicha autoridad dimana de alguien que está por encima de ti. La conclusión no puede ser más clara. Si su autoridad dimana de alguien que está por encima de ti, está claro que es superior a ti. Si le envías una respuesta, te ciarás por enterado del fondo y la forma de las impertinencias que condene este escrito. Será como reconocer que te sometes a su voluntad.

– A no ser que quiera que me den una pedrada en la calle, algo tendré que decirle. Vosotros, los filósofos, aunque penséis que estáis muy por encima de vuestra condición corporal, no deberíais olvidar que al resto de los mortales nos pueden partir la crisma.

– En ese caso, dile sólo de palabra que, como la información que te ha hecho llegar es reservada, y nada tiene que ver con su condición de obispo, tú, como magistrado que eres, sólo podrás tenerla en cuenta si se dirige a ti como cualquier otro ciudadano y plantea, como es debido, una reclamación ante tu tribunal.

– ¡Qué gran idea! ¡No sólo eres la reina de los filósofos, también de la diplomacia! Haré lo que me dices. ¡Una pena que no seas tú quien ocupe el lugar de Pulquería! Claro que mejor no, porque en ese caso Alejandría andaría sumida en la oscuridad y Orestes se vería privado de la dicha

suprema de besar esta mano que, cuando Palas te engendró, debió de sustraer del taller de Afrodita.

—Recuerda que eres cristiano —respondió Hiparía, esbozando una sonrisa.

Así se despidió el prefecto y, atravesando la sala contigua, que atestaban los aristocráticos alumnos y visitantes que recibía Hiparía, se abrió paso saludando a todos y se llegó a su carruaje, rumiando ya el desaire con que pensaba obsequiar a Cirilo, y consolándose con el único texto de la Escritura que le parecía convincente: «A cada día le basta con su afán».

A la puerta, multitud de carros, esclavos que portaban los quitasoles de sus amos, una chusma de pillastres que no quitaba ojo a la gente que deambulaba por el mercado, patulea tan frecuente no sólo en Alejandría sino en todas las grandes ciudades que vinieron más tarde, y que, a pesar de los coscorriones que les propinaba la guardia, tampoco perdían de vista al prefecto, preguntándose qué encumbrado personaje no habría de ser Hipatia e imaginándose cómo sería la mansión a donde había acudido el noble prefecto de la ciudad en persona. Entre la plebe no faltaban rostros que no ocultaban su descontento, su malestar, cristianos en su mayoría, sediciosos y agitadores políticos, como muchos de sus conciudadanos, «hombres de Macedonia al fin y al cabo». Muchos murmuraban en voz lo bastante alta como para que se les oyera, y criticaban la pompa con que el prefecto había acudido a casa de la mujer pagana, o hechicera pagana, como, con más recato, la calificaban algunas ancianas, antes incluso de escuchar las demandas de los menesterosos que acudían con sus reclamaciones al tribunal o de haber ido a rezar a la iglesia.

Cuando se disponía ya a subir al carruaje, advirtió que bajaba por las escaleras un joven de buena estatura y tan bien vestido como él, que hizo una seña displicente al muchacho negro que sujetaba el parasol.

—¡Hombre, mi buen amigo Rafael Aben-Ezra! ¿Qué graciosa deidad, dichoso mártir, quiero decir, te ha traído a Alejandría justo cuando más te necesito? Acompáñame hasta el tribunal y departamos por el camino.

El joven así interpelado se acercó despacio, inclinando la cabeza con afectada humildad que no ocultaba, ni pretendía hacerlo, la expresión de desprecio e indolencia que se leía en su rostro; hablando pausadamente, le preguntó:

—¿Y qué recta intención guía al representante de los cesares para que se digne dirigirse al más humilde de sus... etcétera, etcétera? En fin, dejo a tu arbitrio cuanto quieras añadir.

—No te asustes. No voy a pedirte dinero —contestó Orestes, con una sonrisa, mientras el judío subía al carruaje.

—Me alegra oír eso. En realidad, con un usurero en la familia basta. Mi

padre acumuló el oro, y yo, dilapidándolo, hago todo lo que puede exigírsele a un filósofo.

—¿Qué te parece este tiro de caballos blancos de Nicea? De los cuatro, sólo uno tiene las pezuñas grises.

—Ya; pero acabo de descubrir que los caballos también son un engorro, como todo lo demás: enferman, se desbocan, te impiden dedicarte a la reflexión. Además, vengo harto de los encargos que he tenido que realizar en Cirene, comprando perros, caballos y arcos para ese Nemrod episcopal, de nombre Sinesio.

—De lo que infiero que sigue tan activo como siempre...

—¿Activo, dices? No sabes cómo me calentó la cabeza durante los tres días que allí estuve. Invariablemente en pie a las cuatro de la mañana, con la mala salud de hierro que le caracteriza, trabajando el campo, corriendo de un lado para otro, cazando, persiguiendo por vallas y cercados a bandas de merodeadores negros, predicando, intrigando, pidiendo dinero, bautizando y excomulgando, intimidando al matón de Andrónico, consolando a ancianas y dotando a jóvenes casaderas, dedicando media hora a escribir filosofía y la otra media al arte del herraje; las noches se las pasa componiendo himnos y bebiendo brebajes fuertes y, a las cuatro de la madrugada, vuelta a montar a caballo, y todo el rato sin dejar de proclamar que más le seduce la abstracción filosófica que el mundanal ruido. ¡Líbreme el cielo de semejantes torbellinos bípedos! A propósito, en el mismo barco que me ha traído de vuelta aquí venía una de esas buenas piezas de mi pueblo, al cuidado de un cargamento al que no haría ascos tu condición.

—Son muchas las hermosas jóvenes de tu pueblo que, aun sin formar parte de cargamento alguno, tampoco dejaría de lado.

—¡A pulso se lo han ganado esas locuelas, desde los tiempos de Jeroboam, hijo de Nebat! Me refiero a nuestra vieja conocida Miriam, con quien ya has tenido tratos. Ha prestado dinero a Sinesio para combatir a los negros, y ya era hora de que se decidiese a hacerlo, porque andan quemando caseríos a lo largo y ancho de la provincia. Pero, al mismo tiempo, esa alcahueta, que es más lista que el hambre, pensó que podía sacar algo en limpio. De modo que se fue al Atlas, se metió en la boca del lobo, vamos; compró a todas las cautivas que encontró, y a algunos de sus hijos e hijas, a cambio de abalorios y hierro inservible, y se ha venido con un precioso cargamento de bellezas de Libia que seguro que un prefecto de buen gusto como tú querrá catar de inmediato. Agradéceme, pues, la primicia.

—Te dejaré a ti que hagas los honores.

—Nada de eso. Las mujeres son una lata, como nos enseñó Salomón hace mucho tiempo. ¿Acaso no te lo he contado? Como él, empecé por reunir el harén más selecto de Alejandría. Pero se peleaban entre ellas con tanta

asiduidad que un día me armé de valor y las vendí a todas, a todas menos a una, que era judía, por no dar qué hablar a los rabinos. Así que traté de vivir con una sola mujer, como el rey sabio; pero «mi jardín cercado, mi fuente seca», pretendía que estuviese siempre pendiente de ella; de suerte que fui a ver un jurisconsulto, le otorgué una generosa renta, y ahora soy tan libre como un monje. Dispuesto me tienes para lo que dispongas en cuanto al buen gusto o la experiencia que pueda tener en ese capítulo.

—Gracias, buen judío; todavía no he llegado a tal extremo. Esta misma tarde, ordenaré que traigan a esa alcahueta a mi presencia. Pero hablemos de cosas más terrenales; de política, por ejemplo. Cirilo me ha enviado una carta en la que asegura que los judíos estáis organizando una conjura para acabar con todos los cristianos.

—¡Vaya novedad! Ojalá fuera cierto; bien pensado, es muy probable que así sea.

—¡Por los... santos inmortales! ¿Te has vuelto loco?

—¡No lo permitan los cuatro arcángeles! Todo lo que puedo decirte es que mi pueblo, como todos los del mundo, por otra parte, es una nación de necios y que, hasta donde yo sé o intuyo, alberga semejantes intenciones. Pero no lo conseguirá; así que no debes preocuparte. Mas si, en contra de mi opinión, crees que merece la pena que me entere de algo, la semana que viene he de acercarme a la sinagoga para zanjar un asunto, y preguntaré a alguno de los rabinos sobre el particular.

—¡Mira que eres perezoso! ¡Hoy mismo he de enviar a Cirilo una respuesta!

—Razón de más pata que dejes de atosigarme con preguntas relativas a mi pueblo. Puedes decir con toda tranquilidad que no sabes nada del asunto.

—Bien pensado. La ignorancia es la mejor excusa de un hombre público. No hace falta que te des prisa.

—Palabra que no lo haré.

—Deja que pasen diez días, o cosa así.

—Eso. Cuando todo haya concluido.

—Y ya no haya remedio. Qué gran consuelo es eso de «ya se veía venir».

—Ahí reside la raíz y la médula de toda filosofía. Los hombres prácticos como tú, pobres desgraciados, tratan de atajar todos los males, y se estrujan la mollera discurriendo medios y formas de evitar tales desastres. Mientras, vuestros filósofos aseguran, impasibles, que no podía ser de otra manera. Si tiene que pasar, pasará; si ha pasado es que así tenía que ser. No hemos creado el mundo, ni somos responsables de lo que en él suceda. Tal es el resumen y la esencia de la verdadera sabiduría, epítome de todo cuanto se ha dicho y escrito sobre el particular, desde Filón el judío hasta Hipatia la gentil. Pero ahí tenemos a Cirilo, que baja por las escaleras de la prefectura. No es un

hombre mal parecido, aunque tiene toda la pinta de estar como una fiera.

—Con sus secuaces pisándole los talones. ¡Fíjate en el mal gesto de aquél, el más alto, diácono, lector o la dignidad que represente la vestimenta que lleva!

—Están hablando por lo bajo. ¡Quiera Dios inspirarles buenos pensamientos y que se les cambie la cara!

—¡Amén! —exclamó Orestes, con sarcasmo, aunque lo habría dicho de mejor talante si hubiera podido oír, como nosotros, lo que Cirilo le decía a Pedro, el hombre de elevada estatura.

—¿Dices que viene de casa de Hipatia? ¿Cómo es posible, si acaba de llegar esta misma mañana a Alejandría?

—No hará ni media hora, cuando pasaba por la calle del Museo, he visto su cuadriga a la puerta.

—Y otros veinte carruajes más, me imagino.

—No se podía pasar por la calle. Compruébalo tú mismo: atestada de carruajes, literas, esclavos y petimetres. ¿Cuándo contaremos con semejante concurrencia? —Cirilo no dijo nada, y Pedro continuó—: ¿No deberían estar congregados a las puertas de tu Serapeo?

—El mundo, la carne y el demonio atraen a los suyos, Pedro. Mientras dispongan de lugares como ése, no podemos esperar que acudan a nosotros.

—¿Y si los quitásemos de en medio?

—Con la ayuda del diablo y las tentaciones que te he mencionado, podrían unirse a nosotros y arrastramos a su disipación. Si pudiera domeñar a los dos primeros, metería al demonio en cintura y ya veríamos quién saldría triunfante. Pero, mientras sigan abiertas esas escuelas, magnas aulas del paganismo de los egipcios; esos espectáculos satánicos, que ensalzan al diablo como ángel de la luz, mofándose de las virtudes cristianas y celebrando a sus ministros como de tentadores de la verdad; mientras esas escuelas sigan abriendo sus puertas a los grandes y poderosos que a ellas acuden para justificar la tiranía y el ateísmo que practican, mientras los príncipes de este mundo, con su cohorte de gladiadores, parásitos y usureros, sean más fuertes que los obispos y sacerdotes del Dios viviente, el escarnio de Alejandría prevalecerá sobre el reino de Dios.

Guardó Pedro silencio, a su vez. Dejémoslos de lado un momento, cuando, cabizbajos, con su reducido séquito de visitantes, atravesaban la explanada que dominaba el puerto, para internarse en las sórdidas calles del barrio de los marineros, y sigamos dando cuenta de la conversación que mantenían los dos amigos en el dorado y repujado carruaje que, tirado por cuatro purasangres blancos, los llevaba.

—Soplan buenos vientos del otro lado del taro, Rafael; magnífico para los barcos que transportan el trigo.

— ¿Han zarpado ya?

— Claro que sí. Hace tres días que la primera flota se hizo a la mar. El resto zarpará hoy.

— Deduzco que no te has enterado de las pretensiones de Heracliano.

— ¿Heracliano? Por todos los santos, ¿qué tiene que ver el conde de África con los barcos que he enviado cargados de trigo?

— Nada; tienes razón. Además, no es asunto mío. Sólo que estaba organizando una revuelta... Pero ya hemos llegado.

— ¿Que iba a hacer qué? — preguntó Orestes, espantado.

— A rebelarse, a alzarse contra Roma.

— ¡Por todos los dioses! ¡Por Dios, quiero decir! Otro contratiempo. Acompáñame, entra conmigo y cuéntale cuanto sepas a este pobre y miserable esclavo que ejerce el cargo de gobernador. Habla en voz baja, te lo suplico; ojalá no te hayan oído esos esclavos marrulleros.

— Si algo han oído, nada más fácil que arrojarlos al canal — repuso Rafael, mientras, displicente, recorría salones y galerías, tras los pasos del gobernador.

El pobre Orestes no se detuvo hasta llegar a una pequeña estancia que daba al patio interior; el judío entró tras él, cerró la puerta, se sentó en una silla de brazos, dejó caer las manos sobre las rodillas y, echando el cuerpo hacia delante, se quedó mirando embobado a su acompañante, con gesto de perplejidad y terror.

— ¡Cuéntame lo que sepas! ¡Al instante!

— Te he dicho todo lo que sé — repuso Rafael, acomodándose en un diván, mientras jugueteaba con un puñal de pedrería —. Pensé que estabas al tanto; de lo contrario, nada te habría contado. Como te dije, es algo que ni me va ni me viene.

Hombre de carácter débil y lascivo, como la mayoría de los romanos, Orestes tenía reacciones imprevisibles y sacó a relucir sus más bajos instintos.

— ¡Furias del infierno! ¡Maldito esclavo del demonio! ¿Hasta cuándo piensas seguir abusando de las libertades de que gozas? ¡De sobra sabes de lo que soy capaz, infame judío! Dime lo que sepas o por la vida del emperador que te arrancaré la carne a tiras con unas tenazas al rojo vivo.

En el rostro de Rafael se dibujó cierto gesto de rebeldía, que revelaba que, bajo aquella pátina de afectada indiferencia neoplatónica, aún quedaba algo de su antigua sangre judía en las venas. Esbozó una desagradable sonrisa de superioridad, y respondió:

— En tal caso, mi querido prefecto, te convertirías en el primer hombre que jamás hubiese obligado a un judío a hacer o decir lo que no quiere.

— ¡Ya veremos! ¡Esclavos! — gritó Orestes, al tiempo que daba unas sonoras palmadas.

—Tranquilízate, noble señor —continuó Rafael, puesto en pie, a su vez—. La puerta está cerrada, el mosquitero hace impracticable la ventana y esta daga está envenenada. Si algo me sucediere, los prestamistas judíos se lo tomarían como una ofensa y, al cabo de tres días, morirías entre horribles padecimientos, sin poder asistir a tu cita con la buena de Miriam, perderías al más afable de los hombres que te rodean, y dejarías tus asuntos y los de la prefectura en graves apuros. ¿No te convendría mucho más tomar asiento de nuevo y escuchar, con actitud filosófica, como discípulo de Hipatia que eres, lo que tengo que decirte, en vez de obligarme a decir lo que en realidad desconozco?

Tras buscar en vano una escapatoria, Orestes volvió a sentarse; cuando los esclavos llamaron a la puerta, imbuido de filosófica serenidad, olvidándose de los sayones, se limitó a ordenarles que un paje les sirviera un poco de vino.

—¡Vosotros, los judíos! —continuó, tratando de simular que todo había sido una broma—. ¡Sois tan aviesos como aseguraba Tito!

—No lo dudes, querido prefecto. Vamos, pues, a lo que importa, al menos a vosotros los gentiles. Según me ha asegurado Sinesio, Heracliano está dispuesto a encabezar una rebelión. Se prepara para atacar Ostia; ha impedido que zarpase el cargamento de trigo y pensaba escribirte para que hicieras lo mismo y, así, doblegar por el hambre la Ciudad Eterna, y acabar con los godos, el Senado, el emperador y todos sus habitantes. Tú sabrás si debes acceder, o no, a una petición tan razonable como sencilla.

—Eso dependerá de los planes que tenga en mente.

—Por supuesto. No era de esperar que secundases sus intenciones, si me permites el eufemismo, a no ser que también se vieran colmadas tus aspiraciones.

Orestes pareció sumirse en profunda reflexión.

—Claro que no —aseveró, por fin, sin saber muy bien lo que decía; a continuación, temeroso de haber hablado más de la cuenta, miró al judío con enojo—. ¿Cómo puedo estar seguro de que lo que me cuentas no es una trama infernal urdida por los tuyos? Dime cómo te has enterado o, por Hércules —olvidando ya que era cristiano—, por Hércules y los doce dioses que...

—No recurras a expresiones indignas de un filósofo. Mis noticias proceden de una fuente tan sencilla como fiable. Heracliano negociaba un préstamo con los rabinos de Cartago. Éstos, por miedo, por lealtad o por ambos motivos, se negaron a facilitarle el dinero. Heracliano, al igual que todos los gobernadores cuando se lo piensan dos veces, sabía que de nada valen amenazas con los judíos. Así que me lo pidió a mí. Pero yo no presto dinero, porque me parece una actividad contraria a la filosofía, y le recomendé que fuera a ver a nuestra vieja amiga Miriam, que es capaz de

hacer negocios hasta con el mismísimo diablo. No estoy en condiciones de decirte si Miriam acabó por prestarle el dinero o no, pero sí estarnos al corriente de su secreto. Si quieres enterarte a fondo, la vieja alcahueta, a quien las intrigas le chiflan tanto como el vino de Falerno, te pondrá al tanto de lo que deseas saber.

– Debo reconocer que, en el fondo, eres un buen amigo.

– Pues claro que lo soy. ¿Acaso no te parece más fácil y agradable este método de saber la verdad que ordenar a dos malolientes esclavos negros que me atenacen y me arranquen la piel a tiras, lo que me habría llevado, en justa venganza, a contarte sólo una sarta de mentiras? Pero aquí llega tu Ganimedes con el vino, a tiempo para que te tranquilices y, trasegándolo, recuperes la perspicacia... ¡Por la diosa que inspira la prudencia! ¡Buen vino, mi señor!

– Viene de Siria. Fuego y miel, a un tiempo. Cuando llegue la próxima vendimia, habrá dormitado catorce años, mi querido Rafael. Déjanos solos, Hipocorisma. Mira a ver no vaya a ser que ese truhán esté escuchando al otro lado de la puerta. Bien me engañaron; pagué por él dos mil monedas de oro hace dos años, el mismo tiempo que lleva amargándose la vida. Parecía tan gentil... Me dijeron que estaba a punto de cumplir los trece, y ya necesita los servicios del barbero. Pero, volviendo a lo nuestro, ¿qué proyectos acaricia Heracliano?

– Cobrar la recompensa prometida a quien dé muerte a Estilicón.

– ¿No le basta con ser conde de África?

– Supongo que también querrá que se le paguen los servicios prestados durante los tres últimos años.

– Cierto; gracias a él, conservamos África.

– Y Egipto, en consecuencia. Considera que, al igual que el emperador, estás en deuda con él.

– Mi querido amigo, tengo tantas deudas que ni me preocupo de pensar en cómo satisfacerlas. ¿A qué recompensa aspira?

– La púrpura.

Orestes se estremeció y se quedó pensativo. Sentado, Rafael lo observó durante un rato.

– Y ahora, mi noble señor, ¿puedo ya marcharme? Te he dicho todo lo que sé, y si no llego a casa para el almuerzo, no tendré tiempo de ir a ver a nuestra Miriam y concertar el asunto que nos traemos entre manos antes del anochecer.

– Aguarda un momento. ¿De qué medios dispone?

– He oído decir que unos cuarenta mil hombres. Y esos milanés, los donatistas, le siguen a pies juntillas, por si puede conducirlos a alguna parte donde puedan olvidarse de los antiguos mazos y hacerse con acero del



bueno.

—Está bien; vete. Con cien mil podría salir airoso de tamaña empresa — dijo para sí, mientras Rafael se despedía con una inclinación de cabeza—. No conseguirá reunirlos. Aunque, ¿quién sabe?, este hombre tiene la cabeza de Julio César. ¡Y el necio de Atalo aconsejándome que Egipto debería unirse al Imperio de Occidente! No, no será eso lo que haga. Cualquier cosa menos seguir bajo el yugo de un imbécil imberbe y tres monjas insidiosas. El día menos pensado me excomulgan por haber dicho alguna barbaridad sobre la gazmoñería de Pulquería... Heracliano, emperador de Roma, y yo, dueño y señor de este otro lado del mar... Azuzaremos a los donatistas contra los ortodoxos, y que se maten buenamente entre ellos... Al diablo el hostigamiento de Cirilo y los chismes que cuente en Constantinopla... No beberé de esa agua por más tiempo..., por muchos quebraderos de cabeza que me suponga.

Tras lo cual, Orestes se dispuso a disfrutar de su tercer baño templado del día.

### CAPÍTULO III.

## Los godos

**D**URANTE DOS DÍAS, a golpe de remo, el joven monje siguió la rápida corriente del Nilo; en ambas orillas, a derecha e izquierda, dejaba atrás ciudades que contemplaba con ojos como platos, fijándose en las mansiones que le salían al paso, hasta que se perdían en algún recodo del río, no sin antes preguntarse qué aspecto tendrían de cerca tan magníficas villas con sus jardines, y cómo sería la vida que llevaban los miles de personas que atestaban los bulliciosos muelles, y que, a pie o en carromatos, abarrotaban los anchos caminos que bordeaban las dos riberas. Ponía mucho cuidado en evitar el encuentro con cualquier embarcación que pasase a su lado, ya fuera la dorada nave de un rico terrateniente, la de un mercader o una frágil canoa, cargada de ánforas vacías con destino a alguno de los mercados del delta. De vez en cuando, se cruzaba e intercambiaba algunas palabras con monjes que echaban las redes en algún remanso tranquilo o que iban de un monasterio a otro. Lo más que logró sonsacarles era que aún le quedaban unos cuantos días para llegar al canal de Alejandría. El monótono panorama de dos elevadas orillas de arcilla, con sus esclusas y palancas hidráulicas, sus bosquecillos de palmeras a ambos lados, se le antojaban interminables; parecía que las barras de arena y los depósitos de limo, todos iguales, no habrían de tener fin; de madera o piedra, al borde del agua, le parecían siempre iguales aunque, si se acercaba, comprobaba que se trataba de cocodrilos tumbados al sol o de pelícanos adormilados. Hartos de aquella angostura interminable y deseando confundirse con el horizonte, sus ojos añoraban la ilimitada extensión del desierto, los dentados perfiles de las lejanas colinas que había visto desde pequeño, que, como por arte de magia, se dibujaban al salir el sol, para desaparecer del mismo modo cuando se ponía, guardianas de un mundo maravilloso, poblado de elefantes y dragones, sátiros y antropófagos, y, por desdicha, también el ave fénix. Cansado y amurriado, se sumió en sus pensamientos; una y otra vez, recordaba las últimas palabras de Arsenio. ¿Estaba respondiendo a la llamada del espíritu, o a la de la carne? ¿Cómo dar

con la respuesta? Quería ver el mundo..., un deseo carnal, sin duda. Pero también convertirlo. ¿Acaso no era aquél un anhelo del espíritu? ¿No se había embarcado con un noble propósito? Estaba dispuesto a dejarse la piel, a alcanzar la santidad, a sufrir martirio incluso, si tal era su destino, cualquier cosa con tal de cortar aquel nudo gordiano, poner fin a las tentaciones y salvar su alma. Confuso, pensaba que sólo así se pondría a cubierto y saldría con bien del océano de asechanzas de aquel mundo con el que aún no había entrado en contacto. Pensando en lo desconocido que se le venía encima, se le encogió el corazón. Pero la suerte estaba echada y no le quedaba otra que seguir adelante, aunque eso significase ceder a las tentaciones de la carne. ¡Qué no daría por encontrarse en la quietud del cenobio, rodeado de rostros conocidos, en aquel momento!

De repente, a la vuelta de un recodo del río, se encontró con una embarcación de vivos colores, atestada de hombres armados, con toscas vestimentas que nunca antes había visto y que, con bárbaro griterío, trataban de dar caza a un objeto de formidables dimensiones que estaba en el agua. En la proa de la nave, un hombre de colosal estatura blandía un venablo en la mano derecha, mientras con la izquierda sujetaba la maroma de un arpón cuyos garfios se hundían en el flanco ensangrentado de un hipopótamo que, echando espumarajos, les llevaba cierta ventaja. A pesar de las repentinas embestidas del animal, un anciano y ya canoso guerrero, al timón, no apartaba la proa del monstruo, y cuando el animal, siguiendo la corriente, trataba de escapar, no menos de veinte remos surcaban el agua tras su estela. Ante tan desbordante actividad y con tanto ajeteo, no era de extrañar que la curiosidad de Filamón le llevase a ponerse al paio, antes de descubrir, bajo una engalanada toldilla en la popa, unos cuantos pares de ojos oscuros y lánguidos que tan pronto seguían con atención los progresos de la caza como se posaban en él. Allí estaban, a unos pocos pasos tan sólo, las serpientes, charlando y sonrientes, dando grititos y agitando sus relucientes cabellos, sus gargantillas de oro, sus interminables tules orientales. Sin saber por qué, se puso rojo como la grana y, a golpe de remo, trató de alejarse del peligro. Pero como si el esfuerzo que realizaba le impidiese fijarse en nada que no fuera esquivar aquellas miradas chispeantes, no cayó en la cuenta de que el hipopótamo, enfurecido de dolor, había reparado en él y se disponía a embestir la frágil canoa. La cuerda del arpón se le enrolló entonces en el cuerpo y, en un abrir y cerrar de ojos, el bote zozobró y Filamón acabó en el agua, mientras el monstruo, con las fauces abiertas, que dejaban al descubierto unos enormes y blancos dientes, se acercaba al joven, que, a brazo partido, trataba de hacer frente a la corriente.

Por suerte, Filamón no había seguido el consejo de los monjes. Estaba acostumbrado a bañarse y nadaba como las aves acuáticas. Nunca había

tenido miedo. Como sus hermanos del cenobio, desde la niñez, la muerte había sido objeto de inagotable reflexión y en modo alguno le infundía terror, ni siquiera en aquel momento en que se disponía a adentrarse en una nueva vida. Pero, además de monje, era hombre, y joven por más señas, y no tenía la menor intención de acabar allí sus días, enredado en el cable, sin antes plantar cara. En un instante, se libró de la maroma; se hizo con el puñal, única arma que llevaba encima y, sumergiéndose sin más dilación, sorteó la embestida de la bestia, y la emprendió con ella, por la espalda, a puñaladas, que si bien no profundas, teñían el agua de rojo. Entre alaridos, los bárbaros lo aclamaron. Rabioso, el hipopótamo se volvió contra el recién llegado atacante y, de un bocado, dejó la canoa hecha añicos. De poco le valió semejante proeza; la nave se le echaba encima y, cuando dejó el enorme flanco al descubierto, un brazo vigoroso y musculado le clavó el venablo en el corazón: un estremecimiento, y la enorme y azulada masa, vuelta de costado y muerta, siguió flotando.

¡Pobre Filamón! Era el único que guardaba silencio en medio del griterío. Desesperado, no dejaba de nadar y nadar en torno a los restos de su frágil embarcación de papiro, que ni a un ratón habría servido para mantenerse a flote. Con afán, clavó los ojos en las lejanas orillas, dispuesto a llegar a nado con tal de huir de aquel lugar... Pero pensó en los cocodrilos, y comenzó a nadar en redondo de nuevo... Pensó en los ojos del basilisco... Quizá se librara de los cocodrilos, pero ¿cómo escapar de aquellas mujeres? Le echó valor y comenzó a nadar hacia la orilla cuando, de repente, comprendió que no podía sino detenerse: el tajamar de la embarcación se le venía encima; un bárbaro de rostro afable le lanzó una soga y se vio izado a cubierta entre las risotadas, las aclamaciones, el asombro y los rugidos de satisfacción de la buena gente del barco, que suponían que agradecería la ocasión que le brindaban, y no entendían el motivo de que no lo hubiera hecho de inmediato.

Con cara de asombro, Filamón no apartaba los ojos de sus anfitriones: de tez pálida, cráneo y rostro redondeados, pómulos altos, fornidos y de buena estatura, barba pelirroja, y cabellos rubios y enmarañados; sus extrañas vestimentas, entre romanas y egipcias, y el resto, del cuero de un animal que no identificaba, estaban sucias, testigos de más de una tempestad, de más de un combate; iban emperifollados sin gusto alguno con joyas clásicas, broches y monedas romanas, que llevaban ensartadas como las cuentas de un collar. Sólo el timonel, que había abandonado su puesto para ver de cerca el hipopótamo y echar una mano para subir a bordo el pesado animal, iba ataviado con el austero atuendo propio de su raza: unas polainas de lino blanco, ceñidas con unas correas de piel de ciervo, un peto acolchado de cuero y un capote de piel de oso, cuyos únicos adornos eran los colmillos y

las garras del animal, aparte de un mechón de pelo gris que tenía toda la pinta de ser humano. Aunque el lector no habrá de afrontar semejante dificultad, Filamón apenas entendía el idioma en que hablaban.

—Apuesto y valeroso muchacho, ¿no te parece, Wulf, hijo de Crida? —comentó un gigantón al anciano del capote de piel de oso—. Ésas son las pieles que hay que llevar en esta especie de horno, no como tú.

—Visto como mis antepasados, Amalrico de Amal. Si con ellas me apañé durante el saqueo de Roma, no veo por qué no han de servirme para llegar a Asgard.

Pertrechado de casco, coraza y sandalias senatoriales, en una abigarrada mezcla de vestimentas romanas, militares y civiles, el hombretón, que llevaba al cuello una docena de cadenas de oro y anillos de relucientes piedras preciosas en cada uno de los dedos, se revolvió con gesto insolente.

—¡Siempre a vueltas con lo mismo! Si tanta prisa tienes por llegar a Asgard, más allá de esta quebrada de arena, pregúntale a este joven cuánto nos falta todavía.

Sin alterarse, Wulf le tomó la palabra y trasladó la pregunta al joven monje, que respondió negando con la cabeza.

—Pregúntaselo en griego.

—El griego es lengua de esclavos. Que la hablen ellos, no yo.

—¡Vamos a ver, vosotras! Pelagia, tú que entiendes el idioma de este joven, pregúntale a qué distancia estamos de Asgard.

—Deberías usar de mejores modales, héroe deslenguado —replicó una voz dulce, desde el fondo de la toldilla—. A la belleza, se la trata con miramientos; nada de órdenes.

—¡Que vengas, olivo mío, gacela mía, flor de loto...!, ¿cuál fue la última zalamería que me enseñaste?, y le preguntes a este salvaje del desierto a qué distancia estamos de esa inalcanzable madriguera que es Asgard.

Se descorrió la cortinilla y Filamón contempló por vez primera una visión tal con sus propios ojos: una joven muellemente recostada sobre blandos almohadones, abanicándose con plumas de pavo real, cubierta de relucientes rubíes y topacios.

Una mujer de veintidós años, moldeada según los más voluptuosos cánones de la belleza griega y de piel tostada surcada de venas azuladas. Sus pequeños pies desnudos, hundidos en mullidos cojines, eran más perfectos que los de Afrodita, más delicados que el plumón del cuello de un cisne. La liviana túnica de gasa que llevaba encima apenas le cubría el contorno del busto y los brazos; de cintura para abajo, lucía una suerte de pañoleta de seda de color naranja, con una cenefa de conchas y rosas bordadas. Con adornos de oro y pedrería, sus negros cabellos se esparcían en delicados rizos sobre la almohada; bajo unos párpados oscurecidos con antimonio, lánguidos, los ojos

relucían como diamantes en las profundidades de una caverna; de natural o por costumbre, sus labios dibujaban el mohín de un beso. Al desgaire, alzó una de sus pequeñas manos, sus labios se entreabrieron con lentitud y, en el más puro y melodioso griego ático, susurró al monje la pregunta que le había hecho su amante grandullón y se la repitió antes de que el joven hubiera tenido tiempo de asimilarla y responder:

—¿Asgard? ¿Qué es eso de Asgard?

La hermosa mujer alzó los ojos y se quedó mirando al gigantón a la espera de posteriores aclaraciones.

—La ciudad de los dioses inmortales —respondió el anciano guerrero, hosco y obstinado.

—La ciudad de Dios está en el cielo —repuso Filamón a la intérprete, procurando evitar aquella mirada de ojos relucientes, maravillosos, que parecían perseguir los suyos.

Respuesta que fue acogida con grandes risotadas por parte de todos, menos por el cabecilla, que se limitó a encogerse de hombros.

—Lo mismo puede estar arriba en el cielo que Nilo arriba. La misma probabilidad tenemos de encontrarla si echamos a volar que si seguimos remando por este formidable arenal. Pregúntale dónde nace este río, Pelagia.

Así lo hizo la joven. Siguió una confusa y enmarañada narración de Filamón de todas las inalcanzables maravillas de aquella tierra mítica que, de joven, había escuchado de boca de ancianos monjes, aliñada con otros relatos tradicionales, no menos quiméricos, que los godos habían escuchado en Alejandría. El río todo lo podía. Nacía en el Cáucaso. ¿Que dónde estaba ese lugar? No tenía ni idea. En el Paraíso, en la India etíope o en la Etiopía índica. ¿Que dónde estaban esos parajes? No tenía ni idea; nadie lo sabía. A través de desiertos poblados de serpientes voladoras y sátiros, donde el calor abrasaba hasta las melenas de los leones, el río Huía durante ciento cincuenta días...

—Con tanto dragón, buena caza habrá en esos paraje —apuntó Smid, hijo de Troll, maestro armero de la partida.

—Tan buena como la que encontró Thor cuando cazó a la serpiente Midgard, la de cabeza de buey —añadió Wulf.

El curso del río cambiaba entonces hacia Oriente durante cien días más, rodeando Arabia y la India, discurriendo por bosques atestados de elefantes y de mujeres con cabeza de perro.

—¡Tanto mejor, Smid! —gruñó Wulf, alborozado.

—Abundante carne fresca, ¿verdad, príncipe Wulf? —repuso Smid—. Voy a preparar más puntas de flecha.

—Hasta llegar a las montañas donde viven los hiperbóreos, donde siempre es de noche y el aire está lleno de plumas...

Allí nacía, pues, uno de los tres brazos del río. Otro venía del océano

austral, más allá de las montañas de la luna, que nadie ha pisado nunca; el tercero procedía del país del ave fénix, lugar que nadie sabría situar con exactitud. Sin olvidar las cataratas, las inundaciones y, más allá de las cataratas, ruinas y montañas de arena, habitadas por innumerables demonios... En cuanto a Asgard, nadie había oído hablar de ese lugar... Conforme hablaba Filamón, y Pelagia, mal que bien, traducía, mayor era la preocupación que se leía en los rostros de los bárbaros. Hasta que el gigantón, dándose un manotazo en las rodillas, por sus muertos juró que, por él, Asgard podía pudrirse donde estaba hasta el crepúsculo de los dioses, pero que él no pensaba seguir Nilo arriba.

— ¡Maldito monje! — rezongó Wulf—. ¿Qué sabrá esta pobre acémila de tales cosas?

— ¿Por qué no ha de saber tanto como aquel simio de gobernador romano que nos encontramos? — apuntó Smid.

— ¡Los monjes lo saben todo! Van río arriba, a lo largo de cientos, miles de leguas; cruzan desiertos, poblados de diablos y monstruos, de los que, si alguien no enloquece, nadie sale con vida.

— ¡Santos varones! ¡Todas esas maravillas obran con sólo hacer la gloriosa señal de la cruz! — corearon las muchachas al unísono, al tiempo que se santiguaban, mientras dos o tres tentadas estuvieron incluso de dar un paso adelante y postrarse ante Filamón para que les impartiera la bendición, pero se echaron atrás al pensar en sus amantes paganos, tan lerdos y puntillosos en cuanto a semejantes manifestaciones.

— ¿Por qué no ha de saber tanto como el prefecto? ¡Tú lo has dicho, Smid! Creo que el atildado prefecto nos tomó el pelo cuando dijo que Asgard quedaba sólo a diez jornadas de distancia.

— ¿Por qué lo dices? — preguntó Wulf.

— No tengo que exponer mis razones. Si a cada paso tuviera que explicar los motivos que me mueven, como un inmundo jurisconsulto romano, no sería un Amal, de la estirpe de Odín. Sólo digo que me dio la impresión de que el gobernador era un mentiroso, y que este monje me parece un hombre honrado, y que prefiero hacerle caso. Nada más.

— No me mires así, príncipe Wulf — musitó la pobre Pelagia—. No es culpa mía. Me he limitado a traducir las palabras del monje.

— ¿Quién te mira con malos ojos, reina mía? — bramó el de la casa de Amal—. Espera a que salgamos de ésta y, por el martillo de Thor, te juro que...

— ¿Por qué crees que estoy hablando contigo, necio querido? — repuso Pelagia, que se temía una algarada en cualquier momento—. De todos los presentes, sólo yo me enfrento a ti, porque no escuchas, no entiendes nada y, además, te metes donde no te llaman, como de costumbre. Si no te portas

bien, te diré lo que voy a hacer: seguiré al príncipe Wulf. ¿Acaso no ves que la tripulación espera que les dirijas unas palabras?

Puesto en pie, Amal dijo:

— ¡Wulf, hijo de Ovida, y vosotros, guerreros, escuchad! Si vamos en busca de riquezas, no las encontraremos en esas montañas de arena; si lo que queremos son mujeres, entre dragones y demonios, ninguna hallaremos tan bellas como éstas. No te lo tomes a mal, Wulf, pero ¿por ventura querías casarte con una de esas jóvenes de cabeza de perro de que habla el monje? Tenemos dinero y mujeres, y, si nos apetece salir de caza, más vale cazar hombres que matar fieras. En ese caso, lo mejor que podemos hacer es volvernos por donde hemos venido porque, por el camino que llevamos, a nadie encontraremos. En cuanto a fama y honores, voy bien servido, y aún queda mucha gloria por conquistar a orillas del Mediterráneo. Podemos incendiar y saquear Alejandría. Cuarenta de nosotros bastarían para acabar en dos días con esos arrieros y ahorcar de paso a ese prefecto embustero que nos ha embarcado en esta insensata aventura. No digas nada, Wulf; estaba seguro de que nos engañaba; pero parecías tan embelesado escuchándolo, que seguí el consejo de los ancianos. Volvamos; reuniremos a algunas de las tribus; enviaremos emisarios a Hispania en busca de los vándalos, que están ya hartos del maldito Ataúlfo; con su ayuda, reuniré un ejército y tomaremos Constantinopla. Y yo seré emperador, y Pelagia, emperatriz; tú, Wulf, y Smid seréis los dos Césares; al monje lo pondremos al frente de los eunucos. ¿Qué os parece? Os prometo que haré lo que sea con tal de llevar una vida regalada, que daré cualquier paso menos seguir adelante por esta maldita ratonera de agua hirviendo. Preguntadles a vuestras mujeres, valientes, que yo se lo preguntaré a la mía. De sobra sabéis que las mujeres tienen el don de la profecía.

— Cuando no son rameras — comentó Wulf, entre dientes.

— Contigo, mi rey, iré al fin del mundo — dijo Pelagia, suspirando—. Pero Alejandría es un lugar mucho más agradable.

Con gesto hosco, el anciano Wulf se puso en pie.

— ¡Escúchame tú, Amalrico de Amal, hijo de Odín, y escuchadme vosotros, mis valientes! Cuando mis antepasados juraron lealtad a los descendientes de Odín, y entregaron el reino a los Amal, hijos de los Ases, ¿cuál fue el vínculo de unión que establecieron vuestros ancestros y los míos? ¿Acaso no fue que nos dirigiríamos sin descanso hacia el sur, siempre al sur, hasta que llegásemos a Asgard, ciudad que es la eterna morada de Odín, y pusiéramos en sus manos el cetro que, para entonces, regiría los destinos del mundo entero? ¿Hemos quebrantado nuestro juramento? ¿No hemos apoyado siempre a los Amal? ¿No dimos la espalda a Ataúlfo por ponerse a las órdenes de Bait, mientras quedase un Amal que nos guiase? ¿Acaso no te



hemos guardado fidelidad, hijo de los Ases?

—Nadie podrá decir jamás que Wulf, hijo de Ovida, no cumpliera la palabra dada a un amigo o a un enemigo.

—Entonces, ¿por qué su amigo lo deja de lado y no es fiel ni a sí mismo? Si el toro que lo guía se tumba a descansar, ¿a quién seguirá el rebaño? Si el lobo que la dirige pierde el rastro, ¿quién guiará la manada? Si los Yngling olvidan los himnos de Asgard, ¿quién ensalzará a los héroes?

—Nada te impide cantarlos, si te complace. A mí me basta con escuchar los cantos de Pelagia.

Al vuelo, Pelagia aprovechó la ocasión que se le brindaba y, en tono melodioso, dulce y voluptuoso, comenzó a cantar:

Suelta la lona, deja los remos,  
Que a la deriva te lleve la nave,  
Más allá de fortines y ciudades.  
La vida es corta; el tiempo vuela.  
Ven y disfrútala mientras puedas.  
¡Un respiro da y, junto a mí, vela!

—¿Qué tienes que decir a eso, Wulf? —preguntaron unas cuantas voces.

—¡Que entonéis los cánticos de Asgard, guerreros godos, ésos que tanto gustaban al rey Alarico! ¡Como hice yo en su presencia, en el palacio de los Césares, hasta que, aun cristiano como era, juró que siempre dirigiría sus pasos hacia el sur hasta dar con la ciudad santa! Y cuando se fue al Valhalla y las naves naufragaron en Sicilia, y cuando Ataúlfo se humilló como un perro con el rabo entre las piernas y casó con una hija de Roma, ciudad detestada por Odín, y se dirigió de nuevo al norte, hacia la Galia, ¿acaso no entoné entonces esos cánticos en Mesina hasta que jurasteis seguir al de Amal a sangre y fuego hasta que lleguemos a la morada de Odín y recibamos la copa de hidromiel de sus manos? ¡Escuchadme, pues, guerreros godos!

—¡No quiero oír nada más! —aulló encolerizado el de Amal, tapándose los oídos con las manos—. Ahora que habíamos recuperado una pizca de sentido común y empezábamos a darnos cuenta de que la vida valía para algo más, ¿pretendes que sigamos derramando sangre?

—¡Escuchad los himnos de Asgard! ¡Adelante, a Asgard, lobos godos! —gritó otro, al que se unió un tumultuoso coro de voces.

—¿No llevamos ya siete años de marchas y combates?

—¿No hemos bebido sangre suficiente como para que Odín se sienta diez veces saciado? Si quiere más, que venga él mismo y se ponga al frente.

—¡Déjanos tomar aliento antes de que tengamos que empezar de nuevo!

—El príncipe Wulf hace honor a su nombre. Jamás se siente cansado. Pero

que él se mueva como un lobo en invierno no significa que debamos hacer lo mismo nosotros.

—¿No habéis oído lo que ha dicho el monje? Nunca conseguiremos remontar las cataratas.

—Hemos de poner fin a esos cuentos de vieja y mirar por nosotros —dijo Smid, levantándose de la bancada que ocupaba, al tiempo que se hacía con un machete en una mano y, con la otra, asía a Filamón por el cuello... Un instante, y todo habría concluido para el joven.

Por primera vez en su vida, el monje sintió una mano hostil encima, y una nueva sensación le corrió por el cuerpo. Plantó cara al guerrero: sujetó con la mano izquierda la muñeca alzada contra él, le asió el cinturón con la derecha, iniciando sin salterio una lucha encarnizada que, por extraño que pueda parecer, fue un espectáculo agradable para los presentes.

En vano, las mujeres llamaron a voces a sus amantes para que separasen a los contrincantes.

—¡No, por todos los dioses! ¡Que sea un enfrentamiento limpio, una pelea justa! Atrás las piernas, Itho; ¿no ves que te vas a enredar? ¡Muy bien, Smid, deshazte del cuchillo! ¡No tardarán en caer los dos al suelo! ¡Por las valquirias! ¡Ya está! ¡Y encima de Smid!

Así era, en efecto. En otra situación, Filamón se habría apoderado del machete que enarbolaba su adversario. Para asombro de los espectadores, sin embargo, soltó a su presa, se apartó de Smid y regresó a su sitio, horrorizado hasta lo más hondo ante la aterradora sed de sangre que se había apoderado de él al ver que dominaba a su contrincante.

Sorprendidos, todos guardaron silencio. Para ellos, lo normal habría sido que Filamón hubiera hecho uso de su derecho a aplastar la cabeza de su enemigo vencido, circunstancia que habrían deplorado profundamente, pero que, como hombres de honor que eran, no habrían evitado; más tarde, a modo de consuelo, habrían desollado vivo al vencedor, lo habrían abierto en canal y esparcido sal en las vísceras, o cualquier otro y delicado ritual por el estilo, que mitigase el dolor que sintieran y sirviese de consuelo al alma del difunto.

Smid se puso en pie con el cuchillo en la mano, y miró a su alrededor, como si quisiese que los suyos le aconsejasen qué debía hacer. Alzó el arma con intención de descargarla contra Filamón, quien, sin moverse de su sitio, le miró a los ojos sin alterarse. El anciano guerrero volvió la mirada a la orilla y, al ver que ya estaban lejos y el barco se había puesto en movimiento por la fuerza de la corriente que lo arrastrara río abajo, soltó el cuchillo y se volvió a su bancada, dejando a los espectadores no menos confundidos que un momento antes, cuando habían observado la reacción de Filamón.

—¡Cinco minutos de limpio enfrentamiento y nadie ha resultado muerto!

¡Qué vergüenza! – comentó alguien –. ¡Queremos que corra la sangre, y más vale que sea la tuya, monje sabelotodo, que la de nuestros mejores hombres! – añadió, abalanzándose sobre el pobre Filamón.

El guerrero había expresado el sentir de la tripulación; la pelea había despertado el lobo que llevaban dentro y querían sangre. Y no a lo loco, como los celtas o los egipcios, sino con la medida y placentera crueldad del teutón; se pusieron en pie y, de espaldas a Filamón, deliberaron acerca de cómo acabar con el monje.

Con calma, el joven aceptó lo que el destino le deparase, si por tal ha de entenderse ese estado de incredulidad y sorpresa absolutas con que, igual que se aceptan como vienen los más inesperados hechos y sufrimientos, contemplaba los acontecimientos que estaba viviendo. Su repentina salida del cenobio, el nuevo mundo de ideas y de acción en que se había adentrado, los compañeros de viaje que había encontrado, todo le llevaba a sentirse fuera de lugar, a aceptar cualquier cosa. Él, que había jurado que nunca miraría a una mujer, por circunstancias que escapaban por completo a su alcance se encontraba a bordo de un barco atestado de los más pérfidos ejemplares de tan perturbador género y, habiendo pasado ya lo peor, todo lo que pudiera sucederle en adelante había por fuerza de ser mejor. Había abandonado el cenobio para ver mundo, y ése era uno de sus aspectos. Pensó, pues, que debía aceptarlo y recoger el fruto de sus afanes.

Y, ciertamente, habría conocido otro destino mucho más amargo en menos de cinco minutos, si Pelagia, que también hay pecadoras de buen corazón, no hubiera gritado:

– ¡Amalrico, Amalrico! ¡No lo consientas! ¡No lo soporto!

– Los guerreros son hombres libres, querida, y hacen lo que creen que es justo. Además, ¿qué te importa que siga con vida o no ese animal?

Antes de que pudiera detenerla, Pelagia había dejado atrás las mullidas almohadas y se había colado en medio de aquellas bestias sonrientes.

– ¡No lo matéis! ¡Hacedlo por mí! – les suplicaba.

– Hermosa joven, no debes interrumpir a los guerreros mientras disfrutan.

En ese instante, se quitó la pañoleta y la arrojó sobre Filamón, dejando al descubierto los contornos de sus hermosos miembros, cubiertos sólo por la sutil túnica de gasa, y exclamó:

– ¡A ver si hay quién se atreva a tocarlo, guardado como está por esa tela de azafranado color!

Los godos dieron un paso atrás. Sentían tan poco respeto por Pelagia como el resto del mundo. No obstante, en aquel momento, no era para ellos la Mesalina de Alejandría, sino una mujer y, guiados por el ancestral instinto de que debía respetarse a las mujeres, todos contemplaron en aquellos ojos

relucientes, que refulgían de noble indignación, algo más que el temor tan propio de su género; dieron un paso atrás y se pusieron a cuchichear entre ellos.

Siguió un instante en que aún no estaba claro de qué lado se decantaría el destino, si por el bien o por el mal, hasta que Pelagia notó una pesada mano que se apoyaba en su hombro y, al volverse, comprobó que era Wulf, hijo de Ovida.

— ¡Retírate, preciosa muchacha! Reclamo al joven para mí. Entrégamelo, Smid. De haberlo querido, ocasión tuviste de acabar con él. No lo hiciste, y no creo que nadie más se atreva a intentarlo.

— ¡Déjanoslo a nosotros, príncipe Wulf! Hace ya muchos días que no vemos correr la sangre de nadie.

— Si hubierais tenido el coraje de seguir adelante, habríais visto ríos de sangre. Este valeroso muchacho me pertenece. Ha vencido a uno de nuestros guerreros en limpia lid, y le ha perdonado la vida. Le enseñaremos a ser uno de los nuestros — para añadir, al tiempo que alzaba al monje del suelo —: Ahora me perteneces. ¿Te gusta pelear?

Aunque no entendía ni palabra de lo que le estaba diciendo, Filamón se limitó a negar con la cabeza, aunque, de haberlo sabido, seguramente tampoco habría tenido el valor de decir que no.

— ¡Dice que no, dice que no! ¡No quiere! ¡Es un cobarde! ¡Entréganoslo!

— Cuando vosotros aún cazabais tanas, yo ya había quitado de en medio a unos cuantos reyes — afirmó Smid —. ¡Hacedme caso, hijos míos! El cobarde lucha con bravura al principio y, al cabo, afloja, porque su sangre, tan pronta a inflamarse, con la misma celeridad se enfría. El valiente, en cambio, se templea en el combate, porque el espíritu de Odín planea sobre él. He sentido las manos de este joven cuando me atenazaba el cuello, y os digo que es todo un hombre, y que yo me encargaré de que lo sea. En cualquier caso, no nos vendría nada mal en este instante; a ver, dadle un remo.

— Bien puede remar para nosotros — apuntó su nuevo protector —, como antes nosotros lo hicimos por él, y puestos a retroceder, como quien va al matadero, hasta el abismo tenebroso de Hela, cuanto antes lleguemos, mejor.

Cuando los hombres volvieron a empuñar los remos, pusieron uno en manos de Filamón, quien lo manejaba con tanta fuerza y destreza que incluso aquellos que se habían juramentado para darle muerte, y que, a pesar de sus inclinaciones naturales al pillaje y a segar vidas humanas, eran hombres de buenos sentimientos, le dieron palmadas en la espalda y le expresaron sus parabienes con la misma cordialidad con que antes habían tratado de idear la forma de torturarlo hasta la muerte. Entre risotadas y dándose empujones entre ellos, tan entretenidos y emocionados como una panda de chiquillos, quienes no tenían que remar se acercaron a ver de cerca el animal que

acababan de matar, palpándolo desde los dientes hasta la cola, metiendo la cabeza dentro de sus fauces, tratando de clavarle los cuchillos en la piel, haciendo comparaciones con otras tantas bestias, reales o imaginarias, que hubieran visto antes. Hasta Smid, el gracioso del grupo, tuvo la ocurrencia de hacer una consideración de índole anatómica.

— ¡Ya sé qué es lo más parecido al Valhalla! ¡Una de esas ciruelas moradas que tanto dolor de tripa nos dieron cuando acampamos en los huertos de los alrededores de Rávena!

## CAPÍTULO IV.

### Miriam

UNA MAÑANA DE AQUELLA MISMA semana, la esclava preferida de Hipatia entró en su aposento con cara de espanto.

—Ha venido esa vieja judía, señora, esa hechicera que se pasa el día mirando a tus ventanas desde la acera de enfrente, que anoche nos dio un buen susto a todas cuando fisgaba lo que hacíamos. Nos quedamos de piedra al ver el mal reflejado en sus ojos...

—Está bien. ¿Qué le pasa?

—Que está abajo y quiere hablar contigo. Yo no tengo cuidado, porque llevo mi amuleto. Supongo que tú llevarás el tuyo.

—¡No digas necedades! Quienes, como yo, hemos sido iniciados en los misterios de los dioses, capaces somos de plantar cara a los espíritus y hasta de darles órdenes. ¿Acaso piensas que la elegida de Palas Atenea haya de tener miedo de hechizos y conjuros? Ve y dile que suba a verme.

Espantada a medias, intranquila ante tantas ínfulas, se retiró la muchacha, que volvió junto a Miriam, manteniéndose, eso sí, por detrás de la anciana y a prudente distancia, procurando no poner a prueba los poderes del amuleto que llevaba, y evitando la mirada de basilisco que tanto la había asustado.

Miriam entró en el aposento y, acercándose a la Orgullosa belleza que, impasible, siguió sentada, hizo una profunda y respetuosa reverencia hasta casi tocar el suelo con la frente, sin apartar en ningún momento los ojos de Hipatia.

Era una mujer de rostro macilento y enjuto, boca glande y finos labios fruncidos en un curioso gesto de determinación y sensualidad. De sus rasgos, no obstante, el que más poderosamente llamó la atención de Hipatia de forma inmediata, sin que pudiera apartar la mirada, fue el de aquellos ojos fríos, relucientes y negros como el carbón que refulgían bajo el cerco gris de sus pobladas cejas, rodeadas de bucles negros asentados con monedas de oro. Hipatia sólo reparó en aquellos ojos; se sonrojó, y empezó a sentir una cólera que nada tenía de filosófica, al observar que la vieja la miraba con insistencia,

interpretando que si tal hacía era porque la hechicera quería comprobar hasta qué punto cedía a su extraño influjo.

Tras un momento de silencio, Miriam sacó una carta del refajo y, después de otra reverencia, se la entregó.

— ¿De quién es?

— Tal vez la carta se lo revele a la hermosa, afortunada y prudente señora que tengo delante —repuso la vieja, en tono adulator y lisonjero—. ¿Qué ha de saber una pobre y vieja judía de los secretos de los poderosos?

— ¿De los poderosos...?

Hipatia se fijó en el sello de lacre estampado en la cinta de seda que envolvía la misiva. Era de Orestes; estaba escrita de su puño y letra... ¡Qué raro que hubiera recabado los servicios de recadera tan peculiar! ¿Qué mensaje podía requerir tantas cautelas?

Dio una palmada para llamar a la doncella.

— Acompaña a esta mujer a la antesala, y que espere. Miriam salió de la estancia haciendo reverencias. Cuando apartó los ojos de la carta para ver si estaba sola, aún reparó en la última mirada que la vieja le dedicaba y en el gesto de aquel rostro que, sin saber por qué, le hizo estremecerse y sentir escalofríos.

— ¡Qué tonta soy! ¡Qué me ha de importar esa bruja! Veamos qué dice la carta.

«A la más noble y hermosa maestra de la filosofía, la elegida de Atenea, de su alumno y esclavo, salud». — Esclavo, dice; si no veo nombre alguno...

Hay quienes piensan que la gallina de los huevos de oro de Honorio, ésa que ostenta el nombre de ciudad imperial, medraría mejor gracias a los desvelos de un nuevo amo; y el conde de África ha tenido a bien designarse a sí mismo y por encargo de los dioses inmortales cuidador del gallinero de los Césares, al menos durante la ausencia de Ataúlfo y Placidia. No falta quien considere, por otra parte, que durante la antedicha ausencia el león de Numidia podría uncirse al carro del cocodrilo de Egipto, y, entre los dos, labrar una hacienda que abarcase desde las cataratas del Nilo hasta las columnas de Hércules, situación que no desagradaría a una persona dedicada a la filosofía. Pero la Arcadia no será tal, si al labrador no le acompaña una ninfa. ¿Qué hubiera sido de Dionisos sin Ariadna, de Ares sin Afrodita, de Zeus sin Hera? Artemisa tuvo a su Endimión. Sólo Atenea se quedó sin compañero, quizá porque Hefesto fuera un amante impetuoso y tosco. No lo es quien ahora ofrece a la digna representante de Atenea, y gracias a su sabiduría, la oportunidad de compartir juntos tamaña empresa que, sin ella, sería imposible. Φωύαυτα συνετοωιν. Eros, invencible a lo largo de los tiempos, ¿errará el tiro, cuando tiene la más noble de las piezas al alcance de su

arco...?

El rostro de Hipatia, que había empalidecido al observar el desprecio con que la miraba la vieja judía, recuperó rápidamente el color a medida que leía cada una de las líneas de tan singular epístola, hasta que, por fin, arrugándola entre las manos, se puso en pie y acudió a toda prisa a la biblioteca contigua, donde Teón estaba enfrascado en sus libros.

—Padre, dime qué opinión te merece esto. Lee lo que Orestes se ha atrevido a enviarme por medio de una bruja judía de la peor calaña —dijo, mientras, de pie, con la cara encendida de orgullo y de cólera, desplegaba la carta ante los ojos del anciano, y aguardaba a que éste la leyese lenta y atentamente, tras lo cual, alzó la vista, no precisamente disgustado por el contenido de la misiva—. ¿Qué te parece, padre? —le preguntó Hipatia, como si estuviera reconviniéndole—. ¿Acaso no te indigna el insulto que le han infligido a tu hija?

—Pero, hija mía —repuso Teón—, ¿te has parado a pensar siquiera lo que te ofrece?

—Claro que sí, padre. Me ofrece el imperio de África... Me propone que descienda de las excelsas cumbres de la ciencia, que abandone la contemplación de glorias inmutables e inefables y descienda a los inmundos eriales y labrantíos de la vida diaria y terrenal, que me convierta en esclava de las intrigas políticas, de las bajas ambiciones, iniquidades y mezquindades del género humano... Y el precio que me ofrece a cambio, a mí, a la libre, sin tacha y virginal Hipatia, es... ¡su mano! ¡Por Palas Atenea! ¿No te sonrojas como yo, padre?

—Pero hija mía, hija mía, un imperio...

—Una vez echada a perder, ¿podría ese mundanal imperio devolverme el respeto a mí misma, mi amor propio? ¿Evitaría acaso que se me ruborizasen las mejillas cada vez que recordase que había aceptado la degradante y odiosa carga de ser la esposa de alguien? Es decir, pasar a ser de su propiedad, como una marioneta; someterme a sus caprichos, criar a sus hijos, ocuparme de las inmundas tareas que conlleva dirigir una casa, incapaz de disfrutar de la independencia y pureza que he preservado día y noche, verme obligada a recordar que hasta mis encantos íntimos ya no serían la prenda sagrada con que Atenea me ha distinguido, sino objeto de placer de un hombre, ¡y menudo hombre!, lujurioso, frívolo y despiadado que, durante años, sólo ha buscado mi compañía con tal de recoger y aprovechar las migajas que caen de la mesa del festín de los dioses para sus inconfesables propósitos terrenales. ¡Tonta de mí, que nunca corté de raíz sus pretensiones! Pero no, no es culpa mía. Pensaba, o eso creía yo, que mucho ganaría la causa de los dioses inmortales a ojos de la gente, si veían que nos frecuentaba... He



recorrido a terrenal madera para alimentar los altares del cielo, ¡y justo es el premio que recibo! Voy a responderle ahora mismo, devolviéndole agravio por agravio, y que mi respuesta la lleve la misma e indigna recadera.

— ¡En el nombre del cielo, hija mía! ¡Hazlo por tu padre, por el bien de tu progenitor, Hipatia, mi dicha, mi orgullo, mi única esperanza! ¡Muestra un poco de compasión por mis canas! —reclamó el pobre anciano, postrándose a los pies de su hija, abrazado a sus rodillas, suplicante.

Hipatia lo alzó con cariño y, rodeándole el cuello con los brazos, apoyó la cabeza de su padre contra su hombro lechoso y vertió abundantes lágrimas sobre los blancos cabellos; pero el gesto de su boca daba a entender que no había cedido un ápice en cuanto a la determinación y firmeza que la guiaban.

— Piensa en mí, en lo orgulloso que estaría de contemplar tu gloria. No lo digo por mí, no; de sobra sabes lo poco que siempre he velado por mis intereses —añadió el anciano, sollozando—. Pero esperar la muerte sabiéndote emperatriz...

— Bien pudiera ocurrir que antes muriera yo de parto, padre mío. Son muchas las mujeres que no están dispuestas a convertirse en esclavas y doblegarse a las torturas que sufren las de esa condición.

— Pero, pero... —balbució el anciano, exprimiendo su alterada sesera en busca de alguna razón lo bastante alejada de la naturaleza y del sentido común que obligase a cambiar de idea a aquella fanatizada belleza—. ¿Y la causa de los dioses? ¡Podrías hacer tantas cosas...! ¡Acuérdate de Juliano!

De repente, Hipatia dejó caer los brazos con desmayo. Sí, en eso tenía razón su padre. Con arrobo y terror, consideró la idea que acababa de pasársele por la cabeza... Fugaces y precisas, acudieron a su mente visiones de escenas de su niñez: templos, sacrificios, sacerdotes, academias, museos. ¡Qué no tendría a su alcance, cuánto no podría hacer por África! Diez años le bastarían para borrar hasta el odiado nombre de los cristianos y erigir una colosal estatua triunfante de Palas Atenea, en oro y marfil, severa y sobria, que presidiera los puertos de una Alejandría pagana... Pero ¡a qué precio!

Se tapó la cara con las manos, y se echó a llorar amargamente. Temblorosa, sin saber qué hacer, se dirigió a su aposento.

Preocupado y sorprendido, el anciano la dejó marchar y, tras dudarlo un momento, fue tras ella. Estaba sentada en la mesa, con la cara oculta entre las manos; no se atrevió a interrumpirla. Además del cariño, de la sabiduría y la hermosura celestial de aquella hija que era la niña de sus ojos, estaba seguro de que también era dueña de los talentos y dones sobrenaturales que, con tanto desparpajo, Hipatia proclamaba. Aunque de débil carácter como para negar por dónde iban sus preferencias, y demasiado racional para darlas por buenas, se la quedó mirando desde el umbral, y se encomendó con fervor a todos los dioses y demonios, principados y potestades, desde Atenea al

espíritu que velaba por su hija, para que tomase la determinación más acertada.

Resuelto ya el conflicto interior que la desgarraba, Hipatia alzó la cara; su mirada otra vez era límpida, tranquila y serena.

Por el bien de los dioses inmortales, ya sabía lo que tenía que hacer. Por el bien de las artes, de las ciencias, de la sabiduría y de la filosofía, no le quedaba otra salida. Si los dioses así lo querían, se inmolaría como víctima propiciatoria. Si los dioses, para impedir que los griegos, por segunda vez en la historia, no pudieran hacerse a la mar para, gracias a sus conquistas, llevar la civilización a todas partes, exigían el sacrificio de una virgen, entregaría su garganta al puñal.

—Padre, no vuelvas a llamarme Hipatia, ¡sino Ifigenia!

—¿Acaso habré de ser yo Agamenón? —aventuró el anciano con simulada alegría, si bien con lágrimas de reconocimiento—. Ya sé que piensas que soy un padre despiadado, pero...

—Sálvame, padre, como yo te he salvado a ti —y comenzó a escribir la respuesta—. Aceptaré su proposición; con condiciones, claro está. Todo depende de si tendrá, o no, el valor de aceptarlas. No me preguntes cuáles son. Mientras Cirilo siga como cabecilla de esa chusma cristiana, es preferible, padre, que nada sepas del contenido de mi misiva. Confórmate con esto: en ella le digo que, si actúa como tú lo harías si estuvieras en su posición, haré lo que tú siempre me recomendaste que hiciera.

—¿No te habrás precipitado? ¿No le exigirás algo que, por temor a la reacción de la gente, no se atreva a concederte y que, llegado el caso, se tome la libertad de utilizar en tu contra?

—Tú lo has dicho. Si he de ser la víctima propiciatoria, que el sacrificador sea por lo menos un hombre, no un cobarde ni un esclavo de las circunstancias. Si acepta la fe de los cristianos, que la defienda aun en mi contra, porque ella, o yo, habremos de perecer en esta lid. Pero si, como todo parece indicar, no es así, que abjure de ella y se abstenga de proferir contra los dioses inmortales esas torpes blasfemias que repugnan tanto a su inteligencia como a su corazón.

Dio una palmada para llamar a la criada; sin decir palabra, le entregó la carta, cerró la puerta de su aposento y trató de continuar con sus comentarios sobre Plotino. Pero ¿qué sentido tenían aquellas filigranas metafísicas cuando, en el fondo de su corazón, se estaba librando una encarnizada batalla? ¿Por qué esforzarse en dilucidar los procesos por los que las almas de los individuos emanan del espíritu universal, cuando la suya, a solas y porque así lo había decidido, tenía que pronunciarse sobre tan terrible acto de su voluntad? ¿Por qué servirse de pluma y tinta para escribir rimbombantes frases sobre la impasibilidad de la suprema razón, cuando su propio

raciocinio mantenía una lucha a pecho descubierto por sobrevivir en un piélago agitado, inabarcable, de dudas y oscuridad? ¡Qué grandioso, claro y lógico le había parecido todo media hora antes, y cómo, siguiendo un lógico encadenamiento de silogismos, había demostrado que el mal no existía, que no era sino una forma degradada del bien, una de las innumerables emanaciones de la gran mente que todo lo penetra, que no puede errar ni mudar, pero que, extraña y recóndita en su forma de actuar, despierta el recelo de todos menos del filósofo, que ha aprendido a reconocer el vínculo que une el fruto amargo a la raíz perfecta de que procede! ¿Era acaso capaz, en aquel momento, de reconocer tal ilación? ¿Podía ver la relación entre la pura y suprema razón y las repulsivas caricias del libertino y depravado Orestes? ¿Acaso no era un mal igual de puro, sin mezcla de bien presente, pasado o futuro?

Cierto que conservaría su alma intacta, que podía inmolar la terrenal materia de su cuerpo y ennoblecer su espíritu gracias a semejante sacrificio... Pero, precisamente por eso, ¿no serían aún más terribles su horror, su agonía, sus padecimientos? Desde su punto de vista al menos, lo que los dioses le reclamaban, eso sí que era un mal real. ¿Eran en verdad justos y misericordiosos? ¿O acaso era ésa la razón de que demandasen el sacrificio de su postrer adoradora? ¿De verdad lo exigían? ¿No estaban urgidos por un poder más alto, del que no eran sino emanaciones, instrumentos, marionetas? Y ese poder superior, ¿no estaría apremiado por otro más alto, un inefable y ciego destino en el que Orestes y ella, como los cielos y la tierra, no fueran sino víctimas de un inevitable torbellino, carente de sentido, que los arrastraba hacia el fin para el que todo había sido dispuesto? ¡Para eso la habían creado! ¡La idea le resultaba insoportable! ¡No, claro que no! ¡Se rebelaría! Como Prometeo, desafiaría al destino y plantaría cara a lo peor. Con esa idea en mente, se puso en pie y trató de recuperar la carta... Pero Miriam ya se había marchado. Se dejó caer en el suelo y lloró amargamente.

Poco se habría calmado la agitación que sentía, si hubiera visto cómo la vieja judía, con la misiva en su poder, se dirigía a su casa a toda prisa, una miserable casucha del barrio judío, donde la abrió, la leyó y la volvió a sellar con habilidad tan pasmosa que nadie se habría percatado. Y mucho menos aún, si hubiera tenido oportunidad de escuchar la conversación que, en una de las estancias del palacio de verano de Orestes, mantenían el ilustre estadista y Rafael Aben-Ezra, que, tumbados en sendos divanes, uno enfrente del otro, mataban el tiempo jugando a los dados, mientras aguardaban la respuesta de Hipatia.

— ¡Otra vez tres! ¡Tienes al diablo de tu parte, Rafael!

— Eso parece... —repuso el judío, recogiendo las monedas de oro que había en la mesa.

— ¿Cuándo volverá esa bruja?

— Cuando haya leído tu carta y la respuesta de Hipatia.

— ¿Cómo que cuando las haya leído?

— Claro. No la creerás tan necia que se encargue de llevar una carta sin saber lo que dice. No te enfades; no dirá nada. Al contrario, creo que sería capaz de dar uno de esos fulgores de ultratumba que tiene por ojos con tal de que el asunto culminase con bien.

— ¿Por qué lo dices?

— Tu noble persona lo sabrá cuando reciba la respuesta. Chitón; oigo pasos en la galería. Una apuesta antes de que entre: dos contra uno a que exige que vuelvas a ser pagano.

— ¿Qué nos jugamos?, ¿los esclavos negros?

— Lo que quieras.

— Sea. ¡Venid aquí, esclavos!

Hipocorisma asomó por la puerta con cara de pocos amigos.

— Ese demonio de judía está a la puerta, y ha tenido el descaro de decirme que no pensaba entregarme la carta que llevaba.

— Hazla pasar, pues. Deprisa.

— ¿Qué pinto yo aquí, si mi amo se guarda secretos que yo no debo saber?

— rezongó el consentido muchacho.

— ¿Quizá quieres que estampe una banda azul en tus blancas espaldas, monada? — replicó Orestes —. Si te apetece, ahí fuera y a mano, tengo el látigo de piel de hipopótamo.

— Que se ponga aquí mismo de rodillas; usaremos su espalda como tablero para jugar a los dados — propuso Rafael —, como solías hacer con las jóvenes de Armenia. Con eso será suficiente.

— Veo que aún te acuerdas. ¡Y cómo rezongaban los caudillos de aquellos bárbaros, hasta que crucifiqué a un par de ellos! ¡Aquella sí que era buena vida! Me gustan esos parajes alejados del poder, donde nadie pregunta por qué haces lo que haces. Aquí es como si viviéramos entre los monjes de Nitria. ¡Pero aquí está Canidia! ¿Traes la respuesta? Entrégamela, reina de las recaderas.

Orestes la leyó; se le mudó el semblante.

— ¿Así que acerté?

— Fuera de aquí, esclavos — gritó Orestes —, ¡y cuidadito con escuchar detrás de la puerta!

— Está claro que he ganado.

Orestes le alargó la carta, y el judío leyó:

Los dioses inmortales no gustan de las medias tintas, y quien quiera sacar provecho de sus profetisas ha de saber que no tendrán a bien iluminarlas

hasta que no se les devuelvan los honores arrebatados. Si quien aspira a ser dueño y señor del África se atreve a pisotear la odiada cruz y devolver el Cesáreo a aquéllos en cuyo honor fue erigido; si se atreve a proclamar de palabra y de hecho el desprecio que, gracias a su prudencia y razón, le merecen tan extravagantes como bárbaras supersticiones, demostrará que es persona con quien será un honor trabajar, arriesgarse y morir por una gran cama, Mientras eso no ocurra...

Así concluía la misiva.

— ¿Qué debo hacer?

— Tomarle la palabra.

— ¡Santo cielo! Me excomulgarían. ¿Qué sería de mi alma?

— ¿Qué será de ella en cualquier caso, mi noble señor? —repuso Rafael, sin alterarse.

— Sé lo que pensáis vosotros, malditos judíos: que sólo vuestro pueblo es el elegido. Pero ¿qué diría el mundo si abjurase y plantase cara a Cirilo y al populacho? ¡A eso sí que no me atrevo! ¡De eso puedes estar seguro!

— Nadie te ha pedido que apostates.

— ¿Cómo que no? ¿Cómo lo ves tú?

— Te han pedido que hagas una promesa. No sería la primera vez que, una vez celebrados los esponsales, las promesas anteriores poco se parecen a los hechos que vienen después.

— Pero es que no me atrevo ni a formular semejante promesa. Más bien creo que esta situación responde a una intriga urdida por vosotros los judíos para enemistarme con esos cristianos que odiáis a muerte.

— Ten por seguro que siento tanto desprecio por el género humano que ni aborrecerlos puedo. Nunca reconocerás el desinterés con que te he aconsejado el casamiento, y pecaría de inmodesto si te lo hiciese ver. Pero la mano de esa atolondrada bien merece un pequeño sacrificio. Gracias a su profundo y claro entendimiento de las cosas, tú solo podrías plantar cara a romanos, bizantinos y godos a un tiempo. Y en lo tocante a hermosura, ese hoyuelo que se le forma en la muñeca cuando apoya la cabeza en su dulce y menuda mano, vale más que toda la carne que circula por Alejandría.

— ¡Por Júpiter! Veo que eres un rendido admirador suyo. Hasta sospecho que estás enamorado de ella. ¿Por qué no te casas con ella? Te nombraré favorito, y así me aprovecharé de su talento sin verme obligado a ceder a sus caprichos. ¡Por los doce dioses! Si contraes nupcias con ella y me echas una mano, te concederé lo que me pidas.

Puesto en pie, Rafael dedicó una reverencia tan profunda al prefecto que casi tocó el suelo con la cabeza.

— Tu generosidad, noble señor, me confunde. Pero ten por seguro que, no

habiendo hasta ahora velado por otros intereses que no sean los míos, a estas alturas de la vida, no me mezclaría en los de otros, ni siquiera en los tuyos.

— Eres sincero.

— Así es. Por otra parte, la que se case conmigo habrá de ser de mi exclusiva propiedad, tanto de cuerpo como de mente... ¿Me he expresado con claridad?

— Con toda la franqueza del mundo.

— En efecto; y dejando aparte un tercer aspecto de la cuestión que nos ocupa, a saber, que es probable que Hipatia no quisiera casarse conmigo, permíteme una observación más: no estaría bien visto que yo, el mandado, tuviera una mujer que superase en belleza e inteligencia a la tuya, mi señor; más si tenemos en cuenta que se trataría de una persona que habría rechazado la munificente oferta del dueño y señor.

— ¡Por Júpiter! Ahora que lo dices: me ha rechazado por las buenas. Haré que se arrepienta. Me he comportado como un necio suplicándoselo. ¿Para qué quiero una guardia, si no me procura lo que deseo? Si no acepta por las buenas, consentirá por las malas. Voy a ordenar que la conduzcan aquí.

— Ilustre majestad, de nada servirá. No sabes hasta dónde llega la determinación de esa mujer. Ni el látigo ni las tenazas al rojo vivo la harán cambiar de opinión mientras siga con vida y, muerta, de nada te servirá. Aunque Cirilo bien sabría cómo sacar provecho de tal circunstancia.

— ¿Por qué lo dices?

— Estaría encantado de contar con semejante pretexto para esgrimirlo contra ti. Sin pasar por alto que moriría virgen y mártir, según la sacrosanta fe católica y apostólica, y que asistiríamos a hechos milagrosos junto a su tumba, motivos más que sobrados para desalojarte de este palacio.

— Se enterará de todos modos. Otro apuro en el que me veo inmerso gracias a ti y tus inmundas intrigas. Ante toda Alejandría se jactará ella de que, tras solicitar yo su mano, se ha dado el gustazo de rechazarme.

— Es demasiado inteligente para hacer algo así. Es lo bastante lista como para darse cuenta de que, si tal hiciera, ya te encargarías tú de informar a esa chusma de cristianos de las condiciones que te había impuesto y, por mucho que diga que desprecia la carga de este cuerpo, no le gustaría verse aligerada de tan precioso fardo a manos de unos monjes que, sin duda, la descuartizarían; un final más que probable en su caso, como ella misma se encarga de proclamar a los cuatro vientos cuando se siente alicaída.

— ¿Qué crees que debo hacer, pues?

— Nada, sencillamente. Dar tiempo al tiempo hasta que descienda sobre ella el espíritu de profecía, cosa que ocurrirá dentro de un par de días. O muy poco conozco al género humano, o ten por seguro que, para entonces, habrá rebajado un tanto sus exigencias. Según eso, a pesar de su inflexibilidad y de

su desdén, de todas esas monsergas celestiales que tanto predicamento tienen aquí en Alejandría, incluso para Hipatia la pitonisa un trono es un señuelo demasiado precioso como para rechazarlo por las buenas. Dejar a alguien a su aire no es mala cosa; privar a alguien del favor es mejor. Una apuesta más antes de irme. Tres contra uno, y en mulas del Cáucaso. ¿Te parece bien? No hagas nada; antes de un mes, te habrá dado el sí por voluntad propia.

— ¡Eres el mejor consejero con que cuenta este pobre diablo de prefecto, que está hecho un lío! Si dispusiera de una fortuna como tú, con ese respaldo las cosas rodarían solas.

— Lo que en verdad constituye un método admirable de buen gobierno. Tu esclavo se despide de ti. No olvides nuestra apuesta. ¿Cenamos juntos mañana? — tras una reverencia, Rafael abandonó la estancia.

Cuando, pensando en sus cosas, abandonaba la casa de su amigo, reparó en la presencia de Miriam al otro lado de la calle; parecía que estuviera esperándolo. En cuanto lo atisbo, la vieja se quedó donde estaba y simuló no haberle visto. Pero, no bien dobló la esquina, echó a correr tras él y le tomó del brazo.

— ¿Tendrá el valor de hacerlo, ese bobalicón?

— ¿El valor de hacer qué? ¿A quién te refieres?

— De sobra sabes a qué y a quién me refiero. No pensarás que la vieja Miriam se dedica a traer y llevar cartas sin enterarse de su contenido. ¿Abjurará? Cuéntame; sabes que soy como una tumba.

— El bobalicón ha descubierto un pingajo raído de conciencia en lo más hondo de su corazón, y no, no se atreverá.

— ¡Maldito cobarde! ¡Con los grandiosos planes que tenía en mente! En menos de un año, no quedaría ni un solo perro cristiano en toda África. ¿Qué le ha frenado?

— El fuego del infierno.

— ¡Lugar donde, de todos modos, acabará el maldito pagano!

— Con toda la delicadeza del mundo, así se lo hice ver. Pero como todos los seres humanos, tiene esa acusada debilidad de hacer las cosas a su manera.

— ¡Será cobarde! ¿A quién podré recurrir? Si esa Pelagia tuviera en su espléndida figura tanta sagacidad como Hipatia en su dedo meñique, poco me importaría que fueran ella y su godo quienes ocupasen el trono de los Césares, pero...

— Pero Pelagia es dueña de sus cinco sentidos y sabe cómo usarlos, ¿verdad?

— ¡No te burles de ella, perdulario! Debo confesar que me encanta ver de lo que es capaz. Hasta mi vieja sangre se altera cuando contempla la maestría con que domina el oficio, y cómo disfruta, como buena hija de Eva.

—Sin duda, ha sido tu discípula más aventajada, madre. Orgullosa has de estar.

La vieja bruja rió entre dientes hasta que, de repente, se encaró con Rafael y le dijo:

— ¡Se me olvidaba! Te he traído un regalo — al tiempo que le entregaba un espléndido anillo.

—No dejas de hacerme regalos. No hace ni un mes que me enviaste la daga envenenada.

— ¿Y por qué, por qué no he de hacerte regalos? ¿Acaso no profesamos la misma religión? Acepta la sortija que te da esta vieja.

— ¡Qué ópalo tan hermoso!

—Un ópalo de los de verdad que, además, lleva grabado el nombre del innombrable, como el anillo de Salomón. Acéptalo. Quien lo lleve puesto jamás habrá de temer al fuego ni al acero, al veneno ni al mal de ojo de mujer alguna.

— ¿Tampoco al que tú practicas?

—Haz lo que te digo —añadió Miriam, poniéndole la sortija en un dedo—. Ahora estás a salvo. Y dime otra vez eso de madre. No sé por qué, pero me gusta que me llames así. Pero, te lo advierto, Rafael Aben-Ezra, no te burles de mí ni te refieras a mí como esa bruja o esa piltrafa, como sueles hacer. Si es otro quien lo dice, no me importa. Estoy más que acostumbrada. Pero cuando viene de ti, me dan ganas de clavarte un puñal. Por eso te regalé la daga. Solía llevarla encima, pero me daba miedo echar mano de ella en algún momento: ya ves, me dio por pensar en lo guapo y calladito que estarías muerto, en lo feliz que estaría tu alma en el seno de Abraham, mientras los paganos se tostaban y ardían para siempre en el tártaro. No te rías de mí, te digo, ni te interpongas en mi camino. Podría hacer que fueras el favorito del emperador, y quién sabe si algún día no será así, si hago lo correcto.

—No lo permita el cielo —repuso Rafael, echándose a reír.

—No te rías. Anoche consulté tu horóscopo, y no tienes motivos para estar alegre. Un grave peligro se cierne sobre ti, una peligrosa tentación. Pero si resistes los embates de la tempestad que se abatirá sobre ti, podrás ser chambelán, favorito, e incluso emperador, si tal es tu deseo. ¡Y lo serás! ¡Por los cuatro arcángeles, que lo serás!

La vieja desapareció por una calleja adyacente, dejando atónito a Rafael.

«¡Por Moisés y los profetas! ¿No estará pensando la vieja en casarse conmigo? ¿Qué puede haber visto en un ser tan indolente y egoísta como yo para albergar semejantes sentimientos? Bueno, Rafael, en cualquier caso y aparte de *Bran*, el mastín, ya tienes una amiga en este mundo, y un nuevo motivo de intranquilidad, por otra parte, porque los amigos siempre confían



en que les correspondamos con nuestro cariño y buenos oficios, como es natural. Me pregunto si la vieja no estará envuelta en algún sucio negocio y no andará buscando que le ayude a salir del mal paso... ¡De aquí a casa, me queda casi una milla y a pleno sol! Debería tomar una carreta, una litera o cualquier otro vehículo a la primera ocasión, uno de éstos guiados por alguien que haya comido una buena ración de cebollas; pero, claro, a lo largo de los siguientes setecientos u ochocientos pasos, no hay ni un solo sitio dónde hacerlo. Oh, divino éter, digo como Prometeo; oh, rápidas y venturosas brisas, si soplase algo de aire, ¿cuándo acabará esto? Treinta y tres años hace que padezco en esta Babilonia de bellacos y necios, y con la estupenda y abominable salud que tengo, seguro que no me afectan ni las malas digestiones ni la gota, y nada me extrañaría que hubiera de soportarlo treinta y tres años más. Como no sé nada, no me ocupo de nada y nada espero, tampoco quiero tomarme la molestia de practicar un agujero en mi propio cuerpo para que más libremente fluya mi espíritu y, de ese modo, comprobar si hay algo digno aparte de lo que me rodea, ver si es cierto que, más allá del sepulcro, la otra vida no es tan insulsa como ésta que aquí llevamos... ¿Cuándo acabará esto para descansar, por fin, en el seno de Abraham, o en el de cualquier otro, con tal de que no sea el de una mujer?».

## CAPÍTULO V.

### Un día en Alejandría

ENTRETANTO, FILAMÓN, a bordo de la nave de los godos, había seguido río abajo. Atrás dejaron las ruinas que quedaban en pie de ciudades tan antiguas como el propio mundo; infinidad de embocaduras de canales abandonados, igual que los campos que otrora regasen, al dictado de las exigencias del despótico régimen impuesto por los romanos. Hasta que un día, al atardecer, llegaron a la embocadura del gran canal de Alejandría y, tras navegar toda la noche bajo el cielo raso y estrellado del lago Mareotis, al amanecer se dieron de bruces con un bosque de innumerables mástiles amarrados a los bulliciosos muelles del mayor puerto marítimo del mundo. La abigarrada mezcla de gente de muy diversa procedencia; el chapurreo en todos los dialectos imaginables, desde Crimea hasta Gades; las enormes cantidades de mercancías apiladas y los montones de trigo que se dejaban al aire libre, porque allí nunca llovía; las gigantescas moles de los cargueros para Roma y sus enhiestas amuradas de varios pisos, como palacios flotantes sobresalían por encima de algunos de los edificios que se alzaban al fondo de los muelles. Aquellas imágenes, y cientos más como éstas, llevaron al joven monje a pensar que, a primera vista, el mundo no era un lugar tan despreciable como decían. Entre los montones de fruta que acababan de descargar de unas barcas para llevarlas al mercado, insinuantes y coquetas, unas esclavas negras reían bajo el sol y miraban a su alrededor con la esperanza de que alguien las comprase: estaba claro que, en su caso al menos, dejar atrás las tareas que realizaban en el desierto para dedicarse a las placenteras ocupaciones que habría de depararles la ciudad no era un cambio a peor. Los ojos de Filamón aún no se habían saciado de un ameno espectáculo cuando ya reparaban en otro en que solazarse. Tantas cosas nuevas, tanto bullicio le aturdieron de tal modo que apenas si tenía fuerzas cuando se le presentó la primera oportunidad de escapar de sus peligrosos compañeros de travesía.

—¡Vaya, vaya! —gruñó Smid, el maestro armero, precipitándose por los escalones del embarcadero—. ¿No estarías pensando en marcharte sin

decirnos adiós siquiera, verdad?

—No te apartes de mi lado, muchacho —le advirtió el viejo Wulf—. Te he salvado la vida, y me perteneces.

—Soy monje, y sólo a Dios tengo por amo —replicó Filamón, sin saber qué responder.

—Eso puedes serlo en cualquier parte. En cambio, yo haré de ti un guerrero.

—Las armas que yo empuño no están hechas de carne y hueso, sino de oración y ayuno —repuso el pobre Filamón, que, a esas alturas y en comparación con el desierto, ya había comprendido cuánto más necesarias le serían las primeras en Alejandría—. Déjame marchar. No estoy hecho para esta vida. Te doy las gracias, junto con mi bendición, príncipe; rezaré por ti, pero deja que me vaya.

—¡Maldito perro cobarde! —exclamaron algunos hombres—. ¿Por qué no nos lo dejas a nosotros, príncipe Wulf? ¿Qué otro agradecimiento cabe esperar de un monje?

—Me debe el desquite —añadió Smid—, ¡y ahí va! —mientras, certero, lanzaba un hacha que, tras pasar silbando junto al cráneo de Filamón, fue a estrellarse contra un muro de granito que había a sus espaldas.

—¡Bien esquivado! —comentó Wulf, con frialdad.

Marineros y mujeres que andaban cerca comenzaron a gritar; funcionarios de aduanas, escribas y alguaciles del puerto acudieron con presteza, para retirarse de inmediato al oír el vozarrón del de Amal que, desde la popa de la nave, les advertía:

—No os inquietéis, buenas gentes. Sólo somos godos, y venimos a rendir pleitesía al prefecto.

—¡Sólo godos, pedazo de mulas! —repitió Smid; al percatarse del trato despectivo de que era objeto, la multitud trató de aparentar indiferencia hasta que, como quien no quiere la cosa, decidió que se requería su presencia en la otra punta del muelle.

—¡Que se vaya, si así lo desea! —dijo Wulf, mientras subía hasta el muelle—. ¡Dejad al chico en paz! Siempre que me he fiado de un hombre, me he llevado una decepción, y éste no habría de ser una excepción. ¡A tierra, muchachos! ¡Vamos a emborracharnos!

Al comprender que era libre de irse si así lo deseaba, Filamón consideró que no era un asunto tan urgente y que debería volverse y dar las gracias a quienes lo habían recogido. Cuando, no del todo convencido, dio media vuelta, se encontró con Pelagia y su colosal amante a punto de subir a un palanquín. Bajó la vista, se acercó al hermoso basilisco y susurró unas palabras de agradecimiento. Con su mejor sonrisa, la mujer le replicó:

—Cuéntanos más cosas de ti antes de que nos vayamos. ¡Hablas el griego

con tal perfección..., acento ateniense! Me encanta escuchar la entonación de mi terruño. ¿Has estado alguna vez en Atenas?

– De niño, si no recuerdo mal, creo...

– ¿Cómo dices? –le insistió Pelagia, con interés.

– Una gran mansión en Atenas; se libró una importante batalla, y me trajeron a Egipto en un barco.

– ¡Cielos! –exclamó Pelagia, antes de quedarse callada—. ¡Qué raro! Chicas, ¿quién de vosotras decía que le encontraba cierto parecido conmigo?

– No lo dije por ofenderte; sólo era una broma –repuso una de las doncellas.

– ¡Se parece a mí! Ven a vernos cuando puedas. Tengo algo que contarte. ¡No lo olvides!

Filamón no entendió el interés que le demostraba Pelagia y, si bien no se apartó, no pudo contener un involuntario gesto de rechazo. La joven se echó a reír.

– Déjate de estúpidos remilgos, muchacho, y ven. ¿Crees que, aparte de tontear, no tengo nada de qué hablar contigo? Ven a verme, que puedo tenerte cuenta. Vivo en... –y pronunció el nombre de una de las calles más famosas de Alejandría, que Filamón, aun resuelto a no aceptar semejante invitación, no pudo olvidar.

– Olvídate de ese salvaje y en marcha –gritó el de Amal, desde el interior del palanquín—. Supongo que no estarás pensando en meterte a monja...

– No, mientras el primer hombre que yació conmigo siga en este mundo –replicó, antes de encaramarse al palanquín, poniendo buen cuidado en dejar al descubierto el talón y el tobillo más adorables del mundo y, como los partos, lanzar a sus espaldas una acerada flecha. Pero el dardo no alcanzó a Filamón, quien, para entonces, iba de un lado para otro entre capazos, bultos y pajareras, zarandeado por criadas que no paraban de reír, tratando de escapar del tumulto y enterarse de cómo llegar a casa del patriarca.

– ¿La casa del patriarca? –se extrañó el primero al que preguntó, un hombre enjuto, atezado, de ojos negros y vivarachos, que, con un cesto de fruta a los pies y encaramado a una viga de madera, masticaba lentamente un tallo de papiro, mientras observaba a los transeúntes con afectada sagacidad –. Claro; seguro que sé dónde está. Toda Alejandría tiene motivos más que sobrados para saber dónde se encuentra. ¿Eres monje?

– Sí.

– En ese caso, pregúntaselo a uno de los tuyos. No tardarás en dar con alguno.

– Pero si no sé siquiera la dirección. ¿Por qué ese odio a los monjes, buen hombre?

– Vamos a ver, jovencito. Me pareces demasiado ingenuo para ser monje.

Pronto se te pasará, no temas. Si dentro de un mes, sigues llevando esa piel de oveja y refugiándote en iglesias, si no has aprendido a mentir y a calumniar, a mezclar en refriegas y a armar algaradas, por no mencionar algún drama satírico con sedición y asesinato incluidos, concluiré que eres mejor hombre de lo que pensaba. En cuanto a mí, soy griego y filósofo, aunque la chispa divina que habita en mí esté oculta bajo este torbellino de materia que ha adoptado la envoltura corpórea de un mozo de cuerda. De modo que, jovencito —continuó el hombrecillo, poniéndose en pie sobre el madero como un mono inquieto, agitando los brazos como si pronunciase una perorata—, tengo un triple motivo para detestar a la casta cenobita. En primer lugar, soy un hombre y estoy casado, aunque no desdeño las gracias de otras mujeres y, en la medida de lo posible, procuro corresponderías; mientras que los monjes, si llevasen a cabo sus malvados propósitos, no dejarían a nadie, hombre o mujer, con vida. Una generación bastaría para que acabasen con el género humano. ¡Un suicidio colectivo! En segundo término, soy mozo de cuerda; si el resto de los hombres se volviese como los monjes y todo el mundo trabajase, me quedaría sin ocupación. En tercer lugar, soy filósofo; igual que poco se asemejan una moneda falsa y otra verdadera, nada tiene que ver el ascetismo irracional y salvaje de los monjes con el dominio metódico y lógico de las pasiones. Tu humilde servidor es, pues, un filósofo que aspira a vivir conforme a los dictados de la pura razón.

—Y dime —le preguntó Filamón, sin poder disimular una carcajada—, ¿quién ha sido tu maestro, si puede saberse?

—La propia Hipatia, manantial que lo es de la sabiduría clásica. Hago lo mismo que aquel sabio de la antigüedad, cuyo nombre poco ha de importarle a un monje, que bombeaba el agua de noche para mejor dedicarse al estudio durante el día: vigilo capas y quitasoles a las sagradas puertas de su aula y me empapo de celestial sabiduría. Desde joven, siempre intuí que mi alma era superior a la del común de los mortales. Gracias a Hipatia, he descubierto que soy una chispa de la divinidad, una estrella caída, amigo mío —prosiguió pensativo, pasándose una mano por su escuálido estómago—, caída, si la excelencia de la filosofía me permite la comparación, en la pocilga de este bajo mundo, en este muladar, dicho con más propiedad. Pero, en fin, te indicaré cómo llegar a casa del arzobispo. Uno de los placeres de la filosofía es que abre la posibilidad de ofrecer los tesoros que uno lleva dentro a jóvenes rústicos. En contrapartida, me ayudarás a llevar este capazo de frutas —concluyó, al tiempo que le encasquetaba el cesto en la cabeza al monje y echaba a andar hacia una calle próxima.

Entre asombrado y escéptico, Filamón se puso en marcha sin dejar de pensar en qué clase de filosofía sería aquella que podía alimentar la arrogancia de un mentecato tan ruin, lerdo y andrajoso como el que le servía

de guía; pero el bullicio y el ajetreo de la calle, el interminable tránsito de personas que andaban de prisa, las hileras de carruajes, palanquines, asnos cargados, camellos y elefantes que le salían al paso, obligándole a arrimarse a escalinatas y portales, pronto le llevaron a olvidarse de todo, haciendo que su mente sólo prestase atención a lo que veía. El trajín de la gran ciudad le produjo un inexplicable e instintivo horror, más espantoso que las inertes soledades de arena que había dejado atrás. Y echó de menos la quietud y el silencio del cenobio, la presencia de caras conocidas y sonrientes. Pero ya era tarde para desandar el camino. A lo largo de casi dos kilómetros, su guía siguió adelante por aquella arteria principal que, en pleno centro de la ciudad, se cruzaba con otra vía no menos grandiosa, al final de las cuales asomaban, allá a lo lejos, por encima de las cabezas de la marea humana que las inundaba, las amarillas montañas de arena del desierto, mientras del otro lado resplandecía el azul del puerto salpicado de innumerables mástiles.

Por fin, llegaron al muelle, que se alzaba al otro extremo de la calle, y, ante la atónita mirada de Filamón, apareció un vasto mar azul en forma de media luna, rodeado de palacios y torres... Sin venir a cuento, se quedó inmóvil; su guía también se detuvo, y observó al joven monje preguntándose qué impresión le causaría tan espléndida perspectiva.

—Ya lo ves. Ahí tienes nuestras obras. Esas son las cosas que hacemos nosotros, los griegos, ignorantes y paganos. Contémpalas y reflexiona. No eres más que un jovencuelo de mente estrecha, inculto y presuntuoso, que da por sentado que su nueva religión le autoriza a despreciar todo lo que queda fuera de ella. ¿Acaso eran cristianos quienes hicieron lo que ahora ves? ¿Construyeron los cristianos el Faro, allí en aquella punta, a la izquierda, una de las maravillas del mundo? ¿Fueron cristianos quienes construyeron el malecón de casi dos kilómetros, con sus dos puentes colgantes, que une los dos puertos? ¿Acaso proyectaron ellos esta explanada y la puerta del Sol que se alza sobre nuestras cabezas? ¿Acaso el Cesáreo, allí, a la derecha? ¿Y esos obeliscos que se alzan delante? —añadió, señalando los dos obeliscos, famosos en el mundo entero, uno de los cuales, la aguja de Cleopatra, permanece en su emplazamiento original—. ¿Contémpalos! ¡Mira a lo alto, te digo, y descubrirás tu pequeñez! ¿Acaso fueron cristianos quienes los erigieron o los grabaron, desde la base de su pedestal hasta el piramidón que culmina su vértice y que resumen la sabiduría de la antigüedad? ¿Acaso construyeron el Museo, que ves a su lado, o imaginaron las estatuas y los frescos que lo adornan, como un enjambre de abejas de la Ática? ¿Rescataron de las olas el palacio que ves más allá, la Lonja, o acaso engalanaron el templo de Neptuno con sus cubiertas de cobre y esplendorosos mármoles? ¿O el Timonio, allí, en el puntal, donde Antonio, tras el desastre de Accio, olvidó sus penas en brazos de Cleopatra? ¿Sacaron a flote quizá la isla de

Antirhodus gracias a una maraña de diques flotantes para que atracasen en sus aguas bajeles procedentes del mundo entero? Responde, vástago de murciélago, especie de topo, acostumbrado a vivir enterrado a dos metros bajo la arena, momia que habitas las cavernas mortuorias de los riscos. ¿Acaso los monjes son capaces de hacer semejantes cosas?

—Los cristianos hemos venido al mundo para santificar lo que otros hicieron —repuso Filamón, tratando de aparentar la mayor indiferencia. Estaba tan impresionado que ni los insultos recibidos podían sacarlo de sus casillas. Las dimensiones y la magnificencia del lugar en su conjunto; los imponentes edificios, como nunca antes, ni desde entonces probablemente, han poblado la faz de la tierra; la extraordinaria diversidad de estilos, desde el dórico y el jónico más puros de los primeros Ptolomeos hasta el sobrecargado y florido esplendor de los romanos, sin olvidar los singulares atisbos del grandioso estilo de Elefantina, propio del antiguo Egipto, con sus vistosos colores tan reconfortantes que, al mismo tiempo, realzaban el efecto de sus pétreas y sencillas líneas; la eterna quietud que emanaba de aquel imponente cinturón de granito, en contraste con el ajetreado bullicio del luminoso puerto o el trasiego de velas que, como libres y blancas paTomas surcando el aire, se observaba a lo lejos, mar adentro... Atónito, subyugado, contemplaba aquel espectáculo que le ponía melancólico... Aquello era el mundo. ¿No era una maravilla? Grandeza era el único vocablo que se le venía a la mente al pensar en los hombres que de tales cosas habían sido capaces..., hombres sin duda de alma grande y nobles pensamientos; sólo la mota de divinidad de que eran portadores podía haber alentado semejantes maravillas. Porque no lo habían hecho sólo para su disfrute, sino para deleite de un pueblo, de las generaciones por venir... Más allá, el mar..., y más lejos aún, otros muchos pueblos y naciones. Sintió cierto vértigo al pensar en sus innumerables habitantes... ¿Todos condenados, echados a perder? ¿Acaso Dios no los amaba? Aún no del todo repuesto, recordó el motivo que lo había llevado allí, y volvió a preguntar a su guía por la casa del arzobispo.

—Sígueme, joven inane —repuso el hombrecillo, llevándolo al pie de los dos obeliscos, a las puertas del Cesáreo.

En aquel instante, Filamón reparó en los símbolos cristianos que destacaban en los enlucidos recientes que cubrían el frontón del edificio.

— ¿Es acaso una iglesia?

—No; es el Cesáreo, sólo que temporalmente convertido en iglesia. En los tiempos que corren, los dioses inmortales han preferido renunciar a sus prerrogativas, pero no por eso deja de ser el Cesáreo. Por aquí, bajando por esta calle a la derecha, te encontrarás —añadió, al tiempo que señalaba con el dedo a una de las entradas laterales del Museo— el último reducto de las Musas, el aula de Hipatia, la cátedra que me ayuda a enmendar mi

indignidad... A este otro lado –dijo, tras detenerse ante el portalón de una espléndida mansión–, ha fijado su residencia la elegida de Atenea, o Atenea Neith, como los bárbaros egipcios llamaban a la diosa. Nosotros los macedonios respetamos su nombre original... Puedes dejar el capazo en el suelo –añadió, al tiempo que llamaba a la puerta y dejaba la fruta al cuidado de un criado negro; tras dedicar un cortés gesto de despedida a Filamón, se dispuso a entrar.

– ¿Dónde está la casa del arzobispo?

– Al lado del Serapeo; no tiene pérdida: cuatrocientas columnas de mármol, medio en ruinas por los ataques de los cristianos, que coronan un altozano...

– ¿A cuánto queda de aquí?

– A unas tres millas; cerca de la puerta de la Luna.

– ¿Cómo? ¿La puerta situada en el extremo opuesto del que hemos partido para entrar en la ciudad?

– Eso es. Como ya has recorrido el camino, no te perderás durante el viaje de vuelta.

Filamón tuvo que hacer grandes esfuerzos para dominar la tentación carnal que sintió en aquel momento de asir a aquel pelele por el cuello y estamparlo contra la pared.

– ¿Me estás diciendo, infame pagano –se limitó a espetarle–, que me has obligado a dar un rodeo de seis o siete millas?

– Eso está mejor, joven; si tratas de hacerme algo, pediré auxilio. Estamos cerca del barrio de los judíos, que acoge a unos cuantos millares de individuos de ese pueblo, que acudirán como un enjambre de avispas con tal de no perderse la oportunidad de apalear a un monje hasta la muerte. No es condenable el fin que me ha guiado para actuar como lo he hecho. En primer lugar, y desde un punto de vista político, es decir, según la sabiduría práctica, me he servido de ti para que, en lugar de hacerlo yo, llevases el capazo. Tampoco, por otra parte, según la filosofía, o sea, siguiendo puramente los dictados de la razón, para que, riendo la magnificencia de la gran civilización que los tuyos tratan de destruir, cayeras en la cuenta de que eres un asno, un quelonio, una nulidad, por mucho que te creas alguien –y se apartó.

Filamón lo cogió al vuelo por el cuello de la andrajosa túnica que llevaba encima, y no soltó al hombrecillo, por más que éste trataba de escurrirse como un anguila.

– En justa correspondencia a tu desidia, de grado o por fuerza vendrás conmigo, y me llevarás a casa del arzobispo.

– Sólo sometién dose a ellas, llega el filósofo a dominar las circunstancias. Te acompañaré, pues, sin olvidar que las necesidades de seguir viviendo en este muladar mundano apremian, y he de ir hasta la puerta de la Luna para



llevar más fruta.

Juntos fueron, pues, hasta la puerta de la Luna.

Dejemos que los psicólogos se encarguen de explicarnos la razón de que, a partir de ese instante, Filamón no pudiese quitarse de la cabeza al recién descubierto ejemplar del género femenino con el que había trabado conocimiento, no fuera más que de nombre; el caso es que, tras haber caminado más de media milla en silencio, pareció dejar de lado sus reflexiones y preguntó:

—Pero, vamos a ver, ¿quién es esa Hipatia de quien no paras de hablar?

—¿Que quién es Hipatia, so lerdo? La reina de Alejandría: en sabiduría, Atenea; Hera, en majestad; en cuanto a belleza, ¡la misma Afrodita!

—¿Y quiénes son éstas? —insistió Filamón.

El mozo de cuerda se detuvo, lo miró de pies a cabeza con profunda compasión y solemne desprecio y, ya se disponía a echar a andar de nuevo con gesto de ofendida dignidad, cuando notó la presión del fuerte brazo de Filamón.

—¡Ah, sí! Se me olvidaba que habíamos hecho un pacto. ¿Quién es Atenea? La diosa de la sabiduría. ¿Que quién es Hera? La esposa de Zeus, y reina del Olimpo. ¿Y Afrodita? La madre del amor... Supongo que de poco te habrá valido la explicación.

Filamón había entendido lo suficiente para darse cuenta de que, a ojos de su guía, Hipatia era un ser único, maravilloso; sólo le quedaba una pregunta que hacer para acabar de entender si era una persona que mereciera la pena en Alejandría.

—¿Es amiga del patriarca?

El mozo abrió unos ojos como platos, extendió el dedo corazón de un modo harto rebuscado, entre el índice y el anular, y sin dejar de señalar a Filamón, trazó unos enigmáticos signos que nuestro joven no acertó a descifrar; cuando hubo acabado, el hombrecillo volvió a mirar al monje de arriba abajo, y le preguntó:

—Digamos que del género humano, amigo mío. El filósofo ha de elevarse más allá de lo individual para contemplar lo universal... ¡Mira por dónde! Aquí hay algo que merece la pena que veas, y está abierto —observó, deteniéndose ante el pórtico de un vasto edificio.

—¿Vive aquí el patriarca?

—Los gustos del patriarca son más plebeyos. Dicen que le basta y le sobra con los dos cochambrosos cuartuchos que ocupa. ¿Que si ésta es la casa del patriarca? Más bien se trata de sus antípodas, amigo mío, lugar donde habitan esos seres que se supone que existen en la otra punta del mundo, aunque Hipatia abriga ciertas dudas sobre el particular. Éste es el templo del arte y de la belleza, el trípede délfico de la inspiración poética, solaz de los

siervos de este mundo... En pocas palabras, es el teatro, un lugar que si tu patriarca pudiera, convertiría mañana en... Pero las injurias no son dignas de un filósofo. Observo que el séquito del prefecto aguarda a la puerta. Estará haciendo alguna de las suyas, como decimos por aquí, o sea, acomodando la función al gusto del público en general. Todas las semanas, tal día como hoy, actúa un bailarín muy guasón que hace las delicias de muchos, sobre todo entre los judíos. Para los que gustan de un baile más clásico, sus movimientos, sobre todo cuando retrocede, adolecen de falta de la antigua austeridad, hasta el punto de que no faltan incluso quienes los tildan de indecentes. Pero el transeúnte fatigado siempre pasa un buen rato en este lugar. Entremos y observemos.

Antes de que Filamón pudiese manifestar su rechazo, se oyó en el interior un griterío; salió precipitadamente un nutrido grupo de espectadores e irrumpió en el recinto sin dudarle la guardia del prefecto.

— ¡Es falso! — gritaba la gente —. ¡Una calumnia de los judíos! ¡Ese hombre es inocente!

— Tiene tanto de alborotador como yo — bramaba un fornido carnicero, que bien parecía capaz de tumbar a un hombre igual que a un buey —. ¡Siempre era el primero en jalear y el último en dejar de aplaudir las prédicas del patriarca!

— ¡Pobrecillo! — se lamentaba una mujer —. Esta misma mañana le dije: ¿cómo es que no azotas a los chicos, maestro Hierax? ¿No te das cuenta de que la letra sólo con sangre entra? A lo que me respondió que no podía soportar siquiera la visión de una vara sin que un escalofrío le corriese por la espalda.

— ¡Una visión profética, sin duda!

— ¡Lo que demuestra su inocencia! ¿Cómo explicar el don de profecía si no era uno de los elegidos del Señor?

— ¡Monjes, al ataque! Han detenido al cristiano Hierax y lo están torturando en el interior del teatro — tronó la voz de un ermitaño, con unos pelos y unas barbas que le llegaban hasta los hombros y le cubrían la mitad del pecho.

— ¡Por Nitria, por Nitria! ¡Por Dios y su santa madre, monjes de Nitria! ¡Muerte a los calumniadores judíos! ¡Muerte a los odiosos tiranos! — y la multitud, incrementada en varios cientos de personas como por arte de magia, se abalanzó bajo las anchas bóvedas de la entrada, llevándose a Filamón y al mozo de cuerda por delante.

— Amigos — chillaba el hombrecillo, tratando de aparentar cierta calma filosófica, aunque sus pies no tocaban el suelo, mientras los revoltosos lo llevaban en volandas —, amigos, ¿a qué viene este tumulto?

— Los judíos han hecho correr la voz de que Hierax pretendía organizar

una revuelta. ¡Malditos sean ellos y su sabbat! En lugar de trabajar como nosotros, honrados cristianos, ¡todos los sábados, cuando vienen a ver a este bailarín de su raza, organizan una algarada!

— ¡Claro; sería mejor que lo dejaran para el domingo! Se trata de sutilezas entre sectas que un filósofo, la verdad...

No se le oyó nada más, porque de la frase, como del mozo, no se supo más, tras disgregarse la multitud que lo llevaba y quedar el hombrecillo a merced de innumerables pisotones.

Filamón, indignado por aquella injusta persecución y enardecido por los gritos de quienes lo rodeaban, se abrió paso entre la muchedumbre hasta situarse en primera fila, donde se encontró con unas altas verjas de hierro que cerraban el paso aunque, a través de los barrotes, podía contemplarse la patética escena que tenía lugar en el interior del teatro: el pobre y desgraciado hombre inocente, colgado de un madero, lanzaba lastimeros y sobrecogedores alaridos a cada varapalo que le propinaban sus verdugos.

En vano, Filamón y los monjes que iban con él empujaron y golpearon la puerta. Lo único que consiguieron fue que los esbirros del prefecto se rieran y se mofasen de ellos, lanzasen una lluvia de improperios contra la chusma de Alejandría, el patriarca, el clero, los santos y las iglesias y, en tono amenazante, les advirtiesen que no se movieran de donde estaban, que no tardarían en ir a por ellos. Mientras, los gemidos del reo se tornaban cada vez más débiles, hasta que, por último, tras un convulso estremecimiento, cesaron, y su cuerpo lacerado dejó de moverse.

— ¡Lo han matado! ¡Lo han martirizado! ¡Vamos en busca del arzobispo! ¡A casa del patriarca! ¡Él sabrá cómo vengar esta afrenta!

A medida que los allí congregados se enteraron de la espantosa noticia y de la consigna adoptada, la muchedumbre se dio media vuelta como si hubiese oído una voz de mando y, por calles y callejas, se abalanzó a casa de Cirilo. Estremecido y horrorizado, furibundo y acongojado, Filamón no dudó en seguir sus pasos.

Una hora o más tardó en abandonar el lugar y llegar a la entrada del teatro; una vez fuera, no le quedó otra que unirse a la multitud, que lo arrastró por un angosto y oscuro callejón hasta depositarlo en una plazuela rodeada de casas humildes y bajas, a los pies de las cuatrocientas majestuosas columnas del Serapeo donde, entre capiteles y arquivoltas en ruinas, crecía la hierba... Poco se imaginaban quienes llevaron a cabo semejante labor de destrucción que llegaría el día en que sólo quedaría en pie una de aquellas columnas, la Columna de Pompeyo, como botón de muestra de lo que los antiguos habían proyectado y llevado a cabo.

Filamón consiguió, al fin, librarse de la presión del gentío, y entregó la carta que llevaba en el pecho a uno de los curas que iba con la muchedumbre.

El clérigo le llevó por un corredor y, juntos, subieron un tramo de escaleras, antes de introducirlo en una humilde estancia amplia y de techo bajo donde, en menos de cinco minutos y gracias a esa especie de camaradería francmasona que practicaban los cristianos, se encontró a la espera de que lo recibiese el hombre más poderoso de la ribera sur del Mediterráneo.

Una cortina separaba la pieza del aposento interior, y Filamón podía oír con toda claridad las presurosas y enérgicas zancadas que alguien daba al otro lado.

— ¡Me van a obligar a hacerlo, acabarán por conseguirlo! — exclamó por fin una voz grave y profunda—. ¡Su sangre caerá sobre sus cabezas! No les basta con blasfemar contra Dios y su Iglesia, con detentar el monopolio del trile y la buena ventura, la usura y la brujería, aparte de acuñar la moneda que circula en la ciudad, sino que, y por si fuera poco, tienen que entregar a mis curas al tirano.

— Lo mismo que en tiempos de los apóstoles — replicó una voz menos ronca, pero mucho más desagradable.

— ¡Hasta ahí podíamos llegar! Dios ha puesto en mis manos el poder de refrenarlos, y me pedirá cuentas y algo más, si no hago uso de la autoridad que me concedió. Mañana arrasaré ese establo de Augeas rebosante de iniquidad, y no dejaré ni un solo judío que se atreva a blasfemar o a engañar a nadie en Alejandría.

— Mucho me temo que, si bien correcta, semejante decisión incomode y mucho al prefecto.

— ¡Al gobernador y al régimen tiránico que representa! ¿A cuento de qué habría de plegarse Orestes a la voluntad de estos circuncisos, de no mediar el dinero que le prestan para sus dispendios personales y sus ambiciones? Si pudiera obtener algún beneficio, ¿no dudaría en hacer de Alejandría un avispero de demonios para instigarlos en contra de mí y los míos, enardeciendo a las masas con arengas que pusieran fin a algaradas como ésta con tal de ultrajar nuestra religión! ¿Alborotos? ¿Acaso no les basta con los desórdenes que ellos provocan? Cuanto antes acabe con tales desmanes, mejor. Cuando la justicia caiga sobre ellos, ya se andará con ojo el infiel.

— ¿Te refieres al prefecto, santidad? — preguntó la voz taimada.

— ¿Quién ha dicho nada del prefecto? Si nuestro deber pasa por aniquilar a los tiranos, a los asesinos y a los opresores de los pobres, ¿acaso habría ele irse de rositas ese adepto de la filosofía, que desprecia y esclaviza a los pobres, por muy gobernador que sea?

En ese instante, Filamón pensando que quizás hubiera escuchado más de la cuenta, hizo un leve ruido para advertir su presencia; el que parecía gozar de la confianza del patriarca alzó de inmediato la cortina y, no sin brusquedad, le preguntó qué quería. Tras escuchar los nombres de Pambo y

Arsenio, cambió de actitud de inmediato; temblando de pies a cabeza, el joven se encontró en presencia de quien, en realidad, aunque con otro título, se sentaba en el trono de los faraones.

Lo mismo podía decirse en cuanto a la pompa que lo rodeaba; el mobiliario de la estancia no guardaba gran diferencia con el de un vulgar artesano; la ropa era basta y sencilla; si aún le quedaba algún asomo de vanidad, no iba más allá de una barba bien arreglada y unos cuantos mechones rizados que no habían sucumbido a la tonsura. Pero la corpulencia y la majestad de su figura, la firme y serena belleza de sus rasgos, el fulgor de sus ojos, los labios prietos y sus pobladas cejas, eran otras tantas demostraciones de que había nacido para mandar. Cuando entró Filamón, Cirilo dejó de ir de un lado a otro; se detuvo, lo observó de arriba abajo con una mirada tal que al joven se le encendieron las mejillas, pensando que, en cualquier momento, el suelo se abriría bajo sus pies y lo engulliría; tomó las cartas, las leyó, y comentó:

—Filamón. De origen griego. Dicen que has aprendido obediencia. Si así es, también habrás aprendido a mandar. El abad te pone bajo mi tutela. A mí debes, pues, obediencia a partir de ahora.

—Y sin rechistar.

—Bien dicho. Acércate a la ventana, y lánzate al patio.

Así lo hizo Filamón; abrió la ventana y se asomó. Habría no menos de veinte pies hasta el suelo; pero su obligación era obedecer, no hacer cálculos. Había un jarrón con una flor en el alféizar. Lo retiró, y habría bastado un instante para que se arrojase al vacío con incierto resultado, cuando oyó la voz tronante de Cirilo a sus espaldas:

—¡Detente! Creo que el muchacho es de los nuestros, Pedro. No me preocupan los comentarios confidenciales que haya podido oír.

Pedro esbozó una sonrisa de aprobación, aunque su rostro revelaba que era una pena que el joven no se hubiera roto el cuello, librándose de cuajo de cualquier tentación de ir por ahí propalando chismes.

—Al parecer, quieres ver mundo. Quizá ya hayas tenido un atisbo hoy mismo...

—He sido testigo del asesinato...

—En ese caso, ya has visto aquello a lo que habías venido: cómo es el mundo, la justicia y la misericordia por las que se gobierna. Si los ojos no me engañan, tienes pinta de ser alguien que no ha de hacer ascos a las represalias divinas contra un tirano, ni a convertirse en instrumento de la voluntad divina.

—Vengaré a ese hombre.

—¡Un pobre y humilde maestro! ¡Y a ti, en estos momentos, te parece el colmo de la iniquidad! Pues aguarda a que entres, de la mano del profeta

Ezequiel, en el tabernáculo del templo del diablo, y verás cosas peores: mujeres que, desconsoladas, lloran la muerte de Tammuz, lamentándose de la decadencia de una idolatría en la que ni ellos mismos creen. Un trabajo que en nada desmerecería los de Hércules, ¿verdad, Pedro?

En ese momento, entró un diácono.

—Santidad, los rabinos del pueblo maldito están abajo en respuesta a tu llamado. Los hemos hecho entrar por la puerta excusada, por miedo a que...

—Bien hecho; un altercado con ellos podría echarlo todo a rodar. Diles que suban. No me olvidaré de ti. Pedro, acompaña al joven y preséntaselo a los parabolanos... Son los más indicados para enseñarle cuál es su cometido.

—El hermano Teopompo es tan sumamente espartano como afable.

—Ve a la otra estancia, hijo mío —dijo Cirilo echándose a reír—. No, Pedro; ponle bajo la tutela de alguien más fogoso, de un verdadero hijo del trueno, que le enseñe como Dios manda, que lo deslome a trabajar, que le enseñe a distinguir entre el bien y el mal con claridad. El hermano Cleitofonte será el más adecuado. Ahora, vamos a repasar lo que nos queda por delante: cinco minutos con esos judíos; ya que Orestes no ha ido a por ellos, veamos de qué es capaz Cirilo; una hora para las cuentas del dispensario, y otra más para ver cómo andan las escuelas; media hora para los más necesitados, y media hora más de meditación; luego, el servicio divino. Procura que el joven esté presente. Hazlos pasar de uno en uno, Pedro. Es tanta la mies que tiene uno por delante..., tan corta la vida del segador. Que pasen los judíos —añadió Cirilo, antes de entregarse a las tareas de las últimas horas del día con la inagotable energía y el espíritu de abnegación metódica que siempre aplicaba a su labor, y que, a pesar de las acusaciones de violento, ambicioso e intrigante que sobre él recaían, le procuraban al mismo tiempo el afecto y la obediencia de cientos de miles de seres humanos.

De este modo, Filamón se sumó a la organización de los parabolanos, una especie de visitantes de distrito y, en compañía de ellos, vio aquella misma tarde el lado oscuro de aquel mundo que, desde el puerto, le había parecido tan esplendoroso. En los alrededores de la mayor dársena exportadora de alimentos del mundo civilizado, miles de ciudadanos de la antigua población griega vivían en la más espantosa miseria, sumidos en la inmundicia, el libertinaje, la crueldad y la ignorancia, tristes y abandonados a su suerte cuerpo, alma y enseres, hambrientos y depravados, olvidados por las autoridades civiles hasta que llegaba el momento de reprimir sus desatinadas reivindicaciones mediante sangrientas refriegas. Entre ellos y para ellos, no sin rudeza tal vez pero convencidos de que buena era la causa, trabajaban los visitantes a todas horas. Con ellos fue Filamón, a llevarles ropa y comida, a acompañar a unos al dispensario y a los muertos al sepulcro, a adecantar las casas infectadas, porque nadie salía indemne de las devastadoras fiebres del

lugar, a consolar a los moribundos con la promesa del perdón que les aguardaba en la otra vida, hasta que, llegada la hora de los oficios vespertinos, sus compañeros dieron por finalizada la tarea. Su superior le ordenó que no se moviese de la cabecera de un enfermo, y allí se quedó hasta altas horas de la noche. Tras informar a Pedro, el lector, de que había actuado como un auténtico monje, como un «hombre de Dios», sin que en ningún momento se le hubiera pasado por la cabeza la presunción de que había realizado un sublime sacrificio, se dejó caer en un camastro de una de las muchas celdas que daban a un largo pasillo y se quedó dormido de inmediato.

Empezaba a perder la conciencia y a ver en sueños a los visitantes, que bailaban en confusa mezcolanza con los godos; a Pelagia, con apariencia de ángel revestido de plumas de pavo real; a Hipatia, con cuernos y pezuñas, cabalgando sobre tres hipopótamos, mientras daba la vuelta al teatro; a Cirilo, junto a una ventana, impartiendo maldiciones y arrojándole jarrones a la cabeza, y otras imágenes por el estilo que respondían a las impresiones que había vivido aquel día, cuando lo despertó el jaleo de gente corriendo por la calle y unos gritos que, a medida que se despabilaba, se convertían en peticiones de auxilio:

— ¡Fuego! ¡La iglesia de Alejandro está en llamas! ¡Ayuda, cristianos!

Se incorporó en el camastro, trató de recordar dónde estaba y, a medias desperezado, se echó encima la piel de cordero y fue a preguntar qué pasaba a los diáconos y monjes que ya se precipitaban hacia los corredores que daban al exterior. Sí, al parecer la iglesia de Alejandro estaba ardiendo. Echaron a correr escaleras abajo, cruzaron el patio y salieron a la calle. La buena estatura de Pedro les servía de punto de referencia.

Cuando salían por la puerta, Filamón, deslumbrado por la repentina transición de la oscuridad de la celda a la claridad de la luz de la luna y las estrellas que inundaba la calle, los muros de las casas y se reflejaba en los tejados, se detuvo un instante. Gracias a aquella vacilación, quizá, salvó la vida: vio cómo de la oscuridad surgía un bulto negro, blandiendo un largo y resplandeciente puñal, y cómo un cura, que estaba a su lado, rodaba por el suelo emitiendo un sordo gemido. Mientras, perseguido por un grupo de monjes y parabolanos, el asesino trataba de huir por la misma calle de la que había salido.

Filamón, que corría como los avestruces del desierto, pronto dejó atrás a todos, a todos menos a Pedro, cuando vio cómo de las puertas y de las esquinas surgían otras sombras negras que se unieron a ellos, o eso pensó, para capturar al asesino. De repente, tras haber corrido no menos de cien varas, llegaron a una bocacalle lateral. El asesino se detuvo también. Pedro, receloso de que se tratase de una celada, asió del brazo a Filamón.

— ¿No te parece que hay más gente agazapada ahí, entre las sombras?

Antes de que el joven pudiera articular una respuesta, aparecieron treinta o cuarenta hombres armados con puñales cuyas hojas relucían a la luz de la luna; se situaron en mitad de la calle y aguardaron a que llegasen los perseguidores. ¿Qué sentido tenía aquello? ¡Pero así estaban las cosas en la más cristiana y civilizada ciudad del Imperio!

«Mi intención era ver mundo —pensó Filamón—, y me parece que, a este paso, ya he visto mucho más de lo que pretendía».

Pedro no dudó en dar media vuelta, y echar a correr con tanta presteza como había llegado hasta allí. Filamón, recordando que no hay mejor valor que la prudencia, siguió sus pasos hasta que volvieron al lado de los suyos.

— Hay gente armada al final de la calle.

«¡Asesinos! ¡Judíos! ¡Una conjura!», fueron algunos de los gritos que se oyeron en medio de la confusión. El enemigo se dejó ver. Sigiloso, se acercaba. Dirigidos por Pedro que, con tal de ponente a salvo, parecía decidido a usar las largas piernas con que la naturaleza lo había distinguido, los cristianos emprendieron la huida.

De mala gana y a regañadientes, Filamón fue tras ellos. Sólo había recorrido unos cuantos pasos cuando, a sus pies, oyó una voz lastimera:

— ¡Socorro! ¡Misericordia! ¡No dejéis que me asesinen! ¡Yo también soy cristiana!

Filamón se detuvo y levantó del suelo a una mujer negra que lloraba y temblaba sin parar, con la ropa hecha jirones.

— Salí a toda prisa al oír que la iglesia se estaba quemando —le explicó, quejumbrosa—; los judíos me han molido a palos y malherido. Me destrozaron el manto y la túnica antes de que pudiera ponerme a salvo. Los cristianos me han pisoteado y no me han socorrido. Y ahora, cuando vuelva a casa, si es que llego, mi marido me dará una paliza. Deprisa, vamos por esa calleja, si no queremos que acaben con nosotros.

En efecto, la cuadrilla de hombres armados andaba ya cerca. No había tiempo que perder. Tras prometer a la mujer negra que no la dejaría sola, Filamón la condujo hacia la calleja que le había indicado. Pero sus perseguidores los habían visto, y, mientras el grueso de la partida seguía por la calle ancha, tres o cuatro fueron tras ellos. La pobre negra cojeaba. Desarmado, Filamón volvía la cabeza atrás cada poco y observaba el resplandor de las aceradas puntas de acero de los cuchillos de sus enemigos, y se encomendó a Dios para que le permitiera morir como un monje. Los jóvenes, sin embargo, nunca pierden la esperanza. ¡Siempre hay una posibilidad de salir adelante! Empujó a la negra a un oscuro portal, donde el color de su piel le permitiría pasar desapercibida, y apenas acababa de ocultarse detrás de una columna, cuando llegó el primero de sus



perseguidores. Muerto de miedo, no podía ni respirar. ¿Le habría visto el otro? No iba a tolerar que lo matasen sin plantar cara. Pero no; su enemigo siguió corriendo. Al poco, llegó otro; éste sí lo vio de repente y, asustado, dio un paso atrás. Aquella decisión le salvó la vida porque, con la celeridad de un felino, Filamón se abalanzó sobre él, lo dejó tumbado en el suelo de un puñetazo, le arrebató el puñal que llevaba y se puso en pie, asestando enseguida una cuchillada en la cara al tercero de sus perseguidores. El hombre se llevó las manos a la cabeza y retrocedió, chocando con el compañero que llegaba pisándole los talones. Enardecido con aquella victoria momentánea, Filamón se aprovechó de la confusa situación en que se encontraban ambos y, antes de que se recuperasen, les asestó media docena de puñaladas que, por suerte para ellos, les propinaba una mano inexperta; de no haber sido así, el joven monje habría tenido que dar cuentas de dos vidas arrebatadas. Así las cosas, lanzando improperios en una lengua que no conocía, los dos atacantes volvieron sobre sus pasos y pusieron pies en polvorosa. Vencedor de aquella refriega, Filamón se quedó solo, con la negra llorosa a un lado, y aquel rufián postrado que, aturdido por el golpe y la caída, gemía en el suelo.

Todo pasó en cosa de un minuto. La negra se puso de rodillas en el portal y comenzó a dar gracias a Dios por haberla salvado de forma tan inesperada. A punto estaba Filamón de hacer lo mismo, cuando se le ocurrió una idea mejor: despojó al judío del manto y del ceñidor que llevaba encima y, considerando que tal era su derecho como vencedor, se los entregó a la pobre negra. Pero sin que se dieran cuenta, y mientras la mujer le abrumaba con sus muestras de agradecimiento, apareció una auténtica muchedumbre del otro lado de la calle. Aterrorizados y desesperados, ya estaban a punto de emprender la huida cuando, para su tranquilidad, a la luz de la luna y de las antorchas que portaba aquella gente, Filamón reparó en las ropas talaras que vestían; estaban fuera de peligro; al frente de la partida, Pedro, el lector, quien preocupado por no llamar la atención comenzó a hablar tan rápido como le era posible.

— ¡Muchacho! ¡Estás a salvo! ¡Bendito sea Dios! Pensábamos que habías muerto. ¿Quién es ése, un prisionero? Nosotros hemos capturado a otro. Salía de esta calle, se dio de bruces con nosotros y el Señor dispuso que lo atrapáramos. Seguro que ha pasado por aquí.

— Pues sí —repuso Filamón, arrastrando a su preso—, y aquí está el bribón de su compañero.

Rápidamente ataron codo con codo a ambos pájaros de cuenta, y el grupo echó a andar de nuevo hacia la iglesia de Alejandro para sofocar el incendio.

Filamón miró a su alrededor en busca de la mujer negra, pero había desaparecido. Bastante avergonzado estaba de haberse quedado a solas con

una mujer como para decir nada. Pero le había tomado cierto afecto, cierto cariño, por así decirlo, y sentía deseos de volver a ver a aquella pobre y sencilla criatura a la que había librado de una muerte segura. En lugar de pensar que era una ingrata por no haberse quedado a su lado y contado lo que había hecho por ella, le estaba agradecido. Tan oportuna desaparición le evitaba enojosas explicaciones. Pero ansiaba tener la oportunidad de decírselo, saber si había resultado herida... ¡Pobre Filamón! Cuatro días fuera del cenobio y ya había conocido a una legión de mujeres. Es innegable que como la Providencia ha tenido a bien que, en el mundo, haya tantas mujeres como hombres, no es fácil verse libre de ellas por completo. Quizás entraba dentro de los designios divinos que fueran de alguna utilidad para el sexo opuesto, con el que tan entremezcladas estaban... Pero déjate de elucubraciones, Filamón. La iglesia de Alejandro está en llamas. Adelante, pues.

Y allá que se fue la multitud de monjes y gente del pueblo que se había congregado, más los dos infortunados prisioneros que, aun zarandeados y apaleados, interpelados e increpados a la vez por veinte interrogadores de cuidado, bien por la testarudez propia de los judíos o por lo aturdidos que estaban, se negaban a contestar a las preguntas que les hacían.

Al volver la esquina de una calle, se abrieron de par en par las dos hojas de una enorme puerta, que dio paso a una larga hilera de hombres con relucientes armaduras que, tías formar en el centro de la calzada, dejaron caer las lanzas con un golpe seco antes de quedarse inmóviles. Quienes, entre la muchedumbre, marchaban en primera fila, dieron un paso atrás, y no tardó en circular un rumor estremecedor.

— ¡La guardia!

— ¿Quiénes son éstos? — preguntó Filamón, en voz baja.

— Soldados, soldados romanos — le respondieron en el mismo tono.

Sin saber por qué, Filamón, que iba entre los primeros, había retrocedido también al ver a aquellos hombres de gesto ceñudo. A continuación, no obstante, trató de aproximarse a ellos tanto como le fue posible... ¡De modo que eran soldados romanos, los conquistadores del mundo! Revivió una imagen que, desde su niñez, le había sumido en una confusa mezcla de pavor y admiración, y que casi no había vuelto a asaltarlo durante el tiempo que había permanecido en el cenobio... ¡Soldados romanos! ¡Al fin se veían las caras!

Su curiosidad, sin embargo, no tardó en verse frustrada, en cuanto notó la presión de una mano en el brazo: a juzgar por los adornos dorados del casco y de la coraza que llevaba puestos, se trataba de un oficial que, con gesto amenazador, alzó el bastón de mando sobre su cabeza, y le preguntó:

— ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué no estáis durmiendo tranquilamente en

vuestras casas, chusma de Alejandría?

—La iglesia de Alejandro está en llamas —repuso Filamón, pensando que era mejor no dar muchas explicaciones.

—Tanto mejor.

—Y los judíos andan por ahí asesinando cristianos.

—Pues pelead con ellos. Media vuelta, muchachos. Es sólo una reyerta.

Un entrechocar de acero, y la súbita aparición se desvaneció tal como se había presentado, engullida a paso de marcha por las oscuras fauces de la puerta del cuartel, mientras la concentración popular, salvado aquel inesperado obstáculo, seguía adelante con más brío si cabe.

No sin experimentar una frustrante sensación, Filamón se apresuró a unirse a los demás.

—¡Una reyerta! —comentaba Pedro a los suyos, en tono de guasa, alabando el buen tino que habían tenido—. ¡Qué buena idea poner en medio a esos dos y taparles la boca hasta que se retirase la guardia!

«¡No ha estado mal! ¡Les hemos dado en las narices a esos hombres que ponen y deponen a reyes y emperadores! ¡Sólo una reyerta!», pensaba Filamón.

De modo que para el grupo de visitantes de distrito, que había idealizado como la más excelsa agrupación del mundo, cuarenta hombres que, rodeados de decenas de miles de seres humanos, seguían adelante con constancia y perseverancia, convencidos como estaban de su fuerza y del valor de la disciplina, la iglesia de Alejandro, los asesinatos de cristianos a manos de judíos y la persecución de la fe católica no eran sino nimiedades... Comenzó a detestar a los soldados. ¿Sería por la indiferencia que mostraban a la hora de defender la causa de la Iglesia, o por el desprecio que manifestaban por cosas que él consideraba más importantes, como el alarde de valor de que había dado prueba a la hora de abatir a los dos judíos? Se acordó de lo que le había dicho el mozo de cuerda, y sintió que no era sino una muy, muy pequeña mota.

Joven y vigoroso como era, sin embargo, se sintió insignificante cuando, entre los flujos y reflujos, olas y rompientes de aquella variopinta marea humana que discurría por las calles, oyeron en una ventana en lo alto los gritos estridentes de una mujer que les advertía que no había fuego en la iglesia de Alejandro; que había subido al terrado de su casa, como hubiera hecho cualquiera en su sano juicio, y que el edificio seguía igual de feo que siempre. A modo de respuesta, la multitud lanzó un par de pedradas contra la ventana y la mujer se apartó. Hicieron un alto y, tras meditarlo un poco, cayeron en la cuenta de que, a la vista de los encontronazos que habían tenido, todo respondía a un plan trazado de antemano. Que nadie había visto la iglesia en llamas ni hablado con nadie que tal pudiese asegurar; no se veía

siquiera un leve resplandor en el cielo. Tampoco sabían de dónde había salido la voz de alarma. Por si fuera poco, dos millas los separaban del templo y, caso de estar en llamas, ya habría quedado reducido a un montón de cenizas, o seguiría en el mismo lugar porque, aquella noche, hacía fresco; eso, sin contar las emboscadas, de las que sólo Satán estaba al tanto, que los judíos les hubieran preparado desde el lugar donde se encontraban hasta la iglesia. ¿No sería mejor llevarse a los prisioneros y ver qué decidía el arzobispo? La muchedumbre empezó a dispersarse. Hasta los partidarios de seguir adelante se arredraron, intimidados ante la perspectiva de tener que vérselas con las dagas judías.

Muertos de miedo, al grito de «¡los judíos vienen a por nosotros!», se produjo una estampida, en la que cada quien, solo o acompañado, buscó refugio contra tan imaginario peligro en las casas más cercanas, de las que fueron desalojados sin miramientos, despedidos con cajas destempladas, como es natural. Se dirigieron entonces al Serapeo, donde se encontraron con otro nutrido grupo de alborotadores que les informaron de que les habían engañado, que la iglesia de Alejandro no estaba en llamas, que los judíos habían liquidado a no menos de un millar de cristianos, aunque sólo habían encontrado tres cadáveres a pesar de los muchos que habían visto, incluido el de un pobre cura, que habían acogido en una casa cercana, y que el barrio judío se había puesto en marcha y sus habitantes se disponían a caer sobre ellos. Al escuchar lo que les estaban contando, consideraron más prudente retirarse cuanto antes a casa del arzobispo, atrancar las puertas y disponerse a resistir el asedio, tareas en las que Filamón destacó, y mucho, sobre sus acompañantes, levantando maderos de los suelos y arrancando piedras de las paredes, antes de que alguien con la cabeza sobre los hombros sugiriera que más valía esperar a ver si, de verdad, se producía el ataque antes de seguir adelante con aquella escabechina que tanto les costaría recomponer.

Por fin, oyeron sonoros pasos que llegaban de la calle, y miles de rostros angustiados se asomaron a las ventanas, mientras Pedro echaba a correr escaleras abajo para poner al fuego unas cuantas marmitas: por experiencia sabía de la utilidad del agua hirviendo como medio defensivo. La luz de la luna se reflejó sobre una larga hilera de cascos y corazas. ¡Gracias a Dios, eran los soldados que hacían la ronda!

«¿Vienen los judíos? ¿Está tranquila la ciudad? ¿Cómo no habéis hecho nada por evitar este desastre? ¡Mil ciudadanos asesinados mientras vosotros estabais roncando!», fueron algunas de las imprecaciones que lanzaron al paso de la soldadesca, a lo que éstos se limitaron a responder con un lacónico: «¡Cada mochuelo a su olivo! ¡Menos piarla o prenderemos fuego al gallinero!». Respuesta que, no por menos esperada, fue recibida con un clamor de indignación. Los soldados, que preferían no tener que vérselas con

aquellos eclesiásticos desarmados ni entraba en sus cálculos la posibilidad de morir a pedradas o abrasados con agua hirviendo, siguieron adelante sin inmutarse.

El peligro había pasado. El escándalo subió de tono hasta convertirse en jubilosas y vociferantes exclamaciones, y así hubieran seguido hasta el amanecer, de no haberse abierto una de las ventanas que daban al patio y se hubiera oído la sobrecogedora voz de Cirilo que les instaba a guardar silencio.

— ¡Todo el mundo a dormir! ¡Al despuntar el alba, tenéis que estar en condiciones! Que suban a verme los superiores de los parabolanos con los dos prisioneros y los hombres que los capturaron.

Unos minutos más tarde, Filamón y otras veinte personas se encontraban en presencia del gran hombre que, sentado en su mesa de trabajo, escribía lentamente breves notas en trozos de papel.

— Éste es el joven que salió conmigo en persecución del asesino. Tras dejarme atrás, los prisioneros fueron a por él —explicó Pedro—. ¡Gracias a Dios, tengo las manos limpias de sangre!

— Tres se abalanzaron sobre mí —dijo Filamón, a modo de disculpa—, y no me quedó otra que arrebatarse la daga a éste y reducir a los otros dos.

Cirilo sonrió, moviendo la cabeza con admiración.

— Sin duda, eres un chico valiente, pero ¿acaso no has leído que, si alzan la mano contra nosotros, pongamos la otra mejilla?

— Al contrario que Pedro y los otros, no tenía escapatoria.

— ¿De modo, mi buen amigo, que saliste por piernas?

— ¿Acaso no está escrito que, si os persiguen en una ciudad, huyáis a otra?

— repuso Pedro, en tono exculpatorio.

Cirilo sonrió de nuevo.

— ¿Por qué no saliste tú corriendo?

Filamón se puso como la grana, pero no se atrevió a mentir.

— Había una pobre mujer negra malherida, tendida en mitad de la calle; me dijo que era cristiana, y no me atreví a dejarla sola.

— Bien hecho, hijo mío. Lo tendré presente. ¿Cómo se llamaba?

— No la entendí bien, pero creo que dijo Judith.

— ¡La mujer del mozo que guarda la puerta del aula, que Dios confunda! Una mujer piadosa, caritativa por demás, a quien maltrata el pagano de su marido. Pedro, mañana irás a verla con el cirujano por si necesita algo. Has hecho bien, hijo mío, y Cirilo nunca olvida estas cosas. Que pasen los judíos. Ni dos horas hace que estaban aquí sus rabinos diciendo que habría paz. Y ya veis cómo cumplen sus promesas. Sea. Esos malvados han cavado su propia tumba.

Entraron los judíos, aún empeñados en no abrir la boca.

—Mira, santidad —dijo alguien—: llevan unos aros de corteza de palmera verde en la mano derecha.

—¡Peligrosa señal! ¡Esto es una conspiración en toda regla! —añadió Pedro.

—¿Qué significa ese anillo, canallas? Si en algo apreciáis la vida, más os valdría darme una respuesta.

—No puedes hacernos nada; somos judíos, y nada tenemos que ver con tu gente —replicó uno de ellos, contrariado.

—¿Nada que ver? ¡Habéis matado a los míos! ¿Nada que ver? Si algo representa el reino de Dios en Alejandría, es porque más son las almas de sus habitantes, y pronto os daréis cuenta de que así es. No tengo intención de discutir con vosotros, amigos, como tampoco me enfrenté con vuestros rabinos. Llévatelos, Pedro; enciérralos en la leñera y que los vigilen de cerca. Si alguien les deja escapar, responderá con su vida.

Se llevaron a los alborotadores.

—Y ahora, hermanos, aquí están mis órdenes. Repartíos estos billetes entre vosotros, y distribuidlos entre aquellos buenos católicos de vuestro distrito que sean de fiar. Aguardad una hora, hasta que la ciudad recupere la calma. Salid entonces y alzad al pueblo. He de contar con treinta mil hombres al amanecer.

—¿Con qué fin? —preguntaron algunos de los presentes.

—Leed las notas que os he entregado. Todo aquél que pelee mañana bajo el estandarte del Señor, aparte de la prohibición expresa de violar o matar, tendrá derecho a saquear el barrio judío. Como ya os he dicho, Dios me pedirá cuentas y algo más si mañana a mediodía queda un solo judío en Alejandría. Adelante, pues.

Los superiores de los parabolanos abandonaron la estancia, dando gracias al cielo por estar a las órdenes de alguien tan valeroso y expeditivo. Junto al hogar de la chimenea, mataron el tiempo durante una hora, tomando pastelillos de mijo, bebiendo cerveza de mala calidad, y estableciendo comparaciones entre Cirilo y Baruc, Gedeón, Sansón, Jefte, Judas Macabeo y otros grandes personajes del Antiguo Testamento, antes de iniciar su pacífica correría.

A punto estaba Filamón de irse con ellos, cuando Cirilo le pidió que se quedase.

—Aguarda un momento, hijo mío. Eres joven y temerario, pero no conoces la ciudad. Échate un poco y descansa en la antecámara. Aún faltan tres horas para la salida del sol, momento en que iremos a por los enemigos del Señor.

Filamón se tumbó en un rincón y durmió como un niño hasta que, al rayar el alba, lo despertó uno de los parabolanos.

— ¡Arriba, muchacho! ¡Verás de lo que somos capaces! ¡Cirilo será más grande que Baruc, el hijo de Abinoam! ¡Y no contará con diez, sino con treinta mil hombres a sus órdenes!

— Así es, hermanos —dijo Cirilo, pasando entre ellos, revestido de pontifical, y seguido por una cohorte de presbíteros y diáconos—. La Iglesia católica dispone de una organización, está unida, persigue una causa común y obedece sus propias consignas. Ya pueden echarse a temblar los tiranos de este mundo que, debilitados y divididos, nos envidiarán, pero jamás podrán equipararse a nosotros. ¿Acaso pensáis que, en sólo tres horas, Orestes sería capaz de reunir treinta mil hombres dispuestos a morir por él?

— ¡Como nosotros lo estamos por ti! —respondió un griterío.

— ¡Por el reino de Dios, querréis decir! —les reconvino, antes de echar a andar.

Así concluyó la primera jomada de Filamón en Alejandría.

## CAPÍTULO VI.

### El nuevo Diógenes

A ESO DE LAS CINCO de la mañana, Rafael Aben-Ezra, tendido en la cama, bostezaba mientras leía distraídamente un manuscrito de Filón el Judío, le acariciaba las orejas a su imponente mastín britano y contemplaba las evoluciones del chorro de la fuente que había en el patio, dando muestras de impaciencia porque aún no había aparecido ningún esclavo para avisarle que el baño estaba preparado, al tiempo que daba rienda suelta a sus pensamientos:

«¡Pobre de mí! ¡Otra vez en el punto de partida! ¿Cómo conseguiré olvidar a esa sirena pagana? ¡Malos vientos la lleven! Acabaré por rendirme a sus encantos... De sobra sé que no estoy tan ciego como antes. Pero he de reconocer que, el otro día, me puse muy contento cuando comprobé que ese necio rechazaba su propuesta. Ver a Orestes postrado ante maderos y piedras, y a Hipatia en el Serapeo, ejerciendo como gran sacerdotisa de la abominación de la desolación, no dejaría de tener su gracia... Pero, a estas alturas... Al cielo y a la tierra pongo por testigos de que me batí con bravura: planté cara al picarón de Eros como un hombre hecho y derecho, con las armas en la mano. ¿Qué otra cosa podía hacer un pobre hombre como yo, sino tratar de casarla con otro, con la esperanza de acabar de una vez por todas? Igual que las polillas de la luz, los hombres son juguetes del destino. ¡La chica no carece de ingenio! Bien podría ser otra Zenobia, con Orestes como Odenato, y Rafael Aben-Ezra en el papel de Longino..., y, como Longino, recibir el hacha o el veneno en justa recompensa. Muy poco le importo a ese arcángel fanático de sangre fría, que no dudaría en sacrificarme a mí, y a mil como yo, y rociar con nuestra sangre los cimientos de algún nuevo templo dedicado a muñecos de trapo, a ídolos carcomidos... ¡Si no fueras tan necio, Rafael Aben-Ezra! ¡De sobra sabes que también hoy acudirás al aula para escuchar su disertación!».

Hasta aquí había llegado en sus reflexiones, cuando apareció un criado, no para anunciarle que el baño estaba listo, sino que Miriam deseaba verlo.



La anciana alcahueta, que por su profesión encontraba siempre abiertas las puertas de las más elegantes mansiones de Alejandría, en vez de sentarse a conversar, como tenía por costumbre, se quedó de pie e hizo una seña al sirviente para que los dejara solos.

— ¿Qué tal, madre? ¿No piensas tomar asiento? Entiendo; ese truhán no te ha servido ni una copa de vino. ¿Acaso has olvidado ya sus gustos?

— Eos la ha dejado a la puerta; como siempre, por otra parte — repuso el mozo, muy digno.

— ¡Fuera de aquí, hijo de Satanás! — le espetó Miriam—. ¡No es momento de copas de vino! Y tú, Rafael Aben-Ezra, ¿cómo es que todavía estás en la cama? ¿Acaso no recibiste un billete ayer?

— ¿Una carta? Pues sí, pero tenía unto sueño que no la he leído. Allí la tienes. ¡Acércamela, muchacho!... ¿Qué es esto? Un pasaje de Jeremías; «Ponte en pie y huye, por tu vida, que el mal se cierne sobre la casa de Israel». ¿Me la habrá enviado el sumo sacerdote? Siempre me pareció un hombre mesurado... ¿Acaso no compartes mi opinión, Miriam?

— ¡Cretino! En lugar de mofarte de tan sagradas y proféticas palabras, más te hubiera valido ponerte en marcha y seguirlas al pie de la letra. Fui yo quien te envió la nota.

— ¿Y no puedo obedecerlas sin moverme de la cama? Aquí me tienes, leyendo la cábala, incluso Filón, más estúpido aún si cabe. ¿Qué más me puedes pedir?

La anciana, incapaz de ocultar por más tiempo su malestar, corrió hacia él con los dientes apretados y, antes de que se diese cuenta, lo había arrancado del lecho y arrojado al suelo, sin que el mansurrón opusiera gran resistencia.

— ¡Gracias, madre, por haberme librado de uno de mis tormentos diarios! ¡No te haces ni idea lo que me cuesta reunir fuerzas cada mañana para saltar de la cama!

— Rafael Aben-Ezra, ¿tanto te han embrutecido tu dichosa filosofía y tu paganismo, tu holgazanería, tu desprecio de Dios y de los hombres, que no te das cuenta del pillaje al que está siendo sometido tu pueblo, del despojo de sus riquezas a manos de esos perros idólatras? Porque estoy aquí para decirte que eso es lo que Cirilo ha prometido ante su Dios y los suyos: que hoy, a estas horas, no quedaría ni un judío vivo en Alejandría.

— Si están la mitad de cansados que yo de vivir en este insoportable pandemonio, tanto mejor para ellos. Pero ¿qué puedo hacer para evitarlo? ¿Acaso soy la reina Esther para pedirle a ese Asuero que ocupa el palacio del gobernador que ponga el dorado cetro en mis manos?

— ¡Eres un necio! Si hubieras leído mi billete, habrías acudido en nuestra ayuda y tu nombre sería recordado, de generación en generación, como el de un nuevo Mordecai.

—Madre, el Asuero en cuestión habría estado demasiado alelado, o borracho como una cuba, para escucharme. ¿Por qué no fuiste tú?

—¿Crees que no lo habría hecho si hubiera podido? Supongo que no pensarás que soy tan indolente como tú. Aun a riesgo de mi vida, aquí me tienes: he venido sólo para decirte que te pongas a salvo, si es que aún hay tiempo.

—Está bien; me vestiré y veré qué puedo hacer ahora.

—¡Nada! ¡Las huestes de Cirilo se han adueñado de las calles! ¿No oyes el griterío y el escándalo que están armando? Están atacando por aquella parte del barrio.

—¿Cómo, que están matando a los judíos? —preguntó, mientras se ponía un jubón de cuero—. Porque si tan serias están las cosas, tendré el mayor placer en defender mi vida y la de los míos con los mejores purgantes. ¡Mozo, a ver, la espada y la daga!

—No; esos hipócritas juran que, si no oponemos resistencia al expolio, no habrá derramamiento de sangre. Lo mismo de siempre: Cirilo y sus monjes estarán presentes para que nadie cometa desmanes... ¡Que el ángel del Señor los confunda!

La conversación se vio interrumpida por la irrupción de los criados, muertos de miedo. Ya vestido, Rafael se acercó a una ventana y se asomó a la calle, atestada de mujeres y niños llorando, mientras los hombres, viejos y jóvenes, observaban sin pestañear el despojo de sus riquezas, en actitud tan sumisa, sin oponer resistencia, como varonil, sin un lamento. Arrojaban por las ventanas los muebles de cada casa; puerta por puerta, salían aquellos rufianes, cargados de los dineros, joyas y sedas, fruto del esfuerzo de muchas generaciones de usureros judíos. Impávidos ante los saqueadores, hombres entregados al pillaje, a los guardianes espirituales de Cirilo les bastaba sólo con abrir la boca para que los suyos les obedecieran tan ciegamente como soldados romanos al sentir el roce de la punta de una espada. No habría desmanes, y no hubo tal. En más de una ocasión un hombre vestido con ropas talares se mezclaba entre la multitud y, con delicadeza, llevaba de la mano a un niño perdido que lloriqueaba en busca de sus padres.

En silencio, Rafael contemplaba el espectáculo, mientras Miriam, que no se había apartado de su lado, daba vueltas por la estancia como una fiera enjaulada, pidiéndole en vano que hablase con alguien, que hiciese algo.

—¡Déjame solo, madre! —dijo, al fin—. Aún tardarán diez minutos en llegar aquí. Mientras eso ocurre, ¿qué mejor cosa puedo hacer que observar cómo discurre este pequeño éxodo?

—¡No como el primero, desde luego! En aquel tiempo, entre címbalos y cánticos, nuestro pueblo se dirigió al mar Rojo, llevando con ellos las joyas de oro y plata y el ajuar de sus vecinas.

—Y ahora nos vemos obligados a devolverlo... Es justo, después de todo. Si hubiéramos hecho caso de la advertencia que nos hizo Jeremías hace mil años, no habríamos cometido la estupidez de regresar a una tierra donde tantas deudas habíamos contraído.

—¡Maldita sea esta tierra! ¡En mala hora desoyeron nuestros padres las admoniciones del profeta! —exclamó Miriam—. ¡Y ahora recogemos el fruto de nuestros pecados! Nuestros hijos han olvidado la fe de sus mayores; han abrazado la filosofía de los gentiles, y adornan sus estancias con ídolos paganos —añadió, haciendo un minucioso repaso de lo que veía a su alrededor—, y nuestras hijas... ¡Mira!

Mientras esto decía, una joven salía dando gritos de una casa próxima, seguida de cerca por un rufián medio beodo que trataba de arrebatarle las muchas cadenas de oro y los colgantes que, como casi todas las mujeres judías, llevaba encima. En ésas estaba el bribón, sujetando con una mano las trenzas de la muchacha mientras, con la otra, trataba de arrancarle un collar de oro macizo que llevaba al cuello, cuando notó la pesada mano de un cura sobre su hombro. El alborotador, fuera de sí como para hacer caso de nadie, se volvió y descargó un puñetazo contra el brazo que lo retenía; un segundo después, un joven monje lo dejaba tumbado en el suelo.

—¿Cómo te atreves a alzar la mano contra un hombre consagrado, inmundo sacrílego? —le espetó el hombre del desierto al granuja que rodaba por el suelo con el botín entre las manos.

El monje le arrancó el collar de oro de las manos, se lo quedó mirando con ojos de asombro, con la misma incomprensión que mostraría un salvaje ante un objeto del mundo civilizado, lo arrojó al suelo y, escupiendo sobre él, empezó a pisotearlo.

—¡Maldito seas, como el oro de Achán y la plata del Iscariote, tú, raíz de todos los males! —antes de seguir adelante al grito de—: ¡Fuera los circuncisos! ¡Acabemos con los blasfemos! —mientras la pobre joven se desmayaba en presencia de torios.

Pensativo, Rafael observaba la escena con sardónica sonrisa, mientras Miriam ponía el grito en el cielo ante el destrozo de tan preciosa joya.

—Ese monje está en lo cierto, madre. Si ésa es la fórmula que van a emplear los cristianos, nos derrotarán siempre. Desde el principio de los tiempos, nuestra perdición ha sido nuestra querencia a acumular bienes terrenales.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó Miriam, asiéndole del brazo.

—¿Y tú?

—¿Yo? Nada tengo que temer. En el canal, a la puerta del jardín, me aguarda una barca. No me moveré de Alejandría. Todavía no han nacido las huestes cristianas capaces de obligar a la vieja Miriam a dar un solo paso en

contra de su voluntad. He enterrado las joyas, he vendido a mis chicas. Llévate lo que puedas, y ven conmigo.

—Dulce madre, ¿por qué tanta solicitud para conmigo, más que por cualquier otro de los hijos de Judá?

—Porque..., porque... Ya te lo contaré en otra ocasión. Pero que sepas que tenía mucho cariño a tu madre, tanto como el que ella sentía por mí. ¡Date prisa!

Rafael guardó silencio y, durante unos minutos, continuó mirando el tumulto que reinaba en la calle.

—¡Esos curas cristianos sí que saben meter en cintura a los suyos! No se puede plantar cara al desuno. Son los hombres fuertes de nuestro tiempo. El pequeño éxodo habrá de seguir su curso. Miriam, hija de Jonatán...

—¡No soy hija de nadie! No tengo padre ni madre, tampoco marido... Llámame madre otra vez.

—Como prefieras; en ese armario, hay joyas suficientes como para comprar media Alejandría. Quédatelas. Yo me voy.

—¿Vendrás conmigo?

—No; voy a correr mundo. Estoy harto de ser rico. Ese joven monje asilvestrado entiende la vida mejor que nosotros los judíos. Voy a hacer de la necesidad virtud. Me haré mendigo.

—¿Pordiosero?

—¿Por qué no? Mejor no digas nada. De grado o por fuerza, esos canallas me dejarán en cueros. Así que me voy. No tengo que despedirme de nadie. Esta perra es el único amigo que tengo en el mundo. Le tengo afecto. Muestra el coraje antiguo y tenaz, resentido, taimado y obstinado de los macabeos. Si conservásemos una pizca del espíritu que anima a este animal, no estaríamos presenciando este pequeño éxodo, ¿verdad que no, *Bran*?

—Puedes venir conmigo a casa del prefecto. Conservar la mayor parte de tus riquezas...

—Eso es precisamente lo que no pienso hacer. El prefecto me da asco, tanto como ver a una bandada de buitres dándose un festín a cuenta de un camello muerto. Por otra parte, y a decir verdad, me he encaprichado de esa hermosa pagana...

—¿De quién? —gritó Miriam—. No te referirás a Hipatia...

—Pues, sí. Por eso, creo que expatriarme es el mejor modo de romper el hechizo. Me haré con un pasaje en el primer barco que zarpe para Cirene, y me uniré a la expedición de Heracliano para ver de cerca la vida en Italia. Apresúrate: recoge las joyas y huye de este avispero. Mis libertadores ya están llamando a la puerta.

Llevada por la codicia, Miriam vació el armario de diamantes y perlas, rubíes y esmeraldas, y los ocultó entre sus amplios ropajes.

—¡Ve, ve! —añadió—. ¡Pero olvídate de esa joven! ¡Yo te guardaré las joyas!

—Sí. Ocúltalas, como la madre tierra hace con todo lo que acoge en su seno. De aquí a que nos volvamos a ver, se habrá duplicado su valor. ¡Hasta más ver, madre!

—¡Que no sea un adiós definitivo, Rafael, te lo suplico! Por los cuatro arcángeles, prométeme que, si te ves en peligro o necesidad, me escribirás a casa de Eudaimón.

—¿Ese mozo que se las da de filósofo, porque guarda las puertas del aula de Hipatia?

—El mismo. Él me hará llegar tu carta. Te juro que hasta cruzaría las montañas del Kaf para estar a tu lado. Te lo devolveré todo. ¡Lo juro por Abraham, Isaac y Jacob! ¡Que la lengua se me pegue al paladar si no cumplo mi palabra!

—No te afanes en vanas promesas, amiga mía. Cuando me aburra de ser un pordiosero, pediré unas monedas de oro a algún rabino y me haré buhonero. No creo que me devuelvas nada, así que no me desilusionarás. ¿A cuento de qué habrías de hacerlo?

—Porque, porque... ¡Dios mío! ¡Da igual! ¡Te lo devolveré todo! Por el espíritu de Elias, ¿dónde está el ágata negra? No la encuentro. ¿Dónde estará la otra mitad del talismán de ágata negra?

Rafael se puso pálido.

—¿Cómo sabías que tenía un ágata negra?

—¿Que cómo lo sabía? —repuso la vieja, apretándole el brazo—. Nuestra suerte depende de ese talismán. ¿Dónde lo has puesto, necio? —al tiempo que le asaltaba una sospecha y aflojaba la presión de la mano—. ¿No se lo habrás dado a esa infiel?

—¡Por el alma de mis antepasados, vieja hechicera, que pareces estar al tanto de todo! Pues sí, eso mismo hice.

Sin poder contenerse, Miriam se retorció las manos.

—¡Perdida, perdida para siempre! La recuperaré, ¡aunque tenga que arrancársela del corazón! Me vengaré de ella. Extraña mujer que a todo el mundo hechiza con sus palabras, a quien escuchan esos palurdos, que ignoran que los muertos nos hablan desde el averno. ¡Si ella y sus hechizos aún gozan de favor dentro de un año, que Dios me lo demande!

—¡Calla, Jezabel! ¡Pagana o no, es tan pura como la luz del sol! Le di el ágata porque le encantó el talismán que contenía.

—¡Para hechizarte con él, y echarte a perder!

—¡Maldita traficante de esclavas! Sin duda crees que todo el mundo es tan rastrero como las pobres chicas que compras y vendes para deshonorarlas, convirtiéndolas en futuras inquilinas del tártaro.

Miriam se lo quedó mirando con sus relucientes ojos negros abiertos como platos. Por un momento, buscó el mango del puñal que llevaba encima; después, rompió a llorar, se cubrió el rostro con las manos y salió precipitadamente de la estancia, en el preciso instante en que el estrépito y el griterío anunciaban que habían echado abajo la puerta de la calle.

—Allá se va, con mis joyas, y aquí llegan mis invitados, con ese joven monje a la cabeza, ¡linos despuntan; la otra se oculta! ¡Hermosa pareja de Dioscuros! ¡Conmigo, *Bran!* Muchachos, esclavos, ¿dónde andáis? Haced cada uno con lo que podáis, y escapad por la puerta trasera.

Los esclavos ya le habían obedecido. Solo, bajó las escaleras; al acercarse a la puerta principal, se encontró con la partida de monjes, tenderos y estibadores, pescaderas y populacho, que se abalanzaba en tropel por la estrecha puerta y las entradas laterales, encabezados, mala suerte, por el joven monje que había pisoteado el collar, que no era otro que Filamón.

—¡Bienvenidos, amables visitantes! Pasad, os lo ruego, y a vuestro modo, harto singular, seguid vuestros preceptos, los mismos que os ordenan no codiciar los bienes de este mundo... Por lo que hace a vituallas y bebida, ahí tenéis las cocinas y la bodega, a vuestra disposición. En cuanto a la ropa, si cualquiera de vosotros, ilustres visitantes, tuviera a bien cambiar sus harapos por la que yo llevo puesta, aquí tenéis un jubón de cuero de la India y un par de bombachos de seda. A lo mejor te apetece el trueque, joven capitán, cabecilla de esta nueva generación de profetas.

Filamón, pues no a otro se dirigía, trató de apartarse de su lado con gesto hosco.

—Si me permites, señor, te mostraré el camino. Ojo con este puñal; está envenenado; un rasguño bastaría para acabar con tu vida. La perra es un mastín britano de pura raza; si hace presa en alguien, no lo soltará ni con agua hirviendo hasta que no le partan el espinazo. Si alguien se aviene a cambiar sus harapos por mis ropas, estoy a su disposición. De lo contrario, el primero que dé un paso será hombre muerto.

Todos entendieron con claridad el firme lenguaje de alta cuna de quien así les hablaba. Si se hubiera exaltado o los hubiera atacado, Filamón lo habría rebatido en igualdad de condiciones. Pero mostraba tal dominio de sí mismo, que apabulló no sólo al joven monje, sino también a la chusma que lo seguía.

—¡Cambiaré mis harapos por tus ropas, perro judío! —refunfuñó uno de los de peor calaña del grupo.

—Gracias, amigo. Siempre estaré en deuda contigo. Pasemos a la estancia contigua. Podéis subir, amigos míos. ¡Cuidado! Ese jarrón de porcelana, en buenas condiciones, vale mil piezas de oro; hecho pedazos, no valdría nada. Dejo, pues, a vuestro sentido común la forma de tratarlo. ¡Adelante, amigo mío!

Mientras la multitud seguía con el pillaje, sopesando qué llevarse y destrozando lo que habría de dejar donde estaba, Rafael se desprendió lentamente de la ropa que llevaba y se cubrió con la túnica de algodón hecha jirones y el lamentable sombrero de paja que le entregó el pordiosero.

Sin salir de su asombro, Filamón, que no disfrutaba de lo que estaban haciendo, se quedó mirando a Rafael y, sin saber por qué, sintió pena mientras el populacho destrozaba los frescos y estampaba las estatuas contra el suelo. Estatuas paganas, sin duda, pero eran tan hermosas aquellas ninfas y reproducciones de Venus que era una lástima que las destruyesen... Aquellos brazos, aquellas piernas, rotos y diseminados por el suelo, le inspiraban un sentimiento de conmiseración... Se rió para sus adentros; no podía hacerlo abiertamente.

O eso le pareció a Rafael, cuando menos. Con todo, se quedó observando los fragmentos, al tiempo que miraba a Filamón con ojos inquisitivos.

—Nuestras niñeras siempre nos decían: si no eres capaz de recomponerlo, más te vale no romperlo.

—Nunca tuve niñera —repuso Filamón.

—¡Ajá, no me digas más! Bien —añadió, con la mejor de las intenciones—, vas por el buen camino, joven. Te deseo que disfrutes con tus compañeros de rapiña y saques buen provecho de las enseñanzas de la vida monacal. Tumultos y pillaje, mujeres llorosas y niños sin hogar: el camino más adecuado para alcanzar la santidad. Como Pablo de Tarso, quien, a pesar de sus rarezas, era todo un señor, aun sin proponérselo. Me han contado muchas cosas sobre los múltiples disfraces de Febo Apolo, pero te aseguro que es la primera vez que lo veo vestido con piel de lobo.

—O de león —replicó Filamón, avergonzado, tratando de emular la oratoria del otro.

—¡Como el asno de la fábula! ¡Hasta siempre! ¡Abrid paso, amigos! Colmillos y veneno, ¡andaos con ojo!

La multitud se apartó con respeto a la vista del puñal y del fiero animal que lo acompañaba, y Rafael desapareció.

## CAPÍTULO VII.

### Los detractores

REPASANDO LOS HECHOS de aquella mañana, Filamón no sabía a qué carta quedarse. Hasta ese momento, frente a la diabólica insensatez de judíos y paganos, los cristianos, y los monjes con más razón, le habían parecido infalibles. La mansedumbre frente al insulto, la entereza en la calamidad, el desprecio de las vanidades mundanas, la exaltación de la pobreza como modelo de virtud, eran otras tantas virtudes que la Iglesia católica se jactaba en considerar como propias. Tras los acontecimientos de aquella mañana, ¿de qué lado se inclinaría la balanza? No se le iba de la cabeza la imagen de Rafael, la tranquila confianza que revelaba su sonrisa cuando, vestido de harapos y más pobre que una rata, había salido por la puerta dispuesto a comerse el mundo. Pero había algo más en aquel hombre, otro rasgo que, con anterioridad, sólo había observado en Arsenio: la soltura y el gracejo, la afabilidad y el comedimiento, que hacían más enojosas las advertencias del judío porque, de un modo que no acertaba a comprender, se sentía inferior, apabullado, sabedor de que siempre estaría por encima de él en controversias o asuntos intrincados, en cualquier circunstancia que no requiriese el uso de la fuerza bruta. Más sorprendido estaba de que hubieran bastado unos instantes para que Rafael le recordase tanto a Arsenio, y que las mismas cualidades que a éste adornaban con singular encanto, en el caso del segundo, aun siendo las mismas, le resultaran desagradables en extremo. ¿Cuál era la razón? ¿Tendría algo que ver con la posición social? Arsenio había sido un hombre importante, consejero de reyes. Rafael parecía un hombre pudiente. Había prestado oído a las quejas con que el populacho se despachaba contra él, el favorito del prefecto. ¿Acaso tales modales, ese talante, sólo se adquirirían mediante el trato asiduo con los grandes de este mundo? Arsenio y Rafael eran hombres cabales, a los que envidiaba porque ante ellos se sentía inferior. Si gracias a ese roce, Arsenio había llegado a ser un hombre íntegro y cautivador, ¿no le pasaría a él lo mismo? ¿Por qué no habría de alcanzar también la excelencia?



Sumido en esos pensamientos, aguardó a que fuese mediodía, pasase la hora del almuerzo y diese comienzo el trabajo vespertino al que Filamón deseaba entregarse en cuerpo y alma para olvidar tales ideas.

Allí estaba, pues, envuelto en su piel de cordero, sentado y recostado contra una grada, él, auténtico hijo del desierto, bajo un sol tan abrasador que ni las negras piedras se podían tocar con la mano, observando el vuelo de las golondrinas entre las columnas del Serapeo, y recordando cuántas veces se había quedado absorto contemplando sus gráciles evoluciones en su añorado valle de Escitia. Una multitud de ciudadanos, con sus cuitas, quejas y peticiones, entraba y salía de la estancia donde les atendía el patriarca. Cerca, a la sombra, Pedro y el arcediano esperaban a que los parabolanos se dejaran caer por allí y, entusiasmados, comentaban con los recién llegados las proezas de aquella mañana, conversaciones en las que con frecuencia salían a relucir los nombres de Orestes y de Hipatia.

Apareció un anciano sacerdote que, tras saludar con mucha ceremonia al arcediano, solicitó la ayuda de los parabolanos para trasladar al dispensario a toda la familia de un marinero, afectada por las fiebres.

El arcediano se lo quedó mirando, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y siguió hablando con Pedro.

El cura hizo una nueva reverencia hasta casi tocar el suelo con la frente, y dijo que necesitaba de inmediato la ayuda que solicitaba.

—Es un fastidio —dijo Pedro, dirigiendo la vista a las golondrinas del Serapeo— que haya gente que no cuente con el suficiente apoyo en sus parroquias para que lleven a cabo obras de caridad sin necesidad de importunar a su santidad el patriarca.

El anciano cura musitó algo a modo de excusa, y el arcediano, sin dignarse mirarlo de nuevo, manifestó:

—Envíale a alguien, hermano Pedro; cualquiera servirá. Mira, ahí está Filamón. Que vaya con el cura Hieracas.

A Pedro no debió de parecerle buena idea porque, en voz baja, intercambió unas palabras con el arcediano.

—No; no puedo desprenderme de ningún otro. Los importunos han de conformarse con lo que tengamos a mano. Ahí vienen nuestros hermanos. En marcha, vamos con vosotros.

—Cuanto más tiempo permanezcamos juntos, mejor para el muchacho —murmuró Pedro, lo bastante fuerte como para que lo oyesen Filamón y, quizá también, el buen cura.

Con ellos, pues, fue el joven monje. Por el camino, en voz baja, se interesó cerca de sus compañeros por saber más cosas de Rafael.

—¡Amigo de Hipatia! —otro nombre que lo dejaba no menos absorto; de forma indirecta y como quien no quiere la cosa, trató de obtener toda la

información posible sobre la persona que lo llevaba. Pero de nada le valió tanta precaución: la sola mención de su nombre bastó para que los otros soltasen una sarta de improperios.

— ¡Que Dios confunda a esa sirena, a esa hechicera, maestra de encantamientos y brujerías! Es la extraña mujer de que hablaban las profecías de Salomón.

— En mi opinión — aseveró otro —, es la precursora del Anticristo.

— Quizá sea la virgen de la que deba nacer, como auguraron los profetas — aventuró otro.

— Eso seguro que no — repuso Pedro, haciendo un gesto obsceno.

— ¿Y ese Rafael Aben-Ezra es discípulo suyo? — preguntó Filamón.

— Alumno aventajado en todas las artimañas para confundir a los ingenuos — añadió el cura anciano—. La filosofía ha muerto hace tiempo, pero los grandes de este mundo siguen adorando su sombra.

— Algunos de los que acuden a casa de Hipatia adoran algo más que su sombra — dijo Pedro—. ¿No pensaréis que Orestes va allí sólo por amor a la filosofía?

— No debernos ser tan severos en nuestros juicios — replicó el cura anciano—. Sinesio de Cirene es un santo, y tiene a Hipatia en alta estima.

— ¿Que es un santo? Si sigue con su mujer. ¿Acaso no tuvo la insolencia de decirle al bienaventurado Teófilo que no accedería a ser obispo a menos que ella siguiese a su lado, anteponiendo los goces camales del matrimonio a los designios del Espíritu Santo, desdeñando lo que dicen las Escrituras, que los que se rinden a los encantos de la carne no son agradables a los ojos de Dios? Como bien dice de ellos Siricio de Roma: «¿Acaso puede el Santo Espíritu de Dios morar en cuerpos que no lo sean?». A nadie ha de sorprender que una persona como Sinesio se arrastre a los pies de la amante de Orestes.

— ¿O sea que es una libertina? — insistió Filamón.

— Debe de serlo. ¿Acaso es posible que una pagana tenga fe, que esté en gracia? Sin fe ni gracia, ¿qué es la rectitud, sino inmundicia? ¿Qué dice san Pablo? Que Dios los ha dotado de un espíritu réprobo, fuente de injusticia e impureza, de codicia y malicia, de toda clase de males. ¿Por qué me lo preguntas?

— ¿Y ella es todas esas cosas?

— ¿Te extrañas? ¿Qué valor tendría el Evangelio, si los paganos fuesen más santos que los cristianos? Las cosas son como son, y no de otra manera. Si Hipatia, que no ha recibido la gracia de Dios, parece poseer virtudes, éstas no son sino desviaciones disfrazadas, taimadas añagazas con que el diablo nos tienta bajo la apariencia de ángel de la luz. En cuanto a la castidad, flor y corona de todas las virtudes, si alguien afirma que, aun siendo pagana, la

posee, blasfema contra el Espíritu Santo, que es quien la otorga como el más alto y excelso de sus dones. Sea anatema por siempre jamás, amén —y Pedro, santiguándose con devoción, se apartó con ira y desprecio de su joven compañero.

Filamón ya era lo bastante instruido como para estar al tanto de que no es lo mismo afirmar que probar algo, y que el argumento esgrimido por Pedro, «las cosas son como son, y no de otra manera», tanto valía para un roto como para un descosido..., por muy buenas que fueran las fuentes de las que bebiera. No daba con la razón de la tristeza que sentía, que algo tendría que ver con la nueva imagen de Hipaba, una temible Mesalina y hechicera, en cuya estancia sólo tenían cabida ritos mágicos y pobres almas condenadas. Filamón siguió adelante. Si tales eran las artes que enseñaba, ¿de dónde habría sacado Rafael la fortaleza de que hacía gala? Si, como decían, la filosofía había muerto, ¿qué era Rafael?

En aquel momento, Pedro y el resto de la comitiva se desviaron por una calle lateral, y Filamón y Hieracas, juntos, se dirigieron a su destino. Caminaron en silencio durante un buen rato, subiendo por una calle y bajando por otra, hasta que al joven monje, sin saber de qué hablar, se le ocurrió preguntar adonde iban.

—Adonde me plazca. Mira, joven, si aun siendo cura como soy, he de tolerar los insultos de un arcediano y de un lector, ten por seguro que no consentiré que hagas tú lo mismo.

—Te doy mi palabra: nada más lejos de mi intención.

—Ya, ya; todos recurrís a la misma treta, y vosotros, los jóvenes, pronto aprendéis de los mayores. Recurrís a expresiones inocuas en apariencia, pero que se clavan como puñales.

—Supongo que eso no será una queja contra el arcediano y los suyos —repuso Filamón, inflamado de respetuoso fervor hacia el grupo al que le habían asignado.

El cura no dijo nada.

—¿Acaso no los cuentas entre los más santos y piadosos de los hombres?

—Sí, por supuesto —repuso Hieracas, en un tono que parecía indicar lo contrario.

—Ya veo que no es eso lo que piensas —replicó, hosco, Filamón.

—Eres joven, muy joven. Espera a que hayas visto tantas cosas como yo. Nos ha tocado vivir en una época depravada, hijo mío, que nada tiene que ver con aquellos tiempos en que los hombres sufrían suplicio y morían por su fe. Hemos prosperado mucho, y hermosas damas se pasean con Magdalenas bordadas en las sedas con que se cubren y evangelios a modo de perendengues. Cuando yo era joven, las mujeres morían por los mismos adornos que hoy utilizan como aderezos.

— Yo sólo hablaba de los parabolanos.

— En ese caso, te diré que muchos de ellos no tienen de tales más que el nombre. No vayas ahora por ahí propalando lo que te acabo de decir. Pero no son pocos los hombres pudientes que incluyen sus nombres entre los de los cofrades para no pagar exacciones, dejando sus obligaciones en manos de pobres como tú. En cuanto a los predicadores, la gente solía decir, y yo mismo lo oí de labios del abad Isidoro, que, en términos de oratoria, nadie mejor que yo en Pelusio. Pero desde que llegué aquí, hace ahora once años, lo creas o no, no me han encargado un solo sermón en mi propia parroquia.

— ¡Me estás tomando el pelo!

— Tan cierto como que soy cristiano. Más claro, agua. Aquí, tienen miedo de quienes nos consideramos discípulos de Isidoro... Quizá porque nos expresamos de forma sencilla, como aquel santo, y en Alejandría hay oídos muy delicados. En esta parte del mundo, están también quienes no le perdonarán nunca que tomase partido contra aquellos tres miserables, Marón, Zósimo y Martiniano, al igual que la carta que envió, u otra misiva, que yo mismo leí, sobre las limosnas que ladrones y usureros destinan a la Iglesia. Cirilo nunca olvida o, al menos es lo que dice a todo aquel que le echa una mano... Lo malo es que no distingue entre quién le ayuda y quién le echa la mano al cuello. Así que aquí me tienes, poco más que un esclavo, un cura relegado, mientras otros hermanos, como Pedro el lector, salen adelante y me miran por encima del hombro. Lo mismo de siempre. Si dejamos aparte el caso del bienaventurado Agustín, ¡cómo no le haría caso a mi abad cuando me decía que me fuese a Hipona para estar cerca de él!, no hay obispo que no tenga su corte de aduladores que les den coba, a cuyo frente suele estar el arcediano, que sólo sueña con ocupar el sitial cuando el prelado fallezca, pisoteando a humildes y esforzados párrocos. Pero así son las cosas de este mundo... El más pulido, untuoso y vocinglero; aquél que dé más dinero para obras de caridad, sin que nada importe la procedencia o cómo lo haya conseguido; el hombre que le quite más trabajo al obispo, le diga que sí a todo y le preste sus ojos y sus oídos para que nada lo incomode, ése es el hombre llamado a acceder a la cátedra de Alejandría, de Constantinopla, hasta de Roma, si me apuras. Mira; aparte de los curas, hay siete diáconos en esta gran ciudad; pues bien, la ciudad entera, al igual que nosotros, estamos en sus manos y en las del arcediano; dependemos de ellos y de ese Pedro, que le organiza el trabajo, de forma que cuando Cirilo ordene obispo al arcediano, el lector se convertirá en arcediano, y así sucesivamente... No está mal la recompensa, no está mal. Como en el caso de Cirilo, por otra parte.

— ¿Cómo?

— Con tal de que no vayas por ahí contando que te lo he dicho yo... ¿Qué más me da? No tengo nada que perder. La gente dice que dos son las formas

de prosperar en Alejandría, por propios merecimientos o pagando por acceder a determinados puestos. Nada más.

— ¡Imposible!

— Nada es imposible. Te diré lo que sé. Cuando aquel sujeto, Martiniano, regresó a Pelusio, tras el fallecimiento del obispo que lo había expulsado de la ciudad por hipócrita y canalla, el hecho llegó a oídos del obispo actual, quien lo nombró ecónomo de la diócesis y le ordenó sacerdote (aunque es probable que yo hubiera actuado del mismo modo con ese perro callejero para que se hundiese en sus propias miserias, porque no creo que sea un mal obispo); quien se dice ecónomo ha de dar ejemplo; no fue el caso. Comenzó a olvidarse de los pobres y se erigió en tirano de la ciudad, hasta el punto que no había propiedades ni reputaciones ni vidas siquiera a salvo; si después de todo eso, cuando le llamaron para que rindiese cuentas, tuvo el descaro de decir que la Iglesia aún le debía dinero, y esto no fue sino otra más de sus trapisondas, sólo sé que ofreció al patriarca una importante suma de dinero para que le diese un obispado... ¿Qué crees que le respondió el patriarca?

— ¡Excomulgaría a ese miserable sacrílego!

— Le envió una carta en la que le decía que si volvía a las andadas, ¡no le quedaría otra salida que desenmascararlo! Pero ese embaucador se armó de valor y se presentó con el dinero, y todo el mundo asegura que, si el abad Isidoro no hubiera manifestado su desacuerdo por escrito, Cirilo lo hubiera ordenado obispo.

— A lo peor, no estaba al tanto de cómo era en realidad — adujo el pobre Filamón, que no sabía por dónde salir.

— Todo el delta estaba al tanto. Isidoro no dejaba de enviarle cartas sobre el antedicho sujeto.

— A lo mejor, en aquella circunstancia, trataba de evitar un escándalo y preservar la unidad de la Iglesia por encima de todo a ojos de los paganos.

El cura se echó a reír con un deje de amargura.

— Lo mismo de siempre; evitar escándalos, acallándolos, mirando para otro lado y fingiendo que más vale un pecadillo a que hablen mal de todos. ¡Como si hubiera algo más escandaloso que tratar de acallar un escándalo! En cuanto a la unidad, ¡si fuera como en los buenos tiempos de Diocleciano y Decio...!

— ¿Los perseguidores del cristianismo?

— Si, hijo mío, los tiempos de la persecución, cuando los cristianos morían como hermanos porque como tales vivían. Poco de eso verás en estos días, quitando algún remoto obispado, del que sólo nos acordamos de año en año. En las ciudades, todo el mundo anda a la greña por conseguir una posición, por adquirir cierto poder, y no hay quien no tenga envidia de su prójimo. Los presbíteros de los diáconos, y con razón; los obispos de las zonas rurales, del

metropolitano, y éste a su vez de los obispos del norte de África, y tampoco sin motivos. ¿Por qué tienen que dirimir controversias, como si fueran infalibles? Es un cisma, un completo cisma: son tan cismáticos como los donatistas. ¿Acaso el Concilio de Nicea no estipuló que, siguiendo la tradición, el metropolitano de Alejandría tenía autoridad sobre Libia y Pentápolis?

—Eso tengo entendido —repuso Filamón, tratando de destacar la importancia de su patriarca.

—Pues los patriarcas de Roma y Constantinopla recelan de él.

—¿De Cirilo?

—¿De quién si no? Porque no vendrá a comer en la palma de su mano, ni les dejará convertirse en amos y señores del África...

—Para eso están los concilios, para dirimir tales diferencias.

—¿Los concilios, dices? Espera a asistir a uno de esos contubernios. Como decía el bueno del abad Isidoro: que si alguna vez lo eligiesen obispo, cosa que jamás sucedería porque era demasiado honrado, jamás acudiría a un concilio porque no sabía de ninguno que no hubiese servido para exacerbar las más bajas pasiones de los hombres y recurrir a palabras abstrusas para dirimir la cuestión que allí los había llevado, si es que antes no se había encargado de resolverla algún chambelán, eunuco o cocinero, enviados por la corte, como si fueran el bajel que lleva la luz del Espíritu Santo, y dar por sentados los dogmas de la santa Iglesia católica.

—¿Un cocinero?

—¿Te extraña? El emperador Valente envió a su cocinero mayor para parar los pies a Basilio de Cesárea, que se negaba a seguir las indicaciones de la corte... Hazme caso; en tales situaciones, la cuestión se dirime consiguiendo los votos de las diferentes cortes imperiales, o presentándose uno en la propia corte. Cuando yo era joven, uno de los decretos aprobados en el Concilio de Antioquía prohibía a los obispos que, con el pretexto de ayudar a la causa de huérfanos y viudas, fuesen a Constantinopla para intrigar. Pero de nada vale, porque los inquietos y ambiciosos van de sede en sede hasta situarse cerca de Bizancio o de Roma y, tratando de que el emperador atienda sus cuitas, caen en manos de los cortesanos de turno.

—¿No está escrito que no debemos criticar a quienes gozan de autoridad?

—replicó Filamón, con afectada beatería.

—¿Y qué? No hablo mal de quienes tienen autoridad, si expongo mis quejas sobre lo mal que ejercen el poder que les ha sido concedido.

—Nunca antes había escuchado semejante interpretación de ese texto.

—Es probable. Lo que no significa que no sea tan válida y ortodoxa como cualquier otra. Y oirás decir muchas más cosas, todas verdaderas, si bien, en lo que a la ortodoxia se refiere, habrá que esperar a ver qué deciden los

cocineros de la corte. Pues claro que estoy disgustado, y que soy un rezongón impenitente. Pero no menos cierto es que los jóvenes deben escarmentar en carne propia, en lugar de escuchar embobados lo que les dicen los viejos. Abre los ojos y juzga por ti mismo. Ya te darás cuenta de qué pasta están hechos los santos que medran gracias a esta forma de conducir los asuntos de la Iglesia. Pero aquí viene uno de ellos. ¡Será mejor que cierre la boca!

Mientras así hablaban, dos corpulentos negros se acercaron a donde estaban y depositaron en el suelo, al pie de las gradas de una iglesia por la que pasaban, un objeto que Filamón no había visto nunca, una silla de manos, dotada de varas con incrustaciones de plata y marfil, y la parte superior cubierta por unas cortinas de seda de color rosa.

—¿Qué llevan dentro de esa jaula? —le preguntó al anciano cura, mientras los negros se enjugaban el sudor que les corría por la frente y una esclava adolescente se adelantaba con un parasol y unas chinelas en las manos, alzando con muchos miramientos el borde inferior del cortinaje.

—¡Una santa, no te quepa duda!

Un zapato, con una ancha cruz de oro bordada en el empeine, asomó delicadamente por debajo de la cortina, mientras la doncella, de rodillas, lo calzaba.

—¡Ahí la tienes! —musitó el viejo rezongón—. No les basta con servirse de cristianos como bestias de caiga, como decía el abad Isidoro, igual que le espetó al litigante Irón: que no concebía cómo un hombre que se decía servidor de Cristo (ya que, gracias a Él, todos los hombres son libres), podía tener ni un solo esclavo.

—Tampoco lo entiendo yo —repuso Filamón.

—Como puedes apreciar, en Alejandría vemos las cosas de otra manera. No podemos subir ni las gradas del templo de Dios sin proteger adecuadamente nuestros delicados pies.

—Yo pensaba que estaba escrito: «Te descalzarás en este recinto, porque sagrado es el lugar que pisas».

—Son muchas las cosas que están escritas que aquí nos parece inconveniente recordar. Ahí tienes: uno de los pilares de la iglesia, una de las más ricas y piadosas damas de Alejandría.

De la silla descendió una mujer de aspecto tal que Filamón se quedó más sorprendido que cuando había visto a Pelagia. Pensara lo que pensase de la exhuberancia y falta de gracia que aquellos aderezos le inspiraban, de seguro nada hubiera inclinado su refinada sensibilidad griega a reír y llorar a un tiempo como le ocurrió al contemplar la carencia de gusto de aquel ejemplar de una civilización artificiosa y en decadencia. El traje de la dama estaba relleno por detrás, de forma tal que provocaba en los desastrados pilluelos que merodeaban por las gradas mendigando una moneda los mismos

comentarios que, desde el púlpito, hiciera san Clemente en su día a propósito de las damas de la Alejandría de su tiempo. El vestido en cuestión, de seda blanca, desde la cintura hasta los tobillos, estaba atiborrado de unas enigmáticas figuras bordadas en verde y rojo, de no menos de un cuarto de metro, en las que, no sin esfuerzo y poco a poco, Filamón logró descubrir que no eran sino burdas y groseras representaciones, propias de un arte degenerado, de la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro, mientras a la espalda, sobre un brillante chal azul con una orla de cruces bordadas, cargaba con un Job sentado, con un trozo de loza en las manos, rodeado de sus tres amigos, en memoria, según le explicó el anciano sacerdote, de una peregrinación que la dama en cuestión había hecho uno o dos años antes a Arabia para contemplar y besar el mismo estercolero en que había estado sentado el patriarca.

De uno de los seis collares que llevaba al cuello, colgaba un manuscrito de los Evangelios, de cantos dorados y manecillas de pedrería; de la diadema de perlas con que se recogía el alto peinado, pendía sobre la frente una descomunal cruz de oro, mientras por encima y alrededor de sus cabellos destacaban unos rizos que, gracias a una pomada, sobresalían unos quince centímetros, en una profusión tal de trenzas y bucles que más de una hora, y seguro que más de una reprimenda, le habría costado a alguna infeliz esclava.

Con ademán humilde, sonrisa afectada y mirada baja, suspirando de vez en cuando con gesto de arrepentimiento, meneando la cabeza y llevándose la mano al pecho cubierto de joyas, subía la hermosa penitente las escaleras, cuando reparó en el cura y el monje y, con gesto de profunda humildad, les suplicó que le permitiesen besar el dobladillo de sus hábitos.

—Mejor sería, señora —comentó Filamón, con aspereza—, que besases la bastilla de tu vestido, donde llevas bordadas dos lecciones que no parece haber aprendido todavía.

Al momento, colérica y ofendida en su orgullo, se le encendió el rostro.

—Os he solicitado vuestra bendición, no un sermón. Oportunidad tengo cuando quiera de escuchar una prédica.

—Siempre y cuando te guste lo que escuches —rezongó el cura viejo, mientras la mujer subía las gradas, arrojando unas monedas a los harapientos chavales, musitando para sí, aunque en voz lo bastante alta como para que la oyese Filamón, que informaría puntualmente a su confesor y que no le gustaría volver a tener que sufrir los groseros insultos de un monje por la calle.

—Ahora confesará ahí dentro sus pecados, todos menos, claro está, los que acaba de cometer ante nuestros ojos, se dará golpes en el pecho y se lamentará como una Magdalena, mientras ese truhán la consolará con



comentarios como: «¡Qué hermosa cadena! ¡Y el chal! ¡Permíteme que lo acaricie! ¡Qué suave y delicada es la lana de la India! Si supieras las deudas que he contraído para adecentar el santuario como Dios manda...». Y aguardará a escuchar la respuesta que, sin duda, habrá de oír, a saber, que si ella pudiera ser de alguna utilidad para el mantenimiento del templo, se sentiría sumamente honrada..., y el cura se quedará con la cadena y, si me apuras, también con el chal. Y ella regresará a su casa convencida de que habrá cumplido al pie de la letra con el mandato de lavar sus pecados gracias a la limosna, lamentándose de que el buen cura se lo haya ido a decir precisamente el día en que sólo llevaba unas fruslerías encima.

— ¿Cómo dices, que no se atreverá a condenar semejante impostura? — preguntó Filamón.

— A un cura pobre como yo, jamás se lo consentiría; pero a un hombre de Iglesia tan renombrado como ése... Como decía Jerónimo en una carta de su puño y letra que tuve la oportunidad de leer en cierta ocasión, en estos casos, las mujeres se lo piensan dos veces, no vayan a molestar al correveidile de la ciudad. ¿Qué te parece?

Filamón calló la boca y, por prudencia, no dijo nada, mientras el viejo rezongón seguía con su perorata.

— Joven, ¡aún te queda mucho por aprender en cuanto a los usos y costumbres de esta ciudad! Cuando hayas madurado un poco, en lugar de espetar verdades como puños a una delicada dama que luce una cruz en la frente, optarás por correr hasta las columnas de Hércules si ella así te lo pide, con tal de que te preste su desinteresada ayuda para conseguir una buena parroquia y, quién sabe, hasta un obispado. En esta ciudad y en estos casos, las mujeres llevan la voz cantante.

— ¿Las mujeres?

— Así es, compañero. ¿No pensarás que colman de favores a curas y parroquias a cambio de nada? ¿Acaso te imaginas que el predicador que se sube al púlpito de esa iglesia no aguarda con impaciencia hasta ver la reacción de esa beata, si aplaude o no, al final de una frase especialmente rebuscada? ¿Ella, precisamente, que tan buen olfato tiene para detectar el menor atisbo de novacianismo o de origenismo allí donde el resto de los mortales ni siquiera lo habría sospechado? ¿Ella, que todas las semanas acoge en su mansión a las más ricas y devotas mujeres de la ciudad, para decidir cómo debemos comportarnos, igual que los cocineros regios fijan nuestra doctrina? ¿Ella que, por lo que dicen, es los ojos y los oídos de la augusta Pulcheria en la ciudad, que todos los meses envía un relato pormenorizado a Constantinopla de cómo andan las cosas por aquí, que puede poner al propio patriarca en un buen aprieto, si éste se opone a sus designios...?

— ¿Cómo? ¿Cirilo se pliega a la voluntad de semejantes criaturas?

—Cirilo es un hombre prudente y de su tiempo; demasiado, al decir de algunos, para ser considerado como un hijo de la luz. Pero, al menos, sabe que de nada vale enfrentarse con aquéllos a quienes no podemos vencer; y mientras estas grandes damas le sigan dando dinero para sus asilos y orfanatos, casas de acogida, dispensarios, talleres y un montón de cosas más, debo reconocer que, aparte de Ambrosio de Milán y Basilio de Cesárea, es insuperable en ese terreno. Y no seré yo quién me enfrente con él por tratar de sacar lo mejor de tan malos mimbres. Porque lo son, y mucho, mi buen amigo; y así están las cosas desde que emperadores y cortesanos renunciaron a quemarnos y crucificarnos y, gracias al soborno, prefirieron tenernos de su parte.

Aturdido y confuso, Filamón siguió su camino en silencio al lado del cura anciano... «Y esto es lo que he venido a ver, juncos que se doblan a merced del viento, hombres con delicados ropajes que sólo pisan regios palacios...». Para eso se había alejado de su añorado cenobio, de los infantiles y entrañables ratos de esparcimiento, y para hundirse en aquella vorágine de intrigas y tentaciones. En eso consistía también la armoniosa fortaleza que forjaba la unidad de la Iglesia católica, en la que, como le habían enseñado desde niño, sólo había un Señor, una fe, un Espíritu. Un cuerpo indivisible, «sin tachas ni fisuras en el que todos sus miembros se unían y encajaban, según la medida de cada cual, para engrandecerlo y contribuir a su crecimiento gracias al amor». Cuando acudieron a su memoria aquellas palabras que llevaba grabadas a sangre y fuego, se encogió de hombros, como si pretendiera mofarse de la realidad rastrera y caótica en que estaba inmerso. Se enojó con el anciano cura que había echado por tierra sus sueños. Prefería pensar que sus quejas no eran sino exageraciones propias de un cínico amargado, de un egoísta resentido. ¿Acaso no se lo había advertido Arsenio? ¿No le había explicado, paso a paso, todo lo que se iba a encontrar, y así era? ¿La gran idea de san Pablo no era sino un sueño vacío, inalcanzable? ¡No! La obra de Dios no podía fracasar, la Iglesia no podía equivocarse. Suya no podía ser la culpa, sino de sus enemigos; ni era achacable, como decía el viejo, a su fantástico florecimiento, sino a las secuelas de la esclavitud a que había estado sometida. Se le ocurrió entonces que la única explicación verdadera residía en lo que Cirilo le había dicho cuando lo conoció. ¿Cómo, sin trabas ni ataduras, podría la Iglesia desempeñar su tarea, si estaba encadenada y aherrojada, en manos de los grandes de este mundo? ¿Qué otra cosa eran, pues, esos hombres sino tiranos y anticristos, en tanto siguieran apegados a los engaños de la filosofía pagana y a las vanas posibilidades del entendimiento humano? Si Orestes era como una maldición que pesaba sobre la Iglesia de Alejandría, Hipatia sería la peste que se abatía sobre el prefecto. Su mente era la culpable. En ella anidaba la raíz de todo mal. ¿Quién osaría

extirparlo?

¿Por qué no él? Sería peligroso, sin duda; pero culminara o no su propósito, siempre se le reconocería su encomiable arrojo. La causa de la cristiandad estaba necesitada de vidas realmente ejemplares. ¿Acaso no podría él, como el David de la antigüedad cuando se enfrentó al gigante —la idea le exaltaba tanto que el corazón parecía que se le fuera a salir del pecho —, ser capaz de ofrecer una verdadera muestra de coraje, de sacrificio, de la divina locura que sólo otorga la fe, que apartase a las almas del egoísmo y la lujuria y las llevase a imitar su noble ejemplo, que les recordase, por su bien y por su propia vida, el comportamiento de los mártires que habían sido el orgullo, la gloria y el sagrado blasón de Egipto? A medida que su desbocada imaginación le ofrecía imágenes de hombres y mujeres humildes que se habían sobrepuesto a la tentación y al oprobio, a la tortura y a la muerte, para permanecer siempre en boca de los hombres, que ya ocupaban los sitios que tenían reservados entre los elegidos de la corte celestial, mientras en sus frentes relucía por los siglos de siglos la corona de los mártires, el corazón le latía con tanta fuerza, tan deprisa, que sólo ansiaba que se le presentase la ocasión de dejar la vida en el empeño.

Del anhelo surgió la oportunidad. Apenas acababa de regresar junto a sus hermanos los visitantes, cuando la obsesión se adueñó de él de nuevo, y empezó a preguntar cuantas cosas se le ocurrieron sobre Hipatia.

Al principio, sólo escuchó nuevas invectivas. Sin embargo, cuando sus compañeros, después de comentar los hechos de aquella mañana gloriosa para la verdadera fe, comenzaron a hablar de la gran derrota que había sufrido el paganismo veinte años atrás, durante el patriarcado de Teófilo, cuando durante muchos días por la fuerza de las armas Olimpodoro y sus huestes habían defendido el Serapeo frente a los cristianos, haciendo salidas por la ciudad y atormentando y asesinando a los prisioneros que capturaban en sus correrías; cuando recordaron a los mártires que, bajo aquellas mismas columnas que ahora se alzaban sobre sus cabezas, habían preferido morir torturados antes que hacer sacrificios a Serapis; cuando refirieron la victoria final y hablaron de aquel soldado que, en presencia de una muchedumbre acobardada, abrió la enorme quijada del colosal ídolo, destruyendo para siempre el hechizo del paganismo, Filamón notó cómo el deseo de emular a aquel soldado le inflamaba el corazón, que sólo así, mediante un hecho de incuestionable valentía, acallaría sus escrúpulos de conciencia. No había ya ídolos que derribar, pero la filosofía seguía en pie.

— ¿Por qué no llevar la guerra al corazón de las filas enemigas y encerrar a Satán de nuevo en su madriguera? ¿Qué impide que un hombre de Dios se presente en el aula de la hechicera y dé testimonio contra ella en su propia cara?

—Hazlo, si te atreves —repuso Pedro—. Nosotros no tenemos ninguna gana de que los jóvenes nobles y libertinos de la ciudad nos abran la cabeza.

—Lo haré —contestó Filamón.

—Siempre que su santidad te dé permiso para cometer semejante locura.

—Cuidado con lo que dices. No insultes a los bienaventurados mártires, desde san Esteban hasta san Telémaco, calificando de desatino semejante empresa.

—Informaré a su santidad de tu insolencia.

—Como gustes —replicó Filamón que, cegado con aquella idea, sólo pensaba en cómo llevarla a cabo.

La conversación fue decayendo.



—Esta nueva generación de jóvenes se vuelve cada día más insoportable —le comentó al atardecer Pedro al patriarca.

—Tanto mejor. Así obligarán a los viejos a estar a la altura si de hacer obras de caridad se trata. ¿A quién corresponde hoy el honor?

—A ese mozo del desierto que Pambo puso bajo nuestra tutela. Ha tenido la osadía de ofrecerse como adalid de la fe contra Hipatia. Dice que acudirá al aula y rebatirá sus argumentaciones. ¿Qué te parece como ejemplo de modestia y de afirmación juvenil?

Cirilo guardó silencio.

—¿Qué respuesta he de darle en tu nombre? ¿Un mes de destierro a Nitria, a pan y agua? No creo que debas consentir semejantes bravatas porque, a este paso, mejor olvidarse de nociones como autoridad o disciplina.

Cirilo mantenía un obstinado silencio, mientras Pedro fruncía el ceño. Hasta que, por fin, dijo:

—La causa necesita mártires. Dile al muchacho que suba a verme.

Sin salir de su asombro, Pedro bajó las escaleras y, con una expresión que pocas dudas dejaba en cuanto a la envidia que sentía, transmitió el recado del patriarca al joven que, demudado, se postró en el suelo al entrar en la estancia donde estaba Cirilo.

—Me han dicho que albergas el propósito de acudir al aula donde imparte sus enseñanzas esa pagana y enmendarle la plana. ¿Tendrás el valor de hacerlo?

—Con la ayuda de Dios.

—Caerás a manos de sus discípulos.

—Bien sé cómo defenderme —contestó Filamón, al tiempo que echaba una disculpable ojeada a sus fornidos miembros—. Y de no ser así, ¿hay muerte más gloriosa que el martirio?

Cirilo sonrió con afabilidad.

– Prométeme dos cosas.

– Y dos mil, si ésa es tu voluntad.

– Bastante tienes con cumplir las dos que voy a decirte. Vosotros, los jóvenes siempre estáis prontos a hacer promesas, y más rápidos aún a olvidarlas. Prométeme que, pase lo que pase, no habrás de ser tú quien inicie la refriega.

– Como tú digas.

– Prométeme, además, que no tratarás de rebatirla.

– ¿Qué otra salida me queda?

– Contradice, denuncia, planta cara. Pero nada de razones. En ese terreno, no tienes nada que hacer. Ella, que es más sutil que las serpientes, maneja los argumentos a su capricho; los asistentes se mofarían de ti y, avergonzado, abandonarías el aula. Prométemelo.

– Te lo prometo.

– Ve, pues.

– ¿Cuándo?

– Cuanto antes, mejor. Pedro, ¿a qué hora comienzan las clases de esa maldita mujer?

– Esta mañana se ha acercado al Museo a eso de las nueve.

– Irás mañana a esa hora. Aquí tienes un poco de dinero.

– ¿Para qué sirve esto? –pregunto Filamón, sosteniendo con curiosidad las primeras monedas que tocaba en su vida.

– Para que te dejen entrar. A diferencia de la iglesia de Dios, abierta día y noche para recibir a mendigos y esclavos, todo el mundo ha de pagar por escuchar a la filósofa. Si no consigues nada... –musitó para sus adentros–, si no lo consigues, será que tiene que ser así.

– ¡Muy bien! –le dijo Pedro, furibundo, mientras lo arrastraba fuera del aposento—. Ve a Ramoth Golead y que tengas éxito, joven atolondrado. ¿Qué espíritu maligno te trajo hasta nosotros para avivar la única flaqueza de nuestro noble patriarca?

– ¡No sé de qué me hablas! –repuso Filamón, con altivez.

– La debilidad de que con prédicas, artículos de fe y martirios se puede acabar con los cananitas, cuando lo cierto es que tal cosa sólo se conseguirá con la espada del Señor y la de Gedeón. Bien aprendida tenía la lección su tío Teófilo. De no haber sido así, Olimpodoro se habría erigido en dueño y señor de Alejandría, y todavía estarían quemando incienso ante la imagen de Serapis. ¡Ve, pues, y que ella te convierta! Acércate a la cosa maldita, como Acán, y acabarás por alojarla en tu tienda. Acércate a las hijas de Madián, pero guárdate de acercarte a Baalpeor, si no quieres comer las ofrendas de los muertos.

Tal fue el animoso comentario que quedó flotando en el aire cuando ambos se fueron a dormir.

## CAPÍTULO VIII.

### Viento de Oriente

CUANDO, AL DÍA SIGUIENTE, Hipatia salió de su casa entre los elogios que le tributaba un nutrido séquito de filósofos y filosofastros, estudiantes y señores de alto rango, que, sin ocultar su admiración, la seguían hasta el aula, al otro lado de la calle un andrajoso mendigo, acompañado de un perrazo de fiera mirada, se cruzó en su camino y, extendiendo una mano mugrienta, le pidió una limosna.

Hipatia, cuyo refinado gusto no soportaba la visión, y mucho menos el contacto, con nada que pudiera tildarse de mezquino o depravado, dio un paso atrás y le ordenó a un esclavo que le diese una moneda para librarse de aquel hombre. Algunos de los jóvenes de la comitiva muy al tanto en lo que a «zurras» se refiere, noble arte por entonces muy en boga en las escuelas del norte de África y al que la humanidad debería rendir tributo, pues no otro fue el motivo que llevó a san Agustín de Cartago a Roma, respondiendo a la enraizada costumbre de chancearse e insultar al primer patán que se cruzase con ellos, comenzaron a burlarse de él y a lanzarle pullas que el mendigo soportó con callada resignación. Como le había dicho su ama, el esclavo le tendió una moneda pero, el mendigo, sin moverse de donde estaba, apartó la mano del sirviente, decidido al parecer a impedir que Hipatia siguiese adelante.

—¿A qué esperáis? ¡Apartad de mi camino a ese miserable y su espantoso perro! —les pidió, irritada, la filósofa.

—Conozco a ese animal —dijo uno de ellos—, es el perro de Aben-Ezra. Seguro que se ha perdido. ¿Dónde lo encontraste, truhán?

—Donde tu madre te encontró a ti, muchacho: en el mercado de esclavos. Dulce Sibila, ¿acaso, como estos botarates que tratan de demostrar ante su maestra y preceptora lo mucho que han avanzado en el angelical arte del hostigamiento, has olvidado ya al más humilde de tus discípulos? —preguntó el mendigo que, quitándose el sombrero de paja que llevaba, se mostró como quien en realidad era, Rafael Aben-Ezra—. ¡Vaya, pareces

sorprendida! ¿A cuento de qué, si puede saberse?

—De verte con semejante facha.

—¿Por qué? ¿No nos has hablado hasta la saciedad del éxtasis que alcanzaríamos si prescindieramos de la fascinación que sobre nosotros ejercen los sentidos? Que de tal modo te consternes porque uno de ellos haya resuelto, por fin, hacerte caso da una pobre idea de la estima en que tienes a tus discípulos y de la veracidad de tu elocuencia.

—¿A qué viene esta pantomima, noble señor? —quiso saber Hipatia, rodeada de un coro de voces que repetía lo mismo.

—Ve y pregúntaselo a Cirilo. Como un nuevo Diógenes, tengo la intención de dirigirme a Italia por ver si, como él, doy con un hombre de verdad. Si tal cosa ocurre, tendré mucho gusto en regresar y ponerte al corriente de tan increíble suceso. ¡Adiós, pues! Tan sólo deseaba contemplar una vez más cierto semblante aunque, como puedes comprobar, me he adentrado por la senda de los cínicos: de hoy en adelante, sólo a esta perra tendré por maestra, que, por cierto, no exige nada a cambio de las enseñanzas que imparte; si así lo hiciera, seguiría siendo un ignorante, porque las riquezas de mis antepasados se esfumaron ayer por la mañana. Sin duda, estarás al tanto del plebiscito que sobre los judíos se ha llevado a cabo bajo los auspicios de cierto y reverenciado tribuno de la plebe.

—¡Eso es una infamia!

—Y muy peligrosa, querida amiga, porque siempre hay quien se aprovecha del éxito de otros..., y la casa de Teón puede ser saqueada igual que el barrio de los judíos. ¡Ojo avizor, pues!

—Vamos, vamos, Aben-Ezra —gritaron los más jóvenes—; eres un magnífico polemista. No permitiremos que te vayas por culpa de las chifladuras y marrullerías del patriarca. Haremos una colecta a tu favor, y pasarás un mes en casa de cada uno de nosotros. ¿Cómo vamos a pasárnoslo bien si no nos acompañas?

—Gracias, amigos. He jugueteado con vosotros mucho tiempo como para que me apetezca convertirme en uno más de vuestros pasatiempos. Señora, permíteme que te diga algo en privado antes de que me vaya.

Hipatia se inclinó hacia él y, hablando en sirio, le susurró de forma atropellada:

—¡Quédate a mi lado, te lo ruego! Eres el mejor de mis discípulos, quizás el único que tengo en realidad... Mi padre encontrará un lugar donde puedas ocultarte de esos malhechores. Si necesitas dinero, recuerda que es uno de tus deudores. Nunca te devolvimos el dinero que...

—Querida musa, aquel dinero era el salvoconducto que me garantizaba el acceso al Parnaso. Soy yo quien está en deuda contigo y, para darle cumplida satisfacción, he traído esta sortija con un ópalo. En cuanto a tu amable



proposición de buscar un escondrijo no lejos de ti —continuó en voz aún más baja y hablando en sirio—, Hipatia, la gentil, es demasiado preciosa para que Rafael, el judío, pueda mantener la calma —al tiempo que se quitaba del dedo el anillo que le había dado Miriam y se lo entregaba.

—¡Jamás! —repuso Hipatia, ruborizándose—. No puedo aceptar tu regalo.

—Te lo suplico. Si dejamos a un lado esta prisión de carne y hueso que me oprime, para la que mi daga fabricará el oportuno resquicio cuando ya no pueda soportarla, es la última atadura terrenal que me queda. Pero como, si de mí depende, y no entra en mis cálculos abandonar mi caparazón sino cuándo y cómo yo lo decida, si llevo encima esta sortija, seguro que alguno de los circumceliones de Heracliano me abrirá la cabeza. Insisto, pues, en que la aceptes.

—¡Jamás! ¿Por qué no la vendes y vas en busca de Sinesio? Él te protegerá.

—¡Amable huracán! Por supuesto que encontraría refugio, pero no la paz que anhelo: sería como plantar mi tienda en el cráter del Etna. Se pasaría día y noche tratando de persuadirme para que aceptase ese fárrago ecléctico al que llama cristianismo filosófico. Si no aceptas el anillo, no tardaré en deshacerme de él. Nosotros los orientales también sabemos, como los grandes de este mundo, ser espléndidos y después esfumarnos —y añadió, dirigiéndose a la nube de filósofos—: ¡Oídmme, jóvenes acomodados de Alejandría! ¿Desea alguno de vosotros cancelar sus deudas al instante? Aquí tenéis: el arco iris de Salomón, un ópalo como nunca se ha visto otro en esta ciudad, una joya que bastaría para compraros a cualquiera de vosotros junto con vuestro papaíto, vuestra mamaíta y vuestras hermanas macedonios, sin contar los caballos, loros y pavos reales que tenéis, por el doble de su precio en cualquier mercado de esclavos del mundo. Aquél que desee poseer esta alhaja que vale diez mil piezas de oro sólo tendrá que recogerla del canal donde me dispongo a arrojarla. ¡Jóvenes Fedrias y Panfilio, lanzaos tras ella! No han de faltaros tantas Lais y Tais como deseáis, que os ayuden a despilfarrar esa suma.

Y alzando la joya en el aire, ya se disponía a lanzarla a la calle cuando, desde atrás, alguien le retuvo el brazo y se la arrebató de las manos. Enojado, se dio media vuelta para encontrarse con la mirada furibunda y desdeñosa de la vieja Miriam.

Al instante, *Bran* saltó al cuello de la anciana, pero, al ver aquellos ojos fulgurantes, se contuvo. Rafael llamó a la perra y, dirigiéndose pausadamente a los burlados espectadores, dijo:

—¡Mala suerte, amigos míos! Tendréis que componéros las para reunir el dinero, circunstancia que, tras la expulsión de mi pueblo, ya no os resultará tan sencilla. Los hados que rigen nuestros destinos, a los que ni siquiera los

filósofos pueden oponerse, como bien sabéis, sobre todo cuando estáis achispados, han devuelto el arco iris de Salomón a su primitivo dueño. ¡Adiós, reina de la filosofía! Cuando encuentre a ese hombre, tendrás noticias mías. Madre, me voy contigo, para que me dirijas una palabra amable antes de separarnos, aunque —prosiguió, entre risas, mientras los dos se alejaban— hayas recurrido a tan artero tejemaneje para privar a alguien de nuestra sangre del exquisito placer de ver cómo esos perros paganos se arrojaban al canal para disfrutar de su largueza.

Perturbada por tan sorprendente encuentro y más aún por tan inesperado desenlace, Hipatia siguió su camino hacia el Museo. Mucho se cuidó, sin embargo, de dejar entrever algo que denotase la profunda desazón que sentía hasta que llegó a la pequeña estancia contigua al aula. Una vez allí, se dejó caer en una silla y se paró a reflexionar para, con sorpresa y disgusto, sentir cómo unas lágrimas resbalaban por sus mejillas. Su corazón no albergaba ni la más pequeña chispa de afecto por Rafael. Y si alguna vez le había acechado tal peligro, el taimado judío bien se había encargado de conjurarlo con las chanzas y frivolidades que empleaba siempre que, en sí mismo o en otros, asomaba un sentimiento profundo. En cuanto a los cumplidos que dedicaba a su belleza, acostumbrada como estaba a tales manifestaciones, siempre los había aceptado con indiferencia. Pero, tal y como acababa de decir, sabía que quizás había perdido al único discípulo que, de verdad, tenía; y quién sabe si también a su auténtico maestro... Comprendía que, bajo aquella máscara de Sileno, se ocultaba una naturaleza capaz de... más quizá de lo que ella se atrevía a imaginar. Siempre había pensado que la superaba en desenvoltura en la vida diaria, pero aquella mañana le había desvelado lo que recelaba desde hacía tiempo, que quizá también la dejaba atrás en cuanto al temple y la fuerza de voluntad que en vano buscaba entre los deprimentes griegos que la rodeaban. Hasta en aquellas materias en que se confesaba discípulo suyo, hacía tiempo que llevaba disfrutando de haber descubierto que era el único de sus alumnos que parecía comprender a fondo y de un modo intuitivo todo lo que decía, y había temblado al albergar la poco grata sospecha de que, con sus matemáticas y su geometría, su metafísica y su dialéctica, sólo estuviera jugando con ella, como un maestro de esgrima con el florete, y que reservaba su verdadero talento para algo más digno de él. Más de una vez, una paradoja o una cuestión por él formuladas habían bastado para abrir innumerables grietas en sus más elegantes demostraciones y dejar al descubierto horribles simas de dudas hasta en aquellas verdades que consideraba más evidentes; alguna alusión medio en broma a las escrituras hebreas, de las que nunca había desvelado hasta qué punto creía en ellas, la había sacado de quicio, al pensar que se consideraba portador de un secreto caudal de conocimientos, más seguros y profundos que los suyos, que nunca

había querido compartir con ella.

A pesar de todo, el judío ejercía una irresistible atracción sobre ella. La exhibición continua y deliberada del lujo de que se rodeaba, y que a ella la dejaba sobrecogida, era, según se jactaba de decir siempre, un aderezo al que podía recurrir o no, a voluntad, tal como acababa de demostrar, erigiéndose en digno rival de los grandes filósofos estoicos de la antigüedad. ¿Acaso Zenón habría soñado semejante hazaña por parte del frágil ser humano? Por otra parte, Rafael la había ayudado infinitamente en cuestiones de orden práctico. Sin pedírselo siquiera, le resolvía problemas matemáticos; indagaba en las fuentes; con tono áspero, imponía orden entre sus discípulos y, con su ingenio, sus argumentos y el nada desdeñable señuelo de su incomparable cocinero y de su bodega le proporcionaba nuevos oyentes. Pero, por encima de todo, hacía las veces de feroz y agresivo perro guardián, que la defendía de los grupos de groseros y, a menudo, desconsiderados sofistas, restos del naufragio de los antiguos cínicos, estoicos y otras antiguas escuelas que, con creciente inquina, como suele ocurrir con todas las facciones en su decrepitud, asaltaban el hermoso y reluciente castillo de naipes que era el neoplatonismo, tildándolo de estéril amalgama de todos y cada uno de los sistemas filosóficos griegos, de todas las supersticiones orientales. Tales filisteos temían más la pluma y los comentarios de Rafael que a los del aguerrido obispo de Cirene, a pesar de que éste, a juzgar por algunas de sus cartas, los detestaba tanto como abominaba del ser humano en general; que, a decir verdad, no era para tanto.

No obstante, las visitas de Sinesio eran escasas y esporádicas. La distancia entre Cartago y Alejandría, el trabajo de su diócesis y, sobre todo, las crecientes diferencias con su hermosa maestra restaban eficacia a la protección que pudiera ofrecerle. Y Aben-Ezra se había ido de su lado también y, con él, mil proyectos y esperanzas. Cuántas veces no había soñado con convertirlo a la fe filosófica en los antiguos dioses, en convertirlo en instrumento suyo para frenar el avance del error humano... ¿Quién ocuparía su puesto? ¿Atanasio? Por mucho que el buen corazón de Sinesio lo llevase a considerarlo como hermano, desde su punto de vista no era sino un pobre pedante que se iría de este mundo sin haber hecho nada por liberarlo, como los hechos se habían encargado de demostrar. ¿Plutarco de Atenas? Demasiado viejo. ¿Siriano? Un lógico que, a su entender y como él debía de saber, retorcía el sentido de los textos de Aristóteles, poniendo en su boca cosas que el filósofo jamás había dicho. ¿Su padre? Un hombre que sólo tenía triángulos y secciones cónicas en la cabeza. ¡Qué vanos le parecían todos al lado del insondable judío! Tejedores de herniosas telas de araña..., donde las moscas siempre acababan por caer. Constructores de hermosas mansiones..., si la gente se animase a entrar y quedarse a vivir en ellas. Predicadores de

excelsas virtudes..., que sus rendidos admiradores jamás habían pensado en poner en práctica. Sin ella, estaba segura de que la filosofía acabaría por desaparecer de Alejandría. Pero ¿era acaso su sabiduría u otros encantos más tangibles que poseía lo que le proporcionaba fuerzas para mantenerla con vida? ¡Repulsiva idea! ¡Ojalá fuese fea, para poder examinar así el alcance real de sus doctrinas!

No. Bastante complicada era ya la situación. Aunque terrenal, carnal incluso, con alborozo habría aceptado cualquier ayuda. Pero ¿no buscaba un imposible? Lo que necesitaba a su lado eran hombres que actuaran, mientras ella se dedicaba a pensar. Y éstos no los encontraría en ninguna parte, salvo, bien lo sabía, entre los detestados curas cristianos. Así y a la larga, parecía inevitable el sacrificio de tan aprensiva Ifigenia. ¡La única esperanza de la filosofía residía en su propia desesperación!



Se enjugó las lágrimas, entró Orgullosa en el aula y, semejante a una diosa, ocupó la cátedra, entre la ovación de los presentes... ¿Qué le importaban, en realidad? ¿Acaso harían lo que les dijese? Hasta la mitad de su disertación no consiguió recuperarse del todo y borrar de su mente el recuerdo de Rafael. Llegados a este punto, escuchemos sus palabras.



—¡La verdad! ¿Dónde reside la verdad sino en nuestra alma? Los acontecimientos, los objetos no son sino fantasmas trenzados de materia, espectros de las tinieblas terrenales, ante los que el alma, adormilada en el cieno, en el barro de la materia, se estremece y llama sentido y percepción a los confusos temblores que la sacuden. Como los sueños nocturnos que, libres de las ligaduras del tiempo y el espacio, alimentan en nosotros la sospecha de presencias inmateriales y misteriosas, así nuestros sueños en estado de vigilia, eso que llamamos vista y oído. Son mensajeros divinos que Zeus, compadecido de sus hijos, que gimen atrapados en esta prisión de carne, nos envía, para despertar en nosotros el recuerdo del verdadero mundo del que proceden nuestras almas. Una vez alertados tales recuerdos en el filósofo que, a través del velo de los sentidos y de los hechos, contempla la verdad etérea (de la que las cosas no son sino aderezos circunstanciales que ocultan aquello que, sin embargo, parecen mostrar), el pensador se apega a la doctrina y desprecia los hechos, desecha la cáscara y se queda con la pulpa, sigue al alma que no al cuerpo, que no es sino símbolo e instrumento de ésta. ¿Qué le

importan, pues, al filósofo que nombres como Héctor o Príamo, Helena o Aquiles, hayan tenido presencia como espectros de carne y hueso a ojos de los hombres? ¿Qué se le da si hablaban o pensaban lo que de ellos nos cuenta el de Scios? ¿Acaso ha de preocuparse de si el poeta conoció una existencia terrenal anterior? Tenemos el libro, disponemos de las palabras que los hombres le han atribuido. Sea quien sea el autor primigenio de estas ideas, ahora son mías, me las he apropiado, he reflexionado j sobre ellas, han entrado a formar parte de mi alma. Es más, fueron y serán siempre parte de mí, pues aunque lo fueran del rapsoda, como mías lo son ahora, no son sino una parte del alma universal. ¿Qué importa, pues, si los mitos nacieron de las vigorosas ideas de visionarios de la antigüedad? Que otros se ocupen en conciliar los fragmentos del canto, en indagar el nombre de las naves. ¿Qué echará en falta el filósofo, si se descubre que los primeros no son coincidentes, o que figuran apelativos espurios entre las segundas? Las ideas siguen donde estaban, y nos pertenecen. Dispongamos nuestros corazones para recibirlas, procedan de donde procedan. Con los libros sucede como con los hombres: nuestras almas sólo deben ocuparse de las cosas que tienen que ver con ellas, y el alma de un libro es todo lo que de hermoso, verdadero y noble condene. Nada ha de importarnos si el bardo tenía conciencia plena de los significados que, gracias a él, descubrimos. En todo caso, sus versos los encierran, porque ¿cómo, si no, podríamos entenderlos? Tanto entre el vulgo como en aquellos que, bajo el manto del filósofo, ocultan su ignorancia, no falta quien considera que esta interpretación no es sino un mero delirio, sofístico y arbitrario, de nuestra fantasía. A ellos corresponde, pues, dar con lo que quería decir Homero, y decidir si son absurdas las interpretaciones espirituales que nosotros le atribuimos. Que expliquen al mundo entero la razón de que el poeta sea de todos admirado, si jamás reparó en aquello por lo que sigue siéndolo. ¿Se atreverán a decir que la fama universal que le ha acompañado a lo largo de los siglos le viene de aquello que le inspiró su primigenia y literal intención? Más aún: ¿se atreverán a afirmar que no cabe sino tal interpretación literal? ¿Capaces serán de imaginar que el alma divina de Homero se hubiera degradado al punto de describir festines físicamente reales, casorios y danzas, robos de caballos acaecidos al amparo de la noche, perros fieles en la realidad o porquerizos, enlaces nupciales no menos reales entre dioses y seres humanos, o que a tales vulgaridades debe el título que ostenta de padre de la poesía que, a lo largo de los siglos, le han otorgado los más sabios de los hombres? ¡Detestable idea, propia de la tosquedad y limitaciones de una raza que sólo aprecia lo que es palpable y le es dado ver! Sería como creer lo que afirman las escrituras cristianas, cuando hablan de una deidad que tiene manos y pies, ojos y oídos, que se aviene a fabricar muebles o utensilios de cocina, y que alcanza la cima de toda perfección,

¡detestable sutileza!, por haber nacido de una doncella en una aldea perdida y revolcarse en las miserias y penalidades de los esclavos más viles.

— ¡Eso es una falsedad! ¡Una blasfemia! ¡Las escrituras no mienten! — gritó alguien desde el extremo más alejado del aula.

Era la voz de Filamón, que había escuchado la disertación o, más bien, fuera de sí, había contemplado la belleza de la oradora, la gracia de sus modales, escuchado su voz melodiosa y, por encima de todo, la había seguido por el laberinto de su retórica, que brillaba ante los ojos de su mente como la tela de araña que resplandece por las gotas del rocío. Como su capacidad especulativa, desértica y vacía, carecía de toda formación científica para poner dique a semejante marejada, un océano de nuevos pensamientos y preguntas, que no de dudas, asaltaba su despierto entendimiento griego tras escuchar cada frase, a cuál más irresistible y cargada de sentido. Por primera vez en su vida, se vio en la necesidad de hacer frente a las cuestiones esenciales del ser humano: ¿qué soy?, ¿a dónde voy?, ¿qué puedo saber?, hasta el punto que, a medias aterrado por el combate que habría de librar, casi había olvidado el propósito que lo había llevado allí. Supo que tenía que deshacer el embrujo. ¿No era una pagana, una falsa profetisa? Tenía motivos para atacarla y, en parte indignado ante la blasfemia que había escuchado, para darse ánimos y ponerse manos a la obra se puso en pie y gritó.

Y se armó un revuelo.

— ¡Fuera ese monje! ¡Que lo tiren por la ventana! — gritaron unos cuantos jóvenes adinerados.

Algunos de los más osados comenzaron a trepar por los bancos para llegar a él, mientras Filamón, para sus adentros, se congratulaba al ver que ya llegaba la hora de su bendito martirio, cuando de pronto la serena y argentina voz de Hipatia acalló el tumulto al momento.

— Dejad en paz a ese joven. Es un monje, y además plebeyo. Sus entendederas no dan para más que lo que le han enseñado. Que se vuelva a sentar y guarde silencio. A lo mejor podemos mostrarle otra forma de ver las cosas.

Y retomando el hilo de su discurso, prosiguió, sin cambiar de tono:

— Escuchad un pasaje del Canto VI de la *Iliada*, en el que anoche creí atisbar un profundo misterio. Aunque todos estáis al tanto, os lo voy a leer, pues el sonido y la musicalidad de poesía tan exquisita predispondrán nuestras almas para escuchar las ideas que encierra sabiduría tan sublime. No en vano, el maestro Abamnón afirmaba que «como el alma, en un principio, era armonía y cadencia, y antes de quedar sepultada en el cuerpo había escuchado la divina armonía, aun unida al cuerpo, sigue oyendo las melodías que mejor conservan la huella de tan celestial armonía, las recibe con júbilo y, recordando aquella cadencia, se siente atraída por ella, en ella encuentra

refugio, de ella participa hasta donde le es posible».

Para, a continuación, inundar por vez primera los oídos de Filamón con los vigorosos y contundentes versos de Homero:

La solícita dispensera díjole a su vez estas palabras:

«¡Héctor! Ya que mandas encarecidamente declarar la verdad, ni a ver a tus hermanas ni tus cuñados, de buenos mantos, ni al templo de Atenea ha ido, justo donde las demás troyanas, de bellos bucles, tratan de aplacar a la temible diosa, sino a la elevada torre de Ilio, pues ha oído que los troyanos están abrumados, y que los aqueos ejercen gran poderío. Ya ha llegado presurosa a la muralla, como mujer enloquecida; y la nodriza lleva al niño consigo».

Dijo la dispensera, y Héctor se precipitó fuera de la casa, bajando otra vez por la misma ruta de bien construidas calles. Cuando atravesó la ciudad y llegó a las puertas Esceas, por donde se disponía a salir a la llanura, allí le salió al paso corriendo su esposa, rica en regalos, Andrómaca, la hija del magnánimo Eetión, del Eetión que había habitado bajo el boscoso Placo, en Teba bajo el Placo, y había sido soberano de los cilicios. De éste era hija la esposa de Héctor, de broncíneo casco. Le salió entonces al paso, y con ella se acercó la sirvienta, llevando en su regazo al delicado niño, todavía sin habla, el preciado Hectórida, semejante a un bello astro. Héctor solía llamarlo Escamandrio, pero los demás Astianacte; pues Héctor era el único que protegía Ilio. Este sonrió mirando al niño en silencio, y Andrómaca se detuvo cerca, derramando lágrimas; le asió la mano, lo llamó con todos sus nombres y le dijo:

«¡Desdichado! Tu furia te perderá. Ni siquiera te apiadas de tu tierno niño ni de mí, infortunada, que pronto viuda de ti quedaré. Pues pronto te matarán los aqueos, atacándote todos a la vez. Y para mí mejor sería, si te pierdo, sumergirme bajo tierra. Pues ya no habrá otro consuelo, cuando cumplas tu hado, sino sólo sufrimientos. No tengo padre ni augusta madre: a mi padre lo mató Aquiles, de la casta de Zeus, cuando saqueó la bien habitada ciudad de los cilicios, Teba, la de elevadas puertas. Dio muerte a Eetión, mas no lo despojó, pues se lo impidió un escrúpulo religioso. En lugar de eso, lo incineró con sus primorosas armas y erigió encima un túmulo; y alrededor plantaron olmos las montaraces ninfas, hijas de Zeus, portador de la égida. Y los siete hermanos míos que había en el palacio, todos ellos el mismo día, penetraron dentro de Hades; pues a todos mató el divino Aquiles, de pies protectores, junto a los bueyes, de tornátiles patas, y las candidas ovejas. A mi madre, que reinaba bajo el boscoso Placo, tras traerla aquí con las demás riquezas, la liberó de regreso, luego de recibir inmensos rescates, y en el palacio de su padre le disparó la sagitaria Artemis. ¡Oh, Héctor! Tú eres

para mí mi padre y mi augusta madre, y también mi hermano, y tú eres mi lozano esposo. Ea, compadécete ahora y quédate aquí, sobre la torre. No dejes a tu niño huérfano, ni viuda a tu mujer. Detén a la hueste junto al cabrahígo, donde más accesible es la ciudad y la muralla más expugnable ha resultado. Pues por allí vinieron e hicieron tres intentos los paladines en torno de los dos Ayantes, del muy glorioso Idomeneo, y en torno de los Átridas y del fornido hijo de Tideo. Sin duda, un buen conocedor de los vaticinios se lo indicó, o quizá su propio ánimo les incita a ello y se lo manda».

Le dijo, a su vez, el tremolante Héctor, de tremolante penacho:

«También a mí me preocupa todo eso, mujer; pero tremenda vergüenza me dan los troyanos y troyanas, de rozagantes mantos, si como un cobarde trato de escabullirme lejos del combate. También me lo impide el ánimo, pues he aprendido a ser valiente en todo momento y a luchar entre los primeros troyanos, tratando de ganar gran gloria para mi padre y para mí mismo. Bien sé yo esto en mi mente y en mi ánimo: habrá un día en que seguramente perezca la sacra Ilio, y Príamo y la hueste de Príamo, el de buena lanza de fresno. Mas no me importa tanto el dolor de los troyanos en el futuro ni el de la propia Hécuba ni el del soberano Príamo ni el de mis hermanos, que, muchos y valerosos, puede que caigan en el polvo bajo los enemigos, como el tuyo, cuando uno de los aqueos, de bronceínas túnicas, te lleve envuelta en lágrimas y te prive del día de la libertad; y quizás en Argos tejas la tela por encargo de una extraña y quizá vayas por agua a la fuente Meseide o a la Hiperea obligada a muchas penas, y puede que te acose feroz necesidad. Y alguna vez quizá diga alguien al verte derramar lágrimas: “Esta es la mujer de Héctor, el que descollaba en la lucha sobre los troyanos, domadores de caballos, cuando se batían por Ilio”. Así dirá alguien alguna vez, y tú sentirás un renovado dolor por la falta del marido que te proteja del día de la esclavitud. Mas ojalá que un montón de tierra me oculte, ya muerto, antes de oír tu grito y ver cómo te arrastran».

Tras hablar así, el preclaro Héctor se estiró hacia su hijo. Y el niño hacia el regazo de la nodriza, de bello ceñidor, retrocedió con un grito, asustado del aspecto de su padre. Lo intimidaron el bronce y el penacho de crines de caballo, al verlo oscilar temiblemente desde la cima del casco. Y se echó a reír su padre, y también su augusta madre. Entonces el esclarecido Héctor se quitó el casco de la cabeza y lo depositó, resplandeciente, sobre el suelo. Después, tras besar a su hijo y mecerlo en los brazos, dijo elevando una plegaria a Zeus y a los demás dioses:

«¡Zeus y demás dioses! Concededme que este niño mío llegue a ser como yo, sobresaliente entre los troyanos, igual de valeroso en fuerza y rey con poder soberano en Ilio. Que alguna vez uno diga de él: “Es mucho mejor que su padre”, al regresar del combate. Y que traiga ensangrentados despojos del



enemigo muerto y que a su madre se le alegre el corazón».

Tras hablar así, en los brazos de su esposa puso a su hijo, y ésta lo acogió en su fragante regazo, entre lágrimas riendo<sup>[1]</sup>.

—Tal es el mito. ¿Hay alguien capaz de imaginarse que, gracias a estos versos, Homero pretendía presentar para admiración de los siglos venideros perogrulladas tan triviales como el afecto instintivo de una madre o los terrores de un infante? Permítase al filósofo recurrir a la visión más profunda de las cosas que le es propia y, sin tacharlo de visionario, escudriñe tales versos en busca de un misterio más profundo.

»¿Acaso el alma elegida, por ejemplo, no lleva el nombre de Astianacte, rey de la ciudad, caudillo y señor de todo lo que le rodea, por el simple hecho de su parentesco espiritual que, por otra parte, desconoce? Niño aún, reposa en el fragante regazo de la madre Naturaleza, nodriza y sin embargo enemiga del hombre, a saber, Andrómaca, pues el poeta le impone el nombre más apropiado, que combate, cuando crece y se hace un hombre, con el mismo a quien amamantó en la infancia. Es hermosa pero imprudente, pues, como todas las madres, nos trata con indulgencia rayana en la debilidad. Temerosa de que vayamos en busca de las excelsas realidades que nos procura la especulación, no sea que la olvidemos por anhelar la gloria, desearía que pasásemos la juventud en el harén y que, para siempre, jugásemos encima de sus rodillas. Y el alma escogida, ¿no tiene también un padre a quien no conoce? ¿Se trata de Héctor, que queda excluido, libre e independiente de la Naturaleza, aun siendo su esposo, y es el Alma moldeadora que todo lo penetra, que da forma y organiza, a quien los hombres conocen como Zeus, el que dicta las normas, o Aester, el fuego, o incluso Osiris, el dispensador de la vida, a quien el poeta nos presenta como el defensor de la ciudad mística, de la armonía, del orden y la belleza del universo? Más allá, se encuentra su padre, Príamo, el primero que llegó a la existencia, padre de numerosos hijos, la Razón Absoluta, invisible, tremenda, inmóvil en su distante gloria, pero sometida por igual a esa unidad abismal que Homero da en llamar Destino, el origen de todo cuanto existe y, no obstante, Nada en Sí mismo, inefable, carente de predicado.

»Desde Él y por Él, el Alma universal penetra todo lo creado, al dictado de aquella Razón de la que procede, derramándose, a su pesar, en la abigarrada multitud de las apariencias materiales, combatiendo contra las fuerzas ciegas de la grosera materia, destruyendo todo lo que es impuro e inarmónico, estrechando en su seno todo lo que es bello, donde encuentra su reflejo, imprimiendo su sello y reproduciendo lo que se le asemeja, ya sea estrella, demonio o alma del elegido. Sin embargo, y como apunta el poeta con un lenguaje antropomórfico, asediada por cierta melancolía, realizando

su obra bajo la opresión de un sentimiento de fatalidad, agobiada por esa idea de Unidad Primera de la que el Alma emanó en un principio, de quien ella y su padre, la Razón, se apartaron, cuando decidieron pensar y obrar por su cuenta, afirmando su libre albedrío.

»Entretanto y por desgracia, mientras sus hijos duermen y se crían, Héctor, el padre, pelea, guerrea, y sus hijos no lo conocen, no saben que ellos, como individuos, no son sino parte de él, el universal. No obstante, de vez en cuando, y benditos sean hasta tres veces aquellos que, gracias a su parentesco celestial, han permitido que tales momentos formen parte de su destino, de vez en cuando, insisto, refulge en el alma del hombre la intuición del inefable secreto. En el estrellado esplendor de una noche de verano, en el rugido de la avenida del Nilo que porta la fertilidad en sus ondas, en el espantoso abismo que se abre bajo el altar del templo, en las bárbaras melodías de los antiguos cantores órficos, o ante las imágenes de esos dioses, de cuya hermosura sin tacha nos revelaron un fugaz atisbo los divinos teósofos griegos, y con la fuerza repentina del éxtasis artístico la insuflaron, como si tuvieran a mano la vara de un hechicero, en un eterno sueño de blanca piedra; en todos esos objetos se revela a los ojos del espíritu la visión de una fuerza, una energía, un alma, una idea única que, sin embargo, adopta múltiples manifestaciones, que discurre por todas las cosas creadas, como el viento a través de las cuerdas de la lira, arrancando de ellas una armonía celestial; una sangre vital que circula por los millones de venas que surcan el universo, que brota de un gran corazón recóndito, cuyos atronadores pálpitos oye a lo lejos el espíritu, que late eternamente en insondable soledad, más allá de cielos y galaxias, más allá del espacio y del tiempo, que no son sino las venas y los canales de un mar que se desborda.

»Dichosos, por tres veces sean dichosos, aquellos que, aun sin aliento, alguna vez lo han intentado, cegados por las lágrimas de una sobrecogedora felicidad, postrados en el peor de los desamparos, sintiéndose como hojas secas arrastradas por el viento que barre el universo; dichosos, insisto, quienes se han atrevido a mirar, no fuese más que un instante, el espanto de tan majestuoso espectáculo, y que, a diferencia del niño Astianacte, no se han colgado entre alaridos del cuello de la madre Naturaleza, asustados por el resplandor de las armas de Héctor y el fulgor de su cimera. Dichosos, por tres veces lo sean, aun cuando sus pupilas, abrasadas por el exceso de luz, se reduzcan a cenizas en sus cuencas. ¿Acaso no sería loable el propósito de haber contemplado a Zeus y, como Sémele, abrasarse en su gloria? Dichosos, y por tres veces, aunque su entendimiento, afectado de divina embriaguez, se torne confuso, y los cerdos de Circe los tachen de locos y fanáticos. Porque, en efecto, lo son: la divinidad habita en ellos, y ellos, en la divinidad. Con el paso del tiempo, la carga del individuo se atenúa y, reconociéndose como

parte del Alma universal, se eleva hasta más allá de la Razón, de que el alma procede, hasta la fuente de todo, el inefable y Supremo Uno y, al verlo, gracias a ese acto, se funde con su esencia. Ellos ya no hablan, pero el Uno habla en ellos, y todo su ser, mutado por esa cegadora luz solar, cuyos rayos, como el águila, se han atrevido a contemplar sin vacilar, se transforma en instrumento armonioso de las palabras de la Divinidad, y aun en su pasividad, profiere los secretos de los dioses inmortales. ¿Qué tiene de extraño que el vulgo los tome por soñadores? Que lo sean..., y que se mofen de ellos cuanto quieran. Pero que nadie me pida que le enseñe tales cosas inefables, superiores a todas las ciencias, que ni el fragor de la dialéctica ni el denuedo discursivo de la razón han podido alcanzar, porque sólo es posible llegar a entreverlas para reconocer, a continuación, su inefabilidad. ¡Fuera de aquí, tú que pones la Academia en cuestión! ¡Fuera de aquí, tú, cínico, que de todo haces burla! ¡Fuera de aquí, estoico, adorador de los sentidos, que imaginas que el alma adquiere el conocimiento gracias a las apariencias materiales que ella misma crea! ¡Fuera, fuera de aquí! Pero, no: quedaos y mofaos, si os apetece. Todo se reduce a pasar unos cuantos días más en esta cárcel de nuestras miserias, antes de que cada cosa retorne al lugar de donde salió: la gota de sangre, al corazón insondable; el agua, al río, y el río, al resplandeciente mar, la gota de rocío, que del cielo cayó, al cielo volverá, sacudiéndose las motas de polvo que, por su peso, la obligaron a caer: derretida la escarcha que la encadenaba a la hierba del prado, se elevará más y más, a través de estrellas y soles, dioses y padres de los dioses, tornándose cada vez más purificada a lo largo de sucesivas vidas, hasta fundirse con la Nada, que es el Todo, cuando, por fin, alcance su morada.

Al llegar aquí, Hipatia se quedó callada de repente; en sus ojos, brillaban las lágrimas; en éxtasis, su cuerpo temblaba y se agitaba. Se quedó quieta un momento, mirando fijamente a los presentes, como si quisiera transmitirles semejante dicha. Repuesta, añadió en un tono más sereno, aunque no exento de cierta tristeza:

— Podéis iros. Hipatia no tiene más que decir hoy. Idos, pues, y ahorradle cuando menos, pues mujer es al fin y al cabo, la vergüenza de tener que reconocer que os ha entregado más de lo que debía, alzando el velo de Isis ante los ojos de quienes aún no están bastante purificados para contemplar la majestad de la diosa. ¡Adiós!

Había concluido. En el momento en que se rompió el hechizo de su voz, Filamón saltó de su asiento y echó a correr por el pasillo hasta salir a la calle...

¡Qué maravilla! ¡Qué serenidad y clemencia había mostrado con él! ¡Qué emoción transmitía ante todo lo que era noble! ¿Acaso no había hablado también de un mundo invisible, de una esperanza de inmortalidad, de la

victoria del espíritu sobre la carne, como lo hubiera hecho un cristiano? ¿Era en verdad infinito el abismo que separaba ambos mundos? Si tal, ¿por qué los anhelos de Hipatia habían avivado en su corazón ecos semejantes a los que sentía al escuchar las oraciones y lecciones en el cenobio? Si el fruto era tan parecido, ¿no lo sería también la raíz? ¿Sería una impostura? ¿Un ministro de Satanás, disfrazado como ángel de la luz? Porque luz había, a fin de cuentas. En sus ojos, en sus labios, en sus gestos, resplandecían la pureza, la humildad, el coraje, el entusiasmo, la ternura... Una pagana, una no creyente... ¿Qué significaba todo aquello?

Para consumir la total confusión de su mente, aún le faltaba el sobresalto final. No se había alejado ni diez metros siquiera, cuando su amigo, el del capazo de fruta, a quien no había vuelto a ver desde que desapareciera bajo los pies de la multitud a las puertas del teatro, le asió del brazo y, casi sin aliento, acertó a decirle:

— ¡Los dioses... dispensan... sus favores... a quienes menos los merecen! ¡Temerario e insolente patán! ¡Ahí tienes la recompensa a tu locura!

— ¡Apártate! — exclamó Filamón que, en aquel momento, no se encontraba con ánimos para reanudar su relación con el canijo mozo de cuerda; pero el encargado de guardar los quitasoles tenía bien amarrada la piel de cordero.

— ¡Necio! ¡Es Hipatia quien te llama! ¡Has de ir a su casa! ¡Quiere hablar contigo! Mientras que yo..., yo, el iluminado..., el mismo que la venera, la obedece y la adora desde hace tres años, el cancerbero que vela por ella con la esperanza de rozar con el dedo meñique la orla de su túnica..., yo, yo...

— ¿Qué quieres, insensato?

— ¡Quiere verte, miserable despojo! Es Teón quien me envía — añadió sin resuello, y muerto de envidia—. ¡Ve, pues, tú que eres el elegido de tan injustos dioses!

— ¿Quién es Teón?

— Su padre, mostrenco. Me envía con el encargo de decirte que, mañana a las tres, quiere verte en su casa, ahí, al otro lado de la calle. ¡Hazme caso y obedece! ¡Pero si ya están saliendo del Museo y tomarán los parasoles equivocados! ¡Pobre de mí!

El pobre mozo volvió sobre sus pasos apresuradamente, mientras Filamón, a punto de volverse loto entre el temor y el deseo, echó a correr y no se detuvo hasta llegar al Serapeo, sin fijarse en carruajes, elefantes o transeúntes; tras derribar a un insolente portero y dejarse un trozo de la piel de cordero entre los dientes de un camello enfurecido; sin tiempo para vengar tales afrentas, no se detuvo hasta llegar a casa del arzobispo, fue en busca de Pedro, el lector, y agitado le dijo que deseaba ver a Cirilo.

## CAPÍTULO IX.

### El arco se tensa

CON SERENA SONRISA, Cirilo escuchó el relato de Filamón, incluido el mensaje de Hipatia. Antes de despedirse del joven, le encomendó que se dedicara a lo suyo en la ciudad como todas las tardes, que no hablase con nadie de lo sucedido y que volviera por la noche para recibir las instrucciones pertinentes, una vez hubiera reflexionado sobre el asunto. Filamón se fue con sus compañeros por calles y callejas miserables y asquerosas donde habitaba la pobreza, fruto de la ociosidad obligada y madre de todos los vicios. Aun terrible y real como era lo que le rodeaba, él lo observaba todo con otros ojos, como en sueños. Un semblante, sin embargo, no se difuminaba; una voz argentina le zumbaba en los oídos: «Es sólo un monje. No tiene mejores entendederas». ¡Cierto! ¿Cómo habría de saber más? ¿Cómo podría juzgar cuánto le faltaba por saber de aquel inmenso y nuevo universo, visto el vacío por el que hasta entonces había discurrido su vida? Había aprendido a ver las cosas de una manera. ¿Y si hubiera otra? ¿No cabría la posibilidad, es decir, no sería más sensato, ecuánime y prudente sopesar ambas antes de emitir un juicio?

Quizá Cirilo no había estado demasiado acertado al enviar al joven a sus obras de caridad sin antes explicarle cómo debía actuar en cuanto a la invitación de Hipatia. No había tenido el tino de percatarse de las nuevas ideas que atormentaban al joven monje y, de haber estado al tanto, a lo peor le habrían resultado ininteligibles. Cirilo, educado en el dogmatismo más rígido, en los vastos asentamientos monásticos nacidos al calor de los cercanos yacimientos de salitre de Nitria, donde millares de monjes habían elegido vivir pobremente, prescindiendo casi de todo alimento, afanándose en tahonas, tenerías, tejas, telares y carpinterías, cuyas rentas no pasaban por sus manos, que nada necesitaban, sino que iban a parar a iglesias, dispensarios y asilos, el patriarca se había criado, pues, en esa atmósfera donde sólo el trabajo y la piedad tenían cabida, y que, por su proximidad a la gran ciudad, bastaba para que los monjes se habituasen al trajín de un mundo

que despreciaban; envuelto desde niño en las intrigas de su pretencioso y ambicioso tío Teófilo, Cirilo le había sucedido en la sede del patriarcado de Alejandría sin albergar ninguna duda, lo que le permitía, sin impedimento alguno, dedicar todas sus energías y su capacidad organizativa al servicio de la Iglesia, sin escrúpulos, incluso sin compasión, caso de necesidad. Así las cosas, ¿cómo habría de confraternizar con un joven de veinte años, arrancado inesperadamente de la caverna de sombras que era el cenobio, abandonado en medio del tumulto, de los engañosos señuelos de un mundo deslumbrante? El patriarca también se había criado en un cenobio, pero el ambiente fanatizado y agobiante de Nitria, donde cada fibra del alma y del cuerpo estaba sometida a una extrema tensión vital, carente de reposo, sencillez o afecto, nada tenía que ver con el modo de vida de las distantes y miserables, aunque no menos industriosas, comunidades de eremitas que se diseminaban por los desiertos y montañosos páramos del interior del desierto de Nubia. Filamón había sido acogido en una de esas comunidades, y puesto en manos de un hombre venerable, que le dispensaba las atenciones de una madre y los desvelos de un padre y soñaba con escuchar una voz apacible o notar la cariñosa cercanía de uno de los suyos, porque se sentía solo, desamparado... En sus oídos, aún resonaba la voz de Hipatia, un torrente de musicalidad que parecía no tener fin. El sublime entusiasmo, tan candoroso y humilde en su grandeza, la voz lastimera con que a todos dirigía, y que en persona tan gentil nada tenía que ver con la altivez, aquel delicioso espectro que se consideraba un ser elegido, diferente del resto... «Mas ¿acaso soy yo como los demás? —se preguntaba, mientras trastabillaba bajo el peso de un enfermo de fiebres que llevaba a cuestas—. ¿No habrá para mí una ocupación mejor que ésta, que bien podría realizar cualquier estibador de los muelles? ¿No estaré malgastando el tiempo? ¿No tengo entendimiento, gusto y razón capaces de aprovechar sus enseñanzas? ¿Por qué no educar esas facultades? ¿Por qué he de verme apartado del saber? Al igual que entre los paganos, también hay una gnosis cristiana. Si a Clemente se le permitió —a punto estuvo de pronunciar el nombre de Orígenes, pero se detuvo a tiempo para no incurrir en herejía—, ¿por qué no a mí? El ansia de saber, ¿no es señal de que también soy capaz de adquirir el conocimiento? Está claro que lo mío es el estudio, no la calle».

En ese instante y sin poder disimularlo, sus compañeros comenzaron a parecerle menos venerables. Por más que tratase de olvidar los reproches y censuras del anciano abad, los hechos le daban la razón. Aquellos hombres eran groseros, crueles, pendencieros..., ¡tan diferentes de ella! Sus conversaciones no iban más allá del parloteo, cháticas obscenas incluso, salpicadas de severas apreciaciones: que si la ambición de un tal o la mirada Orgullosa de cualquier mujer, que si fulano había participado en la eucaristía

el domingo pasado, o quiénes se habían ido al finalizar el sermón, criticando a los que se habían marchado por no haberse quedado y aventurando de dónde habrían sacado fuerzas para no abandonar los pocos que se habían quedado... Recelos sin fin, bromas, quejas..., que nada tenían que ver con la gloria perdurable y la visión beatífica. La única vara de medir que usaban para todos los hombres, desde el patriarca hasta el prefecto, para todas las cosas, aun cuando favoreciera la causa de la Iglesia, no era otra que su conveniencia, su peso a la hora de actuar, su propia justificación. El pobre joven, exacerbada su facultad para la censura al escuchar las críticas que oía a su alrededor, creía ver bajo las fingidas frases hechas con que se referían a sus obras de misericordia y a la futura recompensa de sus presentes humillaciones, un profundo y mal disimulado orgullo, una fe en su propia infalibilidad, la intolerancia intransigente de cualquier ser humano, por venerable que fuese, que disintiera, no fuera más que levemente, de lo que ellos pensaban. Se mofaban de la tendencia de Agustín a latinizar, igual que execraban de Crisóstomo como el más ruin e impío de los cismáticos; hasta donde a él se le alcanzaba, no les faltaba razón. Pero cuando hablaban de guerras y desolaciones pasadas y futuras, nada en sus palabras dejaba entrever un atisbo de compasión por los muertos o por quienes lo habían perdido todo, como si la justicia divina se hubiese abatido sobre ellos por herejes y paganos; cuando discutían sobre la espantosa rivalidad por el poder que, según pudo colegir de sus palabras, se libraba entre el emperador y el conde de África, daba la impresión de que en ello les iba lo único que de verdad les interesase, a saber, si Cirilo, y ellos, su guardia pretoriana, disfrutarían de mayor o menor poder en Alejandría; cuando bastaba, en fin, sacar a colación los nombres de Orestes e Hipatia, su consejera, para que prorrumpieran en imprecaciones y rogasen al cielo que enviase sobre ellos la ira divina, consolándose con la perspectiva del espantoso y perdurable horror que a ambos les aguardaba, Filamón, sobrecogido y sin pararse a pensarlo, se preguntaba si tales eran los ministros del evangelio, los vástagos que había engendrado el espíritu de Cristo... Y un escalofrío le estremecía el alma: si hay un evangelio y un espíritu de Cristo, ¿acaso no serían otros los frutos?

Era un cosquilleo tenue, leve y lejano, semejante al rumor sordo de un terremoto que sacude las entrañas de la tierra, un seísmo que había abierto una grieta en el suelo de su fe, de su esperanza, recordándole que era poco más que un cabello..., del grosor de un cabello tan sólo, suficiente, sin embargo, para que su mundo, interior y exterior, mudase de aspecto por completo y saltase por los aires. ¿Qué pasaría si volviese a tierra hecho añicos? Sólo de pensarlo, la cabeza le daba vueltas. Dudaba de su propia identidad. Una luz celestial le había alterado hasta el color de la piel. Después de todo, la tierra firme que pisaba no era una realidad sólida, sino una frágil

concha que cubría... ¿qué?

La pesadilla se desvaneció y respiró tranquilo de nuevo. ¡Qué sueño más raro! No había sido más que un mareo debido al sol y al esfuerzo. Ya se le había pasado.

Cansado de trabajar y, más aún, de pensar, al anochecer volvió al Serapeo, deseando y temiendo que el patriarca le concediese permiso para hablar con Hipatia. Había ratos en que se le antojaba que Cirilo quizá pensase que era de muy poca enjundia para ella, pero, al cabo, el orgullo y la osadía, por no decir la fe y la esperanza, alimentaban su deseo de ir a verla. ¡Ojalá pudiese mirar a la cara a tan terrible hechicera y censurarla en persona! Era tan encantadora, tan noble... ¿Cómo no dirigirse a ella en tono de amable advertencia, compasivo, suplicante? ¿No podría convertirla, llevarla a la salvación? ¡Maravillosa idea! ¡Ganar su alma para la verdadera fe! ¡Exhibir a la campeona por excelencia del paganismo como el primer trofeo de su misión! Sólo por semejante proeza merecía la pena vivir; poco le importaba morir después.

Cuando Filamón entró en el recinto del patriarcado, se encontró con una agitación febril y fuera de lo común. Corrillos de monjes, curas, parabolanos y ciudadanos, ricos y pobres, atestaban el patio, hablando a voces y acaloradamente. Un nutrido grupo de monjes, recién llegados de Nitria, con los cabellos y las barbas en desorden, con la singular expresión de ira de los fanáticos pintada en el rostro, feroz e incluso abyecta, simplona y taimada, las facciones descarnadas de tanto ayuno y penalidades con que se torturaban, envueltos en sus largas sotanas de pies a cabeza, gesticulaban con ardor y animaban con expresiones destempladas a los más calmados de sus compañeros a vengar alguna ofensa inferida a la Iglesia.

—¿Qué pasa? —le preguntó Filamón a un ciudadano de aspecto sereno y grave que, con gesto de preocupación, no apartaba la vista de las ventanas del aposento del patriarca.

—No sabría decirte. Nada tengo que ver con esto. ¿Por qué no se asoma su santidad y les dirige unas palabras? ¡Santa Virgen, Madre de Dios, haz que todo acabe bien!

—¡Cobarde! —le gritó un monje al oído—. Estos mercaderes sólo se preocupan de sus puestos. Preferirían que los paganos saqueasen nuestras iglesias antes que dejar de vender un solo día.

—¡No los necesitamos! —clamó otro—. Si pudimos con Dioscuro y su hermano, también humillaremos a Orestes. Sea cual sea su respuesta, el diablo se cobrará su presa.

—Hace dos horas que debieran haber vuelto. Seguro que los han matado.

—¡No se atrevería ponerle la mano encima al arcediano!

—Es capaz de todo. Cirilo nunca tendría que haberlos enviado como



ovejas entre lobos. ¿Qué necesidad había de decir al prefecto que los judíos se habían marchado? No hubiera tardado mucho en enterarse, en cuanto necesitase más dinero.

—¿Qué sucede? —le preguntó Filamón a Pedro, el lector, que acababa de presentarse en el patio, dando grandes zancadas, como el alma de Agamenón por el prado de los Asfódelos, con aspecto de estar hiera de sí.

—¡Hombre, tú por aquí! Más vale que te vayas, necio. El patriarca no tiene tiempo de hablar contigo. ¿Por qué habría de hacerlo? En mi opinión, algunas personas tienen una muy elevada opinión de sí mismas. Márchate. Si no has perdido el juicio del todo, vete y vuelve mañana. Ya veremos si quien se ensalza no será humillado antes de que todo concluya.

Ya se disponía a dar media vuelta, cuando Filamón, exponiéndose a sus iras, le detuvo.

—Su santidad me ordenó que viniese a verle antes de...

Furibundo, Pedro se revolvió.

—¡Mentecato! ¿Osarías presentarte ante él con tus fantasiosos sueños en tales momentos?

—Me ordenó que viniese a verlo —replicó Filamón, con la disciplina militar propia de un monje—, y eso es lo que haré, por encima de todo. El corazón me dice que deseas privarme de sus consejos y de su bendición.

Pedro le dirigió una mirada cargada de odio y, de buenas a primeras, sin que el joven lo esperase, le propinó un bofetón y gritó pidiendo ayuda.

Si la bofetada se la hubiese atizado Pambo en el cenobio, una semana antes, Filamón no habría dicho nada. Pero proviniendo de aquel hombre, y cuando menos se lo esperaba, estallido final de la cólera y el disgusto que lo invadía, no estaba dispuesto a tolerarlo. Al instante, Pedro yacía en el suelo, con las piernas extendidas, bramando como un toro y pidiendo ayuda a los monjes de Nitria.

Una docena de manos escuálidas y atezadas sujetaron por el cuello a Filamón, mientras Pedro se ponía en pie.

—¡Atrapadlo! ¡Sujetadlo! —gritaba el lector—. ¡Es un traidor, un hereje! ¡Está confabulado con los paganos! ¡Al suelo con él! ¡Echadlo de aquí, y llevadlo ante el arzobispo! —continuaba, mientras Filamón se libraba de ellos y Pedro volvía a la carga—. ¡Apelo a todos los buenos católicos! ¡Ha pegado a un clérigo en el patio de la casa del Señor, en medio de ti, Jerusalén! ¡Y estuvo en el aula de Hipatia esta mañana!

Se oyó un griterío de compungido horror. Filamón se guardó la espalda contra la pared.

—¡Su santidad el patriarca me envió allí!

—¡Lo confiesa, lo confiesa! Burló la ingenua piedad del patriarca para que lo dejase ir, bajo el pretexto de convertirla. Y ahora pretende turbar la sagrada

presencia de Cirilo, movido sólo por el deseo camal de volver a ver a la hechicera mañana, en su casa.

— ¡Escándalo! ¡Abominación! — gritaron, arremetiendo contra el pobre joven.

La sangre se le subió a la cabeza. Los más respetables de los presentes, bien porque nadie pusiera en duda su ortodoxia, bien por su propia integridad, como suele ocurrir en tales circunstancias, se apartaron prudentemente, dejando a Filamón a merced de los monjes. El muchacho se defendió como pudo. Buscó un arma con la mirada, pero no encontró ninguna a mano. Como una jauría al oso, así lo acosaban los monjes que lo rodeaban y, aunque de uno en uno bien podría haberse librado de ellos, aquellos brazos nervudos y la determinación que observó en sus rostros le bastaron para comprender que plantarles cara sería poco más que un gesto desesperado.

— ¡Dejadme marchar! ¡Dios sabe que no soy hereje! ¡A Él me encomiendo! El santo patriarca os pedirá cuentas de vuestra iniquidad. No os haré nada. Podéis llamarme hereje o pagano, si así lo deseáis, pero dejadme salir de aquí hasta que vuelva por orden del propio Cirilo para vuestra vergüenza — exclamó antes de dar media vuelta y abrirse camino entre las burlas de la multitud, mientras la sangre se le agolpaba en las mejillas encendidas.

Hasta dos veces lo agredieron cuando cruzaba la galería abovedada, mientras los más moderados de sus perseguidores trataban de poner freno a los demás. Joven y exaltado como era, a punto de traspasar el umbral, no pudo por menos que encararse con ellos y decir la última palabra:

— Vosotros, que os llamáis discípulos del Señor, sois como esos servidores del demonio que no se apartan de las tumbas ni de día ni de noche, aullando y abriéndose tajos con piedras...

En ese instante, todos se abalanzaron sobre él, que, por suerte, se había dado de bruces con un cortejo de eclesiásticos que llegaba de la calle con el rostro demudado.

— ¡Se ha negado! — gritaba el que iba en cabeza —. ¡Ha declarado la guerra a la Iglesia de Dios!

— ¡Parroquianos — dijo el arcediano —, nos hemos librado de ésta como el pájaro que escapa de la red del cazador! El tirano nos hizo esperar dos horas a las puertas del palacio; después, envió a lictores pertrechados de mazas y hachas contra nosotros, diciendo que era el único mensaje que entendían saqueadores y alborotadores. ¡Vamos a ver al patriarca!

La multitud se adentró de nuevo en el recinto, dejando a Filamón solo en la calle..., y en el mundo. ¿Adónde ir?

Fuera de sí, recorrió casi cien pasos o más antes de hacerse de nuevo la misma pregunta y, cuando así lo hizo, no se encontró con ánimos para

responderla. Caminó a la ventura, como si, desde un puerto, lo hubieran arrojado a un mar abierto y sin orillas, en mitad de la noche. El cielo y la tierra no le decían nada: estaba solo, ciego de ira.

Hasta que, poco a poco, como un faro en mitad de una tormenta, comenzó a percibir los destellos de una idea fija... Ir a ver a Hipatia y convertirla al cristianismo. Contaba con la autorización del patriarca. Nada había de malo. Esa sería su justificación, y hasta puede que regresase y fuera conducido en un triunfo más espectacular que el de los Césares, llevando cautiva y cargada con las cadenas del evangelio a la reina del paganismo. Era lo único que podía alegrarle la vida en aquel momento.

La ira que lo invadía fue aplacándose mientras andaba calle arriba, calle abajo, a la mortecina luz del anochecer, hasta que cayó en la cuenta de que se había perdido. ¿Qué más daba? Al día siguiente, se las compondría para dar con el aula. Llegó por fin a una vía ancha que creyó reconocer. ¿Era la puerta del Sol la que se alzaba a lo lejos? Hacia aquel punto encaminó tranquilamente sus pasos hasta que se encontró en la misma y enorme explanada donde, tres días antes, se había topado con el mozo canijo. Estaba, pues, cerca del Museo y de la mansión de Hipatia. Sin él saberlo, el destino le había guiado hasta el escenario de sus proezas. Era un buen presagio, y Filamón se acercó al lugar sin dudarlo: lo mismo podía descabezar un sueño a las puertas de la casa de la filósofa que en cualquier otro sitio. A pesar de lo intempestivo de la hora, a lo mejor llegaba a verla al entrar o salir de casa. Tenía que acostumbrarse a tenerla delante, no fuera que, al día siguiente, se turbase al sostener la mirada de la hechicera. Sin olvidar que, en honor a la verdad, su independencia y su libre albedrío sojuzgados o, más bien, adormilados por la disciplina del cenobio, comenzaban a volar por su cuenta, lo que le producía un placer desconocido que no había vuelto a sentir desde que, de niño, estuviese bien o mal, hacía lo que le venía en gana a cada momento. Toda criatura dotada de libre albedrío pasa por momentos semejantes. ¡Dichosos aquellos que no han carecido, como el pobre Filamón, de la educación adecuada para hacerles frente! Aún le quedaba por aprender, sin embargo —o más bien de antemano sus tutores tendrían que estar persuadidos—, que la senda más fiable para llevar al hombre a la obediencia y refrenar sus pasiones reside en la libertad, no en la esclavitud.

No estaba seguro de cuál era la mansión de Hipatia, pero la puerta del Museo no se le despintaba de la memoria. Así que se sentó junto a la valla que rodeaba el jardín, agradeciendo el frescor nocturno, aquel bendito silencio, la rica fragancia de mil flores exóticas que flotaba en el aire. Allí sentado, miró y miró, con la esperanza de entrever a la única persona que, de verdad, le interesaba. ¿Cuál sería su casa? ¿Cuál la ventana de su aposento? ¿Daría siquiera a la calle? ¿Por qué se ofuscaba en encontrar el aposento de la

mujer? Pero no dejaba de mirar a una ventana que permanecía abierta, donde se veía el destello de una lámpara encendida y, sin perder la esperanza, dejaba volar su imaginación. Incluso se acercó un poco más para ver mejor la estancia iluminada. Aunque estaba alto, acertó a distinguir estantes de libros y pinturas en las paredes. Escuchó una voz. En la quietud de la noche, tan profunda que ni se percibía el susurro de los árboles por encima de su cabeza, escuchó la voz de una mujer que leía poesía en alto. La curiosidad le obligó a quedarse donde estaba.

De repente, calló la voz y la silueta de una mujer se acercó a la ventana. Se quedó quieta contemplando el cielo estrellado, disfrutando de aquel instante maravilloso, del silencio, del aire perfumado... ¿Sería ella? Filamón sintió que se le aceleraba el pulso. ¿Sería ella? ¿Qué estaba haciendo? No acertaba a distinguir sus facciones, pero el resplandor de la luna en oriente le permitía ver una frente que miraba al cielo, rodeada de los destellos dorados y resplandecientes de unas trenzas que ocultaban su silueta toda, salvo las manos blancas, cruzadas sobre el pecho... ¿Estaría rezando? ¿Recitando quizá sus conjuros nocturnos?

El corazón le iba tan deprisa que llegó a pensar que ella pudiese escuchar sus latidos. La mujer seguía inmóvil, sin apartar los ojos del cielo, como una estatua criselefantina de marfil y oro. A sus espaldas, en el interior del aposento iluminado, pinturas, libros, todo un mundo de saber y belleza que le era ajeno... Y ella, la sacerdotisa de aquel templo, le invitaba a imitarla, a abrazar la sabiduría. ¡Se trataba de una tentación, sin duda! ¡Tenía que marcharse de allí! ¿Se estaría volviendo loco? Ni siquiera estaba seguro de que fuese Hipatia.

Hizo un movimiento brusco. La mujer volvió la mirada a la calle, lo vio y, cerrando las contraventanas, se sumió en la oscuridad. Ahora que la tentación se había esfumado, en vano se sentó de nuevo con la esperanza de volver a verla, casi maldiciéndose por haber roto el hechizo. La habitación seguía a oscuras y en silencio. Filamón, cansado tras un día tan ajetreado, no tardó en verse a sí mismo en sueños: caminaba hacia el cenobio y aspiraba el cálido y perfumado aire de una noche casi tropical.

## CAPÍTULO X.

### El encuentro

A LA MAÑANA SIGUIENTE, al amanecer, los criados que se disponían a barrer el aula de Hipatia lo arrancaron de sus ensoñaciones y, cabizbajo, comenzó a dar vueltas por la calle, deseando y temiendo a un tiempo que transcurriesen las tres largas horas que había de esperar hasta ser recibido en casa de Hipatia. No había tomado nada desde el almuerzo del día anterior, apenas si había dormido tres horas aquella noche, y llevaba dos días trabajando, corriendo de acá para allá y peleando, sin un momento de respiro ni de cuerpo ni de espíritu. Muerto de hambre y de cansancio, dolorido de pies a cabeza por culpa de las duras losas de granito sobre las que había pasado la noche, se sentía incapaz de poner en orden sus ideas o de apaciguar los nervios de cara al encuentro que iba a celebrar. No se le alcanzaba el modo de dar con algo que llevarse a la boca, pero como tenía dos manos, pensó que podía ganarse una moneda llevando algún bulto, y regresó a la explanada en busca de algún encargo. El lugar estaba desierto. Se sentó en el espigón del muelle, y se entretuvo mirando las sardinas que jugueteaban en las gradas de mármol que bajaban hasta el mar; boquiabierto, contempló los cangrejos y las langostas que, bajo las aguas, se arrastraban a los pies del embarcadero, en busca de despojos, intentando a veces raras incursiones contra los pequeños peces plateados que, con agilidad pasmosa, se movían a su alrededor. Hasta que su mente, demasiado embotada para pensar en otra cosa, reparó en la encarnizada lucha que libraban dos enormes cangrejos, que sujetaban, en una pinza, un trozo de alga, mientras con la otra boca tiraban de la cabeza y de la cola de un pez muerto. ¿Cuál de los dos se haría con la presa? Durante cinco minutos, en el mundo no hubo nadie más que Filamón y los dos esforzados héroes... ¿Se trataría de algo simbólico? ¿No sería el cangrejo que parecía llevar la voz cantante la viva imagen de Cirilo, el otro la de Hipatia, y el pez muerto una representación de sí mismo? Hasta que, de improviso, el combate llegó a su fin, con el pez partido en dos, y los símbolos de Hipatia y Cirilo, tras librarse de las algas mediante una brusca sacudida, se fueron al fondo,

llevándose su medio pez cada uno, hundiéndose de cabeza en las profundidades, de forma tan poco decorosa que Filamón se echó a reír a carchadas.

—¿Dónde está la gracia? —le preguntó desde atrás una voz que le resultaba familiar, al tiempo que apoyaba una mano en su espalda; se volvió y vio al diminuto porteador, con un capazo lleno de higos, uvas y sandías en la cabeza, que el joven contempló con avidez—. Y bien, amigo mío, ¿cómo es que no estás en la iglesia? Observa a tus espaldas la cohorte de santos que se dirigen al Cesáreo.

Malhumorado, Filamón soltó una retahíla de gruñidos inarticulados.

—Vaya, vaya. ¿No me digas que te has peleado con el sucesor de los apóstoles? ¿Se ha cumplido, pues, mi profecía, y el especiado plato de tumultos y saqueos en nombre de la devoción no ha sido del agrado de tu joven paladar?

¡Pobre Filamón! Estaba irritado porque sabía que el mozo tenía razón, aturdido de que las faltas de los suyos fueran de todos conocidas y, más aún, ante la idea de tener por confidente a semejante ganapán. Pero solo como estaba, y deseando desahogarse con alguien, le refirió, con todo lujo de detalles, lo que había sucedido aquella noche, para acabar suplicándole que le indicase la forma de hacer algo para ganarse el desayuno.

—¡Ganarte el desayuno! ¿Acaso el elegido de los dioses, el invitado de Hipatia, ha de hacer algo mientras a mí me quede un óbolo para compartirlo con él? ¡Qué bajeza! Joven, obré mal contigo. Con espíritu poco filosófico, ayer por la mañana, me dejé llevar por la envidia, que encrespó el océano de mi pensamiento. Ahora, somos amigos y hermanos en la lucha contra las hordas de los monjes.

—¡No reniego de los monjes! —repuso Filamón—. Pero esos salvajes de Nitria...

—Son los auténticos modelos de la vida monacal y los aborreces; y, como el todo abarca a las partes, detestas a los monjes en general; que no en vano he asistido a clases de lógica. ¡Ponte en pie! Nuestros miembros cubiertos de polvo ansían el contacto con el mar: sin pedir nada a cambio, nereidas y tritones nos invitan a disfrutar del baño que nos ofrece la naturaleza. En casa, nos aguarda una enorme lubina humeante, cuernos rebosantes de cerveza y unas cebollas de acompañamiento. ¡Vamos, pues, hermano, yo invito!

Como no se le alcanzaba otro modo mejor de llevarse algo a la boca, Filamón pasó por alto los escrúpulos de aceptar la invitación de un pagano y, tras un refrescante baño en el mar, acompañó al hospitalario mozo hasta la puerta de la mansión de Hipatia, donde, como todos los días, depositó la fruta: después, le siguió por una calleja estrecha hasta llegar a la planta baja de un enorme caserón, con una escalera común atestada de niños, gatos y

pollos. Su anfitrión lo condujo a una pequeña estancia, donde el agradable aroma de un pescado asado le levantó el ánimo.

— ¡Judith, Judith! ¿Dónde andas, mármol del Pentélico, espuma del vino tinto, lirio del lago Mareotis? ¡A ver tú, maldita y negra Andrómeda, si no traes ahora mismo el desayuno, te abro en canal!

Se abrió la puerta que daba al interior y, trémula y cargada de platos, apareció una mujer negra alta y esbelta, ataviada como acostumbran las de su raza, con un blusón blanco y suelto de algodón, una falda roja de la misma tela que le cubría hasta los pies y un turbante amarillo, de algodón también, que realzaba tanto su negro rostro como para reparar en él a más de un kilómetro de distancia. Dejó los platos en la mesa y, con mucha ceremonia, el mozo condujo a Filamón hasta un taburete, mientras, retirada y sumisa, la mujer permanecía en pie para atender los deseos de su amo y señor, que ni siquiera se avino a presentar a su invitado a aquella belleza negra que conformaba todo su harén... De poco valieron tantas cortesías porque, apenas el pobre Filamón se hubo llevado a la boca el primer trozo de pescado, la mujer negra se abalanzó sobre él, le rodeó la cabeza con sus brazos y, arrobada, lo cubrió de besos.

El mozo canijo se pliso en pie y empezó a dar voces, blandiendo un cuchillo en una mano y un puerro en la otra, mientras el joven, no menos escandalizado, se levantó al instante de su asiento y se desasíó de la mujer negra, quien, viendo la imposibilidad de seguir dedicando sus atenciones a la cabeza del invitado, optó por cambiar de táctica, arrastrándose por el suelo y besándole los pies sin parar.

— ¿Qué significa esto, en mis propias narices? ¡Levántate, desvergonzada, o disponte a ver la muerte cara a cara! — gritó el mozo, zarandeándola hasta obligarle a ponerse de rodillas.

— ¡Es el monje! El joven que, como te conté, me libró de los judíos la otra noche. ¿Qué ángel de bondad lo habrá enviado aquí para que pueda darle las gracias? — gemía la desdichada, mientras las lágrimas le resbalaban por su negro y resplandeciente rostro.

— Yo soy ese ángel — replicó el mozo, muy ufano de sí mismo—. Levántate, hija del Erebo; te perdono, pues mujer eres al fin y al cabo. ¿Acaso no dice el poeta que «la mujer es esclava de la pasión, y es justo que el hombre, su noble señor, ostente el mando sobre ella y sus pasiones»? ¡Joven, a mis brazos! Con razón afirman los filósofos que el universo es mágico en sí mismo y teje misteriosos lazos, que unen lo semejante a lo que se le asemeja. El olfato que me llevó a predecir el futuro prometedor que te aguardaba me unió a ti con urdimbre, maroma o cadena invisibles desde que me crucé contigo por vez primera. Aun sin saberlo, tu espíritu era afín al mío, hermano. Por eso no te alabo, no, ni te doy las gracias, aunque hayas

preservado la única palma que cobija mi fatigoso caminar, la única flor de loto (negra, que no blanca) que florece sólo para mí en medio de este océano de fango, inmundo tártaro. Obedeciendo a un impulso divino, te limitaste a seguir tu instinto: no pudiste sino obrar como lo hiciste, igual que ahora no podrás por menos que tomar el pescado sin que por ello hayas de recibir elogio alguno.

—Gracias —contestó Filamón.

—Entiéndeme. Al menos durante los últimos seis meses, las diferentes escuelas de pensamiento sostienen que, en casos como éste, en ti y en mí existen partículas semejantes, que proceden de un principio común. Las mismas causas producen similares efectos; en circunstancias parecidas, pues, ambos compartimos las mismas afinidades o antipatías, y actuamos según idénticos impulsos en circunstancias semejantes. De ahí que lo que hiciste la otra noche es lo mismo que habría hecho yo en tu lugar.

Filamón, no del todo de acuerdo con la conclusión de la perorata del mozo, no había dejado de comer ni siquiera cuando éste se puso en pie: tenía la boca demasiado llena de pescado como para argüir.

—Por eso —continuó el hombrecillo—, en adelante hemos de pensar que somos una sola alma que ha encontrado cobijo en dos cuerpos distintos. Reconozco que en lo que al físico se refiere, tú te has llevado la mejor parte..., pero es el alma la que conforma a la persona. Puedes creerme: jamás renegaré de la hermandad que nos une. Si en el futuro, alguien te injuriase, házmelo saber, y si llega a mis oídos, cuenta con este brazo derecho... —añadió, simulando darle un coscorrón; como Filamón le sacaba la cabeza y parte del tronco, la tentativa, hablando en términos de teatro, se saldó con un sonoro fracaso; acto seguido, el canijo mozo se hizo con la calabaza de la cerveza y se sirvió un cuerno a rebosar que, con ayuda del pulgar, mantuvo recto en el aire—: ¡Por la décima musa y tu encuentro con ella! —retiró el pulgar y trasegó un trago generoso, para continuar bebiendo sin respirar hasta vaciar el cuerno; se enjugó los labios, se lo acercó a Filamón y dio buena cuenta del pescado y las cebollas.

El joven monje pensó en lo absurdo de semejante ritual, y como no se le ocurría invocación mejor que formular, aparte de una que consideraba demasiado sagrada para el estado de ánimo en que se encontraba, se limitó a tratar de imitar lo que había hecho el mozo y, como es natural, derramó la cerveza, que le entró por los ojos y la nariz y le cayó por el pecho, atragantándose y sofocándose, ante la amable sonrisa de su anfitrión.

—¡Menudo patán estás hecho! ¿De modo que ignoras los usos antiguos y clásicos, introducidos por los descendientes de los héroes de Alejandro, que aún observamos en este crisol de la civilización? ¡Judith, recoge la mesa! ¡Vamos al santuario de las musas!



Filamón se puso en pie, y dio gracias por los alimentos que acababa de tomar. Al otro extremo de la estancia, alguien musitó con respeto: «Amén». Era la mujer negra. Al reparar en que el joven la miraba, bajó los ojos con modestia y se retiró con las sobras del desayuno, mientras Filamón y su anfitrión dirigían sus pasos a casa de Hipatia.

— ¿Es cristiana tu mujer? — preguntó el monje, una vez que estuvieron en la calle.

— ¡Cosas de la vida! Su alma bárbara se inclina más a la superstición. A pesar de ser mujer y negra, es buena y austera, aunque, como todos los animales de baja estofa, de vez en cuando no le venga mal un correctivo. Me casé con ella por motivos filosóficos. Razones no me faltaban para tomar mujer, pero, sin renunciar al deber que el filósofo tiene de dominar las apetencias materiales y mantenerse por encima de los bajos deseos de la carne, aunque su naturaleza le impulse a satisfacerlos, me propuse que el placer me resultase lo más desagradable posible. Tenía para elegir un elenco de tullidas, todas emparentadas con una antigua familia de Macedonia, como la mía, que no veían con malos ojos tal casamiento. Pero yo buscaba un ama de su casa, y la carencia de un brazo o de una pierna no es lo más adecuado para realizar las tareas domésticas.

— ¿Por qué no te casaste con una mujer regañona? — insistió Filamón.

— ¡Magnífica observación! A decir verdad, más de una vez me dio por pensar en el ilustrativo ejemplo de Sócrates. Pero ¿y la quietud filosófica, amigo mío, y la apacible contemplación de lo inefable? No podía prescindir de tales deleites. Así que, tras reunir una pequeña suma, gracias a la bondad de Hipatia y de sus alumnos, me decidí a comprar una negra, alquilé seis aposentos en el caserón de donde acabamos de salir y se los realquilo a jóvenes estudiantes de la divina filosofía.

— ¿Tienes inquilinos ahora mismo?

— Veamos. Ciertos aposentos están ocupados por una señora de alto rango. De sobra sé que, por encima de todo, el filósofo ha de abstenerse de habladurías, que refrenar la lengua es... Pero hay un cuchitril a tu disposición, así como el comedor del que acabamos de salir; ¿acaso no somos hermanos y semejantes? Ya que unidas están nuestras almas, no habrá dificultad en compartir mesa.

Filamón le manifestó su agradecimiento por el ofrecimiento, aunque se abstuvo de aceptarlo. Al cabo de diez minutos, se encontró a las puertas de la misma mansión que había acechado durante la noche. ¡Era, pues, Hipatia la mujer que había visto...! Un portero negro le dijo que siguiese a una esclava jovencita que, a través de claustros y galerías, le condujo hasta la gran biblioteca, donde, bajo la atenta mirada de Teón, cinco o seis jóvenes se ocupaban de copiar manuscritos y reproducir diagramas geométricos.

Filamón observó con curiosidad los símbolos de aquella ciencia que le era desconocida, preguntándose si, algún día, llegaría a entender tales representaciones. Bajó los ojos al darse cuenta de que los jóvenes no ocultaban su desprecio al ver la piel de cordero hecha jirones que llevaba y sus cabellos en desorden. Hasta le costó sacar fuerzas de flaqueza para seguir las indicaciones del venerable anciano que, en silencio, le hacía señas para que fuese tras él; sin dejar de escuchar las risotadas de los jóvenes alumnos, le siguió hasta la antesala por la que había llegado y recorrió un pasillo hasta llegar a una puerta a la que llamó con suavidad... ¡Debía de estar dentro! ¡Por fin! ¡Le temblaban las rodillas y sintió que se le encogía el corazón! ¡Pobre chico! De buena gana hubiera echado a correr hasta la calle... Pero ¿no se disponía a enfrentarse con el objeto de sus desvelos? ¿Por qué el anciano no habría abierto la boca? Si al menos le hubiera dicho algo... Si lo hubiera mirado con malos ojos, o por encima del hombro... Con la gravedad imponente de un hombre ocupado al que ni le va ni le viene la tarea que realiza, el anciano abrió en silencio la puerta, y Filamón le siguió... ¡Allí estaba, más radiante que nunca, más que cuando resplandecía extasiada a cuenta de su propia elocuencia, más que aquella noche, con las trenzas doradas bajo la clara luz de la luna! Sentada siguió cuando entraron, sin mover un dedo. Dedicó una sonrisa a su padre, que bastó para compensar con creces su aparente falta de descortesía para con él, y fijó sus grandes ojos grises en Filamón.

— Aquí tienes al joven, hija mía, tal como pediste. Nadie mejor que tú puede saber...

Otra sonrisa por parte de ella fue suficiente para que guardase silencio y, con humildad no exenta de inquietud, se retiró por otra puerta, no sin antes volverse y añadir, con la mano en el pestillo:

— Si nos necesitas, llámanos. Estaremos en la biblioteca.

Otra sonrisa, y el anciano desapareció, dejándolos solos.

Tembloroso y asustado, Filamón no se movió de donde estaba, sin apartar los ojos del suelo. ¿Qué se había hecho de las hermosas frases que había preparado para la ocasión? No se atrevía a alzar la mirada y contemplar el semblante que tenía delante por miedo a que los ojos se le saliesen de las órbitas. Y cuanto más tiempo pasaba sin contemplar su rostro, más convencido estaba que ella lo estaba observando, y más pronto olvidaba las hermosas frases que había ensayado... ¿Acaso no iba a decirle nadar? A lo mejor, esperaba que fuera el primero en romper el silencio. Puesto que había solicitado su presencia, a ella le correspondía empezar a hablar. Pero permanecía callada, inmóvil como una estatua, examinándole de pies a cabeza, con las manos cruzadas sobre el manuscrito que sostenía en las rodillas. Si se había sonrojado ante tan desatinada decisión por su parte, el

muchacho mantenía la mirada tan baja que no podía saberlo.

¿Cuándo se decidiría a poner fin a tan tremenda tensión? A lo peor, le apetecía hablar tan poco como a él. Pero alguien tenía que ser el primero en hacerlo y, como siempre, la parte más débil, dejándose llevar por un temor reverencial, rompió el silencio en un tono indignado, aunque no por eso menos exculpatorio.

— ¡Me has hecho llamar!

— Así es. Cuando reparé en ti durante mi disertación, antes y después de que cometieses la grosería de interrumpirme, me dio la impresión de que tu exabrupto era sólo una muestra de tu ignorancia juvenil. Me pareció que tu rostro revelaba una naturaleza más noble que aquella que los dioses tienen a bien otorgar a los monjes. Por eso te pedí que vinieras a verme, para asegurarme de si mis suposiciones eran o no correctas, y me aclares qué propósito te ha guiado hasta aquí.

Filamón escuchó la pregunta como un regalo llovido del cielo. Le allanaba el camino para la misión que se había propuesto. Sin embargo, titubeó y, haciendo un denodado esfuerzo, dijo:

— Reprenderte por tus pecados.

— ¿Mis pecados? ¿Qué pecados? —preguntó, al tiempo que, sorprendida, alzaba sus grandes ojos grises, ante los cuales, sin saber por qué, el monje bajó los suyos.

¿Qué pecados? La verdad es que no lo sabía. ¿No decían que era una nueva Mesalina? ¿Acaso no era una pagana, una hechicera? Se sonrojó, masculló algo, agachó la cabeza y, como si estuviera asustado por lo que iba a decir, respondió:

— Tus torpes hechizos, el libertinaje, peor que todos los conjuros juntos, en que dicen... —no pudo continuar porque, al alzar la mirada, sólo contempló una terrible y apacible sonrisa en su semblante. Sus palabras ni siquiera habían alterado el color de sus mejillas de mármol.

— Eso es lo que dicen... esos fanáticos y calumniadores, fieras salvajes del desierto, exaltados intrigantes que, según el encargo que dicen haber recibido de aquél al que llaman su Señor, remueven cielos y tierra en busca de un prosélito para, una vez engatusado, convertirlo en un hijo de Satanás, aún peor que ellos. Ve..., te perdono...; eres joven y nada sabes de los misterios del mundo. Gracias a la ciencia, algún día descubrirás que la forma exterior es el relicario que guarda la belleza interior del alma. Pensé que tal era la que había observado en tu rostro, pero estaba equivocada. Sólo los corazones viles son capaces de albergar tan ruines sospechas, juzgando a los demás según su propio rasero. ¡Vete! ¿Acaso tengo el aspecto de...? Bastaría con que comprendieses el simbolismo que ahora formo con los dedos para que reparases en la vanidad de tus fantasías —y el resplandor de su majestuoso

rostro le hirió de lleno, como los rayos de sol al reflejarse en un espejo.

¡Pobre Filamón! ¿Qué se hizo de tus elocuentes argumentos, de tus teorías ortodoxas? Orgulloso, trató de luchar contra lo que le dictaba su humano corazón y trató de apartar la mirada, pero era como si una aguja imantada tratase de escapar al hechizo que la orienta al norte. En un momento, sin saber cómo, sintió vergüenza, remordimiento y ansió alcanzar el perdón, y se postró de rodillas ante ella, rogándole con palabras vulgares y entrecortadas que tuviese a bien perdonarlo.

—Puedes irte; estás perdonado. Pero, antes de irte, has de saber que la leche celestial que manó del seno de Hera, tiñendo de eterna blancura el techo sobre el que se derramó, no era más pura que el alma de la hija de Teón.

De rodillas, Filamón contempló su semblante, y su olfato infalible le confirmó que era verdad lo que decía. Como monje, consideraba el pecado animal como el más abominable y mortal de todos, «la gran ofensa», frente a la cual todos los demás pecados parecían veniales. Pero ¿cómo no habrían de adornar las demás virtudes aquel templo en el que habitaba la pureza? Las otras faltas se tornaban invisibles bajo el resplandeciente velo de tan esplendorosa hermosura y, abatido, respondió:

—¡No me rechaces, te lo suplico! ¡No me apartes de tu lado! No tengo amigos, techo ni maestro. Anoche, avergonzado y abrumado por su ferocidad, ignorancia y estrechez de miras, por fortuna escapé de las garras de mis hermanos en la fe, que me cubrían de insultos e improperios. Y no me atrevo, ni puedo, volver a las tinieblas de mi antiguo cenobio en la Tebaida. ¡Tengo mil dudas que resolver, miles de preguntas sobre ese espléndido mundo antiguo del que nada sé, y de cuyos misterios, al decir de la gente, sólo tú estás al corriente! Soy cristiano, pero tengo sed de conocimientos. No te prometo que vaya a creerte ni que te siga en todo, ¡pero dame tu beneplácito para asistir a tus disertaciones! Enséñame lo que sabes para que pueda compararlo con lo que ya sé, si es que —y tembló al decirlo—, ¡si es que sé algo!

—¿Tan pronto has olvidado los calificativos que acabas de proferir cuando te referías a mí?

—¡No, no! Pero olvídalos, se me escaparon sin querer. Ni siquiera me los creía cuando te imprecaba. Fue un auténtico suplicio. Pensaba que lo hacía por tu bien, por conducirte al camino de la salvación. Dame tu permiso para que pueda volver a pisar el aula, aunque me quede lejos, en el rincón más distante de la sala. Guardaré silencio; ni me verás siquiera. Pero tus palabras de ayer despertaron en mí..., no, no dudas..., pero necesito seguir escuchándolas. De lo contrario, me sentiré tan miserable interiormente como el curso que sigue mi vida en estos momentos —añadió, con ojos implorantes.

– Levántate. Esa exaltación y ese gesto no son propios ni de ti ni de mí.

Cuando Filamón se puso en pie, ella también se levantó, se acercó a la biblioteca, donde estaba su padre, y regresó con él al cabo de unos minutos.

– Sígueme, joven – dijo el anciano, apoyando afablemente una mano en el hombro de Filamón –. Entre los dos, vamos a tratar de zanjar este asunto – el monje fue tras él, sin atreverse a volver la vista atrás para ver a Hipatia, con la sensación de que la estancia le daba vueltas –. Veamos: sé las barbaridades que le has espetado a mi hija, pero ella te ha perdonado...

– ¿De verdad? – preguntó el joven monje, dando un respingo.

– Tienes razón de admirarte. También yo te perdono. Es una suerte, de todos modos, que no te oyese yo, porque viejo y todo como soy, no sé qué te hubiera hecho. ¡Qué poco la conoces, qué poco! – en los ojos del anciano estudioso refulgió un destello de orgullo paterno cargado de cariño –. ¡Que los dioses te concedan algún día una hija como ella! Si te la mereces, quiero decir: tan virtuosa como sabia, tan sabia como hermosa. A mí, desde luego, me han recompensado con creces por todo lo que he trabajado en su favor. Mira, joven, aunque escasos sean los méritos que te acompañan, has recibido una muestra de su perdón, una prenda por la que las personas más ricas y nobles de Alejandría pagarían con gusto muchas onzas de oro, una autorización a asistir a sus clases de ahora en adelante. Y ahora, vete. Se te han concedido muchos más favores de los que mereces. Así aprenderás que el filósofo pone en práctica lo que los cristianos sólo predicán, y responde al mal con el bien – concluyó, mientras ponía en manos de Filamón un trozo de papel y ordenaba a uno de los escribanos que lo acompañase hasta la puerta de la calle.

Los jóvenes dejaron de lado su tarea y lo miraron con ojos de sorpresa y temor cuando pasó por su lado: ya no les parecieron tan chocantes la piel de cordero y el rostro atezado. Asombrado y confundido, como quien tras dar un salto en el vacío se despierta en un mundo nuevo, así salió el joven a la calle. Sin conseguirlo, trató de aparentar alegría. Se le antojaba que, en adelante, todo serían preocupaciones, incertidumbre. Se había dejado mecer por las olas y le había arrastrado la corriente. ¿Adónde le llevaría? ¿Acaso no era el mismo gran río que, a lo largo de los siglos, engullía al ser humano? A no ser que fuera un río del desierto, uno de esos que menguaba bajo el ardiente sol y se secaba a pocas millas de donde había nacido entre las áridas arenas. ¿Eran sólidas la fe de Arsenio y la fe de su niñez? ¿Sería verdad que el viejo mundo se precipitaba a su final y el reino de Dios estaba próximo? ¿Estaría Cirilo en lo cierto, que la Iglesia católica tenía que crecer y conquistar, destruir y reconstruir, hasta que todos los reinos de este mundo se confundiesen con el reino de Dios y de su Ungido? En tal caso, ¿qué utilidad tenía el conocimiento que tanto anhelaba? Y si el día en que todas las

cosas desaparecieran estaba al caer, y todo había de ir a peor, que no a mejor, hasta el final, ¿cómo podía ser que...?

—¿Qué noticias traes? —le preguntó el mozo que se había quedado esperándolo a la puerta—. ¿Qué tal han ido las cosas, elegido de los dioses?

—Me alojaré en tu casa, y trabajaré contigo. No quieras saber nada más. Estoy, estoy...

—Quienes bajaban a las cavernas de Trofonio y contemplaban lo inefable permanecían absortos durante tres días, amigo mío, y lo mismo te pasará a ti —le comentó, antes de que juntos partieran en busca del sustento.

Entretanto, ¿a qué se dedicaba Hipatia en aquel nebuloso Olimpo, recluida en su santuario, tan alejado y por encima del tumulto y las luchas de los hombres en su trajín diario?

Se había sentado de nuevo, con el manuscrito abierto entre las manos, pero sólo pensaba en el joven monje, no en el resto de los seres humanos.

—¡Tan hermoso como Antinoo...! —decía para sí—. Resplandeciente como el propio Febo, mejor dicho, tras haber acabado con la Pitón. ¿Por qué no habría de ser un degollador de serpientes pitones y otros monstruos no menos espantosos, criados en el fango de los sentidos y la materia? ¡Tan osado y ardoroso! Le perdono sus palabras por haberse atrevido a pronunciarlas aquí, en la casa de mi padre... Y al mismo tiempo, ¡tan dulce, tan arrepentido, tan noblemente avergonzado! Seguro que no es de origen plebeyo; patricia ha de ser la sangre que circula por sus venas, como lo revelan su actitud y su manera de hablar, los gestos que hace con las manos y los labios. No puede ser un hombre vulgar. ¿A quién de entre la chusma se le ocurriría la idea de ir en busca del conocimiento por su propia cuenta? ¡Tanto como he ansiado tener un auténtico discípulo...! Y mira que lo he buscado entre los remilgados y egoístas zangolotinos que fingen escuchar mis reflexiones. Bien pensé haber dado con uno cuando, en el preciso momento en que lo he perdido, mira tú por dónde se presenta otro, más sano, puro y sencillo de lo que jamás fue Rafael. A juzgar por todos los cánones de la fisonomía, por el simbolismo que revelan sus gestos y su voz, por su complexión, por lo que me dicta el corazón, ese joven monje podría ser el instrumento propicio, arrojado y sumiso para llevar a cabo mis sueños. Si lograra hacer de él un Longino, me atrevería a desempeñar el papel de Zenobia, con él como consejero... ¿Quién sería mi Odenato? ¿Orestes? ¡Qué horror! —dijo, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡No! —prosiguió—. Eso, y lo que haga falta. ¡Todo sea por la causa de la filosofía y de los dioses!

## CAPÍTULO XI.

### De vuelta en el cenobio

NI UN RUIDO, nada que interrumpiese la profunda quietud que imperaba en el valle de Escitia. Aunque desvaneciéndose gracias a la claridad de la aurora, las sombras de los peñascos aún se proyectaban sobre la cañada. Una capa de bruma se cernía sobre el arroyuelo. Los penachos de las palmeras colgaban inmóviles y, resignados, aguardaban los sofocantes calores del día que se les venía encima. Al cabo de un rato, en mitad de los surcos del huerto, dos confusas siluetas arrodilladas se pusieron en pie, y quebraron el silencio con el estruendo de sus azadas.

—Estas habas están casi en sazón, hermano Aufugio. Si Dios quiere, podremos recoger la segunda cosecha una semana antes que el año pasado.

La persona a quien iban dirigidas estas palabras no contestó; tras observarlo un rato en silencio, su compañero insistió con otra pregunta.

—¿Qué te pasa, hermano? Hace tiempo que vengo observando en ti una melancolía impropia de un hombre de Dios.

Un hondo suspiro fue la única respuesta que obtuvo. El que había hablado dejó la azada en el suelo y, posando afectuosamente la mano en el hombro de Aufugio, le preguntó de nuevo:

—¿Qué te pasa, amigo mío? Mucho me cuidaré de emplear contigo la autoridad del abad para indagar en los secretos de tu corazón. Pero ese pecho no puede albergar nada indigno para mis oídos, aunque prefieras que no lo sepa.

—¿Por qué no había de estar triste, amigo Pambo? ¿No nos dice Salomón que hay un tiempo para la tristeza?

—Cierto es, y otro para la alegría.

—No, no lo hay para el penitente, que carga con tantos pecados sobre sus hombros.

—Recuerda lo que el bienaventurado Antonio nos enseñó: «No confíes en tu rectitud, ni echés de menos lo que ya pasó».

—Y no lo hago, Pambo.

—No estés tan seguro. ¿Acaso la confianza que tienes en ti mismo no es la que te lleva a añorar el pasado, porque te revela que no has llegado a ser lo que hubieras deseado?

—Pambo, amigo mío, te abriré mi corazón —repuso Arsenio, muy serio—. Mis pecados no son cosa del pasado, porque Honorio, mi discípulo sigue con vida y acoge en su seno la flaqueza y las miserias de Roma. Si hubiera lavado mis faltas, ¿a cuenta de qué habría de presentarse ante mí, noche tras noche, esa turba de espectros acusadores? Espíritus de hombres muertos en batalla, de viudas y huérfanos, alaridos de vírgenes consagradas al Señor tras caer en manos de los bárbaros, fantasmas que se alzan junto a mi lecho y me increpan: «Si hubieras cumplido con tu deber, no nos veríamos así. ¿Qué hiciste desde el cargo imperial que Dios te concedió...?» —y el anciano, cubriéndose el rostro con las manos, lloró amargamente.

Pambo dejó caer de nuevo su mano con dulzura sobre el hombro de Arsenio.

—¿No es fruto del orgullo lo que estoy oyendo, hermano? ¿Quién eres tú para alterar el destino de las naciones y mudar los corazones de los emperadores, algo que sólo está en manos del rey de reyes? Si fuiste débil y pusilánime en tu tarea, pues infiel no lo fuiste nunca, Él te colocó allí para que lo que tenía que pasar pasase. Tú no hiciste sino sobrellevar la carga encomendada, y ni siquiera eso, porque Él la llevó por ti.

—Si así fuera, ¿por qué me atormentan esas visiones nocturnas?

—No te dejes atemorizar, amigo. Son espíritus del mal y, como tales, mentirosos. Si fueran espíritus buenos, te susurrarían palabras de compasión, de perdón, de ánimo. Sean espectros o demonios, malignos han de ser, pues se erigen en acusadores, como el Diablo, acusador de los santos. Él es el padre de todas las mentiras, y sus hijos serán como él. ¿Qué nos dejó dicho el bienaventurado Antonio? Que un monje no debe ocuparse de vanos espectros ni darse por perdido, sino que ha de mostrarse alegre, como quien sabe que ha sido redimido y está en manos del Señor, contra el que el diablo nada puede. Porque, como solía decir, «los demonios se comportan con nosotros según el estado de ánimo en que nos encuentren. Si nos ven abatidos y sin fe, más nos aterrarán hasta sumimos en la desesperación. Pero si nos ven como fervientes creyentes y regocijados en el Señor, con nuestras almas henchidas de la gloria que nos aguarda, retroceden y huyen, humillados y confundidos». ¡Anímate, amigo mío! Esos pensamientos son propios de la noche, hora de Satanás y de las potestades del abismo que, a la llegada del alba, desaparecen.

—Sin embargo, hay cosas que al hombre le son reveladas cuando está en el lecho, visiones nocturnas.

—Sea. A ti nada se te ha revelado en tu lecho, excepto lo que ya sabes y



mejor incluso que Satanás: que eres pecador. En cuanto a mí, amigo mío, aun sin poner en duda que así son las cosas, creo que las revelaciones nos llegan con el día, no con la noche.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque, durante el día, puedo ver y leer un libro escrito de puño y letra por el mismísimo Dios en tablillas de piedra, como la ley que nos dio en el monte Sinaí.

Arsenio se le quedó mirando con asombro, mientras Pambo no dejaba de sonreír.

— No ignoras que, como muchos santos de la antigüedad, carezco de instrucción, que ni siquiera entendía el griego hasta que tú, fraternalmente, tuviste a bien enseñármelo. Pero ¿nunca te han contado lo que Antonio le dijo a cierto pagano que le echaba en cara su falta de conocimientos documentados? «¿Qué es más importante», le preguntó, «el espíritu o la letra? El espíritu me responderás. Pues has de saber que el Espíritu Santo no necesita de letras. La creación es el libro que yo sigo; lo tengo siempre abierto, delante de los ojos, y en él puedo leer, si así lo decido, la palabra de Dios».

— Entiendo que no pretendes echar por tierra la instrucción.

— Soy un monje anciano que ha visto a muchos otros hermanos y ha aprendido de su ejemplo. En mi humildad, creo haber descubierto que hay hombres que se consumen en el estudio y se atormentan el alma intentando averiguar si han de hacer caso a una u otra doctrina, sin percatarse, como Salomón, de que el mucho saber no trae más que disgustos y que, en tanto se afanan en interpretar la letra del mensaje de Dios, más y más deprisa se alejan de su espíritu.

— ¿Y cómo aprendiste, pues, esas cosas de los hombres?

— Al ver que, a medida que iba a más su ciencia teológica y más celo ponían en la ortodoxia de la letra, menos bondadosos y misericordiosos se tornaban, menos confianza depositaban en Dios, y echaban a perder su esperanza y la de sus hermanos hasta el punto de que bien parecía que su alma se hubiese vuelto turbia en medio de tanta polémica, que eran sólo capaces de provocar tumultos, que habían olvidado todo del mensaje escrito en ese libro que le bastaba al bienaventurado Antonio...

— ¿A qué mensaje te refieres?

— ¡Mira — exclamó el anciano abad, extendiendo la mano hacia el desierto de Oriente — y, como hombre sabio que eres, juzga por ti mismo!

Mientras así hablaba, de risco en risco, los largos rayos de la palidez del alba se llegaban hasta la cañada, inundando de luz y vida cada piedra, cada hendidura. Un enorme sol rojizo se alzó por encima de la difusa bruma que se cernía sobre el desierto, de la que sólo quedaron unos penachos deshilachados que desaparecían a medida que esparcía su luz por la cañada,

dejando el centelleo del agua que corría entre las rocas como único testigo parpadeante de semejante escena. A centenares salieron las golondrinas de entre las peñas, dispuestas a iniciar su aérea danza diaria; el jerbo, sigiloso y a saltos, volvía a su madriguera con el alimento que se había procurado en el huerto del cenobio; los lagartos del desierto abrían los párpados bajo las piedras y, tras comprobar que ya era de día, arrastraban sus cuerpos abotagados y sus colas alargadas hasta encontrar el sitio más caliente, donde se enroscaban como si buscasen protegerse del frío y volvían a quedarse adormilados; el cernícalo, que se consideraba dueño y señor del valle, se desperezó con un largo y lastimero graznido y, tras revolotear un par de veces en círculo, se quedó inmóvil, observando las alondras que piaban en las peñas; a lo lejos, desde el distante Nilo, resonaban a través de las vueltas y revueltas del valle el canto de los pelícanos, el estruendo de los gansos, el canto de los zarapitos y los chorlitos; escucharon, por fin, la voz grave de los monjes que entonaban un himno a la mañana teñido de melodías orientales. Como los precedentes y los que habrían de venir, semana tras semana, año tras año, orando y trabajando como en un sueño, un nuevo día acababa de despuntar sobre Escitia.

— ¿Qué enseñanza sacas de todo esto, Aufugio?

No hubo respuesta.

— A mí me enseña que Dios es luz, y que en Él no hay ni asomo de tinieblas. Que, en su presencia, todo es vida y alegría. Que es el que todo lo da, deleitándose en su generosidad, el ser amoroso, que extiende su misericordia a todas sus obras. ¿Por qué no habría de hacer lo mismo contigo, hombre de poca fe? Mira esas bandadas de pájaros. Gracias a Él, ninguno se precipita al suelo. ¿Acaso no eres tú de más valor que esos gorriones; tú, por quien Dios envió a la muerte a su Hijo? Amigo mío, para saber cómo es Dios debemos mirar a nuestro alrededor. Cuando escudriñamos nuestro interior y nos embelesamos en nuestras propias imperfecciones, nos hacemos un dios a nuestra imagen y semejanza, y creemos que la ceguera y la dureza de nuestro corazón son las sendas por las que discurren su luz y su amor.

— Tus palabras más parecen las de un filósofo que las de un penitente católico. En mi caso, creo que debo profundizar más en mi interior, no menos. Lo que anhelo es meditar más a fondo hasta la más completa abstracción, algo que sólo puedo hacer aquí. Perdóname, amigo, pero aspiro a llevar una vida en soledad. El mundo está maldito por el pecado del hombre, y cuanto menos contacto tengamos con él, mejor.

— Tal vez hable como un filósofo, o como un pagano, si lo prefieres. Pero, a mi entender, y como se dice vulgarmente, más vale pájaro en mano que ciento volando. El hombre sabio sabrá sacar el mejor jugo de lo que tiene a mano y no desdeñar las enseñanzas que pueda extraer, aunque el libro esté

algo sucio y deteriorado. El mundo me enseña muchas cosas. ¿O piensas que es mejor que cierre los ojos para no ver las cosas invisibles de Dios que nos ponen de manifiesto las cosas visibles, sólo porque algún día las veré con más claridad que ahora? En cuanto a la abstracción, ¿te parece mundana la vida que llevamos aquí, en Escitia?

—No, amigo mío; cada hombre tiene su vocación y cada cual considera un determinado modo de vida más edificante que otro. En mi caso, debo decirte que, muy a mi pesar, incluso aquí recorro a esa manera de entender las cosas que adquiriré en el mundo. No puedo por menos de obsecrar lo que hacen los demás, estudiar su forma de ser, imaginar y maquinan planes para ellos, ver de pronosticar el futuro que les aguarda. Ni una palabra ni un gesto de nuestra reducida comunidad me son ajenos, apartando mi mente de lo único que de verdad importa.

—¿Te imaginas que el anacoreta, recluido en su celda, tiene menos distracciones?

—¿Cuáles, aparte de proveer a las necesidades imprescindibles de la vida? Incluso éstas pueden quedar reducidas a procurarse unas cuantas raíces y hierbas. Los hombres, que han vivido ya como animales, bien podrían vivir como ángeles. ¿Por qué no yo?

—¿Y dices que eres el sabio de este mundo, el que escudriña los corazones de los demás, aparte de analizar minuciosamente el tuyo propio? ¿No has caído en la cuenta que el hombre, aparte de un estómago insaciable, es portador de un corazón corrompido? He conocido a muchos que, en su apresuramiento por huir de los males que les rodeaban, olvidaron cerrar la puerta de su corazón a peores adversarios dispuestos a apoderarse de él. Muchos monjes, amigo mío, van de un lado a otro, y no por eso alivian la angustia que les corroe el alma. Sé de algunos que, decididos a sobrevivir en soledad sólo gracias a sus propias ideas, se han arrojado desesperados desde riscos o han destrozado sus cuerpos con tal de verse libres de pensamientos que un compañero, una voz amable, les habría ayudado a olvidar. He conocido a otros que, ensoberbecidos con las penitencias que realizaban, han despreciado la gracia, como si hubiesen alcanzado la perfección, y que, rechazando incluso la sagrada eucaristía, se han dejado halagar por los sueños y visiones que les inspiraban espíritus malignos. Recuerdo a uno en especial que, en el paroxismo de su orgullo, no aceptaba consejos de nadie, diciendo que no aceptaba que ningún hombre fuese su maestro. ¿Y cuál fue su final? Él, que solía jactarse de que capaz era de vagar un día entero por el desierto sin comida ni bebida; él, que se vanagloriaba de sustentarse sólo de hierbas silvestres y el pan bendito durante tres meses consecutivos, azuzado por un fuego interior, renunció a su celda y se dio a los teatros, al circo, a las tabernas, y concluyó su miserable vida en una desmedida glotonería,

afirmando que todas las cosas eran fantasmas y negando su existencia y hasta la de Dios.

—Sea. Pero mi caso es diferente. Tengo que confesarte otra cosa, amigo mío. Cada día se hace más presente el recuerdo de aquel mundo que dejé atrás. Sé que si volviera, no hallaría placer en sus pompas, que despreciaba cuando vivía rodeado de ellas. Nada me dicen los cantos de hombres y mujeres, ni me fijo ya en lo que como o en lo que bebo. Y sin embargo..., los palacios de aquellas siete colinas, los estadistas y sus generales, sus intrigas, sus derrotas y sus triunfos, que aún pueden salir de su postración y vencer, en ningún momento se me van de la cabeza, tentándome a volver, como la luz a la polilla en la que antes se ha abrasado, y sé que acabaré por ceder, desdichado de mí, contra mi voluntad, a no ser que huya a algún desierto lejano del que sea imposible regresar.

Pambo esbozó una sonrisa.

—Te digo lo mismo de antes. ¿Y tú te consideras hombre sabio, experimentado, capaz de escudriñar los corazones de tus semejantes? ¿Y pretendes abandonar este recogido cenobio que, sólo de vez en cuando, aleja tus pensamientos de tan vanos sueños, y sumergirte en una soledad de la que serás la única víctima? Dime, amigo mío, ¿qué hay de malo en que, a veces, te preocupes y hagas planes sobre uno u otro de tus hermanos? Más vale preocuparse por los demás que por uno mismo. Más vale querer a alguien, y hasta llorar por alguien, que convertirse en una solitaria caverna y hacerse un mundo a la medida de uno, o como, y he conocido a más de uno, creerse su propio dios.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —le preguntó Arsenio, sin ocultar su inquietud.

—Digo que, optando por la soledad, un hombre se aparta de lo que significa ser cristiano; se aleja de la obediencia, de la posibilidad de ayudar a otros, de la abnegación, y hasta de la comunión de los santos.

—¿Por qué lo dices?

—¿Cómo puedes estar en comunión con aquellos a los que no puedes demostrar amor? ¿Cómo se hace patente el amor, si no es por las acciones que nos inspira?

—Rezaré día y noche por el género humano. ¿Acaso eso no cuenta, no es lo primordial para la comunión de los santos?

—El que no puede rezar por sus hermanos, a quienes ve y cuyos pecados y tentaciones conoce, no es fácil que lo haga con devoción, amigo Aufugio, por hermanos a quienes no ve o por otros asuntos. Y el que no trabaja por sus hermanos pronto dejará de rezar por ellos o de amarlos. ¿Acaso no está escrito que «el hombre que no ama a su hermano, a quien ve, será incapaz de amar a Dios, a quien no ha visto»?

– Insisto: ¿Te das cuenta a dónde te llevan tales argumentos?

– Soy un hombre sencillo, y nada entiendo de argumentaciones. Si algo es verdad, nos lleve donde nos lleve, siempre será allá donde Dios quiera.

– En ese caso, sería preferible que el hombre tomase mujer y tuviese hijos, se uniese al tumulto de los afectos camales para tener más personas a las que amar y por quienes velar y trabajar.

Pambo guardó silencio un instante.

– Soy monje, que no lógico. Pero, repito, si dejas el cenobio y te vas al desierto, será en contra de mi voluntad. Mejor sería, si se hicieran realidad mis deseos, con tu sabiduría, verte instalado cerca de la metrópoli, en Troe o en Canope, por ejemplo, donde podrías entrar en combate por el Señor. ¿De qué te habría servido aprender la mundanal sabiduría, si no la empleas en bien de la Iglesia? Pero ya basta. Vamos.

Y los ancianos atravesaron el valle camino del cenobio, ajenos a la respuesta contundente a su discusión, que los esperaba en la celda del abad Pambo, donde un clérigo de buena estatura y gesto severo los aguardaba, ocupado en satisfacer el hambre con dátiles y mijo, sin dejar de lado el vino de palma, única exquisitez de aquel lugar y que sólo se servía en honor de un visitante.

La campanuda y exquisita hospitalidad de los orientales, no menos que la recatada afabilidad de los monjes cristianos, impidieron al abad interrumpir al extraño y, hasta que no hubo terminado, Pambo no le preguntó su nombre ni el motivo que allí lo había llevado.

– Me llamo Pedro el lector, para servirte. Vengo de parte de Cirilo y soy portador de cartas y mensajes para el hermano Aufugio.

Pambo se puso en pie y le hizo una reverencia.

– Hemos oído hablar muy bien de ti, uno de los más celosos defensores de la causa de la Iglesia católica. Dígnate acompañarnos a la celda del hermano Aufugio.

Dándose importancia, Pedro los siguió hasta la minúscula celda y, tras sacar del pecho la carta de Cirilo, se la entregó a Arsenio, quien, sentado, la leyó y la releyó con gesto de pocos amigos, mientras Pambo, asustado, lo observaba, sin atreverse a interrumpir lo que, supuso, eran reflexiones de insondable profundidad.

– Es, sin duda, el fin del mundo – dijo Arsenio, por fin –, tal y como lo anunció el profeta, cuando los hombres irían de un lado a otro despavoridos. ¿De modo que Heracliano ha partido para Italia?

– Hace tres semanas, unos mercaderes de Alejandría se cruzaron con su armada en alta mar.

– ¿Y Orestes se muestra cada vez más inflexible?

– Sí; se cree otro faraón aunque, hablando con propiedad, es esa pagana

quien lo anima.

—Siempre temí más a esa mujer que a todas las escuelas del paganismo juntas —repuso Arsenio—. ¡Pero lo del conde Heracliano, a quien tenía por el más justo y prudente de los hombres...! ¿Qué virtud es capaz de resistir, cuando la ambición se apodera del corazón de un hombre?

—El ansia de poder siempre es terrible —contestó Pedro—. En cuanto al conde, yo comencé a desconfiar de él desde que advertí la indulgencia con que trataba a los donatistas.

—Cierto. Un pecado llama a otro.

—En mi opinión, la indulgencia con los pecadores es el peor de los pecados.

—No creo —manifestó Pambo, con humildad; pero Pedro, sin hacer caso del comentario, siguió hablando con Arsenio.

—¿Qué respuesta he de llevar, según tu santo y prudente consejo?

—Vamos a ver... Aguarda un momento... Tengo que pensarla... Tendría que estar más al tanto de cómo andan las cosas. Supongo que se habrá puesto en comunicación con los obispos de África para tenerlos de su lado...

—Hace dos meses. Pero los porfiados cismáticos recelan, y se mantienen a distancia.

—Lo de cismáticos es un juicio demasiado severo, amigo mío. ¿Ha enviado emisarios a Constantinopla?

—Necesita una persona que sepa moverse en la corte, y quizá tu experiencia te permitiera llevar a cabo tan delicada misión.

—¿Mi experiencia? ¿Quién soy yo? ¡Ésa es la cruz que soporto a diario! Que envíe a quien juzgue oportuno... Aunque, si yo estuviese en Alejandría..., es posible que mis consejos..., quizá le ayudasen a ver las cosas con mayor claridad. Amigo Pambo, ¿crees que sería pecado obedecer al santo patriarca?

—¡Vaya! —replicó Pambo, riéndose—. ¿Y me lo dices tú que, no hace ni una hora, me hablabas de marcharte al desierto? Y ahora, en cuanto oyes a lo lejos el fragor de la batalla, ya te impacientas en este valle como un corcel de guerra. ¡Ve, y que Dios vaya contigo! No serás el menos adecuado. Demasiado viejo para enamorarte, demasiado pobre para hacerte con un obispado, demasiado prudente como para aceptado si te lo ofrecieran.

—¿Lo dices en serio?

—¿Qué te dije cuando hablamos en el huerto? Ve, y envíame noticias de nuestro hijo.

—¿Qué cabeza la mía! En todo este tiempo, ni me había acordado de preguntar por él. ¿Cómo se encuentra nuestro joven, reverencia?

—¿A quién te refieres?

—A Filamón, nuestro hijo espiritual, a quien pusimos en manos de Cirilo

hace tres meses –contestó Pambo–. Supongo que a estas alturas ya ejercerá algún cargo de responsabilidad.

– ¿Filamón? ¡Se ha marchado!

– ¿Cómo que se ha ido?

– Pobre desdichado: la maldición de Judas ha caído sobre él. No llevaba ni tres días con nosotros, cuando me maltrató en público en el palacio de la casa del arzobispo. Abandonó la fe cristiana y huyó al lado de Hipatia, la mujer pagana, de quien se ha enamorado.

Los dos ancianos se quedaron mirándose, pálidos y horrorizados.

– ¿Enamorado de Hipatia? –acertó a decir, por fin, Arsenio.

– ¡Imposible! –se lamentó Pambo–. ¡Alguien tuvo que tratar con rudeza y de forma injusta al joven! Alguien debió de ofenderle y, como sólo había conocido la bondad, no pudo soportarlo. ¡Hombres crueles, servidores infieles! ¡El Señor os pedirá cuentas por la sangre de ese niño!

– ¡Así es la justicia de este mundo! –replicó Pedro, revolviéndose orgulloso–. ¡Échame a mí la culpa, culpa al patriarca, a cualquiera menos al pecador! ¡Como si una cabeza calenturienta y un corazón ardiente no fuesen la explicación! ¡Como si fuera la primera vez que un joven cae bajo el embrujo de un hermoso rostro!

– Calma, amigos míos, calma –intervino Arsenio–, ¿por qué os peleáis entre vosotros sin motivo? Sólo yo merezco vuestra censura. Yo te lo aconsejé, Pambo; yo lo envié. Conociendo tan bien el mundo como lo conozco, debería de haberlo pensado mejor antes de arrojar a un pobre inocente a las tentaciones de Babilonia. ¡Mira el resultado de mis proyectos, de mis cábalas! Y ahora su sangre caerá sobre mi cabeza, como si no tuviese bastante con los pecados que he de expiar. ¡Vendí al hijo de mi ancianidad, a mi José, a los madianitas! Partiré contigo al instante, y no descansaré hasta dar con él. ¡Me abrazaré a sus rodillas hasta que mis canas lo muevan a compasión! Que Heracliano y Orestes sigan su destino. Poco me importa. Pero lo encontraré, repito. ¡Absalón, hijo mío, ojalá Dios me permitiera dar mi vida por ti, hijo mío!

## CAPÍTULO XII.

### El jardín de las delicias

LA MANSIÓN EN QUE se alojaban Pelagia y el de Amal tras haber vuelto a Alejandría era una de las más imponentes de la ciudad. Llevaban en aquella casa algo más de tres meses. En tan poco tiempo, el gusto de Pelagia había compensado con creces lo poco que le faltaba para hacer de ella un paraíso de sensual voluptuosidad. Si bien la joven era rica, sus anfitriones godos, cargados con el botín del saqueo de Roma, que escasa utilidad tenía a sus ojos, consentían que la muchacha y sus ninfas derrochasen en ellos aquellos tesoros que habían arrebatado durante terribles combates. ¿Qué más les daba? Con tal de comer y, más aún, beber cuanto les viniese en gana, ¿qué mejor uso podían dar a sus riquezas que emplearlas en hacer felices a sus damas? Cuando no les quedase nada..., se irían a cualquier otro lugar y conseguirían más. Tenían todo un mundo por delante que sólo esperaba a que llegasen y lo saqueasen, y ellos cumplirían la misión que tenían encomendada donde más les conviniese. Mientras, no tenían ninguna prisa. Egipto les ofrecía exquisiteces de toda clase, capaces de satisfacer a paladares mucho más exigentes que los suyos. En lo tocante al vino, pocos eran los que se iban sobrios a la cama, emborrachándose cada día de la semana. ¿A qué más podían aspirar las almas de aquellos guerreros que disfrutaban más que en las moradas del Valhalla?

Eso al menos era lo que pensaba un grupo que se había acomodado en el patio interior de la casa una calurosa tarde de la misma semana en que el mensajero de Cirilo había irrumpido de forma tan brusca en la quietud de Escitia.

Mientras la gran ciudad bullía a su alrededor, a ellos nada les inquietaba. Orestes maquinaba; Cirilo conspiraba, y el destino de un continente pendía trémulo, o eso parecía, de un hilo. Pero la vorágine del exterior no alcanzaba a aquellos indolentes titanes, no más, desde luego, que las rodadas y el estruendo de las ruedas de los carruajes a los periquitos y papagayos que se habían instalado bajo un dorado toldillo en el patio interior de la mansión de



Pelagia. ¿Qué razón tenían para inquietarse? ¿Acaso no eran cada nuevo alboroto, cada ejecución, cada conjura o bancarrota una señal de que el fruto estaba ya casi maduro para abalanzarse sobre él? Incluso la rebelión de Heracliano y la intriga que tramaba Orestes eran para aquellos jóvenes y rudos godos una especie de juego de niños que, risueños, contemplaban sin dejar de hacer apuestas desde la mañana hasta la noche mientras, para los más avezados, como Wulf y Smid, no eran sino señales de la corrupción generalizada, nuevas grietas que se abrían en aquellos altos muros sobre los que se proponían, con la cándida e ingenua conciencia de su poder, alzarse con la victoria cuando se les antojase.

Entretanto y mientras llegaba la ocasión propicia, ¿qué mejor cosa podían hacer que comer, beber y dormir? Lo cierto es que habían elegido el lugar ideal para llevar a cabo tan sublime misión. Columnas de pórfido de colores púrpura y verde entre las que resplandecían los blancos miembros de delicadas estatuas rodeaban un estanque del que brotaba un surtidor de agua, que salpicaba de continuo las hojas de los naranjos y las mimosas, sumando su murmullo al gorjeo de los pájaros tropicales que anidaban entre las ramas.

A un lado de la fuente, a la sombra de un palmito de hoja ancha, descansaban los fornidos miembros del de Amal tendidos sobre almohadones, con sus rubios cabellos coronados con hojas de vid, sosteniendo en la mano una copa de oro, arrebatada a algún rajá de la India por Cosroes el Parto, quien, a su vez, hubo de cederla a los generales romanos, de cuyas manos pasó a las de aquellos héroes vestidos con piel de oveja y de caballo. Mientras, Pelagia, tumbada junto al durmiente Hércules-Dioniso, asomada al borde del estanque, sumergía perezosamente los dedos en el agua, disfrutando, como los mosquitos que revoloteaban sobre la superficie, del mero placer de sentirse viva.

Al otro lado del estanque, junto al borde también y atendidos cada uno por unas hebe de ojos oscuros que les llenaban las copas de vino y, de vez en cuando, les ayudaban a escanciarlas, descansaban los amigos y compañeros de armas más cercanos al de la casa de Amal, Goderico, hijo de Ermanrico, y Agilmundo, hijo de Cniva, quienes, como el de Amal, se jactaban de descender del linaje de los dioses; por último, el más importante y respetado personaje, Smid, hijo de Troll, venerado por su sabiduría, muy superior a la de los hijos de los hombres, pues no sólo era capaz de fabricar y recomponer cualquier cosa, ya fuera un pontón o un brazalete de oro, herrar caballos y curarlos, aliviar con sus conjuros todos los males de hombres y bestias, grabar runas, interpretar presagios de guerra, prever el tiempo, desencadenar la fuerza del viento y superar a todos en resistencia a la hora de trasegar cuernos de hidromiel, a todos menos a Wulf, hijo de Ovida; y, por si algo le

faltaba, tras pasar una temporada entre los casi civilizados mesogodos, defenderse bastante bien en latín griego y adquirir los rudimentos de la lectura y la escritura.

A unos pasos, tumbado de espaldas, estaba el viejo Wulf, con las rodillas en alto y las manos cruzadas por detrás de la cabeza, emitiendo, medio adormilado, una suerte de gruñidos ante el nivel intelectual de la conversación que escuchaba.

—Excelente vino, ¿verdad?

—Una maravilla. ¿Quién nos lo ha vendido?

—La vieja Miriam; lo adquirió en la subasta de los bienes de un recaudador de contribuciones de los campesinos que había ido a la ruina. Según ella, a mitad de precio.

—En alto concepto tienes a esa tunante. A buen seguro que esa vieja alcahueta ha sacado tajada del negocio.

—¡Qué más da! Puesto que ganamos como hombres, bien podemos permitimos pagar como tales.

—No será por mucho tiempo, a este paso —rezongó Wulf.

—En ese caso, iremos a por más. Estoy aburrido de estar mano sobre mano.

—La gente nada tiene que hacer, a no ser que se les ocurra otra cosa —comentó Goderico—. La otra mañana, Wulf y yo salimos de cacería con la jauría por las colinas de arena. Una semana llevaba desgano y, desde entonces, devoro como un lucio del Danubio.

—¿De caza? ¿Con esos animales de largas patas y colas peludas que parecen zorros con zancos, que el prefecto, con sus marrullerías, os indujo a comprar?

—Sólo sé que levantamos una manada de éstos, ¿cómo los llaman aquí, ciervos con cuernos de cabra?

—¿Antílopes?

—Eso es. Las malas bestias echaron a correr detrás de ellos como se abalanza un halcón sobre una bandada de patos. Wulf y yo galopamos por esas malditas montañas de arena hasta que los caballos cayeron rendidos; cuando recuperaron fuste, nos encontramos con que cada pareja de perros custodiaba a un ciervo muerto. ¿Qué mejor cosa puede desear un hombre que no tiene la oportunidad de pelear? Y bien que te los has comido, así que menos mofas.

—Según eso, lo único de bueno que da esta ciudad de Alejandría son perros.

—¡Y mujeres hermosas! —intervino una de las muchachas.

—De acuerdo, dejando a un lado a las mujeres. Porque los hombres...

—¿Los qué? Quitando a un par de estibadores, no he visto ninguno por

aquí, salvo curas y mozos adinerados. Supongo que no te referirás a esos.

— ¿Saben hacer algo, aparte de montar en burro?

— Filosofan, dicen.

— ¿Y eso qué es?

— No tengo ni idea. Me imagino que una forma de escribir de los esclavos.

— ¡Pelagia! ¿Sabes qué es eso de filosofar?

— No, ni me importa.

— Yo sí lo sé —apuntó Agilmundo, mirándolos a todos por encima del hombro—. El otro día precisamente vi a un filósofo.

— ¿Y cómo era?

— Os lo voy a contar. Iba caminando por la anchurosa avenida principal hacia el puerto, cuando me topé una multitud de mozalbetes, hombres los llaman aquí, que se adentraba en un amplio portal. Le pregunté a uno de ellos qué pasaba, y el tunante, en vez de responderme, empezó a señalar a mis piernas, mientras el resto de esos monos se echaba a reír. Así que le aticé entre las orejas y cayó al suelo.

— Es lo que les pasa a todos en cuanto les das un cachete —comentó el de Amal, pensativo, como si hubiese descubierto un postulado esencial de la lógica inductiva.

— Hombre —añadió Pelagia, alzando los ojos con cautivadora sonrisa—, no son tan gigantones como vosotros, que hacéis que una frágil mujer se sienta como gacela entre las garras de un león.

— Luego pensé que, como le había hablado en nuestra lengua, el joven, que era griego, tal vez no me hubiera entendido. Así que no hice más preguntas y entré para ver con mis propios ojos qué pasaba. Un hombre me alargó la mano; supuse que me pedía dinero. Le di dos o tres monedas de oro y un pescozón: rodó por el suelo, aunque me pareció que se había puesto muy contento. Así que entré.

— ¿Y qué viste?

— Una sala enorme, tan amplia como para dar cabida a un millar de guerreros, atestada de esa panda de gandules egipcios que, pincel en mano, garrapateaba en unas tablillas. Al otro extremo de la estancia, la mujer más hermosa que he visto en mi vida, de preciosos cabellos rubios y ojos azules, que hablaba y hablaba, sin parar, aunque no entendí lo que decía. A aquellos pintamonas parecía sonarles a música celestial, porque la miraban a ella y después clavaban los ojos en las tablillas, tan boquiabiertos como ranas en una sequía. Desde luego, era tan hermosa como el sol, y hablaba con la cadencia de una mujer al servicio de la valquiria Alruna. No es que entendiera nada, pero siempre se aprende algo. Al final, me quedé dormido; cuando desperté y salí de allí, me encontré con uno que hablaba nuestra lengua y me explicó que era la conocida doncella, la gran filósofa. Eso es todo

lo que sé acerca de la filosofía.

— ¡Qué desperdicio de mujer entre esos muertos de hambre de manos suaves! ¿Por qué no se casa con un guerrero?

— Porque no hay ninguno por estos pagos —replicó Pelagia—, salvo algunos que ya están atrapados.

— Pero ¿de qué hablan, qué le dicen esos filósofos al pueblo, Pelagia?

— A nadie dicen que haga nada; y si hablan, da igual, por lo que veo, porque nadie hace nada. Hablan de soles y estrellas, del bien y el mal, de espectros y espíritus y cosas como que no hay que dejarse llevar por lo sentidos. Con todo, nunca he conocido a ninguno de ellos que fuera más feliz que el resto de los hombres.

— Seguro que era una de las doncellas de Alruna —musitó Wulf.

— Es una mujer muy pagada de sí misma. No puedo ni verla —añadió Pelagia.

— Me lo imagino —dijo Wulf.

— ¿Qué es una doncella de Alruna? —preguntó una de las jóvenes.

— Algo que se parece a ti tanto como un salmón a una sanguijuela. Guerreros, ¿queréis que os cuente una saga?

— Con tal de que nos refresque un poco —repuso Agilmundo—, y hable de hielo, pinos y ventiscas de nieve... Tres días más aquí, y estaré asado.

— ¡Ojalá estuviésemos en los Alpes —exclamó el de Amal—, no fuera más que dos horas, deslizándonos por la nieve sobre nuestros escudos, sintiendo el aullido del aguanieve en los oídos! ¡Aquello sí que era divertido!

— Para quienes salían con bien —apuntó Goderico—. Porque, ¿qué me dices del que caía de cabeza en un ventisquero, y quedaba cubierto bajo cincuenta pies de nieve y teníamos que introducirlo en un caballo recién matado para tratar de reanimarlo?

— ¡Seguro que eso no te pasó a ti, admirable criatura! —exclamó Pelagia—. ¡Hay que ver cuántas cosas has vivido y sufrido!

— Bueno —contestó el de Amal, con una impasible mirada de satisfacción—, la verdad es que he tenido oportunidad de ver tantas cosas...

— Claro que sí, Hércules mío. Has concluido tus doce trabajos y liberado a tu desventurada Hesíone cuando, encadenada a la roca, ya la dejaban a merced de los monstruos marinos. Y ella te amará y te librerá de nuevos agobios con tal de seguir a tu lado —y Pelagia rodeó con sus brazos el imponente cuello de toro del gigante y lo estrechó contra su pecho.

— ¿Queréis oír la saga, o no? —preguntó Wulf, impacientándose.

— Pues claro que sí. Cualquiera cosa con tal matar el tiempo —contestó el de Amal.

— Pero que haya nieve —dijo Agilmundo.

— ¿Y nada de doncellas de Alruna?

—Eso también —añadió Goderico—. Mi madre fue una de ellas, y estoy obligado a salir en su defensa.

—Lo era, así es, muchacho, y tú eres digno hijo de tu madre. ¡Y ahora, escuchad, lobos de los godos!

El anciano se hizo con su pequeño laúd o, como es más que probable que lo llamase, su *fidel* y, acompañándose, comenzó a cantar.

Junto al fuego, en campamentos,  
 he bebido con otros guerreros  
 a orillas del río Danubio y,  
 calentándome en la trinchera,  
 sagas de bardos he escuchado,  
 hombres longobardos,  
 prudentes y versados,  
 de melosa y dulce voz.  
 Espantando, claro, al lobežno,  
 asustando, ahuyentado al búho,  
 de debajo de los copos de nieve  
 de las ramas de los pinos verdes  
 hasta el cielo de estrellas cuajado  
 se alzaba imparable su canto.  
 De cómo el pueblo Winil,  
 deslizándose sobre témpanos  
 desde la Escania llegó a Scoring.  
 Ensalzaban a Cambara,  
 el amado de Freya,  
 madre de Ayo y de Ibor.  
 A los hombres de Wendel,  
 de Ambri y de Assi,  
 y, con palabras de guerra,  
 exhortaron al pueblo Winil:  
 «Pocos sois, extranjeros,  
 frente a nosotros, numerosos.  
 Pagadnos ahora peaje y tributo,  
 paños de lana, anillos y bueyes,  
 o sufriréis el castigo que impone  
 el lúgubre graznido del cuervo».

Entonces, puñal en mano blandiendo  
 pertrechados de piel de toro  
 de buen hierro reforzada,

allá que se fueron los Winil,  
y los hijos de Alruna, también,  
Ayo e Ibor, henchido de ira el corazón.  
Desconsoladas, las mujeres lloraron,  
como lloró de Alruna la doncella,  
tan triste, sumida en honda pena.

Más allá de donde nace el día,  
más allá de los ventisqueros,  
se fue, pues, la hermosa Freya,  
deslizándose hasta Scoring.  
Blancos estaban los páramos  
que, helados, veían sus ojos;  
pero verdes los mismos eriales  
y cubiertos de llores a su paso;  
al observar sus rizos dorados.  
sacudía viento del sur de su ropa  
brotes tempranos de primavera;  
soplando entre los abedules,  
despertando a los tordos,  
anhelando las mujeres castas  
el pronto retorno de los guerreros.  
Preciosa y rebosante de amor,  
hasta Scoring se llegó  
y se presentó ante Cambara,  
La más prudente de las Valas.  
«Vala, ¿por qué te afliges?  
lejos, por el ancho cielo,  
allí arriba, a la casa de Elfin,  
llegó el sonido de tu llanto».

«Y así será mientras no pueda  
uno de los nuestros con siete.  
Hijos tengo, altos guerreros,  
los mejores con la espada.  
Hoy, a manos de los Wendel,  
águilas han de devorarlos,  
y sus desdichadas madres  
trigo molerán para otros».

Lloró la doncella de Alruna  
y la hermosa Freya la besó.  
«Lejos, donde nace el día,  
en lo alto del Valhalla,  
hay un ventanal abierto;  
su alféizar, un pico nevado;  
sus jambas, surtidores de agua;  
nubes de tormenta, el dintel;  
por encima, dorados jirones  
se apilan, como techumbre.  
Lejos, por el ancho cielo,  
en lo alto, en la casa de Elfin,  
desde allí, cada mañana,  
sonríe Odín, padre de todos,  
bajo un techo de nubes,  
van sonrisas para los guerreros,  
para mujeres castas y yeguas de cría,  
para los herreros y las espadas  
que forjarán la gloria del guerrero,  
que Odín así lo prometió a quien,  
de mañana, de él se acuerde y venere».

Pero la Alruna siguió llorando.  
«¿Y quién lo adorará,  
si no quedamos sino mujeres?  
allá lejos, en los páramos,  
allá en el campo de batalla,  
el festín de los cuervos preparando,  
se juntan los guerreros Wirni,  
uno nuestro contra siete de ellos».

La reina sonrió con dulzura.  
«Escucha, pues, mi consejo;  
no olvides al amado de Freya,  
llama a las mujeres de tu pueblo,  
a todas, casadas y solteras;  
reviste tus pies con las blancas  
calzas de la guerra; cíñete las corazas  
cubre tus labios con trenzas urdidas  
gracias a tu tenaz sabiduría.  
Cuando las bestias de la guerra

hayas dominado, y Odín lo vea,  
acude a la orilla gris de la playa  
y dirígele una sonrisa al amanecer».

Ya lanzaba el hijo de la noche  
sus caballos dorados al ataque,  
y sobre el estuario del oriente  
relucían las alborotadas crines,  
sonrientes al despuntar la mañana,  
cuando, Odín, padre de todos,  
se disponía a gozar de la batalla,  
Freya se presentó a su lado.

«¿Quiénes son esos altos guerreros,  
acaso los fornidos longobardos?  
¿Por qué sus gritos me han llegado,  
cuando entre los cisnes tomo el baño?  
No tardarán en romper huesos,  
y los lobos buen hartazgo se darán;  
por todas partes veo locos furiosos  
que con soltura la espada empuñarán».

Freya sonrió con dulzura.  
«Tal fue el nombre que les impusiste  
Que ni a ti ni a ellos avergüenza,  
puesto que con orgullo lo llevan,  
dales la victoria, mas antes, mira  
si te han venerado, amado mío.  
Traigo conmigo a las mujeres,  
doncellas y esposas de los Winil.  
pocos son sus guerreros, empero;  
ardua la contienda que afrontan,  
pero sobre el griterío de los cisnes  
hasta ti han de llegar sus gritos».

Esbozó Odín una sonrisa regia:  
la treta agradó al padre de todos,  
que agitó las nubes y dijo:  
«¡Listas son las mujeres,  
tan osadas como importunas!



longobardos se llamarán,  
y los cuervos lo agradecerán.  
Si las mujeres son guerreras,  
¿qué serán, pues, los hombres?  
Suya sea, pues, la victoria;  
¡nada necesitan de mí<sup>[1]</sup>!».

—¿Qué —comentó Wulf, al concluir—, ha sido el frescor de vuestro agrado?

—Más que frío, ¿verdad, Pelagia? —repuso el de Amal, riendo.

—Me lo imaginaba —aseveró el anciano, con gesto amargo—. Así eran vuestras madres y vuestras esposas, y así habrán de ser vuestras esposas, si lo que buscáis es permanecer mucho tiempo sobre la faz de la tierra: mujeres que se ocupen de algo más que de la buena comida, de que bebáis en demasía y de que retocéis a su lado.

—No te falta razón, príncipe Wulf —dijo Agilmundo—. Pero, bien pensado, no me ha gustado la saga. Se parece mucho a eso que dice Pelagia que dilucidan los filósofos, el bien, el mal y esas vainas.

—Sin duda.

—Pues a mí lo que me gusta es una saga de las de verdad, que hable de dioses y titanes, de reinos de fuego y reinos de nieve, del Æsir que, de dos palos, hace a hombres y mujeres..., de todo eso.

—Eso —añadió el de Amal—, algo sobre lo nunca visto, que sea una verdadera locura, un desatino, como los sueños de quien está ebrio, algo grandioso e ininteligible que nos traiga de cabeza durante toda la mañana del día siguiente.

—Bueno —dijo Goderico—, mi madre era una doncella de Alruna y no seré yo el pájaro que muerda la mano que le dio de comer. Pero me gusta oír cosas de fieras y fantasmas, ogros, dragones y serpientes marinas, de seres que podemos matar, llegado el caso, como hacían nuestros antepasados.

—Tus ancestros nunca habrían matado una serpiente marina —repuso Wulf—, si hubieran sido...

—Como nosotros, ya lo sé —dijo el de Amal—. Pero, dime, príncipe, tú que eres tan viejo como para ser nuestro padre, ¿has visto alguna vez, por casualidad, una serpiente marina?

—Mi hermano vio una en el mar del Norte: medía unas tres brazas, tenía cuerpo de bisonte y cabeza de gato, barbas de hombre y unos colmillos tan largos que le llegaban hasta el pecho. Andaba al acecho de pescadores; él la hirió de un flechazo; se fue al fondo del mar y nunca volvió a asomar a la superficie.

—¿Qué es una serpiente marina, Agilmundo? —preguntó una de las

muchachas.

—Un demonio del mar que devora a los marineros. Había muchas en las tierras de las que procedían nuestros antepasados, y también ogros, que salían de los pantanos y se metían en las cabañas por la noche, cuando los guerreros dormían, les chupaban la sangre sigilosamente y se abalanzaban sobre ellos... ¡así!

Mientras duró la saga, Pelagia no había apartado los ojos del estanque, jugueteando con el agua, con fingida indiferencia. Quizá por ocultar su sonrojo y disimular dos lágrimas ardientes que le cayeron sobre los rizos sin que nadie lo advirtiera. De repente, alzó la cabeza.

—Y claro, tú habrás matado a muchas de esas horribles criaturas, ¿verdad, Amalrico?

—No he tenido esa suerte, querida. Nuestros abuelos las cazaron con tanta saña que cuando nosotros nacimos ya no quedaba ninguna.

—Sí, vuestros abuelos eran hombres de verdad —rezongo Wulf.

—En cuanto a mí —continuó el de Amal—, el animal más grande que he matado fue una serpiente en los pantanos del Danubio. Era bien larga, ¿eh, príncipe? Tiempo tuviste de verla, puesto que seguiste comiendo sin perdernos de vista mientras la bestia trataba de no dejarme un hueso sano.

—Cuatro brazas —asintió Wulf.

—Estaba junto a un toro que acababa de matar, así que no llevo a comérselo, ¿verdad, Wulf?

—Así fue —dijo el anciano gruñón, más ablandado—. Fue un buen combate.

—¿Por qué no compones una saga sobre eso, en lugar de hablar del bien, del mal y de otras zarandajas?

—Porque me he vuelto filósofo. Esta tarde, tengo pensado ir a escuchar a esa doncella de Al runa.

—Muy bien. Iremos todos. Hay que matar el tiempo como sea...

—¡Oh, no, no, tú no irás! —exclamó Pelagia casi a voz en cuello.

—¿Por qué no, hermosa mía?

—Es una hechicera... Si te atreves a ir a verla, dejaré de quererte. Lo único que te incita a hacerlo es el elogio que Agilmundo ha hecho de su belleza.

—¿Y qué? ¿Acaso temes que me gusten más sus rubios bucles que tus rizos negros?

—¿Yo? ¿Temerosa yo? —replicó, poniéndose en pie y sofocada de ira—. Muchachas, también nosotras iremos. ¡Plantaremos cara a esa santurróna, que se cree demasiado sabia para hablar con una mujer y demasiado casta para amar a un hombre! ¡Mis joyas! ¡Que ensillen la mula blanca! ¡Iremos con toda nuestra pompa! No nos avergonzaremos de llevar la librea de Cupido, amigas mías, el chal de color azafrán y todos los aderezos. ¡Vamos a ver si la

descarada Afrodita no es digna rival de Palas Atenea y su lechuza! —y salió del patio.

Los tres jóvenes prorrumpieron en una sonora carcajada, mientras Wulf hacía un severo gesto de aprobación.

—¿De veras deseas ir a escuchar lo que dice la filósofa, príncipe? —le preguntó Smid.

—Dondequiera que hable una mujer santa y sabia, el guerrero jamás se avergonzará de escucharla. ¿No nos ordenó Alarico que respetásemos a las monjas de Roma? Aunque no sea cristiano como él, no creo que Odín se ofenda porque recibamos las bendiciones de esas mujeres, y voy a recibir la de ésta, Smid, hijo de Troll.

## CAPÍTULO XIII.

### El fondo del abismo

«**P**OR FIN, HE LLEGADO – pensó Rafael Aben-Ezra –; sano y salvo, he tocado con el pie el fondo de lo insondable; alegre, piso la tierra firme de la nada primigenia y, como un niño que empieza a nadar, no me ha parecido un elemento hostil. Ahora, ningún hombre, ángel o demonio se atreverá echarme en cara que soy un indolente que cree, o no, a su antojo, en cualquier fenómeno o teoría sobre el cielo o la tierra, que duda incluso de la existencia de cielo, tierra, fenómenos o teorías... Confío en haber encontrado la base sólida sobre la que fundamentar mis opiniones... Sin duda, no soy tan dogmático como para negar o afirmar que hay sensaciones..., demasiadas para mi gusto..., pero en cuanto a ir un paso más allá, ya sea por inferencia, deducción, silogismo o síntesis, renuncio a ejercer el oficio de Aracne, y no tejeré más telas de araña sobre mi alma, si es que tengo... ¿Sensaciones? ¿Qué son sino partes de uno mismo, si acaso ese uno existe? ¿Cómo se nos habrá metido en la cabeza esa idea infantil de que hay algo fuera de nosotros que las produce? Porque también las percibimos en sueños, y todo el mundo sabe que los sueños no forman parte de la realidad. No; tú no lo sabes. ¿Cómo te atreves a ser tan dogmático para afirmar una cosa así? ¿Por qué tus sueños no han de ser tan reales como las ideas que se te ocurren en estado de vigilia? ¿Por qué tus sueños no han de ser la realidad, y sueños las ideas que se te pasan por la cabeza cuando velas? ¡Qué más dará!

»¡Qué razón tienes: qué más dará! Durante años he estado escuchando (a menos que haya sido un sueño también, cosa muy probable) los florilegios de esos charlatanes que hacen cabriolas y dan saltos en el vacío sobre la tensa cuerda de la filosofía. No son sino marionetas, articuladas con hilos de metal, *petitiones principii* –peticiones de principio–, que no otra cosa... Cada filósofo cree haber dado con la solución y sigue adelante tan campante como quien ha obtenido un triunfo, jactándose de que más adelante demostrará todo lo que afirma. Claro que su teoría dará con una explicación cabal del universo, el mismo que antes ha cercenado para acomodarlo a su teoría.

Nadie me negará que no lo haya intentado, y más de una vez, alejándome de todo lo más posible..., porque supongo que no se puede caer más bajo que en el sencillo reconocimiento de que “yo soy yo”. Recuerdo, o quizá fuera un sueño, que me ofrecí a Hipatia, dulce sueño también, a deducir cuanto vemos en la tierra, y hasta el número de plumas del ala de un arcángel, con la astronomía de Hiparco en una mano y tan sencilla premisa en la otra, si antes ella discurría la demostración, una especie de  $\pi\upsilon\sigma\tau\omega$  para la cúspide de mi pirámide invertida. Pero no se avino a hacerlo...; la gente siempre se muestra reacia a hacer lo que no quiere... “Era un axioma”, me dijo, “igual que dos y dos son cuatro”. Pasmada se quedó mi dulce ensoñación cuando le espeté que no creía que ninguna de esas dos proposiciones fuera un axioma: lo mismo podíamos decir que dos y dos son cuatro o trescientos sesenta y cinco que afirmar que un hombre, honrado en apariencia, no era un sinvergüenza; y cómo se quedó cuando le expuse que, dado que ella se fiaba de la experiencia universal, a ver cómo se las componía para demostrar que la locura combinada de todos los dementes nunca llegaría a ser sabiduría.

»Supongamos que es cierto, que “yo soy yo” es un axioma. ¿Cómo me atrevo a afirmar que yo soy yo, y no cualquier otro? ¿Cómo lo sé? ¿Cómo sé que hay alguien, aparte de mí, que no soy yo? Yo o, más bien, algo que digo que soy yo siente sensaciones, anhelos, pensamientos, fantasías nuevas a cada instante (al diablo con ellas), y todas pugnan con uñas y dientes entre sí y con todas las demás; a la vista de esa infinita multiplicidad y contradicción que sólo yo percibo, soy tan incoherente que, puesto en pie, exclamo: “yo soy yo”, y juro que nada más soy, aunque sólo el diablo sepa de cuántas cosas así estaré compuesto. ¡De todas las lecciones que nos enseña la experiencia, ésta es la mejor! ¿No sería más filosófico concluir que yo, que nunca he visto, sentido u oído eso a lo que me refiero como mi yo, no soy sino eso, ni más ni menos, que he visto, sentido u oído, que no soy sino la sensación a la que he dado en llamar caballo, hombre muerto, cretino, cuarenta mil bípedos cretinos, a los que veo correr para poner a salvo el pellejo, con la idea de que son alguien, como yo también imaginé, cuando contraje la fea costumbre de imaginar que, como yo, habían contraído el vicio de pensar en mi yo, maldita palabreja. La locura de mis antepasados, si alguno tuve, me impide expresarme de forma más clara...? ¿Por qué no he de ser lo que siento, el cielo, las nubes, el universo entero? ¡Por Hércules, que debo gozar de una sensibilidad creativa fuera de lo común! Tendría que escribir un poema, épico burlesco, desde luego, en no menos de setenta y dos libros; llevaría por título “El universo, o Rafael Aben-Ezra”, y seguiría el modelo del *Margites* de Homero. ¿Cómo que de Homero? ¡Mío! ¿Por qué el *Margites*, como todo lo demás, no ha de ser una de esas sensaciones que tengo? Hipatia solía decir que la poesía de Homero formaba parte de ella..., sólo que no podía probarlo.

Pero yo he demostrado que el *Margites* forma parte de mí aunque no dé por buena mi propia demostración. ¡El escepticismo no lo permite! Pluguiera al cielo aniquilar este universo carente de sentido; sólo de ese modo, cuando todo hubiera desaparecido, sabría por experiencia propia si queda algo de mi yo. ¡No soy más que un insecto, dogmático por más señas! ¿Cómo me atrevo a decir que lo sé y, caso de que así fuera, qué sentido tendría?

»Estoy seguro de que alguien sabría dar con la respuesta adecuada. Si me lo propusiera, hasta yo podría prepararla en media hora. Lo malo es que, luego, no me la creería, ni la réplica ni la contrarréplica. Así que aquí estoy, muerto de sueño y de hambre, o ¿no será más bien que el hambre y el sueño forman parte de mí? Pues, vaya...». Con un enorme bostezo, Rafael dio por concluida su reflexión.

Tan consolador discurso fue pronunciado en un aula que ni a propósito: entre los desnudos muros de una lúgubre torre destruida por el fuego en plena campiña romana, sobre un montón de parda hierba seca, rodeada de unos tristes pinos ennegrecidos por el humo. Allí estaba sentado Rafael Aben-Ezra, esforzándose en resolver de forma definitiva el gran problema que plantea el mundo, a saber, «dada la existencia del yo, demostrar que Dios existe». Desde la arcada de piedra, quicio de una inexistente puerta, disfrutaba de una amplia panorámica de la llanura que se extendía a sus pies, salpicada de árboles caídos, cosechas echadas a perder, quintas aún humeantes y otras tantas y espantosas cicatrices de una guerra reciente. A lo lejos, hacia las tranquilas montañas de color púrpura y el mar plateado que refulgía, a donde se dirigía, observó unas grandes líneas oscuras, manchas que se movían, que tan pronto discurrían juntas como se separaban, o se detenían, para seguir luego distintas trayectorias, masas negras y densas de las que, de vez en cuando, surgía un destello blanco y fugaz. El conde de África había intentado derrotar al Imperio, y había salido trasquilado.

— ¡Espléndido y antiguo sol —exclamó Rafael—, con cuánta alegría bañas en tus destellos las hojas de las espadas que brillan a lo lejos, sin cuidarte de que cada una de esas minúsculas centellas sea portadora del letal estertor! ¿Por qué habría de hacerlo? Nada tiene que ver con él. Son sólo necedades de astrólogos. Bastante tiene el sol con brillar. Su fulgor es una de las pocas sensaciones agradables que aún puedo sentir. Pero ¿qué digo? ¿Cómo puedo afirmarlo tan alegremente?

Mientras así divagaba, una columna avanzaba por la campiña hacia el punto en que se encontraba.

— Si estas nuevas sensaciones que percibo me encuentran aquí, de seguro que producirán en mí una sensación tal que hará que no sienta nada más... Al fin y al cabo, ¿qué mejor cosa podrían hacer por mí?... Ya; pero ¿cómo puedo estar seguro de que será eso lo que hagan? ¿De qué prueba dispongo

para afirmar con certeza que si un fantasma bípedo introduce un rígido espectro de metal en mis sensaciones, ésas serán las últimas que me sea dado experimentar? ¿Que me ponga pálido, permanezca tendido y en silencio y en dos días me convierta en carne de cuervo son razón suficiente para afirmar que no haya de sentir? ¿Y cómo sé que eso sería lo que pasaría? Pero ocurre que percibo determinadas sensaciones en mis pupilas, o será otra cosa, qué más da, que me indican que unos soldados se dirigen hacia aquí. Pero ¿qué analogía puede haber entre lo que parece que hacen esas sensaciones en concreto, a las que llamo soldados, y lo que pueda, o no, pasar con todas esas sensaciones reunidas que he dado en identificar con mi yo? Si apareciese un fantasma y me plantara, ¿acaso por eso tendría que dar yo manzanas? Así las cosas, ¿cómo es que habría de morir, si aparece otro fantasma y me atraviesa las costillas? Sin embargo, tampoco niego dicha posibilidad, puesto que no soy dogmático. Estoy seguro de que esos fantasmas se dirigen a esta torre, así que lo mejor será salir por piernas. En cuanto a que eso implique que deje de sentir —continuó, poniéndose en pie y guardando unos cuantos mendrugos de pan enmohecidos en el morral—, eso, como todo lo demás, está por demostrar. Porque si ahora, cuando me asiste una excusa para decir que cada cosa está en su sitio, me vuelvo loco con este alud de sensaciones, ¿qué no será cuando me hayan devorado y me haya convertido en polvo y, sin duda alguna, en muchas otras cosas, en muy diferentes lugares?... ¿No se multiplicarán entonces las sensaciones de modo intolerable? ¿Estaría dispuesto a jurar que así es, si tuviera algo por lo que jurar! ¡Mutarme en la sensibilidad de cuarenta miserables cuervos Carroñeros, de un par de zorras y de un enorme escarabajo negro! Pondré pies en polvorosa, como haría otro en mis circunstancias..., si ese tal existe. ¡Vamos, Bran!



—*Bran*, ¿dónde andas desdichada e inseparable sensación? ¿Dándote un festín de soldados muertos? Una lástima que este necio y contradictorio gusto mío me impida seguir tu ejemplo, aunque me muera de hambre. ¿Por qué habría de recibir lecciones de mis espectrales soldados y no de mi no menos fantasmagórica perra? ¡Qué incoherencia! ¡*Bran*, *Bran*! — al tiempo que echaba a correr, sin dejar de silbar al animal —. *Bran*, infortunado fantasma que no te desvaneces ni de día ni de noche, que hasta en sueños descansas en mi regazo, y que tampoco permites que me desvanezca y resuelva el dilema, aunque no creo que haya tal. ¿Por qué me sacaste del mar en Ostia? ¿Por qué no permitiste que me transformase en una multitud de cangrejos? ¿Cómo llegamos a saber tú y yo que, a lo peor, no eran criaturas muy afables, que muy sin cuidado les traen las dudas filosóficas? Aunque bien pensado, a lo

mejor no eran cangrejos, sino espectros de tales crustáceos... Por otra parte, si los cangrejos fueran espectros de trato agradable, ¿por qué no habrían de serlo los fantasmagóricos cuervos? Sea lo que sea lo que de esto resulte, bien puedo quedarme aquí y esperar a ver cómo me convierto en cuervo, lo que sin duda habrá de suceder. ¡*Bran!*... ¿De qué vale esperar por ella? ¿Qué placer voy a obtener al sentir una cosa de cuatro patas, piel manchada, orejas cortadas y suave hocico, siempre entre lo que parecen ser mis piernas? ¡Ya está aquí! ¿Dónde andabas, amiga mía? ¿Acaso no me ves dispuesto para ponerme en marcha, cayado y mochila al hombro? ¡Vamos!

Pero la perra, mirándolo como sólo esos animales saben hacerlo, echó a correr hasta la parte de atrás de las ruinas para volver a donde él estaba, y así estuvo, yendo y viniendo, hasta que fue tras ella.

—¿Qué es esto? Una nueva sensación, acompañada de un desquite. Oh, tempestad y nube de apariencias materiales, ¿no os bastaba con las que ya erais que os ha parecido conveniente añadir también éstas? ¡*Bran, Bran!* ¿No podías haber encontrado un día mejor que éste a lo largo del año para regalar mis oídos con los vagidos de, veamos, uno, dos, tres cachorritos que aún no han abierto los ojos?

*Bran* respondió metiendo la cabeza en el hoyo donde, entre traspiés y berridos, se alojaba su nueva familia, llevando uno en la boca y depositándolo a sus pies.

—No hacía falta, te lo aseguro. Me hago cargo de la situación. ¿Cómo? ¿Otro? Perra necia y vieja..., ¿acaso piensas, como las damas de alcurnia, que poblar el mundo de seres ruidosos similares a ti es un motivo de orgullo? ¿No pretenderás que nos llevemos toda la camada?... Pero ¿qué era lo último que estaba pensando? Seguro que mi razonamiento era una contradicción en sí mismo; no podría refutarlo, empero, sin recurrir a los mismos términos que rechazo. Pues vaya... Bueno, ¿y por qué no habría de ser contradictorio, por qué no, vamos a ver? Después de todo, es una posibilidad más que considerar. ¿Por qué no puede haber algo que sea verdadero y falso a la vez? ¿Qué necesidad hay de que sea verdadero? ¿Verdadero? ¿Qué es la verdad? ¿Por qué una incoherencia ilógica habría de ser inferior? ¿Por qué tiene que haber una lógica? ¿Acaso he observado alguna vez, el vuelo de un pequeño insecto que lleve la palabra «lógica» escrita en el lomo? ¿Qué sé de la lógica, excepto que es una sensación de mi propia mente, si es que tal cosa existe? ¿Qué me demuestra que debo seguirla y no ella a mí? Si me pica una pulga, sé cómo librarme de esa sensación; si la lógica no me acomoda, puedo hacer lo mismo. Hay que enseñarles a esas fantasmagorías a desvanecerse con galanura. La única y vaga esperanza de tranquilidad que nos queda pasa por apartarnos levemente de la tiranía de nuestros propios y aburridos conceptos y sensaciones. ¿Qué clase de dios es la lógica, para erigirse en única



excepción?... ¿Qué dices, vieja amiga? Te lo advierto: como mujer consagrada, hoy has de tomar una decisión, mantener los lazos que te unen a los tuyos o cumplir con tu deber.

*Bran* le tiró del borde de la camisola, obligándole a inclinarse sobre los cachorros; tomó uno en la boca y lo llevó a su altura; lo mismo hizo con otro.

— ¡Inconsciente animal! ¿No pretenderás que nos llevemos los cachorros?  
— se dio media vuelta para irse.

*Bran* se sentó sobre la cola y comenzó a aullar.

— ¡Adiós, vieja perra! Después de todo, has sido un sueño muy agradable..., pero si prefieres seguir la senda de todos los fantasmas... —y echó a andar.

Entre brincos y ladridos, *Bran* echó a correr tras él; de repente, se acordó de su camada, y volvió atrás; trató de llevarse a los cachorros de uno en uno en la boca; luego, trató de hacer lo mismo con todos a la vez; al ver que no podía, se sentó de nuevo y comenzó a aullar.

— ¡Vamos, *Bran*! ¡Conmigo, vieja amiga!

La perra echó a correr hasta quedarse a medio camino de donde él estaba, y volvió junto a sus cachorros; de nuevo, corrió hacia él, y otra vez, a medio camino, con el rabo entre las piernas, regresó junto a los suplicantes cachorros, emitiendo un aullido cargado de reproches.

— ¡Por todos los diablos! —exclamó Rafael, recurriendo a palabras algo más ásperas—. ¡Tienes razón! Aquí hay nueve cosas que han venido al mundo; fantasmas o no, el caso es que ahí están, no puedo negarlo. Son algo, igual que tú, vieja perra, o al menos se parecen bastante a algo como para decir que son, igual que tú no eres yo, pero si yo soy, ellos también, hasta donde se me alcanza, y tienen tanto derecho a vivir como yo, ¡y por los siete planetas y todo lo demás, que me los llevaré conmigo!

Y así lo hizo. Envolvió a los cachorros en su manta, y echó a andar, mientras *Bran*, loca de alegría, ladraba, emitía vagidos y brincaba de un lado para otro, corriendo entre las piernas de su amo, estorbándole para andar.

— ¡Adelante! ¡Tú mandas, amiga mía! Ancho es el mundo. Serás mi guía y mi tutora, mi reina de la filosofía, gracias al sentido común que te adorna. ¡Adelante, nueva Hipatia! ¡Te prometo que, en adelante, sólo tendré oídos para tus disertaciones!

Se puso en marcha, tropezando cada poco con algún cadáver, escalando muros para apartarse del camino y dar esquinazo a jinetes amenazantes y vociferantes o a alguna indecente cuadrilla de ladrones, que se dedicaban a despojar y robar a los muertos... Hasta que, al llegar a una enorme mansión de la que sólo quedaba en pie el esqueleto, negro y humeante, saltó un muro y se encontró junto a un montón de cadáveres que se apilaban a lo largo de la cerca de un jardín. Unas tres horas antes, allí había debido de librarse una

feroz contienda.

— ¡Librame de este sufrimiento! ¡Mátame, por piedad! — gimió, lastimera, una voz a sus pies.

Rafael se agachó, y reparó en que el desdichado estaba malherido y mutilado de tal modo que no había esperanza.

— Lo haré, amigo mío, si tal es tu deseo — dijo, al tiempo que sacaba el puñal; el infeliz alargó el cuello y aguardó el golpe fatal con espantosa sonrisa. Sus ojos se encontraron con los de Rafael, éste se vino abajo y se incorporó—. ¿Qué crees que debo hacer, *Bran*? — pero la perra ya estaba lejos, brincando y ladrando—. Te obedeceré — dijo, yendo tras la perra, mientras el herido, angustiado y dirigiéndole una mirada cargada de reproches, le decía que volviese—. No tendrá que esperar mucho. Los ladrones de cadáveres no serán tan escrupulosos como yo... ¡Qué raro! De hacer caso a mis reminiscencias de Armenia, debería mostrarme por encima de esas flaquezas, como cualquiera de mis antepasados, asesinos cananitas... Sin embargo, un innegable espíritu de contradicción me ha impedido acabar con ese pobre hombre, por el mero hecho de que me rogó que lo hiciese... Esa actitud encierra muchas más cosas de las que pueda contener esa pirámide invertida del «yo soy yo»... Olvidemos el asunto. Lo primero que tengo que hacer es aprenderme de memoria las lecciones que me dé la perra. ¿Qué hacemos ahora, *Bran*? ¡Increíble transformación! Esta es la misma y elegante villa por la que pasé ayer por la mañana, con los asientos en el jardín, entre los arriates, tal como los habían dejado las doncellas de la mansión; ahí están los mismos pavos reales y los faisanes plateados, corriendo de un lado para otro, asombrados de que sus preciosas amas no les den de comer. Se van a encontrar con un buen montón de escombros y podredumbre cuando se decidan a volver de Roma; motivos no han de faltarles para quejarse de los horrores de la guerra que ha arrasado sus arbustos, de la brutalidad de la soldadesca que ha matado y se ha comido sus delicadas tórtolas. ¿Y por qué no? ¿Por qué habrían de llorar por otras cosas que no estaba en sus manos remediar, y eran tan irremediables como aquélla? ¡Hombre, ahí veo a un buen mozo tendido bajo ese frutal!

Rafael se acercó hasta un círculo de cadáveres, entre los que yacía, a medias apoyado contra el tronco de un árbol, un alto y apuesto oficial, en la flor de la edad viril. El casco y la coraza, con delicadas incrustaciones de oro, estaban agujereados y abollados por un centenar de golpes; el escudo, hendido de lado a lado; la espada, rota en la mano crispada que la empuñaba. Separado de su tropa, había hecho una última parada bajo aquel árbol; hasta las rodillas cubierto de alegres flores estivales; allí estaba, despatarrado, bajo un manto de rosas marchitas y dorados frutos caídos de las ramas durante la contienda con que, por burla o respeto, lo había cubierto la madre naturaleza.

Rafael hizo un alto, y le dirigió una triste sonrisa.

—¡Cara has vendido tu pretendida identidad, amigo mío! ¿Cuántos mataste? ¿Nueve? ¿Once! ¡Hombre presuntuoso! ¿Quién te metió en la cabeza que tu vida valía tanto como las once que arrebataste?

*Bran* se acercó al cadáver, pensando quizá que, en aquella posición, aún estaría vivo; olisqueó la helada mejilla y se apartó con un triste aullido.

—Bueno, así es como hay que considerar este fenómeno. Después de todo, lamento tu destino..., creo que me habrías caído bien... Todas las heridas en la parte delantera, como corresponde a un hombre hecho y derecho. ¡Pobre mozalbete! ¡Ni *Lais* ni *Thais* volverán a rizarte tus delicados bucles! ¿Qué es ese bajorrelieve que observo en tu escudo? ¡*Venus* recibiendo a *Psique* en la morada de los dioses! ¡A estas alturas, ya habrás descubierto cuánto hay de verdad en lo de las alas de *Psique*...! ¿Cómo sabré yo eso? Y, ¿por qué, a pesar de mi sentido común, si es que aún me queda una pizca, estoy hablando contigo y diciéndole que me caes bien, que me da pena verte así, si nada eres y, probablemente, nunca lo fuiste? *Bran*, ¿cómo te atreves a compadecerte de él sin explicar como es debido las razones que te mueven a hacerlo, como habría hecho *Hipatia*? Te ruego tengas a bien disculparme, joven, pero no puedo dejarte el collar que llevas al cuello para que esos lobos salvajes que andan por ahí sueltos lo conviertan en aguardiente.

Tras lo cual se inclinó y, con delicadeza, le arrebató al guerrero el magnífico collar que llevaba.

—No lo quiero para mí. Como la dorada manzana de *Ate*, se lo daré a quien más se lo merezca. ¡Vamos, *Bran*!

Ató la joya al cuello del mastín que, encantado de la carga que le encomendaban, comenzó a dar saltos y ladridos, eligiendo lo que parecía el camino que los llevaba de regreso a *Ostia*, el mismo por el que habían llegado hasta allí desde la costa. Sin cuidarse de saber a dónde iban, siguió hablando consigo mismo en voz alta, como suelen hacer las personas intranquilas y desasosegadas.

—El hombre se extasía hablando de su dignidad y de su inteligencia, de su celestial parentesco y de sus aspiraciones a lo invisible, a lo hermoso, a lo infinito, a todo lo que no sea como él. Pero ¿de qué pruebas dispone? Seguro que esos canallas que por aquí yacen eran perfectos modelos de humanidad. ¿Y cuánto les preocupó, desde que nacieron, la aspiración a la infinitud, aparte de trasegar vino sin parar? Comer y beber, acabar con unos cuantos de su misma especie, procrear unos cuantos más de la misma progenie, dos tercios de los cuales morirán durante la infancia, infligiendo mortal pena a sus madres y gastos a quienes decían ser sus padres... ¿Qué dice *Salomón*? Que son como las bestias. Igual que el hombre muere, también ellas mueren, que todos respiran el mismo aire y que el hombre no tiene ninguna

preeminencia sobre el animal, porque todo es vanidad. Y todos vuelven al mismo sitio, del polvo nacen todos y, como polvo, se disolverán. ¿Quién puede afirmar con seguridad que el hálito del hombre asciende hasta el cielo, y que el aliento del animal sin duda busca la tierra? ¿Quién, mi sapientísimo antepasado? Yo no, desde luego. Rafael Aben-Ezra, ¿en qué eres mejor que una bestia? ¿Qué te hace a ti más elevado no sólo que esta perra, sino que las pulgas que con tanto desparpajo maldices? Con esfuerzo, el hombre llega a tener cobijo, ropa, fuego... Insuperable demostración de sabiduría la que nos da la pulga que, sin hacer nada, sabe cómo aprovecharse de mi manta mejor que yo. El hombre hace la ropa, y la pulga, en el paño, encuentra acomodo. ¿Cuál de los dos es más sabio? Ya; pero el hombre es un ser caído; no así la pulga. Mejor para ella, porque para eso fue creada y cumple a la perfección con la definición de virtud..., algo que nadie diría, desde luego, de nosotros y nuestras venas azuladas. Incluso si el viejo mito fuese cierto, y el hombre hubiese caído por pretender elevarse por encima de las pulgas, ¿qué demuestra eso, sino su incapacidad? ¿Y las artes y las ciencias...? ¡Monsergas! El estruendo de los sonajeros de esos niños grandes me pone enfermo. Un asno pretencioso por cada generación, que aumenta las tareas y sinsabores de sus semejantes, para acabar muriendo como un loco cualquiera, rodeado de diez millones de brutos y esclavos, tal como lo fueron sus abuelos y como lo serán sus hijos hasta que concluya esta farsa... Lo que ha sido, será; nada nuevo hay bajo el sol... Y en cuanto a sus palacios, ciudades y templos, ¡contempla esta campiña y juzga por ti mismo! Las molestas picaduras de pulga desaparecen al cabo de un rato, igual que el propio insecto. ¿Tanto se diferencian de las mordeduras que nosotros, pulgas humanas, producimos en la corteza de esta vieja tierra? Decimos que hacemos; si no son más que picaduras de pulga... ¿Qué son las obras del hombre sino una especie de sarpullido que producimos en la piel maltrecha de la tierra? ¿Y nosotros, qué sino pulgas grandes que le andan por la piel entre eso que llamamos árboles? ¿Por qué la tierra no ha de ser también un animal? ¿Cómo sé que no lo es? ¿Acaso porque es demasiado grande? ¡Bobadas! ¿Qué es grande, qué es pequeño? ¿Será porque no tiene la forma de un animal?... Contempla la red que lleva un pescador, y observa la variedad de formas que contiene. ¿Será porque no habla?... A lo mejor es que no tiene nada que decir, porque está demasiado ocupada. A lo peor, es que no puede hablar con más juicio que nosotros. En ambos casos, refrena la lengua, señal de sabiduría. ¿Será porque se mueve siempre en la misma dirección?... ¿Y cómo sé que es así? ¿Quién puede afirmar que, en este preciso instante, no está jugueteando con las otras siete esferas? Si eso es lo que está haciendo, más sabia será porque hace lo que más le conviene. ¡Qué incisiva sátira de nosotros y nuestros conceptos de belleza y justicia decir que algo no es un ser vivo y racional sólo porque sigue

el camino que se ha trazado, en lugar de vagar y desplazarse a su antojo, sin método ni concierto, como las pulgas y nosotros, desde que nacemos hasta que morimos! Por otra parte, si como el resto del mundo das por bueno que las pulgas son menos nobles que los seres humanos porque son parásitos, habrás de conceder que somos menos nobles que la tierra, puesto que somos sus parásitos... Está claro que esto parece más evidente que aquello a lo que tantas y tantas vueltas di durante tantos días... Por lo mismo, ¿cómo sabemos que los terremotos, las inundaciones y las pestes no son sino otros tantos medios con que cuenta el viejo y sabio animal que es el mundo que pisamos para rascarse cuando las pulgas humanas, con sus palacios y sus ciudades, lo molestan en demasía con sus picaduras?

En un recodo del camino, un grito vino a sacarlo de tan fructífera meditación, una voz aguda le permitió distinguir que de una mujer se trataba. Alzó los ojos y, entre las humeantes ruinas de una granja, vio cómo dos rufianes se llevaban a una joven, con las manos atadas a la espalda, mientras la infeliz no apartaba su compasiva mirada de los escombros, tratando en vano, sujeta como estaba, de librarse de sus captores y volver sobre sus pasos.

— Conducta injustificable en toda clase de pulgas, ¿no es así, *Bran*? ¿Cómo estar seguro, sin embargo? ¿Por qué no habría de ser una buena jugada del destino, si dispusiese de la serenidad necesaria para reconocerla como tal? ¿Cuál será su destino? Acabará en Roma, donde la venderán como esclava... Y, salvo algunas incomodidades derivadas del traslado y los prejuicios de algunas personas a pasarse una hora en el mercado, con la ropa imprescindible para que las toqueteen por todas partes, seguro que estará mucho mejor alojada, alimentada, aderezada y tratada según su forma de ver las cosas que noventa y nueve de cada cien de sus hermanas pulgas..., hasta que empiece a envejecer, cosa que sucederá inevitablemente... Y si, para entonces, no ha encontrado la forma de que su amo le devuelva la libertad y no ha reunido algunos ahorros durante ese tiempo, sólo de ella será la culpa, ¿no es así, *Bran*?

*Bran* disentía por completo de su amo en ese caso. Tras haber observado la escena durante un par de minutos, con la cabeza vuelta de aquel lado, se abalanzó sobre los dos rufianes, repentina y sigilosamente, como suelen hacer los mastines, y derribó a uno de ellos.

— He ahí un ejemplo de eso a lo que en Alejandría se refieren como «lo bello y lo hermoso». Está bien; seguiré tu ejemplo. Por lo menos tus lecciones son más prácticas que lo fueron nunca las disertaciones de Hiparíá. ¡Quiera el cielo que no haya otros truhanes en esas ruinas! — y, precipitándose sobre el segundo rufián, le asestó una puñalada y lo dejó seco, al tiempo que se volvía sobre el primero, a quien tenía sujeto por el cuello.

— ¡Misericordia, misericordia! ¡Deja que viva! — suplicó el bribón.

— A media milla de aquí, me encontré con uno que me rogaba que lo matase. ¿A cuál de los dos deberé complacer? Porque es imposible que ambos tengáis razón.

— ¡La vida! ¡Deja que viva!

— Es un apetito carnal que el hombre debe aprender a dominar — dijo Rafael, alzando el puñal...

Al instante, estaba liquidado; *Bran* y él se pusieron en pie...

¿Dónde había ido la mujer? Había vuelto a las minas a todo correr. Rafael fue tras ella, mientras *Bran* se quedaba junto a sus cachorros, que había dejado encima de una piedra, para prodigarles sus maternales cuidados.

— ¿Qué buscas, muchacha? — le preguntó en latín—. No voy a hacerte daño.

— ¡A mi padre, a mi padre!

Le desató las hinchadas y magulladas muñecas, y la joven, sin darle las gracias siquiera, corrió hacia un montón de piedras y vigas caídas y empezó a cavar como una loca con sus mermadas fuerzas, llamando sin cesar a su padre.

— ¡Tal es la gratitud que una pulga demuestra a otra de su especie! ¿Por qué por el mero hecho de haber adquirido la costumbre de llamar padre a otra persona, en vez de amo o esclavo, desata semejante pasión?... ¡Instinto animal!... ¿Qué servicios puede prestar o ha prestado ese hombre para recibir semejante trato?... Pero ¡aquí está *Bran*! ¿Qué opinión te merece tal actitud, filósofa mía?

*Bran* se sentó y se quedó mirando. De tanto retirar piedras, la joven tenía ensangrentadas sus delicadas manos, mientras sus doradas trenzas, cayéndole sobre los ojos, se le enredaban entre sus impacientes dedos. Pero no interrumpió la faena. De repente, la perra pareció darse cuenta de lo que pasaba y, dispuesta a rescatar al hombre, empezó a escarbar escombros con todas sus fuerzas. Encogiéndose de hombros, Rafael se puso en pie y les echó una mano.



— ¡Malditos instintos animales! ¡Hay que ver los esfuerzos que nos llevan a hacer! Pero ¿qué es esto?

De debajo de las piedras, les llegó un leve gemido, y enseguida descubrieron el cuerpo de un hombre. La joven se abalanzó sobre él, repitiendo a gritos el nombre de su padre. Rafael la retiró con delicadeza y, echando mano de todas sus fuerzas, sacó de entre las ruinas a un hombre anciano pero fornido que vestía un uniforme de oficial de alto grado.

Aún respiraba. La joven le levantó la cabeza y se lo comió a besos. Rafael echó un vistazo a su alrededor en busca de agua; descubrió un manantial y un trozo de loza, y humedeció las sienes del herido hasta que éste abrió los ojos y dio señales de vida.

La joven estaba sentada a su lado, acariciando su recobrado tesoro, mientras sus lágrimas resbalaban por el rostro del anciano.

— ¡Nada pintamos aquí! — dijo Rafael —. ¡Vamos, *Bran*!

La joven se arrojó a sus pies, le besó las manos, proclamando que era su salvador, su libertador, un enviado de Dios.

— Nada de eso, querida niña. Debes darle las gracias a la perra, mi maestra, no a mí.

La muchacha le tomó la palabra y rodeó con sus suaves brazos el pescuezo de *Bran*, que aceptó el gesto, meneó la cola y, con cariño, lamió el dulce rostro de la joven.

— ¡Todo esto me parece absurdo, intolerable! — exclamó Rafael —. Debemos irnos, *Bran*.

— No irás a dejarnos, no vas a permitir que este anciano muera aquí.

— ¿Por qué no? ¿Qué mejor destino podría anhelar?

— Ninguno — musitó el oficial, abriendo la boca por vez primera.

— ¡Por Dios, es mi padre!

— ¿Y qué?

— Que es mi padre.

— ¿Y?

— Que has de salvarlo, y eso es lo que harás — añadió, sujetándole por el brazo con la fuerza de su pasión filial.

Rafael se encogió de hombros y, sin saber por qué, se sintió en la maravillosa obligación de obedecerla.

— Nada tengo que hacer, así que lo mismo me da eso que cualquier otra cosa. ¿Adónde vamos, amigo?

— Donde quieras. Nuestras tropas han sido derrotadas, nuestras águilas han caído en manos del enemigo. Somos tus prisioneros de guerra e iremos adonde nos lleves.

— ¡Maldita sea mi suerte! ¡Una nueva responsabilidad! ¿Por qué no podré deambular de un sitio a otro sin verme libre de animales vivos, de pulgas para arriba, que se adhieran a mí? No me bastaba con cargar con nueve cachorros que aún no han abierto los ojos y un animal viejo que me sigue a todas partes y parece empeñado en salvarme la vida, sino que, de paso, debo cargar con un respetable y anciano rebelde y su hija. ¿Por qué el destino no consentirá en dejarme mirar sólo por mí mismo? Amigo, sois libres los dos. El mundo es bastante ancho para todos. No quiero rescate alguno.

— Hablas como un filósofo, joven.

—¿Yo? ¡No lo quiera el cielo! Ya me he arrastrado por ese cenagal y acabo de salir de eso. Para quitarme las postreras manchas de ese lodo que aún me quedaban, por suerte no he necesitado de azufre ni exorcismos: me ha bastado con tus soldados y su actuación de esta mañana. En este mundo de locos, la filosofía está de sobra.

—¿Te incluyes entre ellos?

—Claro que sí, respetable anciano. No pienses que me considero una excepción y, si encuentro el modo de demostrarte mi locura, ten por seguro que no dejaré de hacerlo.

—En ese caso, ayúdanos, a mi hija y a mí, a llegar a Ostia.

—Excelente prueba, sin duda. Mi perra parece haber tomado ese camino y, a fin de cuentas, creo que estás dotado de la suficiente dosis de imbecilidad humana como para ser un digno compañero de viaje. Confío en que no pretenderás dártelas de sabio.

—¡Bien sabe Dios que no! ¿No ves que formo parte del ejército de Heracliano?

—Es cierto y, a tu lado, esta joven se ha vuelto tan loca que ha contagiado el mal a mi perra.

—Así seremos tres los locos que juntos hagamos el camino.

—Y, como es natural, el más loco de todos será quien ayude a los demás. Pero ya tengo nueve cachorros en la familia. ¿Cómo me las arreglaré para llevaros a todos?

—Yo me encargo de los cachorros —dijo la joven.

*Bran*, tras observar el cambio con ojos recelosos, pareció darse por satisfecha y colocó la cabeza bajo la mano de la muchacha.

—¿Te fías de ella, *Bran*? —preguntó Rafael, en voz baja—. Porque si exiges de mí semejante necedad, tendré que dar tus lecciones por concluidas. Mira, por allí va una mula sin dueño; nada impide que la pongamos a nuestro servicio.

Se hizo con la mula, montó al herido a lomos del animal y se pusieron en marcha, apartándose de la vía principal y siguiendo un sendero que, según el oficial, que parecía moverse con soltura por aquellos parajes, les llevaría a Ostia de seguro y por una ruta menos transitada.

—Si llegamos antes de la puesta del sol, estaremos a salvo —dijo.

—Hasta entonces —comentó Rafael—, entre la perra y este puñal que, como tendré el cuidado de advertir a quienquiera que aparezca, está sutilmente emponzoñado, nos veremos libres de merodeadores. —«De todos modos, soy un loco entrometido —pensó para sus adentros—. ¿Por qué he de ocuparme de este rebelde incircunciso? Lo menos que me puede pasar, si nos atrapan, cosa que, con toda probabilidad, ocurrirá, es que acabe mis días en una cruz por haberle ayudado a escapar. Incluso si salimos con bien de ésta,



un nuevo lazo me unirá a esas pulgas de las que había preferido apartarme pasando hambre y miserias. ¿Quién sabe en qué acallará lodo? ¡Bah! Ese hombre será como todos. Seguro que antes de que concluya el día, se habrá comportado como un desagradecido, tratará de hacerme creer que es un héroe de pacotilla, o me proporcionará alguna buena excusa para decirle hasta la vista. Por otra parte, no deja de tener su mérito encontrarse con una persona que parece respetable y su joven hija en esta tierra extranjera a donde los ha conducido ese demente, y siento curiosidad por saber con qué variedad de pulgas habré de asociarlo...».

Mientras Aben-Ezra hacía tales cábalas sobre el padre, no dejaba tampoco de pensar en la hija, y más de una vez sus ojos se posaron en ella. Indudablemente, era una muchacha muy hermosa. Aunque sus facciones no eran tan perfectas como las de Hipatia, ni tan imponente en estatura, en su rostro brillaba una expresión de inequívoca y feliz determinación al tiempo que una dulzura y una modestia que nunca antes había observado en un mismo semblante. Al verle caminar con paso firme y ligero al lado de su padre, con las pobladas trenzas recogidas para andar más cómoda, riéndose al contemplar la ruidosa agitación de la carga que llevaba en las manos y mirando extasiada, al mismo tiempo, el rostro de su padre, que se recuperaba por momentos, Rafael no podía por menos que mirar una y otra vez, sorprendido al encontrar como respuesta una sonrisa de clara y flanea gratitud que nada tenía que ver con la gazmoñería ni con el coqueteo.

«Toda una mujer —pensó Rafael—, aunque no de ciudad. Es un reflejo de la naturaleza, o de algo puro e inmaculado, libre de las convenciones y aderezos humanos —y, mientras la miraba, le bastaba con contemplarla para sentir un cosquilleo en su interior que no había experimentado desde hacía mucho tiempo—. Está claro que sólo í un necio puede hallar placer en que sonrían otras pulgas como él... ¡Qué burro soy! ¡Como si no hubiese bebido hasta las heces de esa agua estancada y durante años!».

Caminaron en silencio durante un buen rato, hasta que el oficial, vuelto hacia él, le dijo:

— ¿Me permitirás que te pregunte quién eres, tú, a quien debo la vida y a quien antes habría dado las gracias de no habérmelo impedido esta confusión que ya se me va pasando?

— Una pulga, amigo mío, una pulga. Nada más.

— Mas patricia, sin duda, a juzgar por tu manera de expresarte y tus modales.

— No exactamente. He sido rico, como suele decirse, y podré volver a serlo, o eso dicen, cuando mi locura llegue al extremo de desearlo.

— Si nosotros fuésemos ricos... —suspiró la joven.

— Serías muy desdichada, mi joven amiga. Haz caso de lo que te dice una

pulga que ha pasado por eso.

— ¡Pero estaríamos en condiciones de rescatar a mi hermano, mientras que ahora no reuniremos dinero hasta que no volvamos a África!

— Y ni siquiera — comentó el oficial, en voz baja —. ¿Acaso has olvidado, pobre hija mía, que hipotecué todos mis bienes para reclutar mi legión? Hay que aceptar las cosas como son.

— Lo han hecho prisionero; lo venderán como esclavo o, quién sabe, a lo peor lo crucifican, porque no es romano — y se echó a llorar amargamente; de repente, se secó las lágrimas, y alzó de nuevo los ojos, limpios y brillantes —. ¡Perdóname, padre! ¡Dios velará por los suyos!

— Mi querida joven — intervino Rafael —, si tan preocupada estás por la suerte que pueda correr tu hermano y necesitas algo de sucio dinero para remediarlo, quizá pueda serte de alguna ayuda en Ostia.

La joven le miró con ojos incrédulos, sin apartar la vista de los harapos que llevaba; ruborizada, al instante le pidió perdón por lo que se le había pasado por la cabeza.

— Como gustes, pero mi perra ha sido tan cariñosa contigo que quizá no tenga inconveniente en regalarte el collar que lleva. Iré a ver a los rabinos, y ya está. Así que no llores. No me gusta ver a nadie llorando, y bastante tengo con el coro de vagidos de los cachorros en tan trágicas circunstancias.

— ¿Los rabinos? ¿Eres judío? — le preguntó el oficial.

— Así es, amigo, y tú, cristiano, si no he entendido mal. Quizá tengas escrúpulos de aceptar la oferta, aunque los de tu secta no suelen tenerlos, en tales casos, de una persona de nuestra obstinada y descreída raza. No tengas remordimiento. Te aseguro que soy tan poco judío de corazón como cristiano.

— ¡Que Dios te ayude!

— Alguien, o algo, ha tenido a bien ayudarme en demasía durante los treinta y tres años de vida regalada que he llevado. Perdóname si te digo que tus palabras no son propias de un cristiano.

— Tendrás que ser un buen judío antes de ser un buen cristiano.

— No lo niego. Pero no trato de ser ni lo uno ni lo otro, ni tampoco un buen pagano. Querido amigo, dejemos de lado este asunto, que está por encima de mis capacidades. Con tal de que llegue a ser tan buen animal como mi perra (suponiendo que alguien haya demostrado que sea bueno ser bueno), me daré por satisfecho.

El oficial se le quedó mirando con digna y afectuosa compasión. Al darse cuenta, Rafael comprendió que no se hallaba en presencia de un hombre corriente.

— Habré de medir mis palabras, me temo, a no ser que quiera verme enredado en uno de esos diálogos socráticos... Así que permíteme que ahora sea yo, amigo mío, quien te pregunte quién eres. Desde luego, entre mis

intenciones no entra la de entregarte a un César, a un Antíoco, a un Tiglath-Pileser, ni a cualquiera de esas pulgas que se complacen en devorar a sus semejantes... Ya están bastante gordas como para necesitar tu sangre. Te lo pregunto como el estudiante que soy de esa gran nada a que los hombres llaman universo.

—Esta mañana, era prefecto de una legión. Quién sea ahora, ya lo estás viendo.

—Eso es, precisamente, lo que no sé. Me asombro al ver que no estás amargado cuando, según todas las analogías de pulgas que se me vienen a la mente, deberías estar lamentándote de tu suerte, como Aquiles a orillas de la Estigia, o pretendiendo sonreír y sobrellevarlo, como me enseñaron cuando me dedicaba a jugar a los estoicos. Sin duda no perteneces a esa escuela, puesto que hace un momento confesaste ser un necio.

—Y perderías mucho tiempo, antes de que arrancases tal confesión a uno de ellos, ¿no es así? Bien; tómame por loco. Pero si Dios nos ayuda y llegamos a Ostia, ¿por qué no habría de estar contento?

—¿Por qué habrías de estarlo?

—¿Qué mejor cosa puede pasarle a un necio que su Dios le haga ver que tal es, aun cuando él pensase que era el más sabio de los sabios? Escucha lo que voy a decirte, amigo. Tan sólo hace cuatro meses, disfrutaba de salud, honores, tierras, amigos, todo lo que el corazón de un hombre puede desear. Y si por malsana ambición, preferí jugármelo todo en vez de seguir los atinados consejos del amigo más sincero y el más sabio de los santos de Dios que pisa la tierra, ¿no debo alegrarme de que Dios me haya enviado semejante prueba, aun valiéndose de tan amarga lección, a saber, que ese amigo que nunca me había engañado también tenía razón en este caso? ¿Que el Dios que, durante cuarenta años, me ha librado de pesados trabajos y guerras en tanto que me atrevía a decidir lo que, a mis ojos, era justo, no se ha olvidado de mí todavía, ni ha renunciado a la ingrata tarea de educarme?

—¿Y quién es ese amigo incomparable?

—Agustín de Hipona.

—¡Vaya! El mundo habría salido ganando si ese gran dialéctico hubiera empleado toda su capacidad de convicción con Heracliano.

—Lo hizo, pero en vano.

—No lo dudo. Conozco al refinado conde lo suficiente como para saber qué efecto habría de producir tal sermón sobre su aterciopelada pero vulpina determinación... Somos un instrumento en manos de Dios, hermano... Debemos acatar sus mandatos aunque nos vaya la vida en ello, etcétera —y Rafael se echó a reír, con amargura.

—¿Conoces al conde?

—Tanto como a cualquiera de mis semejantes, amigo mío.

—En ese caso, lamento que no veas más allá —repuso el prefecto, muy serio—, que tu sagacidad no haya profundizado más en su augusto carácter.

—Amigo mío, ninguna duda albergo sobre su carácter, cuánto menos sobre sus ideas. ¡Qué bien supo elegir el momento adecuado para apuñalar a su compañero, el anciano Estilicón! Pero, sin duda, como hombres de mundo que somos, a estas alturas ambos sabemos que todo hombre tiene su precio...

—¡Calla, calla! —musitó la joven—. ¡Ni te imaginas el daño que le estás haciendo! Es un hombre del conde. No fue la ambición, como dice, sino la lealtad lo que le guió hasta aquí, en contra de su propio criterio.

—Querida joven, perdóname. Por consideración a ti, me callo...

«¡Por consideración a ella! ¡Qué bien me ha quedado! ¿Y ahora? —pensó—. ¡*Bran, Bran*, tú tienes la culpa de esta situación!».

—¿Por consideración hacia mí? ¿Y por qué no por consideración a ti mismo? ¡Qué triste es ver a una persona de tu clase mofándose de los demás y diciendo despropósitos!

—¿Por qué? Si los locos, locos son, y así los llamamos, ¿qué nos impide hacerlo?

—Si Dios fue lo bastante misericordioso para enviar a su Hijo a la muerte por nosotros, ¿no seremos lo bastante clementes para no juzgar a los hombres con excesiva dureza?

—Querida joven, ahórrale tus nuevas teorías antropológicas a este filósofo de vuelta de todo. Debemos darnos prisa, si queremos llegar a Ostia esta noche.

Por la razón que fuese, el caso es que Rafael no volvió a chancearse durante cosa de media hora.

Mucho antes de que llegasen a Ostia, la noche se les echó encima la situación en que se encontraban ya no les pareció tan segura. De vez en cuando atisbaban la furtiva silueta espectral de un lobo que, camino de su horrible festín, salía de las tinieblas para volver a sumergirse en ellas, en cuanto *Bran*, con un gruñido, le enseñaba sus blancos dientes. Más tarde, en mitad de la noche, oyeron las voces groseras y escandalosas de una partida de merodeadores, que les puso en un brete, obligándoles a detenerse. Hasta que pasó lo peor: la acompasada marcha de una columna imperial empezó a retumbar como un trueno lejano por la llanura. ¡Iban camino de Ostia! ¿Qué sucedería si llegaban antes de que el ejército derrotado se hubiera reagrupado y pudiera defenderse mientras embarcaba? ¿Qué pasaría si...? Mil cavilaciones, a cuál más espantosa, se agolparon en sus cabezas.

—Supongamos por un momento que las puertas de Ostia estén cerradas y las tropas imperiales acampadas fuera —dijo Rafael, a media voz, como hablando consigo mismo.

—Dios velará por los suyos —contestó la muchacha y, aunque era de la

opinión que cada vez tenían menos posibilidades de escapar de allí, Rafael no tuvo agallas para arrebatarse la esperanza. La joven estaba cansada; la mula también; mientras arrastraban los pies con la convicción de que la columna llegaría a Ostia al menos una hora antes que ellos para unirse a la avanzadilla de quienes iban en pos de las tropas de Heracliano para tomar parte en el asalto a la ciudad, la joven se apoyaba cada vez con más frecuencia en el brazo de Rafael. Ni rastro quedaba de su calzado, el menos adecuado para semejante caminata, y ensangrentada era la huella que dejaban sus delicados pies. Rafael se dio cuenta por su andar vacilante, reparando al tiempo que ni un murmullo ni un quejido salían de su boca. Pero no estaba en condiciones de ayudarla, y comenzó a echar pestes de la ocurrencia que le había llevado a desprenderse de las sandalias, indigno aditamento para la supuesta independencia de un cínico.

Siguieron, pues, caminando, mientras Rafael y el prefecto, adivinando los lúgubres pensamientos que albergaba el otro, daban gracias a la oscuridad que impedía que la joven contemplase sus rostros desencajados; por su parte, ella seguía hablando alegremente, casi risueña, con su silente padre.

Hasta que la pobre pisó una piedra más puntiaguda que las demás y, dando un grito, cayó al suelo. Rafael la levantó; ella trató de seguir adelante, pero volvió a caer... ¿Qué podían hacer?

—Lo que me temía —dijo el prefecto, lenta y gravemente—. Escúchame, tú, judío, cristiano, filósofo o lo que seas. Dios parece haberte dotado de un corazón del que puedo fiarme. Te confío a esta joven... Tuya es, lo mismo que mía, por derecho de conquista. Móntala en la mula y huye a toda prisa donde te plazca, porque Dios irá con vosotros a todas partes. ¡Ojalá te dispense el mismo trato que tú habrás de darle en el futuro! ¡Morir es lo mejor que puede hacer este viejo y derrotado soldado!

Trató de bajarse de la caballería, pero tan débil lo habían dejado las heridas que tuvo que abrazarse al cuello de la mula. Entre los dos, Rafael y la joven, lo ayudaron a enderezarse.

—¡Padre, padre! ¡No puedo creer que seas tan cruel! ¿De verdad piensas que he venido contigo desde África, sin hacer caso de tus súplicas, para abandonarte en estas circunstancias?

—¡Hija, te lo ordeno!

La joven se quedó donde estaba y guardó silencio.

—¿Desde cuando has aprendido a desobedecerme? Joven, ayuda a desmontar a este anciano derrotado para que pueda morir en el sitio que le corresponde..., en el campo de batalla, como le ordenó su general.

Anegada en llanto, la joven se sentó en medio del camino.

—Ya veo que tendré que hacerlo por mi cuenta —dijo el padre, dejándose caer al suelo—. La autoridad ha de ceder a la humillación de la vejez.

Victoria, ¿acaso crees que no le basta a tu padre con los pecados de que tiene que rendir cuentas para que trates de que se presente ante Dios con las manos manchadas de tu sangre?

Sin dejar de llorar, la muchacha no se movió de donde estaba, mientras Rafael, tras mil cavilaciones, trataba de convencerse de que aquella situación nada tenía que ver con él.

— Me he puesto — dijo al fin — al servicio de cualquiera de vosotros dos, o de ambos, a vida o muerte. Lo único que os pido es que acabéis de una vez... ¡Por todos los diablos! Nuestra suerte está echada.

Mientras así hablaba, el estruendo de los cascos y las armas de la columna de caballería parecía cada vez más próximo.

Fragilidad y sufrimientos olvidados, Victoria se puso en pie.

— ¡Nos queda una posibilidad..., una sola posibilidad de que salga con bien de ésta! ¡Ayúdame a llevarlo hasta esa cuneta, y quédate con él, mientras yo voy al encuentro de los jinetes! Mi muerte los entretendrá durante un rato, y tú podrás ponerlo a salvo.

— ¿Tu muerte? — exclamó Rafael, sujetándola por el brazo —. Si pensara que...

— Dios protegerá a los suyos — repuso la joven con serenidad, al tiempo que se llevaba un dedo a los labios para, con la fuerza de su temeridad, soltarse de las garras del hombre y desaparecer en la oscuridad de la noche.

Su padre trató de seguirla, pero cayó de bruces, sollozando. Rafael lo levantó y lo arrastró hasta el escarpado talud. Le temblaban las piernas, y un leve sudor le corría por todo el cuerpo... Pasó un momento que se le antojó un siglo... El estruendo de la caballería se oía cada vez más cerca... Un repentino rayo de luna les permitió ver a la joven, de pie y con los brazos abiertos, ante las cabezas de los corceles. Una luz celestial parecía bañarla por entero..., ¿o eran las lágrimas que le nublaban la visión? Oyeron entonces el pateo de los caballos que refrenaban el paso por el sendero... Volvió la cara hacia el otro lado y cerró los ojos...

— ¿Quién eres?

— Victoria, la hija de Mayórico, el prefecto.

La joven hablaba con voz queda, pero tan clara y serena que cada sílaba resonó en los oídos de Aben-Ezra...

Hubo un grito, un chillido más bien, seguido del murmullo de muchas voces. Aun a su pesar, Rafael alzó los ojos: un jinete había echado pie a tierra y llevaba a Victoria en brazos. Su corazón de hombre, durante tantos años adormecido, cobró nueva vida en el interior de su pecho y, blandiendo el puñal, corrió hacia la columna.

— ¡Miserables! ¡Malditos perros! ¡No lo permitiré! ¡Antes muerta!

La hoja brilló sobre la cabeza de Victoria..., en el mismo instante en que,

medio aturdido y ciego, cayó al suelo, para volver a levantarse con furioso ímpetu... ¿De quién eran aquellos suaves brazos que lo rodeaban? ¡Eran los de Victoria! ¿Qué estaba pasando?

—¡No lo mates! ¡Perdónale la vida! ¡Él fue quien nos salvó! ¡Es mi hermano, amigo mío! ¡Estamos a salvo! ¡No le hagas nada a la perra! ¡Ha salvado la vida de nuestro padre!

—¡Los dos hemos debido de equivocarnos, amigo! —exclamó un joven tribuno, con voz trémula de alegría—. ¿Dónde está mi padre?

—¡A cincuenta varas de aquí! ¡Quieta, *Bran*, deja de ladrar! Oh, Salomón, antepasado mío, ¿cómo no me has impedido hacer el tonto de esta manera? ¡Para justificarme, tendré que continuar con la farsa!

Poco sentido tiene dar cuenta de lo que pasó en los cinco minutos siguientes, el caso es que, transcurrido ese tiempo, Rafael se encontró a lomos de un magnífico corcel de guerra, cabalgando junto al joven tribuno que, delante de él, llevaba a Victoria. Mientras, dos soldados sostenían al prefecto en la mula, tratando de convencer a tan porfiado animal portador de cargas de que no era tan incapaz de trotar como se había imaginado, valiéndose de la argumentación combinada de un trago de vino y las puntas de sus espadas, mientras no dejaban de jalear a su herido general, besándole las manos y los pies.

—Bien parece que los soldados de tu padre hubieran contraído una deuda de gratitud con él. Supongo que no será por haberlos obligado a acampar en el sitio más adecuado para salir por piernas...

—¡Pobres desgraciados! —repuso el tribuno—. Hemos pasado más miedo que leyendo los escritos de Arriano o Polibio. Más que general, ha sido un padre para ellos. No es muy común que veinte valientes de un ejército derrotado se presten voluntarios para retroceder y dirigirse hacia las filas enemigas en busca de un anciano, guiados sólo por la esperanza de que aún siga con vida.

—¿Así que sabíais dónde encontramos? —preguntó Victoria.

—Algunos lo sabían. Él mismo nos indicó ayer este sendero poco transitado cuando decidió dónde debíamos acampar, diciéndonos que tal vez nos sería útil llegado el caso, como así ha sucedido.

—Me dijeron que te habían hecho prisionero. ¡No sabes lo mal que lo he pasado a cuenta tuya!

—¡No digas tonterías! ¿De verdad pensaste que el hijo de mi padre se habría dejado atrapar con vida? Con la vanguardia de la tropa, trepé por los muros del huerto y salimos a la llanura hace tres horas.

—¿No te había dicho —comentó la joven, inclinándose hacia Rafael— que Dios vela por los suyos?

—Cierto —contestó éste, antes de sumirse en una prolongada y muda

reflexión.



## CAPÍTULO XIV.

### Cantos de sirena

CUATRO MESES LLEVABAN Hipatia y Filamón metidos en sus cosas, rodeados de hechos tan habituales y anodinos que no merece la pena detenerse en ellos. Ciñámonos, pues, sólo a las consecuencias de los más sobresalientes.

El fornido y altivo hijo del desierto se había convertido en un alumno pálido y reflexivo, de exhausta memoria, abrumado por el peso de abstrusas ideas, y eso que sólo se trataba de recuerdos recientes. Tras pisar el aula de Hipatia y adentrarse en los espléndidos reinos del pensamiento griego, le había parecido que una nueva vida se abría ante él. Cada día que pasaba, el cenobio, Pambo y Arsenio se le antojaban siniestros fantasmas de una existencia anterior que se desvanecían, merced a la irrupción de nuevas y sorprendentes revelaciones.

Aunque los amigos y las escenas de su infancia con tanta presteza habían desaparecido tras el horizonte, no se sentía solo. Su corazón había encontrado una morada más grata, si no más saludable, que la que lo había acogido hasta entonces. Durante aquellos cuatro meses de reposado estudio, entre Hipatia y el hermoso joven había nacido una pura y sin embargo apasionada amistad, para las que, como san Agustín, podemos utilizar el sagrado nombre de «amor», pues si sanas y santas son cuando surgen entre muchachos, o muchachas, alcanzan la perfección cuando de las de un hombre y una mujer se trata. La desinteresada admiración que una doncella puede sentir por un recio y santo cura o por un muchacho rebotante de ilusiones puede confundir a la sabia y dulce matrona que, en el trajín de la vida, al señuelo de la belleza y con doméstica preocupación, le asiste con palabras de consejo y ánimo tales que, aparte del amor de los esposos, no hay lazos más estrechos en el mundo. Y esta relación, más maternal que fraterna, era la que, con sus doradas cadenas, se había instalado entre Filamón y la maravillosa doncella de Alejandría.

Desde que el joven había comenzado a frecuentar el aula, había adaptado su discurso a las necesidades espirituales que intuía que el chico necesitaba;

cuando le hacía un guiño, para resaltar la importancia de lo que se disponía a decir, al muchacho se le aceleraba el pulso, pensando que sólo hablaba para él. No había pasado un mes cuando, asombrada por la atención que prestaba a todo lo que decía, había convencido a su padre para que le hiciese un hueco en la biblioteca, como alumno suyo, entre los jóvenes que copiaban y, de paso, estudiaban, los escritos de los autores de moda entonces.

Al principio, casi no lo veía; desde luego, con menor frecuencia de lo que habría deseado; tenía miedo de las habladurías de paganos y cristianos, y se limitaba a preguntar a su padre por el muchacho todos los días. Cuando, en ocasiones, entraba un momento en la biblioteca y lo veía en su sitio, o pasaba a su lado, cuando se dirigía al Museo, sus miradas —un delicado gesto de aprobación por parte de Hipatia, una gratitud infinita en los ojos del muchacho— se cruzaban y ambos se daban por satisfechos. Su hechizo avanzaba con paso firme: estaba demasiado segura del propósito que la guiaba y de sus encantos como para acelerar el tránsito hacia aquello que con tanto entusiasmo perseguía.

«Habré de empezar por el principio, como todos —pensaba—. Matemáticas y Parmenides es lo más apropiado. Sin un conocimiento adecuado de las ciencias, no adquiriré la fe necesaria en esos dioses que, algún día, le presentaré, de forma que ponga su ignorancia y fanatismo cristianos, groseros y sin desbastar, al servicio de esos dioses a cuyo altar sólo pueden acercarse los hombres debidamente purificados, tras detenerse en los sucesivos zaguanes de la ciencia y la filosofía».

Al poco, no obstante, fuertemente atraída por él y deseosa de atraerlo hacia ella, recurrió al joven para que le copiase los manuscritos que debía utilizar. Le enviaba sus clases y disertaciones, corregidas de su puño y letra, que Filamón llevaba a la pequeña buhardilla que ocupaba en casa de Eudaimón, donde las exhibía como trofeos ante la reverente y ávida mirada del recadero. Y a eso se dedicaba, día y noche, dándose por bien pagado con una simple sonrisa o una palabra de aprobación, a cambio de una semana de duro trabajo, momento en que regresaba a casa donde se explayaba con su anfitrión en el inagotable tema de conversación que ambos tenían en común: Hipatia y sus virtudes. En su delirio, abundaba en lo mismo con sus compañeros, que lo hacían de menos con sus modales refinados y su moralidad, de los que recelaba y con razón. Anhelaba echar a correr por las calles y proclamar ante todo el mundo el tesoro que había encontrado, para invitarles a acercarse y compartirlo con ellos. Su amor era tan puro, que no había lugar para los celos. Aunque hubiese visto a Hipatia prodigando miles de favores mucho más importantes que los que él había recibido, se habría alegrado al pensar que en la tierra había tantos seres tan felices como él, y los habría amado a todos como hermanos por ser merecedores de sus atenciones.

En cuanto a su belleza física, una vez pasado el primer arrebato, dejó de hablar de ella, incluso de pensar en su hermosura; pues claro que era hermosa, faltaría más: el aderezo natural de las gracias que la adornaban. Pero, para él, su belleza era como la sonrisa maternal de una madre con su hijo, la luz del sol para la alondra, la brisa de las montañas para el cazador, un elemento más de inspiración del que se saciaba sin darse cuenta. Sólo cuando, en alguna ocasión, dudaba de alguna aseveración que le parecía sorprendente o irreal, se detenía a considerar la gran belleza de la persona que eso afirmaba, en cuyo caso, su corazón se imponía sobre su razón. ¿Cómo imaginar que de labios tan perfectos saliese algo que no fueran verdades como puños, que cabeza regia como la suya albergase pensamientos vulgares...? ¡Pobre infeliz! ¿Acaso no era natural?

Poco a poco, cuando Hipatia pasaba junto al joven y lo veía leyendo un libro en uno de los cenadores de los jardines del Museo, lo invitaba con una mirada a unirse al puñado de admiradores y alumnos que les rodeaban, a ella y a su padre, que se imaginaban que revivían aquellos antiguos días en que los sabios atenienses conversaban entre los arbustos consagrados a Academo. Incluso, a veces, le había llamado a su lado cuando, a la sombra de algún árbol retirado, conversaba a solas con su padre. En esos momentos, una observación informal, cálida y personal, aunque siempre mesurada y sutil, le llevaba a comprender que Hipatia sentía un vivo interés por él, una profunda simpatía, que no prodigaba con cualquiera; que, a ojos de ella, no era un alumno más a cuya instrucción se debía, sino un alma que deseaba educar. Y esos deliciosos ratos de sol se hicieron cada vez más frecuentes y prolongados. En tales instantes, Hipatia pensaba que no se había equivocado al juzgar la capacidad y la sensibilidad del joven, y en todos ellos, ya fuese en privado o en público, Filamón le parecía más deseable. Porque, además de la natural dulzura y dignidad que suelen acompañar a la belleza física, por no mencionar la humildad, la moderada y profunda vehemencia que había adquirido gracias a la disciplina del íj cenobio, su carácter griego se iba desarrollando en toda j su viveza, sutileza y versatilidad, hasta el punto de que Hipatia se lo imaginaba como un joven titán, en comparación con los frívolos, desconsiderados y mentirosos parlanchines que componían su selecto círculo.

Sin embargo, el hombre no puede vivir sólo de amor platónico, como tampoco de otras especies más prolíficas de alimento tan común. Y así sucedió que, durante el primer mes, más de una noche, Filamón se hubiera ido a la cama sin tomar nada y habría permanecido en vela por razones mucho más bajas que las honduras de la meditación filosófica de no haber sido por su generoso anfitrión, cuyo corazón no dejaba de preocuparse ni un momento ni de sí mismo ni de sus semejantes. En cuanto a que Filamón fuese

con él a ganarse el pan, no quería ni oír hablar del asunto, no fuera a ser que se encontrase con alguno de aquellos monjes bribones por la calle, arremetieran contra él y se lo llevaran por la fuerza. Por otra parte, no dejaba de ser una impiedad que un estudiante en quien tantas esperanzas estaban puestas descuidase lo «divino inefable» para atender a las bajas necesidades del estómago. En consecuencia, tampoco le exigía el pago de alquiler alguno por el cuarto que ocupaba y, en cuanto a la comida, todo se limitaba a que el recadero trabajase un poco más para satisfacer las necesidades de ambos. ¿No tenían sus vecinos una multitud de chiquillos que alimentar, mientras que él, gracias a los inmortales, había sido lo bastante sabio para no cargar la tierra con animales que reunirían, además de la fealdad del padre, el tartáreo color de la madre? Eso sin contar con que Filamón le recompensaría con creces cuando llegase a ser un gran sofista e hiciese dinero, cosa que acabaría por suceder a no mucho tardar. Mientras tanto, la suerte siempre podía sonreírles, como sucede con frecuencia a los protegidos de los dioses. Por si fuera poco, estaba convencido de que el día que había conocido a Filamón, la disposición de los planetas le era favorable: Mercurio se encontraba con el Sol en..., había olvidado dónde, circunstancia que, a su modo de ver, prometía a Filamón una trayectoria similar a la del glorioso y devoto emperador Juliano.

Aunque le parecía advertir una terrible verosimilitud, Filamón había rechazado semejante idea; pero como tenía que aprender filosofía y también necesitaba comer, acabó por darle la razón.

Hasta que una noche, tras haber sido admitido como discípulo de Teón, sorprendido, encontró una moneda de oro en la mesa de la buhardilla. A la mañana siguiente, se la mostró al recadero, suplicándole que averiguase de quién era y la devolviese. ¡Cuál no sería su sorpresa, cuando el hombrecillo, entre cabriolas y gestos sin fin, le dijo con cierto misterio que nadie la había perdido, que diese por pagados los alquileres atrasados que le debía, y que, gracias a la bondad de los cielos, todos los meses recibiría una moneda como ésa! En vano intentó Filamón conocer el nombre de su benefactor. Eudaimón se guardó el secreto, mientras j desgranaba sobre su esposa un infierno de inútiles improperios por si, como mujer gárrula que era, se le ocurría abrir la boca, aunque la pobre parecía estar condenada día y noche al silencio, y revelar tan gran secreto.

¿Quién sería aquel amigo desconocido? Sólo una persona habría podido hacer semejante cosa... No se atrevía a pensar que fuese ella: le parecía demasiado bonito para ser verdad. Seguro que había sido su padre, quien, en más de una ocasión, se había interesado por saber cómo andaba de dinero. Lo cierto es que Filamón siempre le había contestado con evasivas, pero seguro que el afable anciano había descubierto la verdad. ¿No estaría obligado, no debería darle las gracias? No; quizá fuese más educado no decir nada. Si él, o

ella, en este caso, pues sin duda habría dado su consentimiento e incluso indicado la cantidad, hubiesen querido que les diese las gracias, no habrían puesto tanto empeño en ocultar su generosidad... Pero ¿cómo no habría de estarles agradecido? ¡Qué placer estar en deuda con ella! ¡Tan agradecido se sentía que hasta la vida daría por ella!

Tomó la moneda, se compró una capa como las que usaban los filósofos y, encantado, echó a andar.

Pero ¿en qué había quedado su fe en el cristianismo?

Como suele pasar en estos casos, no había muerto, pero estaba un tanto adormecida. No es que no creyese. Si alguien hubiese dicho algo así, no lo habría consentido. Pero la geometría, las secciones cónicas, las cosmogonías, la psicología y cosas de ese estilo lo mantenían ocupado todo el tiempo. No le quedaba un solo instante para el cristianismo. A veces, se acordaba; ni aun entonces, sin embargo, afirmaba o negaba su fe. Cuando hubiese resuelto las grandes cuestiones, aquellas que Hipatia decía que estaban en la raíz de todo conocimiento —la creación del mundo, el origen del mal, la naturaleza del ser humano, aparte de otras materias preliminares—, ya tendría tiempo para entregarse, a la luz de la ciencia así adquirida, al estudio del cristianismo. Y si esa religión no se acomodaba a los postulados que había aprendido, como Hipatia parecía pensar..., entonces, ¿qué pasaría entonces? Filamón procuraba no pensar en posibilidades tan enojosas. Bastantes quebraderos de cabeza tenía a diario con pensar en el mal. ¿Posibilidades? Ninguna: la filosofía no podía inducir a error. ¿Acaso no la había definido Hipatia como la indagación de lo invisible por parte del hombre? Y si, por su medio, descubría lo invisible, ¿no llegaría a lo mismo que si lo invisible le hubiese sido revelado? Y acabaría por encontrarlo, porque la lógica y las matemáticas no podían inducir a error. Si cada paso era correcto, la conclusión habría de serlo también, por lo que acabaría por encontrar el buen camino, suponiendo que el cristianismo lo fuese, y volvería a combatir por la Iglesia, empuñando la espada que habría arrebatado a Goliat el filisteo... Pero aun no la tenía en sus manos y el camino de la instrucción se le antojaba pesado: le bastaba con pasar los días bandeando lo bueno y lo malo de cada jornada.

Tras dedicarse por entero al estudio, gracias a la moneda de oro que recibía todos los meses, no tardó en convertirse en lo que Pedro, con su hosquedad habitual, habría definido como todo un pagano. Al principio, llevado por la costumbre, entraba en las iglesias cristianas, pero el hábito tampoco tardó en adormilarse: el temor de que lo descubrieran y lo atrapasen hizo que lo fuera dejando de lado; manteniéndose lo más alejado posible de la congregación, como un creyente solitario y clandestino, no tardó en apartarse de ellos en espíritu tanto como lo estaba en la vida diaria. Se dio cuenta de que los cristianos, y más que ellos sus rebuscados, exaltados y

retóricos predicadores, cuyos sermones obtenían como recompensa los aplausos y gritos entusiastas de los fieles congregados en el templo, nada tenían que ver con sus pensamientos y sus anhelos. Por otra parte, nunca hablaba con ningún cristiano, porque la negra que vivía en su casa parecía evitarlo. Si por modestia o terror, no sabría decirlo. Apartado, pues, de puertas afuera, de la «comuni3n de los santos», fue alejándose tambi3n en su fuero interno. Y dejó de ir a la iglesia. Cada vez que pasaba por delante del Cesáreo, sin saber por qué, miraba a otro lado. Cirilo y su entramado habían pasado a formar parte de otro mundo con el que tenía menos relaci3n que con los planetas que giraban allí en lo alto, y cuyas misteriosas trayectorias, simbolismos e influjos, a ojos de su desbocada imaginaci3n, se encargaba de desvelar Hipatia con sus explicaciones astron3micas.

Tales cambios los observaba Hipatia con creciente admiraci3n, acariciando la idea de que Filam3n habría de ser el instrumento adecuado que hiciera realidad sus vanas esperanzas. Como suelen hacer las mujeres, en sus fantasías y en la forma de tratarlo, lo coronaba de todas las virtudes y perfecciones que hubiera deseado que poseyese, hasta el punto de que Filam3n, de haber contemplado la caricatura idealizada que tan amoroso entusiasmo había forjado para su particular disfrute, se habría quedado tan at3nito como envanecido. Dichosos fueron aquellos meses para la pobre Hipatia. Por alguna raz3n, Orestes había dejado de lado sus pretensiones, y del sacrificio de Ifigenia ya sólo guardaba un vago recuerdo. Quizá podría llevar a cabo sus planes sin su ayuda. Pero ¡habría de esperar tanto tiempo! Años, antes de dar por concluida la formaci3n de Filam3n; años de oportunidades perdidas, preciosas e irrepetibles.

«¡Ojalá Juliano hubiese nacido una generaci3n más tarde! —pensaba a veces, dando un suspiro—. Entonces, con los tesoros que tanto me he afanado en reunir, sí que me habría postrado a los pies del Poeta del Sol, y le habría dicho: “Tómame, tú..., héroe, guerrero, hombre de Estado, sabio, sacerdote del dios de la luz... ¡Toma a tu esclava! ¡Haz con ella lo que quieras; envíala al martirio, si tal es tu voluntad!”. ¡Bajo me parecería siempre el precio por tener el honor de ser el más insignificante de sus apóstoles y acompañar en su esfuerzo intelectual a Jámblico, Máximo, Libanio, a todos los sabios que rodeasen el trono del último y verdadero César!».

## CAPÍTULO XV.

### Un paseo por las nubes

HIPATIA HABÍA PUESTO mucho cuidado siempre en no discutir con Filamón aquellas cuestiones relativas a la antigua fe del muchacho con que no estaba de acuerdo, y se limitaba a dejar que la divina luz de la filosofía penetrase en él y sacase las conclusiones pertinentes. Hasta que un día, el mismo en que retomamos nuestro relato, se dejó llevar por la tentación de hablar con su discípulo más claramente que hasta entonces. Unos días antes, su padre había puesto en manos del muchacho una nueva obra de Hipatia sobre matemáticas, y la mirada de satisfacción y adoración con que el joven la distinguió, cuando se la encontró en los jardines del Museo, bastó para llamar la atención de la filósofa y averiguar hasta qué punto llegaban los milagros que había obrado su sabiduría. Se detuvo, pues, y le hizo una seña a su padre para que comenzase a hablar con Filamón.

— Hombre — dijo el anciano, con alentadora sonrisa —, ¿y qué le parece a nuestro discípulo la nueva...?

— ¿Te refieres a mi tratado sobre secciones cónicas, padre? Difícil será que, estando yo delante, exponga su opinión con sinceridad.

— ¿Por qué lo dices? — repuso Filamón —. ¿Por qué no habría de referirte, como a todo el mundo, por otra parte, el novedoso y espléndido campo de ideas que se ha abierto para mí en cuestión de horas?

— ¿Cómo es eso? — insistió Hipatia, con una sonrisa, como si de antemano supiese la respuesta que habría de darle el joven —. ¿En qué se diferencia mi comentario del texto original de Apolonio que tan fielmente he seguido?

— Tanto como un ser vivo de un cadáver. En vez de áridas disquisiciones sobre las propiedades de las líneas rectas y curvas, he descubierto una mina de poesía y teología. Hasta las huera fórmulas matemáticas se transforman de modo milagroso en símbolo de nobles y profundos postulados del mundo invisible.

— ¿Y piensas que el de Perge no imaginó otro tanto? ¿Te figuras que podemos llegar más lejos que los sabios de la antigüedad? Ten por seguro

que ellos, como los poetas, aun cuando parezcan referirse a objetos físicos, sólo aludían a cosas espirituales; que si velaban el cielo con terrenales ropajes, era sólo para ocultarlo a los ojos de los profanos. Mientras que nosotros, en los depravados tiempos que nos ha tocado vivir, debemos interpretar y explicar cada pormenor a los oídos sordos de los hombres que nos rodean.

—¿Crees, amigo mío —le preguntó Teón—, que las matemáticas sean útiles al filósofo de otro modo que como vehículo de la verdad espiritual? ¿Hemos de estudiar los números sólo para echar cuentas o, como Pitágoras, para deducir de las leyes por que se rigen las ideas fundamentales sobre el hombre, el universo y la propia divinidad?

—Sin duda, esto último me parece un propósito más loable.

—¿Hemos de estudiar las secciones cónicas para construir mejores máquinas, o más bien para descubrir, gracias a su simbolismo, las relaciones que hay entre la deidad y sus diversas emanaciones?

—Empleas la dialéctica como el mismísimo Sócrates, padre —comentó Hipatia.

—Si a ella recurro, es sólo con un propósito temporal. No me gustaría que Filamón se acostumbrase a suponer que la esencia de la filosofía se halla en esas minuciosas investigaciones sobre el significado de las palabras y el análisis de conceptos que parecen constituir el mayor mérito de Platón a los ojos de personas que, como el sofista cristiano Agustín, veneran la letra, olvidándose del espíritu que las anima, sin darse cuenta de que esos diálogos, que para ellos representan el altar, no son sino el atrio...

—Di mejor velos, padre.

—Velos, sí, con los que el filósofo quiso burlar la grosera mirada de quienes se guían por los apetitos carnales. Atrios, a fin de cuentas, por los que las almas preclaras transitar hasta llegar al santuario, adentrarse en los jardines de las Hespérides y tomar el dorado fruto de que hablan Timeo y los oráculos... En cuanto a mí, debo decirte que, con tal de que quedasen esos dos libros, nada me importaría que todos los textos del mundo desapareciesen mañana<sup>[1]</sup>.

—Menos Homero, padre.

—Para el populacho... Pues, ¿de qué sirve sin un comentario elevado?

—Tan poco, quizá, como el círculo para el carpintero que lo traza con un compás.

—¿Cuál es el significado del círculo? —preguntó Filamón.

—Como todos los fenómenos naturales, puede tener infinitos significados, que serán más profundos según el grado de perfección del alma que los contemple. Imagínatelo, aunque sólo sea, como la única figura perfecta, el símbolo perfecto de la comprensión del mundo espiritual, que invisible sería, lo mismo que el mundo al que me refiero, de no mediar la circunferencia que



delimita el grosero fenómeno de la sensual materia. Del mismo modo que el círculo tiene su origen en un centro, también invisible, un punto, como lo define Euclides, al que no pueden asignarse ni partes ni tamaño, el mundo del espíritu se mueve en torno a un ser insondable, invisible e indefinible en sí mismo, como tantas veces he repetido, la nada, pues sólo es concebible si negamos todas sus cualidades, razón, virtud y fuerza incluidas, y que, sin embargo, como el centro en el caso del círculo, es la causa de todas las existencias.

—Entiendo —dijo Filamón, aunque en aquel momento, sin duda, la idea de una deidad insondable le sobresaltó por lo frío y estéril del concepto..., aunque también podía deberse a la torpeza de sus percepciones espirituales. En cualquier caso, si se trataba de una conclusión lógica, tenía que ser correcta.

—Baste con eso, por ahora. Más adelante, y creo conocerte bastante bien para pronosticar que así será, aprenderás a reconocer en el triángulo equilátero inscrito en el círculo, que sólo con sus tres vértices toca la circunferencia, los tres principios ultraterrenales de la existencia contenidos en la deidad, tal como se ponen de manifiesto en el universo físico, coincidiendo con sus últimos límites y, no obstante, como él, independiente del Uno, central e invisible, cuyo nombre nadie se atreve a pronunciar.

—Vaya —exclamó el pobre Filamón, avergonzado de su ignorancia—, sin duda no merezco que se desperdicie conmigo y mi tosco entendimiento tanta sabiduría... Pero, si no es mucho pedir, me gustaría preguntar... ¿no considera Apolonio el círculo y las demás curvas como independientes de sus respectivos centros en cuanto a su existencia se refiere, engendradas como son sólo por la sección que genera un cono en un plano situado en ángulo recto con su eje?

—Pero ¿no debemos trazar o, cuando menos, imaginar un círculo para generar ese cono? Y el eje del cono, ¿no viene determinado por el centro del círculo?

Filamón pareció confundido.

—No tienes de qué avergonzarte. No has hecho sino poner de manifiesto otro símbolo, quizá de significado no menos profundo que el anterior. ¿Sabes a qué me refiero?

En vano se estrujó la sesera el joven.

—¿No has caído en la cuenta de que, así como cada sección recta del cono desvela la existencia del círculo, del mismo modo llegarás a descubrir la deidad en todo lo que hay de hermoso y simétrico, si te paras a analizarlo con recta y simétrica intención?

—¡Qué maravilla! —exclamó Filamón, mientras el anciano proseguía.

—¿No nos enseña también que es posible descubrir la única filosofía

perfecta y original que se esconde en los escritos de los grandes filósofos, con sólo poseer los conocimientos científicos necesarios para dar con ella?

—Cierto, padre.

—Pues mi deseo es que Filamón se eleve, mediante los conceptos que le he explicado, a ese modo más sutil y espiritual de observar la naturaleza, que nos revela a la deidad misma, como lo hace el instinto, al menos en sus más hermosas y nobles manifestaciones; deseo que piense que no basta con decir, como hacen los cristianos, que Dios creó el mundo, si tomamos tal aserto como excusa para pensar que, desde entonces, su presencia ya no se deja sentir en el universo.

—Tengo la impresión de que los cristianos nunca han dicho eso —observó Filamón.

—No con esas palabras. Pero lo cierto es que contemplan la divinidad como la hacedora de una máquina inerte que, una vez fabricada, se mueve por sí misma, y repudian como hereje a todo filósofo, ya sea agnóstico o platónico, que, insatisfecho con esa concepción fallida, estéril y sórdida de la belleza, desea honrar a la divinidad reconociendo su presencia universal, creyendo sinceramente en lo mismo que se afirma en las Escrituras del cristiano, a saber, que la deidad está viva y actúa, que su ser se confunde con el universo.

Con discreción, Filamón apuntó que tal pasaje estaba redactado de un modo algo distinto en las Escrituras.

—Cierto. Pero si algo es verdadero, lo contrario también lo será. Si el universo vive y actúa, si su ser se confunde con la deidad, ¿no debería impregnarlo todo de forma necesaria?

—¿Por qué? Disculpa mi ignorancia; te ruego que meló expliques.

—Porque si no lo impregnase todo, las cosas a donde no llegase serían resquicios en su propio ser y, en consecuencia, ajenas a la deidad.

—No digo que no. Pero aun así, caerían dentro de la circunferencia de la divinidad.

—Bien argumentado. Pero no vivirían en ella, sino que tendrían una existencia independiente. Porque viviendo en la divinidad quedan impregnadas de la vida de la propia divinidad. ¿Acaso crees posible, respetuoso incluso, que en el seno de la gloria infinita de la deidad pueda existir algo capaz de existir por su cuenta, dejando a un lado al verdadero ser, que lo hace ser como es, y que, desde el principio, lo impregnó para hacer de ello un organismo vivo? ¿Acaso, concluida la creación, la divinidad se retira del espacio que colmó durante el proceso, forzada a hacerle un hueco al universo que ha emanado de sus manos, teniendo que soportar la molestia de una presencia extraña, porque si pensamos en el mundo que nos rodea eso es lo que pasa, como quien se clava una espina, y seguir existiendo sólo para sí

misma? Más te vale pensar que la sabiduría y el esplendor de la divinidad como el fuego, sutil y penetrante, impregna eternamente con fuerza irresistible cada átomo, y que si se apartase, no fuera más que un instante, del pétalo de la más insignificante de las flores, éste no sería sino materia muerta, y el caos de la muerte del que fue extraído sería lo único que quedase de su belleza...

— Así es —añadió Hipatia, siguiendo el método de su escuela que, en aquellos tiempos de decadencia, más se inclinaba a la soflama que a la dialéctica, a la síntesis que a la deducción—. Mira esa flor de loto que, como Afrodita, brota de las olas en que ha pasado la noche, y saluda, inclinada como un cisne, al sol cuya trayectoria seguirá amorosa. No es sino burda materia, tallos y fibras, colores y formas, una parte de ese insignificante suspiro que los hombres llaman vegetación. Bien lo sabían los sacerdotes egipcios de la antigüedad, que indagaban en el número y en la forma de los ebúrneos pétalos, de los dorados estambres, en el misterioso nacimiento diario de las ondas, en el bautismo nocturno, de los que brota cada mañana una nueva vida, los símbolos de un divino designio, de una ley misteriosa, común a la flor, a las túnicas blancas de las sacerdotisas y a la diosa a la que unas y otras estaban consagradas... ¡la flor de Isis! Claro que, además de esas maravillas, la naturaleza también muestra sus símbolos siniestros. En la medida en que un pueblo extraviado por nuevas y bárbaras supersticiones ha olvidado el culto a aquélla que forjó su grandeza, la flor sagrada ha empezado a escasear, hasta el punto de que hoy, y sólo como emblema del culto que solía rendir su perfume, la encontramos únicamente en jardines como éstos, objeto de curiosidad para el vulgo, aunque para mí represente un perenne monumento de una sabiduría y un esplendor ya desaparecidos.

Bien puede verse cuánto había avanzado Filamón para entonces, porque, impertérrito, escuchó las alusiones a Isis. Es más, hasta se atrevió a ofrecer consuelo a la hermosa afligida.

— El filósofo —observó— no debe lamentar la pérdida de una huera idolatría. Porque, si como parece creer, el simbolismo de la naturaleza esconde la liazza de una verdad espiritual, ésta no puede morir. Y así, la flor de loto consérvala su significado mientras su especie no se extinga de la faz de la tierra.

— ¡Idolatría! —repuso Hipatia, con una sonrisa—. Omito en que mi alumno no vuelva a repetir ante mí tan manoseada calumnia cristiana. Sean cuales sean las supersticiones en que haya caído el vulgo en su ingenuidad, hoy son los cristianos, que no los paganos, los idólatras. Ellos, que atribuyen poderes milagrosos a los huesos de los muertos, que erigen sus templos sobre osarios y se inclinan ante imágenes de los más humildes de sus semejantes, a buen seguro no tienen derecho a acusar de idolatría a griegos y egipcios que,

con simbólica hermosura, conforman ideas que las palabras no pueden expresar. ¿Idolatría? ¿Adoro acaso el Faro porque me paso horas enteras contemplándolo, con afecto y reverencia, como símbolo del poder de la Hélade y sus conquistas? ¿Adoro, por casualidad, la cadencia de los versos que Homero creara, cuando acepto encantada las verdades celestiales que me revela, y hasta venero el libro en sí como portador de tan excelso mensaje? ¿Te figuras que, aparte del populacho, haya alguien que adore una imagen por lo que es, o imagine que tal imagen pueda ayudarlo o escuchar sus cuitas? ¿Por ventura el amante confunde el retrato de su amada con la realidad de la persona que vive y habla? Nosotros adoramos el concepto, cuyo símbolo es la imagen. ¿Merecemos censura porque recurrimos al símbolo para, habida cuenta de nuestros afectos y emociones, representar la idea, en fe lugar de recurrir a un concepto estéril, a una vagarosa fantasía de nuestro intelecto?

—En ese caso —preguntó Filamón, con voz vacilante, aunque incapaz de refrenar su curiosidad—, ¿adoras a las divinidades paganas?

El joven no entendía por qué semejante pregunta había de herir la susceptibilidad de Hipatia, pero el caso es que así fue, pues la mujer repuso con altivez:

—Si Cirilo me hubiera hecho semejante pregunta, ni siquiera me habría dignado contestarle. A ti debo decirte, sin embargo, antes de responderte, que necesitas saber qué son esos que tú llamas dioses paganos. El populacho o, más bien, quienes cifran su interés en difundir calumnias que no distinguen entre filósofos y vulgo, puede imaginar que son como los seres humanos, sujetos, pues, a penalidades, devaneos amorosos y otras debilidades. Por el contrario, gracias a los filósofos de la antigua Grecia, a los sacerdotes del antiguo Egipto y a los sabios de Babilonia, nosotros hemos aprendido a reconocer como dioses a las fuerzas universales de la naturaleza, hijas del espíritu que todo lo vivifica, que no son sino emanaciones diversas de la unidad primigenia o, mejor dicho, fases diversas de esa unidad, tal y como han sido descritas, según los climas y las razas, por los sabios de diferentes naciones. Por eso, a nuestros ojos, quien adora a muchos dioses venera en realidad y de la manera más completa y excelsa a la unidad primigenia, a aquella de la que precisamente son sus contrarios, cada uno perfecto en sí mismo y, no obstante, imagen tan sólo de una de tales perfecciones.

—En ese caso —respondió Filamón, aliviado tras la explicación—, ¿por qué abominas del cristianismo, que quizá no sea sino una de las muchas sendas...?

—Porque —le interrumpió, molesta— se niega a ser uno más de esos muchos caminos y afirma su existencia sobre esa negación; porque se arroga la revelación exclusiva de la divinidad, sin querer aceptar, en su arrogancia,

que sus propias enseñanzas desaprueban semejante pretensión, pues se parecen a las demás doctrinas. No hay un solo dogma de los galileos que, bajo uno u otro disfraz, no se encuentre en alguna de esas religiones verdaderas que con tanto desdén trata.

— A no ser que dejemos de lado —añadió Teón— su exaltación de todo lo humano y plebeyo, de todo lo que es ignorante y humilde.

Hipatia, lívida y como muerta, con prisas escasamente filosóficas, condujo a su padre en otra dirección.

«Sí —pensó para sus adentros, en cuanto hubo recobrado la serenidad—; si la superstición de esos galileos se contentase con ocupar el puesto que, humildemente, le corresponde entre las *religiones lícitas* del Imperio, nadie tendría inconveniente en tolerarla como un esbozo antropomórfico de los asuntos divinos, adaptado a la inteligencia gregaria y obtusa del vulgo, quizás especialmente adaptada, a la vista de las lisonjas que le prodiga. Pero...».

— ¡Ahí está Miriam! —dijo Filamón.

— ¿Miriam? —exclamó Hipatia, muy seria—. ¿La conoces, pues? ¿De qué?

— Vive en casa de Eudaimón, como yo —repuso el joven, con franqueza—. Lo que no quiere decir que haya hablado nunca, o haya tenido la tentación de hacerlo, con tan rastrera criatura.

— ¡Nunca lo hagas! ¡Te lo ordeno! —replicó Hipatia, con voz casi suplicante. Pero ya no había forma de evitarla y, por fuerza, se vio cara a cara con su torturadora.

— ¡Una cosa tan sólo! ¡Un momento, hermosa señora! —empezó a decir la vieja, inclinándose con gesto servil—. ¡No te muestres tan despiadada! ¡No tengas tanta prisa! Traigo... ¡mira lo que te traigo! —y dejó ver con cierto recato el Arco Iris de Salomón—. Observo que piensas detenerte un momento, no por el anillo, desde luego, ni por la persona que, en su día, te lo regaló. ¿Dónde estará? ¡Habrá muerto de amor! Quizá lo que sea su último presente para la hermosa y desabrida... Bien; tal vez ella actúa con cordura..., porque ser emperatriz, emperatriz, nada menos, vale más que todo lo que el pobre judío podía ofrecerle... Sin embargo, una emperatriz no ha de desatender las súplicas de sus súbditos.

Todo lo musitó atropelladamente, con voz baja y zalamera, sin dejar de agitar el cuerpo como una culebra, todo menos los ojos, que con su mirada intensa y penetrante actuaban como fulcro para el resto de su ser; atrapada en esa mirada, aun sin haber aclarado el motivo de su presencia, no había escapatoria posible.

— ¿Qué tratas de decirme? ¿Qué tengo yo que ver con ese anillo? —preguntó Hipatia, un tanto asustada.

— El que en otro tiempo fuera su amo, te lo regala ahora... ¿Recuerdas

una nadería de ágata negra, una fruslería...? Si no te has desprendido de ella, como es probable que hayas hecho, le gustaría que se la entregases a cambio de este ópalo, gema mucho más digna de tus manos.

—Él me regaló el ágata, y me gustaría conservarla.

—Pero ¿no es mejor este ópalo, diez mil monedas de oro, a cambio de esa bagatela que nada vale?

—No soy mercader como tú, y no estimo las cosas según su precio. Si se hubiera tratado de una valiosa ágata, jamás la habría aceptado.

—Toma el anillo; quédatelo, hija mía —le susurró león, intranquilo—. Saldaremos todas nuestras deudas.

—¡Por supuesto que sí! —añadió la vieja que, de algún modo, se las había arreglado para oír lo que decía.

—¿Qué dices, padre? ¿También tú me aconsejas que me dedique al comercio? —para añadir, mirando a Miriam—: Amiga mía, no espero que comprendas la razón de mi negativa. Tú y yo tenemos diferentes criterios. Aunque sólo sea por el talismán grabado en el ágata, no me desprenderé de esa piedra.

—¡A buenas horas sacas a relucir el talismán! ¡Qué nobleza, cuánta sabiduría! ¡No podía ser menos viniendo de una filósofa! No diré nada más. Que la hermosa profetisa se quede con el ágata, y con el ópalo también, porque, mira, ¡también lleva un conjuro grabado! ¡El nombre que Salomón pronunció para someter a los demonios! ¡Mira! ¡Qué no podrías hacer, si supieras cómo utilizarlo! Ángeles celestiales de seis alas se postrarían ante ti cuando les llamasas, y te dirían: «Aquí nos tienes, señora. Manda y obedeceremos». Sólo te pido que lo mires.

Hipatia mordió el anzuelo, y lo contempló con curiosidad aún mayor de la que quería dar a entender, mientras la vieja proseguía:

—Porque supongo que la mujer docta sabe cómo usar el ágata. Aben-Ezra te lo diría, ¿o no fue así?

Hipatia se ruborizó un poco. Le daba vergüenza confesar que Aben-Ezra no le había revelado el secreto, probablemente porque se habría reído de él; el talismán no había sido para ella sino un juguete que, de vez en cuando, le llevaba a preguntarse si guardaría algún poder oculto, para burlarse al día siguiente de la actitud tan poco filosófica y bárbara que unas horas antes le había llevado a semejante conclusión. De modo que, muy digna, respondió que sus secretos no los compartía con nadie.

—En ese caso, estarás al tanto de todo, feliz señora. Porque, a estas alturas, el talismán ya te habrá revelado si Heracliano ha alcanzado la victoria o ha sido derrotado en Roma, y si vas a ser la matrona de una nueva dinastía de Ptolomeos, o morir virgen, si los Cuatro Ángeles no lo impiden. Porque eso será lo que te haya revelado el gran Daemón cuando frotaste la superficie

lisa, ¿no es así?

— ¡Márchate, necia! A diferencia de ti, no creo en supersticiones infantiles.

— ¡Supersticiones infantiles! ¡Qué risa! —dijo la vieja, dándose media vuelta, con reverencias aún más exageradas—. ¡Todavía no ha visto a los Ángeles! ¿Quién sabe? Algún día, cuando quiera saber cómo utilizar el talismán, la hermosa señora consentirá en que esta pobre y vieja judía le enseñe el modo de hacerlo.

Miriam echó a andar por el paseo, y desapareció en la espesura, mientras los tres soñadores seguían su camino.

Poco se imaginaba Hipatia que en el momento en que la vieja se dio cuenta de que nadie podía verla, fuera de sí, comenzó a revolcarse por la hierba, aplastando y mordiendo hojas como una fiera salvaje.

— ¡Me haré con él! ¡Me haré con él, aunque tenga que romperle el corazón!

## CAPÍTULO XVI.

### Venus y Atenea

AQUELLA MISMA TARDE, cuando Hipatia se dirigía al aula, se detuvo al paso de un grupo de no menos de veinte godos y sus damiselas, encabezado por Pelagia, deslumbrante con sus joyas y tules, a lomos de una mula tan blanca como la nieve. A su lado, cabalgaba el de Amal: sus piernas, tan largas como las de Gan-Rolf, el noruego, casi tocaban el suelo; bajo su corpulencia resoplaba un delicado y pequeño caballo árabe, el más digno émulo que podía encontrarse en Alejandría de los negros corceles de guerra de su país de origen.

Seguidos por un gentío asombrado y maravillado, llegaron a las puertas del Museo, se detuvieron y echaron pie a tierra, mientras unos esclavos se ocupaban de mulas y caballos.

Hipatia no tenía escapatoria. El orgullo le impedía seguir los dictados de su instinto femenino y ocultarse tras la nube de seguidores que la acompañaba. En un abrir y cerrar de ojos, el de Amal alzó en el aire a Pelagia y la depositó en el suelo. Por primera vez en su vida, las dos bellezas rivales de Alejandría se veían las caras.

— ¡Que Atenea te sea propicia, Hipatia! — dijo Pelagia a modo de saludo, con una sonrisa encantadora —. Esta tarde, he decidido traer a mis guardianes para que aprendan de tu sabiduría. Ardo en deseos de saber si serás capaz de enseñarles algo que les merezca la pena, algo más sustancioso que las vanas tonadillas que Afrodita me enseñó cuando, a su lado, me sacó de la espuma del mar, y me impuso el nombre de Pelagia.

Hipatia se irguió cuan alta era, sin contestar.

— Creo que quienes me acompañan están a la altura del cortejo que te sigue. Al menos son príncipes, de ascendencia divina. Habrán de tener preferencia, pues, sobre esos pueblerinos que van contigo. ¿Te importaría mostrarles el camino?

La filósofa no despegó los labios.

— No te molestes; ya lo haré yo. ¡Vamos, Amal! — dijo, al tiempo que



comenzaba a subir las escaleras, seguida por los godos, que se abrían camino entre los ciudadanos de Alejandría, apartándolos a uno y otro lado, como si de niños se tratase.

— ¡Cortesana traidora! — gritó un joven, dando unas voces que se oyeron con toda claridad por encima de los murmullos de la multitud—. ¡No sólo nos arrebataste con engaños cuanto teníamos, sino que dilapidas con estos bárbaros lo que nos pertenece!

— ¡Devuélvenos los regalos que te hicimos, Pelagia — exclamó otro—, y que disfrutes con tu manada de toros bravos!

— ¡Y tanto! — repuso la joven, deteniéndose en seco, al tiempo que echaba mano de los collares y brazaletes que llevaba, dispuesta a arrojarlos a la atónita muchedumbre—. ¡Allí van! Habiendo hombres de verdad como éstos que las veneran, Pelaría y sus amigas no quieren deudas con niños.

El de Amal que, por suerte para los alumnos, no había entendido ni palabra, le sujetó el brazo y le pregunto si se había vuelto loca.

— ¡No, no! — rezongó la muchacha, con la voz entrecortada por la ira—. Dame oro, todo lo que lleves encima. Estos malnacidos me están echando en cara los presentes que, antaño, me hicieran. ¿Entiendes lo que te digo, Amal? — le imploró, colgándose de su brazo.

— ¡Héroes, arrojad el oro que llevéis encima a esos bribones, que aseguran que nosotros y nuestras damas vivimos a cuenta de sus despojos! — dijo, al tiempo que arrojaba la bolsa que llevaba a la multitud.

Al instante, los godos siguieron su ejemplo; más de uno hubo que lanzó un brazaletes o un collar que fueron a estrellarse en el rostro de alguno de los infelices filosofastros.

— Ninguna dama me acompaña, mis jóvenes amigos — añadió el anciano Wulf, en un griego bastante aceptable—; así que nada os debo. Me quedaré, pues, con mi dinero, como vosotros guardáis el vuestro, y como deberías haber hecho tú, viejo Smid, si, como yo, hubieras dado muestras de tener dos dedos de frente.

— ¡No seas cicatero, príncipe! ¡No enfangues el buen nombre de los godos! — repuso Smid, riéndose.

— Cuando me apodero del oro, lo compenso con hierro — añadió Wulf, haciendo ademán de desenvainar la descomunal y ancha hoja de su espada; a la vista de las reveladoras manchas oscuras que en ella advirtieron, los alumnos retrocedieron, y el grupo de visitantes penetró en el aula desierta y se acomodó en los asientos delanteros.

¡Pobre Hipatia! En un primer momento, decidió suspender la lección; luego, pensó en avisar a Orestes; más tarde, se le ocurrió pedir a los alumnos que defendiesen el sagrado recinto del Museo. Pero el orgullo y la prudencia resultaron mejores consejeros. Darse media vuelta hubiera sido admitir su

derrota, una deshonra para la filosofía, perder la influencia que aún ejercía sobre los ánimos de tantos indecisos. ¡No! Seguiría adelante, con todas las consecuencias, incluso si tenía que escuchar insultos o padecer violencia. Temblándole las piernas y con el rostro demudado, subió las escaleras de la cátedra y dio comienzo a su disertación.

Con sorpresa y agrado, observó que sus bárbaros oyentes se comportaban con mesura. Pelagia, exultante como un niño pequeño tras su primera victoria y quizá también decidida a mostrar el desprecio que le inspiraba su adversaria, le concedió generosamente una oportunidad, guardó silencio, permaneció atenta y, durante cosa de media hora, sofocó las risas de las jóvenes que la acompañaban. Pero, al cabo, los hondos jadeos del de Amal, dormido como un tronco, a quien la joven había despertado ya en dos ocasiones, retumbaron por el aula convertidos en estruendosos ronquidos, porque Pelagia se había quedado también dormida. En ese momento, otro fue el censor encargado de poner orden. Desde el momento en que Hipatia había empezado a hablar, el anciano Wulf no le había quitado los ojos de encima; en más de una ocasión, la filósofa había notado cómo se ensanchaba su frágil corazón al reparar en la sonrisa de preclara inteligencia y sincera satisfacción que advenía en aquel rostro serio y estragado que, cada poco, agitaba su barba blanca de arriba abajo con gesto de aprobación, hasta el punto de que la joven, mucho antes de concluir la lección, parecía dirigirse tan sólo a su nuevo admirador.

Por fin, cuando concluyó, los alumnos que, asustados, se habían ido sentando a espaldas de los intrusos sin ánimo alguno de molestar a aquéllos que les habían quitado el sitio, se levantaron a toda prisa, encantados de verse libres de tan temibles vecinos. Para su extrañeza, y sorpresa de Hipatia, observaron que el viejo Wulf se ponía en pie al mismo tiempo y, tras adelantarse hasta la cátedra, se deshacía de la bolsa que llevaba y la depositaba a los pies de la doncella.

—¿Qué significa esto? —preguntó, medio horrorizada, al ver que se le acercaba aquel hombre de aspecto tan nado y bárbaro como no había visto otro en su vida.

—Es mi modesto pago a cambio de lo que he escuchado aquí. Eres una noble doncella. ¡Quiera Freya buscarte un marido que esté a tu altura y te haga madre de reyes! —contestó Wulf, antes de volverse y unirse a los suyos.

¡Un elogio en público a su rival, ante sus propias narices! Pelagia abominó del anciano Wulf.

Fue el único traidor a su causa. Los otros godos no dudaron en afirmar que Hipatia era una necia, que desperdiciaba su juventud y su hermosura hablando delante de aquellos peleles. Montaron a caballo de nuevo; Pelagia se encaramó a la mula, y el triunfal cortejo volvió grupas de regreso a la

mansión.

A pesar de lo bien parada que había salido del lance, el corazón de Pelagia rezumaba tristeza. Igual que para cientos de miles de personas de su tiempo, el bien y el mal eran conceptos que le resultaban del todo ajenos. En cuanto a su conciencia, estaba tan desprovista de alma como la mula que montaba. Dotada de natural de un carácter alegre y despreocupado, aquella muchacha ingeniosa y sagaz había desarrollado un gusto griego por la belleza y las gracias físicas a costa de un prolongado aprendizaje, llegando a no tener rival como actriz, bailarina e intérprete musical en ningún teatro de Alejandría. Desde su niñez, había sido educada para el disfrute y los goces sensuales. No aspiraba a nada más. Pero aquel cariño o, mejor dicho, adoración que sentía por su fornido amante godo la había llevado a concebir una nueva idea: la de quedarse a su lado, vivir para él, seguirle hasta el fin del mundo, aunque se cansase de ella, la tratase mal o la despreciase. Poco a poco, día tras día, las burlas de Wulf habían alimentado en su fuero interno el temor de que el de Amal llegase a menospreciarla... No sabía explicarlo mejor, pero ¿cómo serían esas Alrunas a las que aludía Wulf en sus sagas, de las que hasta el de Amal y los suyos hablaban con respeto, como si se refiriesen a alguien que les superaba en nobleza, no sólo a ella, sino a ellos también? ¿Y qué era lo que el viejo Wulf había advertido en Hipatia para que el sanguinario y tosco anciano guerrero le tributase semejante homenaje en público?... ¡No era difícil de adivinar!... Pero ¿por qué eso, lo que fuera, hacía que Hipatia, u otra mujer, resultasen atractivas?... De modo que, perdida como una mariposa entre las páginas del libro en que se ha posado, aquella incomparable hija de la naturaleza se sintió confusa ante el aluvión de nuevas preguntas que le rondaba por la cabeza. Se sentía triste y desolada, no por ella, desde luego —pues ¿acaso no era Pelagia, la mujer perfecta?—, sino por las extrañas fantasías que otras personas albergaban. ¿No sería mejor que cada quien fuese tan feliz como bien pudiese? ¿Quién mejor que ella para saber lo que significaba ser feliz y conseguir que otros lo fuesen?

— ¡Mira a ese anciano monje ahí de pie, en mitad de la calzada, Amalrico! ¿Por qué me mirará así? ¡Aléjalo de aquí!

La persona a quien se refería era un anciano de rasgos delicados, con una venerable barba blanca. Pareció oír lo que había dicho la joven, porque al instante bajó la cabeza. Entonces, y para asombro de Pelagia, se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar desconsolado.

— ¿Qué le pasará para que se comporte así? ¡Traédmelo aquí! ¡Quiero saber por qué solloza de ese modo! — exclamó con arrogancia, reparando sólo en aquel nuevo objeto de atención con tal de verse libre de las ideas que la asediaban.

Al instante, un godo se acercó al lloroso anciano que, sin oponer

resistencia, se dejó conducir hasta la mula que montaba Pelagia.

—¿Qué te pasa para que, con tanta grosería, rompas a llorar de esa manera en mi presencia? —le preguntó con altivez.

El anciano alzó la mirada y la contempló con ojos dulces y tristes, al tiempo que le susurraba, como si lo que había de decir sólo tuviese que ver con ella:

—¿Cómo quieres que no llore cuando contemplo a alguien tan hermosa como tú y pienso en que tu único destino son las llamas del infierno por los siglos de los siglos?

—¿Las llamas del infierno? —comentó Pelagia, estremecida—. ¿Por qué lo dices?

—¿Acaso no lo sabes? —preguntó el anciano, mirándola con ojos tristes y asombrados—. ¿Has olvidado lo que eres?

—¿Yo? ¡En mi vida he matado una mosca!

—¿Por qué estás tan asustada, pequeña? ¿Qué le has dicho, viejo miserable? —quiso saber el de Amal, al tiempo que empuñaba el látigo.

—¡Déjalo! ¡No le hagas nada! Tú, ven a verme mañana, y me lo aclararás.

—Nada de eso. No queremos monjes en casa que vengan a asustar a nuestras crédulas mujeres. ¡Largo de aquí, y da las gracias a la dama de que no te haya arrancado la piel a tiras! —el de Amal tomó la mula de Pelagia por la brida y echó a andar, mientras el anciano observaba con tristeza cómo se alejaban.

Estaba claro, sin embargo, que no era la hermosa pecadora la que había arrastrado al anciano monje del desierto hasta un vecindario tan diferente y alejado de los sitios que solía frecuentar. Tras reflexionar un momento, echó a correr hasta la puerta del Museo, donde acechó a los que salían del recinto, soportando los comentarios hirientes de los alumnos.

—¡Vaya, un achacoso gato! ¿Buscas un roedor en esta ratonera?

—¡Pasa, no tengas miedo! ¡Verás cómo esos ratones no te chamuscan las barbas!

—¡Aquí está el mustélido que vengo buscando, amigos! —repuso el anciano monje, haciendo una reverencia y dedicándoles una sonrisa, mientras dejaba caer la mano sobre el brazo de Filamón, quien, abriendo unos ojos como platos, contempló los delicados rasgos y la despejada frente de Arsenio.

—¡Padre! —exclamó el joven, cediendo al repentino impulso del cariño con que se saluda a alguien conocido, para, a continuación, a pesar de que siempre había temido verse en tal situación, quedarse pálido como un muerto. Los otros alumnos fueron testigos del encuentro.

—¡Quítale las manos de encima, viejo *heauton timoroumenos*! ¡Ahora es de los nuestros! Los monjes nada saben de hijos ni de esposas. ¿Quieres que lo echemos de aquí, Filamón?

— ¡Mirad bien lo que hacéis, amigos míos! ¡Los godos están todavía a un paso y pueden oímos! —replicó Filamón, que no había tardado en aprender cómo dar una respuesta sensata; aterrado ante la posibilidad de que aquellos insensatos llegasen a injuriar a una persona tan querida y respetable para él como era Arsenio, se las compuso para apartar al anciano del lugar y, en silencio, se lo llevó calle arriba, asustado ante la que se le venía encima.

— ¿Son éstos amigos tuyos?

— ¡Dios me libre! Salvo por la carne y la sangre y que, como ellos, ocupo mi sitio en el aula, ¡nada tengo que ver con semejantes animales!

— ¿Te refieres al aula de la mujer pagana?

Como todos los jóvenes que se las ven venir y temeroso de la parsimonia con que se lo tomaría Arsenio, Filamón se apresuró a entrar en materia.

— Así es; el aula de la mujer pagana. Pero, dime, ¿has visto a Cirilo antes de venir aquí?

— Pues, sí, y...

— Y —continuó Filamón, interrumpiéndolo—, cegados por la lascivia, la necesidad y el afán de revancha, te habrán contado mil falsedades de mí, como que he pisoteado la cruz, dedicado sacrificios a todas las deidades del panteón, y hasta es posible —añadió, ruborizándose hasta las cejas— que te hayan dicho que el más puro de los seres, tanto que, de no ser pagana, merecería ser venerada como reina fie los santos, que ella y yo... —no dijo nada más.

— ¿Acaso he dicho en algún momento que diese crédito a lo que me han contado?

— No; pero como son tan necios y capaces de urdir toda clase de engaños, mejor no seguir hablando del asunto. Lo que no quiere decir que no esté dispuesto a contestar a cuantas preguntas quieras hacerme, padre mío...

— ¿Acaso te he preguntado algo, hijo mío?

— No; así que más vale que hablemos de otra cosa —continuó, mientras abrumaba al anciano con preguntas sobre él, Pambo y todos y cada uno de los monjes del cenobio; para tranquilidad del joven, Arsenio respondió de buen grado y por menudo a todas sus preguntas, incluso le dedicó una sonrisa al oír las bromas que hacía Filamón acerca de las diferencias que había entre los monjes de Nitria y los de Escitia.

Arsenio era un hombre lo bastante sensato como para darse cuenta de lo que significaban aquellas chanzas, y también para hacerse una idea de que la versión de Filamón no era menos cierta que la que le habían contado Pedro y Cirilo. Pero, por razones que prefirió no revelar, se limitó a dirigirle una mirada llena de cariño y a congratularse porque le encontraba mucho más crecido que cuando había salido del cenobio.

— Sin embargo, sigues igual de delgado y de pálido, hijo mío.

—Es por el tiempo que dedico al estudio —repuso Filamón—. Algún castigo tenía que tener el consumo de aceite cuando ya es de noche. Con todo, me siento altamente recompensado, y mayor habrá de ser el premio que alcance en el futuro.

—Esperemos que así sea. ¿Quiénes son esos godos con quienes acabo de cruzarme?

—¡Me alegra que me hagas esa pregunta, padre mío! —contestó Filamón, encantado de tener una excusa para cambiar de conversación, aunque incómodo y receloso porque sabía que Arsenio nada le comentaba del verdadero objeto de su visita—. ¿Así que fuiste tú quien se detuvo y habló con Pelagia al final de la calle? ¿Qué palabras empleaste para honrar a semejante ser?

—Sabe Dios. Me compadecí de ella. ¡Desdichada muchacha! Pero, dime, ¿de qué la conoces?

—Toda Alejandría conoce a esa abominable mujer —repuso una voz a su lado; no era otra que la del mozo de cuerda, que los había estado observando y acechando todo el tiempo y no había sido capaz de morderse la lengua por más tiempo—. Más les habría valido a muchos de nuestros caballeros que la vieja Miriam, en nefasto día, no nos la hubiera traído desde Atenas.

—¿Miriam, dices?

—Así es, monje. Por lo que sé, un nombre de sobra conocido en los palacios y en los mercados de esclavos.

—¿Te refieres a una vieja judía de malévolos miradas?

—Judía es, como habrás deducido por su nombre de pila; en cuanto a su forma de mirar, me parece, ¿o debería decir me parecía?, porque tus fanáticos correligionarios han expulsado de Alejandría a todos los de su raza, me parece tan digna de una divinidad como de un demonio. Pero dejemos en manos de la vulgar imaginación de los monjes el calificativo que juzguen más apropiado.

—¿Cómo conociste a esa Pelagia, hijo mío? No es la compañía más indicada para alguien como tú.

Filamón refirió con sinceridad las peripecias que había vivido durante su travesía por el Nilo y la invitación que le había hecho Pelagia.

—Me imagino que no la aceptarías.

—¡No permita el cielo que un discípulo de Hipatia se degrade hasta tal punto!

Arsenio meneó la cabeza con tristeza.

—¿Habría sido más de tu agrado que la hubiese aceptado?

—Claro que no, muchacho. Pero ¿desde cuándo has aprendido a considerarte discípulo de Hipatia o, ya puestos, a considerar como bajeza ir a ver a una pecadora como ella, si así consigues que una oveja perdida retorne

al redil del Buen Pastor? Creo, no obstante, que eres demasiado joven para dedicarte a tales menesteres aunque, sin duda, ella quería tentarte.

—No creo que fuera eso. Pareció sorprendida, eso sí, de mi griego ateniense y que, como ella, también hubiese nacido en Atenas.

—¿Y quién sabe cuánto tiempo hace que ella salió de Atenas? —apuntó Arsenio, tras quedarse un rato en silencio.

—Cuando la ciudad fue saqueada por los bárbaros —comentó el menudo mozo de cuerda, quien, oliéndose que allí había gato encerrado, como un papagayo, no perdía ni ripio de lo que decían—. La vieja la trajo con un cargamento de chicos y chicas cautivos.

—Las fechas coinciden... ¿Sería posible hablar con esa Miriam?

—Bonita y delicada pregunta en labios de un monje. ¿No te has enterado de que, hace cuatro meses, Cirilo expulsó a todos los judíos de Alejandría?

—Cierto, cierto... ¡Lástima! —comentó en voz alta el anciano—. ¡Qué mal uso hacen los grandes de este mundo del poder que detentan! Un gesto de la mano, y se olvidan de que ese ademán basta para enviar a la muerte a cientos de personas de las que jamás han oído hablar, y que cada una de esas almas es única a los ojos de Dios y del propio Cirilo.

—¿Qué pasa, padre mío? —se interesó Filamón—. Muestras una desmedida solicitud por esa mujer.

—¿Es esclava de Miriam?

—Hace cuatro años le devolvió la libertad —aclaró el hombrecillo—. Esa buena mujer, por excelentes razones sin duda, aunque no del todo claras para una mente filosófica, decidió manumitirla en la ciudad de Alejandría y que se las apañase por su cuenta.

—¡Que Dios se apiade de ella! ¿Estás seguro de que Miriam ya no está aquí, en Alejandría?

Al igual que Filamón, el recadero se puso encarnado como la grana; pero recordó la promesa que había hecho y la mantuvo.

—Colijo que los dos sabéis algo. Aunque hoy no sea sino un humilde monje, no puedes engañar a quien, otrora, fuera hombre de Estado —le espetó al mozo en tono autoritario—. Si me cuentas lo que sabes, te garantizo que ni tú ni ella habréis de lamentar tal confidencia. De lo contrario, ya me encargaré yo de dar con su paradero.

Ambos guardaron silencio.

—Y dime, Filamón, hijo mío, ¿cómo es que has confabulado contra..., no, no contra mí, sino contra ti mismo, pobre joven descarriado?

—¿Contra mí mismo?

—Eso acabo de decir. A menos que confíes en mí, no podré depositar en ti mi confianza.

—Hice una promesa.

—Lo mismo que yo, hombre de Estado, monje, o lo que seas, aunque quizá no seas ninguna de las dos cosas. Lo he jurado por los dioses inmortales —aseveró el mozo, con aplomo.

Arsenio se contuvo un momento.

—Hay quien sostiene que pronunciar un juramento por un ídolo, que no es nada, carece de todo valor. No soy de esa opinión, sin embargo. Si crees que es pecado quebrantar tu juramento, pecado ha de ser para ti. En cuanto a ti, hijo mío, aunque hayas jurado ante el mismo Judas Iscariote, tu promesa es sagrada. Feto, escuchadme ambos. ¿Alguno de los dos estáis en condiciones de preguntar a esa mujer si yo podría hablar con ella? Si está en Alejandría, y Dios quiera que así sea, contadle lo que hemos hablado, y decidle que Arsenio, de sobra sabe quién soy, bajo solemne juramento de cristiano, no le hará daño alguno ni la traicionará. ¿Lo haréis?

—¿Arsenio? —se sorprendió el hombrecillo, al tiempo que lo observaba con una mirada que revelaba temor y lástima a un tiempo.

El anciano sonrió.

—Así es. Arsenio, el mismo al que llamaban padre de los emperadores. Cuando oiga ese nombre, se sentirá tranquila.

—¡Ahora mismo voy, señor! ¡Será cosa de un momento! —anunció el mozo, antes de salir como una flecha.

—Ese pobre diablo no ha reparado siquiera —comentó Arsenio, con una sonrisa— en que ha cantado de plano, y en lo fácil que sería seguirle en este instante hasta la guarida de la vieja... Filamón, hijo mío, muchas lágrimas he de derramar por ti, pero no puedo permitírmelo en estos momentos. Ahora estás en buenas manos —añadió, tomándole del brazo—. ¿No abandonarás a tu pobre y anciano padre, no lo dejarás de lado por la mujer pagana, verdad?

—Me quedaré a tu lado, te lo prometo, con tal de que no digas falsedades sobre ella.

—Yo no hablo mal de nadie, ni acuso a nadie, aparte de a mí mismo. No saldrá de mi boca ni un solo reproche contra ti, hijo mío. Pero, ahora, escúchame. Sabes que procedes de Atenas. Lo que no sabes es que fui yo quien te trajo a África.

—¿Tú?

—Así es, hijo mío. Pero cuando te dejé en el cenobio, me pareció más prudente que, como hijo de noble que eres, no supieras nada del asunto. Pero, dime: ¿te acuerdas de tu padre o de tu madre, de tus hermanos y hermanas, de algo que tenga que ver con tu casa de Atenas?

—¡No me acuerdo de nada!

—¡Gracias a Dios! Pero, Filamón, si tuvieses una hermana... ¡Silencio! Y si, fíjate bien en lo que digo...

—¿Una hermana? —le interrumpió Filamón.



— ¡Dios no lo quieta, hijo mío! Pero es cierto que tuviste una hermana, que era tres años mayor que tú, creo recordar...

— ¿Llegaste a conocerla?

— Sólo llegué a verla en una ocasión, nefasto día. ¡Pobres niños! No quiero entristecerte con los detalles.

— ¿Por qué no nos trajiste a los dos? No serías tan cruel como para separarnos...

— Hijo mío, ¿qué puede hacer un anciano monje con una preciosa chiquilla? Aunque hubiera tenido el coraje de intentarlo, me habría sido imposible. Otros más ricos y codiciosos que yo reclamaron para sí la prenda de su juventud y belleza. Cuando, por fin, la conocí, ya había caído en manos de esa vieja judía. ¡Dios quiera que sea la misma Miriam!

— Así que tengo una hermana — gimió Filamón, con los ojos llenos de lágrimas —. ¡Tenemos que encontrarla! ¡Ayúdame, sin perder un momento! ¡No podré pensar, hablar ni hacer nada hasta que no dé con ella!

— Hijo mío, hijo mío. A lo mejor es preferible dejarla en manos de Dios. ¿Y si hubiera muerto? El mero hecho de saberlo nos causaría sólo un dolor innecesario. ¡Quiera Dios que no sea así! ¿Y si viviera sólo para el disfrute de placeres pecaminosos, estuviese muerta, o algo peor...?

— ¡La salvaríamos! ¡Daría la vida con tal de salvarla! ¿Qué menos puedo hacer, si es mi hermana?

Arsenio meneó la cabeza, sin discernir con claridad la nueva y sorprendente llama de cariño que sus palabras habían alumbrado en el corazón del joven que estaba a su lado...

— ¡Una hermana!

¿Qué misteriosa virtud encerraba aquel término, que era capaz de sentir cómo se le desbocaban cerebro y corazón? ¡Una hermana! No sólo una amiga o una semejante, sino una compañera de fatigas, un regalo de Dios, alguien a quien amar sin que nadie, ni un monje siquiera, pudiera echárselo en cara. No sólo un ser delicado, débil y hermoso, porque estaba convencido de que había de ser hermosa, sino alguien a quien querer, aconsejar, apoyar y sacar de un apuro, aunque le fuera la vida en el empeño, porque nada ansiaba más que morir por ella: todo eso, y mucho más, significaba tan sacrosanta palabra. Tan fulgurantes ideas, inconexas y parciales, se le agolpaban en la mente, desatando una febril pasión en su interior. Ni siquiera había oído, si es que había prestado atención, la mención del pecado y del peligro en que pudiera estar sumida. Había bastado aquella palabra para que, con su embrujo, impregnase el corazón del huérfano de padre y madre que, por vez primera, se encontraba con la profunda, perdurable y divina realidad del parentesco... ¡Una hermana! De su propia carne, de su propia sangre; nacida del mismo padre y de la misma madre, ¡suya, suya para siempre! ¡Qué vacuos se le

antojaron todos los «parentescos y filiaciones espirituales» a que estaba acostumbrado, invenciones de la mudable fantasía y del capricho de los hombres! ¿Qué representaban para él Arsenio, Pambo, incluso Hipatia, en aquellos momentos? Aquélla sí que eia una relación de verdad. ¡Una hermana! ¿Qué otra cosa había en el mundo que pudiese reclamar tanto su atención?

— ¡Y estaba en Atenas cuando Pelagia estaba allí! — gritó—. ¡A lo mejor llegó a conocerla! ¡Vamos a ver a Pelagia!

— ¡No lo permita Dios! Esperaremos a que Miriam nos dé una respuesta.

— Mientras, puedo llevarte hasta su mansión, y así podrás ir a verla cuando quieras. No estoy diciendo que pretenda entrar contigo. ¡Vamos! Estoy seguro de que si quiero encontrar a mi hermana debo pasar por Pelagia. De no habérmela encontrado en el Nilo, de no haberte cruzado con ella por la calle, jamás habría sabido que tenía una hermana. Y si se la llevó Miriam, seguro que Pelagia la conoce. ¡A lo mejor hasta comparten el mismo techo!

Arsenio tenía sus razones para pensar que Filamón estaba en lo cierto. Se limitó, pues, a seguir el instinto del muchacho y juntos echaron a andar hacia el lugar donde vivía la bailarina.

A pocos pasos de la verja de entrada, oyeron unos pasos apresurados a sus espaldas. Alguien les llamaba a voces por sus nombres. Se volvieron y ambos, con disgusto, advirtieron que se trataba de Pedro el lector y una cuadrilla de monjes.

La primera reacción de Filamón fue echar a correr. El propio Arsenio se colgó de su brazo, dispuesto también a salir por piernas.

«¡No! — lo pensó mejor el joven—. ¿Acaso no soy un hombre libre, y filósofo, por más señas?», se preguntó, dándose media vuelta, dispuesto a plantar cara al enemigo.

— ¡Por fin hemos dado con el apóstata! Así que, finalmente, lo encontraste, reverendo y maltratado señor. ¡Loado sea el cielo por tan feliz y pronto desenlace!

— Mi buen amigo — preguntó Arsenio, con voz trémula —, ¿qué te trae por aquí?

— ¿Cómo iba a permitir Dios que dejase solo a un hombre santo de tu edad, expuesto a los insultos y a la violencia de este miserable joven y sus depravados compañeros? Con filial solicitud, de lejos te hemos seguido los pasos a lo largo de la mañana.

— Te lo agradezco, pero ya ves que no hacían falta tan tos desvelos. Aquí está mi hijo, de quien no he recibido sino muestras de cariño y afecto, y a quien creo mucho más inocente que el retrato que de él me habéis hecho. Está dispuesto a volver conmigo tranquilamente, ¿no es así, Filamón?

—Lo siento, padre mío —repuso el muchacho, titubeando—. ¿De dónde sacaré fuerzas para decírtelo? No; no voy a volver contigo.

—¿Que no vas a venir conmigo?

—He jurado que jamás volvería a cruzar el umbral de ese recinto hasta que...

—Pero verás a Cirilo. Me aseguró, me prometió que está dispuesto a recibirte como a un hijo, y que perdona y olvida todo lo pasado.

—¿Que perdona y olvida? Soy yo quien debe hacerlo, no él. ¿Proclamará mi inocencia delante de este tirano y sus esbirros? ¿Reconocerá públicamente que soy inocente, que se me ha perseguido, maltratado y expulsado injustamente por haber obedecido sus órdenes? Mientras tal no pase, no olvidaré que soy un hombre libre.

—¿Un hombre libre? —comentó Pedro, con una sonrisa de desdén—. Eso tendrás que demostrarlo, jovencito, y te van a hacer falta más pruebas que esa capa de filósofo y esos bien rizados cabellos que luces desde la última vez que te vi.

—¿Que necesito probarlo?

Arsenio dirigió un gesto de súplica a Pedro para que guardase silencio.

—No, amigo mío. Como ya te advertí, no queda otro remedio. Y si lie de echar mano de semejante recurso, la culpa será de este desdichado joven, cuya malicia no me deja otra salida.

—¡Por el amor de Dios! ¡Apiádate de mí! —exclamó el anciano, llevándose aparte a Pedro, mientras Filamón, atónito, contemplaba la escena, entre indignado e invadido por un inexplicable temor.

—¿No te dije una y otra vez que nunca seré capaz de decir que un cristiano es mi esclavo? Cuanto más en este caso, que es mi hijo espiritual.

—Reverendísimo amigo, cuyo celo sólo con tu cariño y tu misericordia es comparable, ¿no te aclaró nuestro santo patriarca que tus escrúpulos carecían de fundamento? ¿Piensas que él o yo no abominamos de la esclavitud tanto como tú? ¡No lo quiera Dios! Pero cuando lo que está en juego es un alma inmortal, cuando se hace preciso devolver una oveja descarriada al redil, habrás de echar mano de la autoridad que la ley te reconoce para salvar esa preciosa carga que se te ha confiado. ¿Acaso no te pareció concluyente el argumento que te dio su santidad esta mañana? «Para tranquilidad de su conciencia, los cristianos están obligados a obedecer las leyes de este mundo, aun cuando en teoría estén en desacuerdo con ellas y nieguen su autoridad. Siguiendo un razonamiento similar, está claro que están en su derecho de sacar provecho de esas mismas leyes, si con ello contribuyen a acrecentar la gloria de Dios».

Con los ojos llenos de lágrimas, Arsenio seguía indeciso, hasta que el propio Filamón se decidió a poner fin a tanta cháchara.

—¿Qué significa esto? ¿También tú te has sumado a la conjura que han urdido contra mí? ¡Habla, Arsenio!

—¡Tú lo has dicho, ciego pecador! —gritó Pedro—. Según la ley, eres esclavo de Arsenio, quien te compró en la ciudad de Rávena. Está, pues, legalmente capacitado. Por otra parte, a mi entender y por el bien de tu alma, ha decidido exigirte que hagas lo que tenga a bien ordenarte.

Con una mirada cargada de rencor, Filamón dio un paso atrás. ¡Esclavo! A sus ojos, la luz del sol se trocó en tinieblas. ¡Si Hipatia llegara a enterarse de semejante baldón! Imposible. Era demasiado espantoso para ser cierto...

—¡Mientes! —dijo casi a gritos—. Soy hijo de un noble ciudadano de Atenas. El propio Arsenio así me lo ha revelado hace un momento.

—Sí; pero te compró, te adquirió en el mercado público. Lo puede demostrar.

—Escúchame, atiende a lo que voy a decirte, hijo mío —intervino Arsenio, acercándose al joven; ciego de ira, Filamón no reparó en la intención que había guiado al anciano monje, y lo apartó de sí con rabia.

—¿Hijo tuyo? ¡Di mejor esclavo! No mancilles esa sagrada palabra conmigo. ¡Sí, amo, esclavo tuyo soy en cuanto al cuerpo, que no en lo que se refiere al alma! Si te atreves, haz que me detengan, arrastra a tu casa al fugitivo, azótalo, márcalo con un hierro al rojo vivo, encadénalo a la rueda de un molino. Pero al hombre de espíritu libre siempre le queda una salida. ¡Si no quieres que viva como filósofo, me verás morir como tal!

—¡Detened a ese miserable, hermanos! —ordenó Pedro a voces, mientras Arsenio, incapaz de refrenar a los contendientes, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

—¡Malditos! Mientras me queden uñas y dientes, no me atraparéis vivo —les advirtió el joven—. ¡Si me tratáis como a un animal, como tal me defenderé!

—¡Fuera de aquí, chusma, dejad paso al prefecto! ¿A cuento de qué esta reyerta, monjes pendencieros? —preguntó alguien a sus espaldas.

La multitud se apartó y, al instante, aparecieron los materos de Orestes con uniforme de gala.

Un repentino rayo de esperanza brilló para Filamón, quien, sin dudarlo un instante, dejó atrás a la muchedumbre y se asió al carro del prefecto, gritando:

—¡Soy un ateniense libre! ¡Estos monjes pretenden secuestrarme y que sea su esclavo! ¡Reclamo tu protección!

—Cuenta con ella, apuesto muchacho, tengas o no razón. ¡Por todos los dioses! ¡Eres demasiado guapo para que quieran hacer de ti un monje! A ver, miserables, ¿se puede saber por qué tratáis de secuestrar a un hombre libre? No os conformáis con encerrar bajo siete llaves a cualquiera de esas locas a las

que embaucáis, sino que...

– Aquí está su amo, excelencia, quien podrá demostrar que lo compró.

– O cualquier otra cosa para mayor gloria de Dios. ¡Abrid paso! ¡Y tú, bribón, sí, tú, el alto, ándate con ojo, si no quieres que te dé un buen repaso! ¡Te tengo entre ceja y ceja desde hace más de un mes! ¡Paso libre!

– Su amo solicita que se le reconozca el derecho que la ley le otorga, como ciudadano romano que es – replicó Pedro, empujando a Arsenio.

– Si es ciudadano romano, que mañana presente su demanda ante el tribunal, con arreglo a derecho. Pero ya te advierto, anciano, que antes de entrar a fondo en el asunto de la compra de este joven tendrás que demostrar que eres ciudadano romano.

– La ley no exige ese requisito – aventuró Pedro.

– ¡Macero, aparte a ese hombre de mi camino!

Desaparecido Pedro, la partida de monjes estalló en un clamoroso murmullo.

– ¿Qué he de hacer, nobilísimo señor? – preguntó Filamón.

– Lo que quieras hasta la hora tercia de mañana..., si es que tu locura llega a tanto como para presentarte ante el tribunal. Si quieres escuchar mi recomendación, reparte leña a diestra y siniestra, y corre tan rápido como puedas – y Orestes siguió su camino.

Filamón comprendió que no le quedaba otra salida y, al cabo de un segundo, se encontró cruzando el umbral de la mansión de Pelagia, con una docena de monjes detrás, pisándole los talones.

Por suerte para él, el portalón de la verja, por donde acababan de entrar los godos, aún estaba abierto; no así las puertas interiores, que llevaban hasta el patio. Sin éxito, arremetió contra ellas con todas sus fuerzas. Al ver otra puerta entreabierta en el muro de la derecha, no dudó en cruzarla; se encontró en un anchuroso establo, yendo a caer en brazos de Wulf y Smid, quienes, como guerreros que eran, desensillaban y daban de comer a sus monturas.

– ¡Por el alma de mis antepasados! – exclamó Smid –. ¡Otra vez nuestro joven monje! ¿Qué te trae por aquí, mozalbete?

– ¡Librame de esos canallas! – replicó el muchacho, señalando a los monjes que atisbaban tras la puerta.

Wulf pareció entender al instante lo que estaba pasando. Empuñó un enorme látigo, se acercó a ellos, repartió unos cuantos zurriagos bien dados, despejó la entrada y cerró la puerta.

Filamón se disponía a darles las explicaciones pertinentes y las gracias, pero Smid le hizo un gesto para que mantuviese la boca cerrada.

– Olvídalo, joven. Eres nuestro invitado. Adelante; serás tan bien recibido como siempre. ¿Ves lo que pasa por no haberte quedado con nosotros desde

que pisamos tierra?

—Si me dejaste por esos monjes, me parece que no te arriendo la ganancia —dijo el viejo Wulf—. Entremos. Smid, date una vuelta y aleja a esos monjes de la verja.

Tras aporrear el portalón durante un rato, los albo rotadores habían accedido a las apremiantes súplicas de Pedro, que afirmaba que si aquellos demonios salían a por ellos, no quedaría un cristiano vivo en Alejandría. Convinieron, pues, en que se quedasen unos pocos para no perder de vista a Filamón, mientras el resto, comprendiendo que la presa estaba fuera de su alcance, comenzaron a lanzar invectivas contra el prefecto y se unieron al grueso de la partida, que seguía acosando el carruaje con aviesas intenciones.

En vano, et indefenso pastor de la plebe se empeñaba en avanzar. Los maceros, asustados, retrocedían y, sin su ayuda, era de todo punto imposible azuzar a las caballerías contra aquella multitud de brazos y barbas que les cerraba el paso. El asunto se ponía cada vez más feo.

—Los peores rufianes de la vieja Nitria, excelencia —musitó, lívido, uno de los hombres de la guardia—; de doscientos no bajan. Juraría que son los mismos que a punto estuvieron de liquidar a los hermanos Dioscuro.

—Si no me permitís seguir adelante, santos hermanos —dijo Orestes, tratando de aparentar tranquilidad—, quizá no sea contrario a los cánones de la Iglesia que dé marcha atrás. ¡Quitad vuestras manos de las cabezas de los caballos! En nombre de Dios, ¿qué se os ofrece?

—¿Acaso piensas que hemos olvidado a Hieracas? —gritó alguien desde atrás; en cuanto oyeron aquel nombre, los alborotadores se enfurecieron cada vez más hasta que, animados por la bulla que estaban organizando, comenzaron a proferir amenazas directas—. ¡Vengüemos al santo mártir Hieracas! ¡Vengüemos las ofensas hechas a la Iglesia! ¡Abajo el amigo de los paganos, los judíos y los bárbaros! ¡Acabemos con el favorito de Hipatia! ¡Tirano! ¡Esbirro!

El epíteto caló hondo entre la muchedumbre y, al grito de «¡Acabemos con el esbirro!», uno de los enloquecidos monjes trató de encaramarse al carruaje. Un macero lo arrojó al suelo y, a su vez, fue derribado. Los monjes estrecharon el círculo. La guardia, viendo que los superaban en número, en la proporción de diez a uno, se desprendió de las armas y desapareció; de no haber recibido aquella ayuda inesperada, un minuto más y las esperanzas de Hipatia y la causa de los dioses hubieran sucumbido para siempre, privando a Alejandría de la dicha de ser gobernada por el más atildado de los caballeros de la orilla sur del Mediterráneo. Habida cuenta de quién y qué es lo que está en peligro, tiempo habrá de referirse a ello en otro capítulo.

## CAPÍTULO XVII.

### Un destello fugaz

EL ÚLTIMO PROMONTORIO AZULADO de Cerdeña ya se perdía de vista por el noroeste, mientras una brisa constante empujaba a innumerables barcos en desbandada, pecios aún útiles de la armada de Heracliano que, impacientes, cabeceaban en una desesperada carrera por llegar a las costas de África. A lo lejos, bajo un cielo azul, donde no se apreciaba ni una nube, las blancas velas relucían en un mar no menos reluciente, con la misma alegría con que, un mes antes, iban cargadas de vanas esperanzas y atrevidos propósitos; en aquella ocasión, sin embargo, henchidas iban de vergüenza y deshonor, pánico y lamentaciones. ¿Quién podría dar cuenta de las miserias que ocultaba aquella desesperada huida?... Aun así, no era sino una más de las menos conocidas y más triviales tragedias de aquella desdichada época, un leve estertor en medio de los agónicos e innumerables padecimientos que concluirían con la desaparición de la Babilonia de Occidente, Le había llegado su hora. Tal como san Juan lo había visto en sus revelaciones, entre convulsos espasmos, poco a poco se iba ejecutando su merecida sentencia. Tirana de todos los pueblos con tal de mantener el inefable lujo que disfrutaba, se había asentado sobre la mística bestia, cimentando su poder en los más bajos instintos de sus víctimas y esclavos aunque, más que a ellos, se había engañado a sí misma. A fuerza de amargas lecciones, aprendía que no era la dueña de sus destinos, sino que estaba en manos «de la bestia», a la que los reyes de la tierra, sus vasallos, habían cedido su poder y sus armas, contribuyendo a su ruina y perdición con la misma ferocidad e idéntico placer con que ella, de forma artera, se había ensañado... Embriagada con la sangre de los santos; ciega por su orgullo y su avaricia antes que reconocer que, durante muchos siglos, se había ocupado de sofocar y extirpar de su imperio todo lo que era noble, puro, vivificador y divino, yacía impotente y delirante, a merced de cualquier aventurero, esclava de sus propios esclavos... «Y los reyes de la tierra que habían fornicado con ella, abominaron de la prostituta, la despojaron de sus ropas y la dejaron desnuda, devoraron

su carne y le prendieron fuego. Porque Dios les había inspirado para que cumpliesen sus designios, para que se aviniesen y pusiesen sus reinos en manos de la bestia hasta que se cumpliera la voluntad del Señor». A todos los rincones del mundo llegaron los instrumentos de la ira de Dios, a saber, la voluptuosidad, la división, el odio, la traición, la crueldad, la incertidumbre y el terror. ¿En qué acabará todo esto?, preguntaba, de generación en generación, cada cual a su vecino de al lado, para recibir siempre la misma respuesta: «mejor es morir que vivir así».

Con todo, en uno de los buques de aquella cabizbaja flota reinaba la paz; paz, a pesar del deshonor y del miedo, a pesar de los lamentos de los heridos y de los gemidos de los hambrientos, a pesar de la ingrata decepción. Los grandes trirremes y quinquerremes dejaban atrás a los pesados cargueros, olvidándose, en su loco afán por ponerse a salvo, que dejaban a la mayoría de los suyos indefensos en la retaguardia. Tan sólo a bordo de un pequeño barco de pesca no se escuchaban humildes súplicas ni amargas imprecaciones cuando, impelidas velozmente por sus poderosos remos, las otras naves pasaban como flechas y lo dejaban atrás. Todos los días, uno tras otro, veían cómo, semejantes a gigantescos dragones de cien patas, abandonaban las costas del norte, temblorosas y jadeantes, como si el terror impulsase cada vigorosa palada de sus remos, cortando el agua a ambos lados con su imponente roda, mientras en lo más alto de la proa gorgonas y quimeras, elefantes y osos, dirigían su mirada ardiente hacia las costas de África, como si, al igual que los seres humanos que llevaban a bordo, no pudiesen apartar de su cabeza el desenlace de tan cobarde estampida. Día tras día, dejaban atrás al resto de la flota; de vez en cuando, al pasar, alguien les gritaba algo desde la popa de algún navío, sembrando el terror en los corazones de sus compañeros: la terrible noticia de que, rauda, la flota napolitana del emperador había zarpado tras ellos... Los soldados que iban a bordo de la pequeña embarcación observaban entonces, silenciosos y con gesto de preocupación, el rostro silente y sereno del viejo prefecto, mientras Victoria reparaba en cómo se estremecía y miraba a otra parte; como una diosa, la muchacha se quedaba en medio de aquellos hombres aguerridos y valientes, sin dejar de repetir «el Señor velará por los suyos», y ellos le hacían caso y guardaban silencio. Hasta que, al cabo de muchos días y de muchos barcos, incluso cargueros y buques mercantes, que también lo dejaban atrás, el pequeño barco pesquero, avanzando a duras penas gracias a su única vela cuadrada, se quedó solo en mitad del mar.

¿Dónde estaba Rafael Aben-Ezra?

Estaba sentado, con la cabeza de *Bran* apoyada en las rodillas, al borde de una toldilla de popa, que protegía a los heridos del sol y de las salpicaduras del agua salada; desde donde estaba, escuchaba las dulces voces de Victoria y



de su hermano que, bajo la toldadura, como ángeles atendían a los heridos o les leían palabras de divina esperanza y consuelo..., que tan ajenas le resultaban en su fuero interno...

— Hay que ver cómo soy. En este instante, me gustaría compartir la suerte de alguno de esos pobres rufianes con tal de que esa voz me dirigiera tales palabras..., y que creyese en ellas.

Y siguió leyendo el manuscrito que sostenía en las manos.



— ¡Bien! — dijo hablando para sí al cabo de un rato —. Es la más cabal, si no la más consoladora, visión de nuestros destinos que he escuchado desde que deseché las creencias de mi nodriza: aquello de que el destino de los descendientes de David era la conquista del mundo y el establecimiento de un segundo imperio romano con sede en Jerusalén, peor que el actual, sin duda, puesto que a los demonios de la superstición y del fanatismo vendrían a sumarse la tiranía y la rapiña.

En éstas estaba, cuando una mano se posó en su hombro y una voz le preguntó:

— ¿Qué idea tan consoladora es ésta?

— Mi querido general — contestó Rafael, alzando la vista —. Esta mañana no dispongo de mucha variedad para ofrecerte una buena muestra de mis conocimientos culinarios. De no haber sido por ese tiburón extraviado que atrapamos anoche, habría tenido que conformarme con hervir las enormes botas de mi gordo amigo el decurión.

— Seguro que tras pasar por tus mágicas manos habrían resultado no menos apetitosas.

— ¡Es un consuelo pensar que, después de todo, algo útil aprendí en Alejandría! Así que pondré manos a la obra y te dispensaré una consumada muestra de mi arte.

— Antes explícame qué era eso de lo que hablabas a solas, eso que calificabas de idea consoladora.

— Bueno, si no les dices nada a tus hijos ni piensas que tal tenga algo que ver conmigo, te diré que me refería a las ideas de Pablo de Tarso sobre la historia y el destino de nuestro orgulloso pueblo. ¡Mira lo que tu hija me ha recomendado como lectura! — añadió, al tiempo que le mostraba un manuscrito de la epístola a los hebreos —. Si de algo te vale mi opinión, te diré que está escrita en un pésimo griego, pero no se puede negar que encierra una filosofía profunda. Sabe más de Platón que todas las señoronas y petimetres de Alejandría juntos.

— Yo sólo soy un soldado, y poco puedo opinar sobre el particular. No sé

si sabrá mucho o poco de Platón. Lo que sí sé es que lleva el nombre de Dios en el alma.

—¡Alto ahí! —le interrumpió Rafael, esbozando una sonrisa—. ¿Acaso olvidas que he pasado los últimos diez años de mi vida entre hombres convencidos de que estaban tan al tanto de los designios de Dios como de la palma de su mano?

—También Agustín pasó los diez mejores años de su vida entre ellos, y ahora combate los errores que antes enseñaba.

—Será que dio con algo que le pareció más cercano a la verdad, ¿no crees?

—Sin duda. Pero ocasión tendrás de hablar con él en persona y emplearás tus argumentos con alguien de tu talla. En esas cuestiones, digo, yo no soy sino lego.

—¡No es mala la idea!... A lo mejor, hasta me apetece. Al menos un filósofo converso, porque lo que es el pobre Sinesio, en mi opinión, es todavía medio pagano y añora la antigua sabiduría de los egipcios. Aportará un punto de vista interesante. Siempre será un placer conversar con un hombre tan conocido y tan leído. Pero discutir de estas cosas, ¡ni con él ni con nadie!

—¿Por qué, si puede saberse?

—Querido amigo, porque estoy harto de silogismos, de probabilidades, de argumentos a favor y en contra. ¿Qué se me da a mí si, al sopesar las razones aducidas por ambas partes, diecinueve libras en contra se ven contrarrestadas por veinte a su favor, y todas igualmente cuestionables? ¿No adviertes que si diera mi aquiescencia a la proposición que saliese vencedora, las otras diecinueve se perderían para siempre?

—No te entiendo, la verdad.

—Por eso eres un hombre feliz. No otro es el fruto de mi triste experiencia. No, respetado amigo. Busco una fe que vaya más allá de las argumentaciones, una fe que no precise del visto bueno o del negativo parecer de los leguleyos, una fe en la que pueda creer porque me satisface, y obre conforme a ella, sin necesidad de argumentarla o razonarla, con un convencimiento idéntico al que he vuelto a descubrir en mi identidad como persona. No necesito poseer una fe; necesito una fe que me posea. Y si alguna vez llego a encontrarla, será gracias a una demostración práctica, como la que he observado bajo esa toldadura.

—¿La toldilla, dices?

—Así es, amigo. Bajo su cobijo, he contemplado lo que hacéis tus hijos y tú, actitudes tan insólitas para mí, que soy judío, como le parecerían a Hipatia, la gentil. Os vengo observando desde hace muchos días, y no en vano. Cuando reparé en cómo tú, un oficial curtido, retrasabas el momento de la partida para recoger cuantos más heridos en tu barco, me quedé sorprendido. Pero desde que he visto cómo tú, tu hija y, lo más llamativo, ese

jovial Alcibíades que es tu hijo os quedáis sin comer para que esa pobre chusma tenga un bocado que llevarse a la boca; permanecéis a su lado, día y noche, como serviles esclavos; los consoláis como jamás nadie me consoló a mí; os olvidáis de las condiciones en que estáis, y lo sacrificáis todo sin la esperanza de recibir elogios o recompensa, sin pararos a pensar si, actuando así, contenéis la ira de algún dios o de alguna diosa, sino sólo porque creéis que no otra es vuestra obligación... Cuando he visto tales cosas, y más, con mis propios ojos, amigo mío, me he puesto a leer este libro y, sin esperármelo, me he topado con las mismas y excelsas reglas morales que vosotros ponéis en práctica sin pararos a pensarlas, sino como consecuencia natural de los elevados pensamientos que, verdaderos o falsos, las han precedido, y he empezado a pensar, amigo, si el credo que da lugar a acciones como las que he contemplado estos últimos días no sería digno, no digamos de cierta preeminencia en el terreno de las probabilidades, sino de aquello a lo que nos referíamos nosotros, los judíos, cuando creíamos en eso, en qué..., ¡vaya usted a saber!..., que representaba la omnipotencia divina.

Mientras hablaba, sus ojos se detuvieron a contemplar el semblante del prefecto: su gesto ponía de manifiesto que era un hombre atormentado por una tremenda lucha interior; tan intenso y terrible fue el fulgor que brilló en los ojos de Rafael que hasta el veterano soldado se arredró.

—Por eso —continuó—, mirad bien lo que hacéis, tus hijos y tú. Si por una locura o una bajeza, como las que he observado en todos los seres humanos con que he tenido la desdicha de cruzarme en este maldito teatro de locos, destruíis mi esperanza apenas nacida en que hay algo en alguna parte que hará de mí lo que sé que debo y puedo ser... Si destruíis esa esperanza, insisto, por una torcida acción, más os valdría haber sido los asesinos de mi primogénito, porque, en ese caso, tú y los tuyos seréis objeto de mi odio, tan grande como el que sólo un judío puede albergar.

—¡Que Dios nos ayude y nos dé fuerzas! —musitó el viejo guerrero, con noble humildad.

—Y ahora —dijo Rafael, deseoso de cambiar de tema después de tan insólita perorata—, más nos valdría ponernos a pensar si nos conviene, o no, mantener el rumbo, porque si decides regresar a Cartago o volver a Hipona...

—Me degollarán.

—Dalo por hecho. Y aunque consideres que semejante suceso pueda ser un bien para ti, has de pensar en las consecuencias que pueda acarrear a tus hijos...

—Amigo mío —le interrumpió el prefecto—, agradezco tus amables palabras, pero no quieras tentarme. Al lado del conde he peleado durante treinta años, y a su lado moriré, porque yo mismo me lo he buscado.

—¡Victorio! ¡Victoria! ¡Echadme una mano! —gritó Rafael—. Vuestro

padre —les aclaró, cuando salieron de debajo de la toldilla— sigue decidido a volver a Cartago para que le corten la cabeza y, de paso, poner en peligro las nuestras.

—¡Hazlo por mí, por nosotros, padre! —exclamó Victoria, colgándosele del cuello.

—Hazlo por mí también, respetado amigo —añadió Rafael, sonriéndole con dulzura—. No quiero mostrarme descortés hasta el punto de pedirte que hagas por mí lo que, según tengo entendido, yo hice por ti. Espero que medites en que tengo una vida que perder y que no está bien que, como pretendes, me expongas a tamaño peligro. Si gracias a tu gesto pudieses ayudar o librar de su suerte a Heracliano, enmudecería al instante. De ahí a que, por una mera cuestión de pundonor, hayan de perder la vida cincuenta bravos soldados que no saben ni dónde tienen la mano derecha... ¿Me permites que les pregunte su opinión?

—¿Pretendes promover un motín? —le preguntó el anciano a su vez, con gesto adusto.

—¿Por qué Filipo el sobrio no podría organizar un amotinamiento contra Filipo el borracho? Lo cierto es que sabes que te obedeceré...; mas también tú habrás de obedecernos... ¿Cómo define Hesíodo al hombre que no toma consejo ni de sí mismo ni acepta los de sus amigos?... Vamos a ver, ¿no dices que tienes buenos amigos en la Cirenaica?

El prefecto guardó silencio.

—¡Escucha, padre! ¿Por qué no vamos a casa de Evodio? Es un antiguo camarada tuyo..., uno de los pocos que vieron con buenos ojos esta aventura... Por otra parte, Agustín debe de estar allí ahora. Cuando salimos de Cartago, estaba a punto de zarpar rumbo a Berenice para evacuar consultas con Sinesio y los obispos pentapolitanos.

Al oír el nombre de Agustín, el anciano se detuvo a reflexionar.

—Seguro que Agustín anda por allí y, así, nuestro amigo tendrá ocasión de hablar con él. También podría preguntarle si cree que debo regresar a Cartago, ciudad a la que sin duda volveré. Pero ¿qué será de la tropa?

—Magnífico señor —dijo Rafael—, Sinesio y los prelados pentapolitanos, que viven en un sin vivir por culpa de los árabes, estarán encantados de darles comida y soldada, igual que a cualesquiera otros que acudan a su lado en estos momentos. Por si eso fuera poco, estoy seguro de que mi amigo Victorio, aquí presente, con gusto emprendería una campaña contra esos negros que acechan por todas partes.

El anciano asintió en silencio. La batalla estaba ganada.

El joven tribuno que, preocupado, no había apartado los ojos del rostro de su padre, interpretó el gesto y corrió a anunciar el cambio de planes a la soldadesca, que prorrumpió en atronadores gritos de alegría. En cinco

minutos, desplegaron la vela, el timón varió el rumbo y el barco, empujado por un viento constante del noroeste, se dirigió hacia el extremo occidental de Sicilia.

—Por fin; tendrás ocasión de conocer a Agustín —exclamó Victoria, alborozada—. Recuerda que me prometiste que hablarías con él.

—Al menos te prometo que todo lo que tenga a bien decir el gran sofista lo escuchará con agrado y paciencia este hermano en el arte del sofisma. No te enfades por los términos que empleo. Recuerda más bien que, como mi antepasado Salomón, estoy un poco de vuelta de sabios y sabiduría, que, según he llegado a descubrir, no difieren demasiado de los locos en su demencia. Además, no pretenderás que vaya a hacer caso de un hombre, cuando ni siquiera creo en Dios...

—No te creo. ¿A qué tanto empeño en parecer peor de lo que eres? —comentó Victoria, suspirando.

—Para que las almas generosas, como la tuya, se ahorren el disgusto de descubrir que soy peor de lo que parezco... Dejémoslo así. Permíteme añadir tan sólo que deseo de todo corazón que abomines de mí.

—¿He de intentarlo?

—Eso es cosa mía, no tuya. Sin embargo, antes de lo que piensas, te daré sobrados motivos para ello.

Victoria suspiró de nuevo, se retiró bajo la toldilla y siguió atendiendo a los enfermos.

—Y ahora —continuó el prefecto, mirando a Rafael y a su hijo—, no os equivoquéis conmigo. Puedo haber tenido un gesto de flaqueza, como cualquier hombre que, a mi edad, haya perdido toda esperanza. Pero no penséis de mí que soy uno de éstos que ceden ante la adversidad con tal de tener a mano un clavo ardiendo al que agarrarse. Dios sabe que deseo la muerte por encima de todo, y que si he dejado de lado mi propósito es porque sé que, si Agustín así me lo aconseja, mis hijos no se opondrán a que regrese a Cartago y me enfrente con lo que el destino me tenga reservado. Lo único que pido a Dios es que me mantenga con vida hasta que encuentre el seguro refugio de un monasterio para mi hija.

—¿Un monasterio?

—Sin duda. Desde que nació, siempre he tenido la idea de consagrarla al servicio de Dios. Y en los tiempos que corren, ¿hay acaso algo mejor a lo que pueda aspirar una joven indefensa?

—Discúlpame —replicó Rafael—, pero soy demasiado lerdo para comprender qué beneficio o placer pueda resultar para tu dios del celibato de tu hija... A no ser, pongamos por caso que, aun habiéndose avivado en mí, en estos últimos tiempos, algunos rescoldos de veneración y decencia, tales ideas sólo puedan ser expuestas por las inmaculadas bocas de sacerdotes

carentes de sexo.

—No olvides, amigo mío, que estás hablando con un cristiano.

—¡Por supuesto que no! En tu amable y racional compañía, ciertamente, lo había olvidado hasta hace un par de minutos. Pero no te preocupes: no hay peligro de que vuelva a incurrir en tan torpe equivocación.

—¿Cómo te atreves? —dijo el prefecto, encendido, al ver el desdén con que lo trataba Rafael—. Cuando conozcas más a fondo las epístolas de san Pablo, dejarás de mofarte de las opiniones y de los sentimientos de quienes las siguen, sacrificando a Dios sus tesoros más preciados.

—¿De modo que sigues el consejo de Pablo de Tarso? Gracias por decírmelo. Me acabas de ahorrar el trabajo de estudiar sus obras en el futuro. Permíteme, en consecuencia, que por tu mano devuelva este manuscrito, junto con mi agradecimiento, a tu hija, con cuyo perpetuo encierro tratas de complacer a tu dios. En adelante, cuanto menor sea la comunicación entre cualquier miembro de tu familia y yo, mejor para todos —y se dio media vuelta.

—Pero, amigo mío —acertó a decir el buen soldado, compungido—, las cosas no pueden terminar así. Mucho te debemos, más aún te apreciamos, como para echarlo todo a rodar por un capricho pasajero. Si en algo te he ofendido, olvídalo y perdóname, te lo suplico —al tiempo que tomaba las manos de Rafael entre las suyas.

—Querido amigo —repuso el judío, con dulzura—, también yo te ruego que me perdones, y puedes creerme si te digo que, por los buenos recuerdos que guardo, no olvidaré mi promesa en lo tocante a la prenda... Pero no me pidas más. Si he de decirte la verdad, hará cosa de media hora estaba aterrado ante la posibilidad de hacerme ni más ni menos que cristiano. En mis fantasías, llegué a imaginar que el dios de los galileos podría ser, en último término, el dios de los hebreos, de nuestros antepasados, de Adán y Eva, de Abraham y David, de tantos otros que creyeron que los niños y el fruto del vientre eran una herencia y un don que nos manda el Señor, y que Pablo no andaba errado, sino acertado, en su idea de que la Iglesia era el desarrollo y el cumplimiento de las antiguas aspiraciones de nuestro pueblo... Debo darte las gracias por abrirme los ojos y hacerme ver el error en que había incurrido en un momento de aturdimiento, equivocación que monjes y monjas habrían hecho añicos por el mero hecho de su existencia y, así, reservar esta nueva fe que alienta en mí para otra divinidad que no se complazca en ver cómo sus criaturas ponen en ridículo sus dones naturales. ¡Adiós!

Y dejando al prefecto petrificado, se retiró al otro extremo de la cubierta, musitando para sí:

—¿Cómo no me habré dado cuenta de que este destello era demasiado

fulgurante y brillante como para ser duradero? ¿Cómo no me di cuenta de que también él, como todos mis semejantes, acabaría por dar pruebas evidentes de que es un asno? ¿A qué otro necio se le ocurriría buscar sentido común en este mundo? ¡Húndete en el caos de nuevo, Rafael Aben-Ezra, y sigue construyendo castillos en el aire hasta el final de la farsa!

Se mezcló, pues, con la soldadesca, y no volvió a hablar con el prefecto ni con sus hijos hasta que arribaron al puerto de Berenice. Dejó, entonces, el collar en manos de Victoria, y se perdió entre la multitud que atestaba el muelle, sin decir a nadie dónde iba.

## CAPÍTULO XVIII.

### Jaque al prefecto

HABÍAMOS DEJADO A FILAMÓN, a quien los hados habían llevado a encontrarse de nuevo con sus viejos amigos los godos, sumido en sus cábalas a propósito de dos condiciones imprescindibles para alcanzar el humano consuelo, a saber, la libertad y una hermana. No tardó en encontrar a ésta en un vasto salón donde unos cuantos godos, mano sobre mano, se dedicaban a beber; se acurrucó, pues, en el rincón que le quedaba más cerca y, ajeno por completo al terror y la rabia que acababa de sentir, se centró sólo en la nueva y obsesiva idea que no podía apartar de su mente. ¡Su hermana podía estar en aquella mansión! Dejándose arrastrar por tan dulce pensamiento, comenzó a hacer conjeturas sobre cuál de aquellas alegres doncellas podría ser la que, en cuestión de un momento, se había convertido a sus ojos en el ser más querido y más importante de cuantos había en el cielo y en la tierra. ¿Sería aquella italiana de formas redondeadas y rubios cabellos? ¿Aquella preciosa judía de nariz aguileña? ¿La copta atezada, delicada y de ojos rasgados? No. Sólo sabía que era ateniense, como él. ¿Sería aquella alta e indolente griega que, de vez en cuando, abría unos párpados somnolientos entre los que refulgían súbitos relámpagos, que revelaban pensamientos profundos y sentimientos no pulidos que, quizá, ni siquiera imaginase? ¿Sería ésa o cualquier otra la hermana que no conocía? ¿Por qué no la propia Pelagia, la mas hermosa y pecadora de todas? ¡Horrenda perspectiva! Sólo de pensarlo, se puso como la grana. Sin embargo, ¿por qué en lo más hondo de su corazón pensaba que era la hipótesis que mejor le cuadraba? De repente, recordó el comentario de una de las muchachas que iban con ella en el barco de los godos: algo había dicho acerca del parecido que había entre ambos. ¡Qué raro! No había vuelto a pensar nunca en ello. ¿A ver si iba a ser eso? ¡Qué fino era el hilo, salpicado de insinuaciones, de suposiciones, del que pendía tal intuición! Sería sensato, y aguardaría prudente a ver qué descubriría. Mas ¿cómo quedarse cruzado de brazos sin saber quién era su hermana, a lo peor en peligro? ¡Impensable!

De pronto, no le quedó otro remedio que ponerse a pensar en otra cosa.



—¡Venid aquí! ¡Acercaos! ¡Hay una buena trifulca en la calle! —advirtió una de las jóvenes a gritos, bajando por las escaleras.

—No pienso mover un dedo —dijo un godo corpulento, tumbado de espaldas en un diván.

—¡Que no se diga, héroe mío! —apuntó otra de las jóvenes—. ¡Es una fantástica algarada, hasta el prefecto está metido en faena! No habíamos visto cosa igual en lo que va de mes.

—Los príncipes no me permitirán atizar a esos peleles en la cabeza, y ver cómo lo hacen otros me saca de quicio. Pásame la jarra de vino... ¡Maldita sea! ¡Se ha ido corriendo escaleras arriba!

Los gritos y las pisadas sonaban cada vez más cerca. Al cabo de un momento, Wulf bajó las escaleras con rapidez, cruzó el salón, se fue derecho al serrallo y se presentó al de Amal.

—Príncipe, se nos ofrece una ocasión que ni pintada. Esa chusma griega se dispone a liquidar al prefecto al pie de nuestras ventanas.

—¡Maldito embustero! Justo castigo por habernos engañado. Cuenta, además, con una numerosa guardia. ¿Por qué no se cuida de su persona?

—La guardia ha huido. He visto que algunos soldados trataban de mezclarse con los alborotadores. Por mi vida, que a ese hombre le quedan pocos minutos de vida.

—¿Qué más nos da?

—¿Qué te parece si lo sacamos del apuro y nos ganamos su favor para siempre? Los nuestros se mueren de ganas por pelear, y nada como dar a oler un poco de sangre a los sabuesos de vez en cuando para que no pierdan el instinto de la caza.

—Pero si no duraría ni cinco minutos...

—Y nuestros héroes tendrán la oportunidad de demostrar que saben ser indulgentes con el enemigo caído.

—¡No te falta razón! ¡Cualquiera diría que eres un Amal! —exclamó el príncipe, poniéndose en pie de un salto y ordenando a los suyos que lo siguiesen—. ¡Adiós, hermosa mía! ¡Hombre, Wulf, pero si tenemos aquí a nuestro monje! ¡Por Odín que eres bienvenido, apuesto mozo! Acompáñanos y ven a dar una buena zurra con nosotros, jovencito. ¿Para qué crees que tienes los brazos?

—Es de los míos —dijo Wulf, poniéndole una mano en el hombro a Filamón—, y habrá de tomarle gusto a la sangre.

Los tres echaron a correr, y Filamón, enardecido como estaba, parecía dispuesto a todo.

—Bastará con vuestros látigos. Nada de espadas. Esos miserables no son dignos de ellas —gritó el de Amal, al tiempo que echaba a correr por el pasadizo, empuñando una pesada cincha de unos diez pies de largo; abrió la

puerta, y no le quedó más remedio que dar un paso atrás ante el empuje de una multitud que tan pronto reculaba como daba un paso al frente; hasta que el godo, seguido por sus terribles compañeros, echando mano a un tiempo de su corpulencia y de la fuerza de su brazo, se abrió paso entre la gente, derribando a quienes se cruzaban en su camino.

No pudieron llegar más a tiempo. Encabritados, los cuatro purasangres blancos que tiraban del carruaje ya pateaban, mientras Orestes, con el rostro cubierto de sangre, iba de un lado para otro, zarandeado a manos de veinte monjes enrabiados.

«¡Otra vez esos monjes!», pensó Filamón, al reconocer algunas de las odiosas caras que había visto en el patio de Cirilo aquella fatídica noche; un irrefrenable deseo de venganza se apoderó de él.

— ¡Misericordia! — imploraba el pobre prefecto —. ¡Soy cristiano! ¡Os juro que soy cristiano! ¡El obispo Ático me bautizó en Constantinopla!

— ¡Fuera el esbirro! ¡Abajo el tirano de los paganos, que prefiere apostatar del Evangelio antes que hacer las paces con el patriarca! ¡Bajadlo del carro! — gritaban los monjes.

— ¡Miserable canalla! — le imprecó el de Amal, deteniéndose en seco —. ¡No merece nuestra ayuda!

En ese mismo instante, Wulf se abalanzó repartiendo estopa a su paso; los monjes retrocedieron, y Filamón, tratando de evitar tan grave escándalo para la fe que todavía abrazaba, se encaramó al carruaje y tomó a Orestes en brazos.

— Estás en buenas manos, mi señor; no te resistas — le dijo en voz baja, mientras los monjes trataban de hacerse con él.

Una o dos piedras alcanzaron al joven, pero sólo sirvieron para reafirmar su determinación; al cabo de un momento, el siseo de los látigos por encima de su cabeza y la estampida de los monjes a su espalda le indicaron que podía estar tranquilo. Condujo su preciada carga hasta la entrada de la mansión de Pelagia, donde la depositó a los pies de unas nerviosas e inquietas damiselas, de modo que veinte pares de las más hermosas manos de Alejandría se hicieron cargo de Orestes y lo condujeron hasta el patio.

«¡Como otro Hilas, transportado por las náyades!», pensó con una sonrisa tonta al ver que lo llevaban al harén, lugar del que volvió a salir al cabo de cinco minutos, con la cabeza envuelta en pañuelos de seda a modo de vendas y más insolente de lo que tenía por costumbre.

— Magnífico señor, héroes, ante vosotros se presenta vuestro esclavo. Os debo la vida. Sólo los delicados cuidados que se me han dispensado superan el valor que habéis demostrado. De buena gana consentiría que me hirieran de nuevo, y así poder disfrutar otra vez del placer de vuestras manos y contemplar esos pies que corretean para socorrerme.

—No hubieras hablado así hace cinco minutos —observó el de Amal, observándolo igual que un oso miraría a un mono.

—¡Olvídate de manos y pies, amigo, que nada tienen que ver contigo! —añadió, desde más atrás, una voz áspera, probablemente la de Smid; todos se echaron a reír.

—¡Salvadores y hermanos míos! —repuso Orestes con elegancia, sin hacer caso de las risotadas—. ¿Cómo podría devolveros el favor? ¿Hay algo que pueda hacer por vosotros desde la posición que ostento, sin hablar de recompensas, que supondrían un trato poco conforme con vuestra dignidad de bárbaros libres, para demostraros mi agradecimiento?

—¡Concedéndonos tres días de pillaje por el barrio! —apuntó uno.

—El verdadero valor nunca piensa en el peligro; olvidáis que no sois muchos.

—Ten cuidado con lo que dices, prefecto —señaló el de Amal—. Si lo que quieres es dar a entender que nosotros, que no pasamos de cuarenta, en tres días no somos capaces de rebanar el cuello a todos los habitantes de Alejandría, incluido el tuyo, y arrojar a tus soldados al mar de paso...

—¡La mitad se vendría con nosotros! —apuntó alguien—. ¡Al fin y al cabo, nuestra es la mitad de la sangre que corre por sus venas!

—Os ruego que me disculpéis, amigos. No me cabe la menor duda. He visto bastante mundo como para no saber que, llegada la ocasión, un perro pastor capaz es de hacerse con un pedazo de alguno de los carneros que antes ha vigilado. ¿No es así, venerable anciano? —preguntó, volviéndose hacia Wulf, con una inclinación de cabeza.

Wulf puso mala cara, y algo le dijo al de Amal en su lengua acerca de cómo había que comportarse con los invitados.

—Os pido, pues, disculpas, mis heroicos amigos —prosiguió Orestes—; si me lo permitís, os diré que me encuentro algo torpe y aturdido después de lo que ha pasado. Abusar de vuestra hospitalidad sería una impertinencia por mi parte. Ordenaré a un esclavo que vaya en busca de alguno de mis maceros...

—¡No, por todos los dioses! —bramó el de Amal—. Eres nuestro invitado..., el de mi dama al menos. Y nadie se ha ido de mi casa en estado sobrio, si en mi mano está evitarlo. Que los cocineros pongan manos a la obra, amigos. Trataremos al prefecto como a un emperador, y lo devolveremos esta noche a su casa, tan borracho como guste. Vamos, magnífico señor; los godos somos gente ruda, pero ¡por las valquirias, nadie se atreverá a decir que no agasajamos a nuestros invitados!

—Una agradable sugerencia —contestó Orestes, poniéndose en marcha.

—A propósito, ¡aguarda un momento! ¿No atrapó alguno de vosotros a uno de esos monjes?

– Aquí está, príncipe, con los codos atados a la espalda.

Y apareció un monje alto, de rostro macilento, medio desnudo.

– ¡Muy bien! Traedlo aquí. El prefecto lo juzgará mientras preparan la cena, y Smid se encargará de ahorcarlo. El pobre, pensando sólo en zampar, no ha malherido a nadie durante la reyerta.

– Uno de esos truhanes me arrancó un trozo de pierna de un mordisco, y me fui al suelo – refunfuñó Smid.

– Bien; que éste pague por él. ¡Traed una silla, esclavos! Siéntate, prefecto; imparte justicia.

– ¡Que sean dos las sillas! – reclamó otro –. El de Amal no ha de estar en pie ni en presencia del mismísimo emperador.

– De ningún modo, amigos míos. El de Amal y yo seremos como los dos césares y nos dividiremos el imperio. Barrunto que no habremos de disentir en demasía en cuanto al ahorcamiento de este sujeto.

– La horca es un suplicio demasiado rápido.

– Eso mismo pensaba yo. Hay ciertas formalidades judiciales que, si bien no necesarias, han sido siempre útiles para que el Imperio romano haya llegado a ser...

– No pierdas el tiempo con palabrería – gritó otro de los godos –. Pensábamos ahorrarte la molestia; si lo que quieres es ahorcarlo con tus propias manos, no hay inconveniente.

– ¿Acaso pretendías privarme del delicado refinamiento de la venganza, amigo mío? Tengo la intención de emplear no menos de cuatro horas mañana antes de acabar con este devoto mártir, de forma que tenga tiempo sobrado de meditar entre el principio y el fin del tormento.

– ¿Has oído, maese monje? – dijo Smid, dándole un golpecito bajo la barbilla, mientras el resto de la concurrencia disfrutaba del espectáculo como de un divertido pasatiempo, repartiendo sus burlas entre el prefecto y su víctima.

– El hombre que gusta la sangre lo ha dicho: soy un mártir – repuso el monje con terquedad.

– Habrá de pasar un buen rato antes de que lo seas.

– La muerte puede tardar en llegar, pero la gloria es perdurable.

– Cierto. Lo había olvidado. Si es posible, procuraré que transcurran uno o dos años antes de que disfrutes de esa gloria. Dime el nombre de quien me golpeó con la piedra.

Silencio.

– Dímelo y, en el momento en que esté en poder de mis lictores, te dejaré libre.

El monje se echó a reír.

– ¿Que me perdonarás? ¿Que pasarás por alto la eterna bienaventuranza

y las cosas inefables que Dios tiene dispuestas para quienes lo aman? ¡Tirano! ¡Esbirro! ¡Paniaguado! Yo fui quien te hizo eso, reencarnación de Diocleciano; yo lancé la piedra, yo, Ammonio. ¡Ojalá la piedra que arrojé hubiera sido para ti lo que la estaca de Jael para Sisera!

— ¡Gracias, amigo! Héroes, ¿disponéis de una mazmorra para monjes del estilo de éstas en que se guarda el vino? Esta noche, os incomodará con la monserga de sus rezos, pero mañana enviaré a mis maceros a buscarlo.

— Como se le ocurra aullar cuando estemos en la cama, díles a tus hombres que no se molesten... —dijo el de Amal—. Pero aquí están los esclavos. La cena está lista.

— Un momento —reclamó Orestes—. Hay otra persona aquí con la que tengo una cuenta pendiente, ese joven filósofo.

— Nos acompañará también. El pobre nunca se ha emborrachado, doy fe, y ya es hora de que empiece —explicó el de Amal, dejando caer afablemente su zarpa de oso sobre el hombro de Filamón, quien, asustado, dirigió una implorante mirada a Wulf.

Con la cabeza, el anciano le hizo un gesto afirmativo, que animó al joven a mascullar una negativa. El de Amal soltó un juramento que retumbó por todo el recinto y, de un manotazo, lo mandó dando traspiés a mitad del patio. Wulf se interpuso entre ambos.

— El chico me pertenece, príncipe. No es un borracho, ni quiero que lo sea. ¡Ojalá pudiera decir lo mismo de otros! —musitó—. Cuando hayas acabado, di que nos sirvan la cena aquí. Nos conformaremos con medio cordero y el suficiente vino del más fuerte para pasarlo. Smid sabe lo que suelo tomar.

— En el nombre del cielo, ¿por qué no nos acompañas?

— Antes de dos horas, esa chusma tratará de violentar la puerta de nuevo. Como alguien ha de montar guardia, más vale que el centinela no se haya quedado sordo con tanto vino y tanto besuqueo. El joven se quedará conmigo.

Y allá se fueron todos, dejando a Wulf y a Filamón en el patio.

Ambos se quedaron sentados durante una media hora, dirigiéndose furtivas miradas, procurando en vano averiguar lo que pasaba por la cabeza del otro. Aunque sin dejar de pensar en su hermana, Filamón no pudo por menos que reparar en la profunda tristeza que revelaba el estragado y curtido rostro del anciano guerrero. A sus ojos, la aspereza que había observado la primera vez que lo había visto se había trocado en persistente melancolía. Las arrugas alrededor de la boca y los ojos le parecieron más profundas, más marcadas; en la frente ceñuda y en el labio superior, advirtió la mueca de una perenne indignación. Durante cosa de media hora, profundamente ensimismado, permaneció callado y sin moverse, con el mentón entre las manos, apoyadas a su vez en el extremo del mango del hacha, escuchando

con desdeñosa sonrisa el estruendo de copas y platos que les llegaba del interior de la mansión.

Acobardado tanto por la edad como por la majestuosa tristeza del anciano, Filamón no se atrevió a perturbar el silencio, hasta que una carcajada, más estrepitosa que las anteriores, hizo que Wulf volviese en sí.

— ¿Qué nombre le das a eso? — le preguntó en griego.

— Locura y vanidad.

— ¿Y cómo lo llamaría esa profetisa vuestra, la Alruna?

— ¿A quién te refieres?

— A la mujer griega que fuimos a escuchar esta mañana.

— Locura y vanidad.

— O sea, que no puede curar a ese romano atildado de su mal.

— ¿Por qué no? — repuso Filamón, al cabo de un rato j de estar callado.

— ¿Crees que podría curar a alguien de eso?

— ¿De qué?

— De embriagarse, de dilapidar su bravura, su fama y sus riquezas, con tanto esfuerzo ganadas, en comer y beber, en preciosas telas y en malas mujeres.

— Ella es la pureza misma, y así lo proclama ante quienes acuden a escucharla.

— Lo mismo que yo desde hace cuatro meses. No vale de nada.

— A lo mejor, ella ofrece mejores argumentos; quizá...

— Entiendo. Siendo tan hermosa como es, poco trabajo ha de costarle que le hagan caso, mientras que de un viejo canoso y cargante como yo dicen que chochea. Es natural.

Prolongado silencio.

— Es una noble mujer. Nunca he visto otra igual, y mira si habré visto. Tiempo atrás, hubo una profetisa que vivía en una isla del río Weser; en cuanto la veías, sin que hubiese abierto la boca, deseabas postrarte ante ella y decirle: «Aquí me tienes; haz de mí lo que quieras, porque no soy digno ni de lavarte los pies». Muchos guerreros lo hicieron... Hasta yo mismo lo hice quizá también, hace ya mucho tiempo... Y ésta guarda un extraordinario parecido con ella. Sería digna esposa para un príncipe.

Filamón sintió un sobresalto. ¿A qué nuevo impulso respondía aquella repentina indignación?

— ¿Belleza? ¿Qué es el cuerpo sin el alma? ¿Y qué la belleza, si carece de sabiduría? ¿Qué es la belleza sin castidad? ¡Vanidad, un animal que retoza en el lodo que los puercos hollan! La mujer hermosa pero carente de discreción es como zarcillo de oro en el hocico de un cerdo.

— ¿Quién dijo eso?

— Salomón, rey de Israel.

—Nunca he oído hablar de él. Fuere quien fuere, no era mal bardo. ¿Y dices que es pura la mujer griega?

—Tan inmaculada como... —la virgen bendita, estuvo a punto de decir, pero se contuvo a tiempo. Aquella expresión le traía tristes recuerdos.

Wulf volvió a quedarse callado durante un rato, mientras Filamón daba vueltas y más vueltas a la nueva situación que llenaba su vida de sentido: ¡tenía que encontrar a su hermana! Semejante descubrimiento había bastado para que, en pocas horas, el muchacho se hiciese hombre. Hasta entonces, no había sido sino una hoja arrastrada por el viento, un títere en función de cada nueva peripecia. En aquel momento, sin embargo, el mismo azar que durante meses lo había encadenado con deleitosos grilletes se había convertido en su peor enemigo. Hizo acopio de fuerzas e ingenio, del escaso conocimiento que tenía de sus semejantes y de la sociedad, y los puso al entregado e incansable servicio de la nueva causa. Wulf ya no era una circunstancia que le llamase la atención, sino un instrumento del que se podía servir. Las frases deshilvanadas con que el anciano acababa de revelar le la desazón que le producía la presencia de Pelagia suscitaron en el joven una súbita esperanza y empezó a hacer cábalas sobre las personas que se alegrarían de que se marchara de allí. Dándose cuenta de que algo tramaba, Wulf le respondía con preguntas no menos capciosas y evasivas, hasta que Filamón, convencido de que mejor era hablar con toda claridad, le refirió los acontecimientos que había vivido aquella mañana y el misterio que Arsenio sólo a medias le había revelado, estremeciéndose de alegría y de horror a un tiempo, al escuchar la respuesta de Wulf al cabo de cinco interminables minutos de reflexión.

—¿Y si tu hermana fuese la propia Pelagia?

A punto estuvo Filamón de responder de forma desabrida, pero el anciano le obligó a callar y, parsimonioso, siguió hablando, sin quitarle los ojos de encima.

—Cuando un joven monje que no tiene dónde caerse muerto afirma que es pariente de una mujer que bebe en la copa de los césares y ocupa una posición que para sí quisieran muchas hijas de reyes, y que aún más la envidiarán dentro de nada, aunque este anciano de buen talante no se atreva a pensar que el muchacho en cuestión es un mentiroso de tomo y lomo, no por eso deja de sopesar si el joven monje no tratará de sacar algún provecho.

—¿En mi propio beneficio? —exclamó el pobre Filamón, poniéndose en pie—. ¡Por Dios! ¿Qué otra intención puede guiarme sino la de librarla de esta infamia y lograr que lleve una vida de pureza y castidad?

Había pulsado la cuerda equivocada.

—¿Infamia, te atreves a decir, maldito esclavo egipcio? —estalló el príncipe, rojo de ira, poniéndose en pie y haciéndose con el látigo que colgaba por encima de su cabeza—. ¿Infamia? ¡Como si ella, al igual que tú, no

hubierais de consideraros afortunados por que se os permitiera lavar los pies del de Amal!

—¡Perdóname! —le suplicó Filamón, al comprobar, horrorizado, el resultado de su torpeza—. Olvidas..., olvidas que no está casada con él.

—¿Casada con él? ¿Una manumitida? ¡No lo permita Freya! Todavía no ha caído tan bayo, por lo menos, y nunca caerá; antes mataría yo con mis propias manos a esa hechicera. ¡Con una liberta!

¡Pobre Filamón, que aquella misma mañana había descubierto que también él era esclavo! Se cubrió la cara con las manos, y lloró amargamente.

—¡Vamos, vamos! —dijo el encolerizado guerrero, más aplacado—. Poco me importan las lágrimas de una mujer, pero ver llorar a un hombre es algo que nunca he podido soportar. Ya hablaremos del asunto cuando estés más sereno y hayas aprendido modales. Dejémoslo así, por ahora. Aquí nos traen la cena. Estoy tan hambriento como el dios Loki —y comenzó a devorar como su homónimo, «la bestia gris de los bosques», obligando con su ruda hospitalidad a que Filamón, a pesar suyo y de tener el estómago encogido, hiciera lo mismo—. Ahora me siento mucho mejor —dijo Wulf, por fin—. Comer es lo único que se puede hacer en este maldito lugar, donde ni peleamos ni salimos de caza. Detesto a las mujeres tanto como ellas a mí. Lo único que aún disfruto es de la comida y de las sagas. Pero aquí, embrujados como están por las arpas y flautas afeminadas de esas muchachas, ni se molestan en escuchar un auténtico canto guerrero. Ahí los tienes, hartándose y graznando todos juntos, como una bandada de estorninos en una mañana neblinosa. Cantemos también nosotros para acallar el tumulto.

Entre torpes gestos y con voz apagada, comenzó a interpretar una salvaje y preciosa melodía, acompañada de una letra que describía esta escena:

El alce salió del pinar.  
Furtivo, sin ruido,  
olfateó por el oeste,  
olisqueó hacia el este.  
De nieve cubiertos,  
crines y cuernos.  
Furtivo, sin ruido,  
una flecha en el arco.

Al llegar a este punto, ahuecando la voz y con un rostro fulgurante de salvaje ferocidad, continuó:

Crujió la madera,



voló la flecha,  
honda se clavó.  
¡Viva!  
Como lobo salvaje  
al pescuezo salté.  
Las manos hundí  
en humeante sangre.  
¡Viva!

Y lanzando un grito que retumbó de pared en pared y resonó por las techumbres, pegó un salto con gesto y mirada tan delirantes y salvajes que Filamón dio un paso atrás. Tanto ardor, empero, se consumió al momento y, sentándose de nuevo, Wulf masculló entre dientes:

— Así es, más o menos, un canto guerrero: hasta un anciano siente que aún tiene sangre en las venas. Pero en este maldito lugar, que más parece un horno..., no hay quien se mantenga en forma, conserve el valor o el dinero. ¡Maldito sea el día en que aquí llegué por vez primera!

Filamón calló la boca; se sentó de nuevo horrorizado ante semejante estallido, que tan mal casaba con la cáustica reserva y la grave moderación que había observado en Wulf, espantado por si fuese una manifestación de la posesión demoníaca a que, al decir de cristianos y neoplatónicos, estaban expuestos los bárbaros. Mas el horror no había de culminar en ese punto. Al cabo de un momento, se abrieron las puertas que daban al patio de las mujeres, y por ellas salieron las mismas que, atraídas por el estentóreo grito de Wulf, participaban en la bacanal, con Orestes al frente, entre Pelagia y el de Amal, llevando una guirnalda de flores en la cabeza y haciendo eses con una copa de vino en la mano.

— ¡Aquí está mí filósofo, mi salvador, mi santo protector! — exclamó entre hipidos—. Traedlo hasta mí para que pueda adornar su hermoso cuello con perlas de la India y oro de los bárbaros.

— ¡Por el amor de Dios, deja que me vaya! — le susurró a Wulf, al ver a aquella gente de andar dudoso que se acercaba.

El anciano le abrió la puerta, y el joven la salvó de un salto. Mientras se alejaba, Wulf le dijo adiós con la mano.

— Vuelve a verme cuando quieras. Hablaremos a solas. Nada has de temer del viejo guerrero.

Era tanta la bondad que le transmitieron aquella voz y aquella paternal mirada que Filamón prometió que así lo haría. Mientras escapaba, volvió una vez más la vista atrás y contempló un torbellino de mujeres y godos, que daban vueltas como locos por el patio a los sonos de un antiguo baile teutónico; sobre sus cabezas, sostenida por los fuertes brazos del de Amal, se

agitaba el hermoso rostro de Pelagia, que hacía trizas la guirnalda floral que adornaba su hermosa cabellera y arrojaba pétalos de rosa sobre los danzantes. ¡Y pensar que podía ser su hermana! No quiso ver más y echó a correr. Tampoco habría podido hacerlo, porque la puerta se cerró a continuación. Ya era hora, a fin de que también nosotros pasemos por alto tan penoso espectáculo.

Habrían pasado unas cuatro horas. Los juerguistas dormían la mona y los esplendorosos y fríos rayos de la luna caían de lleno sobre el patio cuando, llevando un enorme jarro de vino, Wulf salió al aire libre, seguido por Smid, que llevaba una copa en cada mano.

—Sentémonos aquí, en medio del patio, y disfrutemos de la brisa nocturna, compañero. ¿Ya se han dormido esos botarates?

—¡Qué bien se está aquí! ¡Con el calor que hemos pasado ahí dentro! ¡Una pena que esos jóvenes no sean tan sensatos como nosotros!

—Tienes toda la razón —dijo Wulf, al tiempo que llenaba la copa.

—¡Qué poco saben disfrutar de la vida! Ahí los tienes, roncando como cerdos, mientras tú y yo aún tenemos arrestos para acabarnos este jarro.

—Y otro si hiciera falta, caso de que no hubiéramos concluido la conversación.

—¿Por qué lo dices? ¿Vamos a celebrar un consejo de guerra?

—Según lo mires. Atiende a lo que voy a decirte, Smid. No me fío mucho de éstos, pero sé que puedo confiar en ti, ¿no es así?

—Hombre —repuso Smid, de mal talante, al tiempo que dejaba la copa en el suelo—, se me antoja raro que hagas esa pregunta a un hombre que, desde hace veinticinco años, desde Wesel hasta Alejandría, ha ido contigo a todas partes, que contigo ha pasado hambre, saqueado, conquistado y cosechado un montón de heridas.

—Eso es que me hago viejo, y ya no me fío de nadie. Pero escucha porque, entre el vino y el mal humor, he de librarme de esta desazón. ¿Viste a esa mujer, la Alruna?

—Pues claro.

—¿Te fijaste bien en ella?

—¿Cómo que si me fijé?

—¿No te pareció una esposa perfecta para cualquier hombre?

—¿Y?

—¿Incluso para nuestro Amal?

—Eso es cosa que sólo a él y a ella atañe, y a ella tanto como a nosotros.

—¿A ella? ¿Acaso no habría de considerarse honrada si llegase a casar con un descendiente de Odín? ¿Crees que se mostrará más puntillosa que Placidia?

—Lo que fue aceptable para la hija de un emperador debería de bastarle a

ella.

—¿Aceptable? Pero si Ataúlfo no era más que un Balt, mientras que Amalrico desciende de la casa de Amal por ambas ramas.

—No estoy muy convencido de que ella siguiera tu razonamiento.

—Nosotros se lo haríamos entender. ¿Por qué no raptarla y casarla con el de Amal, lo quiera o no? Al cabo de una semana, estaría más que satisfecha de él, te lo garantizo.

—Te olvidas de Pelagia.

—Nos la quitaremos de en medio.

—Imposible.

—Así era esta mañana; dentro de una semana, quién sabe si las tornas no habrán cambiado. Un presentimiento que tuve anoche bastaría para nuestro propósito, si el idiota que ambos conocemos tuviese dos dedos de frente goda.

—No es un mal tipo; nada has de temer. ¿Qué fue ese presentimiento?

—No lo revelaré hasta que no sea necesario. No seré yo quien deshonne a mi pueblo ni a la estirpe de los dioses. Si ese prefecto beodo aún lo recuerda, que no lo olvide. Por otra parte, el joven que también estuvo aquí anoche...

—¡Un gran chico echado a perder!

—Más de lo que te imaginas. Pero si es cierto lo que dice, y me temo que así es, Pelagia es hermana suya.

—¿Hermana suya? ¿Y qué tiene eso que ver con nosotros?

—Quiere llevársela de aquí y encerrarla en un convento.

—¿No consentirás que le haga algo así a la pobre chica?

—He de librarme de las personas que se interponen en mi camino, Smid. Lo siento por ellas. Ni hombre ni bestia han hecho retroceder al viejo Wulf; tampoco lo conseguirán en esta ocasión.

—Al fin y al cabo, esa mujerzuela se lo tendrá merecido. Pero ¿y Amalrico?

—Ojos que no ven, corazón que no siente.

—Se rumorea que el prefecto aspira a casarse con la joven.

—¿Quién, ese mono perfumado? Ella no se avendría a caer tan bajo.

—Pues tanto él como ella lo están intentando. No se habla de otra cosa en la ciudad. Tendríamos que desembarazarnos de él.

—¿Por qué no? Tampoco es tan difícil, y Alejandría saldría ganando. En cualquier caso, si nos deshacemos de él, tendríamos que apoderarnos de la ciudad, y no creo que dispongamos de los brazos necesarios.

—La guardia se uniría a nosotros. Si te parece, mañana puedo darme una vuelta por los cuarteles y sondear cómo está el patio. Me he hecho amigo de muchos de ellos. En fin, príncipe Wulf, nadie pone en duda lo sensato de tus consejos, pero ¿qué ventaja nos reportaría un matrimonio entre Hipatia y el

de Amal?

—¿Ventaja? —repuso Wulf, golpeando la copa contra el suelo—, ¿Provecho, lerdo y viejo ratón que sólo piensas en zampar a dos carrillos? Ofrecerle una esposa digna de un héroe, que lo es, a pesar de todo; una esposa que le obligue a estar sobrio, y no borracho; a ser prudente y no hacer locuras; a seguir conquistando, en vez de haraganear; una esposa que nos garantice el apoyo de los ricachones del lugar, lo que a su vez nos permitirá afianzar nuestro poder de modo tal que nadie se atreva a desafiarlos. Si esos dos estuviesen al frente de los destinos de Alejandría, en tres meses África caería en nuestras manos. Uniríamos nuestras fuerzas con las de los vándalos de Hispania para atacar Cartago; nos aliaríamos con los longobardos del Adriático para desembarcar en las costas de Pentápolis; ahora que está desguarnecida de resultas de la insensata expedición de Heracliano contra Roma, nos extenderíamos por toda la costa sin perder un solo hombre. Que los vándalos y los longobardos hagan las paces aquí, en Alejandría; que lo echen a suertes y se repartan la costa; entonces...

—Entonces, ¿qué?

—En cuanto estemos bien asentados en África, reuniré una tripulación de héroes y, con ellos, pondremos rumbo al sur, hacia Asgard... Me gustaría cruzar ése que llaman mar Rojo en esta ocasión..., y ver a Odín cara a cara, o morir en el intento.

—Entiendo —rezongó Smid—. Y supongo que querrás contar conmigo, en lugar de dejarme aquí a mitad de camino, rodeado de dragones y elefantes. Vaya, vaya. Los hombres prudentes son como los páramos: despreocupado, puedes cabalgar con ellos, que siempre irán por tierra firme y acabarán por llegar a un lugar deleitable. En cualquier caso, si no me duele la cabeza, mañana iré a ver cómo respira la guardia.

—Y yo buscaré a ese joven para hablar de Pelagia. ¡Brindemos por el éxito de nuestro proyecto!

Los dos viejos guerreros se quedaron bebiendo hasta que las estrellas palidieron en el cielo y, por el este, las sombras de la galería cedieron al resplandor de la aurora.

## CAPÍTULO XIX.

### Judíos contra cristianos

**T**RAS HABER TRANSMITIDO EL RECADO de Arsenio a Miriam, el diminuto mozo de cuerda volvió a toda prisa al lado de Filamón y de su padre adoptivo. Al no encontrarlos, se pasó el resto de la velada yendo de un lado para otro con tal frenesí que la gente del barrio se preguntaba si se habría vuelto loco. Hasta que el hambre le hizo volver a casa para cenar, donde trató de descargar la tensión acumulada como solía, dándole una buena tunda a su esposa. Advertidas por el escándalo que se había organizado, dos esclavas sirias de Miriam acudieron en auxilio de la mujer, le echaron al porteador un cubo de agua por encima y lo pusieron de patitas en la calle. Sin alterarse y con una sonrisa en los labios, se comparó con Sócrates acoquinado por Jantipa y, admitiendo filosóficamente la situación en que se encontraba, se pasó cosa de dos horas dando saltitos como una urraca domesticada al principio de la calleja, prodigando inofensivas bromas a quienes por allí pasaban, aun a riesgo, en ocasiones, de comprometer su integridad personal. Hasta que, por fin, apareció Filamón, quien había acudido corriendo hasta casa, y se arrojó en sus brazos.

— Ya era hora de que aparecieras. Tu estrella va en ascenso. Quiere que vayas a verla.

— ¿Quién?

— ¿Quién ha de ser? Miriam. Guardarás silencio como un muerto. La verás y hablarás con ella. Entre improperios, que no ha de repetir la boca del filósofo, se negó a escuchar el recado de Arsenio. Vamos, pues, pero cuidado con lo que dices. Mira que se trata de una hechicera capaz de detener el curso de los astros, a quien obedecen los espíritus del tercer cielo.

Filamón siguió corriendo hasta llegar a casa de Eudaimón. Nada le importaba la advertencia de Hipatia de que tuviera cuidado con Miriam... De lo que se trataba era de encontrar a su hermana.

— ¿Ya has vuelto, miserable? — gritó una de las esclavas, cuando llamaron a la puerta de los aposentos que ocupaba Miriam — . ¿A cuento de qué traes

aquí a jóvenes a estas horas? Más te valdría ir escaleras abajo y pedirle perdón a esa pobre mujer tuya, que se ha pasado la noche postrada ante el crucifijo, llorando y rezando por ti, especie de mono desagradecido.

—Supersticiones femeninas... No se las tengo en cuenta... ¡Tengamos la fiesta en paz, bárbaras! Por encargo de vuestra ama, traigo al joven filósofo que me acompaña.

—Que aguarde en la antecámara. En estos momentos, mi señora está con un caballero.

De modo que Filamón hubo de esperar en un oscuro y lóbrego aposento, espléndidamente aderezado con alfombras antiguas y divanes dispuestos a lo largo de las paredes; nervioso, iba de un lado para otro; mientras bordaban, las dos esclavas lo miraban de reojo hasta que pensaron que era tonto de remate, pues no respondía a las tiernas miradas con que lo obsequiaban.

Entretanto, en el cuarto contiguo, Miriam escuchaba con maliciosa y placentera sonrisa lo que le decía un atezado, curtido y joven judío.

—Sabía, madre de Israel, que todo dependía de mi diligencia, y noche y día cabalgué sin descanso desde Ostia hasta Tarento. Pero el mensajero de los incircuncisos disponía de mejor montura. A la vista del panorama, convencí a un esclavo para que dejase lisiada a la caballería, y el segundo día le saqué una jornada de ventaja. Sin embargo, por la noche, con ayuda de los ángeles caídos, el filisteo me dejó atrás nuevamente, y me puse furioso.

—¿Qué pasó entonces, Jonadab Bar-Zebudah?

—Me acordé de Ehud, y también de Joab, perseguido por Azael. Reflexioné largamente sobre si tenía derecho a hacerlo, porque no soy hombre sanguinario, y en mitad de la noche, lo liquidé.

Miriam aplaudió.

—Me puse sus ropas y, tras hacerme con sus cartas y credenciales, como es natural, me hice pasar por mensajero del emperador, y cabalgué lo que quedaba del día a expensas de los paganos. Aquí tienes el peso que recuperé.

—Olvídate de eso ahora, y quédate tú con la romana, digno hijo de Jacob. ¿Qué pasó después?

—Cuando llegué a Tarento, me embarqué en una galera que antes había ajustado con unos piratas, hombres valerosos, que se portaron muy bien conmigo. Cuando, a medio camino, avistamos otra embarcación que venía pisándonos los talones y se disponía a dejarnos atrás, me di cuenta de que era de aquí, de Alejandría, igual que el capitán, quien me contó que había zarpado desde aquí hacia Brindisi con unas cartas de Orestes.

—¿Y qué pasó?

—No me hizo gracia la idea de que llegasen antes que nosotros y desbaratasen lo que, con tanta dedicación, habíais decidido los ancianos y tú. Así que hablé con el corsario, y le ofrecí, aparte de lo acordado, otras

doscientas monedas de oro que, a mi cargo, le pagaría el rabino Ezequiel, que vive en Pelusia a la orilla del mar. Los piratas hablaron entre ellos y acordaron abordar al enemigo, porque nuestra embarcación disponía de un afilado tajamar, de éstos de Liburnia, mientras que la de los otros no era sino un simple trirreme de avisos.

– ¿Lo hiciste?

– De lo contrario, no estaría aquí. Nos abalanzamos contra ellos, partimos el barco en dos mitades y se fueron al fondo como el faraón y su ejército.

– ¡Perezcan así todos los enemigos de nuestro pueblo! – exclamó Miriam –. Por lo que cuentas, es imposible que lleguen nuevas noticias hasta dentro de unos diez días, ¿no es así?

– Exacto. Por otra parte, el capitán me explicó que se estaba levantando viento y que se estaba formando una tormenta por el sur.

– En ese caso, lleva esta carta al sumo sacerdote, y ve con las bendiciones de una madre de Israel. Como hombre cabal, has servido a tu pueblo y te irás a la tumba cargado de años y de honores, de esclavos y esclavas, de oro y de plata, rodeado de hijos y nietos, tras humillar la cerviz de los paganos y, con las bendiciones de Abraham, Isaac y Jacob, comerás del ganso que engorda en el desierto y del Leviatán que dormita en el fondo del gran mar, alimento de los verdaderos judíos al final de los tiempos.

Con estas palabras, el judío se despidió, sintiéndose quizás, en su fanatismo, el hombre más feliz de Egipto en aquellos momentos.

Cruzó la antecámara, echó una ojeada a las esclavas sirias y torció el gesto al advertir la presencia de Filamón, quien de inmediato fue conducido a presencia de Miriam.

Encogida como una serpiente, la vieja estaba sentada en un diván, escribiendo con rapidez en una tablilla que tenía en las rodillas; en los cojines que había a su lado, se veían unas magníficas joyas que había estado toqueteando, como un niño con sus juguetes. Permaneció unos minutos sin alzar los ojos y, a pesar de la impaciencia que sentía, Filamón no pudo por menos que echar un vistazo alrededor y comparar el desaliñado esplendor, el rancio olor a vino, a comida y a perfumes con la luminosidad y la limpieza de las mansiones griegas. Contra las paredes, alacenas y baúles tallados con fantásticos motivos orientales; en un rincón, un montón de pergaminos iluminados; del techo colgaba una extraña lámpara que difundía una lóbrega y marchita luz sobre un objeto que le dejó helado: en una balda había un plato de oro, adornado con signos cabalísticos, en el que reposaba la momia de la cabeza de un niño, uno de esos idolillos de los que, como bien sabía Filamón, se servían las hechiceras de Oriente para dispensar sus proféticas respuestas.

Alzó la vista, por fin, y le preguntó con voz desagradable y chillona:

—Y bien, hermoso joven, ¿en qué puede ayudarte esta vieja judía proscrita? ¿Deseas alguna de las preciosidades que ha tenido el ingenio de fabricar para poner a salvo de esos ladrones de cristianos a los demonios que la sirven?

En pocas palabras, le refirió su historia. La vieja le escuchó sin apartar de él su fulgurante mirada. Al cabo, respondió con parsimonia:

—¿Y qué pasa si eres esclavo?

—¿Lo soy? ¿Soy esclavo?

—Claro que lo eres. Arsenio dijo la verdad. Fui testigo de cómo te compraba en Rávena hace quince años, al tiempo que yo compraba a tu hermana, que ahora tiene veintidós años, pues tenía cuatro más que tú.

—¡Cielos! Sabes, pues, quién es mi hermana. ¿Es Pelagia por casualidad?

—Eras un chico precioso —prosiguió la bruja, como si no le hubiera oído—. De haber pensado que, con la edad, llegarías a ser tan inteligente y hermoso, te hubiera comprado a ti también. Pero los godos estaban a punto de caer sobre nosotros, y Arsenio pagó por ti dieciocho monedas, ¿o quizá fueron veinte?; no me acuerdo; con la vejez, se me olvidan las cosas. Pero había que pensar en lo que me costaría educarte... Porque la educación de tu hermana me salió por un ojo de la cara... ¡Lo que no quiere decir que no fuera dinero bien empleado, porque era preciosa!

—¿Sabes dónde puedo encontrarla? Dímelo, por compasión, dímelo.

—¿Para qué quieres saberlo?

—¿Cómo que para qué? ¿Acaso no tienes corazón? Estarnos hablando de mi hermana...

—Durante estos quince años, jamás la echaste en falta. ¿Cómo es que has mudado de parecer? Ni te acuerdas de ella, ni sientes ningún cariño por ella.

—¿Que no le tengo cariño? Daría la vida por ella..., igual que por ti si me ayudases a encontrarla.

—¿De veras? Y si te llevase a su lado, ¿qué harías? ¿Qué pasaría si fuera Pelagia? Es rica y feliz. ¿Podrías acaso aumentar su felicidad o sus riquezas?

—¿Y tú me lo preguntas? Quiero y es obligación mía sacarla de la infamia en que está sumida.

—¡Vaya, vaya, señor fraile! ¡No esperaba menos de ti! Nadie sabe mejor que yo el profundo significado de esas palabras. El gato escaldado del agua huye, pero la mujer vieja, que también se ha escaldado, sabe cómo enfriarla. Escúchame. No digo que no hayas de encontrarla, ni que Pelagia no sea la mujer que andas buscando... Pero ahora te tengo en mis manos. No frunzas el ceño ni pongas malas caras. Como esclavo de Arsenio que eres, puedo entregarte cuando me plazca. Bastará con una palabra mía a Orestes, y te prenderán como el fugitivo que eres.

—¡Me escaparé! —afirmó Filamón con orgullo.



— ¿De mí? —replicó desafiante con una risotada, al tiempo que señalaba al idolillo—. ¿De mí, que puedo conseguir que esta boca muerta me revele dónde estás, aunque huyas más allá del Kaf o te hundas en los abismos de los océanos, y enviaría demonios a buscarte que, en sus alas, te traerían hasta mí? ¡Huir de mí! Si quieres ver a tu hermana, más te valdrá obedecerme.

Estremecido, Filamón asintió con la cabeza. El fulgor de los ojos de aquella mujer, sus aterradoras palabras, que sólo a medias creía, y el ansia que lo consumía le bajaron los humos y, derrotado, musitó:

— Te obedeceré... Sólo..., sólo...

— Sólo que todavía no eres hombre, porque eres medio fraile, ¿no es así? Si quieres que te ayude, tengo que saberlo, guapo chico. ¿Eres monje o ya eres todo un hombre?

— ¿A qué te refieres?

— Mira por dónde —dijo entre estremecedoras carcajadas—, estos perros cristianos no saben lo que es ser un hombre. Dejemos eso aparte, pues excede los límites de tu inteligencia. ¿Sigues siendo monje?

— Soy..., soy estudiante de filosofía.

— Pero todavía no eres un hombre, como tal.

— Supongo que lo soy.

— Pues yo no; si lo fueras, estarías retozando con la mujer pagana desde hace meses.

— ¿Yo? ¿Con ella?

— ¡Pues, sí, con quién si no! —replicó Miriam, mofándose groseramente de la humildad con que se expresaba el muchacho—. ¿Yo, un pobre alumno sin recursos, con ella, la magnífica, rica, sabia y venerada filósofa, que guarda las llaves del altar sagrado del viento de Oriente..., sólo porque soy un hombre, eso sí, el más guapo de Alejandría, y ella una mujer, la mujer más casquivana de Alejandría, y soy más fuerte que ella, acaso puedo obligarla a comer en mi mano y que se postre a mis pies cuando me plazca, tan pronto como abra los ojos y se dé cuenta de que soy un hombre? ¿No es así, jovencito? ¿Acaso te ha hablado alguna vez de esto entre tanta matemática y metafísica, dioses y diosas?

Filamón se puso rojo como la grana; el dulce veneno había penetrado en su sangre y, por primera vez en su vida, sintió que le quemaba en las venas. Miriam se percató de que había dado en el clavo.

— Vamos..., que no se diga que te asusta la lección que acabas de recibir. Me gustaste desde el primer día que te vi, le pregunté al idolillo y éste me respondió. ¡Y menuda respuesta! Algún día te enterarás. Por ahora sólo debes saber que la vieja y generosa judía se desprendió de su dinero. ¿Albergaste alguna sospecha acerca de quién era la persona que te dejaba una moneda de oro todos los meses?

Filamón dio muestras de inquietud, y Miriam se echó a reír con sonoras carcajadas.

—Seguro que pensaste que era Hipatia, la hermosa griega. ¡Qué ingenuo! Ni siquiera reparaste en la miserable y vieja judía.

—¿Conque fuiste tú? —acertó a decir Filamón—. ¿Tengo, pues, que darte las gracias por tu sorprendente generosidad?

—Nada de agradecimientos; lo que quiero es que hagas lo que yo te diga. No debes olvidar que estoy en condiciones de demostrar a cuánto asciende la deuda que tienes contraída conmigo, y reclamártela, si me parece oportuno. Mas nada has de temer; no actuaré con severidad, porque sé que te tengo en mis manos. Echo pestes de aquellos a quienes no he atrapado todavía. En cuanto alguien cae en mis redes, empiezo a tomarle cariño. Ya sabes: los viejos somos como los niños, y nos gustan los juguetes.

—Según eso, ¿estoy en tus manos? —preguntó el joven con arrogancia.

—Sin duda, guapo joven —contestó la vieja, alzando la vista y dirigiéndole una sonrisa tan afable que Filamón no fue capaz de montar en cólera—. Al fin y al cabo, sé cómo hay que lanzar los dados; no en vano me he dedicado a hacer feliz a gente joven durante los últimos cuarenta años. Nada debes, pues, temer de la vieja y generosa judía. Tengo entendido, por otra parte, que ayer le salvaste la vida a Orestes.

—¿Cómo te has enterado?

—¿Yo? Yo lo sé todo. Sé lo que susurran las golondrinas cuando vuelan y lo que piensan los peces en el mar azul. También tú lo sabrás algún día, sin recurrir a idolillo alguno. Mientras, lo mejor sería que entrases al servicio de Orestes. ¿No las tienes todas contigo? ¿Ignoras que te tiene en muy alta estima? Empezarás como secretario suyo... y, al cabo de un tiempo, si sabes hacer buen uso de tu posición, te ascenderá a chambelán.

Sin dar crédito a lo que estaba oyendo, Filamón se quedó sin palabras durante unos instantes.

—¿Al servicio de ese hombre? —dijo al fin—. ¿Qué me importan él y sus honores? ¿Por qué me maltratas de ese modo? ¡Lo único que quiero es ver a mi hermana!

—Es mucho más probable que llegues a verla si perteneces a la corte de un alto funcionario..., quizá llegue a ser más que eso..., que si sigues siendo un miserable monje. Lo que no significa que me crea lo que dices. ¿Así que eso es lo único que quieres? ¿No te importa no volver a ver a la hermosa Hipatia?

—¿Por qué no habría de volver a verla, si soy alumno suyo?

—Dentro de poco, ya no tendrá discípulos, hijo mío. Si deseas seguir oyendo esas sabias explicaciones, que tanto te complacen, de ahora en adelante más te vale acercarte al palacio de Orestes que ir al aula. Advierto

que pareces inquieto. ¿Será que he tocado hueso? No, no preguntes. Yo no doy explicaciones a monjes. Límitate a llevar estas cartas a la hora tercia de mañana al palacio de Orestes; pregunta por su secretario, Etano el caldeo, y dile sin ambages que eres portador de importantes noticias de Estado; luego, sigue tu estrella ascendente, que es mucho más hermosa de lo que imaginas. Ve, haz lo que te mando, o no verás a tu hermana.

Filamón se vio entre la espada y la pared. Pero ¿qué no podría hacer con él aquella sorprendente mujer? Si la senda que se disponía a seguir no era la que él hubiera elegido, sí era, no obstante, la que más cerca de Pelagia le llevaba. Entretanto, estaba en manos de aquella bruja y no le quedaba otro remedio que hacer lo que le indicaba. De modo que se hizo con las cartas y se marchó.

—No pensarás que te la voy a entregar, ¿verdad? —musitó Miriam para sus adentros, con maliciosa sonrisa, una vez que Filamón se hubo ido—, para que hagas de ella una penitente, una monja o una ermitaña. ¿Reducirla a aplacar a tu dios, obligándola a postrarse ante momias durante los próximos veinte años, con una cadena alrededor del cuello y una argolla en el tobillo, convencida de que es la esposa del nazareno? ¡No pensarás que la vieja Miriam te la va a entregar para eso! ¡Por supuesto que no, maese monje! ¡Antes muerta!... ¡Persigue tu delicado cebo, ve tras él, como el burro tras el forraje con que lo tienta el arriero, siempre un palmo por delante de su hocico...! ¡Eres mío, igual que Orestes! Creo que mañana habrá que negociar ese nuevo préstamo... No me pagará nunca. ¡Ese perro acabará por arruinarme! ¿A cuánto asciende? Vamos a ver... —y empezó a revolver obligaciones y recibos firmados que tenía esparcidos por el escritorio—. No me lo devolverá nunca. A cambio, yo tendré poder, ¡poder! ¡Poder para estar al tanto de las vanas conjuras de esos esclavos paganos y de esos perros cristianos, que se creen los dueños del mundo, sin percatarse de que son marionetas y que el tinglado está en nuestras manos! ¡En las nuestras, los hijos de la promesa, la estirpe de la semilla de Abraham! ¡Pobres diablos! ¡Casi me inspiran lástima al imaginar la cara que se les va a quedar cuando venga el Mesías y descubran quiénes son los verdaderos amos del mundo!... Ese Orestes tiene que ser emperador del sur, por supuesto, aunque tenga que poner las joyas de Rafael en sus manos para conseguirlo. Tiene que casarse con la mujer griega, y lo hará, aunque ella abomine de él... Mayor será mi venganza, porque está enamorada de ese joven monje. Lo noté en sus ojos, cuando hablé con ella en el jardín. Mejor para lo que tengo planeado. El muchacho se subirá con gusto al carro de Orestes, con tal de estar cerca de ella... ¡Pobre insensato! Haremos de él un secretario, incluso un chambelán. Por lo visto, tiene talento de sobra para eso y para cualquier otra cosa que se proponga. De modo que Orestes y él serán los dos brazos de mi tenaza para

conseguir lo que deseo de esa Jezabel griega... ¡Y volverá, retornará a mis manos el ágata negra!

¿Representaba un desvarío el final de tales reflexiones? Quizá no; porque cuando sacó de su pecho un talismán roto que llevaba colgado del cuello, exactamente igual al que tanto anhelaba poseer, lo miró con cariño durante un buen rato, lo besó, derramó lágrimas sobre él, le habló, lo estrechó en su regazo como haría una madre con su hijo, le susurró estrofas de tiernas canciones de cuna, y sus rasgos, ajados y marchitos, se suavizaron y resplandecieron tersos y magníficos; se irguió, ennoblecida por esas quimeras inalcanzables y perdidas con que todas las almas llegan a este mundo, y que, apagadas y prometedoras, iluminan el rostro de los niños cuando duermen, antes de que se hayan estragado, cubierto de cicatrices y quebrantos a manos de esa larga tragedia que es la vida. Era hechicera, alcahueta y traficante de esclavos; todos sus gestos no eran sino una muestra evidente de la falsedad, la ferocidad y la codicia que la poseían. Aquella humilde piedra le traía a la memoria algún vivido recuerdo, espiritual, impalpable, inasequible, ante el cual sus tesoros y su ambición revestían tan escaso valor a sus ojos como bajo la atenta mirada de los ángeles de Dios.

Lejos estaba Miriam de imaginar que, en aquel mismo instante, un vigoroso y estrafalario monje permanecía en pie en la estancia privada de Cirilo, disfrutando del honor excepcional de paladear una copa de buen vino en presencia del patriarca, mientras ponía al tanto de sus andanzas a Arsenio y al venerable.

—De modo que, tras descubrir que los judíos habían ajustado el precio para disponer del barco de los piratas, fui a ver al capitán; le caí en gracia y me contrató como remero; me había enterado de que los judíos se disponían a propalar la noticia por Alejandría sin demora. Con el fin de llevar a cabo el cometido que a mí, torpe como soy, me había encomendado su santidad, subí a bordo y remé como uno más. Como demostré no ser muy ducho en el oficio, me gané innumerables maldiciones y azotes por la causa de la santa Iglesia, que espero me sean tenidos en cuenta en la vida futura. Satanás, deseoso de acabar conmigo, entró en mi cuerpo y bien pensé que me había partido en dos, porque vomitaba sin parar y llegué a aborrecer la comida. Seguí remando, no obstante, como si nada, sin dejar de vomitar, hasta que los paganos, movidos a compasión, dejaron de zurrarme y me dieron licores fuertes para beber. Recobré el vigor y remé día y noche sin parar, con la confianza de que mi torpeza sirviera de algo a la buena causa de la Iglesia católica.

—Como así ha sido —replicó Cirilo—. ¿Por qué no tomas asiento?

—Discúlpame —respondió el monje con humildad—, pero, como siempre acaba por pasar con los placeres de la carne, he acabado más que ahíto de

estar sentado tanto tiempo.

— ¿Cómo recompensarte tan magnífico servicio? — preguntó Cirilo.

— Bastante recompensa supone para mí saber que así ha sido. No obstante, si el santo patriarca muestra tanto empeño, hay una vieja cristiana, mi madre, según la carne...

— Ven a verme mañana, y la atenderemos como es debido. Y espera si no te nombro diácono de la ciudad, cuando ascienda a Pedro.

El monje besó la mano de su superior y se retiró. Cirilo se volvió a mirar a Arsenio y, sin poder disimular la satisfacción que sentía, le dio unos golpecitos en el muslo al tiempo que le decía:

— En esta ocasión, hemos ganado por la mano a los paganos — para añadir, a continuación, con el tono relamido tan propio de los hombres de iglesia —: ¿Qué me aconseja tu paternidad que haga para sacar provecho de esta ventaja que, en su misericordia, nos ha dispensado el cielo?

Arsenio guardó silencio.

— Creo que debo anunciar la noticia en mi sermón de esta noche — prosiguió Cirilo.

Arsenio negó con la cabeza.

— ¿Por qué no, por qué no? — le preguntó Cirilo, impacientándose.

— Es mejor mantener el secreto y dejar que sean otros quienes lo divulguen. Reservarse el conocimiento de algo nos permite disponer de un arma secreta. Y si el hombre, Dios no lo quiera, pretende hacer daño a la Iglesia, déjale que enseñe los naipes antes de utilizar lo que sabes contra él. Ya imagino que han de asaltarte escrúpulos de conciencia por permitir que se cometa un pecado que podrías haber evitado. Tengo para mí, sin embargo, que el pecado más reside en la voluntad que en el hecho en sí, y que, a veces, sólo a veces, insisto, dejar que la iniquidad dé sus frutos y agobiarlo con los propios medios de que dispone es una mejor forma de salvar al pecador.

— Arriesgada doctrina, padre mío.

— Como toda doctrina profunda..., tiene un regusto de salvación o de perdición, según quién la reciba. No la he difundido ante una multitud, sino en presencia de un hermano que sabe discernir. Incluso desde un punto de vista político, deja que sea él quien se descubra y, si es verdad que prepara una rebelión, habla entonces y echa abajo su torre de Babel.

— ¿Crees, pues, que a estas horas aún no está al tanto de la derrota de Heracliano?

— Si lo está, no se lo dirá al pueblo, y nuestras posibilidades de acabar con él serán prácticamente las mismas.

— Muy bien. En último término, la supervivencia de la iglesia católica de Alejandría depende de esta contienda, y más vale actuar con prudencia. Sea. Es una suerte que seas tú quien me aconseje en estas circunstancias.

De modo que Cirilo, el más inquieto y retorcido de los conspiradores, como hombre sabio, cedió ante la sapiencia de alguien más juicioso que él, dispuesto a mantener el secreto y ordenándole al monje que hiciese lo mismo.

Filamón, después de pasar la noche en vela y de una reconfortante visita a los baños públicos, que la tiranía romana, más sabia que la libertad de que disfrutamos en estos tiempos, dispensaba con largueza a sus víctimas, se dirigió al palacio del prefecto y entregó el mensaje del que era portador; pero Orestes, que había dejado atónito al pueblo de Alejandría con una desusada actividad, se encontraba ya en la Basílica. Un macero acompañó al joven hasta allí y lo dejó en medio de una amplia estancia, bellamente ornamentada con frescos y mármoles multicolores, rodeada de pasillos y galerías, en donde magistrados de rango inferior resolvían litigios e impartían justicia en la medida en que los complicados tecnicismos del derecho romano lo permitían. El joven pasó entre una multitud de curiosos y se llegó hasta el ábside; al comprobar que el trono del prefecto estaba vacío, se dirigió a una estancia lateral, donde se encontró a solas con el secretario, un digno eunuco caldeo, de tez pálida y ojos tan pequeños como los de un cerdo, que lucía un enorme turbante en la cabeza. El escribano tomó la carta y, con gesto solemne, procedió a abrirla. Dio un bote en la silla y, sin guardar las formas, se precipitó fuera de la estancia, dejando a Filamón intranquilo y preocupado. Pasada una inedia hora, volvió; el fulgor que brillaba en sus ojillos revelaba que se le había ocurrido una gran idea.

— ¡Joven, has hecho bien en seguir tu estrella! ¡Eres portador de excelentes noticias! El prefecto reclama tu presencia — y los dos se fueron a verlo.

En otra estancia, custodiada por hombres armados, Orestes, fuera de sí, iba de un lado para otro, algo trastornado por los excesos de la noche anterior, dando sorbos de vez en cuando de una copa de oro que había en una mesa.

— ¡Vaya! ¡Mi salvador en carne y hueso! Joven, seré como tu báculo. Miriam asegura que quieres entrar a mi servicio.

Sin saber qué decir, Filamón pensó que lo mejor sería hacer una reverencia tan profunda como pudiese.

— ¡No está mal! ¡Agradable, pero poco ajustada a las formalidades al uso! Ya le enseñarás cómo hacerlo, ¿no es así, secretario? Y ahora, a trabajar. Dame esas órdenes para firmarlas y estampar mi sello. Al prefecto de la guardia...

— Aquí está, magnífico señor.

— Al prefecto del mercado de grano. ¿Cuántos cargueros has ordenado descargar?

— Dos, señor.

— Bien; suficiente por ahora. Al tribuno de la plebe... ¡Ojalá se lo lleven los demonios!

—Es de confianza, señor; siente envidia del poder que ostenta Cirilo y, además, me debe mucho dinero.

—¡Eso está bien! Las órdenes para los jefes de las ergástulas, las relativas a los gladiadores.

—Aquí están, señor.

—La de Hipatia. No, mejor será que honre a mi futura esposa con mi ilustre presencia. ¡Imposible idear una más cumplida mañana de trabajo para alguien con una resaca tan fuerte!

—¡Mi señor puede con el trabajo de siete! ¡Que el cielo le dé larga vida!

Y así era, porque, en efecto, cuando a Orestes se le ponía algo entre ceja y ceja, despachaba los asuntos con facilidad pasmosa. Una cabeza fría y un corazón aún más calculador hacen que las cosas vayan sobre ruedas.

Sin embargo, Filamón sólo podía pensar en aquellas tres palabras que había escuchado: «mi futura esposa»... ¿No sería que los comentarios de Miriam, la noche anterior, habían despertado en él algún sentimiento recóndito, o se debía sólo a la lástima y el horror que experimentaba al pensar en la suerte que el destino deparaba a su ídolo? Lo cierto es que, durante no menos de cinco minutos, permaneció sumido en aquel sueño, del que vino a sacarlo otro nombre aún más querido.

—En cuanto a Pelagia, mejor será tantear el terreno.

—El godo puede sentirse ofendido.

—¡Al diablo el godo! Puede elegir entre todas las bellezas de Alejandría, incluso ser conde de Pentápolis, si le complace. Pero hemos de festejarlo, y nadie como Pelagia para ejecutar la danza de Venus Anadiómena.

Con un sentimiento de horror y vergüenza, al joven se le encogió el corazón y la sangre se le subió a la cabeza.

—El populacho se pondrá como loco cuando la vea de nuevo en un escenario. ¡Qué poco se imaginan esos imbéciles los espectáculos que preparo en su honor, aun borracho como Sileno, con tal de que estén entretenidos!

—Tu magnificencia se desvive por sus esclavos.

—¡A ver, joven! Tan hermosa dama requiere un apuesto mensajero. Desde este momento, quedas adscrito a mi servicio. Te encargarás de llevar esta carta a Pelagia. Vamos, ¡acércate y recógela!

—¿Para Pelagia? —acertó a decir Filamón—. ¿En el teatro, a ojos de todo el mundo? ¿Venus Anadiómena?

—Pues, claro, estúpido. ¿También te embriagaste anoche?

—¡Es mi hermana!

—¡Y qué más da! ¡Además, no te creo, miserable! ¡Ahora lo entiendo! —gritó Orestes, al darse cuenta de lo que pasaba—. ¡Maceros!

Se abrió la puerta y entró la guardia.

—En vuestras manos dejo a este buen chico por si pretende hacer alguna

tontería. Mantenedlo fuera de la circulación durante unos cuantos días, no sea que se le ocurra alguna locura. Pero no le hagáis daño que, al fin y al cabo, ayer me salvó la vida, mientras vosotros, bribones, os dabais a la fuga.

Sin más preámbulos, el desdichado joven fue maniatado y conducido, a través de un pasadizo abovedado, hasta el cuerpo de guardia, entre las mofas de los maceros, que parecían molestos por la proeza que había llevado a cabo el día anterior. Se dieron toda la prisa del mundo por cargarlo de pesados grilletes; lo arrojaron de cabeza en un calabozo, cerraron la puerta y lo dejaron solo para que meditase.



## CAPÍTULO XX.

### Dispuesta a todo

— HERMOSA HIPATIA, IMAGÍNADE que te acierta en la cara una piedra de dimensiones considerables, que centenares de miserables se abalanzan sobre ti como animales salvajes... En dos minutos, te habrían despedazado. ¿Qué hubieras hecho en semejantes circunstancias?

— Permitir que lo hicieran y morir como he vivido.

— Ya. Me refiero a cuando hubieras visto la muerte tan de cerca.

— ¿Por qué el hombre ha de temer la muerte?

— A eso voy. No se trata de la muerte en sí misma, sino del instante de morir, que, en tales circunstancias, podía resultar cuando menos desagradable. Si nuestro maestro, Juliano el Apóstata, juzgó oportuno disimular y pasó por ser mejor cristiano de lo que yo nunca he pretendido hasta que le pareció oportuno desprenderse de la máscara, ¿por qué no habría yo de hacer lo mismo? Piensa en mí como en un ser inferior a ti, como uno más del vulgo, si te parece. Pero también como un penitente, que viene a ofrecerte la compensación debida, capaz de superar cualquier prueba que quieras imponerle dentro de sus limitaciones, con la voluntad de emular al mismo Juliano, si en su mano está.

Tal era la conversación que mantenían Hipatia y Orestes media hora después de que Filamón hubiera tomado posesión de su nuevo aposento.

Hipatia fijó en el prefecto su mirada penetrante, no exenta de desdén y miedo.

— ¿Puede saberse a qué se debe tan repentino cambio? Vanas han sido tus promesas de los últimos cuatro meses... —sin atreverse a añadir cuánto le hubiera alegrado que las cosas siguieran por ese camino.

— Es que... Esta mañana he recibido buenas noticias y, en atención a ti, serás la primera en enterarte. Toda Alejandría estará al tanto antes de que se ponga el sol: Heracliano se ha alzado con la victoria.

— ¿Seguro? —exclamó Hipatia, dando un salto en la silla.

— Así es. Ha derrotado a las tropas del emperador en Ostia. Me he

enterado por un mensajero de toda confianza. Incluso si no fuera cierto, pondría todos los medios a mi alcance para que no se difundiera la noticia. De algo ha de valerme la posición que, como prefecto, ostento. ¿Aún tienes dudas? ¿No te das cuenta de que si conseguimos mantener viva esta idea, ni que fuera una semana, nuestra causa saldría adelante?

— ¿Y cómo?

— He hablado ya con todos los oficiales de la ciudad, que, con cordura, me han prometido su apoyo, caso de que sea cierta la victoria de Heracliano, porque están tan hartos como yo de la beatería de la corte de Bizancio. Además, cuento con la guardia y con las tropas acuarteladas río arriba. Te habías figurado que había estado ocioso durante estos cuatro meses..., olvidaste incluso que sólo tú eras el objeto de mis desvelos. Si tal era la recompensa, ¿crees que podría haberme quedado mano sobre mano?

Hipatia sintió un estremecimiento, pero no abrió la boca. De modo que Orestes prosiguió en el mismo tono.

— He ordenado que descarguen grandes cantidades de trigo de los barcos que se disponían a zarpar, aunque esos bribones de monjes de Tabenne hayan tratado de adelantarse a mi benevolencia: tuve que sobornar a un par de diáconos, comprarles la carga que habían enviado y volver a venderla como si fuese de mi propiedad. ¡Aun así, persisten en dar de comer gratis a la mitad de los indigentes que hay en la ciudad! ¿Qué estarán tramando?

— Supongo que estarán buscando apoyo popular.

— Eso mismo pienso yo. ¿Y qué poder ha de tener nuestra administración sobre una multitud de picaros que se llenan el estómago sin recurrir a nosotros?

— Juliano se quejaba de lo mismo al sumo sacerdote de Galacia en aquella incomparable carta.

— Ocasión tendrás de solucionarlo, y antes de lo que imaginas. En estos momentos, nada temo de Cirilo. Me alegra decir que, tras la expulsión de los judíos, su reputación entre la gente rica y educada ha caído en picado. Y en cuanto al populacho, los dioses, porque no veo monjes alrededor, de modo que a ellos he de atribuírselo, han tenido a bien enviarme un regalo del cielo que hará sus delicias.

— ¿De qué se trata?

— Un elefante blanco.

— ¿Un elefante blanco, dices?

— Así es —repuso Orestes, malinterpretando o fingiendo ignorar el sentido de la pregunta de Hipatia—. Un elefante blanco, vivito y coleando, algo que no se ha visto en Alejandría desde hace cien años. Lo llevaban, junto con dos tigres amaestrados, como presente para el niño que reina en Bizancio, de parte de uno de esos reyezuelos que, rodeados de cien esposas, campa a

sus anchas en la hiperbórea Taprobana o en alguna otra remota región del lejano Oriente. Me he tomado la libertad de confiscarlos y, tras una breve conversación y una corta sesión de tormento, el elefante y los tigres se quedan entre nosotros.

– ¿Y de qué nos servirán?

– Amiga mía... Párate a pensarlo un instante... ¿Cómo vamos a ganarnos al populacho, si no le damos espectáculo? Sólo se conocen dos formas de adueñarse del todo, o de parte, del Imperio romano, a saber, la fuerza de las armas o la del oropel. ¿Se te ocurre otro modo mejor? La primera es bastante desagradable y no tendría sentido en este momento. Así que nos queda la segunda y, gracias a ese elefante blanco, será un éxito seguro. Tengo que pensar en organizar algo cada semana. El pueblo está cansado de ver siempre lo mismo. Desde la expulsión de los judíos, se han vuelto más necios y más vagos, y de la otrora entusiasta audiencia sólo queda la mitad de los antiguos espectadores. Están hastiados de carreras de caballos... Supongamos que, tan pronto como nos sea posible, anunciamos tú y yo un espectáculo novedoso, como el de las antiguas vestales, adaptado a la generación actual, presidido por mí mismo, como organizador, y contigo a mi lado; como acompañante, por ahora. Cuando el pueblo se muestre entusiasmado con la función, ya cuento con leales amigos dispuestos a gritar; «¡Viva el César Orestes!», mientras otros ensalzan la victoria de Heracliano y otros más jalean tu nombre y el mío... El pueblo aplaudirá a rabiar. No ha de faltar otro que dé un paso adelante y me salude como emperador Augusto, o algo parecido, si te parece bien, título que, como Julio César, rehusaré escandalizado. Puesto en pie, pronunciaré un discurso sobre la futura independencia del continente del sur y proclamaré la unidad de Egipto y África, afirmando que nunca más habrá distingos entre el imperio de Oriente y el de Occidente, sino entre el imperio del Norte y el imperio del Sur. Dos dracmas por cabeza, y los gritos y aplausos llegarán al cielo. Cada quien creerá lo que los demás coreen y se dejará llevar por la corriente... El triunfo está asegurado.

– Pero –preguntó Hipatia, disimulando el desprecio y la desesperación que sentía–, ¿qué tiene eso que ver con el culto de los dioses?

– Pues..., pues... Cuando consideres que los ánimos están lo bastante caldeados, puesta en pie, declamarás tu discurso, uno de esos que hacen honor a tu nombre. Proclamarás cómo tales espectáculos, reflejo de las antiguas glorias del Imperio, han venido a menos por culpa de la superstición galilea... Que la única senda que nos llevará al disfrute pleno de los goces que nos proporcionan la vista y el oído pasa por la restauración del culto de aquellas deidades que lo implantaron, pues a falta de eso, nada sería igual... Pero no soy quién para darte lecciones a propósito de lo que siempre me has enseñado. Así que pensemos en esos espectáculos que, aparte de nuestras

larguezas, compondrán la piedra angular de nuestro proyecto. Me hubiera gustado exhibir al monje que ayer mismo estuvo a punto de asesinarme, como expresión del triunfo del imperio de la ley sobre el cristianismo. Las fieras y él habrían proporcionado cuando menos diez minutos de diversión al populacho. Pero la ira ha podido más que la prudencia, y hace dos horas que el miserable ha sido crucificado. ¿Qué te parecería, en cambio, la idea de una pequeña exhibición de gladiadores? No podemos olvidar que hay una ley que lo prohíbe...

— ¡Gracias al cielo!

— ¿No te das cuenta de que ésa es la razón de que debemos recurrir a ellos, para afirmar nuestra independencia?

— ¡No! Se suprimieron en su día, y confío en que no vuelvan a ensuciar la faz de la tierra.

— Mi querida amiga, en tu actual situación, no puedes decir cosas así en público, por más que Cirilo tenga la impertinencia de recordarnos que su desaparición se debió a una decisión de los emperadores y obispos cristianos.

Hipatia se mordió la lengua y guardó silencio.

— Lo que no quiero es tomar ninguna decisión que pueda molestarte... Si pudiéramos ponernos de acuerdo en unos cuantos mártires... Aunque, ahora mismo, a la vista de cómo están los ánimos, mucho me temo que habremos de aguardar uno o dos años antes de llevar a la práctica una medida semejante.

— ¿Aguardar? ¡Seguir esperando! ¿Acaso Juliano, nuestro maestro, no prohibió la persecución de los galileos, considerando que bastante castigo tenían con su ateísmo y tortuosa superstición?

— Otro pequeño error de nuestro gran hombre. No debería haber olvidado que, durante los últimos trescientos años, nada, ni siquiera los gladiadores, ha puesto tan de buen talante al populacho como el espectáculo de unos cuantos cristianos, sobre torio si entre ellos hay mujeres jóvenes y hermosas, quemados vivos o arrojados a los leones.

Hipatia se mordió la lengua una vez más.

— No quiero oír nada más. Olvidas que estás hablando con una mujer.

— Suprema sabiduría —contestó Orestes, zalamero, por ver de limar asperezas—, no pienses que he querido ofenderte. Pero permíteme que te diga que, como principio general, quien quiere conseguir algo ha de poner los medios precisos, y la experiencia de cuatrocientos años avala que tales recursos son los más eficaces. Hablo como hombre de Estado..., y confío en que tu filosofía no te lleve a pensar de otro modo.

Abrumada en sus propias reflexiones, Hipatia bajó la vista. ¿Qué debía responder? ¿Acaso no tenía razón en lo que decía, no hablaban los hechos a favor de Orestes?

—Bien; si no queda otro remedio... Pero ¡nada de gladiadores! ¿Por qué no una de esas peleas con fieras? Son repugnantes en extremo, pero no tan inhumanas, y siempre podrían tomarse precauciones para impedir que los hombres resultasen heridos.

—¡Eso sería como ofrecerles una rosa marchita! Si no hay peligro ni derramamiento de sangre, se acabó el espectáculo. Por otra parte, las fieras salen muy caras en los tiempos que corren y, si cediese las mías, no podría permitirme el lujo de comprar otras. ¿Por qué no echar mano de algo que no cuesta nada, unos cuantos prisioneros, por ejemplo?

—¿Cómo? ¿Piensas en los seres humanos como inferiores a las fieras?

—¡No lo permita el cielo! Pero, en la práctica, nos saldría mucho más barato. Recuerda que, sin dinero, carecemos de poder, y habremos de destinar todos nuestros recursos al servicio de la causa de los dioses.

Hipatia guardó silencio.

—Disponemos de cincuenta o sesenta prisioneros libios que acaban de llegar del desierto. ¿Qué tal si pelean con un número similar de soldados? Son rebeldes, prisioneros de guerra.

—En ese caso —reflexionó Hipatia, agarrándose a un clavo ardiendo—, sólo les espera la muerte.

—Naturalmente. De modo que los cristianos no tendrán motivo de queja. ¿No fue el cristianísimo emperador Constantino quien organizó, en el anfiteatro de Tréveris, un espectáculo con trescientos prisioneros germanos para que se matasen entre sí?

—Pero se negaron, y murieron como héroes, arrojándose sobre sus propias espadas.

—Los germanos siempre han sido difíciles de manejar... Los hombres de mi guardia se muestran no menos inflexibles. Para que veas cómo están las cosas: Les pedí que hicieran una demostración de valor frente a esos libios ¿qué dirás que me respondieron?

—Confío en que se negaran a hacerlo.

—Con insolencia, me contestaron que ellos eran hombres, no histriones; que se ganaban la soldada a cambio de pelear, que no eran carniceros. Después de tal alarde de dialéctica, temeroso de que se me viniera encima uno de esos diálogos socráticos, no insistí.

—Hicieron bien.

—Si consideramos la situación desde un punto de vista filosófico, no me cabe ninguna duda. En la práctica, sin embargo, se comportaron con altanera insolencia y desobedecieron mis órdenes. De todos modos, encontraré en las prisiones suficientes pobres diablos que se arriesgarán a hacerlo a cambio de la libertad, y conozco a unos cuantos viejos gladiadores, de éstos que se pasan el día de taberna en taberna, que accederán encantados a entrenarlos durante

cosa de una semana. Solucionado, pues. Hablemos ahora de algún espectáculo más ligero, más o menos dramático, que podamos ofrecer a continuación.

—Olvidas que estás hablando con una persona que, en cuanto acceda al poder, sólo aspira a convertirse en la gran sacerdotisa de Atenea, y que, hasta ese momento, está decidida a seguir al pie de la letra las instrucciones que impartió Juliano a los sacerdotes de su época, y a imitar a los galileos en su odio al teatro, en tanto confía, en un futuro, imitarlos en los cuidados que dispensan a viudas y extranjeros.

—Lejos de mí poner en duda la sabiduría de aquel gran hombre. Pero permíteme una observación: a la vista de la situación actual del Imperio, he de decir que se equivocó.

—El dios Sol, a quien adoraba, lo reclamó demasiado pronto a su lado, concediéndole una muerte digna de un héroe.

—Y en el momento en que faltó, la avenida de la barbarie cristiana volvió por donde solía.

—¡Ojalá hubiera vivido veinte años más!

—El dios Sol quizá no se mostró tan solícito como nosotros por ver de hacer realidad los planes de su sumo sacerdote.

Hipatia se sonrojó... ¿No estaría riéndose de ella y de sus afanes?

—¡No blasfemes! —replicó, con gesto grave.

—¡No lo permita el cielo! Me limito a ofrecer una explicación de un hecho ya pasado. La otra es que, como Juliano no siguió el buen camino para restaurar el culto de las divinidades del Olimpo, el dios Sol juzgó conveniente apartarlo de sus funciones y, en su lugar, nos envía a Hipatia la filósofa, que no incurrirá en el mismo error que Juliano y no seguirá a los galileos en su falacia, imponiendo un rigorismo moral que sólo ellos practican y siguen.

—Según eso, el error de Juliano consistió en ser demasiado virtuoso. En tal caso, deja que siga su magisterio y, como él, fracase. Mía no será la culpa, sino del destino.

—Su error no consistió en ser demasiado virtuoso, mi intachable encamación de Atenea, sino en tratar de que lo fuesen los demás. Olvidó la mitad de la acertada máxima de Juvenal sobre *panem et circenses*, que siempre debería inspirar las acciones de quienes tienen responsabilidades de gobierno. Trató de dar de comer a su pueblo, pero sin diversión... Y como agradecimiento a su munificencia, no otra cosa te respondería quien así actuó, ni los habitantes de Antioquía... Tú misma acabas de citar su *Misopogon (Contra las barbas)*...

—Por desgracia... Es la lamentación de un hombre demasiado íntegro para su época.

—Eso es lo que pretendo decirte: que debería haber guardado su

integridad para sí mismo y haber ido a Antioquía no como un sumo sacerdote de la filosofía, de barba poco aseada, a ofrecer sacrificios a un dios en quien nadie creía en aquella localidad desde hacía muchos años. Si hubiera hecho su entrada en la ciudad, al frente de diez mil gladiadores y de nuestro elefante blanco, si hubiese edificado un teatro de marfil y cristal en Dafne y organizado unos juegos en honor del Sol o de cualquiera de las divinidades del Panteón...

— Como filósofo, habría actuado con indignidad.

— ... en lugar de dejarse ver como un patético sacerdote que, con un ganso bajo el brazo, se arrastraba como un pobre diablo por la hierba húmeda hasta el altar desierto, habría visto cómo todos los gansos de Antioquía, y discúlpame por recurrir a un juego de palabras de Aristófanes, corrían con la boca abierta a adorar a ese dios, conocido o desconocido, con tal de disfrutar del espectáculo.

— Está bien —repuso Hipatia, cediendo con desgana a los artificiosos argumentos de Orestes—. Restauremos el antiguo esplendor del teatro griego. Ofrezcamos una trilogía de Esquilo o de Sófocles.

— Calma, querida amiga. *Las Euménides*, *Filotectes* incluso, no estarían mal si pudiésemos obligar al protagonista a sentir un dolor verdadero, que convenciera a los espectadores de que real era el sufrimiento que padecía.

— ¡Qué espanto!

— Pero necesario, como tantas otras cosas horribles.

— ¿Por qué no *Prometeo*?

— ¡Obra que se presta a magníficos efectos teatrales, sin duda! Las Oceánides en su carro alado, Océano a lomos de su grifo... Pero no creo que fuera conveniente que el populacho viese a Zeus y Hermes tal como los presenta Esquilo.

— Lo había olvidado —reconoció Hipatia—. Mejor la *Orestía*, la trilogía.

— ¿Mejor? ¡Perfecta, como anillo al dedo! ¡Ojalá tuviese yo la dicha de que mi nombre se transmitiera a la posteridad como el del hombre que repuso las obras maestras de Esquilo! Pero ¿no resulta demasiado comedido su Agamenón, y que me perdone el gran dramaturgo, para los gustos actuales? Si pudiésemos representar de verdad la escena del baño y hacer que muriese en realidad quien representase el papel, aunque no insistiría demasiado en ese extremo porque ningún buen actor lo aceptaría, y el asesinato tuviera lugar, de verdad, ante los ojos del público...

— ¿Acaso te has propuesto violentar todas las reglas de la tragedia? ¿No fue el mismo Horacio quien dio por sentado que *Nec pueros coram populo Medea trucidet?* (Medea despedazando a sus hijos horroriza al espectador).

— Atinadísimo y acertadísimo. Soy un admirador del viejo epicúreo, tan incondicional como cualquiera..., hasta en lo tocante a la decoración de mi

apuesto, como ocasión tendrá de comprobar algún día la futura emperatriz de África. Pero no estamos hablando del arte de la poesía, sino del arte de gobernar y, mientras Horacio, cómodamente sentado, regalaba los oídos de sus conciudadanos con sabios consejos, un sujeto, que conocía mucho mejor que él los gustos de la gente, llamaba la atención de la muchedumbre exhibiendo cuarenta mil gladiadores durante las honras fúnebres de su madre.

—Pero el canon se asienta en las leyes eternas de la belleza. Como tal, ha sido aceptado y respetado.

—No por el pueblo para quien se estableció. Estoy seguro de que la docta Hipatia no habrá olvidado que, sesenta años después de que se escribiera el *Ars Poetica*, Anneo Séneca, o quienquiera que sea el autor de esa pésima tragedia que es *Medea*, tuvo a bien que la heroína, a pesar de las advertencias de Horacio, matase a sus hijos ante los ojos del público, y así lo escribió.

Derrotada, Hipatia guardó silencio, mientras Orestes, con su labia, insistía en provocarla.

—Piensa, por otra parte, que aun si nos atreviéramos a alterar en algo a Esquilo, no dispondríamos de actores a la altura de su talento.

—¡Tienes toda la razón! ¡Malos tiempos corren!

—Y aun pasando por alto el dudoso honor que se me hace, como candidato a cierta dignidad, por el hecho de que mi tocayo en la tragedia mata a su madre y es perseguido por las Furias en escena...

—Hasta que Apolo reivindica su nombre y lo purifica. ¡Qué hermosa ocasión proporcionaría la escena final para que el pueblo venerase de nuevo al dios!

—Cierto; pero, en estos tiempos, la mayoría de los espectadores se fijaría más en los horrores del matricidio y en las Furias que en el poder de Apolo. Mucho me temo que no otra haya de ser tu tarea en el futuro.

—Y lo será —dijo Hipatia, cabizbaja.

—¿No te parece —continuó el tentador— que esas antiguas tragedias ofrecerían una imagen demasiado triste de las divinidades que pretendemos restaurar, perdón, honrar de nuevo, quería decir? ¿Crees que la historia de la familia de Atreo, a pesar de su belleza, es más entretenida que uno de los sermones de Cirilo sobre el día del juicio, con el tártaro ávido por acoger a gimientes ricos?

—Está bien —contestó Hipatia, indiferente por completo—; mejor sería mostrarles antes el aspecto más hermoso y deleitable de los antiguos mitos. No obstante, la edad de oro de la tragedia en Atenas tiene un agradable reverso, la no menos antigua comedia.

—Igual que en ciertos ritos y procesiones dionisiacos que no mencionaré, con el fin de alentar la devoción a los dioses en aquellos que no son capaces



de apreciar a Esquilo y a Sófocles.

– Confío en que no pretendas reinstaurarlos.

– ¡No lo permita Atenea! Pero habrá que dar con algo que cumpla similares funciones.

– En otras palabras, que habremos de seguir la senda de la depravación porque el vulgo es depravado.

– De ningún modo. En lo que a mí se refiere, todo este asunto de organizar un espectáculo cada semana me resulta tan enojoso como lo habría sido para el propio Juliano. Pero, amiga mía, no lo olvides: *panem et circenses*. El pueblo tiene que divertirse, y sólo sabe hacerlo de una manera, «los placeres de la carne, los goces de la vista y las ganas de pasárselo bien», como cierto galileo definió nuestro antiguo y respetado método romano.

– ¿Divertir al pueblo? Lo que yo busco es purificarlo y ponerlo de nuevo al servicio de los dioses. Si ha de haber representaciones cómicas, sólo será como complemento de la tragedia que, como bien dice Aristóteles, purificará sus afectos gracias al terror y a la compasión que inspira.

Orestes sonrió.

– Nada que oponer a tan excelso propósito. Pero ¿no crees que el combate entre gladiadores y libios ya habrá cumplido ese cometido con anterioridad? Si tal es el propósito que nos guía, nada como el método de Nerón de enviar a la guardia para que arranque a los espectadores de sus asientos y los arroje a las fieras de la arena. ¡Seguro que semejantes terror y compasión purificaron en extremo al honrado mercader, que no sabía si no sería él quien, después de su oronda esposa, acabaría entre las fauces del león más cercano!

– Ya veo que hoy estás especialmente ingenioso – comentó Hipatia, incapaz de ocultar por más tiempo su malestar.

– Mi querida prometida, sólo pretendía recurrir a una de las más inofensivas *reductiones ad absurdum* de un principio abstracto tal y como la formulase Aristóteles, pensador con quien yo, platónico como mi amada, no estoy de acuerdo. Pero, insisto, no seré yo quien me guíe por mis apreciaciones, sino por tu sabiduría. No es probable que, de buenas a primeras, el pueblo vaya a seguir tus indicaciones. Eres demasiado docta, pura, excelsa y de altas miras para el vulgo. Y habrás de ejercer tu poder para hacérselo ver así. Después de todo, hasta el propio Juliano acabó por llegar a esa conclusión. De haber vivido siete años más, hubiera caído en la cuenta de que es preciso organizar persecuciones.

– No permitan los dioses que hayamos de vernos en semejante tesitura.

– Hazme caso: el único medio de evitarlo es halagar y complacer al populacho. Es por su bien.

– Cierto – dijo Hipatia, dando un suspiro –. Sea como dices.

– Créeme: tiempo tendrás de imponer tu forma de ver las cosas. Si en este

momento te ruego que te dejes aconsejar por mí, es para que, más adelante, estés en posición de gobernar no sólo a tu esposo, sino a África.

—¡Y menuda África! Puesto que depravados y apegados a la tierra han nacido sus pobladores, imagino que como tales han de ser tratados. ¡La culpa es de la naturaleza, que no nuestra! Con todo, ¡me parece una vileza! Mas, si no queda otro camino pata que los contados amantes de la filosofía puedan recuperar sus derechos como los únicos elegidos de los dioses para llevar las riendas del mundo y, para ello, preciso es complacer a esos seres depravados que son sus súbditos por su propio bien, sea. Se trata de una obligación no mucho más enojosa que otras a las que ha de someterse el servidor de los dioses en estos tiempos que corren.

—Bueno —comentó Orestes, pasando por alto el suspiro y el gesto de amargura que acompañó las palabras de la joven—, vuelve Hipatia, mi consejera, por sus fueros, la que siempre ha apoyado con profundas y celestiales razones las cosas que yo, con mis cortas entendederas, sólo a fuerza de astucia llego a intuir y aprehender. En cuanto a ese espectáculo más ligero, ¿qué te parece que organicemos?

—Lo que te parezca adecuado, con tal que no sea, como tantos de esa clase, impropio de una mujer pudorosa.

—¿Qué te parece una pantomima? Podemos pensar en algo tan espectacular y vistoso como nos parezca, y gastar en eso todo lo que pensábamos dedicar a otras naderías y animales salvajes.

—Como gustes.

—Considera también las posibilidades que ofrece este tipo de espectáculo para inculcar la mitología. ¿Por qué no representar el triunfo de alguna deidad? Sería la mejor forma de dejar claro mi empeño por ponerme al servicio de los dioses. Vamos a pensar cómo ha de ser.

—Atenea..., a no ser, como ya me estoy temiendo, que resulte demasiado púdica y recatada para tus súbditos de Alejandría.

—Así es. No creo que, en este preciso instante, tengan en alta estima tan excelsas virtudes. ¿Por qué no Afrodita? Cristianos y paganos sabrán apreciarla. Por otra parte, no sé de nadie que pueda ejecutar una correcta interpretación de la virginal diosa, a excepción de cierta dama que, por lo que llevamos hablado, ya ha accedido a sentarse como tal al lado de este su humilde siervo. Creo que con una Atenea en el teatro basta.

Hipatia sintió un escalofrío. Orestes lo daba todo por sentado y, si no algo más, reclamaba que cumpliera la promesa que le había hecho. ¿Acaso no tenía escapatoria? En aquel momento, sintió deseos de huir, de lanzarse a la calle, de marcharse al desierto, donde fuera, con tal de romper la maléfica conjura en que se veía envuelta. Y sin embargo, ¿no era aquélla la causa de los dioses, el único propósito que la guiaba en la vida? Al fin y al cabo, si

aquel indeseable había de ser su emperador, ella al menos sería emperatriz y podría hacer lo que le viniese en gana. En parte por ironía y en parte por lanzarse de cabeza a la senda que sabía que habría de recorrer y, así, olvidarse de tanta miseria gracias a la actividad que entonces desplegase, respondió tan animosamente como pudo.

— ¡Mi adorada diosa, habrás de esperar hasta que seas del agrado del populacho! ¡Al menos, el joven Apolo aún conserva sus encantos a ojos de la chusma!

— ¿A quién recurriremos para el papel? Excepto entre los godos, esta deleznable generación no cuenta con figuras de la talla de Pílates o Batilo... Además, rubios han de ser los cabellos de Apolo, y nuestra sangre griega se ha mezclado de forma tan vergonzante con la egipcia que hasta nuestros actores son de tez tan morena como Andrómeda, y no tendríamos otra salida que pedir ayuda a esos malditos godos que, con tu permiso — con una inclinación de cabeza — son dueños de casi toda la belleza, el dinero y el poder, y me malicio que no tardarán en hacerse con lo que queda antes de que yo abandone este bajo mundo, porque no sólo son valientes, sino que son la bravura personificada. Ahora bien, ¿hemos de suplicar a un godo para que interprete el papel de Apolo? Porque no se me ocurre nadie más.

Aun a su pesar, Hipatia no pudo evitar una sonrisa.

— ¡Sería demasiado humillante! Prefiero renunciar al dios de la luz antes que verlo representado por un bárbaro simplón.

— En ese caso, ¿por qué no le damos otra vuelta a mi desechada propuesta sobre Afrodita? Supongamos que celebramos su triunfo, y que el espectáculo culmina con el baile de Venus Anadiómena. Es un mito lleno de encanto.

— Como mito, sin duda. Pero ¿en el teatro?

— No será un espectáculo más deprimente que el que ha ofrecido esta ciudad cristianizada durante los últimos años. Tampoco correremos el riesgo de que nos acusen de corromper la moralidad, de eso puedes estar segura.

Hipatia se sonrojó.

— En ese caso, no cuentes con mi ayuda.

— ¿Y qué hay de tu asistencia al espectáculo? Porque ése es un aspecto crucial. A ojos de esas buenas gentes, mi querida amiga, eres una persona demasiado importante como para no estar presente en semejante ocasión. Si mi pequeña estratagema culmina con éxito se deberá a que el pueblo caerá en la cuenta de que, ofreciéndome la corona, en realidad es a Hipatia a quien coronan... Vamos a ver. ¿No crees que, siendo imprescindible tu presencia durante la representación de esas inocentes escenas mitológicas, extraídas de la historia auténtica de esos dioses cuyo culto tratamos de reinstaurar, no estarías dispuesta a reconsiderar tu determinación y prestarte a ello de todo corazón, ayudándome a conseguirlo con tu sabiduría? Imagínate el triunfo de

Afrodita, que aparece en el escenario precedida por unos Cupidos a cargo de unas fieras salvajes encadenadas, elefante blanco incluido... ¿Te imaginas un cuadro tan maravilloso? Habrá miles de figurantes que se dispersarán y se agruparán una y otra vez, como en un bajorrelieve, como en las tragedias de Sófocles. Permíteme papel y pluma... —y empezó a esbozar con rapidez cada grupo—. ¿A que ya no te parece tan espantoso?

—No puedo negar que es una hermosa composición —repuso la pobre Hipatia.

—¡Mi amada emperatriz! A veces olvidas que, aun mancillado por el roce con la mundana realidad, también soy griego y, como tú, aspiro a la belleza por encima de todo. Ni se te ocurra pensar que cualquier violación de las normas del buen gusto no me ofende tanto como a ti. Confío en que llegue el día en que comprenderás y sabrás disculpar el miserable compromiso entre el deber y el poder ser al que, zaheridos y malinterpretados siempre, hemos de enfrentarnos los estadistas... Mira estos Faunos, estas Dríades que retozan entre los arbustos del escenario, y se detienen asombrados al escuchar el primero de los sonos que anuncian que la diosa se dispone a abandonar el templo.

—¿Sale del templo? ¿Dónde has pensado organizar la representación?

—En el teatro. ¿En qué otro lugar puede representarse una pantomima?

—Pero ¿tendrán tiempo los espectadores para salir del anfiteatro y acercarse hasta...?

—¿Salir, dices? También los libios habrán pasado antes por el teatro.

—¿Peleas en el recinto consagrado a Dioniso?

—Querida amiga, reconozco humildemente que es una ofensa contra las normas del drama...

—¡Es mucho peor que todo eso! Profanar con sangre el altar es una blasfemia contra el dios.

—Hermosa devota, recuerda que se trata de un caso extremo y que estoy en condiciones de pedir a Dioniso que me preste el altar, porque, de no haberme opuesto a que los magistrados, siguiendo la bárbara costumbre romana, atestasen el recinto de bancos para los patricios, ni siquiera dispondría de ese espacio. Además, ¿qué espectáculo o función de medio pelo no se ha representado en todos y cada uno de los teatros del Imperio durante los últimos cuatrocientos años? ¿Acaso no hemos visto saltimbanquis, magos, alegorías, martirios, esponsales, elefantes que bailan sobre una cuerda, caballos y hasta burros eruditos, si hemos de creer lo que cuenta Apuleyo de Madaura? Por no hablar de otros espectáculos que mejor será no mencionar en presencia de una vestal. Vivimos una época de gustos deleznales, pero hemos de acomodarnos a los tiempos que vivimos.

—¡Ya! —replicó Hipatia—. El primer paso hacia el envilecimiento del

drama lo dieron los sucesores de Alejandro, cuando se atrevieron a profanar aquellos recintos que se habían estremecido con los coros de Sófocles y Eurípides, convirtiendo el altar de Dioniso en un escenario para representar pantomimas.

—Que, sin duda, tu excelsa cabeza tendrá a bien considerar no mucho más elevados que un combate sin importancia. Después de todo, los Ptolomeos no pudieron hacer otra cosa. Sólo en la época de aquel gran trágico se alumbraron dramas como los que Sófocles escribiera. Y aquellos tiempos no fueron mucho más felices que los nuestros. De forma que la tragedia murió de muerte natural; y cuando tal acontece a una persona, a una cosa, podemos lamentar su desaparición, pero inexcusable obligación nuestra es sepultarla y sustituirla, salvo en lo que al culto de los dioses se refiere, por supuesto.

—Me alegra oír que al menos dejas algún títere con cabeza —observó Hipatia, con amargura—. ¿Por qué no servimos del anfiteatro para ambos espectáculos?

—¿Y cómo? Estoy empeñado hasta el cuello. Gracias al intransigente edicto del difunto emperador contra los gladiadores, el anfiteatro está medio en ruinas, y no disponemos de tiempo ni dinero para arreglarlo. Además, ¡qué triste efecto produciría la presencia de cien luchadores en una arena capaz de contener hasta dos mil contendientes! No olvides, querida amiga, que corren malos tiempos.

—¡Y tanto! —repuso Hipatia—. No consentiré, ni aun así, que el altar se mancille con sangre. Las profanaciones que ha soportado son la causa de que el dios nos haya retirado la inspiración poética.

—No me cabe duda. Desde luego, y a juzgar por lo mediocres que son, alguna maldición del cielo ha tenido que abatirse sobre nuestros vates. A un castigo similar atribuyo la locura de monjes y monjas que, como las de Argive, sólo beben agua. Pero si la pelea se ajusta a las dimensiones del escenario, no se profanará el altar consagrado al dios. Y en cuanto al espectáculo posterior, si aprobas mi idea de representar el triunfo de Afrodita, no creo que Dioniso pusiese inconveniente en que utilizásemos el altar a mayor gloria de su amada.

—Ese mito es reciente; espurio, en mi opinión.

—Sea; pero no olvides que otro mito la erige, y no sin razón, en madre de todos los seres vivos. Puedes estar segura de que ni Dioniso ni cualquier otro dios se opondrá a que haga ostentación de su inmenso poder a ojos de sus hijos, pues de sobra saben que, si conseguimos que aquí la adoren, más pronto que tarde todo el Olimpo será venerado.

—Algo que siempre se ha dicho de la celestial Afrodita, cuyo símbolo es la tortuga, alegoría de la modestia y castidad domésticas, que no de la innoble

Pandémica.

—En ese caso, nos ocuparemos de que el pueblo reconozca a cuál de las dos admira y, para ello, mostraremos legiones de tortugas durante la celebración del triunfo. Tú misma escribirás el himno, y yo me encargaré de buscar el coro más adecuado. Sin reparar en gastos. Nada de una sola doble flauta y un par de chiquillos, sino un ejército de Cíclopes y de Gracias, cuyas voces cantarinas y graves se acompasen y resuenen hasta atronar los oídos de Cirilo en su palacio.

—¡El himno! ¡Noble encargo, la verdad! Precisamente la parte de ese absurdo espectáculo que, según sueles decir, el público nunca escucha. Cualquiera pensaría que todo lo que había que discutir ya lo hubieras decidido de antemano, sin tener la consideración de consultarlo conmigo.

—¿De verdad me has oído a mí decir semejante cosa? Debes de estar equivocada. El himno escrito por encargo de cualquier poetaastro pasaría desapercibido, pero imagínate qué acogida no se dispensará a un canto inspirado en la sabiduría y elocuencia de Hipatia, en el que se advierta la triple y divina inspiración de Atenea, Febo y Dioniso... En cuanto a haberlo pensado de antemano, querida amiga, ¿qué mejor cumplido podría hacerte?

—No me parece que deba de tomarlo por tal.

—¿Cómo dices eso? Además de ahorrarte un sinfín de molestias, de atormentar mi embotado ingenio en busca de efectos e imágenes adecuadas para la escena, ¿no he venido a presentarte a los dilectos vástagos de mi magín, a ponerlos a tus pies, sometiéndolos, para bien o para mal, a la sentencia absolutoria o condenatoria que pronuncie tu elevado e inigualable ojo crítico?

Hipatia se percató de que le estaba tomando el pelo; pero ya no tenía remedio.

—¿Y a quién has elegido, si tienes a bien decírmelo, para deshonorarse y deshonorarme con la representación de Venus Anadiómena?

—¡Al más exquisito de los bocados del elenco que he preparado! ¿Qué dirás cuando sepas que los dioses misericordiosos me han favorecido y cuento con la palabra de..., de quién te figuras?

—¿Qué más me da! ¡No soy adivina! —repuso Hipatia, recelosa de quién fuera la elegida y temiendo oír su nombre.

—¡La mismísima Pelagia!

Encolerizada, Hipatia se puso en pie.

—¡Hasta ahí podíamos llegar, mi querido amigo! Al parecer, no te bastaba con exigir o, más bien, dar por aceptada, de forma desconsiderada e incondicionalmente, una promesa otorgada con condiciones..., vagamente formulada con la vana esperanza de que me ayudaras a hacer realidad esos sueños de los que llevas meses renegando y a los que no creo que te avengas

tampoco ahora. No te bastaba con declararte cristiano en público, como hiciste ayer, y venir aquí esta mañana con fingidas lisonjas para tratar de convencerme de que, en cuestión de diez días, te atreverás a reinstaurar el culto a esos mismos dioses de los que ayer mismo apostataste. No te ha bastado con pergeñar por tu cuenta todos esos proyectos para los que, según tú, venías a pedirme consejo, ¡como tú mismo has dicho! No te basta con que me sienta a tu lado y me exhibas como un trofeo, como una marioneta, como una pieza cobrada, obligándome a contemplar con sonrojo y enojo un espectáculo indigno a los ojos de los dioses y de los hombres. No contento con eso, pretendes que honre con mi presencia la exaltación de una mujer que se ha mofado de mis enseñanzas, seducido a mis alumnos, que me ha insultado en mi propia aula... Una mujer que, durante los últimos cuatro años, ha puesto más empeño que Cirilo si cabe en echar ahajo la virtud y la verdad que, en vano, he tratado de difundir. ¡Dioses de mi alma! ¿Cuándo acabarán los tormentos que vuestra mártir ha de sufrir por vuestra causa a manos de esta raza extraviada?

A pesar de su orgullo, aun en presencia de Orestes, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Ante el digno arranque de Hipatia ofendida, el prefecto bajó la vista. Al ver que las últimas palabras las había pronunciado en un tono menos altanero y más triste, alzó de nuevo la mirada con gesto atribulado y suplicante, mientras para sus adentros pensaba: «¡Está loca! ¡Es una fanática! ¡Pero es tan bella! ¡Mía será por encima de todo!».

—Mira lo que he conseguido, mi querida y noble Hipatia —exclamó—. ¡He sido un gran necio! En mi afán por ahorrarte trabajo, con la esperanza de que vieras en lo oportuno de mis proyectos que mi desempeño como estadista no desmerecía del todo tu excelsa sabiduría, miserable de mí, ¡te he ofendido, y he echado a perder la causa de esos mismos dioses por los que, puedo jurarlo, estoy tan dispuesto a sacrificarme como tú!

La última frase consiguió el efecto apetecido.

—¿Que has echado a perder la causa de los dioses? —preguntó Hipatia, sin salir de su asombro.

—¿Acaso no ha de ser así, si no cuento con tu ayuda? ¡Pobre de mí! ¿Acaso lo que acabas de decir no significa que nos dejas a mí y a ellos abandonados a nuestras solas fuerzas?

—La fuerza de los dioses lo puede todo.

—Como tú digas. Pero aclárame esto. ¿Por qué es a Cirilo, que no a Hipatia, a quien siguen las multitudes de Alejandría? Porque él y los suyos han peleado, lo han pasado mal y cientos de ellos han muerto por su dios, del que también dicen que es omnipotente, por cierto. ¿Por qué han caído en el olvido los antiguos dioses, mi hermosa dialéctica? Pues sin duda olvidados

están...

Hipatia temblaba de pies a cabeza, mientras Orestes proseguía con más tacto que nunca.

—No te exigiré una respuesta a la pregunta que te he formulado. Sólo te pido perdón por algo que he hecho, aun sin darme cuenta. Sé que he pecado, y con eso me basta. ¿Qué hay de malo en ser tan confiado, en querer ir tan deprisa? ¿No eres tú el premio al que aspiro? La preciada corona del vencedor, ¿no ha de disculpar en parte la impaciencia por hacerse con ella? Hipatia ha dejado de lado la misión que los dioses le habían encomendado, y ni siquiera se ha parado a reflexionar antes de censurar a uno más de sus innumerables seguidores por una precipitación que más bien debería considerarse como desvelo —afirmó Orestes, mirándola con tales mansedumbre y adoración que la joven se sonrojó, y volvió la vista hacia otro lado.

Mujer era, al fin y al cabo..., y fanática. Iba a ser emperatriz... La voz de Orestes le pareció tan melodiosa, tan refinados sus modales, que su femenino corazón se quedó prendado.

—¿Y qué hay de Pelagia? —insistió con firmeza, una vez repuesta.

—¡Ojalá no hubiera ido a verla! Pensaba que obrando de este modo te complacería.

—¿A mí?

—Si dulce es la venganza, como suele decirse, difícilmente habría otra más sutil que buscar la humillación de alguien que...

—¿Venganza, amigo mío? ¿Me crees capaz de tamaña bajeza?

—¿Yo? ¡No lo permita Atenea! —replicó Orestes, al comprobar que había errado de nuevo—. Pero no olvides que, si el espectáculo se lleva a cabo como te he explicado, te verás libre para siempre de alguien a quien ni siquiera me atrevería a calificar como tu rival.

—¿Y cómo la definirías?

—Su reaparición en escena, después de sus huera manifestaciones en contra del teatro, ¿no la devolverá, a los ojos de esta pequeña y chismosa ciudad, al verdadero y bajo arroyo al que pertenece? Mucho se guardará en adelante de darse tantas ínfulas, mostrándose como la concubina de un héroe de la estirpe de los dioses, ni osará presentarse ante Hipatia sin ser requerida, como si fuera hija de un cónsul.

—Pero no puedo acceder a algo semejante, ni aun tratándose de ella. Mujer es, al fin y al cabo, Orestes. ¿Cómo me pides a mí, que soy filósofa, que te ayude a hacerla caer más bajo de lo que ha caído?

A punto había estado Hipatia de decir: «una mujer como yo», pero prefirió seguir la doctrina neoplatónica, y se contuvo antes de afirmar nada que indicase parentesco de sexo o de naturaleza entre dos seres tan opuestas.



—Humillar no es el término más adecuado —continuó Orestes—. ¿Cómo no lo habré pensado mejor antes de emplearlo? Lo que quería decir es que, con tal de escuchar de nuevo los aplausos de sus «adorados macedonios» a cuyas expensas tantos años ha vivido, Pelagia no se humillará a sus ojos ni a los de nadie más que un pavo real cuando despliega las plumas de su cola. La vanidad y la arrogancia sin límites son pasiones que nunca resultan desagradables a la persona que las padece. A fin de cuentas, es lo que es, y tú no tienes la culpa de nada.

¡Pobre Hipatia! El cebo era demasiado apetecible y más que taimado el tentador. No obstante, se sintió avergonzada al oírse repetir en voz alta el axioma filosófico que aportaba una chispa de consuelo y de resignación a su espíritu, proclamando que, en último término, nada de malo había en permitir que los seres inferiores se desarrollasen según las directrices que la naturaleza les había marcado, las únicas que llevan impresas en su alma, contribuyendo así a la diversidad del universo. De modo que decidió poner término a aquella conversación.

—Si es preciso, pues..., permite que me retire a escribir la oda. Lo único que exijo es no verme obligada a tener relación alguna con..., vergüenza me da pronunciar su nombre. Te enviaré el himno, y ella adaptará su baile como mejor entienda. En ningún modo, me someteré a sus gustos o, mejor dicho, a sus caprichos.

—Y yo —añadió Orestes, con exagerados gestos de reconocimiento— me retiraré para seguir torturándome con la secuencia del espectáculo. ¡Dentro de una semana lo presentaremos y será un triunfo clamoroso! ¡Adiós, reina de la sabiduría! Nunca tu filosofía me parece más provechosa que cuando, prudente y graciosamente, subordinas la belleza a lo menos bello, si bien mucho más práctico a la hora de la verdad.

Se despidió. Hipatia, atemorizada ante las ideas que pudieran asediarla, se sentó de inmediato y se puso a trabajar en la oda. Era un tema para el lucimiento. ¡Cuántas etimologías, cosmogonías, alegorías, mitos y simbolismos sobre la tierra y el cielo no sería capaz de imaginar..., si lograra apartar de su mente la imagen de Pelagia bailando, que, en lugar de difuminarse, se cernía como un espectro sobre las ideas que se le pasaban por la cabeza! Se irritó, primero con Pelagia y después consigo misma, por ser tan pusilánime y no dejar de pensar en ella. ¿No era una humillación que su espíritu se viera acosado por el recuerdo de un ser tan envilecido? Recurriría a la oración y a la meditación para purificar sus pensamientos. Pero ¿a qué dios dirigirse? ¿A Atenea, su divinidad más respetada, precisamente ella, que había prometido su asistencia a semejante espectáculo? ¡Con qué facilidad había cedido! Sin embargo, estaba segura de que había caído en una trampa urdida por el hombre que confiaba en orientar y moldear a su conveniencia.

Todo lo contrario: a pesar de su amor propio, de su bondad natural, de su innato sentido de la justicia, la había llevado por donde había querido. Se había convertido en un instrumento en sus manos. Ciertamente que su sometimiento obedecía a un trascendental propósito. Pero ¿y si aquel acto de sumisión hubiera de repetirse en el futuro? Lo que más le dolía era verse obligada a reconocer que Orestes tenía razón, que sabía lo que había que hacer y el modo de llevarlo a la práctica. No podía por menos que sentir admiración por su habilidad, su agilidad mental, su clara percepción de la realidad. Con todo, sólo sentía desprecio por él, desconfiaba y hasta lo execraba. Pero ¿y si esas cualidades le permitieran alcanzar el triunfo? ¿Y si sus anhelos más puros y elevados, su determinación, tan por los suelos en aquellos momentos, de obrar sólo de acuerdo con los más sólidos y santos preceptos y recurrir sólo a los medios más sagrados no llegaran nunca a hacerse realidad de no recurrir a estratagemas y halagos de esa índole? ¿Y si la habilidad del político, que no la filosofía ni la religión, fuera la única llamada a regir los destinos humanos? ¡Espantosa idea! Y sin embargo..., ella, que siempre había tratado de ser independiente, de no ceder y de plantar cara a las circunstancias y a la costumbre, de combatir sola contra el cristianismo y los pésimos tiempos que le había tocado vivir, ¿por qué en la primera oportunidad importante y crucial que se le había presentado de actuar había permanecido callada, irresoluta, pasiva, víctima, en una palabra, de la depravación que anhelaba erradicar? No se había percatado todavía de que quienes, aparte de los artificios inamovibles de un pasado enterrado para siempre, no cuentan con otros medios para enderezar un siglo corrompido, por fuerza han de recurrir al disimulo y servirse con torpeza de las mismas armas que les proporcionan los malos tiempos que les ha tocado vivir, poniendo parches hasta que los harapos sean tan llamativos que ya no haya nada que hacer. Sumida en tales meditaciones pasó el resto del día, desterradas de su mente Atenea, la oda, la filosofía..., todo, hasta Pelagia, la lasciva.

Los asuntos políticos de la ciudad, entretanto, seguían su curso habitual. En los edificios públicos, se veían enormes carteles que proclamaban la victoria de Heracliano, mientras los capitostes de siempre manifestaban a quien quería oírles que poco les importaba quién mandase en Roma, o incluso en Bizancio: ya fuera Honorio o Heracliano quien ocupase el trono imperial, las capitales tenían que alimentar a sus ciudadanos. Mientras el comercio del trigo de la ciudad siguiera igual de floreciente, ¿qué más les daba a ellos a dónde iban a parar los impuestos? Si bien, como aventuraban algunos de los próximos a Orestes, no sería mala idea que Egipto se quedase con lo recaudado en lugar de enviarlo a Roma a cambio de la exigua contrapartida que recibía: la presencia de un costosísimo ejército... Tiempo

atrás, Alejandría había sido la capital de un imperio independiente... ¿Qué le impedía volver a serlo? Para mayor satisfacción de la ciudadanía que de los armadores de los buques de carga, se tomó la decisión de distribuir grandes cantidades de grano y así demostrar que más aprovechaba el trigo a los propios egipcios que a las gentes de otras latitudes. Incluso se difundió el rumor de que habría una amnistía general para todos los prisioneros y, como no hay malhechor que no cuente con algún amigo que piense que es un mártir injustamente tratado, todo el mundo estuvo de acuerdo con dicha medida por cuanto les tocaba de cerca.

Se creó así una especie de aureola en torno a la figura del prefecto, que iba a más y ganaba en esplendor cada día. Mientras, Hipatia, cada vez más triste, se recluía en casa escribiendo su oda a Venus Urania, y llevaba con resignación las visitas diarias de Orestes.

Con todo, una nube, acompañada de aguaceros y vientos racheados, ensombrecía el cielo despejado y sereno que el prefecto, con las artimañas propias de todo político, se había encargado de destacar con resplandecientes tonos azules, a pesar del aspecto mohíno que, de por sí, tenía tendencia a mostrar. Porque un día o dos después de la ejecución de Ammonio, la guardia le informó de que habían desaparecido el cadáver del crucificado y la cruz de la que pendía. Ante las propias narices de los centinelas, los monjes de Nitria habían descendido el cuerpo del patíbulo y se lo habían llevado. De inmediato, Orestes advirtió que algo habrían recibido a cambio los bribones por mantener los ojos cerrados ante semejante tropelía, pero no se atrevió a censurar la conducta de unos hombres de cuyo estado de ánimo podía depender su vida. Soportó tal afrenta, pues, como mejor pudo, no sin prometer solemnemente que se tomaría cumplida venganza de Cirilo, y siguió adelante con sus planes. Pero, mira por dónde, dos días más tarde se organizó una procesión a la que acudieron la chusma y miles de monjes de Nitria, presidida por los capitostes de la Iglesia de Alejandría, curas, diáconos, arcedianos y hasta el propio Cirilo, revestido de pontifical, tras un espléndido féretro que contenía los restos robados y permitía contemplar las manos y los pies taladrados del crucificado para mejor mover a compasión a los fieles.

Como un nuevo presagio, el cortejo pasó incluso por debajo de los ventanales del palacio al que, por encima de los muelles, se había retirado Orestes, y subió la escalinata del Cesareo. Media hora más tarde, apareció un criado que, sin resuello, informó al pastor de la Iglesia de Alejandría de que la víctima ya se hallaba de cuerpo presente en el centro del templo: otro mártir que, una vez canonizado, ya no sería Ammonio, sino Taumasio el taumaturgo, cuyas heroicas virtudes y no menos heroica profesión de fe en la hora de la muerte ensalzaba Cirilo desde el púlpito, cosechando atronadoras

aclamaciones con cada alusión a Sisera en el arroyo Cisón, o a Senaquerib de la estirpe de Nisroch, sin dejar títere con cabeza entre los poderosos de este mundo.

¡Se había desencadenado la tormenta! Ordenar que una cohorte entrase en la iglesia y se adueñase del cadáver no parecía difícil; obligar a los hombres a hacerlo, dependiendo de quién fuera el muerto, era otro cantar. Por otra parte, aún era pronto para adoptar una decisión que desencadenase la profanación de un templo... De modo que Orestes añadió una más a la lista de reivindicaciones pendientes que tenía pensado plantear al patriarca: soportar durante cosa de media hora toda clase de imprecaciones en nombre de todas las divinidades, santos y mártires, cristianos y paganos, habidos y por haber. Convencido de que Cirilo habría hecho lo propio, sólo que en sentido contrario, redactó, a continuación, una lastimera carta a la corte bizantina, contra la que pensaba rebelarse, ofreciendo un relato pormenorizado de las penosas humillaciones a que se veía sometido... ¡Qué más le daba!... Si la insurrección que preparaba no alcanzase el resultado apetecido, siempre estaría en condiciones de demostrar que había sido leal hasta el final; caso de que ambas misivas resultasen del todo contradictorias, la más extensa sería el patrón de comparación, lo que le permitía ganar tiempo y le otorgaba más posibilidades de pasar página en lo relativo a ese oráculo sibilino que se cierne sobre todos los políticos, a saber, el capítulo de incidencias varias. A la vista de cómo se desarrollaban los acontecimientos, se conformaría con hacer un emotivo llamamiento a la responsabilidad y a la moderación, virtudes de las que Alejandría siempre había dado sobradas muestras, dirigido sobre todo a los cientos de miles de mercaderes y negociantes que tanto tenían que perder.

Los ciudadanos responsables nada tardaron en secundar el llamamiento, y de todos los barrios partieron discursos de lealtad y delegaciones compungidas que ponían de manifiesto el extremo pesar de la ciudadanía ante los recientes disturbios y el desprecio que suponían para la autoridad constituida, no sin tomarse la libertad, sin embargo, de señalar que, si bien no contemplaban con tranquilidad los peligros que para la propiedad suponía la cólera desatada de determinados grupos, la santidad y la prudencia de su venerado patriarca, de todos conocidas, a la vista del respeto y el afecto con que el prefecto lo distinguía, no les daba derecho a interpretar sino como malentendido su actuación en tales circunstancias. En ese sentido, pues, expresaban su humilde pretensión de que alcanzasen algún tipo de compromiso, que definiesen lo que en adelante habría de considerarse como intolerable intromisión por cualquiera de las dos partes, y que alcanzasen una venturosa reconciliación, por el bien del orden, de la propiedad y de la fe católica... Recomendaciones que Orestes escuchó con sonrisa

condescendiente, mientras por dentro estaba que se lo llevaban los demonios, y a las que Cirilo respondió con una vehemente y descamada arenga sobre lo difícil que es que un rico entre en el reino de los cielos.

Tanta responsabilidad y moderación se estrellaron, como era de esperar, contra la realidad tozuda de los hechos. De forma que, debidamente refrenados por ambas panes en sus afanes de reconciliación, los ciudadanos optaron por dejar que los poderosos se matasen entre ellos, volviendo a sus mostradores y escritorios, y trabajando con denuedo durante toda la semana para el espectáculo que estaba previsto. Sólo un desdichado tabernero trató de llevar a la práctica las recomendaciones que, con florida elocuencia, la delegación de su gremio había presentado; tras comprobarse que, por la mañana, daba pan a los monjes de Nitria y, al anochecer, ofrecía vino a la guardia del prefecto, tras un pacto plebiscitado por las dos partes que pretendía conciliar, le destrozaron la taberna y le abrieron la cabeza para, a continuación, pelearse un ratito entre ellos y, más tarde, por suerte para todos, irse cada bando por su lado.

Mientras tanto, Cirilo se dedicaba a lo que no parecía sino una nadería, pero en la que ponía todo su empeño. Orestes bien podía echar pestes y los ciudadanos respetables lamentar los acontecimientos, pero nadie estaba en situación de dar cumplida respuesta a los vibrantes sermones que, noche tras noche, conmovían los sólidos arcos del Cesareo. Cirilo sabía que daba en el clavo, y por eso insistía. Orestes era un sinvergüenza, odioso a los ojos de Dios y de sus enemigos. Por culpa de su indiferencia, la molicie campaba a sus anchas en las clases medias; el sistema de gobierno era injusto y corrupto; los hombres de recto corazón no dejaban de preguntarse: «¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?». Al despiadado obispo le bastaba con repetir los textos de todos y cada uno de los libros de las viejas y nuevas escrituras para ganarse no sólo a quienes estaban de parte del sentido común y del recto proceder, sino a las multitudes fanáticas y violentas.

En vano trató Arsenio de hacerle ver no sólo el escándalo que provocaba, sino lo escasamente propicias que eran las circunstancias para proceder a aquella canonización.

—Tengo que sacar fuerzas de donde sea, mi querido padre, con tal de mantener viva la llama del celo. Ya que debo callarme la derrota de Heracliano, debo ofrecer algún revulsivo para que el pueblo actúe como es debido cuando se entere del desaguisado. Si odian a Orestes, ¿no será que él se lo ha buscado? Aunque en este caso no haya actuado tan mal como ellos se imaginan, ¿no es responsable de otros crímenes que merecen nuestra reprobación? En cualquier caso, o se erige emperador, como tú dices, o nos veremos ayunos de argumentos en su contra. Si sabe que estamos al tanto de la verdad de lo acontecido, no se atreverá. Y si hemos de callar la verdad

durante un tiempo, no nos queda otra que recurrir a otros medios.

Resignado, el pobre Arsenio hizo un gesto de asentimiento, al ver que Cirilo daba un paso más en la senda de hacer todo el mal posible para alcanzar el bien, la misma que durante años le llevó a cometer nefandos pecados y mancilló su nombre, quizá para siempre, a ojos de las generaciones futuras, que poco saben del pandemonio con que se enfrentaba y de la honda fe que lo animaba, y que nunca han entendido ni perdonado los inevitables ultrajes y errores de un hombre ni peor ni mejor que quienes así lo juzgan.

## CAPÍTULO XXI.

### El señor obispo

EN UNA PEQUEÑA Y POBREMENTE amueblada estancia del piso alto de una finca fortificada, estaba sentado Sinesio, obispo de Cirene.

A su lado, encima de la mesa, una copa de vino que no había probado. Lenta y melancólicamente, a la luz macilenta de un candil, escribió un par de versos, antes de cubrirse la cara con las manos, mientras entre los dedos rodaban ardientes lágrimas que emborronaban el papel. En ese instante, apareció un criado anunciando que había llegado Rafael Aben-Ezra.

Extrañado, Sinesio se puso en pie y corrió a la puerta.

—No; mejor acompáñalo hasta aquí. No creo que esta noche me encuentre con fuerzas para pasar por delante de esos aposentos vacíos —y aguardó al visitante a la puerta del aposento.

Cuando éste llegó, tomó sus manos entre las suyas y trató de decir algo, pero no pudo articular palabra.

—No digas nada —le suplicó Rafael, con dulzura, mientras lo acompañaba a su asiento—; estoy al tanto de todo.

—¿De todo? Pues eres el único que se atreve a venir a ver a un hombre afligido, sumido en el infortunio.

—Soy como los demás; he acudido a ti en busca de consuelo. ¡Ojalá fuera yo quién para ofrecértelo! Nada más llegar, los criados me informaron de todo.

—Sin embargo, has persistido en tu intención de verme, como si aún pudiera hacer algo por ti. ¡No tengo fuerzas para echar una mano a nadie! Con todo, aquí me tienes, solo y abandonado de todos. Volveré al seno de mi madre como salí. Mi último hijo, el más querido, también me ha sido arrebatado. Doy gracias a Dios por haberme deparado un día de tranquilidad para enterrarlo junto a su madre y sus hermanos, aunque sólo Él sabe cuánto tardarán en profanar sus veneradas tumbas. Bastante vergüenza he pasado aquí, solo en mi torre, observando las cenizas de mis antepasados espartanos, de la estirpe de Hércules, timbre de gloria a mis ojos, ¡pobre pecador!,

aventadas por esos bárbaros saqueadores... ¿Hasta cuándo, Señor, habré de esperar a que me lleves de este mundo?

— ¿De qué murió el pobre muchacho? — preguntó Rafael, con la esperanza de hacerle la pena más llevadera, si hablando se desahogaba.

— De peste. ¿Qué otro destino puede esperar quien respira un aire cargado de miasmas de putrefacción y camina bajo un cielo oscurecido por aves carroñeras? Aun eso lo soportaría, si pudiera hacer algo, si pudiera ser de alguna ayuda. Pero estar aquí encerrado durante tantos meses, entre estos odiosos baluartes, viendo cómo cada noche el resplandor de las llamas que arrasan haciendas enteras enrojece el cielo, escuchando a diario los gritos de los moribundos y los prisioneros, porque han empezado a pasar a cuchillo a todos los varones, hasta los niños de pecho, y verme atado de pies y manos, sin poder hacer nada, sino aguardar a que me llegue la hora, paralizado como si sufriera de perlesía..., ¡qué no daría por estar ahí fuera y morir espada en mano! Por lo visto, soy su última y única esperanza. Los gobernadores no responden a nuestros llamamientos. En vano, he enviado peticiones a Genadio, a Inocencio, con la pobre elocuencia que el infortunio aún no me ha arrebatado. Nadie toma decisiones; cada uno va a lo suyo. Las tropas se reparten en pequeñas guarniciones, y se limitan a proteger las propiedades particulares de sus jefes. Los ausurianos las derrotan a su paso y, pertrechados de despojos, han comenzado a sitiar ciudades fortificadas. Como Ulises, no nos queda, pues, más que rezar por ser los últimos en ser devorados. Pero ¿qué digo? Aquí me tienes, presentándote una retahíla de desdichas, y ni siquiera te he preguntado por el motivo de tu aflicción.

— Nada de eso, amigo mío. Me has referido los males que se abaten sobre tu patria, no los tuyos. En cuanto a mí, no me abruman penalidades como las que acabas de referir, sino una sensación de desamparo que, irremediable como es, bien puede esperar. No debes quedarte aquí. ¿Por qué no huyes a Alejandría?

— No; moriré cumpliendo mi deber, junto a mi pueblo, como he vivido siempre. Cuando no haya más que ruinas y pongan sitio a Cirene, volveré a la ciudad. Los conquistadores encontrarán al obispo en el lugar que le corresponde, junto al altar donde durante tantos años ha ofrecido el incruento sacrificio a Aquél que, tal vez, exija de mí una ofrenda más sangrienta para que la profanación del ara, mancillada con el asesinato de su ministro, ponga fin a los males que aquejan a Pentápolis y muevan al Señor a tomarse cumplida venganza por las ovejas degolladas. Pero no hablemos más de eso. Al menos, he podido recibirte en mi casa y, después de la cena, me contarás qué te ha traído por aquí.

El buen obispo llamó a los criados y les impartió las instrucciones oportunas para que trataran a su invitado con tantas atenciones como las



circunstancias permitían.

Aun aturdido como estaba, Rafael no había perdido el buen tino que lo caracterizaba cuando, casi de forma instintiva, había tomado la decisión de ir a ver a Sinesio. A juzgar por la hermosa correspondencia privada que nos legó, el obispo de Cirene era un hombre polifacético, versátil, incansable, que vivía las alegrías y las penas, si no con hondura y regodeándose en ellas, sí al menos intensa y apasionadamente. Como Rafael le había comentado a Orestes, su vida era una avalancha de buenas acciones encadenadas en las que ponía todo su afán por el mero placer de llevarlas a cabo. Cuando se quedaba sin nada que hacer, cosa que rara vez había ocurrido hasta entonces, sus habituales excesos se trocaban en repentinos accesos de melancolía. Era un hombre de maneras grandilocuentes y recargadas, no exento de cierta arrogancia, pero también afable, dotado de un vivo sentido del humor y, por encima de todo, intrépido, tanto física como moralmente, tan capaz de ofrecer soluciones prácticas como de embarcarse en abstrusas especulaciones, aunque, como todos sus contemporáneos, orgulloso de exhibir sus debilidades y partidario acérrimo de la meditación filosófica, por mucho que sus detractores lo definiesen como más dado a la soldadesca y a las escaramuzas que a los misterios del mundo invisible.

Sin entender muy bien la razón por la que lo había hecho, el caso es que Rafael había decidido ir a verlo. No con la esperanza de encontrar consuelo filosófico, por supuesto, pues como muy bien decía el judío, Sinesio era el único cristiano al que había visto reírse de buena gana, sino con la secreta y no confesada ilusión de encontrar en aquel lugar a aquellos compañeros de viaje que había abandonado al llegar a su destino. Como una polilla se acerca a la luz, la imagen de Victoria cobraba en su mente un nuevo y repentino fulgor, tal como, tras la cena, acabó por revelar a su anfitrión. Por eso había ido allí, por ver si tenía la oportunidad de contemplar su aleteo una vez más.

No le fue fácil arrancar esta confesión al anciano obispo. Aunque no había tardado en percatarse de que algo preocupaba a Rafael y que estaba deseando contárselo, de sobra sabía que era un hombre demasiado cauto y orgulloso para revelar un secreto y, olvidándose de sus sufrimientos ante un semejante al que podía prestar ayuda, hubo de escarbar hasta el fondo antes de descubrirlo. Ni rastro de la otrora vana y huera frivolidad, ni de la sagacidad corrosiva de otros tiempos. El judío parecía consumido por un ardor interno; se mostraba inquieto, malhumorado, brusco y hasta picajoso. La curiosidad y el desconcierto de Sinesio fueron a más, a medida que observaba cómo Rafael se mantenía en sus trece al no pedir consejo al galeno que, como paciente, había ido a ver en busca de ayuda.

— ¿Qué podrías hacer por mí, si te lo contase?

— Te lo preguntaré de otro modo, querido amigo. Si no has venido aquí

sólo para ver cómo estoy, ¿a qué has venido entonces?

—¿Y tú me lo preguntas? Para disfrutar de la compañía del hombre más cultivado de Pentápolis.

—¿Y para eso has hecho un viaje de una semana jugándote la vida?

—La muerte poco importa a un hombre para quien la vida carece de sentido. En cuanto a los siete días de viaje, un día tuve un sueño, una de esas ocurrencias mías, y me pregunté si podría molestar a un obispo cristiano con ideas y preguntas que guardasen relación con míseros seres humanos que, como yo, se casan y a quienes dan en matrimonio.

—Olvidas, amigo mío, que estás hablando con un hombre que estuvo casado, amó a su esposa y la perdió.

—No lo he olvidado. Pero ya ves lo huraño que me he vuelto. No soy buena compañía ni para ti ni para nadie. Verás cómo acabo por convertirme en cabecilla de una banda de salteadores y ponerme al frente de una cuadrilla de ausurianos.

—Nada me has dicho del sueño —insistió Sinesio, con toda la paciencia del mundo.

—¡No lo he olvidado! Pero tampoco he dicho que tuviera intención de contártelo.

—Cierto. Pero como me he quedado con la impresión de que ponías en duda mis talentos, ¿no te parece justo que me cuentes de qué iba?

Rafael esbozó una sonrisa.

—Está bien... Veamos. Soñé que un filósofo académico, un hombre de vuelta de todo y de todos, se encontraba con unos rabinos de Berenice, y se quedaba a escuchar lo que decían, mientras leían y comentaban un libro de Salomón, *El cantar de los cantares*. Como hombre instruido que eres, sabes de la burda alegoría que se han inventado para dar una explicación del libro: que si los ojos de la esposa son una representación de la sabiduría de los escribas, tan abundante como el agua de los pozos de Heshbon; que su esbeltez, semejante a la de la palmera, representa a los sacerdotes que extienden los brazos para bendecir al pueblo; que la mano izquierda, bajo su cabeza, son las filacterias que esos sabelotodo llevan en la muñeca izquierda, mientras que la derecha, en la que se apoyan, es la *mezuzah*, que se coloca en la jamba derecha de la puerta para ahuyentar a los demonios, etcétera...

—He oído hablar de esas torpes interpretaciones cabalísticas.

—¿Ah, sí? Pues imagínate que, en mi sueño, el hombre que te he mencionado se hacía judío, les arrancaba los rollos de las manos y les decía que eran unos mentecatos por pretender discernir lo que el libro podía significar, sin saber lo que significaba realmente, cosa que sólo podrían averiguar atendiendo rectamente al significado de las sencillas palabras que Salomón había empleado. Imagínate que ese mismo judío renegado, miembro

de la sinagoga de Satán, con sus ideas terrenales y heterodoxas y dotado de diabólica elocuencia, les decía que el libro en cuestión explica a todo aquel que tiene ojos en la cara que Salomón, el gran rey, con sus sesenta reinas, sus ochenta concubinas, y vírgenes para dar y tomar, había dejado de lado el serrallo y el lujo por el puro y noble amor de una joven inmaculada, sólo una; que se le habían abierto los ojos y había comprendido que Dios había hecho al hombre para la mujer y a la mujer para el hombre, como en el jardín del Edén, de forma que su corazón y sus pensamientos se tornaron puros, amables y sencillos; que el canto de los pájaros, el olor de las uvas, los vientos cargados de aromas que nos llegan del sur y los sencillos placeres campestres, que disfrutaba al lado de sus viñadores y esclavos, se volvieron más preciosos a sus ojos que todos los palacios y la pompa artificial de que lo rodeaban; y sintió que, por vez primera en su vida, estaba en armonía con el universo de Dios y con el misterio de las estaciones; que tanto dentro como fuera de él, el invierno y las lluvias habían quedado atrás, que del suelo brotaban flores y que, en sus dominios, se oía el canto de la tórtola... Imagínate que, al escuchar tan impías manifestaciones, los rabinos se taparon los oídos y se abalanzaron sobre aquel hijo de Belial y lo expulsaron de su lado, porque, con sus interpretaciones terrenales, blasfemaba de los libros sagrados. Imagínate, insisto, imagínate tan sólo, que oí a aquel infeliz decir para sus adentros: «Consultaré, pues, con los cristianos, que también reconocen el libro como sagrado, y dicen que Dios les enseñó que “en el principio, Dios hizo al hombre, hombre y mujer los creó”. Quizás ellos sepan decirme si este libro, como a mí me lo parece, no indica el tránsito de la animal poligamia a la monogamia que, con tanto empeño, prescriben, y convengan conmigo en que el libro en cuestión ocupa un lugar entre los sagrados escritos porque no otra es su enseñanza». Como obispo cristiano, debes de saber la respuesta que recibí. ¿Callas? En ese caso, te diré lo que me pareció escuchar en sueños: «Blasfemo, hombre apegado a la tierra, que buscas en la sagrada escritura un pretexto para justificar tu lascivia, como si su contenido se refiriese a los bajos y sensuales instintos del hombre. Has de saber que este libro debe ser interpretado desde la espiritualidad, como manifestación del matrimonio que une al alma con su creador y que de ese libro precisamente extrae la Iglesia sus más sólidos argumentos para exaltar la santidad de la virginidad y las bondades del celibato».

Sinesio guardó silencio.

—¿Y qué dirás que pensó el hombre de mi sueño cuando escuchó semejante interpretación cristiana, que no sólo la consideraban buena para la vida diaria, sino que la imponían como artículo de fe, copiada como estaba de una rastrera y ampulosa argumentación del mismo neoplatonismo del que nada quería volver a saber en su vida? Que maldijo el día en que había

nacido y la hora en que a su padre le dijeron que había tenido un varón, y pensó para sus adentros: «¡Filósofos, judíos y cristianos, no quiero volver a saber nada de vosotros! De las palabras más sencillas de vuestros más sagrados libros, lo mismo llegáis a una conclusión que las mudáis en agua de borrajas. Todo, según vuestra conveniencia. No hay verdad ni razón bajo el cielo. Lo mejor que un hombre puede hacer es seguir el ejemplo del pueblo al que pertenece, volverse usurero, acumular riquezas y adular a los necios, como antes lo hicieran sus padres».

Tras reflexionar durante un rato, preguntó Sinesio:

— ¿Y aun así has venido a verme?

— Lo hice porque te enamoraste y te casaste, porque te mantuviste firme frente a esta extraña locura de nuestro tiempo y, cuando te hicieron obispo, te negaste a repudiar a la esposa que Dios te había dado. En mi opinión, creo que sólo tú puedes sacarme de semejante embrollo.

— ¡Lo siento, amigo mío! En los tiempos que corren, he comenzado a dudar de mi talento para resolver ese tipo de cuestiones. Además, ¿qué ganaríamos con encontrar una explicación? ¿Qué importa un misterio más en un mundo cargado de enigmas? «Si te casas, no pecas», dice san Pablo, y eso debería bastarnos. No me pidas que me enzarce contigo en una discusión, sino que te ayude. En lugar de agobiarme con hondas cuestiones y obligarme a exponer mi opinión personal como tantas veces he hecho, aun en contra de la postura oficial de la Iglesia, cuéntame qué te pasa y pon mejor a prueba el cariño que te tengo antes que mi entendimiento. Compartiré tus sentimientos y me pondré de tu lado, no lo dudes, aunque no encuentre razón que justifique mi conducta.

— ¿O sea que no puedes sacarme de este galimatías?

— Permite que te ayude a resolverlo por ti mismo — contestó Sinesio, con dulce sonrisa—. Es inútil que trates de engañarme. Amas a una mujer pura. Cuando la poseas, estarás en mejores condiciones de demostrar si tu interpretación del libro al que te has referido es la que más se ajusta a la realidad y, si persistes en ella, al menos no será Sinesio quien te lo discuta, pues siempre reclamé el derecho a filosofar por mi cuenta, y dejaré que actúes con la misma libertad, y que la gente piense lo que quiera.

— ¿Estás, pues, de acuerdo conmigo? ¡Pues claro!

— ¿Te parece razonable preguntarme si doy por buena una novedosa interpretación que no hace ni cinco minutos que he escuchado por vez primera, expuesta además de forma precipitada y revestida de oropeles retóricos?

— No has respondido a mi pregunta — replicó Rafael, de mal humor.

— ¿Y qué, si así fuera? Dímelo llanamente, hombre atormentado, ¿no puedo ayudarte en un sentido práctico, mientras tú sigues sumido en tus

cavilaciones?

— Está bien; si quieres saber lo que me pasa, escucha lo que voy a contarte y juzga por ti mismo acerca del sentido común de los cristianos — y de forma apresurada, como si se avergonzase de su confesión y hablase forzado por las circunstancias, le contó a Sinesio todo, desde la primera vez que había visto a Victoria hasta que se había separado de ella al llegar a Berenice.

Para sorpresa de Aben-Ezra, daba la impresión de que el bueno del obispo se lo estaba pasando en grande: se rió por lo bajo, se dio palmadas en el muslo con la mano, movía la cabeza en señal de aprobación cada vez que su interlocutor callaba, quizá por animarle a que continuase, o porque pensara que las posibilidades de Rafael eran mucho menos dramáticas de lo que imaginaba...

— Si vas a reírte de mí, Sinesio, no diré una palabra más. ¡Bastante humillante me resulta contarte lo que estás oyendo, maldita sea, que me siento como un muchacho de dieciséis años!

— ¿Crees que me estoy riendo de ti? En todo caso, contigo. ¿Un convento, dices? ¡Bobadas! El anciano prefecto tiene suficiente sentido común, y de ello respondo, para no oponerse a que su hija contraiga un matrimonio ventajoso.

— Olvidas que no tengo el honor de ser cristiano.

— Ya procuraremos que lo seas. No voy a tratar de convencerte, pues siempre te has mofado y burlado de mi forma de ver las cosas. Pero Agustín llega mañana.

— ¿Agustín?

— Así es. Mañana, al amanecer, saldremos a recibirlo y le acompañaremos hasta aquí con todos los hombres armados que podamos reunir; a la ida y a la vuelta, trataremos de cazar algo, que desde hace quince días no hemos comido más que lo que los perros y nuestros arcos nos han proporcionado. Él se hará cargo de ti y, en cuestión de una semana, te sanará de todo judaísmo. Lo demás déjalo en mis manos; ya encontraré el modo de resolverlo. Te doy mi palabra de que todo saldrá a pedir de boca. No, no te sientas avergonzado. Será un verdadero placer para un pobre infeliz como yo, que no tiene otra cosa que hacer. Ah, y en cuanto a deberme un favor, nada mejor que compensarlo con otro: bastará con que me prestes tres o cuatro mil monedas de oro, ¡sólo Dios sabe cuánto las necesito!, con la seguridad de que nunca volverás a verlas.

A su vez, Rafael no pudo contener la risa.

— Observo que poco ha cambiado Sinesio, digno ejemplar de la estirpe de Hércules. Y aunque se niegue a adecentar este establo de Augías que es mi alma, cocea impaciente, como corcel de guerra en la pradera, con la esperanza de tener que emplearse en tareas que considera de índole menor. Pero mi querido y generoso obispo, se trata de un asunto muy serio, y yo, que soy el

afectado, también me he vuelto mucho más serio de lo que te imaginas. Por el honor sin tacha de tus antepasados espartanos, Agis, Brásidas y todos los demás, ¿no crees que, en tu irreflexiva bondad, no estás sino tentándome para que me comporte de un modo que ellos no calificarían de honroso precisamente?

— ¿Cómo es eso, amigo mío? Tu intención es loable y digna de encomio, y ardo en deseos de ayudarte para que llegue a buen puerto.

— ¿Acaso piensas que no he buscado más de un camino para alcanzar mi propósito por mis propios medios? Hasta en doce ocasiones, he tenido la tentación de hacerme cristiano, pero siempre me han asaltado extravagantes dudas que pesan sobre mi conciencia y honor... Bien sabe el cielo que, antes, no era escrupuloso, ni ahora lo soy en exceso, salvo en lo tocante a ella. No puedo disimular cuando estoy con ella. Si en algo le mintiese, no me atrevería ni a mirarle a la cara... Cuando te observa, sus claros ojos resplandecen con el mismo fulgor que los de una diosa terrible... Nunca había sentido vergüenza, hasta que mi mirada se cruzó con la suya...

— ¿Y si te convirtieras de corazón al cristianismo?

— Imposible. Siempre albergaría sospechas sobre los motivos que me habían movido a hacerlo. Ése es otro de los absurdos escrúpulos de conciencia que ahora me dominan. Recelaría de los motivos que me habrían llevado a cambiar de fe, y pensaría que, si no a ella, me estaría engañando a mí mismo. Si no estuviera enamorado de ella, otro gallo cantaría; pero ahora, precisamente porque la amo, no deseo ni me atrevo a escuchar las razones de Agustín ni a hacer caso de mis propias ideas sobre el particular.

— ¡Hombre caprichoso que, cuando ya te has encaramado a la roca de la salvación, pareces encontrar un perverso placer en arrojarte a las olas de nuevo! —le recriminó Sinesio, enojado.

— ¿Placer, dices? ¿Qué tiene de placentero mantener una lucha a muerte con el diablo? Hacía ya muchos años que no creía en él... Y en el momento en que aspiro a algo noble y justo, ¡me vuelvo a encontrar con que la vieja serpiente me tiene atrapado por el cuello! No te sorprenda que sospeche de él, de ti, de mí mismo, cuando, a lo largo de la última semana, todos los días y a todas horas, he sentido tentaciones de convertirme en diablo. Así es —añadió alzando la voz, mientras la impetuosidad de su naturaleza oriental resplandecía en sus ojos negros—, ¡de convertirme en diablo! Nunca, ni desde niño, había sabido como ahora lo que significa desear algo y no tenerlo. Pocas veces en mi vida he tenido ocasión de molestar a algún pobre Naboth por una viña, pero siempre que me tocó hacerlo, el mísero Naboth de tumo siempre juzgó más prudente ceder... Pues bien, ¿crees acaso que no he urdido decenas de planes infernales durante esta última semana? ¡Mira! Ésta es la hipoteca que pesa sobre todas las propiedades de su padre. Instigado

por Satán o por Dios, se la compré a un banquero el mismo día que me separé de ellos en Berenice. Así que mías son todas sus pertenencias. En mis manos está llevarlos a la ruina, venderlos como esclavos, denunciarlos como rebeldes, y hasta pagar a una cuadrilla de hombres para que se la lleven de su lado y cortar así, de una vez por todas, el nudo gordiano que me paraliza. ¡Pero no me atrevo! ¡Debo mantenerme puro para acercarme a la que ya lo es! ¡Justo, para besar los pies de quien sólo por la justicia se guía! ¿De cuándo acá esta nueva conciencia? No lo sé, pero nada puedo hacer por soslayarla y, como con Dios, caso de que existiera, no puedo cometer una bajeza contra ella. Ahora que la tengo en mis manos, ¡abomino y maldigo de esta hipoteca, como de un diablo tentador!

—Quémala —le aconsejó Sinesio, sin alterarse.

—¡Eso es lo que tendría que hacer! Al menos, estoy seguro de que nunca recurriré a ese papel. ¿De qué me valdría? Por otro lado, soy demasiado orgulloso, llevo muy dentro el sentido del honor como para declararme pretendiente suyo. Es ella quien debe venir a mí, decirme que me ama, que me acepta como compañero, que me considera digno de ella. Debe apiadarse de mí por su propia voluntad o, de lo contrario, sufrir y morir en una maldita cárcel. Después, una puñalada de mi inseparable daga para su padre y otra para mí bastarán para resolver esta situación durante unos cuantos siglos, y librarle a él de sus supersticiones, y a mí, de las dudas filosóficas, hasta que volvamos a nacer; él, reencarnado en burro, y yo, como mandril. ¡Qué más dará! A no ser que me haga digno de ella, que ése sea el castigo que Dios me tenga reservado, o algo peor, si se me ocurriera una barbaridad...

—¡Que Dios te ayude en tan noble empresa, hijo mío! —exclamó Sinesio, con los ojos inundados de lágrimas.

—No es una pelea limpia. Es un rastrero y cobarde barrunto de alguien que nunca antes tuvo miedo de hombres ni de diablos y ahora siente pavor ante una niña indefensa.

—Te equivocas —exclamó Sinesio, a su vez—, es un temor noble y santo, pero te aterra la propia virtud que lo aviva, la fuerza del bien que, de no existir en tu interior una Luz Divina que te mostrase cómo es y el respeto que impone, no apreciarías y mucho menos temerías. Rafael Aben-Ezra, no vuelvas a decirme que no temes a Dios, pues quien se postra ante la Virtud lo mismo hace ante Aquel que es la misma virtud. Adelante, adelante... No desfallezcas, que el poder de Dios se manifestará en tu flaqueza.



Era ya muy tarde cuando Sinesio le indicó a su invitado que había llegado la hora de retirarse, no sin advertirle que no se sobresaltase si la campana

tocaba a rebato, porque la casa estaba bien defendida, al tiempo que ponía en funcionamiento el reloj de agua por el que se guiaban él y sus sirvientes a la hora de montar guardia. A continuación, el buen obispo, tras disponer la primera ronda, subió a lo alto de la torre, junto a la campana de avisos, y, mientras avistaba las anchas tierras de sus antepasados y rezaba por el final de tanta desolación, no se olvidó de implorar que su desdichado huésped conciliase un sueño más tranquilo y reparador que a lo largo de las últimas semanas. Aquella noche, antes de acostarse, Rafael rompió en pedazos la hipoteca de Mayórico, y se sintió mucho más aliviado al ver cómo el tentador documento se consumía al entrar en contacto con la llama de la lámpara. Agotado física y mentalmente, se olvidó de Sinesio, de Victoria y de todos, y le pareció vagar toda la noche por los viñedos de los valles del Líbano, entre jardines de lirios y arriates de aromas perfumados, mientras escuchaba músicas pastoriles y voces femeninas que, en su abotargada cabeza, cantaban el místico idilio de su poderoso antepasado.



Al día siguiente, antes de salir el sol, bien pertrechado, Rafael cabalgaba al lado de Sinesio. Tras ellos, cuatro o cinco traíllas de altivos lebreles de rabo enhiesto, además de *Bran*, por supuesto, cuyas orejas cortadas y poderosas mandíbulas, que tanto llamaban la atención en aquella tierra de canes de orejas tiesas y hocicos afilados, eran el único objeto de conversación de los veinte hombres que, armados hasta los dientes para la caza y para la guerra, marchaban detrás del obispo, a lomos de unos jamelgos medio muertos de hambre, acostumbrados como estaban por el desierto y los malos tiempos que les había tocado vivir a rendir al máximo con muy escaso forraje.

Recorrieron las primeras millas en silencio, pasando por pueblos en ruinas y haciendas arrasadas de los que, de vez en cuando, salía algún pobre hombre muerto de miedo que relataba al desdichado obispo las penalidades por las que había pasado, y que, en vez de limosna, le pedía que tuviese a bien aceptar el poco grano o las contadas aves de corral que no se habían llevado los saqueadores. Al ver cómo le besaban las manos y lo recibían como su única esperanza y tabla de salvación, el pobre Sinesio, armándose de paciencia, escuchaba una y otra vez las mismas desgracias y se lamentaba con ellos, espoleando enseguida su montura, como si quisiera escapar de tanta miseria para la que no tenía remedio. Mientras, Rafael escuchaba una voz que, en su interior, no dejaba de azuzarle: «¿Para qué te fueron concedidas las riquezas, sino para que pudieses enjugar esas lágrimas, al menos por un día?».

Se sumió en una profunda meditación que, con el tiempo, daría sus frutos



y que se prolongó hasta que dejaron atrás el valle y comenzaron a ascender la pendiente de las suaves colinas de donde partía el lejano camino que llevaba al mar. En cuanto perdieron de vista las heridas abiertas que había dejado la guerra, el buen obispo se sintió más animado. Acarició a los perros, conversó con los suyos acerca del sitio más adecuado para encontrar buena caza, y les invitó a comportarse como hombres, pues la cena de esa noche dependía por entero de las proezas que realizasen durante las horas de sol.

— ¡Vaya, una veta de sal! — exclamó Rafael, sirviéndose de un pretexto cualquiera para desechar los dolorosos pensamientos que le rondaban por la cabeza —. Ya sabía yo que, mucho tiempo atrás, vivíais en el fondo del mar, y que ese viejo agitador de continentes que es Neptuno, hartado de vuestros pésimos modales y con tal de verse libre de vosotros, os empujó hasta la superficie una mañana y os depositó en tierra firme.

— Algo así tuvo que pasar. Se cuenta que, al volver del océano del Sur, los argonautas cruzaron estas colinas, que en aquella época debían de estar mucho más cerca del agua que nosotros ahora, llevando a hombros su mística nave hasta los Sirtes. De eso hace tanto tiempo, sin embargo, que hemos olvidado todo lo referente al mar, y recuerdo muy bien cuál fue mi asombro la primera vez que contemplé una galera en Alejandría, y las carcajadas con que mis condiscípulos acogieron mis palabras cuando apunté, y no sin razón, que parecía un ciempiés.

— ¿No te acuerdas de la discusión que mantuve una vez con tu mayordomo a propósito del pescado escabechado que te había traído de Egipto, y de cómo, al abrir el barril, los criados empezaron a gritar y a correr como locos, diciendo que las espinas no eran sino huesos de serpientes venenosas?

— Doy fe de que el buen anciano se mantiene tan obstinado *como* siempre en lo tocante al agua salada. No deja de incordiarne para que le refiera lo de mi naufragio y, aunque se lo habré contado más de diez veces, sigue sin creerme. «Señor», me dijo muy serio, una vez que tú ya te habías ido, «¿acaso ese amigo tuyo pretende convencerme de que puede sacarse algo de provecho de esa gran charca de Alejandría, cuando todo el mundo sabe que la fuente más fecunda de la región no da sino ranas y sanguijuelas?».

Mientras así hablaban, atrás dejaron el último prado, antes de adentrarse en un agradable y vasto páramo, salpicado de arbustos y matorrales, surcado por cañadas que, entre peñas, conducían a fértiles valles donde se asentaban haciendas y caseríos.

— Éstas son las tierras donde vamos a cazar — gritó Sinesio—. Tomémonos una hora de asueto y disfrutemos de tan noble arte. ¿En qué estaría pensando Homero cuando olvidó mencionarlo entre las empresas gloriosas dignas de héroes y hombres ilustres, mientras no le faltaron

palabras de elogio para el foro?

—¿El foro? —se extrañó Rafael—. Es el único sitio que conozco frecuentado sólo por rufianes.

—Rufianes y sinvergüenzas, amigo mío. Detesto la casta de los magistrados. Jamás me he topado con uno al que no haya puesto en ridículo. Siniestros amanerados que se echan a temblar en cuanto ven asar un venado, pensando en los peligros que habrá supuesto cazarlo. No hay hombres valerosos en estos tiempos, amigo mío, de éstos ya no quedan. Olvidémonos un rato de todo y de nosotros mismos.

—¿También de Hipatia y de la filosofía? —preguntó Rafael, con retintín.

—Lo único que me queda es combatir como un Heraclida y morir como un obispo, así que he dejado de lado la filosofía, menos a la docta Hipatia, la perfecta. Amigo mío, te aseguro que, a pesar de la miseria que me rodea, es un consuelo recordar que en un mundo tan corrompido como el nuestro haya sitio aún para un ser tan divino...

Ya se disponía a seguir ensalzando con entusiasmo a su ídolo, cuando Rafael apuntó:

—Me temo que nuestra común admiración por esa persona ya no es tal por mi parte. Últimamente, he empezado a dudar de ella casi tanto como de la filosofía.

—Pero no de su virtud...

—No, amigo mío, ni de su belleza, ni de su sabiduría. Pero sí de su capacidad para hacer de mí un hombre mejor. Admito que digas que es una victoria egoísta. ¡Pero qué buena planta tiene el caballo que montas!

—La tuvo, la tuvo... Ya está en las últimas, como su amo y la fortuna de su amo...

—Cosa que, desde luego, no puedes decir del potro con que me has honrado.

—¡El potro de mi pobre hijo...! Eres la primera persona que lo ha montado desde...

—¿Es de tu propia remonta? —insistió Rafael, por hablar de otra cosa.

—Un cruce del caballo blanco de Nicea que tuviste a bien mandarme y una de mis yeguas.

—Pues no está nada mal, aunque tiene trazas de la cabeza de toro y de los ijares de lebrél de vuestros caballos Africanos.

—Mejor que mejor, amigo mío. Han de tener buenos huesos, y mucho mucho aguante para un país tan agreste como éste. Tus delicados caballos de Nicea están muy bien para cabalgar unos cuantos minutos por las llanas arenas de Egipto. Aquí necesitamos caballos capaces de recorrer cuarenta millas diarias por terrenos tan pronto abruptos como poco accidentados, y que se conformen con un puñado de cardos por la noche. ¡Pobre! —exclamó,

al ver un jerbo que salió de unos matorrales que había a sus pies—. Me temo que, en estos tiempos tan duros, vas a acabar en la marmita de la sopa —y lanzando con destreza su largo látigo, el buen obispo atrapó las largas patas del animal, lo alzó hasta la altura de la silla de montar, y se lo entregó al mozo para que lo metiese en el morral—. ¡Mátalo, y que deje de chillar como un niño!

—¡Pobre bicho! —comentó Rafael—. ¿Acaso tenemos más derecho a comérmolo que él de devorarnos a nosotros?

—¿Cómo dices? ¡Que nos devore si puede! ¿Desde cuándo estás de parte de los maniqueos, si puede saberse?

—Nada has de temer por ese lado. Como te he dicho, desde la increíble conversión que en mí obró *Bran*, he empezado a respetar a los animales que, probablemente, son tan buenos como yo.

—En ese caso, mi querido Rafael, necesitas otra clase de conversión que te ayude a comprender lo que representa la dignidad del ser humano. Cuando eso ocurra, convendrás conmigo en que poco vale la vida de cualquiera de los animales que pueblan la faz de la tierra en comparación con la del más miserable de los seres humanos.

—Si los matásemos para comer, no diría nada. ¡Pero matarlos por diversión...!

—Amigo mío, recuerdo los tiempos en que era pagano y me enredaba en discusiones sobre la maldición de la higuera. Sin embargo, cuando comprendí que el hombre, que toda mi vida había considerado como uno más de entre los seres que pueblan la naturaleza, pertenecía a una raza que, en un principio, como podría hacerlo de nuevo, fue creada a semejanza de Dios, comencé a entender que, si bastaba una disertación para aprehender el alma del hombre, lo más normal era que todas las higueras de la tierra estuvieran malditas. Sin asomo de vergüenza, lo mismo afirmo ahora que cuando escribí aquel libro sobre el particular, mis queridos compañeros de cacería.

—Un libro precioso, por otra parte, aunque creo recodar que aún eras pagano cuando lo escribiste.

—En efecto; y me gustaba la caza de natural, por instinto. Ahora sé que puedo seguir mi inclinación para ser más fuerte, certero, valeroso y templado, estar más sano y tener más ganas de vivir. Así que..., pero ¿qué es eso? ¡Huellas de avestruz! —deteniéndose de inmediato, Sinesio comenzó a escudriñar el camino que llevaba a la cima de la colina—. ¡Atrás! —dijo, al cabo de un rato—. ¡Despacito y en silencio! Tumbaos sobre el pescuezo de las caballerías, como yo; de lo contrario, esos malditos cuellilargos nos verán. Debemos acercarnos hasta casi tocarlos con los dedos de la mano. Sé cuánto les gusta a los ejemplares más viejos la hierba que crece en esta ladera.

Hemos de rodear la colina. De lo contrario se darán cuenta de nuestra presencia, ¡y adiós! —y Sinesio y el mozo se pusieron a trote lento, asidos con un brazo y una pierna a los cuellos de sus caballerías, de un modo que en vano trató Rafael de imitar.

Tras dos o tres minutos en los que no se oyó ni el vuelo de una mosca, llegaron al pie de la colina. Sinesio se detuvo, echó un vistazo a su alrededor y, volviéndose a Rafael, con el rostro y las extremidades estremecidos de placer, alzó dos dedos para indicarle el número de aves.

— ¡Están lejos de nuestro alcance! ¡Sifax, suelta los perros!

Un minuto después, Rafael corría a todo galope colina abajo, mientras dos espléndidos avestruces, con las plumas al aire y los cuellos inclinados hasta casi tocar el suelo, movían las largas patas como centellas y emprendían la huida al advertir la presencia de los perros a una velocidad que ningún caballo normal habría soportado durante más de diez minutos.

— ¡Allá vamos! —gritó Sinesio, con los ojos llenos de lágrimas por la emoción... Mientras Rafael, sin acordarse de Victoria siquiera, encantado y feliz, cabalgaba a galope tendido entre peñas y matorrales, dunas y arroyos —. ¡Cuidado con esa torrentera seca! ¡Aguanta, viejo amigo! Dos minutos más tan sólo. No podrán correr tan deprisa con el viento en contra. ¡Así se hace! ¡Buen perro! ¡Casi lo atrapas! ¡A por ellos, amigo! ¡Que no escapen! ¡Dispersaos a izquierda y derecha, muchachos, y cortadles el paso!

Los avestruces, incapaces, como Sinesio había dicho, de correr tan deprisa con el viento de cara, se volvieron contra sus perseguidores y, batiendo el aire con las alas desplegadas, echaron a correr en sentido contrario a una velocidad aún más increíble que la que antes habían alcanzado.

— ¡Córtales el paso, Rafael, y dirígelos hacia esos arbustos! —gritó Sinesio, al tiempo que colocaba una flecha en el arco; como un felino, su bien entrenada montura se abalanzó sobre el animal, y Rafael, que no era muy ducho con el arco, alargó el látigo, atrapó al ave por el largo cuello y la derribó. A punto estaba de bajarse del caballo para asegurar la presa, cuando un grito de Sinesio le obligó a detenerse.

— ¡Estás loco? ¡Te abriría el pecho de una coz! ¡Deja que lo hagan los perros!

— ¡Dónde anda el otro? —preguntó Rafael, sin resuello.

— Donde tiene que estar. Llevo muchos meses sin errar un tiro.

— ¡Vaya, un digno rival del emperador Cómodo!

— ¡Eso crees? Una vez hice una prueba con una de esas flechas que ha inventado, ésas que terminan en una punta con forma de media luna, y conseguí decapitar limpiamente un par de avestruces. Pero, a caballo, se mueven tanto en la aljaba que..., son buenas sólo en el anfiteatro. ¿Qué es eso? —dijo de pronto, señalando una nube de polvo blanco que se divisaba

en el valle a una distancia de una milla más o menos—. ¿Una manada de antílopes? ¡Dios está hoy de nuestra parte! Vamos. Sea lo que sea, no tenemos tiempo que perder —y reagrupando sus menguados efectivos, se dirigió con rapidez hacia el fenómeno que tanto le había llamado la atención.

— ¡Antílopes! —exclamó uno de los hombres.

— ¡Caballos salvajes! —anunció otro a voces.

— ¡Yo diría que domados! —replicó Sinesio, enfurecido—. Acabo de ver el destello de unas armas.

— ¡Ausurianos! —gritaron los hombres, con rabia.

— ¿Estáis dispuestos a hacer lo que os diga, hijos mías?

— ¡Hasta la muerte! —respondieron todos.

— Lo sé. ¡Ojalá dispusiera de setecientos horribles como vosotros, como tenía Abraham! Entonces tendríamos ocasión de comprobar si, en cuestión de una semana, esos bribones no sufrían la misma suerte que las tropas de Codorlaomor, rey de Elam.

— ¡No sabes la suerte que tienes de poder confiar así en tus esclavos! —le comentó Rafael, mientras la partida se ponía al galope y los hombres se ajustaban los correajes y ponían las armas a punto.

— ¿Esclavos, dices? Si la ley me autoriza a vender un par de ellos porque aún no han aprendido a valerse por sí mismos, ésa es una circunstancia que tanto ellos como yo hemos olvidado hace mucho tiempo. ¡Sus padres envejecieron al servicio de mi padre, y quiera Dios que yo pueda decir lo mismo de ellos! Juntos comemos, trabajamos, salimos de caza, peleamos, nos reímos y también lloramos. ¡Que Dios nos ayude, puesto que defendemos lo que es nuestro! ¿Ya sabéis a qué enemigos vamos a enfrentarnos?

— Ausurianos, santidad. La misma partida que atacó Mirsinitis la semana pasada. Lo sé porque llevan los cascos que arrebataron a los marcomanos.

— ¿Y con quién pelean ahora?

Ninguno llegaba a verlo. Sin duda, estaban en plena refriega, pero habían dispersado a sus enemigos y corrían tras ellos.

— Lo de Mirsinitis estuvo bien planeado. Se presentaron cuando el pueblo cumplía con los ritos matutinos. Los soldados, como es natural, salieron por piernas a buscar refugio en las cavernas, y dejaron el asunto en manos de los curas.

— Si eran presbíteros de tu demarcación, seguro que estuvieron a la altura de su diocesano.

— ¡Ojalá mis curas, mis súbditos, me atrevería a decir, fueran como ésos! —contestó Sinesio sin dar muestras de fatiga, aun a galope tendido, como un auténtico hijo de la silla de montar—. Elevaron sus plegarias a Dios para que les concediese la victoria, se pusieron al frente de los campesinos y se enfrentaron a los moros en un angosto paso. Al ver la situación, se arredraron

un poco. Fausto, el diácono, les dirigió unas palabras de ánimo y, como el joven David, lanzó una piedra contra el jefe de los salteadores y le abrió la cabeza en dos, al más puro estilo de Homero, y venció a los ausurianos, blandiendo la espada de su cabecilla. Regresó más tarde y, al modo clásico, erigió un trofeo, como libertador del valle.

—Deberías nombrarle arcediano.

—Si pudiese hacerlo, les enviaría a él y a los suyos, con coronas de laurel, por toda la provincia para que los aclamasen en las plazas de mercado como hombres de Dios. ¿Con quién estarán peleando esos ausurianos? Si fueran campesinos, ya habrían acabado con ellos; si de soldados se tratara, hace tiempo que habrían puesto pies en polvorosa. Que una reyerta dure más de diez minutos es un portento en estos parajes. ¿Quiénes serán? Ahora alcanzo a verlos. Luchan con bravura. Menos dos, todos van a pie, y eso que no hay una cohorte de infantería en muchas millas a la redonda.

—¡Sé quiénes son! —gritó Rafael, espoleando su montura de inmediato—. Distinguiría esa armadura entre un millar. Hay una litera entre los dos bandos en contienda. ¡Adelante, amigos, y luchad con denuedo!

—¡Espacio! —le advirtió Sinesio—. Haz caso de un viejo soldado, quizá..., aunque me dé apuro reconocerlo, el mejor que queda en este mísero país. Bordeemos el barranco, y caigamos de improviso sobre esos bárbaros por el flanco. No se percatarán de nuestra presencia hasta que estemos a veinte pasos de ellos. ¡Todavía te quedan un par de cosas que aprender, Aben-Ezra!

Encantado ante la idea de entrar en combate, el gallardo obispo obligó a virar a su mermada tropa para, al cabo de cinco minutos, aparecer lanzando gritos estentóreos y una lluvia de flechas, precipitándose hacia el lugar donde la pelea era más encarnizada.

Todas las escaramuzas que libra la caballería guardan cierto parecido: estruendo de caballos, destellos de espadas desenvainadas, cinco minutos de confusión, y los hombres que no han sido derribados de la silla a rodillazos por sus propios compañeros o que no han cortado la cabeza a sus monturas en lugar de cercenar las del enemigo, sin saber cómo, se encuentran persiguiendo o siendo perseguidos, tras propinar, en el mejor de los casos, un buen tajo de cada diez cuchilladas. Incluso Rafael, tras varios intentos fallidos de acabar con unos cuantos moros, se encontró en una posición nada digna, con la cabeza rodeada de caballerías que pateaban como locas. Evitar una coz era exponerse a recibir otra de otro animal, así que, armándose de paciencia, optó por quedarse quieto, reflexionando sobre cómo sería la sensación de que le saltasen los sesos, hasta que, de repente, se esfumó el torbellino de patas de cuadrúpedo que lo rodeaba, y se encontró de rodillas y en posición poco airosa frente a los ollares de una mula que montaba muy erguido un hombre

alto y venerable, con vestiduras episcopales. En vez de echarse a reír, como el propio Rafael, el prelado alzó la mano con gesto solemne y le dio la bendición. Haciendo caso omiso de tales gestos de cortesía, el judío se puso en pie y, tras echar una ojeada a su alrededor, comprobó que los ausurianos huían al galope colina arriba y en grupos dispersos, mientras Sinesio, a su lado, limpiaba la espada manchada de sangre.

— ¿Habéis rescatado la litera? — fue lo primero que preguntó.

— A salvo está, como todos los demás. Te di por muerto cuando vi que te traspasaba una lanza.

— ¿Alanceado? Ni un rasguño, más sano que un cocodrilo —replicó Rafael, sin dejar de reír.

— En medio del barullo, seguro que ese bribón confundió el regatón con la moharra. Es lo que tienen las refriegas a caballo, que impera el desorden. Heriste a cintarazos a tres o cuatro de esos bribones.

— Eso explica que... — balbució Rafael —, tiempo atrás, pensase que era el mejor espadachín de la frontera armenia.

— Mucho me temo que, aparte de los moros, tenías la cabeza en otro lado — dijo Sinesio con retintín, señalando la litera; por primera vez en mucho tiempo, Rafael se sonrojó como un muchacho de quince años, antes de darse media vuelta y, altanero, montar el potro.

— ¡Qué necio era entonces!

— Más te valdría dar gracias a Dios, que no ha permitido el derramamiento de tu sangre — intervino el obispo desconocido, con voz pausada, diciendo lo que pensaba de forma tan delicada como clara—. Si Dios nos ha concedido la victoria, ¿por qué hemos de lamentarnos de que, aparte de nosotros, haya permitido que otras criaturas tuyas sigan con vida?

— Porque más serán a la hora de saquear, quemar y degollar — respondió Sinesio—. Mas no seré yo quién se meta en honduras con Agustín.

¡Agustín! Rafael clavó la mirada en el obispo: un hombre alto, de facciones delicadas y frente noble y estrecha, surcada, como sus mejillas, por las profundas arrugas que roturan la duda y los pesares; sus finos y apretados labios, sus ojos claros y serenos, eran señal de dulce, aunque indoblegable, firmeza. Pero la serenidad de su imponente aspecto se asemejaba a la calma de un volcán apagado, que habrá que aguardar siglos antes de que los surcos entre los ríos de lava petrificada se llenen de tierra productiva y queden cubiertos de hierba y de flores. Pronto se ocupó, sin embargo, el judío de otras cosas, al sentir el cálido abrazo que le dispensaban Mayórico y su hijo.

— ¡Te hemos atrapado, truhán — dijo el joven tribuno—, y esta vez no escaparás!

— Al revés — añadió su padre—. Hemos contraído una nueva deuda de gratitud con él, porque nos ha salvado la vida por segunda vez. Cuando

apareciste, nos encontrábamos en una situación desesperada.

—Siempre que hace acto de presencia sucede algo bueno, y eso que dice que es pájaro de mal agüero —continuó el más joven con cordialidad, mientras se ajustaba la coraza.

En el fondo, Rafael estaba encantado de que sus viejos amigos no estuviesen enojados por su caprichoso comportamiento, pero lo único que dijo fue:

—Os lo ruego, agradecédselo a otros porque, como de costumbre, yo me porté como un necio. Pero ¿qué os trae por aquí como dioses *ex machina*? Porque ésta es una de esas situaciones inesperadas que nadie se cree, ni siquiera en el teatro moderno.

—Nada de eso, amigo mío. Nos encontramos con Agustín en Berenice, cuando se disponía a venir a ver a Sinesio. Nosotros o, más bien, uno de nosotros, estaba convencido de que estarías en su casa, y nos decidimos a venir con el obispo, pues ninguno de los cobardes de la guarnición se atrevía a hacerlo.

—Uno de nosotros... —pensó Rafael—. ¿Quién habrá sido? —y sobreponiéndose a su amor propio, preguntó por Victoria, aparentando la mayor indiferencia del mundo.

—Ahí la tienes, en la litera —contestó su padre, con voz grave.

—No estará enferma...

—Bien no está, no sé si por consunción del impulso heroico cuando vio que, por fin, estábamos a salvo, o si ha sido un castigo de Dios... ¿Quién se atrevería a decir que no me lo merezco?... El caso es que está postrada, desde que te perdimos de vista en Berenice.

Poco se imaginaba el obtuso soldado el efecto que causaban sus palabras. Pero Rafael, en cuanto le oyó, sintió una punzada en el corazón, tan certera que no supo distinguir si era de alegría o de desesperación.

—Vamos, vamos Aben-Ezra —le reclamó la voz animosa de Sinesio—. De rodillas has recibido la bendición de Agustín, y hora es de que empieces a disfrutar de ella. Siendo filósofos los dos, no puedo sino presentaros. Santo padre, te suplico que derrames tu luz sobre este amigo, el más sabio y el más loco de los hombres que he conocido.

—Sólo el más necio —replicó Rafael—, pero no escucharé ningún razonamiento de Agustín hasta que no estemos a salvo y de vuelta en tu casa, no sin antes haber cazado lo suficiente para agasajar a tus nuevos huéspedes.

Dándose media vuelta, en silencio y triste, volvió junto a sus compañeros, que hablaban de los planes de Mayórico y sus soldados.

A pesar de todo, Rafael no tardó en escuchar con interés los comentarios de Agustín, que habló de la ruina y del mal gobierno de la Cirenaica con tanto conocimiento de causa y desenvoltura como si fuera un hombre de



mundo y, cuando los demás se quedaban sin palabras, siempre salía de su boca la certera puntualización que ponía las cosas en su sitio. Por consejo suyo, Mayórico se avino a que su tropa se uniese a ellos, con el argumento de que debían defender aquellos remotos confines del sur de la provincia durante un determinado período. Refrenó el ímpetu de Sinesio, alivió la desesperación del prefecto, apeló al honor y a la fe cristiana de los soldados, y siempre parecía tener la palabra más acertada para todo el mundo, de forma que, al cabo de un rato, Aben-Ezra olvidó la circunspección y solemnidad de sus modales y la pintoresca interpretación que hacía de los textos sagrados para ilustrar las opiniones que emitía. De entrada, parecía un hombre remilgado; pero los argumentos a los que recurría eran tan moderados y racionales que, poco a poco, Rafael empezó a darse cuenta de que su aparente pedantería no era sino consecuencia de un intento de buscar en todo asunto, incluso en los más vulgares, alguna traza del profundo y divino equilibrio que rige el bien y el mal.

—Mas no debéis olvidar, amigos míos —argumentó Mayórico, por fin—, el peligro al que os exponéis al dar asilo a unos rebeldes.

—El rey de reyes que ya ha perdonado tu rebelión, te ha castigado, de paso, con la pérdida de tus bienes y honores, al tiempo que te permite que sigas con vida en la ciudad que te presta refugio. Cosa tuya es ahora dar buena muestra de lo arrepentido que estás, y ninguna penitencia mejor que la que Juan, el bautista, impuso a los antiguos soldados: «No uséis de la violencia con nadie, y conformaos con vuestra soldada».

—En lo tocante a reyes y rebelión —añadió Sinesio—, son situaciones que aquí desconocemos, porque donde no hay rey, no puede haber insurrección. A nuestros ojos, todo aquel que quiera echamos una mano contra los ausurianos es hombre leal. En cuanto a nuestros objetivos políticos, éstos son bien sencillos, a saber, que el emperador nunca muere y que su nombre es Agamenón, el mismo que luchó en Troya, y de esto puede dar fe cualquiera de tus mozos tan razonablemente que hasta el mismo Agustín se daría por satisfecho, pues: «Si Agamenón fue el más grande y mejor de los reyes, y el emperador es el más grande y mejor de los reyes, no podemos sino concluir que Agamenón es el emperador, y viceversa».

—Eso habría sido correcto —puntualizó Agustín, con gesto afable pero serio—, si, aun a expensas de la lógica, alguno de los nuestros profesase esa misma opinión.

—O que —repuso Sinesio con prontitud— creyese como nosotros que el chambelán del emperador es un hábil anciano, tan calvo como yo, y de nombre Ulises, que, hace dos años, recibió como recompensa la prefectura de todas las tierras al norte del Mediterráneo para privar al Cíclope de su único ojo. Pero dejémonos de vaciedades. De sobra sabéis que no corréis riesgo

grave de ser denunciados ni de veros envueltos en intrigas palaciegas... La verdadera dificultad consiste en que os conforméis con obedecer a Agustín y que os deis por satisfechos con vuestra soldada, porque —añadió, en voz baja— ninguna habéis de percibir.

—Nos lo hemos buscado —dijo el joven tribuno—; pero los hombres tienen que satisfacer esa nadería que consiste en llenar el estómago...

—Y así será, en la medida que cacen tantos ciervos y avestruces como puedan. En cuanto a mí, no sólo no tengo nada, sino que me veo obligado a vivir como los lestrigones, comiendo carne y nada más, porque nos han robado o quemado las cosechas de cereal y grano en muchas millas a la redonda.

—*E nihilo nihil!* —«de la nada, nada se puede sacar», apuntó Agustín, sin saber qué decir, a lo que Rafael, como si despertase de un sueño, preguntó:

—¿Han partido ya las naves pentapolitanas cargadas de grano?

—No. Orestes las dejó en puerto cuando dio orden de que no zarpasen las suyas.

—En ese caso, el trigo ha ido a parar a manos de los judíos y, si ellos lo tienen, también yo. Dispongo de ciertos fondos colocados a interés en algunos puertos de mar que nos ayudarán a salir adelante durante uno o dos meses. Dadme una escolta mañana, que del trigo me encargo yo.

—Pero, amigo mío, piensa que no podré pagarte ni intereses ni el capital.

—Sea. Durante los últimos treinta años he derrochado el dinero en hacer el mal. No me vendrá mal gastar un poco en hacer el bien. A menos que nuestro santo hombre de Hipona no esté de acuerdo con que sea un infiel quien os proporcione tales mercedes...

—¿Quién de los tres está más cerca de Aquel que murió entre ladrones —replicó Agustín—, sino el que demostró misericordia? En verdad te digo, Rafael Aben-Ezra, que no andas lejos del reino de Dios.

—¿De qué Dios? —preguntó el judío, socarrón.

—Del Dios de tu padre Abraham, al que veneraremos esta noche si Él lo tiene a bien. Sinesio, ¿queda en pie alguna iglesia para celebrar los oficios vespertinos, donde pueda predicar a estos hijos míos?

—Hay unas ruinas de lo que, hasta hace un mes, era una iglesia —contestó Sinesio, apesadumbrado.

—Y que aún lo es. Igual que el hombre no llevó a Dios allí, tampoco ha podido alejarlo del lugar elegido.

Así, tras enviar dos partidas de caza para que, a derecha e izquierda, cobrasen cualquier animal que viesen y aprovisionarse así de suficientes piezas antes de que se hiciera de noche, partieron hacia la quinta de Sinesio, donde dejaron a Victoria al cuidado de la gobernanta del obispo, en tanto que la tropa se dirigió a la iglesia, mientras los criados de la casa, que no

entendían el rito en latín, se quedaban para cocinar la caza, aún caliente.

Mucho le sorprendió a Rafael en aquella ocasión, entre pilares ennegrecidos y cabrios derribados, escuchar el canto de los misinos y solemnes salmos de los hebreos que, al decir de los rabinos, se entonaban en el templo de Jerusalén... Las invocaciones, acciones de gracias y bendiciones, hasta el ritual, eran completamente hebreos, impregnados de las ideas y expresados con las palabras de sus ancestros. La sangre del hombre que había escrito la lectura del Libro de los Proverbios que, en aquel momento, leía en latín el diácono de Agustín, era la misma que corría por las venas de Aben-Ezra... ¿Se trataba de un engaño, de una farsa, o de verdad adoraban, como decían, al mismo Dios que había hablado cara a cara con sus antepasados, el creador del hombre, el aliado de Abraham, de Israel?

No tardó en empezar el sermón y, mientras Agustín permanecía orando ante el altar en ruinas y un rayo de luna penetraba a través del techo que se había venido abajo iluminando las arrugas de su cansado rostro, Rafael aguardaba impaciente a escuchar sus palabras. ¿Qué podría decirles aquel sutil dialéctico, aquel antiguo maestro de retórica entre los paganos, el refinado y docto estudioso, el célibe asceta y teósofo, a aquellos rudos soldados endurecidos en mil combates, tracios y marcomanos, galos y belgas, que esperaban sentados con gesto grave y serio? ¿Qué ideas o sensaciones podían tener en común Agustín y semejante asamblea?

Se persignó y, por fin, comenzó. El sermón versó sobre uno de los salmos que acababan de leer, un salmo de exaltación guerrera sobre Moab y Amalek y las antiguas guerras fronterizas en Palestina. ¿Qué se dispondría a decirles?

A pesar de la exquisita gracia de su entonación, de sus modales, de su lenguaje, de la concisión epigramática de sus frases, pareció empezar con desgana. Dedicó algunos minutos al inicio del salmo, se entretuvo en alegorías, extrajo significados que jamás se le habrían pasado por la cabeza al salmista y que, como bien sabía Rafael, no era lo que había escrito, porque su interpretación se apoyaba en una traducción sesgada. Hizo juegos de palabras a cuenta de la versión latina, desentrañando el significado de los vocablos hebreos con ayuda de etimologías latinas... A medida que se adentraba en el salmo, el sentido común de David se transformaba en sucesivas y místicas interpretaciones. De expresiones corrientes, derivaba los más increíbles y fantasiosos comentarios, alternándolos con abstrusos dogmas teosóficos. ¿Qué se había hecho de las enseñanzas que tanto renombre le habían dado al bueno del obispo? ¿Qué del respeto que decía guardar a las antiguas escrituras hebreas? Se refería al texto de David de forma tan tendenciosa como solía hacer Hipatia con los escritos de Homero, recurriendo a argumentos no menos lamentables que los contenidos en los antiguos textos de Filón, quien, de la vida de los viejos patriarcas y de las

memorables acciones de Moisés y Josué, extraía alegorías espirituales para mejor ilustrar las propias experiencias vitales de aquel teósofo apartado del mundo. De forma que Rafael a punto estuvo de ponerse en pie y abandonar la iglesia, sintiéndose tentado incluso de decir con sonrisa malévola: «Todos los hombres son unos mentirosos...».

¡Qué magnífica conclusión, en cambio! Nada de símiles fantásticos, sino una explicación plausible y en profundidad del funcionamiento del universo como símbolo del mundo espiritual e invisible. Sin apoyarse, como Hipatia tenía por costumbre, sólo en fenómenos sublimes o portentosos, sino en elementos de la vida cotidiana, como un perro, una marmita o la mujer de un pescador, con una sencillez digna del venerable Sócrates. ¡Qué hondura en su intento de acercarse a las personas...! Nada de arrebatos de oratoria, sino un dramático diálogo, cargado de preguntas, advertencias y hasta de censuras sobre todos y cada uno de los excesos más comunes entre la soldadesca..., presentados, no obstante, de forma tan genérica y universal que hasta el propio Rafael se estremeció, como le habría pasado a cualquier otro ser humano, ya fuera hombre o mujer, al escucharlos. Conociere o no la verdad que está por encima de todos, nadie se atrevería a poner en duda que estaba al tanto de las debilidades de las personas, tanto las suyas como las de quienes lo escuchaban. Estuviera o no en lo cierto, era un hombre de pies a cabeza. Lo que censuraba en otros, antes lo había pasado él y, hasta que llegase la hora de la muerte, se mantendría alerta y vigilante, como bien se encargaban de confirmar las arrugas que surcaban su rostro... Pero ¿por qué los edomitas, como resultado de un sencillo juego de palabras con el nombre de ese pueblo, eran la personificación de un pecado, los ammonitas otro, y otro los amalecitas? ¿Qué tenía eso que ver con el antiguo salmo? ¿Qué relación guardaba con quienes lo escuchaban? ¿Acaso no era la expresión más extravagante y rastrera de aquella pedantería mística, irreal y sutil que, tiempo atrás, le había llevado a abandonar el aula de Hipatia, para abrazar las enseñanzas de *Bran* sobre la forma práctica de afrontar la vida?

No... Poco a poco, a medida que las alusiones de Agustín se tornaban más directas y concretas, Rafael descubrió que en aquellas que al principio había tomado por alegorías arbitrarias, ya fueran verdaderas o falsas, su espíritu mostraba una coherencia real y sistemática. Los amalecitas, los pecados de cada cual, los salteadores y saqueadores ausurianos no eran para él sino diferentes manifestaciones del mal. Quienquiera que los ayudase, luchaba en contra del Dios de la justicia; quien les plantase cara, por contra, se situaba del lado de ese mismo Dios. Mas para alcanzar la victoria sobre los amalecitas que atacaban desde fuera era preciso derrotarlos antes desde dentro. ¿Cómo podían aquellos soldados vencer a la lujuria, a la codicia, si albergaban tales vicios en su alma? Aunque los combatiesen con la espada, ¿acaso no los

alentaban con su comportamiento? ¿No era en realidad una parodia, una hipocresía? ¿Cómo se atrevían a pensar que Dios bendeciría sus acciones? ¿Cómo iban a restaurar la unidad y la paz en su territorio, si estaban desgarrados en su j interior? ¿Qué otra explicación había para el desamparo de la ciudadanía y la necesidad de la milicia, sino la dejadez y la debilidad que habitaba en su interior? Eran débiles contra los moros, porque no menor era la flaqueza que demostraban frente a enemigos mucho peores. ¿Cómo se les ocurría salir a pelear en nombre de Dios, si en lo hondo de su corazón renegaban de Él? Dios no velaría por sus ejércitos, porque no se reconocía en ellos. Porque Dios, que es espíritu, debería morar en sus almas... Sólo entonces escucharían la voz de un rey salido de dentro de ellos mismos, y cada hombre sería capaz de acabar con un millar... De lo contrario, si tanto el pueblo como la tropa exigían más castigos y humillaciones, ¿qué más daba que fueran castigados y, a su vez, humillados? ¿Qué importaba que se vieran confundidos, si de ese modo llegaban a conocer el nombre de Dios, el único que era la Verdad, la Luz y la Vida? ¿Y qué, si morían? Una vez vencidos los enemigos interiores, poco debía importarles que los exteriores prevaleciesen en un momento dado, pues ya recibirían su merecido cuando llegase la resurrección de los justos y Dios exhibiese su triunfo sobre la muerte. Entonces se vería quiénes eran los que realmente habían salido victoriosos a los ojos del Dios justo, si ellos, ministros de ese Dios y defensores de la paz y la justicia, o los ausurianos, enemigos declarados de tan excelsos principios... Llegado a este punto, y añadiendo una sutil pizca de imaginación, tuvo palabras de compasión y esperanza para todos, incluso para los despiadados saqueadores moros. No les vendría mal el éxito que acabarían por alcanzar, pues aprenderían de los cautivos cristianos, purificados en la aflicción, verdades que éstos habían olvidado cuando las cosas les iban bien. Del mismo modo que les sería útil, igual que a los cristianos, verse derrotados y arrastrados como barcia al viento, a fin de que también ellos conociesen su nombre... A pesar de todo, por medio de alegorías e interpretaciones estridentes, Agustín prosiguió deduciendo de los salmos, con referencias tanto al pasado como al futuro, la afirmación de un Dios Vivo y Presente, eterno enemigo de la discordia, de la injusticia y del mal, dispensador de favores y salvador de aquellos que se ven esclavizados y oprimidos, física o espiritualmente, por su causa... Eso era lo que más sorprendía a Rafael... No se parecía a ninguna de las disertaciones, platónicas o judías, que había escuchado hasta entonces. Más extrañado aún se sentía, sin embargo, por la sorprendente concordancia entre aquéllas y ésta, a la vista del placer instintivo que le procuraba la constatación de que este discurso parecía ensamblar y dar la razón a los anteriores, mediante el talismán de una sola idea, que si bien los prejuicios judaicos no le impedían ver, sí le prohibían

darla por buena. Cualquiera que fuera la ofensa que representase para el pueblo judío, por mucho que tardase en darse cuenta de que Agustín estaba elaborando un sistema práctico y juicioso sobre una burda mentira, no pudo por menos que observar, al principio con envidia y más tarde con placer, los rostros de aquellos soldados, que habían pasado de escucharle atentamente a adoptar una decisión firme y solemne.

«¿Qué es esta maravilla —pensó Rafael para sus adentros—, cómo es posible? Les ha hablado a estos animales sanguinarios como si de sabios y santos se tratase, y les ha asegurado que Dios está tan de su lado como de parte de los profetas y los salmistas... Me pregunto si, a pesar de sus encantos, Hipatia les habría llegado tan dentro».

Cuando concluida tan insólita reflexión, Rafael se puso en pie, se sintió más heredero del pueblo hebreo de lo que nunca se había sentido desde que, sentado en las rodillas de su nodriza, la buena mujer le entretenía con leyendas sobre Salomón y la reina de Saba. ¿Y si al fin y al cabo Agustín tuviera razón? ¿Y si el antiguo Jehová no fuera sólo el protector de la estirpe de los hijos de Abraham, como decían los rabinos, ni siquiera la Divina Sabiduría, como afirmaba Filón, que había inspirado a unos cuantos sabios, incluso entre los paganos, sino el Señor de toda la tierra y de todas las naciones que la poblaban? De repente, por primera vez en su vida, se le vinieron a la mente pasajes de salmistas y profetas que no otra cosa parecían aseverar. ¿Qué otro significado podía tener si no el Libro de Daniel y la historia de Nabucodonosor? Hacía mucho que su actitud filosófica le había advertido del mayúsculo error que representaba la idea rabínica que describía al conquistador babilónico como un fiel adorador de Tofet, un enemigo del pueblo hebreo tan encarnizado como Senaquerib, su antecesor. Hacía mucho que, para sus adentros, admiraba la excelsa humanidad de aquel rey, más compasivo a sus ojos que Alejandro o Julio César... ¿Y si Agustín le hubiese dado pie a justificar la admiración que sentía por aquel monarca? Es más, ¿y si Agustín tuviera razón al pretender ir más allá de donde habían llegado Filón o la propia Hipatia? ¿Y si Jehová, llamémoslo Sabiduría, Logos o como convengamos, fuera el Dios de todos los espíritus así como de todos los seres vivos? ¿Y si estuviese tan cerca, como Agustín sostenía, del corazón de aquellos feroces marcomanos, galos y tracios como del corazón del obispo de Hipona? ¿Y si tratase de dirigirse, como Agustín decía, a las almas de los más pobres, de los más ignorantes y pecadores? ¿Y si amase al hombre como tal, y no sólo a un pueblo elegido, no sólo a determinados espíritus...? Considerada a la luz de esta hipótesis, la increíble historia de la Cruz y el Calvario no parecía tan inverosímil... En ese caso, el celibato y el ascetismo, tan extraños al hombre como eran, ¿qué tenían que ver con la teoría de un Dios humano?

Eran tantas las preguntas que lo asediaban que Rafael no lamentó que la cuestión no se abordase durante la velada de aquel día en la sala común de la casa de Sinesio. Con la franqueza del soldado, sin andarse por las ramas, Mayórico se las compuso para dejar a Rafael y a Agustín mano a mano; el judío trató de restar solemnidad al encuentro e hizo un comentario despectivo a propósito de cierta falacia que, en su opinión, se le habría escapado al obispo. No tardó en descubrir lo difícil que era sorprender en un renuncio a tan serio y circunspecto lógico y a punto estuvo de perder la compostura, señal quizá del escéptico que trata de volver al buen camino, y antes de lo que pensaba se vio inmerso en una diatriba en la que Sinesio le apoyaba, probablemente por el mero placer de participar en un enfrentamiento dialéctico, mientras Mayórico le contrariaba cada vez más por la implícita fe dogmática con que daba por zanjada cada cuestión, hasta el punto que el propio Agustín tuvo que acudir en su ayuda para ponerlo a salvo de sus amigos, planteándole una dificultad que lo apartó y mucho del resto de los contertulios, que continuaron disertando hasta que el sol brilló en lo alto, momento en que la desolación que contemplaron a su alrededor bastó para recordar a ambos bandos en disputa que debían echar mano de armas más reales y continuar la guerra con más brío.

Mientras recurría a todos los resortes de su saber y de su ciencia con la maliciosa y secreta esperanza de confundir al sabio de Hipona, y se olvidaba de la tierra y hasta del cielo por el placer de la discusión que mantenía con sus adversarios, lejos estaba Rafael Aben-Ezra de imaginar que, en un aposento contiguo, postrada en el suelo, con el rostro cubierto por sus enortijados cabellos en desorden, yacía Victoria, que había pasado la noche rezando por él y derramando amargas lágrimas, tratando en vano de comprender el sentido de aquellas palabras de las que dependían sus esperanzas, su felicidad. Hasta qué punto era cierto lo que sentía, que ni ella misma se había atrevido a reconocerlo, se lo había confesado a aquel Hijo del Hombre al que dirigía sus plegarias, como si fuera el único Ser que, con más ternura y comprensión que un hermano, un padre, o incluso una madre, pudiera entender sus virginales arrobos y los pesares que, como doncella, la afligían.

## CAPÍTULO XXII.

### Pandemonio

¿QUÉ HABÍA SIDO DEL POBRE FILAMÓN durante toda la semana?

Al ver cómo se frustraban y se venían abajo las esperanzas y los proyectos que había acariciado, durante los dos primeros días de encierro bramó con rabia, juró y maldijo, como fiera enjaulada. Rompió los barrotes del calabozo; se arrastró por el suelo dando gritos. En vano llamó a Hipatia, a Pelagia, a Arsenio..., a todo el mundo menos a Dios. No se atrevía a rezar ni podía hacerlo. ¿A quién dirigir sus plegarias? ¿A las estrellas, al abismo, a la eternidad...?

Como en cierta ocasión apuntase Agustín con un deje de amargura, refiriéndose a sus tutores maniqueos, Hipatia lo había alejado del Dios vivo y, en su lugar, te había dejado en compañía de los cuatro elementos... En su extravío y desesperación, suplicaba a los guardianes y carceleros de la galería, implorándoles socorro como hermanos, padres y hombres que eran. Conmovidos tanto por su angustia como por su irresistible hermosura, los rudos tracios, que de sobra conocían el carácter de quien los mandaba para aceptar sin dificultad que se trataba de una víctima inocente, prestaron atención a sus súplicas y le hicieron algunas preguntas. Cuando, por fin, se mostraron dispuestos a echarle una mano y le pidieron que les refiriese lo que había pasado, el pobre chico no despegó la lengua del paladar. ¿Cómo iba a divulgar la vergonzosa conducta de su hermana? ¡Y eso que ella estaba dispuesta a hacerlo en público! En lugar de explicarles la situación, comenzó a inventarse nuevas quejas y sufrimientos, de forma que dieron en pensar que estaba loco y, hartos de tanta violencia, a fuerza de golpes y maldiciones le obligaron a mantenerse en silencio. Así pasó la semana, sumido en una muda y turbadora desesperación, a punto de caer en la idiocia. Para él, ninguna diferencia había entre la noche y el día. No probaba la comida que le pasaban a través de la rejilla; a tal punto llegaba el agotamiento físico y mental que padecía que, hora tras hora y día tras día, permanecía sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos, en un estado casi letárgico. ¿Qué más



le daba moverse, comer, seguir con vida? Sólo un propósito lo guiaba en este mundo, y éste quedaba fuera de su alcance.

Hasta que un día la puerta del calabozo giró sobre sus goznes.

— ¡Arriba, joven loco! — gritó una voz malhumorada—. ¡En pie, y da gracias a los dioses y a la bondad, por decir algo, de nuestro prefecto! Hoy ha decidido poner en libertad a todos los presos. Me imagino que un apuesto muchacho como tú no ha de ser menos libre que esos feos bribones para hacer lo que le venga en gana.

Filamón se quedó mirando al carcelero, como si sólo a medias comprendiera lo que el hombre le decía.

— ¿No me has oído? — gritó el guardián, al tiempo que soltaba un juramento—. ¡Eres libre! Sal de ahí, o cierro la puerta de nuevo y quién sabe cuándo volveré a abrirla.

— ¿Bailó la danza de Venus Anadiómena?

— ¿A quién te refieres?

— A Pelagia, a mi hermana.

— ¡Sólo el cielo sabe qué no habrá bailado en sus buenos tiempos! Dicen que hoy se dispone a hacerlo de nuevo. Pronto, sal de ahí, o no llegaré a tiempo para los juegos. Empiezan dentro de una hora. Hoy es gratis para todo el mundo, rufianes y hombres de bien, cristianos y gentiles. ¡Maldito muchacho, sigue igual de loco!

Filamón parecía estarlo, en efecto: de repente, se puso en pie de un salto, dejó a sus espaldas al carcelero, tras mandarlo al pasillo de un empujón, abandonó a toda prisa la cárcel mezclado con los otros malhechores que salían en libertad y echó a correr hasta su casa; de allí, se fue a los baños y, de las termas, al teatro. Sin miramiento alguno y sin saber por qué, se dirigió a buscar un sitio entre las bancadas más bajas para sentarse lo más cerca posible del espectáculo que tanto miedo le daba y del que abominaba.

Quiso el destino que el corredor por el que entró al recinto no quedase lejos del palco de honor reservado al prefecto, donde ya estaba Orestes, luciendo las galas propias de su cargo y, a su lado, para sorpresa y horror del muchacho, la mismísima Hipatia.

Más hermosa que nunca, su frente, como la de Juno, resplandecía con una magnífica diadema cuajada de piedras preciosas; ataviada con una túnica blanca al estilo jónico, sólo a medias cubierta con un velo de gasa carmesí, allí estaba la vestal, la filósofa. ¿Qué pintaba ella allí? Los ardientes ojos del joven, demasiado acostumbrados a distinguir las luces de las sombras que, en el rostro de Hipatia, no eran sino el reflejo de su estado de ánimo, no tardaron en reparar en el gesto apagado y alicaído de su maestra. Su mirada revelaba repulsión, casi la aterrorizada firmeza de una mártir, aun sin llegar a tanto porque, cuando Orestes volvió la cabeza al oír el escándalo que había

provocado la impetuosa entrada de Filamón e, irritado al advertir la presencia del joven, le indicó que se retirase, Hipatia se volvió a su vez y, al encontrarse con la mirada de su discípulo, se sonrojó como la grana, se puso en pie y pareció dispuesta a ordenarle que se marchara. Recapacitó un instante, susurró unas palabras al oído de Orestes, que bastaron para tranquilizar al prefecto, y se dominó o, más bien, se refugió de nuevo en su asiento, como quien se resigna a pasar un mal trago.

Unos jóvenes que se lo estaban pasando en grande, condiscípulos de Filamón, le hicieron señas para que se uniese al grupo y lo recibieron con grandes risotadas. Antes de que se diese cuenta de dónde estaba, se abrió el telón y empezaron los juegos.

En el escenario, un fondo de montañas del desierto; en el centro de la escena, delante de unas cuantas chozas y apretujados, los negros prisioneros libios, unos cincuenta entre hombres, mujeres y niños, ataviados con plumas de colores y toscas pretinas con borlas de cuero, blandiendo lanzas y escudos, mirando como niños a todas partes, con ojos de susto y asombro, el sorprendente espectáculo que se abría ante ellos.

En el proscenio, un montón de almenas cubiertas de zarzas; en la parte baja del escenario habían pintado unas a modo de peñas para recrear la ilusión de una aldea perdida en los montes de Libia.

En medio de un sepulcral silencio, se adelantó un heraldo y anunció que aquellos hombres eran prisioneros que se habían alzado en armas contra el Senado y el pueblo de Roma y, como tales, reos de muerte. Pero el prefecto, compasivo en extremo y deseoso de ofrecer la mayor diversión posible a los leales y serviciales ciudadanos de Alejandría, en vez de arrojarlos a las fieras, había decidido que peleasen por sus vidas y había prometido el perdón a quienes salieran con vida, si luchaban con arrojo.

Cuando se les tradujeron las palabras del heraldo, aquellos pobres desdichados se pusieron a gritar como locos de alegría, blandiendo lanzas y escudos con fiereza.

Poco les duró el alborozo. Las trompetas dieron la señal de iniciar el ataque y una tropa de gladiadores, igual en número a los salvajes, salió por uno de los grandes pasadizos laterales, realizó el saludo de respeto al público, que prorrumpió en aplausos, y, tras colocar las escalas que llevaban en la parte delantera de la escena, subieron dispuestos para el combate.

Los libios pelearon como tigres. Desde el principio, sin embargo, Hipatia y Filamón cayeron en la cuenta de que vacua era la promesa de dejarlos con vida si sobrevivían. De nada les valían las lanzas de juguete y las extremidades al aire frente a las recias espadas y el completo pertrecho de los brutales asaltantes, que poco caso hacían de los golpes y testarazos que recibían en la cabeza o en la cara, protegidos por yelmos con visores como

iban. Con todo, era tal el coraje que animaba a los libios que hasta en dos ocasiones les obligaron a retroceder y echaron abajo las escalas, y más de un gladiador cayó a la arena entre estertores de muerte.

Entonces se despertó el demonio que dormitaba en los corazones de la embrutecida multitud. En todas las bancadas del vasto recinto semicircular, comenzaron a oírse gritos de salvaje satisfacción o de feroz desconsuelo tras cada embestida o cada golpe asestado y frustrado. Con horror y sorpresa, Filamón tuvo ocasión de comprobar que ni el lujo, ni el refinamiento de las costumbres, ni la propia cultura filosófica bastaban para acabar con la peste que provocaba semejante sed de sangre. Hermosas y delicadas damas que, tan sólo unos días antes, asistían arrobadas a las etéreas explicaciones de Hipatia y otras que recordaba haber visto en iglesias cristianas daban botes en sus asientos, agitaban manos y pañuelos y aplaudían y daban ánimos a los gladiadores. No había duda de qué lado se inclinaba el favor del público. Con insultos, burlas, aplausos y ruegos urgían a aquellos rufianes reclutados por dinero a que concluyesen su sangriento cometido. Ni una voz que intercediera por los desdichados prisioneros, que sólo eran objeto del desprecio, el odio y el irrefrenable deseo de sangre que refulgía en millares de ojos despiadados. Desalentados, perdida toda esperanza, los libios, uno a uno, flaqueaban y caían, y un grito de alegría recibió a los gladiadores cuando, coronadas las almenas, subieron al escenario y pisaron las tablas. Los pobres negros trataron de escapar; en vano buscaron una salida...

Entonces, comenzó la carnicería... Unos cincuenta hombres, mujeres y niños se agolpaban en tan reducido espacio... Hipatia, sin embargo, aguantó impasible. ¿Por qué habría de inmutarse? ¿Qué eran cincuenta personas en comparación con los miles que, durante siglos, año tras año, habían padecido esa y peores muertes, en los anfiteatros de un imperio cuya fe estaba decidida a restablecer? No era sino una pieza más del engranaje, y tenía que soportarlo.

Lo que no significaba que no lo sintiese. Mujer, al fin y al cabo, dotada de una sensibilidad muy superior a la que animaba a la multitud exaltada, su corazón no era ajeno a la punzante compasión que sentía. En más de una ocasión trató de reclamar piedad para una mujer que chillaba o para un niño que se revolvía pero, antes de llegar a despegar los labios, el golpe fatal ya había sido asestado o la desdichada víctima había desaparecido en el desconcertante y confuso ir y venir de degolladores y degollados. Si había permitido que aquello comenzase, tenía que aguantar hasta el final... Después de todo y en comparación con la reinstauración de una forma de ver el mundo, ¿qué más daba la vida de aquellos semisalvajes que retornaban antes de su hora a la tierra de la que habían salido?... Unos minutos más y todo, también los negros que se retorcían de dolor, habría concluido, y se

correría el telón... Entonces sería el momento de Venus Anadiómena, del arte; el momento de disfrutar de la paz, de la belleza y sabiduría armoniosas del antiguo arte griego, capaz de calmar y civilizar los corazones, infundiéndoles la devoción a los mitos inmortales, a las inmortales deidades que habían servido de inspiración a sus antepasados en los gloriosos días de la antigüedad... Pero allí estaban los negros retorciéndose. Hipatia miró arriba, abajo, a todas partes a su alrededor con tal de no contemplar semejante espectáculo, hasta que se encontró con los ojos de Filamón que, con horror y disgusto, la observaban... Avergonzada, notó que se le encogía el corazón; sonrojada, se inclinó hacia Orestes y le gritó:

— ¡Apiádate! ¡Perdona a los que aún siguen con vida!

— ¡No me pidas eso, hermosa vestal! La plebe ha probado el sabor de la sangre y ha de quedar saciada o, de lo contrario, se revolverá contra nosotros. Nada tan peligroso como tratar de tranquilizar a una bestia, ya sea caballo, perro, hombre, cuando está fuera de sí. ¡Mira; ahí va un fugitivo, y cómo corre el bribón!

Así era; mientras hablaba, un muchacho, el único superviviente, seguido por un perro de mala muerte, había saltado del escenario, atravesaba el proscenio y se dirigía al palco.

— Si llega hasta aquí — dijo Orestes —, tuyo será ese joven.

Hipatia contuvo la respiración. El chico acababa de llegar al altar, situado en el centro de la arena, cuando reparó en el gladiador que le seguía de cerca. Ya el rufián había alzado el brazo para descargar el mortífero golpe cuando, para asombro del público, muchacho y perro comenzaron a ladrar con arrojo y, abalanzándose contra el gladiador, entre los dos lo derribaron. Fue un triunfo momentáneo. Las manos alzadas y el grito de «¡Suéltalo!» llegaron demasiado tarde. Aun en el suelo, el gladiador hundió la espada en el enclenque cuerpo del muchacho y, poniéndose en pie como si nada hubiera pasado, se dirigió hacia uno de los corredores laterales, mientras el pobre perro se quedaba junto al cadáver, lamiéndole las manos y la cara, y por todo el edificio resonaban sus aullidos de dolor. Hicieron su aparición los esclavos, que, con garfios, se llevaron los cadáveres de allí, dejando grandes rastros de sangre en la arena. El perro los siguió hasta los pasadizos que llevaban al espoliario, donde, al cabo de un rato, dejaron de oírse sus aullidos.

Filamón se sintió mal, mareado; a punto estuvo de irse. Pero ¿y Pelagia?... No, tenía que quedarse y asistir a lo peor, si es que había algo peor que lo que acababa de ver. Echó un vistazo a su alrededor. Tan tranquila, la plebe bebía y comía bollos, haciendo elogiosos comentarios en cuanto a la belleza del telón que acababa de cerrarse para ocultar el escenario a los ojos de los espectadores, y que representaba el rapto de Europa por el toro a través del Bósforo, mientras Nereidas y Tritones retozaban a su lado.

Por detrás del telón, sonó una flauta sola que interpretaba una dulce melodía, unas notas apagadas y distantes, que parecían proceder de lejanos valles y bosques. De los pasadizos laterales, salieron las tres Gracias, conducidas por Pitho, diosa de la persuasión, con un bastón de heraldo en la mano. Se adelantó hasta el altar, en el centro de la arena, e informó a los espectadores de que, como Ares no podía estar presente porque se había requerido su concurso en una importante expedición militar, en la que se decidiría no sólo el destino de la tiara imperial de Roma, sino la libertad, la prosperidad y la supremacía de Egipto y Alejandría, Afrodita había regresado al hogar conyugal, dispuesta a someterse en adelante a los deseos de su esposo, Hefesto; y dado que éste, como dios de los artesanos, se desvivía por el bienestar de la ciudad de Alejandría, taller del mundo, como muestra de especial favor, había conseguido que su bella esposa mostrase en ocasión tan señalada sus encantos a la plebe, y que, sólo con la muda poesía del movimiento, representase para ellos las emociones que, en el momento de nacer entre las olas del mar, había sentido al contemplar por vez primera los hermosos dominios del cielo y la tierra, de los que era reina indiscutible.

El anuncio fue recibido con entusiastas aplausos mientras, por el lado opuesto, cojeando y renqueante, martillo y tenazas al hombro, aparecía el dios, seguido de una cuadrilla de gigantescos Cíclopes, que llevaban a cuestas varias piezas de metal dorado.

Entre las carcajadas de los asistentes, Hefesto, el encargado de interpretar el personaje cómico de tan grandioso espectáculo teatral, dio un paso adelante con estudiada grosería; observó el altar con desdén y desprecio, levantó su poderoso martillo, lo hizo añicos de un solo golpe y ordenó a sus sirvientes que retirasen los fragmentos y erigiesen otro más acorde con su augusta esposa.

Con destreza admirable, dispusieron y ensamblaron las piezas de metal dorado, formando un friso de ramas de coral, con delfines, Nereidas y Tritones intercalados. Cuatro gigantescos Cíclopes se adelantaron entonces, llevando a duras penas la carga de una plancha circular de mármol verde, tan pulido como un espejo, y la colocaron sobre el friso. Las Gracias adornaron el perímetro con guirnaldas de algas marinas, conchas y coralinas hasta completar el remedo marineró.

Pitho y las Gracias se retiraron unos pasos y se unieron a los Cíclopes, cuyas extremidades, sucias y ennegrecidas, aparte de las espantosas máscaras de un solo ojo, realzaban los delicados semblantes y los encantos de las hermosas doncellas. Mientras, Hefesto no apartaba los ojos del telón, como si, impaciente, aguardase la aparición de la diosa.

Al oír que las flautas sonaban más fuerte y más cercanas, todo el mundo se puso a la expectativa; trompas y címbalos se unieron a la melodía y, a los

armónicos estrépitos de una marcha triunfal, se descorrió el telón y un grito irrefrenable de placer brotó de diez mil gargantas.

En el escenario, un suntuoso templo medio oculto tras un bosque artificial de árboles y arbustos de los trópicos. Faunos y Dríades retozaban y reían entre la maleza; vistosas aves, sujetas por hilos invisibles, revoloteaban y gorjeaban entre las ramas. En el centro, bordeada de palmeras, una pasarela recorría la distancia que separaba las puertas del templo del proscenio donde, en un abrir y cerrar de ojos, los matorrales del espectáculo anterior se habían sustituido por una anchurosa pendiente cubierta de delicada hierba que descendía hasta el altar, adornada con mirtos, rosales, manzanos, amapolas y jacintos de color carmesí, flores teñidas con la sangre de Adonis.

Las puertas de doble hoja del templo se abrieron lentamente; del interior llegaba el estrépito de los instrumentos y, encabezada por los músicos, comenzó la marcha en honor de Afrodita. Enfilaron la pendiente de hierba y se colocaron delante del escenario.

Por ella bajó un espléndido carro, tirado por bueyes blancos, cargado con los más raros, vistosos y exóticos frutos y flores, que unas muchachas, vestidas de Horas y de Estaciones para la ocasión, esparcían por donde había de pasar el desfile y repartían entre los espectadores.

A continuación, una larga fila de hermosos mancebos y muchachas, de dos en dos, ataviados con guirnaldas y gasas de color púrpura. Cada pareja llevaba un par de animales salvajes, cautivos en manos del poder irresistible de la Belleza.

En las muñecas de los actores, destacaban las aves especialmente consagradas a la diosa: palomas y gorriones, torcecuellos y golondrinas; tras ellos, un par de gigantescas tortugas de la India, cabalgadas por dos hermosas ninfas, prueba de que Orestes había tenido en cuenta al menos uno de los deseos que había formulado su prometida.

Venían a continuación aves raras traídas de la India, periquitos, pavos reales, faisanes dorados y plateados, avutardas y avestruces, estos últimos montados por pequeños Cupidos que los guiaban con dorados arreos, seguidos de gacelas y antílopes, alces de más allá del Danubio, cameros de cuatro cuernos de las islas del Océano Hiperbóreo, y un curioso híbrido de los montes de Libia que todo el mundo estimó que era mitad toro, mitad caballo. Un murmullo de agradecida prevención recorrió las bancadas cuando aparecieron, amansados con narcóticos para la ocasión, osos y leopardos, leones y tigres, amarrados con gruesas cadenas de oro que, tranquilos y sumisos, bajaban por el terraplén, siguiendo las indicaciones de unas hermosas amazonas; tras ellos, las enormes moles de un par de rinocerontes de dos cuernos, traídos de las distantes regiones del sur, sobre los que sobresalían los largos y esbeltos pescuezos y los enormes y dulces

ojos de un par de jirafas, como no se habían vuelto a ver en Alejandría desde hacía más de cincuenta años.

Se oyeron gritos de «¡larga vida a Orestes! ¡Salud al ilustre prefecto, por sus granosas bondades!». Mientras una o dos voces surgidas de entre la multitud y pagadas de antemano proclamaban: «¡Salve, Orestes! ¡Salve, emperador de África!». Nadie respondió.

—La rosa aún no despunta —le dijo Orestes a Hipatia, con forzada sonrisa. Puesto en pie, saludó y se inclinó ante la multitud, que guardó silencio; a continuación, tras una breve y teatral exhibición de exagerados gestos de gratitud y humildad, señaló ufano a la pasarela y, bajo la umbría arcada de palmeras, apareció la maravilla del día: los grandes colmillos y la enorme trompa del elefante blanco.

¡Allí estaba, por fin! ¡No cabía la menor duda! Un elefante de verdad, pero tan blanco como la nieve. ¡Allí estaba, por primera y única vez en su historia, lo nunca visto en Alejandría!

—¡Tres veces venturosos sois, hombres de Macedonia! —gritó alguien desde lo alto—. ¡Los dioses os colman de bondades en este día!

Las bocas y los ojos de los asistentes expresaron su asentimiento, dilatándose cada vez más para disfrutar de tan irrepetible y fastuoso espectáculo.

El elefante avanzó con majestuoso porte, mientras el teatro entero temblaba al ritmo de sus pesados pasos y, aterrorizados, Faunos y Dríades huían en desbandada. Con las manos entrelazadas, un coro de ninfas cantaba y bailaba al poder irresistible de la Belleza, que amansa a animales, hombres y divinidades. Alegres bandadas de pequeños y alados Cupidos se dispersaron entre los espectadores, repartiendo perfumadas golosinas, lanzando flechas de fragante madera de sándalo y agitando pebeteros que impregnaron el aire de embriagadores aromas.

El cortejo bajó por el terraplén, y el elefante se acercó a los espectadores; llevaba los colmillos engalanados con rosas y mirtos; de sus orejas colgaban unos magníficos pendientes, y entre los ojos, una diadema cuajada de piedras preciosas; representando a Eros; sobre su testuz, un hermoso niño alado lo guiaba con la punta de una Hecha dorada. Pero ¿qué precioso objeto contenía el palanquín que, revestido de conchas marinas, llevaba en el lomo? ¿La diosa? ¿Pelagia Afrodita?

En efecto. Más blanca que el elefante, que superaba a la nieve en blancura; tan sonrosada como la concha en la que, reclinada, yacía entre almohadones de color carmesí y gasas plateadas, allí iba la diosa, resplandeciente, encandilando los corazones de los asistentes con encantadoras sonrisas, sus ojos chispeantes, haciendo gráciles gestos con su diminuta mano. Todo el teatro se puso en pie, y diez mil pares de ojos fijaron su atención en la

incomparable belleza que tenían ante sí.

Dos veces recorrió el cortejo el perímetro semicircular del recinto hasta acabar al pie del terraplén donde, junto al grupo central, que rodeaba a Hefesto, se desperdigó a derecha e izquierda de la parte delantera del escenario. Por los pasadizos laterales, desaparecieron los leones y los tigres; los mancebos y las doncellas, mezclados en grupos con los animales más mansos, formaron en disminución desde el centro hasta los extremos, aguardando expectantes a que el elefante diese un paso adelante y doblase la rodilla tras la plancha circular que debía ocupar la diosa.

Las valvas de la concha marina se cerraron. Las Gracias desataron los aparejos del carro; el elefante alzó la trompa y, guiado por las manos de las jóvenes, sujetó la concha, la levantó en el aire y la depositó en las gradas situadas en la parte posterior de la plancha de mármol.

Cojeando, se adelantó Hefesto, quien, con groseros ademanes, dio muestras evidentes del placer que sentía al ofrecer semejante espectáculo a sus fieles artesanos de Alejandría, preparándolos para las inefables delicias que les depararía la mística danza de la diosa. Se retiró, dando paso a las Gracias, que se acercaron a la parte delantera de la plancha circular y, tomadas del brazo, entonaron el canto de invocación que había compuesto Hipatia.

Al concluir la primera estrofa, las valvas de la concha marina se abrieron de nuevo, y se vio a Afrodita apoyada sobre una rodilla. Alzó la cabeza, y contempló a su alrededor el vasto semicírculo de asientos. En su semblante se dibujó una dulce sorpresa, que no tardó en convertirse en mohín de deleite y admiración, disfrutando tímidamente de sus nuevos y maravillosos dominios. Volvió los ojos sobre su propio cuerpo, y no pudo por menos que sonreír al verse tan hermosa. Enseguida volvió los ojos al cielo, como si, con medrosa satisfacción, se dispusiera a saltar al ilimitado vacío. Todo su cuerpo pareció crecer, como si absorbiese la fuerza de los objetos que poblaban el espléndido universo que la rodeaba y, lentamente, rodeada de conchas malinas y algas, se irguió por completo, ceñida con el místico cinturón, que resplandecía con las perlas y esmeraldas que lo adornaban, y avanzó hacia la plancha de mármol que remedaba el mar, esparciendo el penetrante perfume de sus rizos, como la Afrodita de la antigüedad.

En un primer momento, la multitud se quedó tan extasiada que hasta se olvidó de aplaudir. Pero la diosa parecía exigir el debido homenaje. Cruzó, pues, los brazos sobre su seno y se quedó inmóvil durante un instante, como aguardando que el universo la adorase. Al momento, las lenguas se desataron y el grito de «¡Afrodita!» retumbó como un trueno por toda la ciudad de Alejandría, sorprendiendo a Cirilo en su aposento del Serapeo, a los arrieros en las distantes montañas de arena y a los adormilados marineros



que faenaban en el mar.

Dio comienzo entonces uno de esos prodigios del arte que sólo se produce en pueblos que cultivan la libre y exquisita educación física, naciones dotadas de la sutil percepción estética de los antiguos griegos, incluso en aquella época de decadencia. Un baile en que cada movimiento era una palabra, y el reposo no menos elocuente que los pasos ejecutados; una danza en la que cada ademán podía servir como modelo a un escultor de la más refinada de las escuelas; unos gestos que, al contrario que en los groseros espectáculos cómicos, ponían de manifiesto la superioridad física con fantásticos saltos e increíbles contorsiones, pero con ademanes siempre recatados, adornados de majestuosa y delicada gracia. Por un momento, la bailarina se convirtió en diosa, olvidada de todo lo que la rodeaba gracias a su arte, el teatro, Alejandría, el magnificente espectáculo; a nada más prestó atención tampoco el público, de forma que protagonista y espectadores sólo contemplaban el mar que rodeaba la isla de Citera y a la diosa reflejada en su espejo de color esmeralda, esparciendo belleza, alegría y amor sobre las aguas, el aire y las riberas.

De horror y vergüenza, a Filamón a punto estuvieron de salirse los ojos de las órbitas; sin embargo, no podía abominar de ella, ni siquiera despreciarla. Y eso es lo que habría pasado, si hubiera observado el menor gesto de humanidad que, en su semblante, le indicase que en su interior alentaba un resquicio de moralidad. Pero habían desaparecido de su rostro hasta la tez sonrosada y la tímida mirada con que había aparecido en el teatro, y sólo se apreciaba el intenso placer que le producía la destreza con que bailaba y la satisfecha vanidad de una niña malcriada... ¿Acaso tenía ella la culpa? ¿Acaso su alma racional era capaz de distinguir entre el bien y el mal? Confiado, aún conservaba la esperanza de haberse equivocado... Entretanto, Pelagia seguía bailando. Una eternidad de zozobra en la que no vio otra cosa en el mundo aparte de un confuso laberinto de pies blancos y en movimiento que se reflejaban en el espejo de mármol... Hasta que, de forma inesperada, concluyó. Por fin, se quedó quieta, rendida con una agradable sensación de fatiga, aguardando los aplausos, que resonaron en los oídos de Filamón como vibrantes toques de trompeta que proclamaban ante el mundo la deshonra de su hermana.

Con el lomo cubierto de almohadones de color carmesí, para dar la sensación de que Afrodita buscaba refugio de nuevo en su concha marina, el elefante se puso en pie y se dirigió a uno de los lados de la plancha de mármol. Con los brazos cruzados sobre el seno, Pelagia aún sonreía cuando, con delicadeza, el elefante le rodeó la cintura con la trompa y la alzó pausadamente en el aire para depositarla con suavidad sobre su lomo...

Apenas los pequeños pies, con gran prevención, se habían separado del

mármol..., cuando el elefante, haciendo un movimiento brusco, dejó caer su frágil carga sobre la plancha; miró al suelo, levantó una de las patas delanteras y, agitando la trompa, asustado y aterrado, emitió un agudo chillido...

Alzó la pata empapada en sangre; la sangre del chico libio que, por donde había pasado el elefante, emergía y borboteaba, formando una mancha redondeada y oscura de color púrpura, a pesar de la arena nueva con que la habían cubierto...

Filamón no fue capaz de contenerse. En un instante, se abalanzó contra los espectadores apiñados y, abriéndose paso entre las filas de asientos con la fuerza que da la sinrazón, saltó la balastrada que delimitaba el centro del recinto y echó a correr hacia la plancha de mármol.

— ¡Pelagia! ¡Pelagia, hermana, hermana mía! ¡Apiádate de mí y de ti! ¡Te sacaré de aquí, nos ocultaremos, juntos huiremos de este sitio infernal, de este mundo de demonios! ¡Soy tu hermano! ¡Ven conmigo!

La muchacha se le quedó mirando con unos ojos como platos hasta que, por fin, la verdad se abrió paso en su mente...

— ¡Hermano! — exclamó, al tiempo que saltaba del mármol y se arrojaba en brazos de Filamón.

En aquel preciso instante, se le pasó por la cabeza la imagen de un alto ventanal de Atenas desde el que se atisbaban olivares y huertos, relucientes cubiertas de edificios y el puerto del Pirco, el anchuroso mar azul y, al fondo, las oscuras montañas de la isla de Egina... Recordó a un niño de ojos negros que le rodeaba el cuello con los brazos, mientras le decía que contemplase los resplandecientes mástiles allá en el puerto; aquel niño le llamaba hermana... El alma, adormecida, despertó en su interior y, lanzando un grito salvaje, retrocedió avergonzada, se cubrió el rostro con las manos y cayó desvanecida sobre la arena ensangrentada.

Un alarido, semejante al estruendo de los infiernos al abrirse, recorrió el vasto hemiciclo.

— ¡Fuera, sacadlo de ahí! ¡Crucifica a ese esclavo! ¡Arrójalo a las fieras! ¡A las fieras, noble prefecto!

Una multitud de esclavos se abalanzó sobre él y muchos espectadores se levantaron de sus asientos, dispuestos a lanzarse a la arena.

Como un león acosado, Filamón les plantó cara y, fuerte y clara, su voz resonó por encima de los rugidos de la muchedumbre.

— ¡Sí, matadme como los romanos acabaron con san Telémaco, esclavos estúpidos y malditos como miserables y necios son vuestros amos! ¡Más rastreros aún que las alimañas a las que recurrís como verdugos! ¡El asesinato y la lujuria van de la mano! ¡El trono que acoge la deshonra de mi hermana se alza sobre la sangre de inocentes! ¡Que mi muerte sea la culminación de

vuestro infernal sacrificio y haga que rebose la copa de vuestras iniquidades!

— ¡A las fieras con él! ¡Que el elefante lo pisotee hasta reducirlo a polvo!

Y el enorme animal, aguijoneado por los esclavos, se precipitó sobre el joven, mientras el niño Eros saltaba de su cuello y se alejaba corriendo por el terraplén.

El elefante atrapó a Filamón con la trompa y lo levantó en volandas. Durante un instante, vio cómo daba vueltas un inmenso y rugiente océano de cabezas a su alrededor. Trató de musitar una plegaria y cerró los ojos... En medio de tanta tensión, se oyó la voz dulce y clara de Pelagia.

— ¡Perdonadlo! ¡Es mi hermano! ¡Perdonadlo, hombres de Macedonia! ¡Por el amor que tenéis a Pelagia..., a vuestra Pelagia! ¡Es el único favor que os pido! —y extendió los brazos implorantes hacia los espectadores para, después, fuera de sí y abrazada a las enormes patas del elefante, implorarle con cariñosas y tiernas palabras.

Los hombres parecieron dudar; el animal, no. Despacio, bajó la trompa y dejó a Filamón en el suelo. El monje estaba a salvo. Aún mareado y sin resuello, los esclavos lo sacaron de allí, lo arrastraron por oscuros pasadizos y lo echaron a patadas a la calle, entre maldiciones, advertencias y parabienes que el joven ni siquiera llegó a oír.

Pelagia seguía tapándose la cara con las manos; se puso en pie y echó a andar lentamente por donde había llegado; oprimida bajo el peso de una terrible culpa, cruzó la arena, subió por el terraplén y desapareció entre las adelfas y las palmeras, sin hacer caso de aplausos, palabras de ánimo, insultos, amenazas y maldiciones de aquella inmensa muchedumbre de esclavos del pecado.

Tan inesperada catástrofe pareció truncar de momento los sueños que Orestes se había forjado. Una nube de disgusto, o de desconsuelo, ensombreció las frentes de todos los presentes. Más de un cristiano, sintiendo verdaderos remordimientos y vergüenza ante los horrores de los que, voluntariamente, había sido testigo, se dispuso a abandonar el recinto sin tardanza. El vulgo, una vez saciada su curiosidad y habiendo visto todo lo que había que ver, comenzó a murmurar abiertamente, calificando el espectáculo de cruel y propio de paganos. Hipatia, exhausta, ocultó la cara entre las manos. Orestes fue el único que mantuvo el tipo. Convencido de que, de un modo u otro, había llegado la hora de hacer algo, dio unos pasos adelante, dedicó a todos un gracioso gesto de saludo para reclamar silencio y comenzó el discurso que tan bien preparado llevaba.

— No permitáis que piense, hombres de Macedonia, que un incidente tan banal como el capricho de una bailarina puede alterar la ecuanimidad que, como ciudadanos, os distingue. El espectáculo que he tenido el honor y el placer de ofreceros — vítores y aplausos de los presos puestos en libertad y de

los jóvenes disolutos— y que me ha parecido que contemplabais no con disgusto precisamente —más aplausos, a los que también empezaron a sumarse los cristianos, remisos hasta entonces— no era más que un agradable prelude del asunto más importante que me ha llevado a reuniros aquí. Sólo he querido demostraros que rectas son las intenciones que me han inducido a poner en libertad a presos inocentes, a distribuir el grano con tanta largueza, cuyo único dueño por derecho propio es el pueblo de Egipto, el mismo cereal que los últimos tiranos que habéis soportado os esquilaban para mantener el boato de una corte remota... Mas ¿de qué me serviría jactarme? Ahora mismo, tengo la cabeza embotada y me siento desfallecer por culpa de los continuados esfuerzos que he realizado en busca de vuestro bienestar y de la infatigable administración de la más estricta justicia. Porque ha llegado la hora de que la raza de los macedonios, cuyo esplendor queda más que patente en esta magnificente ciudad de Alejandría, recupere la importancia política que antaño tuvo, rija de nuevo los destinos de la tercera parte del mundo y cuente con unos gobernantes que se pongan al frente de hombres libres, de ciudadanos y héroes, con derecho a elegir y designar a sus dirigentes... ¿Dirigentes, he dicho? Olvidémonos de esa palabra y sustituyámosla por el término más filosófico de ministros. Para llegar a ser vuestro ministro..., el servidor de todos vosotros... Para sacrificar mi tranquilidad, mi salud, mi vida incluso, si fuere necesario, con el único y grandioso objetivo de garantizar la independencia de Alejandría... Eso es lo que pretendo, ésa es mi esperanza y mi sueño, acariciado durante tantos años de esfuerzo, y ahora por fin al alcance de la mano, tras la caída del último emperador títere de Roma. Hombres de Macedonia, habéis de saber que se ha acabado el reinado de Honorio, que un Africano ocupa ahora el trono de los Césares. Con la protección del cielo, gracias a una decisiva victoria, Heracliano se ha alzado con la púrpura imperial y una nueva era se abre para el mundo. Mientras el conquistador de Roma ajusta cuentas con la corte bizantina que, durante tanto tiempo, se ha adueñado de nuestras riquezas y de nuestra civilización a este lado del Mediterráneo, procuremos que África, libre, independiente y unida, fije su lugar de encuentro en torno a los palacios y los muelles de Alejandría y descubra que esta ciudad es el centro natural de su vida pública y de su prosperidad.

Una oleada de fervorosos aplausos de gente pagada para hacerlo interrumpió su discurso, y no fueron pocos quienes se les sumaron, como reconocimiento en parte de sus cumplidos y halagadoras palabras, o porque desearan arrimarse al mejor árbol, es decir, al que más sombra parecía ofrecer en aquellos momentos. Las autoridades de la ciudad a punto estuvieron de gritar: «¡Viva Orestes, emperador!»; pero se lo pensaron mejor y aguardaron a que otros lo aclamasen antes, con tal de que fueran personas respetables.

Mientras, el prefecto de la guardia, que no tenía un pelo de tonto y tampoco era precisamente un personaje respetable, rozó con la punta del puñal al prefecto de los muelles y, con palabras terribles y amenazantes, le conminó a no cometer traición. Por susto o por patriotismo, el caso es que el honrado ciudadano lo aclamó como tal al instante. Y las autoridades presentes, habiendo encontrado un Curcio dispuesto a lanzarse al abismo, corearon sus palabras y saludaron a Orestes como emperador. En ese instante, Hipatia, entre las aclamaciones de sus aristocráticos discípulos, se puso en pie, se arrodilló a los pies del prefecto y, no sin un sentimiento de vergüenza y desazón, le suplicó que aceptase la tutela que, sobre el comercio, la preeminencia y la filosofía de Grecia, le brindaba el pueblo de forma unánime y con tanto entusiasmo...

— ¡Es falso! —gritó una voz desde los asientos de arriba del todo, los destinados a las mujeres de más baja estofa; al oírla, todas las cabezas se volvieron sin dar crédito a lo que decía—. ¡Es falso, es falso! ¡Os está engañando! ¡Le han mentido! Heracliano sufrió una amarga derrota en Ostia y ha huido a Cartago. La flota imperial va tras lo que queda de su ejército.

— ¡Miente! ¡Traed aquí a esa mujer! —gritó Orestes, perdido ya todo el aplomo tras encajar tan inesperado revés.

— ¿Que miente? ¡Él sí que miente! ¡Yo soy el monje que traje la noticia a la ciudad! Cirilo lo sabe, igual que todos los judíos del delta, desde hace una semana. ¡Perezcan así los enemigos del Señor, atrapados en sus propias mentiras! —y apartando a empujones a las mujeres que tenía a su alrededor, el monje se esfumó.

Un silencio pavoroso se abatió sobre la multitud. Durante cosa de un minuto, cada hombre se paró a contemplar el rostro del que tenía al lado, como si deseara asestarle una puñalada en el cuello y desembarazarse, de ese modo, de un testigo de su traición, cuando menos. Luego, comenzó un tumulto que, en vano, Orestes trató de dominar. Creyese o no el populacho lo que había dicho el monje, el caso es que todos estaban muertos de miedo ante la mera posibilidad de que fuera cierto. Ronco a fuerza de desmentirlo, afirmando que era cierto lo que él decía, el aspirante a emperador hubo de recurrir a la guardia, y aun así, sólo a duras penas, Hipatia y él lograron salir del teatro. Mientras, la multitud, derritiéndose como nieve bajo la lluvia, se dispersó por las calles en abigarrados y tumultuosos torrentes, encontrándose en las paredes de todas las iglesias con los carteles que Cirilo había mandado colocar, en los que se daba cuenta de los pormenores de la derrota de Heracliano.

## CAPÍTULO XXIII.

### Némesis

EN EL PALACIO DE ORESTES, el resto de la jornada fue una pesadilla. El disgusto, la rabia y la angustia que sentía el prefecto se le antojaban tan horribles como vergonzantes. Lo esclavos prefirieron mantenerse alejados, por si acaso. Ya era tarde, cuando su secretario personal, el eunuco caldeo, se aventuró a adentrarse en la guarida del tigre para, movido por el miedo a la irritación de los católicos, hacerle ver la urgencia de pasar a la acción.

¿Qué determinación podía tomar? Estaba comprometido..., y sólo Cirilo sabía hasta qué punto. ¿Qué no habría descubierto el astuto arzobispo? ¿O sólo estaría simulando que sabía algo? ¿Qué acusaciones no formularía contra él ante la corte de Bizancio?

—Ordena que cierren las puertas y que nadie salga de la ciudad —le sugirió el caldeo.

—¿Parar a los frailes? Sería como intentar acabar con los ratones. No; debemos enviar de inmediato un contrainforme.

—¿Qué quieres que les transmita, magnífico señor? —añadió el escribano, sacando pluma y tintero del ceñidor.

—¡Qué más da! La primera patraña que se te ocurra. ¿Para qué te quiero aquí, si llegado el caso no eres capaz de inventarte una mentira adecuada?

—En eso, llevas razón, noble señor —repuso mientras, muy digno, se ponía a escribir..., aunque sin mucha prisa—. A decir verdad nada se me ocurre para salir del atolladero, a no ser que me invente que fue idea de Cirilo, que no tuya, lo de organizar un espectáculo de gladiadores. ¿Crees que morderían el anzuelo?

Aun a su pesar, Orestes se echó a reír. El remilgado escribano se limitó a sonreír entre dientes. En sus manos estaba conseguirlo; más tranquilo, el prefecto empezó a desplegar su retorcido arte con el único y apremiante objetivo de poner a salvo su mezquina cabeza.

—No; eso sería demasiado benévolo por nuestra parte. Escribe que hemos descubierto una conjura urdida por Cirilo para ponerse al frente de todas las

iglesias de África, no olvides mencionar Hipona y Cartago, y sustraerlas a la obediencia del patriarca de Constantinopla, caso de que la aventura de Heracliano concluyese felizmente.

Riendo para sus adentros, al secretario le pareció bien la idea, y comenzó a escribir a toda prisa.

—«Concluyese felizmente» —dijo, repitiendo las últimas palabras de Orestes.

—Que nosotros, a pesar de los escasos medios de que disponemos, tratamos de ganamos la voluntad del pueblo de Alejandría, e inculcarle, como es nuestra obligación y echando mano de todos los medios legítimos a nuestro alcance, la lealtad al trono de los Césares, ¡qué me importará a mí quién lo ocupe!, en momentos tan críticos.

—«En momentos tan críticos».

—Pero que, como fieles católicos, abominando aun en caso de extrema necesidad del pecado de Uzzah, no nos atrevimos a profanar con nuestras impuras y hediondas manos el arca consagrada de la iglesia, ni siquiera para ponerla a salvo.

—«Ponerla a salvo», noble señor.

—Como autoridad civil, en consecuencia, nos limitamos al empleo de aquellos medios que, según la ley y la costumbre, se dan por válidos en nuestra jurisdicción y, usando de tal largueza, ofrecimos espectáculos y ejecuciones públicas de rebeldes, actos censurables en opinión del santo patriarca, predispuesto quizás a encontrar un motivo de queja contra los fieles cristianos partidarios de la sede de Bizancio, entre los que figuraban peleas de gladiadores, que tanto repugnan al espíritu de la Iglesia católica como a la caridad de los emperadores ungidos quienes, tiempo atrás, los prohibieron mediante sendos y edificantes edictos.

—Es una magnífica idea, mi señor, pero perdona la simpleza de tu esclavo: puede que quieran enterarse de por qué no informaste a la augusta Pulqueria de la conspiración de Cirilo.

—Di que enviamos un emisario hace tres meses, pero que... ¡invéntate algo para salir del apuro, pedazo de idiota!

—¿Puedo decir que lo mataron los árabes cerca de Palmira?

—Déjame que lo piense... No; pueden hacer averiguaciones. Digamos que pereció en el mar. Nadie va a ir a preguntar a los tiburones.

—Se fue a pique, pues, en algún lugar entre Tiro y Creta. De aquella calamidad y gracias a una balsa, sólo un hombre salió con vida, el cual, tras permanecer tres semanas a merced de los elementos desatados, fue recogido por un buque carguero que venía de regreso... A propósito, ¿qué he de decir de los barcos cargados de trigo que no llegaron a zarpar?

—¡Por el alma de Augusto! Me había olvidado de ellos por completo. Di

que la peste se ha ensañado de tal modo con el barrio de los estibadores que temí que llevasen la enfermedad a la capital del Imperio. Añade que mañana sin falta zarparán.

El secretario torció el gesto.

—Aun a riesgo de tu justa indignación, debo señalarte que la mitad de ellos han sido descargados para atender tus larguezas de los dos últimos días.

Orestes juró en términos más que ofensivos.

—¡Ojalá fuera sólo una la garganta del populacho! Yo mismo le administraría el pertinente vomitivo. Está bien; no habrá más remedio que comprar más grano.

El secretario se mostró aún más contrariado.

—Los judíos, agosto...

—¿Qué dices? —exclamó el desdichado prefecto—. ¿Ya lo habían previsto?

—Con mi celo habitual, he descubierto que han estado comprando y exportando todas las provisiones que cayeron en sus manos.

—¡Sinvergüenzas! O sea, ¡que es cierto que estaban al tanto del desastre de Heracliano!

—Mucho me temo que tu habitual sagacidad ha dado en el clavo. A lo largo de la semana pasada, tanto en Canope como en Pelusium se les ha visto hacer apuestas a lo grande en contra del feliz desenlace de la expedición.

—¡La semana pasada! ¡Miriam me engañó como a un imbécil! —gritó, encolerizado—. ¡Que venga el tribuno de la guardia! ¡Cien monedas de oro para quien me traiga viva a esa bruja!

—Es imposible atraparla con vida.

—Pues, muerta..., o como sea, pero que me la traigan. ¡Vamos, perro caldeo! ¿A qué esas vacilaciones?

—Mi noble señor —dijo el secretario, postrado en el suelo y besando los pies de su amo, muerto de miedo—, no olvides que tocar a un judío es como ir a por todos. ¡No olvides las deudas que has contraído! Ten presente tu..., tu augusta reputación, en pocas palabras.

—¡Levántate, deja de arrastrarte como un reptil y di lo que tengas que decir como el ser humano que eres! Si la vieja Miriam muere, también desaparecen las obligaciones que haya contraído con ella.

—Creo advertir, mi señor, que ignoras las normas de ese maldito pueblo. Tiene la desagradable costumbre de considerar a todos los de su raza como hermanos, y de ayudarse, libre y lealmente, entre sí, sin recompensa alguna de por medio. Así, se aprovechan de sus semejantes, mientras ellos, del primero al último, siguen medrando. No pienses que tus recibos están en manos de Miriam. Hace meses que se los ha traspasado a otra persona. Tus verdaderos acreedores pueden estar ahora mismo en Cartago, en Roma o en



Bizancio y, desde allí, procederán contra ti. Si confiscases las propiedades de la vieja bruja, no encontrarías sino papeles que de nada te valdrían, pues los tuyos estarían en poder de otros judíos dispersos a lo largo y ancho del Imperio que, como un solo hombre, saldrían en defensa de su dinero. Hazme caso; es un laberinto inextricable. Si tocas a uno de ellos, habrás de enfrentarte a todos... Por otra parte, con mi habitual diligencia, previendo que habría de recibir una orden así, me he tomado la libertad de hacer indagaciones acerca del paradero de Miriam, y lamento decirte que ninguno de tus súbditos sabe dónde para.

— ¡Mientes! — replicó Orestes—. Más me inclino a pensar que has advertido a esa vieja zarrapastrosa de que se ponga a salvo.

Por primera vez en su vida, acababa de pronunciar una verdad como un templo.

Al escuchar el comentario, el secretario, que también tenía sus tejemanejes con Miriam, sintió cómo se le erizaban todos los poros de la piel y, de haber tenido un solo pelo en la cabeza, hasta éste, como escarpia, lo habría traicionado. Como llevaba la cabeza afeitada, sin embargo, tan feliz circunstancia permitió que el turbante no se moviese de su sitio cuando, con humildad, respondió:

— ¡Nada puede desagradar más a un leal y devoto servidor que la sospecha inmotivada del sol ante cuyos rayos se postra a diario...!

— ¡Déjate de rodeos! ¿Sabes o no dónde está?

— ¡No! — contestó el miserable secretario, en una tesitura en que no le quedaba otra que mentir, reiterando su negativa con un rosario de juramentos que Orestes atajó de un puntapié; con amenazas de tortura, le sacó mil piezas de oro para repartir entre la soldadesca, y concentró a la guardia alrededor de su palacio con el doble propósito de que lo protegiesen en caso de alboroto y de propiciar la aparición de tumultos en los barrios más alejados, que se quedaban sin vigilancia.

— Ahora que está tan ufano, ¡ojalá que el granuja de Cirilo, con el pretexto de Ammonio, de Hipatia o de cualquier otro asunto, incurriese en un desliz y me diese un pretexto para ir a por él! A fin de cuentas, a veces la verdad sale más a cuenta que la mentira. ¡Si pudiera suministrarle un veneno! Pero no hay forma de sobornar a esos clérigos; en cuanto a echar mano de la daga, ante la perspectiva de que esos monjes le hagan a uno picadillo, nadie aceptaría semejante encargo. Por fuerza tendré que aguardar hasta ver de qué lado ruedan los dados de la Fortuna. Esos sabelotodo, los Aristides y los Epaminondas, ¡gracias al cielo que hace mucho que su estirpe se extinguió!, dirían que no es la mejor forma de gobernar una provincia. Bien mirado, es tan buena como cualquiera de las que se emplean en la actualidad o de las que puedan aplicarse de aquí al final de los tiempos. No seré yo quien dé el

primer paso y me adentre por una nueva senda. Seguiré al pie de la letra las enseñanzas de mis predecesores, ¡y ojalá que Cirilo cometa una imprudencia esta noche!

Cosa que sí hizo Cirilo, por primera y única vez en su vida, y de la que hoy todavía se mostraría arrepentido, como todo hombre cabal cuando cae en la cuenta de que ha metido la pata. ¿Qué ventaja sacó Orestes de tan fatídico mal paso? Eso no lo sabremos hasta el final de este relato, y es posible que ni aun entonces lleguemos a averiguarlo.

## CAPÍTULO XXIV. Ovejas descarriadas

¿Y FILAMÓN?

Fuera de sí, incapaz de tomar una determinación, se quedó largo rato por la calle en las proximidades del teatro. No se había repuesto del todo, cuando la multitud, que se agolpaba en las salidas del recinto, comenzó a desperdigarse por la calle y se lo llevó por delante.

Aparte de los injuriosos comentarios del populacho, al oír el nombre de su hermana, pronunciado en tono lastimero, despectivo u horrorizado, según los casos, salió de su letargo y, abriéndose paso entre la muchedumbre, se dirigió sin dudarle a casa de Pelagia.

Cerrada a cal y canto. Tras llamar repetidas veces a la verja, al cabo de un rato, del otro lado del postigo apareció un negro que le miró con cara de pocos amigos.

Intranquilo y preocupado, le preguntó por Pelagia; el hombre le informó de que aún no había regresado. En cuanto a Wulf, tampoco estaba en la mansión. Con el corazón encogido, consumido entre el temor y la esperanza, decidió aguardar junto a la verja.

Por fin, aparecieron los godos que, en columna, pasaron entre la multitud. No se veía ninguna litera. ¿Dónde estaban, pues, Pelagia y sus amigas? ¿Dónde andaba aquel detestable personaje que, a sus ojos, era el de Amal? ¿Y Wulf? ¿Y Smid? Al frente de los hombres, Goderico y Agilmundo, con los brazos cruzados, el ceño fruncido y la mirada baja; el grave disgusto y un asomo de vergüenza que reflejaban sus rostros bastó para que Filamón recordase de nuevo la infamia de su hermana.

Goderico pasó a su lado. Filamón se armó de valor y le preguntó por Wulf, sin atreverse a mencionar el nombre de Pelagia.

— ¡Apártate, perro griego! ¡Ya hemos visto de lo que es capaz tu maldito pueblo! ¿Dónde te crees que vas? ¿No tendrás el atrevimiento de pretender entrar con nosotros?

El joven desenvainó la espada con tanta rapidez que Filamón apenas tuvo

tiempo de dar un salto y llegarse al centro de la calle, donde, desasosegado y preocupado, se quedó al acecho, mientras las puertas volvían a cerrarse y la casa volvía a quedar en silencio, como cuando había llegado.

Abatido, siguió esperando durante aproximadamente una hora, mientras el gentío, en lugar de dispersarse, se hacía cada vez más numeroso al unirse a ellos diferentes grupos que recorrían las calles lanzando gritos de «¡Abajo los paganos!», «¡Muerte a los idólatras!», «¡Venganza contra esos blasfemos perversos!».

Al cabo de un rato, sonó el paso firme de los legionarios; entre las relucientes filas de hombres armados, unas cuantas literas. ¡Qué alivio!

El joven se adelantó y llamó varias veces a Pelagia por su nombre. En una ocasión, le pareció que alguien le respondía, pero los soldados lo apartaron sin miramientos.

— ¡Está en buenas manos, necio! ¡Bastante ha visto y ha mostrado por hoy! ¡Atrás!

— ¡Dejadme que hable con ella!

— Eso será si accede a hacerlo. Nuestro cometido es dejarla sana y salva en casa.

— ¡Permitidme entrar con vosotros, os lo ruego!

— Si quieres intentarlo, llama cuando nos hayamos ido. Si tienes algo que ver con la mansión, supongo que te abrirán. ¡Quítate de en medio que estás estorbando! —y propinándole un golpe en el pecho con el regatón de la lanza, lo envió rodando al centro de la calle.

Imperturbables, los soldados, tras llevar a cabo la misión encomendada, se dieron media vuelta y se marcharon. En vano volvió Filamón a la verja y llamó a la puerta: no obtuvo más respuesta que las maldiciones y amenazas proferidas por el negro. Por fin, sumido en la desesperación y con el propósito de trazarse un plan de acción, enfiló una calle, se adentró en otra y echó a andar hasta que se hizo de noche.

Muerto de cansancio, se dirigió a su casa. Aunque le repugnaba la idea de pedir ayuda a la anciana judía, verdadera causante de la infamia de su hermana, se le ocurrió que podía recurrir a Miriam. Quizá cumpliera la promesa que le había hecho y, gracias a ella, consiguiera ver a Pelagia. Recordó entonces la condición que le había impuesto la vieja: la vería, pero no habría de retirarla de la vida que llevase. ¡Terrible contradicción! ¿No habría manera de valerse de Miriam para sus propósitos? Llegó a pensar incluso en engatusarla o en engañarla, lisa y llanamente. La tentación fue grande, pero la venció al punto. ¡Cómo iba a profanar tan justa causa con burdas mentiras! Sin apenas atreverse a levantar los ojos, pasó a toda prisa por delante de sus aposentos para no volver a caer en la tentación. Subió corriendo a su cuchitril, abrió la puerta y se detuvo en seco, sin poder dar

crédito a lo que veía.

En el centro del cuarto, cubierta con un velo negro desde la cabeza hasta los pies, le esperaba una mujer.

—¿Quién eres? ¡No es éste sitio para ti! —comenzó a gritarle, tras quedarse sin palabras durante un instante. La mujer se estremeció y emitió un suspiro... Bajo los pliegues del velo, advirtió que llevaba uno de esos mantos de color azafranado que tantas veces había visto y, abalanzándose sobre ella como un león sobre una oveja, estrechó a su hermana contra su pecho.

La muchacha apartó el velo de su hermosa frente. Asustada, contempló a Filamón un instante y se percató del cariño que se reflejaba en su semblante... Abrazados, hermana y hermano se cubrieron de castos besos y se estrecharon aún con más fuerza, como si ambos quisieran dar cumplida respuesta del amor fraternal que los unía.

Pasaron varios minutos en silente alegría... Filamón no se atrevía a abrir la boca, ni siquiera para preguntarle cómo había llegado hasta allí; tampoco para reavivar el recuerdo del terrible presente que acababan de vivir con preguntas sobre el pasado, sus padres, tanto tiempo olvidados, su familia, su historia... ¿Acaso no le bastaba con tenerla a su lado? ¿No le bastaba con ver que, por voluntad propia, la oveja descarriada había vuelto a su redil? Con las mejillas muy juntas, las lágrimas de los hermanos se entremezclaron.

—Tendría que haberte reconocido —dijo, por fin, Pelagia—, ¡aunque creo que me di cuenta de quién eras desde el primer día! Cuando comentaron como te parecías a mí, me dio un vuelco el corazón; dentro de mí, oí una voz que me lo susurraba... ¡Pero no hice caso! Estaba avergonzada..., sí, avergonzada de reconocer a mi hermano, a quien tanto había echado de menos y con tanto afán había buscado durante años... Avergonzada de pensar que tenía un hermano... ¿No habría de estarlo? —apartándose de él, se dejó caer al suelo—. ¡Dios mío, pisotéame, condéname si así te place, pero no me alejes de su lado!

Filamón no tuvo fuerzas para contestarle; sin querer, esbozó un gesto de dolor dando a entender que no estaba de acuerdo con lo que decía.

—¡Llámame lo que soy, como él acaba de hacerlo ahora mismo! Pero no me echés de aquí. ¡Hazme daño, si quieres, como él acaba de hacerme! Pero no me echés de tu lado.

—¿Te ha hecho daño? ¡Que la maldición de Dios caiga sobre él!

—¡No, no lo maldigas! No me propinó un bofetón, sólo fue un empujón... Me lo merecía: le saqué de sus casillas, se lo eché en cara, estaba como loca... ¿Qué razón tenía para engañarme? ¿Por qué me dejó bailar? ¿Por qué me lo ordenó?

—¿Te lo impuso?

— Me dijo que no podíamos faltar a la palabra dada. Se negó a hacerme caso cuando aduje que podíamos negar tal extremo. Le expliqué que no había que tomarse en serio las promesas que se hacen en estado de embriaguez... ¡y mira si tenía razón! Además, Orestes estaba como una cuba. Me dijo que podía enseñarle a un godo cuanto quisiera, pero jamás a mentir... No me digas que no era rara su forma de razonar. Pero Wulf le aconsejó que se mantuviese en sus trece, y le alabó que así lo hiciera.

— Tenía razón — se lamentó Filamón.

— Aunque de mala gana, pensé que si le obedecía llegaría a amarme. ¡Sólo Dios sabe la repugnancia que sentí en aquel momento! ¿Cómo iba a imaginar que le molestaría que llevase a cabo lo que me había pedido? ¿Cuántas personas acceden a hacer algo en contra de su voluntad?

Filamón no dejaba de suspirar a medida que la pobre salvaje civilizada, sin tapujos, le revelaba las tinieblas morales en que estaba sumida. ¿Qué podía decirle?... Por supuesto que lo sabía. El deterioro era tan evidente que hasta un chiquillo de cualquiera de las escuelas de Cirilo le habría indicado el remedio. Pero ¿cómo hacérselo ver? ¿Cómo decirle a Pelagia que, desde su punto de vista, no tenía ninguna posibilidad de contraer matrimonio con el de Amal, y que no encontraría el sosiego mientras no renunciase a él para siempre?

— Es decir, que abominas de ese, de ese... — dijo, al fin, atisbando un rayo de luz.

— ¡Nada de eso! ¿Acaso no le pertenezco en cuerpo y alma? ¿Acaso no soy suya, y sólo suya? Aunque... Mejor será que te lo cuente todo. Cuando las otras jóvenes y yo comenzamos a ensayar, sentí que renacían en mí sentimientos que creía olvidados, el placer de ser admirada, jaleada y aplaudida. ¡El baile es un prodigio! ¡Es maravilloso saber que eres capaz de ejecutar algo realmente hermoso a la perfección, mejor que cualquier otra!... Al ver cuánto me gustaba el baile, me despreció... ¡Desagradecido! ¡Nunca se imaginará cuánto me esforcé por agradarle, por hacerlo lo mejor posible en su presencia, por dejar boquiabierto a todo el mundo y ponerlo luego a sus pies, con tal de que siguiese creyendo aquello de que «toda Alejandría la adora, pero prefiere a ese godo que...»!. Pero, hombre a fin de cuentas, me engañó. Quiso disfrutar de mis sonrisas hasta el final y, con el menor pretexto, dejarme de lado... Demasiado cobarde para censurarme, prefirió que yo misma me expusiese a la infamia con tal de no tener que hacerlo él mismo. ¡Hombres, hombres! ¡Todos son iguales! Nos quieren por nuestros encantos, y nosotras les correspondemos con amor. Por amor vivimos y morimos, aunque, en contrapartida, sólo lleguemos a obtener a cambio egoísmo disfrazado de amor... ¡Y tan pobres, sensibles y ciegas criaturas somos que nos damos por satisfechas! A pesar de los retorcidos corazones que nos

rodean, llegamos a convencemos de que del huevo de serpiente que empollamos nacerá una paloma; aun a sabiendas de que todos los hombres son infieles y que aquel que nos tiraniza nunca cambiará, ¡seguimos pensando que no es como el resto de sus congéneres!

—Te ha engañado, y te has dado cuenta del error que has cometido. ¡Déjale, se lo tiene merecido!

—¡Pobre muchacho! ¡Nada sabes del amor! —repuso Pelagia, dedicándole una enternecedora sonrisa.

Filamón, sin saber qué pensar de aquel novedoso y sorprendente cariz de la pasión amorosa, se limitó a musitar:

—Pero ¿no me quieres a mí, hermana mía?

—¿Que si no te quiero? Pues claro que sí; pero no como a él. ¡Calla, calla! Veo que no lo puedes entender —y se cubrió el rostro con las manos, al tiempo que se ponía a temblar—. ¡Tengo que hacerlo, y lo haré! ¡Por amor, con todo me atreveré, haré lo que sea! ¡Ve a ver a la mujer docta, a Hipatia! ¡Me he dado cuenta de que te ama! ¡A ti te hará caso, ya que no a mí!

—¿Hipatia? ¿Acaso ignoras que estuvo en el teatro y que aguantó el espectáculo sin pestañear?

—¡Qué remedio! ¡Orestes la obligó a hacerlo! Me lo contó Miriam. Se lo noté en la cara. Al pasar por delante del palco, alcé los ojos: estaba pálida como el marfil, y trémula; tenía ojeras; caí en la cuenta de que había estado llorando. En mi vana presunción, recuerdo que me mofé de ella y pensé: «¡Más parece que vayan a crucificarla que no a contraer nupcias...!». Pero ahora, ya ves. ¡Ve, vete a verla! ¡Dile que suyo es todo lo que tengo, joyas, dinero, aderezos, mansión! Dile que yo misma le imploro que me perdone, que me arrastraré a sus pies y le suplicaré, si así lo desea. A cambio, sólo le pido que me enseñe, que me enseñe a ser instruida y buena, honrada y digna como ella. Suplícale que revele su secreto a una pobre mujer abandonada, ella que sabe cómo conseguir que el viejo Wulf y el de Amal, y hasta Orestes y los magistrados la respeten... Dile que se lo suplico, que quiero ser como ella, que todo el mundo me respete, y todo, todo se lo daré.

Filamón no sabía qué hacer. Como el *daimonion* de Sócrates, algo inconcreto le inducía a pensar que se trataba de un encargo imposible. Se acordaba del teatro y de los firmes y apretados labios de Hipatia y, en su ira contra el ídolo que hasta hacía poco había adorado, se olvidaba de aquellos ojos hundidos que tanta desdicha revelaban.

—¡Ve, ve! Te repito que estaba allí en contra de su voluntad. Me di cuenta de que lo sentía por mí, cuando ni siquiera yo me percataba. Y la odié, porque pensé que se burlaba de mi necia vanidad. De seguro que no se comportará así cuando sepa lo desdichada que soy... ¡Ve, ve, o me pondrás en el aprieto de solventarlo por mí misma!

Sólo una cosa podía hacer.

— ¿Me esperarás aquí? ¿No te volverás a marchar?

— Claro que no. ¡Pero debes darte prisa! Si se entera de que no he vuelto a casa, se imaginará... ¡Prefiero que me mate a que sienta celos de mí! ¡Ve, ve al instante! Toma, llévale como prenda el ceñidor que lucí en el teatro. ¡Odioso aderezo! ¡Ni siquiera tengo ánimos para admirarlo! Lo traje aquí con esa idea; de lo contrario, lo habría arrojado al canal. Toma; dile que es sólo una muestra, una prenda de lo que le daré.

Diez minutos más tarde, Filamón estaba a la entrada de la casa de Hipatia. Todo el mundo andaba aterrorizado; la casa estaba patas arriba. Había soldados en el vestíbulo. Acertó a pasar por allí la doncella preferida de Hipatia, y lo reconoció. La señora no se encontraba en condiciones de ver a nadie; en cuanto a su padre, Teón, también se había recluso en sus aposentos. Nada se le ponía de cara: Filamón necesitaba hablar con él como fuese, y expuso sus razones con tanta vehemencia y tanta dulzura que la sirvienta, enternecida, incapaz de decirle que no a tan hermoso suplicante, se avino a sus ruegos y lo acompañó a la biblioteca, donde Teón, lívido casi como un muerto, iba de un lado para otro, presa del terror.

Al principio, pareció no darse por enterado del mensaje que llevaba Filamón.

— Me hablas de un nuevo discípulo... Cuando ni mi casa ni la vida de mi hija están a salvo, ¿me sales tú con discípulos? ¡Miserable de mí que, por mi loca ambición y mi codicia, la hice caer en la trampa! ¡Pobre hija mía! ¡Mi único tesoro! ¡Que doble sea el castigo que reciba, si...!

— Sólo quiere hablar con ella.

— ¿Pelagia quiere hablar con mi hija? ¿Acaso pretendes insultarme? ¿Crees que, aun cuando su bondad le impulsara a rebajarse hasta ese extremo, iba yo a permitir que alguien pusiera en peligro su pureza?

— Sólo tu terror es excusa para tu grosería.

— ¿Grosería? ¡Tú eres el único que no tiene consideración! ¡A quién se le ocurre venir a molestarnos en estos momentos!

— Quizás esto te valga como excusa por mi comportamiento — dijo Filamón, enseñándole el ceñidor —. Eres mejor juez que yo en cuanto al valor que pueda tener. Me ha encargado que os diga que es tan sólo una prenda de lo que estaría en condiciones de entregaros, hasta la mitad de sus riquezas, a cambio de tener el honor de ser discípula de tu hija — y dejó en la mesa el cinturón cuajado de piedras preciosas.

El anciano se detuvo al instante. Las esmeraldas y las perlas refulgían como las estrellas del firmamento. Las miró, y echó a andar de nuevo, aunque con paso más pausado... ¿Cuánto le darían a cambio? Al menos, lo suficiente para liquidar todas sus deudas... Tras seguir andando un minuto más de un



lado para otro sin perder de vista el cebo, se volvió a Filamón y le dijo:

– Si me prometes que nadie se enterará de esto...

– Lo prometo.

– ¿Y si mi hija, como imagino, se negase a hacerlo?

– Que se quede con las joyas. Gracias a Dios, su dueña ha aprendido a despreciarlas y a abominar de ellas. Que se quede con el cinturón, y con mi maldición. ¡Y que Dios se ensañe conmigo del mismo modo, y aún más, si vuelvo a mirarla a la cara en toda mi vida!

El anciano ni siquiera se paró a escuchar lo último que había dicho Filamón. Con la voracidad de un cocodrilo, había mordido el anzuelo y ya corría al aposento de Hipatia. Asaltado por una nueva y terrible duda, Filamón se dispuso a esperar su regreso. «¿Rebajarse hasta ese extremo? ¿Poner en peligro su pureza?». ¿Y si esa actitud fuera el corolario de la filosofía de Hipatia? ¿Y si el egoísmo, el orgullo y el fariseísmo fueran los únicos frutos de su forma de ver las cosas? ¿Acaso los resultados no saltaban a la vista? ¿Cuándo había observado un gesto, oído de su boca una palabra de compasión a favor de los afligidos, de los pecadores?... Perdido en tales consideraciones andaba, cuando regresó Teón con una carta en las manos.

De Hipatia a su distinguido discípulo.

¿Cómo no habría de compadecerme de ti? Es más, agradezco tu petición, que me ha demostrado que mi presencia obligada en el espantoso espectáculo de hoy no ha alejado de mí a un alma sobre la que había albergado nobles esperanzas y creía destinada a un más que brillante porvenir. Pero ¿cómo decírtelo? Pregúntate a ti mismo si no ha de sobrevenir un cambio, que se me antoja imposible, en aquélla por la que intercedes antes de que ella y yo podamos llegar a vernos. No soy tan inhumana como para reprocharte semejante niego, igual que nada tengo que decir de ella por ser lo que es. Debe seguir su propia naturaleza. ¿Quién podría echarle en cara que el destino haya dado en dotar a tan hermoso animal de un espíritu tan grosero y terrenal? ¿Por qué habría nadie de compadecerse de ella? Polvo es, y al polvo volverá. Mientras que tú, que al nacer recibiste una chispa más divina, debes elevarte y, sin lamentarlo, dejar que quede por debajo de ti esa persona a la que sólo te unen los falsos y efímeros vínculos del parentesco camal.

Filamón estrujó la carta entre las manos, y abandonó la mansión sin decir palabra.

¡La filósofa, pues, carecía de una buena nueva para la prostituta! ¡Ni una palabra para la pecadora, para la criatura caída! ¡Era cosa del destino! ¡Pelagia debía aceptar su destino, y seguir siendo una piltrafa miserable, pues que condenada estaba a serlo! Cuantas veces se despertase en su interior,

debía sofocar la voz de la conciencia y de la razón y, por fuerza, creer que estaba destinada a ser lo que de sobra sabía que no era. Tenía que cerrar los ojos a la miseria presente y tangible que le advertía, con la voz del mismísimo Dios, que la única recompensa del pecado es la muerte. Polvo era, y al polvo habría de volver. ¡Grandiosa esperanza para ella, y para él, que estaba dispuesto incluso a renunciar a la eterna bienaventuranza, si lo separaban de su recién recuperado tesoro! ¡Polvo era y al polvo habría de volver!

¡Desdichada Hipatia! Si, siguiendo la norma habitual de su escuela, malinterpretaba algunos textos de las escrituras hebreas, ¿qué fatídica idea le había inducido a elegir precisamente ésa? Poique, de repente, refulgieron con letras incandescentes en la memoria de Filamón aquellas antiguas palabras que había olvidado durante meses y que, sin darse cuenta, se vio repitiendo en voz alta y con fervor: «Creo en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne, en la vida perdurable...». Y entonces acudió a su mente, clara y hermosa, la visión del Dios-Hombre, sentado a la mesa en casa del fariseo, y de aquella que le lavaba los pies con sus lágrimas y los enjugaba con sus cabellos. Y desde lo más hondo de su afligido corazón brotó esta plegaria: «¡Bienaventurada Magdalena, intercede por ella!».

A tanto se elevó su espíritu, pero no fue más allá. Porque el concepto de un Dios hecho hombre se les antojaba cada vez más terrible e insondable a las mentes de aquella generación que había olvidado su amor y su poder; que, a fuerza de empeñarse en afirmar la doctrina de su dimensión divina, había llegado a perder de vista su dimensión humana. Cuando consideraba como presunción que un apóstata como él pudiera pedir luz o ayuda a la fuente de la que todo manaba, el sentir de Filamón no era sino un reflejo del espíritu de aquellos tiempos. ¿Cómo, después de haber renegado del Señor y de haberse apartado por propia voluntad de la comunión de la Iglesia católica, podría volver a ella y apaciguar la ira de Aquel que había muerto en la cruz, si no era a costa de largos años de oración y penitencia?...

— ¡Ciego de mí! ¡Qué ambiciosa y vana ha sido mi necedad! ¡Para eso renuncié a la fe de mi infancia! ¡Para eso he escuchado doctrinas que me ponían los pelos de punta, para eso he tratado de acallar mis dudas y mi repugnancia, queriendo convencerme a mí mismo de que sería capaz de conciliarias con el cristianismo, que con una mentira podría enhebrar la aguja de la verdad! ¡Para eso alimenté la vana esperanza de ser distinto del resto de los hombres, superior a mis semejantes! No me bastaba con saber que era un hombre hecho a imagen de Dios, sino que necesitaba ser como Él, conocedor del bien y del mal. ¡Y he aquí el resultado! ¡Para una vez que recurro a tan sutil filosofía en busca de ayuda para resolver un conflicto real que afecta a un ser humano, serena, silenciosa, ésta se cruza de brazos y se mofa de mis miserias! ¡Necio, necio! ¡Ése es el fruto de tus maquinaciones! ¡Vuelve a tu

antigua fe, regresa a tu casa, hijo pródigo! Pero ¿cómo? ¿Acaso no me han cerrado las puertas, y puede incluso que también a ella?... Mas ¿qué pasaría si, como yo, también estuviera bautizada?

Tal fue la terrible y desconsoladora idea que lo asaltó cuando, al escuchar el primer aldabonazo de su conciencia, sin darse cuenta siquiera regresó a la fe de su infancia y, aterradoras, se alzaron ante él las oscuras y truculentas teorías que gozaban de mayor predicamento en aquella época. En la ingenua sencillez del cenobio, nunca había llegado a sentir su fuerza; no así en aquel momento. Si Pelagia estaba bautizada, ¿qué otra cosa podía esperar, aparte del tormento eterno? Ante ella como a sus ojos, les aguardaba una vida de frío y hambre, de gemidos y lágrimas, de soledad y espantosa incertidumbre. En el futuro, la vida sería como una prisión para ambos. ¿Y qué? No había otra cosa en qué creer, ni resquicio de otra esperanza en la tierra o en el cielo. Eso al menos les ofrecía una posibilidad de perdón, de enmienda, de redención, de virtud, de recompensa, sí, de eterna gloria y bienaventuranza. Y aunque ni eso alcanzase Pelagia, ¡siempre sería mejor para ella una celda en el desierto que una vida de orgías y perdición! Si, como decía Hipatia, tal era su destino, al menos moriría luchando contra él, desafiándolo, maldiciéndolo. ¡Más valía ser virtuoso en el infierno que pecador en el cielo! Y eso que Hipatia no le había prometido ni siquiera un paraíso: la resurrección de la carne era una idea demasiado terrenal para su sutil y refinada forma de pensar. Así, en un abrir y cerrar de ojos, se disipó el sueño que el monje había acariciado durante cuatro meses. Y echó a correr hacia su casa con una sola idea en mente: el desierto, una celda para Pelagia y otra para él. Allí, si Dios se apiadaba de sus almas, juntos los dos, tendrían ocasión de arrepentirse, rezarían y harían penitencia. Tal vez ella no estuviese bautizada, en cuyo caso aún podía salvarse. Como otros conversos del paganismo, tras el catecumenado, recibiría el bautismo. El agua sacramental borraría toda mácula del pasado y, revestida del ropaje sin tacha de la inocencia, comenzaría para ella una nueva vida. Que él había sido bautizado, lo había sabido por Arsenio antes de partir de Atenas, y Pelagia era mayor que él. Parecía imposible que fuese pagana, pero no perdía la esperanza. Casi sin aliento, inquieto y nervioso, subió a toda prisa la angosta escalera, cuando se encontró con Miriam, a la puerta de sus aposentos, con una mano en el cerrojo y, a lo que parecía, no dispuesta a dejarlo pasar.

— ¿Sigue aún ahí?

— ¿Y qué si así fuera?

— Déjame llegar a mi cuarto.

— ¿Tuyo? ¿No sabes quién ha pagado el alquiler de los cuatro meses que has pasado aquí? Además, ¿qué le dirías? ¿Qué podrías hacer por ella, joven presuntuoso? Más te valdría saber qué es estar enamorado antes que tratar de

ayudar a pobres criaturas que sufren de mal de amores.

Filamón la apartó con tanta rudeza que, por fuerza, la vieja hubo de dejarle el paso libre y, con siniestra sonrisa, le siguió hasta su cuarto.

Pelagia se arrojó en brazos de su hermano.

—¿Acepta..., se aviene a verme?

—Olvidémonos del asunto, hermana mía —contestó Filamón, sujetando con dulzura los trémulos hombros de la joven y mirándola directamente a los ojos—. Mejor será que los dos solos, sin ayuda de personas ajenas, procuremos encontrar nuestra libertad. ¿Confías en mí?

—¿En ti? ¿Serás capaz de hacerlo tú solo? ¿Sabrás cómo enseñarme?

—Sí, pero no aquí... Debemos irnos... ¡No, escucha, escúchame un momento, querida hermana! ¿Tan feliz eres en este sitio que no puedes imaginarte un lugar mejor para vivir? ¿Acaso no sabes, ¡ojalá no fuera verdad!, que acabarás en el infierno?

—¡Lo mismo que me dijo el anciano monje! —repuso Pelagia, tapándose la cara con las manos.

—En esa tesitura, haz caso de su advertencia —y Filamón se despachó a gusto a propósito del lago de fuego y azufre, tal como les había oído contar a Arsenio y a Pambo, hasta que Pelagia le interrumpió.

—¿Es eso cierto, Miriam? ¿Es posible? ¿Qué va a ser de mí? —preguntó a gritos la desdichada joven.

—¿Y qué, si así fuese? Deja que te cuente cómo piensa librarte de tal destino —replicó la vieja judía con toda la calma del mundo.

—¿No ha de salvarse gracias al Evangelio, incrédula judía? ¡No me llesves la contraria! ¡Puedo salvarla!

—¿Qué habrá de hacer?

—¿No la crees capaz de arrepentimiento? ¿No la crees capaz de mortificar esas bajas pasiones? ¿No puede alcanzar el perdón? Mi querida Pelagia, perdóname si en algún momento pensé que podría hacer de ti una filósofa, cuando en tu mano está llegar a ser santa...

Recordó la cuestión del bautismo; calló la boca de repente y, con voz entrecortada, le preguntó;

—¿Estás bautizada?

—¿Bautizada? —preguntó la joven, que no acababa de entender lo que quería decirle.

—Sí..., por el obispo..., en la iglesia.

—Ahora que lo dices... —contestó—. Tendría cuatro o cinco años... Había una pila, unas damas que me desnudaban... Me metieron dentro y, hasta tres veces, un hombre mayor me obligó a hundir la cabeza en el agua... Ha pasado tanto tiempo que ni me acuerdo del significado de la ceremonia. Recuerdo que, a continuación, me pusieron una túnica blanca.

Apenado, Filamón dio un paso atrás.

— ¡Desdichada! ¡Que Dios se apiade de tu alma!

— ¿Crees que no me perdonará? Si tú me has perdonado, ¿por qué no habría de hacerlo Él, que debe de ser mucho mejor que tú?

— Él te perdonó graciosamente cuando te bautizaron. Pero no te perdonará por segunda vez, a menos que...

— ¡A menos que me olvide de mi amor! — concluyó a gritos Pelagia.

— Cuando el Señor tuvo a bien perdonar a la bienaventurada Magdalena, diciéndole que su fe la había salvado, ¿qué hizo la mujer? ¿Siguió viviendo en pecado y disfrutando de las aberraciones de este mundo? ¡No! Aunque el propio Dios la había perdonado, ella no se perdonó a sí misma. Buscó refugio en el desierto y, allí, desnuda y descalza, sin otro vestido que sus cabellos, alimentándose de raíces, ayunó y rezó hasta el día de su muerte, sin volver a ver a hombre alguno, aceptando sólo la compañía y los cuidados de los ángeles y arcángeles. Y si ella, que no volvió a pecar, necesitó de tan larga penitencia para alcanzar la salvación, querida Pelagia, ¿qué no exigirá Dios de ti, que has quebrantado los votos del bautismo y profanado la blanca túnica que sólo recuperará su antiguo esplendor gracias a las lágrimas del arrepentimiento sincero?

— ¡Yo no sabía nada de eso! ¡No fui yo quien pidió ser bautizada! ¿Debo pagar por la crueldad de mis padres, no menos despiadados que ese Dios que tan a deshora tuvo a bien perdonarme? ¡Irme al desierto! ¡No me atrevo, no puedo! ¡Soy tan delicada, tan sensible! ¡Me moriría de hambre y de frío! ¡Tan sola, me volvería loca de miedo! Hermano, hermano mío, ¿es ése el evangelio de los cristianos? Acudo a ti para que me enseñes a ser culta, buena y respetable, y lo único que se te ocurre decirme es que debo soportar una horrible y penosa vida, a ver si acaso me libro de la condenación eterna. ¿Cómo estar segura de que así alcanzaría la salvación? ¿Hasta qué punto debería humillarme? ¿Cómo sé que al final obtendría el perdón? ¿Es eso cierto, Miriam? Dime algo, porque me estoy volviendo loca.

— Así es — dijo Miriam, con sarcasmo —. Eso dice el Evangelio y la buena nueva de la salvación, según la doctrina de los nazarenos.

— ¡Me quedaré a tu lado! — añadió Filamón —. ¡Iré contigo, y nunca te dejaré sola! ¡También yo tengo pecados que purgar, y dichoso de mí si lo consigo! Te construiré una celda al lado de la mía, y hombres buenos nos guiarán; día y noche rezaremos juntos por nosotros en particular, y por los dos, y juntos llegaremos al final de nuestras atormentadas vidas...

— ¡Más nos valdría quitárnoslas aquí y ahora! — repuso Pelagia desesperada, arrojándose al suelo.

Ya Filamón acudía presuroso a levantarla, cuando Miriam, sujetándole del brazo, le susurró con palabras atropelladas:

—¿Estás loco? ¿Acaso pretendes destruir tu propia obra? ¿Por qué le has hablado con tanta crudeza? ¿Por qué no te contuviste y le infundiste esperanza, tiempo para meditar y que, poco a poco, se fuera olvidando de su amante, en lugar de aterrorizarla y asustarla como acabas de hacer? ¿Acaso no eres un hombre como los demás? Ni una sola palabra de consuelo para la desdichada criatura; sólo infierno, infierno, infierno... Piensa en tu situación, en primer lugar, y repara si no corres grave peligro de acabar también en él.

—¡Ningún peligro puede ser peor de lo que imagino!

—¡Pues piensa antes de hablar! En cuanto a esta desdichada niña, hasta nosotros los judíos, que de sobra sabemos que todos los gentiles han de acabar en el tártaro, concebimos alguna clase de esperanza para esta pobre criatura que jamás ha recibido instrucción.

—¿Y por qué no la ha tenido, miserable? ¡En tu mano estuvo su educación, pero preferiste hundirla en el pecado y la infamia! ¡Tú eres la culpable de que olvidase la fe en la que había sido bautizada!

—Mejor para ella; si su recuerdo no la hace más feliz de lo que estamos viendo, más le vale despertarse un día en el averno que pasarse la vida temiendo acabar allí. En cuanto a lo de no haberla educado, tú mismo eres testigo de que no es poco lo que ha aprendido. Antes deberías maldecir a tus padres por haberla bautizado que a mí por haberle proporcionado diez años de placer para que acabe en el pozo de Tofet Vamos, no te enojas conmigo. Por mucho que me desprecies, sabes que esta judía está de tu lado. Pelagia se casará con el godo.

—¿Con un hereje arriano?

—Ella lo convertirá y hará de él un católico, de eso puedes estar seguro. En cualquier caso, si deseas tenerla de tu parte, habrás de seguir el plan que he trazado. Tú ya has tenido tu oportunidad y la has desperdiciado; concédeme la mía. ¡Pelagia, hija mía, levanta ese ánimo y demuestra que eres toda una mujer! Abajo guardo un filtro que le suministrarás a ese desagradecido que hará que, antes de que acabe el día, esté más loco por ti de lo que nunca lo estuviste tú por él.

—¡No! —replicó Pelagia, alzando los ojos—. ¡Nada de filtros amorosos! ¡Nada de venenos!

—¿Venenos, dices, cabeza de chorlito? ¿Acaso dudas del buen hacer de esta vieja? ¿Crees que le privaré de la razón, como le ocurriera a Calisfira con su amante el año pasado, por fiarse de las pócimas de la vieja Megera en lugar de acudir a mí?

—¡No! ¡Nada de pócimas ni de magia! ¡Debe amarme por mí misma, o dejarme! Debe amarme porque me encuentre digna de su amor, honrarme y adorarme... ¡o mejor morir! Hasta en las más bajas pasiones, siempre me he jactado de no tener que recurrir a semejantes artimañas, sino, como Afrodita,

conquistar por mí misma el título de reina de pleno derecho. Nunca he necesitado otro filtro aparte de mí misma; si algún día llego a necesitar otro, más me valdría morir.

—¡Tan locos la una como el otro! —exclamó Miriam, asombrada—. ¡Chitón! ¿Quién anda ahí fuera?

En aquel momento, se oyeron pasos de gente que subía por la escalera. Los tres se miraron aterrados. Filamón pensó que eran monjes que iban en su busca. Miriam supuso que era la guardia de Orestes que venía a prenderla. A Pelagia le asaltaron temores de toda índole...

—¿Dispones de un cuarto interior? —le preguntó la judía.

—No.

La vieja apretó los labios y sacó la daga. Pelagia se cubrió con el manto y, temblorosa, se quedó inclinada a la espera de otro empujón. La puerta se abrió, y no fueron monjes ni soldados los que entraron, sino Wulf y Smid.

—¿Qué tal, joven monje? —dijo este último, con una risotada—. ¿Velos aquí? ¿Dedicada a tu antigua profesión, cancerbera del infierno? ¡Fuera de aquí! Tenemos que discutir una nadería con este joven.

Sin que nada sospechasen los godos, Pelagia y Miriam bajaron precipitadamente por la escalera.

—Al menos la joven parece un poco avergonzada de sus andanzas... Wulf, procura hablar en voz baja; yo estaré pendiente de que nadie escuche tras la puerta.

Con profundo malestar, Filamón se quedó mirando fijamente a tan inesperados visitantes. ¿Qué derecho tenían ellos ni nadie a interrumpir el momento de desesperación e infortunio que estaba viviendo?... No tardó en rendirse ante el anciano Wulf, que, mirándole a los ojos con gesto amigable, le tendió la mano ancha y morena.

Filamón se la estrechó entre las suyas y, al cabo de un momento, se cubrió la cara y se echó a llorar.

—Obraste bien. Eres un muchacho valiente. Si hubieras sucumbido, cualquiera se habría sentido orgulloso de sufrir tan digna muerte.

—¿Estabas allí? —preguntó Filamón, entre sollozos.

—Estábamos.

—Y te diré más —añadió Smid, mientras el pobre chico los escuchaba estremecido—: Algunos estábamos decididos a saltar y ayudarte a salir del apuro. Sé de uno al menos que sintió cómo la ancestral sangre que corre por sus venas le ardía en aquel instante como la de un niño. ¡Miserable chusma! ¡Mira que abuchearla! ¡Ojalá disponga de una hora para pasarlos a todos a cuchillo antes de morir!

—¡No te faltará ocasión! —dijo Wulf—. Joven, ¿quieres conservar a tu hermana a tu lado?

— ¡Es imposible, imposible! Nunca dejará a su..., al de Amal.

— ¿Estás seguro de lo que dices?

— Eso fue lo que me dijo no hará ni diez minutos. Ella era la que salía cuando llegasteis.

Atónito y molesto, Smid profirió una maldición.

— ¿Cómo no me habré dado cuenta? ¡Por el alma de mis padres que le hubiera hecho comprender que era más fácil quedarse aquí que regresar a casa!

— Silencio, Smid. Mejor así. Joven, si la dejas en tus manos, ¿te atreverías a llevártela contigo?

Filamón pareció dudar un instante.

— De sobra conoces mi valor. Pero nunca recurriría a la violencia.

— Guárdate las consideraciones filosóficas. Te he hecho una pregunta. Siempre he pensado que un hombre con dos dedos de frente sólo tiene una respuesta, tanto más tratándose de un monje desesperado.

— Olvidas lo concerniente al dinero, príncipe —apuntó Smid, con una sonrisa.

— No, no creo que el joven haya caído tan bajo como para preocuparse de una cosa así.

— Sí, pero tampoco está de más decirle que, con ella, llegarán todas sus cosas, incluidos los presentes del de Amal. En cuanto a la mansión, no debe preocuparse: no nos quedaremos en ella mucho tiempo. Tenemos en mente metas más ambiciosas: nos embarcaremos en nuevos proyectos de mayor envergadura, como dicen los tenderos de por aquí. ¿No es así, príncipe?

— ¿Su dinero? ¿Qué dinero? ¡Que Dios se apiade de ella! —repuso Filamón—. ¿Acaso pensáis que soy tan miserable como para ir tras él? En cuanto a tu pregunta, he de decirte que sí. Dime qué quieres, y lo haré.

— ¿Conoces la calleja que baja hasta el canal bordeando la parte izquierda de la cerca que rodea la mansión?

— Sí.

— ¿Y la puerta que hay en el torreón de la esquina, la que da al embarcadero?

— También.

— Preséntate allí mañana con una docena de monjes fornidos después de la puesta de sol, y llévate lo que dejemos en tus manos. A partir de ese momento, es cosa tuya, que no nuestra.

— ¿Monjes? —se extrañó Filamón—. Estoy peleado con todos.

— Pues haz las paces —le recomendó Smid.

— Supongo que nada os importa la persona que me lleve —apuntó el joven, sobrecogido.

— Por nosotros, una vez que te la hayamos entregado, como si la quieres



tirar al canal y poner tierra por medio, que es lo que en tu situación haría un godo – le aclaró Smid.

– No insultes al joven, amigo mío. Si, en vez de castigarla, cree que puede enmendarla, en nombre de Freya, deja que lo intente. O sea, que estarás donde hemos quedado. No olvides que te aprecio. Por eso te digo que tomes precauciones. Me gustaste desde que vi cómo plantabas cara a aquel cerdo en el río. Y ahora más que entonces, porque hoy hablaste como un bardo y te portaste como un héroe. Tómate en serio mi advertencia: si mañana por la noche no te rodeas de una buena escolta, tu vida puede correr peligro. La ciudad entera se ha echado a la calle, y sólo Odín sabe qué pueda pasar, o quién seguirá con vida dentro de cuarenta y ocho horas. ¡Ándate con ojo! Nunca se sabe qué puede hacer la chusma; ni siquiera ellos saben qué pueden llegar a ver sus ojos. Si crees que éste es un lugar seguro y en algo estimas su vida y la tuya, no te muevas de aquí... Y si tienes a bien aceptar mi consejo, procura que sean monjes quienes te acompañen, aunque se te revuelvan las tripas...

– ¡No me parece justo, príncipe! ¡Has hablado más de la cuenta! – se revolvió Smid.

Haciendo de tripas corazón, el joven respondió:

– ¡Sea!

– ¡He ganado la apuesta, Smid! – comentó el anciano, riéndose cuando, para sorpresa y terror del vecindario, salieron a la calle, entre las palmas de los chicos que por allí andaban y los furiosos ladridos de los perros al ver a tan inesperados y extraños visitantes.

– No has jugado limpio; nada te debo, pues. Ya hablaremos mañana.

– ¡Sabía que el muchacho nos diría que sí! ¡Estaba seguro de que era un chico de fiar!

– En cualquier caso, no hemos de temer que vaya a portarse mal con la infeliz, pues ya ha demostrado cuánto la quiere, hasta el punto de arriesgar su vida por ella como esta mañana.

– De eso no estoy tan seguro – repuso Wulf, meneando la cabeza –. Según tengo entendido, estos monjes creen que, cuanto más desdichados son, más los ama su dios. Por lo mismo, quizá crean también que cuanto más amarguen la vida a sus semejantes más les amará ese mismo dios. Pero eso, a ti y a mí, ni nos va ni nos viene.

– Bastante tenemos con lo que nos traemos entre manos. Pero, siento decírtelo, no has jugado limpio, y nada te debo.

– Pues claro que no. ¡Esta noche, las calles están atestadas! Si esto sigue así, no vamos a poder ver a los de la guardia.

– Bastante tenemos con mirar por nosotros. ¿Acaso no has oído lo que gritan? «¡Abajo los paganos! ¡Acabemos con los bárbaros!». Se refieren a

nosotros, por si no te habías dado cuenta.

—¿No pensarás que eres el único que entiende griego, verdad? Que vengan... Será una buena excusa para quedarnos en la mansión durante una semana más.

—Pero ¿cómo iremos a hablar con los de la guardia?

—Daremos un rodeo por el río. Más valen hechos que palabras. No les quedará más remedio que ponerse de nuestra parte, y hasta es posible que estén encantados de contar con nuestra ayuda. Si el populacho decide pasar a la acción, empezará por el prefecto.

—En ese caso... ¡ya pueden gritar cuanto quieran! Aunque no piensen siquiera en moverse de donde están, hasta una milla recorrerán nuestros guerreros cuando vean que es el de Amal quien está al frente.

—No lo dudo en cuanto a los godos, marcomanos, dacios, tracios, o como quieran que los llamen los romanos. Pero de los hunos no me fío.

—¡Que el cielo les caiga encima de esas caras de torta, de esos ojos de cerdo que tienen! ¡Ni falta que nos hacen! Apenas son veinte en nuestras filas. Cualquiera de nosotros vale por tres de ellos, y ten por seguro que se pondrán del lado de quien lleve las de ganar. ¡No olvides la perspectiva del botín, compañero! Si sus narices han percibido no sea más que el olor de una bola de sebo, ¿dónde has visto a un huno que retroceda?

—En cuanto a los galos y latinos —continuó Wulf, pensando en voz alta—, sólo se deben a quien les paga la soldada...

—Que nosotros, como sabios generales que somos, nos ocuparemos de pagar: una parte saldrá de nuestros bolsillos y nueve irán a cuenta de nuestros enemigos. ¿Dices que el de Amal está dispuesto?

—No menos que sus perros de caza, pero necesita un empujoncito. Estoy seguro de que sabe lo que tiene que hacer. Hace mucho que nos conocemos. Pero nunca ha podido prever nada con veinticuatro horas de antelación. Lo único que puedo asegurarte es que, si ahora mismo cayera de nuevo en las redes de Pelagia, se olvidaría de la espada y se quedaría dormido en los laureles.

—En cuanto al destino de la joven, no hay de qué preocuparse; ya está resuelto. ¡Preocúpate más bien de la chusma que se agolpa a las puertas de casa! Tendremos que entrar por detrás.

—¿Escondernos en la madriguera, como si fuésemos ratones? No, yo seguiré adelante. ¡Empuña el martillo y las tenazas, o sal de aquí por piernas!

—¡Ni lo sueñes!

Espada en mano, se fueron derechos al centro de la muchedumbre, que, como un rebaño de ovejas, se apartó para dejarles paso.

—¡Ya saben quiénes van a ser sus nuevos amos dentro de poco!

Sin embargo, en el momento en que el populacho comprobó que estaban a

punto de cruzar el umbral de la mansión, comenzaron a escucharse gritos de «¡godos, paganos, bárbaros!», y se abalanzaron sobre ellos por la espalda.

— ¡Vosotros os lo habéis buscado! — dijo Wulf, y dos largas y relucientes espadas comenzaron a refulgir en torno de aquellas cabezas, tomándose más rojas cada vez que desaparecían entre la muchedumbre... No por eso los dos ancianos alteraron el paso que llevaban, sino que llamaron a la puerta y traspasaron el umbral, dejando tras ellos más de un cuerpo sin vida a la entrada.

— Hemos prendido la mecha que nos permitirá llevar a cabo la venganza que tenemos planeada — apuntó Smid, mientras limpiaban las espadas.

— Así es. Voy en busca de un bote y de media docena de hombres. Goderico y yo iremos por el canal hasta el palacio para ultimar un par de detalles con los hombres de la guardia.

— ¿No debería ir el de Amal y decirle en persona al prefecto que estamos a sus órdenes?

— ¿Cómo? ¿Piensas acaso que va a ponerse de nuestra parte después de lo que ha pasado ahí fuera? Por el bien de todos, más nos vale que no abra la boca.

— ¡Seguro que no ha de quejarse! No olvides que no hay mejor orador que el bardo que recita sagas cargadas de riquezas — dijo Smid, a carcajadas, cuando Wulf se dirigía a aprestar la barca.

## CAPÍTULO XXV.

### En busca de una señal

— ¿QUÉ TE HA DICHO, PADRE? —le preguntó Hipatia, cuando Teón regresó a su lado, tras haber entregado la desafortunada misiva a Filamón.

— ¡Es un insolente! La hizo pedazos y se marchó sin decir palabra.

— ¡Déjale que se vaya y reniegue de nosotros como los demás, cuando las cosas se tuercen!

— Al menos las joyas están en nuestro poder...

— ¿Las joyas? Devuélveselas a su dueña. No vamos a ensuciarnos las manos aceptando un salario a cambio de nada..., sobre todo si nada hemos sacado en limpio.

— Pero, hija mía, nos las dieron sin esperar nada a cambio. Me rogó que las aceptase y, a decir verdad, creo que debo conservarlas. Tras este lamentable desastre, ten por seguro que todos los acreedores vendrán a reclamarnos lo que les debemos.

— Que se queden con la casa y los muebles, que nos vendan como esclavos. Que se lleven todo, con tal de que nadie pueda echarnos nada en cara.

— ¿Que nos vendan como esclavos? ¿Acaso te has vuelto loca?

— No del todo aún, padre —repuso Hipatia, esbozando una triste sonrisa—. Aunque fuéramos esclavos, no estaríamos peor que ahora. Cuando partió de Alejandría como un pordiosero sin tener dónde caerse muerto, Rafael Aben-Ezra me dijo que lo hacía atendiendo a mis preceptos. ¿Acaso piensas que, llegado el caso, no tendré el valor de actuar del mismo modo? Cada vez que pienso en el coraje de que dio muestras, me siento avergonzada de la regalada vida que he llevado los últimos meses. Después de todo, el filósofo sólo necesita pan, agua y un arroyo de agua clara en donde lavar las manchas que a diario le ocasiona la prisión terrenal en que está confinado. Cúmplase nuestro destino. Hipatia dejará de luchar contra corriente.

— Hija mía, ¿ya lo das todo por perdido? ¿Tan pronto te dejas dominar por el desaliento? ¿Cómo es posible que este desdichado incidente pueda

echar abajo los propósitos que, durante tantos años, te han guiado? Orestes sigue estando de tu parte. Los soldados tienen órdenes de proteger la casa mientras creamos que es necesario.

— En ese caso, despídelos. No he hecho mal a nadie, y ninguna represalia he de temer.

— No sabes de lo que esa chusma es capaz. Ya van gritando tu nombre por las calles, junto con el de Pelagia.

Hipatia sintió su escalofrío. Su nombre, coreado al mismo tiempo que el de Pelagia. ¡Tal era el fruto de su labor!

— ¡Me lo tengo merecido! ¡Me he vendido a la mentira y al deshonor! ¡Me he rebajado y sometido a las intrigas! ¡Me he comportado como una sórdida embaucadora! Padre, ¡no vuelvas a mencionar el nombre del prefecto en mi presencia! Me alié con ese impuro sanguinario, y recibo el pago que por ello me corresponde. De aquí en adelante, nunca más Hipatia se mezclará en política, padre; se acabaron las disertaciones y las lecciones; no más perlas de sabiduría arrojadas a los cerdos. He pecado por desvelar los secretos de los inmortales a las multitudes. ¡Que sigan la senda que les marca el destino! ¡Qué necia fui al pensar que mis palabras, mis proyectos bastarían para enaltecer al populacho pasando por encima de los designios de los dioses!

— ¿Renuncias, pues, a nuestras lecciones? ¡Peor me lo pones! ¡Nos veremos en la ruina!

— Ya nada nos queda. No podemos contar con Orestes. Conozco demasiado a ese hombre, padre, para afirmar que, si fuera preciso porque viera en peligro su rastrera vida o su miserable cargo, mañana mismo nos entregaría sin más a la furia de los cristianos.

— Cierto. No te falta razón —contestó el pobre Teón, retorciéndose las manos—. Pero ¿qué va a ser de nosotros..., de ti, más bien? Lo de menos es lo que le pueda pasar a este inútil y viejo astrónomo. Poco le importa morir hoy mismo o el año que viene. ¡Pero tú..., tú! ¡Huyamos por el canal! Aun prescindiendo de las joyas que rechazas, podemos reunir lo suficiente para marcharnos a Atenas. Al lado de Plutarco, que te recibirá con los brazos abiertos, como todos los atenienses, estaremos a salvo. Fundaremos una nueva escuela, ¡y serás la reina de Atenas como ya lo has sido de Alejandría!

— No, padre. En adelante, lo que aprenda me lo guardaré para mí. A partir de hoy, Hipatia se quedará sola, en compañía de los dioses inmortales.

— ¿No estarás pensando en abandonarme? —gritó el anciano, desesperado.

— ¡Jamás! —repuso Hipatia, rompiendo a llorar con sentidas lágrimas y arrojándose en brazos de Teón—. ¡Nunca, nunca, padre de mi espíritu y de mi cuerpo! ¡Nunca, padre mío! Desde la cuna, tú me enseñaste, me formaste y educaste mi espíritu para que volase libremente. Eres el único ser humano

que jamás ha malinterpretado mis palabras, el único que jamás me ha puesto zancadillas ni me ha engañado.

— ¡Incomparable hija! ¡Pensar que yo he sido la causa de tu desdicha!

— ¡Tú, no, te lo repito! ¡Sólo yo tengo la culpa! Me metí en política, y te induje a creer que sería capaz de conseguir lo que con alocada temeridad intenté llevar a cabo. A no ser que quieras partirme el corazón, ¡no te echas tú la culpa! Juntos, aún podemos ser felices... Una cabaña de hojas de palma en el desierto, dátiles de los árboles y agua de un manantial... Si los monjes se atreven a vivir solos con sus miserias en un lugar semejante, ¿no nos atreveremos nosotros a imitarlos, viviendo en paz y armonía?

— Estás decidida a abandonar la ciudad, por lo que veo...

— Pero no ahora mismo. Sería una bajeza huir ante el peligro que nos acecha. Aunque no tengamos el valor de morir como héroes, permaneceremos en nuestro puesto hasta el final. Mañana, acudiré al aula de mi querido Museo por última vez para despedirme de mis discípulos. Aun indignos como son, creo que es de justicia darles una explicación, que me debo a mí misma y a la filosofía, sobre la decisión que he tomado.

— Un gesto arriesgado, si quieres oír mi opinión.

— En ese caso, puedo pedir a la guardia que me acompañe. Aunque bien pensado, creo que no lo haré... No quiero darles motivos que puedan inducirles a pensar que, por miedo, la filósofa abandona su ocupación. Que me vean salir como siempre, revestida del coraje que proporciona la inocencia, tranquila bajo la protección de los dioses. Así quizá lleguen a intuir lo que representa el sagrado respeto a los dioses y perciban un atisbo de su sagrada labor.

— Iré contigo.

— No; iré sola. Tú puedes correr algún peligro, mientras que yo nada he de temer. Al fin y al cabo, mujer soy, y a pesar de su odio, no se atreverán a hacerme daño.

El anciano meneó la cabeza de un lado a otro con gesto de duda.

— Mírame — continuó Hipatia, poniendo las manos sobre los hombros de Teón y mirándole a los ojos —. Siempre dices que soy hermosa y, como sabes, la belleza capaz es de amansar a los leones. ¿No crees que este rostro sería capaz de desalmar al más iracundo de los monjes?

Se echó a reír y se ruborizó con tanta gracia que al anciano se le olvidaron todos los pesares, como ella pretendía; su padre le dio un beso y fue a disponer que se atendiera a los soldados a cuerpo de rey; algo en su fuero interno le decía que debían quedarse en su casa el mayor tiempo posible; en concordancia con tan sensato cálculo, hizo como que no veía el descarado trajín al que estaban entregados sus valerosos defensores y las doncellas de Hipatia, quienes, menos recatadas que su ama, daban gracias al cielo por la

oportunidad que se les brindaba de pasar la tarde en compañía de una veintena de corpulentos guerreros.

Entre carcajadas y bromas, se lo estaban pasando en grande cuando, tras sacar el mejor y más añejo vino que guardaba, Teón les propuso, a modo de disculpa, un brindis a la salud del emperador de África. Luego, se encerró en la biblioteca y buscó sosiego para su atormentado espíritu en un abstruso problema de astronomía al que no había dejado de darle vueltas durante todo el día, que lo había perseguido hasta en el teatro. Entretanto, Hipatia continuaba sentada en su aposento, con el rostro entre las manos, un torbellino de ideas en la cabeza y los ojos llenos de lágrimas. Aunque había conseguido disipar los temores que asaltaban a su padre, no era capaz de apartar de sí el pavor que la angustiaba.

Sin saber por qué, sentía con toda claridad, como si un dios se lo susurrara al oído, que su vida había llegado a un punto crítico, que su carrera como consejera política y como maestra había tocado techo, y que debía contentarse con vivir para sí misma y ahondar en su interior para seguir siendo lo que era o lo que pudiera llegar a ser. Se produciría un renacimiento del mundo, sin duda, mas no en aquella época; los dioses volverían a ocupar el puesto que les correspondía, pero no sería gracias a ella. Era una terrible conclusión, aunque en realidad nada nuevo para ella. Hacía años que el corazón le decía que vana era la esperanza que mantenía, que luchaba contra una corriente demasiado impetuosa. Había llegado a un punto en que o se dejaba arrastrar por ella o, haciendo un esfuerzo desesperado, trataba de llegar a tierra firme dejando que las aguas siguiesen su curso... ¿Su curso? Desde luego; no el de los dioses, pues borraba sus nombres de la faz de la tierra. ¿Y si no les importase que nadie los reconociera? ¿Y si, hartos de tanta adoración y veneración por parte de los mortales, bastándose como se bastaban a sí mismos en el paraíso, no se ocupasen de los bienes ni de los males de la tierra? ¿Sería eso? ¿No le bastaba acaso con lo que observaba a su alrededor? ¿Qué interés había mostrado Isis por la ciudad de Alejandría, o Atenea por Atenas?... No obstante, Homero, Hesíodo y los antiguos poetas órficos eran de otra opinión... ¿De dónde habrían sacado la peregrina idea de que los dioses aconsejaban al género humano, participaban en sus guerras y contraían nupcias con mortales, como si de una tribu unida a ellos por lazos de parentesco se tratase?

«Zeus, padre de todos los dioses y de todos los hombres»... Palabras de esperanza y de consuelo... Pero ¿ciertas? ¿Padre de todos los hombres? ¡Imposible! No era padre de Pelagia, eso por descontado. Tampoco padre de los hombres de baja estofa, de la chusma ni de los ignorantes... Aquellos poetas sólo debían de referirse al hecho de que era el padre de las almas de los héroes... Mas ¿qué había sido de tales almas? ¿Acaso la suya era una de

ellas? Si así fuera, ¿por qué, cuando más los necesitaba, la dejaban de lado los poderes celestiales? ¿Se habría extinguido la estirpe de los héroes, y ella, en su presunción, se estaría atribuyendo un linaje que no le correspondía? ¿No sería todo una fantasía de aquellos antiguos bardos? ¿No sería que, como aseguraban sin pelos en la lengua algunos filósofos, los antiguos se habían inventado unos dioses a su semejanza y, aprovechándose del temor y la veneración que inspiraban a sus semejantes, habían llegado a creerse sus propias fantasías?... Eso tenía que haber sido, pues, de haber dioses, nada haría tan feliz al hombre como llegar a conocerlos. ¿No se habrían molestado en enseñar a los hombres el camino para llegar a conocerlos, desvelando, siquiera para dejar a salvo su honor, su belleza a unos cuantos elegidos, o incluso, como había llegado a imaginar, a aquellos que propiciaban un anhelo similar al espíritu celestial que a ellos los animaba...? ¿Y si no hubiese dioses? ¿Y si la vorágine del destino que borraba sus nombres fuera la única fuerza verdadera? ¿Y si en aquella antigua idea del escéptico Pirrón residiese la verdadera solución al problema del universo? ¿Y si no hubiera ni centro, ni orden, ni reposo, ni propósito..., sino tan sólo un devenir perpetuo, un cambio continuo? A tal punto llegaba la confusión que se había adueñado de su mente y de su corazón que se alzó ante ella la espantosa visión de Lucrecio: un universo en permanente caída, siempre cayendo, por los siglos de los siglos, desde un punto indeterminado a otro no menos ignoto, en respuesta a una ineludible fuerza gravitatoria de causa desconocida, en donde los cambios y mutaciones que observamos en todo lo percedero no son sino un desconcertante tumulto de átomos de polvo producido por una sempiterna tormenta...

¡Imposible! Inmutables, absolutas, siempre idénticas a sí mismas, existían la verdad, la virtud, la belleza, la nobleza. El divino instinto de su corazón femenino se rebelaba contra su entendimiento y, en su nombre, afirmaba que tal cosa no podía ser... Sí; había virtud, belleza..., pero ¿acaso no podrían ser también accidentes de ese embrujo que el hombre ha dado en llamar vida mortal, accidentes temporales y mudables de su conciencia, relucientes chispas producidas por el entrechocar de unos cuantos átomos de polvo? ¿Quién podría estar seguro de que no era así?

Tiempo atrás había habido personas capaces de dar respuesta a tales preguntas. ¿No se había referido Plotino a esa mística y directa intuición de la deidad, un éxtasis ajeno a la pasión, pero capaz de embriagar el alma, en que ésta, elevándose por encima de la vida, del pensamiento y de la razón, se acerca a eso en lo que atisba un reflejo de sí misma, al Uno absoluto y primigenio, confundiéndose en esa unidad o, más bien, percibe con toda claridad la unidad que la vincula con ese mismo Uno del que emanó? A lo largo de los sesenta años que vivió, hasta seis veces se había elevado Plotino a



tales abismos de mística unión y se había reconocido como parte de dios. Sólo una vez, Porfirio había llegado a tanto. Sin embargo, y a pesar de las repetidas veces que lo había intentado, Hipatia jamás había alcanzado a ver con claridad ese ser exterior a sí misma, aunque la práctica, la fuerza de voluntad y su exaltada imaginación la habían acostumbrado a experimentar, casi a su antojo, ese misterioso éxtasis, paso previo obligado para alcanzar la visión sobrenatural. Pero el placer que encontraba en las fulgurantes y, según ella, divinas ensoñaciones que vivía en aquellos momentos, se venía invariablemente abajo al reconocer que, en cuanto a tales situaciones, cientos de personas inferiores a ella en entendimiento y sabiduría y, lo que es peor, monjes cristianos y también monjas, se jactaban de ser como ella, cuando no superiores, recurriendo a sus mismos métodos. Gracias al celibato, a rigurosos ayunos, al total abandono corporal y a la concentración intensa en una sola idea, también ellos decían ser capaces de elevarse más allá del cuerpo hasta esas celestiales regiones, donde contemplaban cosas inefables que, al igual que otras de la misma índole, describían con todo detalle y el vulgo se encargaba de repetir... No sin un atisbo de estar haciendo el ridículo, se dispuso aquella tarde para llevar a cabo otra tentativa, quizá la última, para llegar hasta el cielo, sin olvidar a todos esos monjes y monjas ignorantes que, desde Constantinopla a la Tebaida, estarían empeñados en conseguir lo mismo en aquel preciso instante. Con todo, tenía que intentarlo. En aquel terrible abismo de dudas en que se hallaba sumida, necesitaba algo palpable y real, que fuese más allá de sus ideas, esperanzas y especulaciones, algo en que sustentar su desgastada fe, su fatigado corazón... A lo mejor esta vez, por fin, apiadándose de la necesidad extrema en que se encontraba, algún dios se aviniese a enviarle un destello de su hermosura... A lo mejor Atenea se compadecía de ella... Y si no la diosa, algún demiurgo, ángel o demonio... Se estremeció al pensar en aquellos espíritus perversos y mentirosos que, bajo la apariencia de ángeles de la luz, se complacían en confundir y tentar a los devotos de los dioses. Ni tan peligrosa posibilidad bastó para apartarla de su propósito. ¿Acaso no era tan virtuosa y sin tacha como la propia Atenea? ¿Acaso su natural pureza no le provocaría un instintivo rechazo que le ayudaría a identificar, aun bajo las más bellas apariencias, a tan miserables seres? Cuando menos, estaba dispuesta a intentarlo...

Con ojos gachos, comenzó por despojarse de las joyas y ropas que llevaba. Desnudó a continuación sus senos y sus pies y, tras deshacer las doradas trenzas de sus cabellos, se tendió en el lecho, cruzó las manos sobre el pecho, fijó la mirada en el techo y se dispuso a aguardar lo que pudiera suceder.

Permaneció en esa postura durante horas, hasta que los ojos se le hincharon y su respiración se convirtió en jadeo, sin que sus extremidades, ni

las manos ni los pies, emitiesen señal alguna de vida, como la esposa de marfil de Pigmalión antes de tornarse en ser humano de carne y hueso. El sol se fue hundiendo tras el horizonte; el bullicio iba en aumento en la ciudad; los soldados se divertían de lo lindo en la planta baja. No prestó atención a nada de lo que acontecía a su alrededor, como si no fuese con ella. La fe, la esperanza y el conocimiento que albergaba dependían del resultado de su denodado afán por llegar a las más altas esferas. Y gracias al esfuerzo continuado de su bien ejercitada voluntad, que, según los místicos, alcanzaba su más excelsa expresión en la propia aniquilación, apartó sus sentidos de cuanto la rodeaba y dejó la mente en blanco, yaciendo resignada, casi olvidada de sí misma, hasta que se desvaneció la conciencia de tiempo y lugar y le pareció estar sola frente al abismo.

No se atrevía a pensar, a esperar, a regocijarse, por miedo de romper el hechizo... Llegada a ese punto, demasiadas veces lo había roto al dejarse llevar repentina e inopinadamente por su alegría o su temor; en esta ocasión, se mantuvo firme, sin embargo... No sentía sus extremidades, ni oía siquiera su respiración... Sobre ella y a su alrededor, observaba una tenue y reluciente neblina, una red interminable de velos resplandecientes que iban y venían, se entrelazaban y se separaban... ¿Estaba en su propio cuerpo o habría dejado atrás acaso su envoltura corporal...?



La red se desvaneció en un abismo de luz más refulgente... Se vio rodeada de una atmósfera acogedora, que se estremecía al compás de aquel resplandor y la inundaba por dentro... Absorbió la luz y le pareció flotar en ella, como una mota de polvo al sol del mediodía... Se mantuvo firme.



A lo lejos, a millas, eones y abismos de distancia, al final de interminables senderos de luz, percibió una mancha oscura y sombría, que crecía a medida que se acercaba... Un globo oscuro, circundado de destellos iridiscentes... ¿Qué podía ser aquello? No se atrevía a albergar esperanzas... Se aproximó cada vez más, y más, hasta tocarla... El centro se estremeció, emitió un parpadeo brillante, tomó forma y apareció un rostro... ¿Un dios, quizá? ¡No, el rostro de Pelagia!

Hermoso, triste, suplicante, resentido, indignado, terrible... Hipatia no lo pudo soportar; se puso en pie dando un grito, experimentando en toda su amargura la aterradora sensación del místico, cuando la voluntad y la razón

humanas de las que ha prescindido recuperan sus divinos derechos y, a la embriaguez de la imaginación, sucede la postración, el hundimiento.

¡Conque aquélla era la respuesta de los dioses! ¡El fantasma de aquella a la que había despreciado, escarnecido, rechazado! «¡No, no es ésta la respuesta de los dioses, sino la de mi propia alma! ¡Qué necia he sido! ¡Pretendía renunciar por completo a mi voluntad cuando, de hecho, he impuesto sus dictados! ¡Tratando de dominarlos, he acabado por ser esclava de los vaivenes de mi mente! ¿Y si esa red de luz, ese resplandor y ese globo oscuro no fuesen, como el rostro de Pelagia, sino fantasmas de mi propia imaginación y hasta de mis sentidos? ¿Y si me hubiera tomado a mí misma por la divinidad? ¿Y si yo fuera mi propia luz y mi propio abismo? ¿Acaso no es eso lo que soy, mi abismo, mi luz, mi propia oscuridad?». Sonrió apesadumbrada y, tendiéndose de nuevo en el lecho, se cubrió la cabeza con las manos, exhausta tanto física como mentalmente.

Se levantó, por fin, y se sentó, sin preocuparse de sus cabellos en desorden, mirando al vacío. «¡Tan sólo una señal, un signo! ¡Por aquella época dorada que cantaron los poetas, cuando los dioses caminaban junto a los hombres y luchaban a su lado como amigos! Sin embargo... ¿debemos dar crédito a semejantes relatos? ¿Son piadosos, decorosos siquiera? ¿Acaso no los rechaza mi corazón? ¿Quién sino yo, aparte de Platón, ha deplorado más los vicios, las depravadas metamorfosis que Homero atribuye a los dioses griegos? ¿Habré de aceptarlos ahora? ¿Creeré que esos dioses que viven más allá de nuestros sentidos se avienen a ser percibidos por nuestros groseros órganos terrenales, a eones de distancia de ellos, hasta el punto de degradarse y permitir ser reconocidos por tan burdos accidentes materiales? ¡Sí, mejor eso que nada!... Sea, pues. Mil veces prefiero creer que Ares huyó dando gritos, herido por la mano de un mortal, y más me inclino a admitir los adulterios de Zeus y los hurtos de Hermes que reconocer que los dioses nunca han hablado cara a cara con los hombres. A menos que me haya vuelto loca, prefiero pensar sin lugar a dudas que los seres de ese mundo invisible que anhelo, aun cuando más caprichosos y rastreros que los humanos, se aparecieron y se pusieron en contacto con los hombres. ¿Hay un mundo invisible? ¡Una señal, un indicio!».

Aturdida y fuera de sí, se dirigió a lo que llamaba su «cámara de los dioses», donde, más por razones de orden estético que por devoción, guardaba una colección de objetos antiguos. Las estatuas que contemplaba a su alrededor dirigían a lo alto sus blancos e inanimados ojos, haciendo gala de su serena y fenecida hermosura, fríos sueños de pasadas generaciones. ¡Si pudieran hablar y llevar algo de sosiego a su corazón! En uno de los extremos de la sala, una Pallas Atenea, pertrechada de sus armas, égida, lanza y yelmo, una obra maestra de la escultura ateniense que había comprado a unos

mercaderes tras el saqueo de Atenas a manos de los godos. Allí estaba, bella y serena; por desgracia, le faltaba la mano derecha, aunque mantenía extendido el brazo mutilado, triste remedo de una fe cuyas manifestaciones aún eran visibles, pero cuyo poder había desaparecido tiempo atrás.

Observó durante largo rato, con mirada llena de cariño, la imagen de su diosa preferida, representación del ideal que había intentado imitar durante tantos años. Hasta que... ¿sería un sueño, una veleidad de la mortecina luz del sol, o aquellos labios habían esbozado una sonrisa?

¡Imposible! No, no era imposible. ¿Acaso no era cierto que, pocos años antes, una estatua de Hécate había sonreído a un filósofo? ¿No se contaban historias de estatuas que se movían, de pinturas que parpadeaban y otros milagros materiales, gracias a los cuales una fe en decadencia trataba desesperadamente, no de engañar a nadie, sino de convencerse a sí misma de que todavía era reconocida como tal? Había sucedido, podría volver a suceder, luego ¡real era lo que estaba viendo!

¡No! Los labios de la diosa permanecían cerrados como siempre, la misma serenidad pétreo y silente, que no podía calificarse ni como esbozo de una sonrisa. El milagro, si tal se había producido, había pasado. Y entonces... ¿le engañaban de nuevo los ojos o no parecía que las serpientes que rodeaban la cabeza de Medusa esculpida en el escudo de la diosa se retorcían, le enseñaban los colmillos y la observaban con sus pétreos ojos como si buscasen petrificarla a ella también?

¡No! También esa ilusión pasó. ¡Ojalá que hubiese continuado, porque habría significado un atisbo de vida! Contempló el rostro de la diosa una vez más, pero en vano... La piedra seguía siendo piedra; sin darse cuenta de lo que hacía, abrazó con pasión aquellas rodillas de mármol.

«¡Adorada Palas Atenea, siempre virgen, razón absoluta que brotaste increada del Uno que no tiene nombre, atiende mis plegarias! ¡Apiádate de mí! ¡Háblame, aunque sea para maldecirme! Tú, la única que a tu antojo recurres a los rayos de tu padre, arrebatame la vida con uno de ellos, si tal es tu voluntad; pero haz algo..., algo que me demuestre que existes, algo que me permita afirmar con certeza que hay otros seres, aparte de la grosera materia y de mi alma miserable. ¡Estoy sola en el centro del universo! ¡Me despeño sin remedio por el abismo de la ignorancia, de la duda, de la oscuridad que no conoce límites! ¡Apiádate de mí, que reconozco que no eres esta piedra, sino que estás en todas partes y en todas las cosas, igual que sé que esta apariencia es agradable a tus ojos, porque es símbolo de tu nobleza! ¡Sé que te has dignado hablar a aquellos que...! Mas ¿qué estoy diciendo? ¡Nada, nada, nada!».

Y siguió abrazada a la estatua, bañando con ardientes lágrimas los fríos pies de la diosa, sin que apareciese una señal ni lograrse oír voz alguna, sin

obtener el menor atisbo de respuesta.

De repente, se sobresaltó al oír una especie de susurro a su lado; se volvió y vio que allí mismo, detrás de ella, estaba la vieja judía.

— ¡Grita, grítale bien fuerte! — musitaba la anciana para sus adentros con amargo sarcasmo—. Grítale fuerte, porque es una diosa, y quizás esté departiendo con alguien, persiguiendo a alguien o haya salido de viaje. A lo peor sólo es que ha envejecido, como nos sucederá a todos algún día, hermosa dama, y se ha vuelto huraña y perezosa a la hora de moverse. ¿Cómo es posible? ¿Acaso tu traviesa muñeca no se digna dirigirte la palabra, ni siquiera abre los ojos porque los hilos que la articulan están herrumbrosos? Bueno; si eso es lo que quieres, ya te proporcionaremos otra muñeca.

— ¡Fuera de aquí, hechicera! ¿Cómo te atreves a pisar siquiera este lugar? — exclamó Hipatia, encarándose con ella, mientras, impasible, la vieja seguía con su monserga.

— ¿Por qué no pruebas con aquel hermoso joven de allí? — al tiempo que señalaba una copia del Apolo que todo el mundo conoce como el de Belvedere—. ¿Cómo se llama? Ya sabes que las viejas somos rezongonas y envidiosas. Pero él, en cambio, al ver una cara tan linda como la tuya..., ningún asco habría de hacerle. ¡Díselo al hermoso joven! Si te da vergüenza, la anciana judía se ofrece a hacerlo por ti.

Todo lo dijo con intención tan notoria que Hipatia, a pesar de su repugnancia, no pudo menos que preguntarle a la bruja a cuento de qué venía semejante comentario. La vieja guardó silencio durante unos segundos, sin apartar de la filósofa sus ojos como brasas, hasta el punto de que la altiva Hipatia, como ya le sucediera en otra ocasión, se sintió acobardada al observar la profunda inteligencia, el marcado propósito y el incomparable poder que emanaba de aquellas apagadas y hundidas cuencas.

— ¿Quieres que la vieja hechicera convoque al joven y hermoso Apolo, el del lindo hoyuelo en la barbilla? Porque vendrá, te aseguro que vendrá, tan manso como una oveja, en cuanto la vieja Miriam mueva un dedo tan sólo.

— ¿Que acudirá a tu reclamo? ¿Que Apolo, el dios de la luz, accederá al llamado de una judía?

— ¡Una judía, sí, igual que tú eres griega! — replicó la anciana, casi a gritos—. ¿Y quién te has creído que eres para hacerme semejante pregunta? Vosotros, criaturas de anteayer como quien dice, ¿quiénes son vuestros dioses, vuestros héroes, vuestros demonios, quiénes sois en comparación con nosotros, vosotros, salvajes Semidesnudos y pendencieros cuando el sitio de Troya, en aquel tiempo en que nuestro Salomón, rodeado de un esplendor, como nunca se ha visto en Roma o en Constantinopla, mandaba sobre ángeles y arcángeles, tronos y potestades, con sólo pronunciar el nombre del Inefable? ¿Qué ciencia habéis desarrollado que no sea un burdo remedo de la

practicada por egipcios y caldeos? ¿Qué sabían los egipcios antes de recibir las enseñanzas de Moisés? ¿Qué conocimientos poseían los caldeos, aparte de los que Daniel les transmitiera? ¡Toda la sabiduría del mundo procede de nosotros, padres y maestros de la magia, custodios de los más recónditos secretos del universo! Mira, niña griega (que así se referían los sacerdotes de Egipto a tus antepasados, como si fueran niños: siempre gimoteando por un juguete nuevo, para olvidarse de él al día siguiente), no harías mal en acudir a la fuente de la que procede tu mezquino saber. ¡Nombra aquello que quieras ver, y lo verás!

Hipatia estaba aterrada. Era indudable que aquella mujer tenía fe en lo que decía, era la viva imagen de una convicción que tan pocas veces había observado que no es de extrañar que sintiese la ineludible fuerza de la persuasión, la misma que debería alentar en el corazón de los hombres. Por otra parte, su escuela había considerado siempre a los antiguos pueblos de Oriente como fuentes primigenias de inspiración, depositarios de una misteriosa ciencia celosamente guardada por razas poderosas desaparecidas mucho tiempo atrás. ¿No podría darse el caso de que la tuviese delante de los ojos en aquel momento?

La judía se dio cuenta de que jugaba con ventaja y, sin darle tiempo a responder, continuó:

— ¿Cómo leeré, pues, el futuro? ¿Recurriré al cristal y al agua, al rayo de luz de luna en la pared, al cedazo, a la harina? ¿A los címbalos o a las estrellas? ¿A la tabla de los veinticuatro elementos que otorgó el imperio a Teodosio el Grande, a las sagradas cuentas de los ábacos asirios o al zafiro de la esfera de Hécate? ¿Amenazaré, como los sacerdotes egipcios, con descuartizar de nuevo a Osiris, o revelaré los misterios de Isis? Bien podría recurrir a cualquiera de esos medios, pues todos me resultan más que familiares. ¿O me valdré del inefable nombre grabado en el sello de Salomón, cuya existencia sólo por nuestro pueblo es conocida? No; sería una pena desperdiciarlo con una pagana. Recurriré a la sagrada oblea. ¡Mira, ahí tienes los átomos que obran maravillas! No comas nada más en el día de hoy, excepto un trozo de éstos cada tres horas; ven a verme esta noche a casa de Eudaimón, el que vigila a la puerta del aula, y trae contigo el ágata negra. En ese momento, ¡verás cuanto ansías contemplar!

Con gesto de duda, Hipatia tomó los trozos de oblea.

— ¿Qué es esto?

— ¿Y tú te atreves a interpretar a Homero, tú a quien oí la otra mañana disertar con tanta ligereza sobre el nepente que Helena proporcionó a los héroes para infundirles un ánimo alegre y apasionado, comentando que se trataba de una alegoría de la inspiración interior que emana de la belleza espiritual y otras lindezas de estilo semejante? Todo eso está muy bien,

hermosa mía; pero la pregunta aún queda en pie. ¿Qué era el nepente? Ahí lo tienes. Toma y pruébalo; por fuerza habrás de reconocer que mientras tú te dedicas a hablar de Helena, yo puedo hacer lo mismo que ella, y que, en último término, yo sé algo más sobre Homero que tú.

—No te creo. ¿Por qué habría de hacerlo, si no me ofreces ningún indicio de tu poder?

—¿Un indicio, dices, una señal? Arrodíllate y vuelve la cara al norte. ¡Eres demasiado alta para esta pobre vieja tullida!

—¿Que me arrodille? ¡Jamás lo he hecho ante ningún mortal!

—Imagínate entonces que te postras ante ese hermoso ídolo de ahí, si lo prefieres, pero ¡arrodíllate!

Y obedeciendo al fulgor de aquellos ojos, Hipatia se puso de rodillas ante ella.

—¿Tienes fe? ¿Albergas deseos? ¿Estás dispuesta a humillarte? ¿Obedecerás? La testarudez y el orgullo nada ven ni nada saben. Si no te entregas por completo, ni Dios ni el diablo se acercarán a ti. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí —exclamó la pobre Hipatia, muerta de curiosidad y desconfianza, al tiempo que notaba cómo la visión se le nublaba y perdía el control sobre sus extremidades bajo el influjo de tan irresistible encanto.

La vieja sacó de su seno un cristal y colocó uno de los vértices contra el pecho de Hipatia. Notó que un helado temblor recorría su cuerpo... La hechicera movió las manos trazando misteriosos signos sobre la cabeza de la filósofa, repitiendo de cuando en cuando: «¡Abajo, abajo, orgulloso espíritu!», para rozar a continuación con la punta de los dedos la frente de su víctima. Poco a poco, la joven notó que los párpados le pesaban; trató de volverlos a abrir, pero cedieron bajo la fulgurante mirada de la vieja... Al cabo de un momento, había perdido el conocimiento...

Cuando despertó, se encontró de rodillas en un rincón apartado de la sala, con los cabellos revueltos y las ropas en desorden. ¿Qué era aquel objeto tan frío al que estaba abrazada? ¡Los pies de Apolo! La vieja seguía a su lado, muerta de risa y batiendo palmas.

—¿Cómo he venido a parar aquí? ¿Qué ha pasado?

—¡Has estado diciendo lindezas! Son tales los cumplidos que has dirigido a este mozalbete que espero que no se le hayan olvidado cuando vaya a verte esta noche. ¡Has vivido un maravilloso y profético arrebató! Vaya, vaya: observo que no eres la única mujer que es más sabia dormida que despierta. Desempeñarás a la perfección el papel de Casandra, o de Clitia, como prefieras. ¿No notas como bulle en tu interior, hermosa dama? ¿Te das por satisfecha, o aún quieres más señales? ¿Será preciso que la vieja judía te prive de esos hermosos ojos azules para demostrarte que es más sabia que tú?

—¡Te creo, te creo! —exclamó la pobre joven, agotada—. Allí estaré, aunque...

—¡No olvides que, de antemano, habrás de decidir la forma en que quieres que se te aparezca!

—¡Como guste! ¡Me basta con que aparezca! Y que me dé cuenta de que es un dios. Abamnón dejó dicho que los dioses se aparecían rodeados de una luz clara, constante, cegadora, rodeados de un coro formado por todas las deidades menores, arcángeles, principados y héroes que emanan de ellos.

—Hazme caso: Abamnón era un viejo loco. ¿No pensarás que Febo persiguió a Dafne seguido de semejante séquito, o que, cuando Júpiter fue a nado en busca de Leda le precedía una bandada de patos, chorlitos y zarapitos del Nilo? No; vendrá solo, para a solas estar contigo, momento en que podrás elegir entre representar el papel de Casandra o el de Clitia. Hasta esta noche. No olvides las obleas ni el ágata, y no hables con nadie desde este instante hasta que se ponga el sol. Hasta entonces, pues, hermosa dama —y riéndose para sus adentros, la vieja hechicera abandonó la sala.

Asustada y muerta de vergüenza, Hipatia tomó asiento. Como discípula de la más sutil escuela espiritualista de Porfirio, nunca había ocultado su aversión y desprecio por las artes teúrgicas, con tanto ardor defendidas y llevadas a la práctica por Jámblico, Abamnón y otros pensadores tan apegados a los ritos de los antiguos sacerdotes egipcios y caldeos. Siempre le habían parecido entretenimientos vulgares, juegos de manos para llamar la atención del populacho... En aquellos momentos, no se atrevía a juzgarlos con tanto rigor, sin embargo. ¿Qué sabía ella si el vulgo no necesitaría de señales y hechos maravillosos en los que asentar sus creencias?... ¿Quién era ella para decir nada? ¿Acaso no había recurrido a tales signos? Abrió la conocida carta de Abamnón a Porfirio y, por vigésima vez, leyó la refinada justificación de la magia que en ella se contiene. Nada tenía que objetar. ¡Magia! ¿Acaso había algo que no fuese mágico? El universo entero, desde los planetas que discurrían por encima de su cabeza hasta el más humilde guijarro que hollaban sus pies, era un completo misterio, inefable y milagroso, capaz de ejercer y recibir influencias mediante afinidades y repulsiones tan insólitas e insondables como las que, al decir de Abamnón, atraían a los dioses hacia aquellos sonidos u objetos que, bien por la forma, el color o sus propiedades materiales, adoptaban como símbolos o representaban cierta semejanza con ellos. ¿Qué había de extraordinario en eso? El amor y el odio, la atracción y la repulsión, no otras eran las leyes por las que se regía el universo. Tampoco los filósofos, con sus explicaciones mecanicistas de los fenómenos de la naturaleza, estaban mucho más cerca de dar cumplida razón del problema. El misterioso «por qué» seguía sin respuesta... El resultado de sus sesudas indagaciones sólo valía para



embarullar con palabras rimbombantes hechos tan sencillos como que el agua abomina del aceite, porque no se aviene a mezclarse, o que la cal absorbe el ácido y gana en viveza, como un amante que experimenta el placer. ¿Por qué no? ¿Con qué derecho les negábamos las sensaciones, las emociones, que nosotros sentíamos? ¿Acaso no estaban animados por el mismo hálito espiritual que nosotros, el mismo que nos permite pensar, sentir y amar? ¿Por qué no habrían de regirse por las mismas leyes que nosotros? Si ese espíritu lo impregna todo, si su presencia vivificante es indisociable de la flor o del cristal, de los demonios o de los dioses, ¿por qué no habría de unir los dos extremos de la gran cadena de los seres, desde el inefable hasta la más humilde criatura que recibe su impronta creadora? ¿Es mayor el milagro de atraer a un dios o a un ángel por medio del incienso, símbolos y encantos materiales a fin de cuentas, que el de la atracción que un alma siente por otra gracias al sonido no menos material de la voz humana? La afinidad entre el espíritu y la materia que tal afirmación encierra, ¿es acaso más milagrosa que la afinidad entre el alma y el cuerpo, o que la retención de un alma en el interior de un cuerpo que respira un aire material y se nutre de alimentos no menos materiales? Incluso si los físicos tuvieran razón, y el alma no fuera sino un producto material, una manifestación de la energía emanada de los nervios, y las leyes que rigen la materia fueran la única ley del universo, ¿no sería la magia aún más probable, más racional? ¿Acaso todas las analogías no nos inducen a suponer la existencia de seres superiores a nosotros que también siguen esas mismas leyes, susceptibles de ser atraídos, como los seres humanos, mediante el señuelo de imágenes y sonidos materiales...? Si el espíritu todo lo impregnaba, era probable que existiera la magia; si todo era materia, la magia era una verdad incontestable. En ambos casos, bastaba sólo con referirse a la experiencia... ¿Y cuántas veces, a lo largo de los siglos, no se había llevado a cabo dicha experiencia, de la que se afirmaba que siempre había culminado con éxito? ¿Qué actitud más racional y filosófica cabía esperar de ella que comprobar por sí misma esos procedimientos y rituales de los que siempre se había dicho que si no producían el resultado apetecido era por ignorancia o incapacidad del neófito...? Abamón debía de estar, pues, en lo cierto... No se atrevía a pensar que pudiera estar equivocado. Si renunciaba a la única y postrer esperanza que le quedaba, ¿qué otra cosa podía hacer sino comer y beber hasta el día de su muerte?

## CAPÍTULO XXVI.

### Las malas artes de Miriam

QUIEN, AUN EN CONTRA de su voluntad y de su conciencia, alguna vez haya sentido auténtica adoración por una mujer, de sobra sabe de las tormentas y terremotos que han de sucederse antes de derribar al ídolo de su pedestal. Eso fue lo que pensó Filamón, al repasar los disparatados sucesos de aquel día. Porque, a medida que recapacitaba, a pesar del combate que se libraba en su ánimo y en su mente, renacía en su interior lo que había sentido por Hipatia. No se trataba sólo del casto amor que inspiraba su inigualable encanto, ni de la recta disposición natural que nos lleva a apreciar y reconocer en la belleza de un semejante, sea hombre o mujer, una cualidad digna de admiración, celestial, divina y, en cierto sentido que no acertamos a entender, profundísima y eterna, que hace que nuestro razonamiento considere baladíes las majaderías lógicas y sentimentales de los moralistas sobre «los efímeros colores que adornan la arcilla de que estamos hechos»; o, como afirman las antiguas escrituras hebreas, enseña a los hombres que la belleza física es el más profundo de los símbolos espirituales, y que, si bien la belleza sin discreción es como zarcillo de oro en hocico de cerdo, no por eso de oro deja de ser el aderezo, forma sacramental de una belleza interior a la que aspira, y quizá llegue a contemplar en la vida futura, en espíritu y verdad. No sólo esto alentaba en su interior — ¿quién se atrevería a poner la mano en el fuego para aumentar que aquello de que «si tan hermosa es, sólo la maldad puede habitar en ella» proviene de la tierra o del mundo subterráneo? —, sino que hasta las propias carencias que acababa de descubrir en su forma de ver las cosas le llevaba a descubrir nuevos atractivos en ella. Hipatia carecía de un evangelio para una Magdalena porque era pagana. La imperfección, pues, residía en su paganismo, que no en ella. Pelagia le inspiraba lástima..., mas si ni siquiera compasión hubiera mostrado por ella, ¿no era debido también al paganismo? ¿Y quién tenía la culpa de que existiera el paganismo? ¿Ella?... ¿Quién era él para dar por buena tal aseveración? ¿No había visto escándalos, estulticia y barbaridades, como para que, no obstante su educación cristiana,

su fe se tambalease? ¡Cuánto más excusable, pues, en ella, superior a él en sutileza, inteligencia y perfección, hija de un padre pagano! Si estaba engalanada de tales perfecciones, sus defectos no eran sino fruto de las circunstancias. Si ella le había acogido, protegido, enseñado y honrado... ¿podía volverse en su contra, sobre todo en aquel momento en que había caído en desgracia y, tal vez, estuviera en peligro? Si no por otras razones, aunque sólo fuera por gratitud, ¿no estaba en deuda con ella? De todos sus semejantes, ¿no era él quien más obligado estaba a creer que, para alcanzar la perfección, a Hipatia sólo le faltaba convertirse a la verdadera fe? Y renació en él, tan estimulante como la primera vez, la ilusión de convertirla..., si bien el recuerdo del primer descalabro bastó para enfriar su ardor. Si no podía convertirla, al menos podría amarla, rezar por ella... Pero hasta esa posibilidad le estaba vedada. ¿A quién dirigiría sus súplicas? Tenía que arrepentirse, obtener el perdón, humillarse durante largos años de penitencia quizás, antes de atreverse a confiar en que Dios se aviniera a escuchar sus peticiones como para rezar por otra persona... En ese desatino de esperanzas y buenos propósitos estaba, cuando le sacó de sus reflexiones la voz del menudo mozo de cuerda llamándole para cenar. Dándose cuenta por primera vez de que no había probado bocado durante todo el día, aun desganado, bajó y se sentó a la mesa.

Mientras, apesadumbrados, Filamón, el mozo y su esposa negra comían en silencio, se presentó Miriam. De muy buen talante, se paró a hablar con ellos antes de subir a sus aposentos.

—¿Así que cenando? Y sólo lentejas y sandía, con los elogios que se han dedicado a las ollas de carne de Egipto desde hace dos mil años... ¡Mucho han cambiado los tiempos, me temo!... ¡Vuestra es la culpa, miserables gentiles, que habéis echado en saco roto las antiguas enseñanzas de los hebreos y habéis aceptado servir a un César y no a un José! ¡Silencio, desvergonzadas! —les gritó a las sirvientas, que subían armando bulla por las escaleras—. ¡A ver! Traednos un pollo asado y una botella del vino de los vinos, el del lacre verde, ¡alocadas hijas de Madián! —El bullicio se desvaneció y se trocó en silencio culpable—. ¡A buen seguro que habréis andado al acecho de cuantos hombres as hayan salido al paso mientras he estado fuera! ¡Llegará el día en que tengáis que responder por ello, hijas de la primera mujer de Adán!

Una de las esclavas sirias no tardó en bajar el pollo y el vino que su ama les había pedido.

—¡Ahora sí, cenemos! ¡Vino, que alegra el corazón de los hombres! Joven, tú que has sido monje, seguro que has leído todo lo que se ha escrito sobre el mejor de los vinos, ése que baja acariciante hasta el estómago y hace hablar incluso a aquellos que están dormidos. ¡Doy fe de que excelente era el vino

que el bienaventurado Salomón almacenaba en la bodeguilla que tenía en su casa de campo en Líbano! Degustad éste, y decidme si no es un digno émulo. ¡Adelante, monada, bebe y olvida las penas! Te aseguro que no tardarás en convertirte en ferviente adorador de Belcebú. ¡Mira la espuma que se forma al servirlo: se eriza como un gato sólo de pensar que ha de entrar en contacto con labios humanos! ¡Tan dulce como la miel, tan fuerte como el fuego, tan claro como el ámbar! ¡Bebed, hijos del Hades, y aprovechad el poco tiempo que os queda entre esta vida y el fuego eterno! —y apurando su copa hasta el final, como si de agua se tratase, se dedicó a observar atentamente a los otros comensales mientras bebían.

Encantado, el raquíptico mozo siguió su ejemplo. Filamón se lo quedó mirando, deseando probarlo y, ruborizado, dio un tímido sorbito, tratando de que pareciera que no le llamaba la atención; enseguida volvió a beber, convencido de que también a él le vendría bien ahogar las penas durante un rato; trémula y muerta de miedo, la negra se negó a probarlo aduciendo que había hecho promesa de no beber.

— ¡Al diablo tú y tu promesa! ¡Bebe, tizón de Jofet! ¡No temas, que no está envenenado! Bebe, te lo ruego. Eres la última persona a quien se me ocurriría hacer daño, ya que todo el mundo se cree con derecho a hacértelo sin contar conmigo. ¡Bebe, o haré que te vuelvas tan verde como una hoja!

La negra acercó la copa a los labios y, por razones que sólo ella conocía, sin que nadie la observase, se las compuso para verter el contenido.

— Magnífica disertación la que ofreció la docta Hipatia la otra mañana a propósito del nepente de Helena —comentó el mozo, cuyas veleidades filosóficas se aguzaban a medida que acusaba los efectos de los efluvios del vino—. Jamás habría imaginado que nadie fuera capaz de extraer tan claras enseñanzas filosóficas del insondable pozo del mito. ¿No estás de acuerdo conmigo, jovencísimo Filamón?

— ¡Qué casualidad! —exclamó Miriam—. No hará ni media hora que ella y yo hablábamos de eso que acabas de mencionar.

— ¿Cómo es eso? ¿Acaso la has visto? —se interesó Filamón, con el corazón encogido.

— Pues sí; y también me habló de ti.

— ¿Cómo, cómo dices?

— Con ternura, cariño y esperanza; algo comentó acerca de un joven Apolo Febo, sin mencionar nombre alguno, por supuesto, dedicándole el más encendido elogio que yo le haya oído a lo largo del último año.

Filamón se puso como la grana.

«Y eso —pensó para sus adentros—, a pesar de lo ocurrido esta mañana», al tiempo que preguntaba en voz alta;

— Pero ¿qué le pasa a nuestro anfitrión?

–Que ha seguido el consejo de Salomón y ha dejado atrás las penas.

Y tanto. El mozo dormía plácidamente cara al techo, con la mirada perdida y una sonrisa tontorróna en los labios, mientras la negra, con la cabeza reclinada sobre el pecho, también parecía ajena a todo.

–Vamos a ver si es verdad –terció Miriam, tras hacerse con la lámpara y arrimar la llama al brazo de los durmientes; ninguno de los dos profirió un grito de dolor ni se movió.

–¿Seguro que ese vino tuyo no contiene alguna pócima? –preguntó Filamón, sin ocultar su inquietud.

–¿Y si así fuera? Lo que a ellos los ha convertido en animales a nosotros nos hará sentirnos como ángeles. No parece que a ti te haya pasado nada por haberlo bebido. Tampoco a mí.

–Pero mezclar el vino con una pócima...

–¿Y por qué no? El mismo que creó el vino hizo la savia de las adormideras. Ambos hacen que los hombres se sientan felices. ¿Por qué no mezclarlos, pues?

–¡Porque es veneno!

–Es nepente, como tuve ocasión de explicarle a Hipatia esta mañana, antes de dejarla sumida en místicos desvaríos. ¡Bebe, hijo mío, bebe! Mi intención es que no pegues ojo en toda la noche. ¡Necesito hacer de ti un hombre o, mejor dicho, ardo en deseos de comprobar si lo eres!

La vieja trasegó otra copa, y siguió mascullando para sus adentros:

–Pues claro que es veneno, igual que lo son la música y las mujeres al decir de las nuevas doctrinas, tanto paganas como cristianas; llegará el día en que también el vino y la carne se considerarán perniciosos, y viviremos en un mundo atestado de locos Nabucodonosores que se alimentarán de hierba como los bueyes. O sea, que es venenoso, despiadado y diabólico ser hombre, y no lo es, sin embargo, ser monje, eunuco o rama seca... Cirilo, Hipatia, cristianos y filósofos... ¡todos vivís en la mentira! ¡No me interrumpas, y sigue bebiendo, necio...! Los únicos hombres de pies a cabeza, que no se avergüenzan de ser como Dios los ha hecho, son los judíos. Y llegará el día en que los llamaréis a gritos, estúpidos gentiles, para que os devuelvan el sentido común y volváis a ser hombres. A falta de ellos y de esos antiguos y magníficos libros que profanáis, forjáis ídolos sirviéndoos de los personajes que pueblan sus páginas, como Abraham, Jacob, Moisés, David y Salomón, a quienes vosotros, miserables hipócritas, llamáis santos porque capaces fueron de hacer aquello para lo que vosotros no tenéis agallas: tuvieron esposas, hijos; daban gracias a Dios cuando veían a una mujer hermosa, como hiciera Adán antes que ellos y aún lo hacen hoy sus descendientes... ¡Bebe, te digo...! Y creían que el mundo había salido de las manos de Dios, no que fuera obra del diablo, y que Dios les había dado poder sobre él, como algún

día, y muy a vuestro pesar, descubriréis.

Filamón la escuchaba, incapaz de articular palabra, mientras la vieja proseguía.

—Lo mismo que la música. Ningún miedo tenían nuestros sacerdotes de recurrir al sacabuche y al salterio, al atabal y a la trompeta en la casa del Señor, porque sabían de quién procedía la pericia para fabricar tales instrumentos. Nuestros profetas no dudaban en servirse de la música cuando se disponían a ejercer su ministerio, a fin de aplacar y elevar su espíritu, para mejor comprender e interpretar la armonía interna de las cosas y, así, columbrar el futuro desde el presente. De sobra sabían quién había creado la cadencia y la armonía, y las consideraban como signos externos de la música interior que emana del sol y las estrellas, de la tormenta y la tempestad, en cumplimiento de la palabra de Dios, aspecto éste en que los falsos filósofos paganos han demostrado ser más sabios que los monjes cristianos. ¡Prueba, prueba el vino y ven conmigo! Dejemos aquí a estos dormilones, y acompáñame a mis aposentos. Ya que deseas ser tan sabio como Salomón, accede a la sabiduría según él nos dejó dicho, y consiente que tu corazón antes se extravíe en el desenfreno y la locura... ¿Has leído el Eclesiastés, también conocido como el Libro del Predicador?

El pobre Filamón ya no sabía ni lo que se hacía. Aun a su pesar, se dejó llevar por los efectos del vino, las palabras de la anciana, el terrible hechizo que emanaba de su voz y de sus ojos y la firme determinación de que hacía gala. Como en sueños, subió las escaleras tras ella.

—Despréndete de esa estúpida, espantosa y mal cortada capa de filósofo. ¡Así está mejor! ¿Llevas puesta la túnica blanca que te regalé? Ahora tienes un aspecto más humano. ¿Fuiste a los baños? ¡Bien! ¿Disfrutas del consuelo de sentirte uno más y, en lugar de esa suerte de pellejo curtido más propio de bestias, luces a gusto tu piel de alabastro, tan blanca como salió de las manos del Creador? ¡Bebe, te digo! ¿Para qué crees que se hicieron ese rostro y ese cuerpo que tienes? ¡Traed acá un espejo, desvergonzadas! ¡Mírate y juzga por ti mismo! ¿Acaso esos labios carnosos fueron creados para nada? ¿Con qué fin recibiste esos ojos, tan refulgentes como preciosas gemas, tan dulces como la miel silvestre? ¿Para qué fuiste dotado de esos rizos, dispuestos de forma que delicados dedos jugueteasen con ellos y parecieran aún más blancos entre sus negros y relucientes nudos ensortijados? ¡Juzga por ti mismo!

¡Pobre, pobre Filamón!

«Bien considerado —pensó—, ¿acaso no es verdad, no resulta agradable?».

— ¡Dedicad una canción a este pobre mozo, muchachas! ¡Cantad para él, y mostradle por primera vez en su corta e ignorante vida el antiguo camino para alcanzar la luz!

Una de las esclavas se sentó en un diván y empezó a tocar una flauta doble; la otra se puso en pie e inició una graciosa danza lenta al ritmo de la melancólica y sugerente música que sonaba y, acompasando el delicado tañido de los aros de plata que llevaba en muñecas y tobillos al sistro que agitaba por encima de su cabeza, cantó:

Nacimos para disfrutar.  
Tras la vejez, morimos.  
De todos ineludible destino,  
como el sol y el agua, nadie  
de la belleza se puede librar.

Con labios para el amor  
y manos para acariciar  
fuimos creados; con ojos  
para a los otros llamar, y  
en ardiente pasión gozar.

¡Pobre, pobre Filamón! ¡No era empero tan terrible! El propio veneno contenía el antídoto. Con inaudita fuerza de voluntad, apartó de su mente el embrujo del canto y del vino y se puso en pie...

— ¡Nunca! Si sólo a eso llamáis amor..., cuando no es más que una deleitable dejadez, peor que la de los animales, pues exige dejar de lado nuestras facultades más nobles y exacerbar nuestro egoísmo, según la grandeza del alma que ha de someterse. ¡Prefiero renunciar al amor! ¡Había acariciado un sueño, por lo visto! ¡Había pensado en una mujer que, a un tiempo, fuese mi maestra y mi discípula, mi súbdita y mi reina, mi apoyo y mi sostén; capaz de enmendar mis defectos, aun con mortecina luz, como el perfil del astro lunar acoge a la luna nueva en su interior, que estuviese a mi lado y juntos realizáramos algo grandioso, que se elevase conmigo hasta las más excelsas esferas...! ¡Y en su lugar, he de conformarme con esto! ¡Jamás!

Ya fuera por la impetuosa vehemencia que parecía latir en aquellas apasionadas frases, o fuera que la vieja judía escuchase en realidad, o fingiese que le había parecido oír, pasos en la escalera, el caso es que se puso en pie.

— ¡Silencio, muchachas, silencio! Me parece que tenemos visita. ¿Quién será la atolondrada joven que viene a implorar un filtro amoroso a la anciana hechicera a estas horas de la noche? ¿Serán acaso esos perros cristianos que, por fin, han dado con la guarida de la vieja leona de Judá? ¡Atentos! — dijo, sacando la daga del ceñidor y dirigiéndose sin dudarle hacia la puerta; ya se disponía a salir, cuando se volvió para añadir —: ¡Muy bien, valeroso Apolo!

Ya veo que no buscas una mujer sencilla. Tiene que ser instruida, docta, espiritual y otras lindezas por el estilo. Me pregunto si, al encontrarse con Adán en el paraíso, Eva no llevaría algo que demostrase su dominio de las siete ciencias. Bien, bien; cada oveja con su pareja... A lo mejor hemos dado en el clavo. ¡Fuera de aquí, hijas de Madián!

Cuchicheando entre ellas y riendo, las jóvenes se esfumaron, y Filamón se quedó solo. Aunque lo último que había dicho la anciana le había tranquilizado un poco, cierta sensación de terror, de peligro, de tentación que flotaba en el ambiente le obligó a quedarse en pie, mirando furtivamente a su alrededor, no fuera a ser que, de detrás de las cortinas o debajo de los cojines, apareciese una nueva sirena.

En un extremo de la estancia, advirtió el hueco de una puerta, disimulado tras una cortina de gasa, y escuchó lo que le parecieron susurros. Alerta como estaba, el miedo que tenía se trocó en cólera al sospechar que pretendían tenderle una trampa y, clavando los ojos en la colgadura, como un animal acorralado, alzó un brazo, dispuesto a plantar cara a todos los espíritus del mal, ya fueran masculinos o femeninos.

—¿Crees que se aparecerá? ¿Cómo he de abordarlo? —preguntaba una voz que le resultó conocida; ¿no sería la de Hipatia?

A lo que la vieja contestó con su gutural acento hebreo:

—Lo mismo que le dijiste esta mañana...

—¡Claro, claro que se lo diré! ¡Seguro que se apiadará de mí! Aunque es tan terrible, tan hermoso...

Filamón no alcanzó a oír nada más. Poco a poco, un aroma dulzón, a resinas narcóticas, invadió la estancia; oyó unos conjuros pronunciados entre dientes; luego, el resplandor de una luz; desapareció la cortina; al cabo, ante sus ojos atónitos, se mostró la hechicera, envuelta en un luminoso humo; estaba de pie junto a un trípode y, a su lado, Hipatia, de rodillas, con una túnica blanca y aderezos de oro y diamantes, con la boca entreabierta, la cabeza echada hacia atrás y los brazos extendidos como quien, ansioso, espera una revelación.

Antes de que Filamón llegase a dar un paso, la joven había salido del resplandor y se había postrado a sus pies.

—¡Hermoso, glorioso y siempre joven Febo, escúchame! ¡Sólo un momento te pido, nada más!

Sin querer, se había acercado al trípode más de la cuenta y sus ropas habían comenzado a arder. Sin pararse a pensarlo siquiera, Filamón la estrechó entre sus brazos y consiguió apagarlo, mientras ella decía casi gritando:

—¡Apiádate de mí! ¡Revélame el secreto! ¡Te obedeceré! ¡Soy tu esclava, toda tuya! ¡Quítame la vida si quieres, pero háblame!



El resplandor se convirtió en una suave y cálida penumbra, en la que, para su sorpresa, apareció ni más ni menos que la mujer negra del mozo que, llevándose un dedo a los labios, le dirigía una mirada suplicante, mientras señalaba sin cesar el pequeño crucifijo que llevaba.

Filamón lo vio. Nadie sabrá nunca qué pasó por su mente al ver aquel sagrado símbolo de infinita abnegación. Que cada quien se imagine lo que quiera. El caso es que se desprendió de los brazos de la burlada doncella, pues al punto comprendió que no era el destinatario de los idólatras trances, y echó a correr por la estancia buscando cómo salir de allí.

A pesar de la oscuridad, empujó una puerta, entró en un aposento, vio una ventana y, sin pensarlo siquiera, saltó los veinte pies que lo separaban de la calle, rodó por el suelo, se magulló, se hizo sangre y, como Anteo, con renovado vigor, se levantó y echó a correr hacia la residencia del arzobispo.

Medio desmayada, en el suelo yacía la infeliz Hipatia, mientras la judía contemplaba las amargas lágrimas que derramaba, no sólo por el desengaño sufrido, sino muerta de vergüenza. Aunque el muchacho había salido por piernas de la estancia, tiempo había tenido de reconocer sus rasgos y, para siempre, cayó de sus ojos la venda de esperanza y respeto de que la hija de Teón tanto se jactaba.

Su justa ira era demasiado profunda e intensa como para exteriorizarla en forma de reproches. Con parsimonia, se puso en pie, volvió al aposento interior, se embozó en su manto y se marchó sin decir palabra, no sin antes lanzar una mirada de majestuoso desdén y desprecio a la judía.

— ¡Bien vale unas cuantas miradas de indignación! — se dijo la vieja para sus adentros, con una sonrisa en los labios, mientras recogía del suelo el fruto de sus intrigas: la mitad del ágata negra de Rafael — . ¡Mucho me sorprendería que la echase de menos! Aunque así fuese, quizá ya no desee conservarla, a la vista de los más que tangibles arcángeles que se presentan cuando se la frota. Mas, si tratase de recuperarla, en ese caso..., habría de medir sus fuerzas con las mías o, mejor dicho, con las de una turba enfurecida de cristianos.

Al momento, rebuscó en su seno la otra mitad del talismán, encajó las dos piezas una y otra vez, acariciándolas con los dedos, contemplándolas con los ojos llenos de lágrimas al comprobar que las dos casaban a la perfección, al tiempo que, de vez en cuando, repetía:

— ¡Si él estuviera aquí! ¡Si regresase en este preciso instante! ¡Mañana puede ser demasiado tarde! Voy a consultar al idolillo... Quizá sepa decirme por dónde anda...

Y se fue a sus conjuros.

Al llegar a casa, Hipatia se dejó caer en el lecho y rompió a llorar de forma larga y callada, como un niño aquejado de algún mal, hasta que una lúgubre aurora vino a hacerle compañía en su vergüenza y desesperación. Se levantó

de la cama; con gran esfuerzo, se puso en pie y se dispuso a preparar con calma su postrer discurso, en el que se despedía para siempre de Alejandría y de las escuelas filosóficas.

Entretanto, Filamón, fuera de sí, recorría desesperado la avenida principal que desembocaba en el Serapeo. No quiso el destino, sin embargo, que alcanzase su meta tan pronto como hubiese deseado. No habría recorrido ni media milla, cuando vio una multitud que, abarrotando la calle por completo, avanzaba hacia donde él estaba.

Un gentío interminable. Miles de antorchas resplandecían sobre sus cabezas; del centro de la muchedumbre, se alzaba un solemne cántico, que Filamón no tardó en reconocer: era un himno católico que había oído ya en muchas otras ocasiones. Trató de desviarse por una calleja para no encontrarse con ellos, pero se dio cuenta de que todas las calles estaban atestadas y, casi sin darse cuenta, se vio entre los que marchaban en cabeza.

— ¡Dejadme pasar! — suplicó con insistencia.

— ¿A ti, pagano? — de poco le valieron sus protestas—. ¡Origenista, donatista, hereje! ¿A qué otro lugar, que no sea el Cesareo, habría de acudir todo buen católico esta noche?

— ¡Amigos, amigos míos, nada reclama mi presencia en ese lugar! — gritaba, al borde de la desesperación—. Quiero mantener una conversación en privado con el patriarca para tratar de asuntos importantes.

— ¡Eres un mentiroso! Dices que quieres ver al patriarca cuando, a lo que se ve, ignoras que esta noche se dispone a venerar el cuerpo del sacratísimo mártir Ammonio.

— ¿Cómo? ¿Que Cirilo viene con vosotros?

— Él y todo su clero.

«Mejor, mejor así, en público», pensó Filamón, uniéndose a la multitud.

Siguieron adelante, entonando cánticos e himnos fúnebres, hasta que, tras cruzar la puerta del Sol, llegaron a la explanada del puerto, torciendo a la derecha por el muelle, mientras el rojizo resplandor de las antorchas iluminaba la imponente fachada del Cesareo, los erguidos obeliscos que ante él se alzaban y los mástiles de los miles de barcos atracados a su izquierda. Por último y no menos baladí: a lo largo del dilatado espacio que, al final de la plaza, ocupaba el palacio, una interminable hilera de yelmos y corazas tras una barrera de maromas, que se extendía desde la orilla del agua hasta el Museo.

Ante tan inesperado obstáculo, obligada a detenerse, un clamor sordo y amenazador surgió de la muchedumbre, que, empujada por las masas que venían detrás, se acercó casi hasta la barrera. Impasibles, los soldados bajaron las moharras de sus lanzas. La multitud retrocedió, y avanzó de nuevo. Se oyeron gritos furibundos; los más osados trataron de lanzar piedras. Por

fortuna, el suelo estaba bien pavimentado... De lo contrario, hubiera bastado un segundo para que toda la guarnición de Alejandría se viera envuelta en una lucha a vida o muerte contra cincuenta mil cristianos...

Cirilo no había olvidado su condición de general al mando. La imprudencia que había cometido aquella noche al atizar la ira de sus súbditos no le impidió, sin embargo, sopesar el oprobio y el peligro que supondría un ataque nocturno que, aun en el caso de culminar con éxito, se llevaría centenares de vidas por delante. Sabía del número y del valor de las tropas con que tendría que enfrentarse, y dio por sentado que, si se producía el enfrentamiento, ninguno de los bandos daría tregua... Por otra parte, si había que presentar batalla, algo que, más tarde o más temprano, tendría que suceder, no debía tener lugar en su presencia ni contar con su beneplácito. Sabía que, al contrario que Orestes, él estaba del lado bueno, y así quería que siguiesen las cosas, al menos hasta que regresase el correo que había enviado a Bizancio, y se dictase la orden de destierro de Orestes o nombrasen a otro en su puesto. Con estas consideraciones en mente, el prudente prelado impartió las instrucciones correspondientes a sus ayudantes de campo, es decir, a los diáconos de la ciudad, y comenzó a subir la escalinata del Cesareo, confiado en que eso bastaría para evitar tumultos por la calle.

Los diáconos cumplieron el encargo recibido a la perfección. Antes de que se produjese un empujón o se oyese siquiera un insulto de una o de otra parte, consiguieron situarse al frente del gentío y, bajo fulminantes amenazas de excomunión, no sólo mantuvieron la paz, sino que lograron que reinase el más absoluto silencio hasta que finalizase la sagrada ceremonia que estaba a punto de comenzar. Para mejor cumplir las órdenes del patriarca, durante las dos largas horas siguientes, las repitieron como consignas de centinela entre una multitud hostil, hasta el punto de que las tropas y el tribuno que estaba al frente de la cohorte, que no tenía inconveniente pero tampoco deseaba enzarzarse en un enfrentamiento, prorrumpieron en gritos de admiración al advertir los denodados esfuerzos que hacían por mantener el orden público; gritos que merecieron la respuesta un tanto ambigua de que «las armas que empuñaban no eran terrenales ni luchaban contra personas de carne y hueso, sino contra principados y potestades...». El tribuno, medio adormilado a la sazón, juzgó oportuno pasar por alto semejante comentario intempestivo.

Mientras, por la escalinata del templo, ya había subido una vistosa hilera de curas, entre los que destacaba, más reluciente que ninguno, el porte majestuoso del pontífice. Detrás iban millares de monjes, no sólo de Alejandría y de Nitria, sino de todas las localidades y monasterios próximos. Como Filamón tardó casi media hora en entrar en el templo, tuvo tiempo de sobra de contemplar el inmenso gentío, hasta el punto de dar por bueno aquello que con tanto orgullo se comentaba en Alejandría de que casi la

mitad de los habitantes de Egipto pertenecía a alguna de las «órdenes religiosas».

Tras los monjes, empezaron a entrar los seculares, pero eran tantos y en tan gran número se agolpaban en las gradas que, antes de que Filamón llegase a pisar la iglesia, ya había comenzado el sermón de Cirilo.



– ¿Qué es lo que acabáis de ver? ¿A un hombre con refinada vestimenta? No; los de esa clase se encuentran en los palacios de los reyes, o en los de los prefectos que sueñan con ser algún día emperadores y prefieren olvidarse de los lazos que los unen al Señor... Porque escrito está que Aquel que habita en el cielo, con desprecio, se mofa de ellos, atrapando al malvado en sus propias redes y desbaratando los proyectos de los príncipes. En los regios palacios, sí, y también en los teatros, donde los ricos de este mundo exhiben la flaqueza de su fe, olvidan sus promesas y mancillan las vestiduras que llevaron en el bautismo con tal de honrar a quienes esquilmán a sus semejantes. ¡Ay de aquellos que creen que pueden participar del cáliz del Señor y beber de la copa de los demonios! ¡Ay de quienes, con idénticas palabras, invocan a la diabólica Afrodita y a aquella de la que está escrito que Él nació, la Virgen pura! Sean apartados del cáliz del Señor y excomulgados de la congregación de los santos hasta que, mediante la penitencia y la limosna, hayan purgado sus pecados. En cuanto a vosotros, pobres de este mundo, pero firmes en vuestra fe, vosotros, a quienes los ricos desprecian y maltratan en sus tribunales mientras maldicen el sagrado nombre que ostentáis, ¿qué habéis venido a ver en este recoleto recinto? ¿A un profeta? A alguien que es más que un profeta: a un mártir. Sí, a alguien que fue más que profeta, más que rey, más que prefecto; alguien cuyo teatro fueron las arenas del desierto y su trono la cruz; alguien a quien le ciñó una corona no filósocas paganas ni hijas de Satanás, que engañan a los hombres con las malas artes de su progenitor, sino los propios ángeles y arcángeles le ciñeron una corona de gloria con los laureles del vencedor, que eternamente crecen en el paraíso del más excelso de los cielos. No os refiráis a él como Ammonio, sino como el venerable Taumasio, admirable en su pobreza, admirable en su celo, admirable en su fe, en su fortaleza y en su muerte, más que admirable en la entereza con que la afrontó. ¡Por tres veces sea bendito quien mereció el honor de morir en la cruz! Admitamos que, habiendo sido tan honrado en este mundo, no menos habrá de serlo en la vida de que ahora goza. Por la gracia de esas tres veces benditas extremidades clavadas, los leprosos sanarán, los mudos hablarán y los muertos resucitarán. ¡Impiedad sería dudar! Este cuerpo, consagrado en la cruz, no sólo ha de descansar en la esperanza, sino que desplegará una

fuerza sin igual. ¡Acercaos a él, y quedaréis sanos! ¡Acercaos y contemplad la gloria de los santos, la gloria de los pobres! ¡Acercaos y aprended que lo que el hombre desprecia Dios lo tiene en alta estima; que lo que el hombre rechaza Dios lo toma para sí; que lo que para los hombres es castigo no es sino recompensa a los ojos de Dios! ¡Acercaos y ved cómo Dios ha preferido las miserias de este mundo para confundir a los sabios, las flaquezas terrenales para desconcertar a los fuertes! ¡El hombre abomina de la cruz; el Hijo de Dios se aviene a padecer tal suplicio! El hombre maltrata a los pobres; el Hijo de Dios no tiene dónde reclinar la cabeza. El hombre pasa junto a los enfermos y los deja de lado; el Hijo de Dios los elige para que participen de sus sufrimientos y que la gloria de Dios se manifieste en ellos. El hombre reniega del publicano, al tiempo que le encarga que llene sus cofres con lo que arrebató a los pobres; el Hijo de Dios lo llama, lo aparta de su cometido y lo hace apóstol, muy por encima de los reyes de la tierra. Como a flor marchita, el hombre rechaza a la prostituta, tras haberla inducido a ser esclava del pecado durante una temporada; el Hijo de Dios la llama a su lado, a ella, a la pervertida, a la despreciada, acepta sus lágrimas, bendice su ofrenda y le dice que queda libre de pecado por tanto como ha amado. Mas aquél a quien poco se perdona es que poco amor ha demostrado...

Filamón no escuchó nada más. Dejándose llevar por el apasionado ímpetu que alienta en todo fanático griego, se abrió paso entre la multitud hacia la escalera que llevaba al coro donde, frente al altar, estaba colocada la urna de cristal con los restos de Ammonio, y siguió adelante hasta situarse bajo el púlpito que ocupaba Cirilo. Una vez allí, se tumbó boca abajo en el suelo, abrió los brazos en forma de cruz y allí se quedó, en silencio, inmóvil, a los pies de los fieles.

Se produjo un murmullo entre los asistentes; tras hacer una pausa, el patriarca prosiguió el sermón.

—En su orgullo y vanidad, los hombres desprecian la humillación y la penitencia, ningún caso hacen de un corazón destrozado y contrito, y dicen que sólo les merecen respeto aquellos de sus semejantes que llevan una vida irreprochable; pero el Hijo de Dios afirma que quien se humilla, como acaba de hacer nuestro penitente hermano, será ensalzado. De él es de quien está escrito que, al verlo de lejos, su padre salió corriendo a recibirlo, suplicándole que se pusiese su mejor túnica, entregándole un anillo de oro y calzándolo, alegrándose como se regocijan los ángeles en el ciclo al ver a un pecador que se arrepiente. Levántate, hijo mío, quienquiera que seas, y que la paz sea contigo esta noche, recordando que aquel que dijo «mi vientre se hunde en el suelo» dejó dicho también: «No te regocijes, Satán, enemigo mío, pues aun caído resurgiré».

Un atronador aplauso, probablemente el más clamoroso que se hubiera

escuchado nunca en una iglesia de Alejandría, recibió la rebuscada y, sin embargo, pertinente elocuencia del arzobispo. Lenta y tímidamente, Filamón se incorporó y permaneció de rodillas, con el rostro encendido, bajo el fuego de diez mil miradas.

De repente, un anciano que se encontraba junto al púlpito se acercó hasta él y le estrechó entre sus brazos. Era Arsenio.

— ¡Hijo mío, hijo mío! — exclamó casi a gritos, entre sollozos.

— ¡Y también tu esclavo, si así lo ordenas! — le susurró el joven—. ¡La bendición del patriarca, y regresaré al cenobio para siempre!

— ¡Oh, noche dos veces bendita — bramó Cirilo desde lo alto, con grave y campanuda voz—, que has sido testigo de la coronación de un mártir y de la conversión de un pecador, que se suman así a las filas de la Iglesia triunfante y de la Iglesia militante, pues doble es el éxtasis que induces en los celestiales espíritus que, desde lo alto, dan la bienvenida a uno de los suyos y, aquí en la tierra, reciben a un hermano arrepentido!

A una señal suya, Pedro el lector se adelantó y, con mucho miramiento, se llevó a los dos hombres que lloraban a lágrima viva, que fueron saludados al pasar por las bendiciones, las oraciones y las lágrimas de todos los fieles, incluso de los despiadados monjes de Nitria. Al llegar a la sacristía, antes de dejarlos a solas, el propio Pedro tendió la mano a Filamón.

— Imploro tu perdón — dijo el infortunado joven, que parecía gozar y complacerse con cada nueva humillación.

— Y yo te lo concedo — repuso Pedro antes de regresar a la iglesia, con el rostro más distendido y mejor talante del que acostumbraba mostrar.

## CAPÍTULO XXVII.

### El retorno del hijo pródigo

SERÍAN APROXIMADAMENTE LAS DIEZ de la mañana del día siguiente cuando Hipatia, agotada tras una noche en vela debido al disgusto que se había llevado, y mientras trataba de poner en orden las ideas que iba a desarrollar en su disertación de despedida, recibió el anuncio de su doncella de confianza de que en la puerta aguardaba un mensajero portador de una carta de Sinesio. Recibió la noticia como un atisbo de esperanza: si el obispo supiera de la terrible situación en que se encontraba, seguro que le ofrecería algún consuelo, algún consejo.

– Dile que te entregue la carta.

– Asegura que sólo lo hará en propia mano. En mi opinión – añadió la doncella que, en realidad, bien sabía lo que se decía –, creo que te convendría recibirlo.

Incómoda, Hipatia negó con la cabeza.

– Aunque no me ha querido decir su nombre, parece conocerte bien, ama. No lo he entendido muy bien, pero me pidió que te recordase algo a propósito de un ágata negra y de un espíritu que se presentaría ante ti si la frotabas.

La filósofa se puso lívida. ¿Sería Filamón de nuevo? Buscó el talismán..., y comprobó que había desaparecido. Debía de haberlo perdido en casa de Miriam aquella noche. En ese instante, cayó en la cuenta del afán que había guiado a la vieja hechicera, y se sintió engañada, confundida y doblemente burlada. ¿Qué nueva intriga habría urdido esa mujer?

– Dile que te entregue la carta y que se marche. ¿Qué pasa ahora, padre? ¿Quién viene contigo? – y mientras tales aclaraciones pedía, Teón introdujo en la estancia al mismísimo Rafael Aben-Ezra, antes de retirarse.

El judío se aproximó despacio y, rodilla en tierra, puso en sus manos la misiva de Sinesio.

Ante tan inesperada aparición, Hipatia se echó a temblar de pies a cabeza... Por lo menos, no estaría al tanto de lo que había pasado la noche

anterior ni de su desdicha. Sin atreverse, no obstante, a mirarle a la cara, tomó la carta de sus manos y la abrió... Si había esperado algún consuelo, sus ilusiones no tardaron en venirse abajo.

De Sinesio a la filósofa.

Aunque la fortuna no pueda despojarme de todo, sé que me arrebatará cuanto esté a su alcance. Dos son las cosas de las que, al menos, no podrá privarme: aspirar siempre a lo excelente y auxiliar al oprimido. ¡No permita el cielo que también me usurpe mi capacidad de juicio como ha hecho con todo lo demás! En consecuencia, abomino de la injusticia, pues eso no podrá impedirlo, y me reafirmo en mi voluntad de ponerle coto. Pero la capacidad de descubrirla, ésa sí que es una más de tantas cosas como me ha arrebatado: antes, se había llevado a mis hijos.

«Hubo un tiempo en que los milesios eran fuertes».

Igual que hubo un tiempo en que *yo* servía de paño de lágrimas para mis amigos, ruando, como solías decirme, era una bendición para todos, menos para mí mismo, cuando prodigaba en beneficio de los demás el trato de favor que me dispensaban los poderosos de este mundo... Tales eran mis instrumentos entonces... A menos que tú tengas alguna influencia, en estas circunstancias en que todos me han dejado de lado, pues a ti, como a la virtud, cuento entre las cosas que nadie podrá arrebatarme. Siempre has tenido poder, y alguno tendrás en estos momentos..., y usarás de él con la nobleza que siempre te ha distinguido.

Me refiero a Niceo y Filolao, dos jóvenes nobles parientes míos. Te ruego que molestes a cuantos te respeten, personas particulares o magistrados, para que se les restituya lo que, por derecho, les pertenece<sup>[1]</sup>.

— ¡A cuantos me respeten! — comentó con un amargo suspiro, para mirar enseguida a Rafael, temerosa de haber revelado su secreto; de repente, se quedó pálida al observar la serena compasión que se reflejaba en sus ojos; si no todo, al menos algo sabía —. ¿Has visto a la..., a Miriam? — preguntó, sólo interesada en saber lo que tanto temía.

— Todavía no. He llegado hace tan sólo una hora, y el bienestar de Hipatia me preocupa más que el mío propio.

— Si te refieres a mi felicidad, es agua pasada.

— Mejor que mejor. Yo no encontré la mía hasta que la hube perdido.

— No te comprendo.

Sin quitarle los ojos de encima, Rafael pareció vacilar, como si algo importante bullese en su interior y tanto miedo tuviese de callarlo como de decirlo; hasta que se decidió a hacerlo.

— Reconocerás al menos que voy mejor vestido que la última vez que me



viste. Como puedes observar, he regresado como cierto poseso de Gádara, sobre el cual solíamos discutir, aunque vestido, y quizá, ¿quién sabe?, con la cabeza sobre los hombros...

—Rafael, ¿acaso has venido a verme para mofarte de mí? De sobra sabes, porque es imposible que lleves una hora en Alejandría y aún no te hayas enterado, que todavía ayer —continuó, al tiempo que bajaba la vista— soñaba con ser emperatriz, que hoy estoy en la ruina, y que mañana quizá me llegue la hora del destierro. Aun en tal situación, ¿no se te ocurre nada mejor que tus habituales sarcasmos y ambigüedades?

Sin moverse de donde estaba, Rafael guardó silencio.

—¿Por qué no dices nada? ¿A cuento de qué esa grave y triste mirada, tan diferente de las que solías dedicarme tiempo atrás...? Has venido para decirme algo importante.

—En efecto —contestó Rafael, con parsimonia—. ¿Qué diría Hipatia si, para colmo, Aben-Ezra afirmase aquello de «venciste galileo», como Juliano en su lecho de muerte?

—Nunca dijo semejante cosa. Es una calumnia, una falacia inventada por los monjes.

—Pues soy yo entonces quien te lo digo.

—¡No puede ser!

—Así es.

—¿En tu lecho de muerte? ¿De modo que el auténtico Rafael Aben-Ezra ha dejado de existir?

—Y renacido, ante ti se presenta.

—Muerto para la filosofía, desde luego, puesto que renace para ponerse al servicio de una bárbara superstición. ¡Qué digna metempsicosis! ¡Hasta siempre, amigo mío! —y se levantó, dispuesta a abandonar el aposento.

—¡Espera! Por una vez, ten la paciencia de escucharme, mi noble y venerada Hipatia. Otro comentario mordaz de tu parte y volveré a ser el mismo y tenaz enemigo con quien el mundo se las tuvo que ver tiempo atrás... ¡todo el mundo, quiero decir, menos tú! No pienses que soy un ingrato olvidadizo. ¿Qué no te deberé a ti, cuyas sublimes y excelsas palabras impidieron que olvidase el mortecino destello de conceptos que llevamos dentro, como los de justicia y verdad, o ese mundo invisible de espíritus conforme al cual el hombre debería vivir?

Hipatia se detuvo, y escuchó admirada. ¿Era posible que aún conservase un atisbo de fe en sus doctrinas? Se dispuso, pues, a escuchar lo que Rafael había descubierto...

—Hipatia, soy mayor que tú y, de hacer caso a eso de que la sabiduría es el fruto del árbol de la ciencia, más sabio. Sólo has visto una faceta de las cosas, la más hermosa, sin duda. Pero yo he visto el reverso y también su

anverso. Durante años, he indagado en todas las manifestaciones que revisten los pensamientos, las acciones, los pecados y las locuras de mis semejantes, y nunca encontré sosiego ni en la sabiduría ni en la locura, en ensoñaciones espirituales o en sensuales brutalidades; tampoco en tu neoplatonismo. Dame tiempo y te expondré mis razones. Así, recorrí una senda que me llevó del estoicismo al epicureismo, del cinismo al escepticismo, hasta descubrir que, tras ese profundo abismo, aún me esperaba otro más profundo, y llegué a ser escéptico aun del propio escepticismo.

«Hay otro más insondable todavía», pensó Hipatia, recordando los ritos mágicos de la noche anterior; pero nada dijo.

—Tras haber caído tan bajo, me reconocí como inferior a los animales. Ellos, al menos, tienen una ley y la siguen, mientras que yo me había erigido en mi propio dios, diablo, arpía, torbellino, o como prefieras llamarlo, sin reconocer otro mandato... Hasta que la perra despertó en mí el instinto animal, tanto de mi propia existencia como de la realidad de otros seres aparte de mí mismo. Tomé a la perra, pues, por maestra, y seguí sus enseñanzas, porque era más sabia que yo. Ella, un pobre animal carente de habla, fue la que, como un ángel enviado por designio divino, me obligó a volver los ojos a la naturaleza humana, a la misericordia, a la abnegación, a la fe, a la piedad..., al casto amor conyugal.

Hipatia se estremeció. Tratando de ocultar su turbación, comentó casi sin saber lo que se decía:

—¿Amor conyugal, dices? ¿Es ése el mezquino anzuelo que ha mordido Rafael Aben-Ezra para dejar de lado la filosofía?

«¡Gracias al cielo! —pensó Rafael para sus adentros—. Ya natía le importo. De no ser así, no recurriría al sarcasmo».

—Así es, querida amiga —continuó en voz alta—, para dejar de lado la filosofía y el afán de saber Esperaba, no obstante, contar con tu aprobación, al menos por una vez en la vida, por haber seguido tu ejemplo y abrazado el estado conyugal.

—¡No te burles de mí! —contestó, mirándole con vergüenza y horror, al tiempo que el judío lamentaba lo que acababa de decir—. Si aún no lo sabes, no tardarás en enterarte. Si deseas seguir hablando conmigo, no vuelvas a mencionar esa espantosa pesadilla.

Rafael sintió hondos remordimientos. ¿Quién sino él había intrigado para concertar tan odioso matrimonio? Pero Hipatia continuó atropelladamente, sin darle la oportunidad de responder.

—Háblame de ti, más bien. ¿A cuento de qué tan repentinos y sorprendentes esponsales? ¿Qué tiene que ver el matrimonio con el cristianismo? Siempre había pensado que los galileos, según sus groseras supersticiones, ensalzaban las virtudes del celibato entre los suyos.

—Eso pensaba yo también, querida amiga —respondió en tono burlón y displicente, encantado de poder hablar de otra cosa y quizá también un poco dolido por el tono altanero que ella había empleado—. Tan incoherentes somos los seres humanos que una buena mañana, para mi sorpresa, me encontré cercado por dos obispos y casado con una joven que, tan sólo unos días antes, estaba destinada a convertirse en monja.

—¿Dos obispos?

—Como lo oyes. Uno de ellos era Sinesio, quién si no, el más inconsecuente y bondadoso entrometido, además de autor de tan trapera puñalada. Pero dejemos de lado esa parte. Lo más increíble es que el otro obispo que ejerció de alcahuete no era otro que Agustín de Hipona.

—Lo que sea con tal de atrapar a un converso —comentó Hipatia, con desdén.

—Te doy mi palabra de que no hubo tal. De una forma bastante ruda, sin andarse por las ramas, nos informó a ambos de que lamentaba que incurriésemos en tan lamentable error... Pero visto que ninguno de los dos parecíamos haber sentido la llamada de la excelsa vida que representa el celibato, no insistió... Que seguro que teníamos apetitos carnales que satisfacer pero que, una vez casados, no pecaríamos. A lo que respondí, con humildad, que, al igual que Abraham, Isaac y Jacob, me confesaba encantado de formar parte del pelotón de los torpes... A lo que me replicó con un elogio de la virginidad que, en muchos sentidos, me recordó tus enseñanzas.

—Y te mofaste de él en tu fuero interno, como tantas veces te burlaste de mí.

—La verdad es que no me sentí con ánimos para hacerlo y, fuere lo que fuere lo que hubiera pensado responderle, Agustín tuvo la delicadeza de expresarlo en su nombre y en el mío a continuación.

—¿Qué te dijo, pues?

—Para mi sorpresa, dedicó tales alabanzas al matrimonio como jamás antes había escuchado en boca de un judío o de un pagano, concluyendo con un elogio tan encendido y a propósito de los contrayentes que, cuando finalizó, no pude por menos de decirle cuánto lamentaba que él no se hubiese casado para hacer feliz a alguna buena mujer llevando sus consejos a la práctica... En cuanto acabé de hablar, al reparar en la cara que se le ponía, lamenté no haber refrenado mi desvergonzada lengua y haber reabierto viejas y profundas heridas... Te aseguro que mucho ha debido de sufrir antaño ese hombre... Pero refinado como es, al instante llevó la conversación por otros derroteros y, con afable sonrisa, nos aseguró que, si bien había hecho la solemne promesa de no unir a nadie en matrimonio, en nuestro caso, eran tan claros los designios del cielo que... no se sentía con fuerzas para no hacerlo, y concluyó con la más hermosa bendición conyugal que haya oído en

boca de hombre alguno.

—Pareces bien atrapado en las redes del sofista de Hipona —comentó Hipatia, malhumorada—, y olvidas quizá que sus opiniones, si bien completamente incoherentes como acabas de decir, me importan mucho menos a mí de lo que parecen importarte a ti.

—Qué más me da si es coherente o no en cuanto al matrimonio —contestó Rafael, sin ocultar cierto orgullo—. Acudí a él, no para que me hablase de la relación entre hombres y mujeres, cuestión en la que es probable que sea yo tan buen juez como él, sino acerca de Dios. En ese sentido, me encarecí que regresase a Alejandría para, en la medida de lo posible, enmendar los quebrantos que hubiera causado a Hipatia.

—¿De qué tribulaciones hablas?... ¿No dices nada? Ten por seguro que, fueren cuales fueren, si tratas de hacer proselitismo conmigo, nada conseguirás.

—No estés tan segura. He encontrado un tesoro demasiado valioso como para no querer compartirlo con la hija de Teón.

—¿Un tesoro...? —preguntó, con desdeñoso interés.

—En efecto. ¿Recuerdas lo último que te dije en la calle hace unos meses, cuando nos despedíamos?

Hipatia guardó silencio. La terrible posibilidad apuntada por el judío acudió a su memoria por vez primera desde entonces..., pero hizo oídos sordos de la celestial advertencia.

—Te dije que, como Diógenes, partía en busca de un hombre. ¿No recuerdas que te hice la promesa de que, si lo encontraba, tú serías la primera en saberlo? Pues bien, he dado por fin con él.

Hipatia hizo un gesto de desdén con su preciosa mano.

—Sé lo que vas a decirme..., el crucificado. Has de saber que no necesito un hombre, sino un dios.

—¿Qué clase de dios, Hipatia? ¿Acaso uno a la medida de nuestros conceptos intelectuales o, mejor dicho, de la negación de los mismos, a saber: del infinito, de la eternidad, de la invisibilidad, de la impasibilidad y, por qué no, de la inmortalidad, de paso? Pues no he olvidado que solíamos estar de acuerdo en cuanto a la depravación terrenal que suponía atribuir al Uno Supremo una condición tan humana como la virtud.

La filósofa permaneció en silencio.

—Ahora bien, siempre creí que lo primero que habíamos pensado como predicado de nuestro Uno Absoluto era que fuese no sólo un Dios infinito, significare esto lo que fuere, aunque mucho me temo que no lo teníamos nada claro, eterno, omnipotente, ni siquiera uno solo, predicados que, mucho me temo, nos parecían no menos confusos que el primero, sino un Dios justo o, más bien, como solíamos decir entonces, del que nada pudiera predicarse,

aparte de la idea de Justicia. En aquellos momentos, no podía sino recordar mis antiguos y sagrados libros hebreos, sin que se me fuera de la cabeza que quizás en ellos descubriera...

— ¿Lo que yo no te decía? Ahora me explico tu actitud reservada y de socarrona superioridad hacia la mujer de quien te burlabas diciendo que era tu discípula. ¡Qué poco sospechaba entonces que sólo era una cuestión de pura envidia judía! ¿Por qué, por qué no me lo dijiste entonces?

— Porque era un asno, Hipatia. Había olvidado lo que era la justicia, y temía descubrirla por miedo de que dictaminase mi perdición. Y porque era un demonio, y abominaba de la justicia, y no quería encontrarla ni en ti ni en Dios porque, en ese caso, ya no seríais como yo. ¡Que Dios se apiade de este pecador!

La filósofa se le quedó mirando. Parecía que, como por milagro, se hubiera mudado en otra persona sin cambiar en realidad. Como siempre, hacía gala de su inteligencia; conservaba la misma, sutil y caprichosa viveza de sus marcados rasgos judíos; la misma y chispeante mirada. Con todo, sus facciones parecían haberse distendido, dulcificado: ni rastro de la máscara de burlona indiferencia de antaño. Por el contrario, su rostro sólo destilaba ternura y vehemencia. La crisálida se había transformado para dejar paso a la mariposa que cobijaba en su interior. Sin apartar los ojos de él, tomó asiento y se llevó la mano a los ojos, como si tratase de borrar la imagen que tenía ante sí. ¡Él, el sutil, el jacarandoso, el Luciano de Alejandría! ¡El mismo cuya inteligencia penetrante había llegado a asustarla incluso en aquellos tiempos en que llevaba una vida disoluta..., en eso se había convertido!

«Es un monstruoso juguete en manos de esa cobarde superstición... Con la monserga de sus pecados y su tártaro, esos cristianos le han metido el miedo en el cuerpo».

Volvió a contemplar aquel rostro luminoso, límpido, decidido, y se sintió avergonzada de su propia calumnia. Aquello representaba el final de Rafael, y el de Sinesio, el de Agustín, el declive de sabios e ignorantes, de godos y romanos... La gran riada seguía, pues, su curso... ¿Podría hacerle frente ella sola?

¡Claro que sí! ¿Cómo habría de someterse? Con firmeza, se mantendría en sus trece, conservaría su libertad de pensamiento hasta el final..., hasta la muerte si fuese necesario... Sin embargo, aquella noche pasada...

Hasta que, sin alzar los ojos, se decidió a hablar.

— ¿Y qué debo pensar del hecho de que hayas encontrado a un hombre en ese crucificado? ¿Pretendes decirme que, de paso, has encontrado a Dios en él?

— ¿Recuerdas, Hipatia, aquella definición de Glaucón del hombre justo por excelencia?... ¿Cómo, sin haber cometido ninguna injusticia, hubo de

pasarse la vida soportando que lo acusasen de ser injusto pata que se hiciese evidente el desinterés con que actuaba, y que eso no sólo pasaba en la antigua Atenas o en la antigua Judea, sino también, convendrás conmigo, en la cristiana Alejandría actual, si tienes a bien recordar, hasta que fue hecho preso, azotado y, finalmente, crucificado? Si, entonces, el ideal del justo, al decir de Platón, es un crucificado, ¿por qué no habría de serlo el mío también? Si nosotros, además del antiguo obispo Clemente, tan buen platónico como nosotros, y hasta el propio Agustín estarnos de acuerdo en interpretar que Platón, al recurrir a tan estafalarios argumentos, no hablaba por sí mismo, sino por inspiración del Espíritu de Dios, ¿por qué otros que recurrieron a idénticas expresiones no lo habrían hecho movidos por ese mismo Espíritu?

—Un hombre crucificado, pase... Pero, un dios crucificado, Rafael... ¡Me estremezco sólo de escuchar semejante blasfemia!

—Lo mismo piensan mis pobres compatriotas. ¿Crees que, en su vida diaria, son más justos por la insustancial reverencia con que observan la gloria del Uno, que probablemente sabe mejor que ellos cómo preservarla y manifestarla? Estarás de acuerdo conmigo en la definición, sin embargo. Te lo advierto: ¡ándate con mucho ojo! —añadió, con una significativa sonrisa—, porque, tras haberme enfrentado a Agustín, me he convertido en un endiablado dialéctico. ¿De acuerdo, pues, en cuanto a la definición?

—¿Cómo no habría de estarlo..., si es de Platón!

—Pero ¿la das por buena sólo porque está escrita en un libro atribuido a Platón, o porque tu razón te dice que es cierta? Veo que no sabes qué responder. Al menos, contéstame a esto: ¿no es el justo por excelencia el más sublime modelo para los hombres?

—Por supuesto —contestó, sin prestar mucha atención, aunque más animada, como si, filósofa y griega como era, le pareciera la cosa más natural del mundo embarcarse en una diatriba dialéctica y olvidar durante un rato los amargos pensamientos que le rondaban por la cabeza.

—En tal caso, ¿no debería ser también el *autanthropos*, el hombre arquetipo, el ideal, el más perfecto de los humanos, perfectamente justo?

—Sí.

—Supón, pues, que, por uno de esos intrincados e ingeniosos argumentos tan propios de nuestro tiempo, ese hombre quisiese poner de manifiesto su rectitud a los ojos del mundo entero... Según Platón, la única forma de hacerlo pasaría por seguir el ejemplo de Glaucón, a saber, calumnia, persecución, azotes y cruz.

—¿Qué forma de argumentar es ésa, Rafael? ¿Azotes y cruces reales para un concepto espiritual y eterno?

—Hipatia, ¿alguna vez te has parado a considerar cómo habría de ser ese

arquetipo del hombre?

La filósofa dio un respingo como si jamás le hubiesen hecho semejante pregunta, y confesó, como haría cualquier neoplatónico, que nunca se le había ocurrido pensar semejante cosa.

—No obstante, nuestro maestro Platón nos enseñó que hay un arquetipo esencial y eterno en el cielo de cada cosa, sea ésta flor o pueblo. A lo peor es que no hemos seguido fielmente las indicaciones platónicas, mi docta maestra. Quizás, aprovechándonos de nuestra condición de filósofos, y algo fariseos también, comenzábamos nuestras elucubraciones como si de plegarias se tratase, dando gracias a Dios por no ser como los demás, interpretando torcidamente otro pasaje de *La República* que, antaño, solíamos citar con frecuencia.

—¿A qué pasaje te refieres? —preguntó Hipatia, cada vez más interesada en la conversación.

—Ése en que aseguraba que los filósofos también eran hombres.

—¿Pretendes burlarte de mí? Platón define al filósofo como el hombre que indaga en los objetos propios del conocimiento, mientras otros se conforman con aspectos superficiales.

—Totalmente de acuerdo. Pero ¿y si en nuestro empeño por definir con claridad aquello que distingue al filósofo de sus semejantes, hubiéramos dejado de lado lo que tiene en común con ellos, olvidando, a fin de cuentas, que el humano es un género del que el filósofo no es sino una especie?

Hipatia emitió un suspiro.

—¿No crees, pues, que así como la premisa mayor contiene a la menor y el arquetipo del género abarca la especie, más nos habría valido discurrir un poco más a fondo acerca del arquetipo del hombre como tal, antes de enredarnos con una parte del mismo, a saber, el arquetipo del filósofo...? Sin duda habría sido lo más propio, pues que hay más hombres que filósofos y cada hombre es un hombre de verdad, digno objeto de examen, mientras que no todos los que se dicen filósofos lo son..., como nuestros amigos, los de la Academia y, ¿por qué no decirlo?, hasta un par de neoplatónicos que ambos conocemos. Pareces incómoda. ¿Prefieres que me calle?

—No es ésa la causa de mi inquietud —repuso Hipatia, mirándole con sus grandes y tristes ojos—. Continúa.

—Ahora bien, porque, como verás, llevo camino de convertirme en un empedernido escoliasta, ¿no se ha dado por sentado como verdadera definición del hombre que, de todas las cosas que conocemos, es un espíritu que, temporalmente, permanece unido a un cuerpo animal?

—Tan encantado de verse en él como si estuviese en un calabozo... —apuntó Hipatia, suspirando de nuevo.

—Sea, si así te parece. Pero ¿no deberíamos decir que el arquetipo, el

hombre como tal, por el mero hecho de serlo, estará también encantado, o lo habrá estado temporalmente, al menos alguna vez, de encontrarse en un cuerpo animal? No dices nada. No pretendo acorralarte... Sólo te ruego que consideres por un momento si eso no justifica la carga de absurdo que representa el pescador de Galilea cuando dijo que Aquel a cuya imagen el hombre está formado se hizo carne, y habitó en ese cuerpo a orillas del lago de Tiberíades, y contempló su gloria, la gloria del unigénito del Padre.

— Esta última aserción no tiene nada que ver con la anterior. ¡Dios hecho carne! Mi razón se rebela ante semejante idea.

— No era ésa la forma en que el venerable Homero veía las cosas...

Hipatia se estremeció al recordar cómo el día anterior había anhelado la presencia tangible y humana de las antiguas deidades.

— Continúa — le dijo, con impaciencia.

— Respóndeme, pues. Si en alguna parte existe ese arquetipo del hombre, ¿no habrá existido en la mente de Dios desde toda la eternidad? ¿Crees que Platón se hubiera mostrado de acuerdo?

— Sí.

— ¿Y no se deriva de Él de forma inmediata su existencia?

— Así es.

— Pero el hombre es una persona, dotada de voluntad propia, a diferencia de los demás seres.

— Cierto.

— Luego, el arquetipo también lo será.

— Supongo que sí.

— Y poseerá las facultades y cualidades de todos los hombres en su más excelsa perfección.

— Por supuesto.

— ¡Con qué paciencia y sumisión mi antigua maestra se convierte en mi discípula!

Hipatia le observó con los ojos llenos de lágrimas.

— Nunca te he enseñado nada, Rafael.

— Al contrario, mi querida amiga, me lo enseñaste todo o, al menos, ésa fue tu intención. Pero dime una cosa más. ¿No es propio de todo hombre ser hijo de alguien? Porque puedes imaginar que un hombre no sea padre, mas no que no sea hijo de alguien.

— De acuerdo.

— Luego, ese arquetipo debe de ser también hijo de alguien.

— ¿De quién, Rafael?

— ¿Por qué no de «Zeus, padre de los dioses y de los hombres»? Porque hemos convenido que el arquetipo, ella, en este caso, puesto que hemos concluido que es una persona, a nadie sino a Dios le debe el hecho de existir.



—¿Adónde quieres llegar? —preguntó Hipatia, fijando sus hermosos ojos en el rostro de su interlocutor con un gesto de incredulidad y también, como Rafael mantuvo hasta el día de su muerte, de esperanza y de alborozo.

—Pues bien, Hipatia, ¿acaso un hijo no debe ser de la misma especie que su padre? «Las águilas no engendran palomas», nos dice el poeta. Si el hijo no fuese igual que su padre, ¿no sería el concepto de hijo poco más que una huera y falsa metáfora?

—«Los héroes engendran hijos peores que ellos», asegura también el poeta.

—No hablábamos ahora de los hombres como tales, ésos de quienes el Zeus de Homero asegura que son los más miserables de todos los animales. Hablábamos, ¿no es así?, de un Hijo perfecto y arquetípico, de un Padre no menos perfecto y arquetípico, en un mundo perfecto y eterno, donde nada crece ni se marchita, un mundo inmutable, donde la generación es perfecta y arquetípica, donde, en consecuencia, podríamos afirmar que lo semejante engendra lo semejante y perfecto... Guardas silencio. Sea, Hipatia... Creo que nos hemos adentrado en demasía en los abismos...

Ambos guardaron silencio durante un rato. Rafael, pensando gravemente en Victoria y en aquellos antiguos presagios de Isaías, que consideraba como profecías acerca del Hombre que había encontrado, porque confiaba y rezaba para recibir parecidas señales, y en que se le concedería un hijo también, como prueba de que, a pesar de su bajeza, «Dios estaba con él».

Pero él era judío y hombre. Hipatia era mujer y griega, igual que griegos eran los de su escuela. Para ella, las relaciones y los deberes de sencilla humanidad no revestían el aspecto terrible y divino que tenían a ojos del judío converso, quien, por primera vez en su vida, entendía el sentido de sus escrituras, y había llegado a ser un verdadero israelita. En cuanto a la dialéctica de Rafael, aunque consiguiera acallarla, no llegaba a convencerla. Sus creencias, como las de otros filósofos que profesaban sus mismas doctrinas neoplatónicas, más que en la razón y el sentido moral, se sustentaban en un sentimiento tan religioso como ficticio. El reluciente mundo allende las nubes con el que, durante tanto tiempo, había soñado, a saber: cosmogonías, emanaciones, afinidades, jerarquías, simbolismos y eternidades que, aunque no le proporcionaba sosiego ni creía en él y se había desvanecido como humo cuando más lo había necesitado, era demasiado hermoso como para olvidarlo para siempre. De modo que, aun luchando con la rampante convicción de la razón, por fin, se avino a decir:

—¡Deduzco cuánto te habría gustado que, al igual que tú, yo renunciase a lo sublime, a lo maravilloso, a lo celestial por una árida y obtusa dialéctica en la que, por lo que hasta ahora llevo oído, no me sería dado rivalizar contigo, Rafael...! ¡Ya ves que sólo soy una mujer, una débil mujer! —apuntó,

cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Qué es eso que hasta ahora llevas oído? —le preguntó Rafael, con cariño.

—Con tus impecables argumentos, has intentado adornar y hacer pasar por bueno lo peor.

—Eso mismo dijo Aristófanes de Sócrates. Escúchame una vez más, querida Hipatia. Entiendo que no quieras renunciar a lo sublime, a lo maravilloso, a lo celestial. ¿Qué pasaría si Rafael Aben-Ezra te dijese que, hasta ahora, nunca ha encontrado esas tres cualidades? Recuerda lo que te acabo de decir: ¿qué pasaría si lo que hemos tomado por sublime, maravilloso y celestial no fuera sino fruto de nuestro materialismo en estado puro, nociones elaboradas por nuestros cerebros acerca de cosas que percibimos con nuestros ojos corporales, sean éstas agradables o excelsas, rastreras o terribles? ¿Y si hubiese descubierto que la vida espiritual no pasa por el conocimiento sino por el sentido moral, y que el mundo del espíritu no se corresponde, como nos imaginábamos, con el mundo de nuestras abstracciones intelectuales o de nuestras emociones físicas, religiosas o de otra índole, sino con un mundo de personas justas e injustas? ¿Y si hubiera averiguado que la única ley por la que se rige ese mundo espiritual, aquélla que contiene todas las demás leyes, no es otra que la justicia; que la falta de encaje con dicha ley, que dábamos en llamar materialismo, no residía en su condición de vulgar, grosera, torpe y carente de imaginación, sino que se tratara de una situación sencillamente injusta? ¿Y si hubiese descubierto que, por sí sola, la justicia era lo sublime, lo celestial, lo divino..., por no decir, Dios? ¿Y si, como una luminosa aurora, hubiera resplandecido ante mí la imagen de esa justicia? ¿Y si hubiera encontrado un ser humano, mujer también, una frágil muchacha, que ensalzase la gloria y la belleza de Dios, capaz de haberme enseñado que lo hermoso puede, por nuestro bien, mezclarse sin temor con lo más espantoso y horrible; que lo sublime ha de someterse a las más humildes tareas, a esos sacrificios que, vistos desde fuera, nos parecen denigrantes; que comportarse como un ser celestial consiste en aceptar las relaciones que mantenemos con nuestros inferiores, que nuestros más vulgares deberes en este mundo responden a un mandato divino, que sólo fielmente cumpliremos si contamos con la ayuda del mismo espíritu con que Él rige el universo; que, en pocas palabras, la justicia es amar, ayudar, padecer y, si fuera preciso, incluso morir por aquellos que no suscitan en nosotros otros sentimientos que indignación y disgusto? ¿Y si, por primera vez, y espero que no por última, hubiera contemplado tal visión y, ante ella, mis ojos se abrieran y comprendiera que era el rostro y la gloria de Dios? ¿Y si yo, platónico como Juan de Galilea y Pablo de Tarso y, como ellos, hebreo entre los hebreos, me hubiera hecho la misma pregunta que ellos, es decir,

que si tanto puede amar la criatura, de cuánto amor no será capaz el arquetipo? Y si una débil mujer puede soportarlo, ¿qué no podrá aguantar el Hijo de Dios? Si el hombre es capaz de sacrificarse en parte por el bien de los demás, Dios ha de ser capaz de hacerlo hasta el extremo. Si no lo ha hecho, lo hará o, de lo contrario, será menos hermoso, menos sublime, menos celestial y menos justo que la pobre idea que yo tenía de Él, que la idea que abraza esa frágil muchacha. ¿Por qué no habría de creer a quienes aseguran que ya lo ha hecho? ¿Y qué si las pruebas que aducen no van más allá de la mera probabilidad? Responderé que, así como no necesito de demostración matemática alguna para convencerme de que un padre libraré a su hijo de cualquier peligro, tampoco me hace falta en este caso. Mi razón, mi corazón, todas mis facultades, excepto esta grosera experiencia sensual que me engaña a cada instante y que ni siquiera es capaz de probarme que existo, aceptan el sacrificio del Calvario como el más natural, el más probable, el más necesario de los acontecimientos de este mundo, dando por sentado que sólo en Dios reside la Justicia, y no en esa fantasía de un espíritu necesario que todo lo impregna..., absurdo que, en los propios términos en que lo expresamos, pone de manifiesto su materialismo.

A lo que, con sonrisa de circunstancias, Hipatia respondió:

—Rafael Aben-Ezra ha renunciado, por lo que veo, al método riguroso del dialéctico y sigue el camino del amante elocuente...

—No del todo —contestó Rafael, también sonriente—. Porque imagínate que haya pensado: nosotros los platónicos convenimos en que no hay bien más excelso que la visión de Dios.

Acordándose de la última noche, Hipatia se estremeció de nuevo.

—Y si Dios es justo, y la justicia y el amor son lo mismo, como creo, con más empeño que sus criaturas, Él deseará este supremo bien para los hombres... Ansiará mostrarse y que contemplen su justicia... ¿Me dirás algo, queridísima Hipatia, deberé responderme yo mismo..., o tu silencio sólo indica que apruebas lo que digo? Al menos, permíteme decirte que, si Dios desea dejar patente su justicia ante los hombres, el único y perfecto medio al que puede recurrir, al decir de Platón, pasa por la calumnia, la persecución, los azotes y la cruz, de forma que, como el hombre justo de Glaucón, permanecerá eternamente libre de toda sospecha de actuar guiado por egoístas intereses, o de mostrar debilidad ante el sufrimiento... ¿Acaso vas a decirme que estoy dejando de lado el método dialéctico? ¿Sigues callada? Deduzco que no me estás escuchando... Pero llegará el día en que la filósofa prestará más atención a los comentarios de quien mayor deuda ha contraído con ella. O, más bien, que atenderá a lo que, desde lo hondo de su propio corazón, le dirá la voz del Hombre Arquetípico, que la ha amado, la ha guiado, le ha dotado de todas las perfecciones imaginables de cuerpo y de

espíritu, inspirándole las más puras y nobles aspiraciones, y que sólo le pide que escuche su propia razón, su propia filosofía, cuando lo proclamen dispensador de todos esos bienes y los reparta libre y humildemente, como se los ha dado a ella, entre los pobres, los ignorantes y los pecadores, a quienes ama tanto como a ella... ¡Adiós!

—Aguarda —replicó Hipatia, poniéndose en pie—. ¿Adónde vas?

—A hacer algún bien antes de morir, dado que hasta ahora tanto mal he causado. Compraré unas tierras, que labraré y donde edificaré mi casa. Mi intención es salvar una minúscula parcela de la región de Ormuz, que diría un persa, y librarla de las manos de Arimán; plantar cara a partidas de bandoleros ausurianos, dar de comer a mercenarios tracios, librar a unas cuantas viudas de morir de inanición y a algunos huérfanos de la esclavitud... Quizás engendrar un hijo de la estirpe de David, que será mejor judío que su padre, pues que cristiano habrá de ser... Agustín me dijo que no sería un camino de rosas... Pero ya le dije que eran tan pocas las penalidades que había sufrido en la vida que, probablemente, me servirán más de útil educación que de otra cosa. ¡Me despido de ti!

—Aguarda —le repitió—. ¡Vuelve, vuelve a verme..., y ven con ella! ¡Tráela contigo! Me gustaría conocerla... Sin duda ha de ser una mujer noble, digna de ti.

—Se encuentra a cientos de millas de aquí.

—Lamento oír eso. ¡Quizás hubiera podido enseñarme algo a mí, a la filósofa! No debiste temer nada de mí... En estos momentos, no me encuentro con ánimos para convertir a nadie. Rafael Aben-Ezra, ¿por qué tronchar la caña ya quebrada? El viento se ha llevado por delante mis proyectos, mis discípulos son indignos, mi nombre ha perdido su lustre, mi conciencia está abrumada bajo el peso de la crueldad... Si todavía no estás al tanto de todo, no tardarás en enterarte... Mi única esperanza, Sinesio, implora para sí la ayuda que yo esperaba de él... Y sobre todo... tú... *Et tu, Brute!* ¿Por qué no envolverme en mi propio manto y morir, como el divino Julio?

Rafael se la quedó mirando con tristeza, mientras contemplaba el rostro de su amiga sumido en la postración.



—¡Vuelve, te lo suplico!... Ese galileo... Si es capaz de vencer a varones tan curtidos, ¿cómo va a resistírsele una débil mujer? Vuelve pronto... Esta misma tarde... El corazón se me cae a pedazos.

—¿Qué te parece a las ocho?

—Muy bien... A mediodía, imparto una lección... Mejor dicho, me despido de las escuelas para siempre... ¡Dioses! ¿Qué quieres que te diga?...

Me hablarás del de Nazaret. ¡Adiós, pues!

— ¡Adiós, querida amiga! A las nueve, vendré a hablarte del de Nazaret.

¿Por qué sus propias palabras le sonaron forzadas, incluso siniestras? Casi llegó a pensar que no había sido él sino otro quien las había pronunciado. Besó la mano de Hipatia, tan fría como el hielo, igual que su corazón, por otra parte, que, aun henchido de felicidad, se sentía frío y oprimido al salir del aposento.

Cuando bajaba los escalones que daban a la calle, un joven salió de detrás de una columna y le tomó del brazo.

— ¡Hombre, mi joven corifeo, el que se dedica a piadosos saqueos! ¿Qué quieres de mí ahora?

Filamón, porque de él se trataba, se lo quedó mirando un instante.

— ¡Sálvala, por el amor de Dios, sálvala!

— ¿A quién he de salvar?

— A Hipatia.

— ¿Y desde cuándo te preocupa a ti su salvación, amigo mío?

— ¡Por el amor de Dios, vuelve a su lado y adviértesele! —le suplicó el joven—. A ti te hará caso; eres rico, fuiste amigo suyo; sé quién eres; he oído hablar de ti... Si alguna vez te has preocupado por ella, si has llegado a sentir por ella la milésima parte del cariño que yo, ¡vuelve a su lado y convéncela de que no se mueva de casa!

— Tendrás que ser más concreto —contestó Rafael, al observar que el muchacho hablaba en serio—. Acompáñame y habla con su padre.

— ¡No, no entraré en esa casa! ¡Jamás volveré a poner mis pies en ese lugar! No me preguntes nada, pero ve, te lo ruego. ¿Eres tú quien le ha aconsejado que no hable con nadie?

— ¿Qué dices?

— Lleva encerrada una eternidad. Le envié un billete a través de su doncella, pero no he recibido respuesta.

En ese momento, Rafael recordó que, durante la conversación, la filósofa había recibido una nota.

— Me fijé cuando se la entregaron, pero la apartó a un lado. Cuéntame lo que pasa. Si lo que digas me parece razonable, yo mismo se lo transmitiré. ¿De qué hay que advertirla?

— De una conjura... Sé que los monjes y los parabolanos han urdido una conspiración contra ella. Cuando esta mañana estaba en la cama en el aposento de Arsenio, me hice el dormido...

— ¿Arsenio? ¿Acaso ese venerable fanático se ha imbuido de la locura de los monjes y se ha convertido en perseguidor?

— ¡Dios no lo permita! Oí cómo suplicaba a Pedro el lector que se abstuviese de hacer algo, no sé a ciencia cierta qué, pero su nombre salió a

relucir... Oí cómo Pedro decía: «Mientras no nos la quitemos de en medio, esa mujer será un estorbo». A continuación, salió al pasillo y escuché cómo le decía a alguien: «Lo que tengas que hacer, ¡hazlo pronto!».

— No es gran cosa lo que me cuentas, amigo mío.

— ¡No sabes de lo que son capaces!

— ¿Ah, no? ¿Acaso has olvidado dónde nos vimos por última vez?

Filamón se puso colorado y continuó de forma atropellada.

— A mí me bastó con lo que oí. Sé cuánto la odian y los delitos que le atribuyen. De no haber mediado Cirilo, anoche habrían atacado su casa... Y de sobra conozco el tono de Pedro: demasiado convincente y susurrante para que sus palabras no fueran cargadas de diabólicas intenciones... He aguardado toda la mañana a tener una oportunidad de acercarme hasta aquí. ¿Le llevarás mi mensaje? ¿Irás a verla?

— ¿Qué tienen pensado hacer?

— Sólo Dios lo sabe, y el diablo, a quien sirven en lugar de adorar al Señor. Rafael volvió a entrar precipitadamente en la casa.

— ¿Podría ver a Hipatia un momento?

Se había encerrado en su aposento y había dado instrucciones precisas de que no quería ver a nadie.

— ¿Dónde está Teón?

Su padre había salido media hora antes por la puerta que daba al canal con un montón de legajos matemáticos bajo el brazo y sin decir a dónde tenía intención de ir.

— ¡Insensato y viejo idiota! — exclamó, al tiempo que, apresuradamente, escribía en una tablilla: «Haz caso de la advertencia del joven monje. Creo que lo que dice es verdad. Si miras por ti misma y de verdad quieres a tu padre, no salgas hoy de casa, Hipatia».

Engatusó a una doncella para que le llevase el mensaje, y se quedó en la planta baja avisando a los criados, que no daban crédito a lo que les contaba. Lo cierto, sin embargo, era que en algunos barrios los comercios permanecían cerrados, y que no se veía un alma en los jardines del Museo. Tras los sucesos del día anterior, la gente estaba atemorizada. Cirilo sólo había amenazado de excomuniación a quien perturbase la paz durante la noche anterior, aunque, bien pensado, nadie había visto a un solo monje por la calle durante toda la mañana. En cuanto a que pudieran hacerle daño a su ama, ¡imposible!

— Aunque la arrojasen al anfiteatro — aseguraba el robusto portero negro —, ni las fieras podrían con ella.

Una doncella le dio un pescozón por expresarse en tales términos y, a modo de disculpa, le aclaró que su ama capaz era de desviar el rayo y de invocar a legiones de espíritus en su ayuda con sólo esbozar un gesto... ¿Qué podía hacer él frente a semejantes idólatras? Más le valía que pensasen que

estaba de su parte.

Por fin, recibió la respuesta de Hipatia, escrita con su airosa, esmerada y cuidadosa caligrafía.

Extraño medio de persuadirme para que acepte tu nueva fe, advirtiéndome el primer día de tu misión que me ponga a salvo de la maldad de quienes la profesan. Te lo agradezco, pero mucho me temo que tu afecto por mí hace que te muestres cauto en demasía. Nada temo. No se atreverán. Si ahora tuviesen agallas, las mismas habrían mostrado hace mucho tiempo. En cuanto al joven que mencionas, obedecerle o hacer caso de sus palabras, y aun recordar que existe, sólo me produce vergüenza. Ya que ha tenido la insolencia de hacerme semejante advertencia, saldré de casa. No temas por mí. No creo que esté en tu ánimo que por primera vez en mi vida dé muestras de cobardía. Debo seguir mi destino, y decir lo que tengo que decir. Por encima de todo, no quiero que cristiano alguno pueda decir que la filósofa ha sido menos osada que esos fanáticos. Si mis dioses son tales, ellos me protegerán. Si así no fuere, que tu dios demuestre la veracidad de sus enseñanzas como mejor tenga a bien hacerlo.

Rafael rompió la carta en mil pedazos... Al menos los soldados de la guardia no se habrían vuelto locos como los demás. Faltaba media hora para que diese comienzo la disertación, tiempo suficiente para reunir una fuerza capaz de mantener el orden en toda Alejandría. Con esta idea en mente, abandonó el vestíbulo y salió de la casa.

—*Quem Deus vult perdere!* —«cuando Dios quiere perder a alguien», le gritó a Filamón, con gesto desmayado—. ¡Quédate aquí, y detenía! ¡Haz un último esfuerzo! ¡Derriba los caballos, si es preciso! Dentro de diez minutos estaré de vuelta —y como una exhalación, cruzó la puerta de los jardines del Museo que le quedaba más cerca.

Al otro lado de los jardines, se alzaba el patio interior del palacio y una serie de puertas que daban acceso al mismo. ¡Si pudiera ver a Orestes o avisar a la guardia a tiempo...!

Echó a correr por paseos y cenadores, desiertos a esas horas debido al miedo que tenían los ciudadanos metido en el cuerpo, hasta llegar a la puerta más próxima. Se la encontró cerrada a cal y canto, y fuertemente parapetada.

Aterrado, siguió corriendo hasta la siguiente y comprobó que estaba en las mismas condiciones. Entendió el motivo y de repente sintió pánico. Olvidándose del Museo, no temiendo, y con razón, que el populacho destrozase una de las espléndidas maravillas de su ciudad, o con la idea de concentrar sus fuerzas en un espacio más reducido, la guardia se había limitado a reforzar la protección en los accesos a los jardines, convirtiendo la

elevada cerca que rodeaba el recinto ajardinado en muralla exterior de su ciudadela de mármol. Como último recurso, quizá pudiera abrir alguna de las puertas que conducían al palacio desde el interior del Museo. Rafael sabía dónde estaban, igual que conocía al dedillo las salas, galerías, estatuas, pinturas y libros de aquel vasto edificio que albergaba los tesoros de la antigua civilización. Encontró una entrada despejada; corrió por pasillos que de sobra conocía hasta llegar a un postigo tras el cual había un aposento que Orestes y él habían ocupado en no menos de un centenar de ocasiones, diciendo barbaridades y alumbrando ideas no menos desagradables, todo un repertorio de las más refinadas maldades de la antigüedad... Estaba cerrado. Llamó, pero nadie respondió. Siguió adelante, y llamó a otra puerta, con idéntico resultado. Otra más... ¡sólo silencio para su desesperación! Echó a correr escaleras arriba con la esperanza de llamar a voces a la guardia desde una ventana. Pero los prudentes soldados habían cerrado a cal y canto los accesos que llevaban a las plantas superiores del ala derecha, por temor de que alguien pudiese llegar al patio del palacio desde allí. ¿Adónde ir? Se vio en la necesidad de retroceder. ¿Qué hacer? Comenzó a dar vueltas de nuevo por interminables galerías, salas abovedadas, escaleras, puertas, algunas cerradas, otras abiertas, corriendo de arriba abajo, ora para un lado, ora para otro, perdiéndose a veces en aquel enorme y silente laberinto. Hasta que, con la garganta reseca, se quedó sin aliento; la cara le ardía como abrasada por el simún: apenas podía tenerse en pie. Su ingenio, siempre ocurrente, se le había agotado por completo. Se sentía desconcertado, atrapado en una red, víctima de un conjuro. ¿Sería un sueño? ¿Una de esas horribles pesadillas en que contemplamos columnas y columnas, escaleras y escaleras, aposentos y aposentos, que cambian de aspecto y se prolongan sin cesar en la mente del durmiente que las sufre, oprimiéndolo, agobiándolo, asfixiándolo? Por primera vez en su vida, notó que su cerebro comenzaba a flaquear. No recordaba sino que estaba a punto de suceder algo terrible, que tenía que evitarlo, pero que nada podía hacer... ¿Dónde se encontraba en aquel momento? En un minúsculo aposento..., donde había conversado con Hipatia cientos de veces, mientras contemplaban el Faro y el azul del Mediterráneo a lo lejos... ¿Qué eran aquellas voces que se oían abajo...? Un mar de cabezas vociferantes, podían contarse por millares, llegaba hasta sus pies; de sus innumerables gargantas salía un grito de guerra: «Dios y la Madre de Dios». Los perros de Cirilo andaban sueltos... Se apartó de la ventana, y echó a correr como un loco otra vez sin rumbo fijo, hacia un destino que sólo tras la muerte descubriría.

¿Y Filamón?... Cerremos aquí este capítulo y los sucesos de aquel día en que se desencadenaron todos los males.



## CAPÍTULO XXVIII.

### Amor de mujer

**A**SOLAS CON SU PENA, Pelagia había pasado la noche en vela, pesar que se vio acrecentado a la mañana siguiente al comprobar que estaba prisionera en su propia casa, cuando sus doncellas le dijeron que tenían órdenes, sin precisar de quién, de no permitirle salir de sus aposentos. Aunque algunas de las criadas se lo anunciaron con suspiros y lágrimas de condolencia, más de una, como no dejó de advertir, se mostró encantada de restregarle por la cara que su reinado había concluido, que, aparte de ella, había otras aspirantes al puesto de favorita.

¿Qué más le daba a ella? Cuchicheos, burlas y respuestas insolentes, por un oído le entraban y por otro le salían. Tenía un ídolo, y éste la había abandonado; una entereza y la había perdido. Ni el cielo ni la tierra podían ofrecerle el sosiego, la ayuda y la esperanza que necesitaba; sólo veía a su alrededor negros nubarrones, un horizonte vacío, terrorífico y desesperante. La frágil alma infantil que acababa de renacer en su interior había sido vapuleada y aplastada en el momento mismo de ver la luz. Sin pensar lo que hacía, se arrastró como pudo hasta lo alto de la torre donde se encontraban sus aposentos, se sentó en el suelo y rompió a llorar.

Allí se quedó durante horas y horas, a la sombra del amplio toldo que, como en todas las casas de Alejandría, cumplía la doble función de resguardar del sol y refrescar las piezas que estaban debajo; indolente, paseaba la mirada sobre aquel interminable mar de tejados, torres, mástiles, relucientes canales y veloces falúas, sin ver otra cosa que el rostro del amado perdido, perdido para siempre.

Un leve silbido vino a arrancarla de sus ensoñaciones. Levantó la cabeza. Al otro lado del estrecho callejón, desde el repecho de la terraza de la mansión de enfrente, un par de relucientes ojos no se apartaban de ella. Molesta, buscó un sitio donde ocultarse.

Volvieron a silbar y, con cautela, asomó una cabeza por detrás del repecho... Era Miriam. Tras echar un vistazo a su alrededor, Pelagia dio un

paso adelante. ¿Qué querría de ella aquella anciana?

Por señas, Miriam le preguntó algo; Pelagia entendió que quería saber si estaba sola. En cuanto vio que la joven negaba con la cabeza, Miriam se asomó, lanzó una piedra envuelta en un papel, y desapareció de nuevo.

Llevo vigilando aquí todo el día. No me dejan entrar en la mansión. Guárdate de los godos, especialmente de Wulf, y no salgas de tus aposentos. Han proyectado sacarte de tu casa esta noche y ponerte en manos de tu hermano el monje. Te han traicionado. ¡Coraje!

Sin dar crédito a lo que acababa de leer, Pelagia se quedó pálida. Decidió seguir la última recomendación de Miriam. Bajó las escaleras, pasó con porte altanero por sus aposentos, ordenó que se apartasen las doncellas que pretendían retenerla, quienes, al oír su voz y ver su gesto, se echaron a temblar, y, con la carta en la mano, bajó al aposento que al mediodía solía ocupar el de Amal.

Al acercarse a la puerta, oyó fuertes voces en el interior: era el de Amal, desde luego, pero también pudo oír la voz de Wulf. Sin ánimos para dar un paso adelante, se detuvo y se dispuso a escuchar... Oyó el nombre de Hipatia y, muerta de curiosidad, arrimó la oreja a la cerradura y pudo conocer así el contenido de la conversación que mantenían.

—No querrá saber nada de mí, Wulf.

—Si no acepta, peor no puede ser la vida que le queda por delante. Además, te digo que está arruinada. Es su última oportunidad, y no la dejará escapar. Los cristianos abominan de ella; si las cosas se tuercen, su vida corre serio peligro.

—Es una pena que no la trajéramos aquí.

—Cierto, pero no ha sido posible. No debemos deshacernos de Orestes hasta que el palacio caiga en nuestras manos.

—¿Crees que lo conseguiremos, amigo mío?

—Seguro. Anoche hablamos con los manípulos. Estaban tan orgullosos de servir a tus órdenes que tuvimos que darles dinero para que no hiciesen nada y no se alzasen en armas.

—¡Por Odín! ¡Cuánto me gustaría estar con ellos en este instante!

—Espera a que la ciudad se subleve. O mucho me equivoco, o antes de que acabe el día se producirá un alboroto. El tesoro ya ha caído en nuestras manos, ¿no te parece?

—Sí, y las galeras ya están dispuestas para transportarlo. Como no me has dejado hacer otra cosa, he trabajado como una mula toda la mañana en los preparativos. ¿Y dices que Goderico no volverá del palacio hasta la noche?

—Si antes nos atacan, lanzaremos una flecha incendiaria y acudirá con

todos los godos que pueda reunir. Si asaltan el palacio, él será quien nos avise de la misma manera, y saldremos para allá. Por ahora, se dedica a emborrachar de lo lindo a ese perro de prefecto griego.

— ¡Antes será el griego quien vea a Goderico a cuatro patas! Sé que esos bribones romanos tienen pócimas que les permiten estar sobrios a voluntad, y volver a trabajar y a beber como si nada. Dile a Smid que se dé una vuelta por allí, a ver si es capaz de aguantar tanto como nuestro armero.

— ¡Excelente idea! — respondió Wulf, que salió de la estancia al instante para transmitir el encargo.

Pelagia tuvo el tiempo justo de esconderse detrás de una puerta contigua, pero había oído lo suficiente. Cuando apareció Wulf, se abalanzó sobre él, tomándole del brazo.

— ¡Aguarda! ¡Hablemos un momento, te lo suplico, vamos a hablar! — aun a su pesar, al godo no le quedó otra que seguirla a la estancia de al lado, donde la muchacha se postró a sus pies gimoteando como una niña pequeña.

Confundido ante tan inesperado gesto de sumisión, cuando se temía una actitud artera y petulante, Wulf guardó silencio. Al ver implorante a sus pies, aquel hermoso rostro, transido de dolor, como un niño al que se le ha roto un juguete, casi se sintió avergonzado, por no decir responsable... Y escuchó lo que la joven tenía que decirle.

— ¿Qué mal he hecho? ¿De qué se me acusa? ¿Por qué buscas alejarlo de mí? ¿Qué he hecho, sino amarlo, honrarlo y adorarlo? Sé cuanto lo aprecias; por eso, te quiero yo, ¡no lo dudes! Pero, mírate: ¿cómo me has correspondido, a mí, que daría la vida por él, que me dejaría descuartizar por él?

Wulf no abrió la boca.

— ¿Qué he hecho, aparte de amarlo? ¿En qué otra cosa he pensado, sino en hacerle feliz? Ya era bastante rica. Todo el mundo me halagaba, me adulaba... Hasta que apareció él, tan resplandeciente como un dios entre los hombres, o entre los monos, más bien, y me pareció adorable. ¿Qué hay de malo en eso? Me entregué a él, ¿qué otra cosa podía hacer? Y él, el héroe, se avino a amarme. Y lo amé. ¿Acaso podía negarme? ¿Qué mal había en que yo lo amase, despiadado Wulf?

A pesar de sentirse conmovido de pies a cabeza, el godo se las compuso como pudo para mantenerse impertérrito.

— ¿Crees que tu amor era digno de él? ¿De qué le ha servido? Le ha convertido en un títere holgazán para diversión de esos griegos, cuando podría haber conquistado estas tierras y haber sido su rey. Necia mujer, ¿no te das cuenta de que tu amor le ha echado a perder, de que ha sido su perdición? De no haber sido por ti, estaría sentado ahora mismo en el trono de los Ptolomeos y sería el señor de la orilla sur del Mediterráneo... ¡y aún

puede serlo!

Pelagia se lo quedó mirando con unos ojos como platos, como si poco a poco intuyese una vasta e inesperada perspectiva de envergadura tal que le provocaba mareos. Con lentitud, se puso en pie.

— ¿Sería emperador de África?

— Y lo será; pero no...

— ¡Pero no si sigue a mi lado —exclamó—, al lado de una miserable ignorante y desvergonzada! Ahora lo entiendo, ¡ahora lo entiendo todo, por Dios! Necesitas que se case con ella, claro... —añadió, sin llegar a pronunciar el tan temido nombre.

Wulf no dijo nada; se limitó a mover la cabeza en señal de aquiescencia.



—Muy bien, pues me iré al desierto con Filamón, y nunca volverás a oír mi nombre. Me haré monja y rezaré para que sea un gran rey capaz de conquistar el mundo entero. ¿No te importará explicarle el motivo de mi espantada, verdad? Porque saldré de aquí ahora mismo —y le dio la espalda, como dispuesta a hacerlo de inmediato; pero, al instante, estremecida, volvió a mirar a Wulf de frente—. No puedo hacerlo. No puedo apartarme de él. Si lo dejase, ¡me volvería loca! No te soliviantes. Te prometeré cuanto me pidas, formularé los juramentos que quieras, pero permite que me quede, aunque sea como esclava, con tal de que tenga ocasión de verlo de vez en cuando. No, ni siquiera eso te pido: me basta con saber que el mismo techo nos cobija. ¡Permite que me quede aunque sea en la cocina, como esclava! Todo lo que tengo será suyo, tuyo, de quien tú decidas. Bastará con que le digas que me he marchado, que he muerto, si te parece. Pero consiente en que siga aquí, nada más te pido. Me cubriré de harapos, trajinaré en el molino... ¡Nada me será tan gratificante como saber que come del pan que yo he cocido! Y si tuviera la osadía de hablar con él, de acercarme a él siquiera, ¡que el mayordomo me cuelgue de las manos y me azote como corresponde, como la esclava que soy!... Gracias a semejante trato, poco tiempo ha de pasar antes de que me vuelva vieja y fea y, entonces, querido Wulf, ¡nada habrás de temer de esta maldita belleza que ahora me adorna! Prométeme sólo que... ¡ve a su lado, te llama! No dejes que venga y me vea aquí... ¡No podría soportarlo! Ve, date prisa; cuéntaselo todo... No, no le digas todavía... — antes de terminar la frase se dejó caer al suelo.

Wulf se apartó de ella, musitando:

— ¡Pobre chiquilla! ¡Más te valdría estar muerta y en el fondo del Hela! — comentario que Pelagia llegó a escuchar; poco a poco, entre sollozos y lágrimas, en el torbellino de imposibles esperanzas y planes que le rondaban

por la cabeza, tales palabras calaron hondo en su alma, impregnando su corazón y su espíritu.

—¿Que más me valdría estar muerta? —dijo, poniéndose en pie lentamente—. ¿Que más me valdría estar muerta? ¿Por qué no? Muerto el perro se acabó la rabia, y poco peligro representaría ya la pobre Pelagia...

Lentamente, resuelta y Orgullosa, se dirigió a la alcoba que tan bien conocía... Se dejó caer sobre el lecho, y cubrió de besos la almohada. Sus ojos repararon entonces en la espada del de Amal, colgada del cabecero de la cama, según la costumbre de los guerreros godos. Estremecida, extendió el brazo y se apoderó del arma.

—Sí... Si así ha de ser, pues no hay otra salida, que sea con esta hoja. ¡Todo puedo soportarlo menos la vergüenza! ¡Qué necia he sido por haber pensado toda mi vida que la gente me amaba y admiraba, y descubrir ahora que, en realidad, me despreciaban y abominaban de mí! Eso fue lo que me dijeron los jóvenes a la puerta del aula de Hipatia..., lo mismo que el anciano monje... ¡Qué tonta he sido! Al día siguiente, ya lo había olvidado, porque él todavía me amaba. Pero ¿cómo iba a hacerles caso mientras no lo hubiera oído de su propia boca? ¡Imposible! Y eso que mujeres tan perdidas como yo han sido honradas..., después de muertas. ¿Cómo eran aquellos versos que solía cantar sobre Epicaris, que se ahorcó en el potro de tortura, y Leena, que se cortó la lengua con los dientes con tal de no traicionar a sus amantes ni siquiera bajo tormento? Se cuenta que, en Atenas, había una estatua de Leena en la que se la representaba como una leona sin lengua... Siempre que cantaba aquellas rimas, los espectadores se ponían en pie, lanzaban alaridos, y las calificaban de nobles y magnánimas... Entonces no sabía el porqué; ¡ahora, por fin, lo entiendo! Quizás acaben por decir de mí que también fui una mujer noble. Al menos dirán: «Era una..., una... ¡que tuvo el valor de morir por el hombre a quien amaba!». ¿Y qué, si Dios me desprecia también y abomina de mí? Me enviará al fuego eterno... Eso dijo Filamón, a pesar de ser mi hermano. Lo mismo que el anciano monje..., con lágrimas en los ojos... ¡La eternas llamas del infierno! ¡Eternas, no, Dios grandioso y terrible! ¡Eternas, no, que yo nada sabía! Nadie me enseñó a distinguir el bien del mal, ni siquiera sabía que estuviera bautizada. Era tan grato, tan agradable ser dichosa, sentirme halagada y amada, rodeada de rostros que irradiaban felicidad. ¿Cómo iba a negarme? Los pájaros que cantan en mi querido y amado patio son felices, porque hacen lo que les gusta, y Tú no te irritas con ellos porque lo sean. No creo que debas mostrarte más cruel conmigo. Dios mío, pues ¿sabía yo acaso más de lo que saben ellos? Tú que has hecho la hermosa luz del sol, este mundo tan bello y maravilloso, las llores y los pájaros, ¿serías capaz de enviarme al fuego eterno? ¿No te bastaría con cien años, mil si quieres, como castigo? Oh, Dios, ¿acaso no te parece suficiente

castigo tener que dejarle ahora, en el preciso momento en que soñaba con ser virtuosa y digna de él? ¡Oh, Dios, ten piedad, misericordia, misericordia, y permite que salga del tártaro una vez cumplido el castigo! ¿Por qué no puedo convertirme en pájaro, o en gusano, si lo prefieres, y salir de ese horrible lugar, volver a ver la luz del sol y la belleza de las flores? ¿No me estoy castigando ya? ¿No es ya bastante expiación?... Me daré muerte, ¡así quizá Dios se apiade de mí!

Con manos temblorosas, sacó la espada de la vaina y cubrió de besos la hoja.

—Sí, con esta espada, la misma con la que él ha ganado tantas batallas. Así habrá de ser. ¡Suya seré hasta el final! ¡Qué afilada y fría parece! ¿Será muy doloroso...? No, no haré la prueba, pues flaquearía. Me arrojaré sobre ella de golpe, y sea por donde sea que me atraviere, ya no habrá vuelta atrás. Su espada es al fin y al cabo, y mucho daño no ha de hacerme. Además, él ya me lo hizo esta mañana —y al recordarlo, prorrumpió en un prolongado y desesperado grito que retumbó por toda la mansión; apresuradamente, colocó la espada en vertical a los pies de la cama y se rasgó la túnica que llevaba—. Aquí, bajo este seno de viuda, en donde no volverá a recostar su cabeza. Oigo pasos en el corredor. ¡Deprisa, Pelagia, ahora! —fuera de sí, abrió los brazos con intención de arrojarle sobre la espada—. Oigo sus pasos. Me hallará muerta, ¡y nunca sabrá que muero por él!

El de Amal trató de abrir la puerta. Estaba cerrada; la abrió de golpe y preguntó:

—¿A cuento de qué ese alarido? ¿Qué está pasando aquí, Pelagia?

Como una niña sorprendida con un juguete que se le ha prohibido tocar, la joven se cubrió el rostro con las manos y se postró ante él.

—¿Qué te pasa? —gritó el de Amal, levantándola del suelo.

Pero Pelagia se desprendió de sus brazos.

—¡No, no! ¡Nunca más! ¡No soy digna de ti! ¡Deja que muera esta pobre desgraciada! Soy una deshonra para ti, que has de ser rey. Debes casarte con ella, ¡con la mujer docta!

—¿Hipatia? ¡Ha muerto!

—¿Muerta?

—Hace una hora que esos diablos cristianos la han asesinado.

Pelagia se llevó las manos a los ojos y se echó a llorar. ¿Lágrimas de pena o de alegría? Si ella no se detuvo a pensarlo, tampoco hemos de hacerlo nosotros.

—¿Dónde está mi espada? ¡Por el alma de Odín! ¿Quién la ha puesto ahí?

—Pensaba... ¡no te enfades!... Me dijeron que más me valdría estar muerta...

Durante un instante, el de Amal se quedó perplejo.

— ¡No me pegues otra vez! ¡Mándame al molino, mátame con tus propias manos, pero no vuelvas a pegarme!

— ¿Pegarte a ti, noble mujer? — exclamó el de Amal, estrechándola contra su pecho.

La tormenta había pasado, y Pelagia se quedó un buen rato junto a aquel amado corazón, arrullando como una paloma, antes de que el de Amal le dijese de forma atropellada:

— ¡Vamos, date prisa! No tenemos un minuto que perder. Sube a la torre. Allí estarás a salvo. ¡Ya enseñaré yo a esos perros lo que pasa cuando se enseñan los dientes ante la guarida del lobo!

## CAPÍTULO XXIX.

### Némesis

¿ERA CIERTO LO QUE HABÍA DICHO el de Amal?

Filamón vio cómo Rafael echaba a correr y entraba en los jardines del Museo. Lo último que le había dicho era que no se moviese de donde estaba, y eso fue lo que hizo. No sin insolencia, el hombre negro de la puerta le advirtió que su ama no quería ver a nadie ni recibir mensaje alguno. Pero el joven estaba decidido a no marcharse de allí. Para resguardarse del sol, buscó un sitio al abrigo de un contrafuerte y se quedó en cuclillas en el suelo, dispuesto a saltar en cualquier momento. El esclavo no le quitaba ojo de encima; pero, acostumbrado como estaba a las rarezas de los filósofos, dio gracias a los dioses por no ser uno de ellos y se retiró a su cuchitril, olvidándose de la presencia de aquel extraño.

El muchacho esperó durante treinta minutos, que se le antojaron largos como horas, días y años. Rafael no volvía; ningún soldado a la vista. ¿Sería un traidor aquel judío tan raro? ¡No, imposible! En su semblante había visto reflejado tanto miedo como el que tenía el propio Filamón... Pero ¿por qué no estaba de vuelta?

Quizás hubiera descubierto que las calles estaban desiertas y que los temores de ambos no eran sino figuraciones... ¿Quiénes serían aquellos hombres que, a unas doscientas varas de donde se encontraba, se arremolinaban a la entrada de la calleja que daba a la puerta por la que se accedía al aula de Hipatia? Echó a andar para observarlos más de cerca, pero desaparecieron. Se agachó de nuevo y esperó... Allí estaban otra vez. Era un sitio que le daba mala espina. La calleja discurría a espaldas del Cesareo. Era uno de los lugares preferidos de los monjes cuando preparaban alguna de las suyas, porque disponía de innumerables entradas y edificios adosados al ábside de la iglesia por los que se llegaba al interior del templo... ¿Qué tenía de raro que hubiese allí un grupo de monjes? ¿Acaso se veía otra cosa en las calles de Alejandría? Trató de apartar de sí tales aprensiones pero, a fuerza de darle vueltas a lo mismo, sus temores acabaron por tomar cuerpo, y supo que



estaba a punto de pasar algo espantoso. En repetidas ocasiones, los observó desde su escondite: allí seguían, por no decir que estaban más cerca y que había muchos más. Si lo encontraban allí, ¿qué no pensarían de él? Poco le importaba: aunque pensaba que la sangre no llegaría al río, si las cosas se ponían feas, estaba dispuesto a morir por ella. Tenía que hablar con Hipatia, avisarla del peligro que la acechaba. Por la calle no paraban de pasar transeúntes y carruajes; un grupo de discípulos entró en el aula; a pesar de que habían pasado a su lado, no se había dado ni cuenta de que allí estaba. El sol seguía su curso ascendente y dio de lleno en la esquina en que estaba agazapado; el suelo se puso al rojo vivo; tan intenso era el resplandor de la luz que el joven se quedó deslumbrado. Pero no prestó atención. Con una única preocupación en la cabeza, sólo tenía ojos para aquella puerta, a la espera de que se abriese...

Por fin, dobló la esquina un carruaje con relucientes adornos de plata, que se detuvo frente al sitio donde estaba escondido. Hipatia se disponía a salir. Los hombres habían desaparecido. A lo mejor habían sido imaginaciones suyas. ¡No, allí estaba aquella trailla infernal, observando a la vuelta de la esquina, muy cerca del aula! Salió un esclavo con un almohadón bordado y, un instante después, apareció Hipatia, más hermosa y radiante que nunca; en su boca, se dibujaba una triste y resuelta sonrisa; los ojos alzados al cielo, inquisitivos, chispeantes y amables, no ocultaban por completo el intenso terror que los animaba, como si su alma ya hubiese partido de este mundo y se encontrase en presencia de Dios.

Filamón se abalanzó sobre ella y, con mano convulsa, le tiró de la túnica al tiempo que se arrodillaba a sus pies.

— ¡Detente, no sigas! ¡Vas camino de tu perdición!

Serena, Hipatia se lo quedó mirando.

— ¡Apártate, esbirro de hechiceras! ¿Acaso crees que la hija de Teón es una traidora como tú?

El joven monje se puso en pie y, desesperado, sin saber qué hacer, retrocedió avergonzado... ¡Lo consideraba, pues, culpable!... ¡Era la voluntad de Dios!

Cuando quiso darse cuenta, los plumeros de los caballos se agitaban en el aire a cierta distancia, y echó a correr tras ella dando voces, casi sin saber lo que decía.

¡Demasiado tarde! Como flechas, unos hombres de oscuros ropajes abandonaron el lugar donde estaban emboscados y rodearon el carruaje... Ya no volvió a ver a Hipatia. Mientras Filamón seguía corriendo, los caballos que tiraban del carro vacío pasaron a su lado como una exhalación de vuelta al lugar de donde habían salido.

¿Adónde la habrían llevado? ¿Al Cesareo, a la iglesia? ¡Imposible!

¿Adónde si no? ¿Por qué la multitud, cada vez más numerosa, bajaba a la playa y volvía con guijarros, conchas y fragmentos de loza?

Antes de que el joven hubiese llegado a ella confundido entre la muchedumbre, la vio en las gradas del templo; sabía dónde estaba porque, de vez en cuando, llegaba a atisbar su túnica hecha jirones.

¿Dónde andaban sus vociferantes discípulos? A la primera embestida del gentío que se abatió sobre ella a la entrada del aula, habían buscado refugio de forma vergonzante en el Museo. ¡Cobardes! ¡Él la salvaría de aquel trance!

En vano trató de abrirse camino entre la chusma de parabolanos y monjes, mujeres de pescadores y estibadores que, dando alaridos, se arremolinaba alrededor de su víctima. Lo que él no pudo conseguir lo logró un hombre esmirriado, el menudo mozo de cuerda. Enfurecido, sin saber cómo ni de dónde, como si hubiese salido de las entrañas de la tierra en medio de la multitud, como un rabioso gato salvaje, se abrió paso con uñas y dientes hacia su ídolo; llevaba un cuchillo en la mano. Por desgracia, tropezó, cayó al suelo y fue rodando por la escalinata hasta quedar medio alelado y llorando a lágrima viva, mientras Filamón pasaba por encima de él y entraba en la iglesia.

¡Así es, en la iglesia! En aquel recinto frío y oscuro, de columnas esculpidas y apabullantes cúpulas, con las velas, el olor a incienso, el resplandeciente altar y los enormes cuadros que, desde los muros, se asomaban al vacío. Al frente, por encima del altar, el colosal Cristo que, inmóvil, observaba la escena desde una pared, con la mano derecha levantada en actitud de bendecir... ¡jo de repudiar!

A lo largo de la nave, por el consagrado suelo, se veían retazos de la túnica de Hipatia, lo mismo que en las gradas que llevaban hasta el presbiterio y en el propio altar, a los mismos pies del Cristo silente. Bajo su mirada, hasta aquellos perros furiosos hicieron un alto...

Al verse libre de los sayones, dio un salto atrás y, desnuda como estaba, se irguió por completo, blanca como la nieve, a diferencia de la oscura masa que la rodeaba, clavando en ellos sus enormes ojos claros, rebosantes de indignación y vergüenza, mas sin asomo de miedo. Con una mano, se cubrió el cuerpo con sus dorados cabellos, mientras extendía el otro brazo hacia el Cristo silente, como si, en vano, el hombre pudiese apelar a Dios. Abrió la boca con intención de hablar, pero las palabras que llegó a articular sólo Dios pudo oírlas, pues al instante Pedro la derribó de un manotazo y la oscura masa se arrojó de nuevo sobre ella... Y ya no se oyeron sino prolongados alaridos, penetrantes y angustiosos, que retumbaban por las bóvedas y que, en los oídos de Filamón, resonaron como la trompeta del ángel de la muerte.

Comprimido contra una columna por la multitud, incapaz de moverse, se tapó los oídos con las manos, ¡pero no se libró de oír los estremecedores

alaridos! ¿Cuándo acabarían? ¿Qué le estarían haciendo, por el amor de Dios? ¿Despedazándola, acaso? Sí, y quizás algo peor todavía. Mientras los gritos continuaban, el colosal Cristo seguía inmóvil, sin apartar sus serenos ojos impasibles del joven monje. En el aura pintada sobre su cabeza estaba escrito: «¡Yo soy el que soy, el que era y el que será!», como si estuvieran en la antigua Judea. Pero ¿qué significado tenían tales palabras en aquel templo? Se cubrió la cara con las manos, y deseó que le llegase la muerte.

Todo había concluido. Los alaridos se convirtieron en lamentos; a los gemidos sucedió el silencio. ¿Cuánto tiempo había estado allí, una hora, una eternidad? Gracias a Dios, todo había acabado, al menos para ella; pero ¿y en cuanto a ellos? No era eso lo que pensaba la chusma. Se oyó un nuevo grito que retumbó en la cúpula.

— ¡Al Cinaron con ella! ¡Hay que reducir sus huesos a cenizas y arrojarlas al mar! — y la multitud arrastró el cadáver fuera de la iglesia...

Filamón pensó en huir. Una vez fuera del templo, le flaquearon las fuerzas y, aturdido, se dejó caer en las gradas, mirando con espanto el resplandor de la antorcha y la multitud que se agitaba tras ella, aullando como demonios en presencia de Moloch. Alguien le tomó del brazo; alzó los ojos y vio que era el mozo de cuerda.

— ¡Ésa es tu iglesia católica y apostólica, joven carnicero!

— No, Eudaimón, es la iglesia de los demonios del infierno — y engurruñándose, se sentó en las gradas y se cubrió la cabeza con las manos. Con gusto hubiera dado la vida a cambio de poder llorar, pero tenía los ojos y el cerebro tan ardientes y resecos como las arenas del desierto.

Eudaimón se lo quedó mirando durante un instante. Tamaña barbaridad había abierto los ojos de aquel pobre infeliz para siempre.

— ¡Hice cuanto estuvo en mi mano por morir a su lado! — exclamó.

— ¡Y yo hice cuanto pude por salvarla! — añadió Filamón.

— Lo sé. Olvida lo que acabo de decirte. ¡Los dos la amábamos! — y el esmirriado mozo se sentó junto a Filamón, derramando lágrimas de amargura al ver la sangre de Hipatia que serpenteaba por el pavimento.

Hay ocasiones en que la hondura de nuestra desgracia es tal que se nos antoja un regalo y, de tal modo nos confunde, que impide que sigamos regodeándonos en los males que se abaten sobre nosotros. Eso fue lo que le sucedió a Filamón, que se quedó allí sentado y se olvidó del paso del tiempo.

— ¡Está con los dioses! — dijo, por fin, Eudaimón.

— ¡Está con el Dios de dioses! — replicó Filamón, y de nuevo callaron ambos.

De repente, una voz imperiosa los sacó de su letargo. Alzaron los ojos y, ante ellos, descubrieron a Rafael Aben-Ezra.

— Joven monje — dijo, con las mandíbulas apretadas —, parece ser que la

amabas...

Filamón alzó los ojos, pero no fue capaz de decir nada.

— En ese caso, ponte en pie y, por tu bien, huye al lugar más remoto del desierto, antes de que la maldición de Sodoma y Gomorra se abata sobre esta inicua ciudad. ¿Tienes padre, madre, hermano, hermana, gato, perro o pájaro de los que ocuparte dentro de estos muros?

Al acordarse de Pelagia, Filamón sintió un estremecimiento... Cirilo le había dicho que esa misma noche podía contar con veinte monjes de confianza para ir a recogerla y llevársela de la mansión.

— ¿Cuentas con ellos? Pues ve con ellos y huye después, sin olvidar lo que le pasó a la mujer de Lot. Eudaimón, tú vendrás conmigo. Me llevarás a tu casa, a los aposentos que ocupa Miriam la judía. No digas nada. Sé que vive allí. Por el amor que tuve por ésa que acaba de perecer, te libraré de todo mal, y, si me demuestras tu fidelidad, te recompensaré con largueza. ¡Andando!

Eudaimón, que de sobra sabía quién era Rafael, se puso en pie y, muerto de miedo, lo llevó a su casa. Filamón se quedó solo.

No habrían de volver a verse. Pero Filamón supo que había estado en presencia de un hombre más fuerte que él, y que, con más amargura que el joven monje, abominaba de aquel crimen, que hasta el propio sol, ofuscado, simulaba no haber presenciado. Aquellas palabras, «ponte en pie y huye por tu bien», pronunciadas en el tono perentorio de quien sabe lo que se dice, reveladoras del sufrimiento que aflige un corazón, sonaron a sus oídos como la trompeta del juicio final. Huiría, por supuesto que sí. Había salido para ver cómo era el mundo, y ya lo había visto. Arsenio estaba en lo cierto. ¡Volvería al desierto! Pero antes quería hablar con Pelagia a solas y suplicarle que huyese con él. ¡Qué necio y tonto había sido al tratar de persuadirla por la fuerza, con la ayuda de aquellos asesinos! El reino de Dios no era un reino de fanáticos que, a voces, proclamaban su doctrina, sino de almas de buena voluntad, generosas y pacientes. Si no podía convencerla de verdad, ganarse su mente y su corazón, se iría solo y moriría rezando por ella.

Dejó atrás las gradas del Cesareo y echó a andar por la calle del Museo, convertida en otro océano de cabezas vociferantes. El populacho saqueaba la casa de león, aquella mansión que tantos recuerdos le traía. Quizás el pobre anciano hubiera perecido también. Pero pensó en su hermana. Tenía que ponerla a salvo y huir. Torció por una bocacalle y trató de abrirse paso.

El barrio de los muelles estaba irreconocible. Cada calle era como un afluyente que arrastraba una oleada de fanáticos enfurecidos que iba a desembocar en el río principal. Ya se había puesto el sol y aún no había llegado a la mansión de Hipatia, mientras a sus espaldas resonaba un grito repetido por diez mil gargantas: «¡A por los paganos! ¡Acabemos con los godos arrianos! ¡Abajo las prostitutas idólatras! ¡Muera Pelagia Afrodita!».

Echó a correr por la calleja hasta la puerta de la torre, donde Wulf había quedado en encontrarse con él. Estaba entreabierta; en la oscuridad, acertó a distinguir la silueta de alguien que estaba de pie en el umbral. De un brinco salvó los escalones pero, en vez de Wulf, se encontró con Miriam.

— ¡Quítate de en medio!

— ¿Por qué habría de hacerlo?

No contestó, y trató de apartarla de un empujón.

— ¡Necio, necio, necio! —susurró la hechicera, sujetando la puerta con todas sus fuerzas—. ¿Dónde están tus compañeros de rapto? ¿Dónde está la partida de monjes que debía acompañarte?

Filamón dio un paso atrás. ¿Cómo había podido enterarse de sus proyectos?

— ¡Responde, estúpido! ¿Dónde están? ¿O aún no te has dado cuenta esta tarde de lo que son capaces esos monjes y sigues con la idea de que esa pobre niña sea uno de los vuestros? Allá vosotros si queréis corromper vuestra naturaleza y, tratando de ser como ángeles, acabáis por convertirlos en demonios. ¡Pero ella es una mujer y, como tal, ha de vivir o morir!

— ¡Quítate de en medio! —repitió Filamón, enfurecido.

— Eso es; alza la voz, que yo también gritaré, y tu vida valdrá menos que nada. Estúpido... ¿crees que hablo así porque soy judía? No; hablo como mujer, y como monja, porque monja fui un día, insensato; el dardo de Dios me traspasó el corazón y el alma, y jamás permitiré que vuelva a sucederle eso a nadie si en mi mano está evitarlo... No, no te la llevarás. Antes la estrangularía con mis propias manos —y apartándose de él, comenzó a subir por la escalera de caracol.

Fue tras ella. Era tal la pasión que guiaba a la vieja hechicera que corría con el brío y la ligereza de una joven ménade. En una ocasión, Filamón a punto estuvo de dejarla atrás pero, al reparar en que no sabía dónde ir, se limitó a seguir sus pasos, recurriendo a la fugitiva como guía.

Miriam no paraba de subir y subir hasta que, de repente, entró en un aposento. Filamón se detuvo. Por encima de él, casi al alcance de la mano, contempló el firmamento estrellado. ¡Estaban cerca del terrado! Casi al instante, la vieja volvió a salir por la misma puerta y se dispuso a seguir subiendo. Filamón la sujetó por el brazo y, tras introducirla en el vacío aposento, le cerró la puerta en las narices. Unos cuantos escalones más y llegó a la azotea, donde se encontró cara a cara con Pelagia.

— ¡Vamos, ahora que andan ocupados en otras cosas ahí ahajo! —le dijo, sin aliento—. ¡Es el mejor momento! —añadió, tomándola de la mano.

Pelagia dio un paso atrás.

— ¡No, no puedo, no puedo! —musitó—. ¡Todo me lo ha perdonado, y suya seré para siempre! Más que nunca ahora que está en peligro y puede

resultar herido. ¿Cómo, por todos los dioses, me pides que cometa la bajeza de abandonarlo en estos momentos?

—¡Pelagia, Pelagia, querida hermana —replicó Filamón, angustiado—, piensa en el castigo que le aguarda al pecador, acuérdate de los sufrimientos del infierno!

—¡Llevo todo el día pensando en eso, y no, no te creo! ¡Dios no puede ser tan cruel como dices! Y aun si lo fuera..., perder a mi amor, ¡eso sí que sería el infierno para mí! ¡Prefiero arder en la otra vida que apartarme en ésta de su lado!

Al oírla, Filamón se quedó atónito y sintió un escalofrío. Como un relámpago, cruzaron por su mente las dudas que lo habían asaltado cuando, en el templo enterrado, había visto las pinturas de aquellas mujeres que participaban en orgías, cuando se había hecho la pregunta de si estarían ardiendo en el infierno para siempre.

—¡Vamos! —le urgió de nuevo, poniéndose de rodillas ante ella, besándole las manos, tratando de convencerla; todo en vano.

—¿Qué pasa aquí? —tronó un vozarrón a sus espaldas, que no era el de Miriam, desde luego, sino el del de Amal que, desarmado como estaba, no dudó en abalanzarse sobre Filamón.

—¡No le hagas daño! —gritó Pelagia—. Es mi hermano, el hermano del que te hablé.

—¿Qué está haciendo aquí? —vociferó el de Amal, que se dio al instante cuenta de lo que sucedía.

Pelagia guardó silencio.

—Tengo la intención de salvar a mi hermana, que es cristiana, de los pecaminosos abrazos de un hereje arriano. Y eso será lo que haga, aunque haya de morir en el intento.

—¿Arriano, dices? —repuso el de Amal, con una risotada—. Di mejor pagano y acertarás, insensato. Pelagia, ¿estás dispuesta a marcharte con él y hacerte monja en las arenas del desierto?

De un salto, Pelagia se colocó al lado de su amante. Desesperado, Filamón la tomó del brazo, apelando a sus sentimientos y, en un momento, sin saber por qué, el godo y el griego se vieron enzarzados en una pelea a muerte mientras, horrorizada, Pelagia guardaba silencio, sin atreverse a pedir una ayuda que supondría la muerte de su hermano.

La lucha duró unos pocos segundos. El godo levantó a Filamón en sus brazos, como si fuera un niño, y acercándose al repecho de la azotea, trató de arrojarlo al canal. Pero el taimado griego, como una culebra, se enroscó en el cuerpo de su contrincante y, a la desesperada, le apretó con fuerza la garganta. Hasta dos veces se revolcaron por el suelo y, dando tumbos, fueron a chocar contra el repecho; otras tantas retrocedieron. A la tercera embestida,

el muro de adobe cedió y ambos, godo y griego, en estrecho abrazo, se precipitaron a la oscuridad del abismo.

Horrorizada, sin poder articular palabra, sin acabar de creerse lo que acababa de ver con sus propios ojos, Pelagia corrió hasta el borde y miró el lúgubre precipicio. Sin desasirse, dos veces dieron vuelta sobre sí mismos mientras caían al vacío... Como era normal en Egipto, la base de la torre se prolongaba en declive hasta el agua. ¡Iban a estrellarse contra las losas, y entonces...! Pareció transcurrir una eternidad mientras se hundían en el abismo... El de Amal estaba debajo... Vio cómo sus hermosos cabellos flotaban por el aire antes de estrellarse contra la piedra. En ese instante, se desasó del griego, con las extremidades inertes, como un pelele; dos chapoteos rompieron el oscuro y aciago silencio del agua, y sólo se oyeron las salpicaduras que, furiosas, lamían el muro.

Pelagia se quedó mirando durante un instante y, tras lanzar un grito que retumbó en la azotea y llegó hasta el río, bajó precipitadamente las escaleras y se perdió en la oscuridad de la noche.

Cinco minutos más tarde, por uno de los lados de la calleja, Filamón, calado hasta los huesos, magullado y ensangrentado, trataba de salir del canal. Retorciéndose las manos, la mujer que acababa de salir por la puerta de la torre fue hasta la orilla del agua, sin apartar los ojos de la corriente. La luz de la luna le daba de lleno en la cara: era Pelagia, que, al verlo y reconocerlo, dio un paso atrás.

— ¡Hermana..., hermana mía! ¡Perdóname!

— ¡Asesino! — gritó la joven, y, apartándose de los brazos del joven, echó a correr por el callejón.

Fardos de mercancías le estorbaban el paso, pero la bailarina los sorteó como un gamo. Filamón, medio aturdido por la caída y casi a tientas por culpa de los cabellos mojados que le tapaban los ojos, tropezó, cayó al suelo y no fue capaz de incorporarse. Guiada por la antorcha que precedía al populacho, que bramaba y ocupaba la calle principal, Pelagia recorrió unas cuantas varas hasta que torció por una bocacalle y desapareció, mientras Filamón gemía en el suelo: había perdido toda esperanza y razón para seguir en este mundo.

Cinco minutos después, al frente de una veintena de hombres y mujeres que, horrorizados, habían llegado a lo alto de la torre tras oír el alarido de Pelagia, Wulf contemplaba la escena desde el boquete abierto en la azotea.

Sólo él albergaba la sospecha de que Filamón había merodeado por allí. Estremecido al imaginarse lo que podía haber pasado, no dijo nada a sus acompañantes. Todos sabían que Pelagia había subido a la torre y que el de Amal había ido en su busca. ¿Dónde estaban? ¿Por qué estaba abierta la puerta camuflada que a duras penas llegaron a cerrar antes de que la chusma

se colase en la mansión?

Habituado como estaba a situaciones como aquella, Wulf se detuvo a considerar todas las posibilidades de horror y muerte que ofrecía la situación y, por fin, dijo, con un hilo de voz:

– A ver, Smid, una maroma y una tea.

Le llevaron ambas cosas, y Wulf, sin ceder a los ruegos de los más jóvenes para que les permitiese llevar a cabo tan arriesgada pesquisa, se dispuso a bajar desde la brecha. No había inspeccionado las dos terceras partes de la torre cuando, con voz apagada, gritó a los de la azotea:

– Arriba. Ya he visto cuanto había que ver.

Muertos de curiosidad y de miedo, tiraron de la cuerda. Wulf permaneció unos momentos en silencio, abatido por un profundo pesar.

– ¿Ha muerto?

– ¡Lobos de los godos, Odín ha llamado a su hijo a su lado! – exclamó a los que lo rodeaban antes de echarse a florar con desconsuelo, al tiempo que alzaba la mano derecha y les mostraba una larga y hermosa trenza ensangrentada.

La trenza pasó de mano en mano... Uno tras otro reconocieron aquellos hermosos mechones rubios. Entonces, y para mayor asombro de las muchachas que los acompañaban, aquellos grandullones de corazón sencillo, demasiado valientes como para disimular sus sentimientos, se pusieron a llorar, a gimotear como niños... ¡Habían perdido al de Amal, a su hombre de la estirpe de los dioses, al hijo del propio Odín, fuente de la que manaba su alegría, su orgullo, su gloria! ¡El «reino de los cielos» entre ellos, como proclamaba su nombre que, a sus ojos, era todo lo que cada uno de ellos soñaba con ser, incluso más, y que, sin embargo, era uno de los suyos, carne de su carne y sangre de su sangre! Ya sean como toros bravos o desalmados gladiadores, despojados del ideal al que aspiran, todos los seres verdaderamente humanos se sienten desdichados...

Hasta que Smid se decidió a hablar.

– Héroes, ésta es la voluntad de Odín, y justo es el Padre de todos. Si cuatro meses atrás hubiéramos hecho caso al príncipe Wulf, esto no habría pasado. Pero hemos sido unos cobardes, unos holgazanes redomados, y Odín está avergonzado de sus hijos. ¡Juremos obediencia al príncipe Wulf y, mañana, sigámosle adonde nos lleve!

Wulf tomó con afecto la mano que Smid le tendía.

– ¡No, Smid, hijo de Troll! No eres quién para hablar así. Agilmundo, hijo de Cniva, y tú, Goderico, hijo de Emerico, ambos de la estirpe de Balt, a vosotros corresponde la sucesión. Echadlo a suertes, y veamos quién de los dos ha de ser nuestro caudillo.

– ¡No, no, Wulf! – exclamaron los dos jóvenes a un tiempo –. ¡Tú eres el



héroe, el bardo! Nosotros no nos lo hemos ganado. Hemos sido tan cobardes y haraganes como el que más. ¡Lobos de los godos, seguid al Lobo, aunque pretenda conducirnos a la tierra de los gigantes!

Estas palabras fueron enseguida acogidas con estrepitosos aplausos.

—¡Alzadlo sobre el escudo! —gritó Goderico, partiendo el suyo en pedazos—. ¡Alzadlo sobre el escudo! ¡Salve, Wulf, rey..., rey de Egipto!

El resto de los godos, al escuchar tales voces, echaron a correr escaleras arriba para unirse a sus compañeros al grito de «¡Salve, Wulf, rey de Egipto!», sin que les importase un comino la multitud vociferante que se agitaba a sus pies, encantados como niños que contemplan la nieve tras el acogedor cristal de una ventana.

—¡No! —dijo Wulf, con voz grave, encaramado en su escudo—. Si yo fuese vuestro rey y vosotros mis hombres, lobos de los godos, mañana mismo abandonaríamos esta odiosa ciudad de la que Odín abomina, mancillada con la sangre de la doncella de Alruna, e iríamos al encuentro de Ataúlfo. ¿Me seguiríais entonces?

—¡Al encuentro de Ataúlfo! —gritaron todos.

—¿No permitiréis que nos asesinen, verdad? —gritó una de las muchachas—. ¡El populacho está echando abajo las puertas!

—¡Silencio, estúpida! Hemos de cumplir un requisito todavía. No podemos permitir que el de Amal llegue al Valhalla sin el séquito que le corresponde.

—Supongo que no le referirás a estas infelices... —apuntó Agilmundo, creyendo que Wulf pensaba celebrar las honras fúnebres del de Amal al estilo de los godos, es decir, degollando a los esclavos.

—No... Esta misma tarde he tenido ocasión de comprobar cómo una de ellas se comportaba como una auténtica Vala. Y bien pudieran ser, sin lugar a dudas, dignas esposas de héroes. Hasta las peores de su género son mucho mejores de lo que yo pensaba. No. Pero abajo, valientes, abramos las puertas e invitemos a esos perros griegos a participar en el banquete fúnebre de un hijo de Odín.

—¿Que abramos las puertas?

—Sí, Goderico, lo que has oído. Llévate a una docena de hombres, y manteneos alerta en el salón de oriente. Agilmundo, toma otra docena, dirígete al lado del patio que da al poniente y esperad en la cocina, hasta que oigáis mi grito de guerra. Smid y los demás vendrán conmigo hasta el portón de la verja. Pasaremos por los establos, tan sigilosos como si anduviéramos por el Hela.

Todos se dispusieron a bajar. Por las escaleras, se encontraron con la vieja Miriam.

Sin resuello y agotada por el esfuerzo que había realizado tras ceder ante

el fuerte brazo de Filamón, aturdida, trataba de recuperarse, a tiempo de recibir su merecido.

La judía se dio cuenta de la que se le venía encima, y se decidió a afrontar la situación como solía.

—¡Abatid a la bruja! —ordenó Wulf, sin alterarse lo más mínimo—. ¡Acabad con esa corruptora de héroes..., origen de todas nuestras desgracias!

Miriam le dedicó una tranquila sonrisa.

—Hace mucho tiempo que esta vieja bruja está acostumbrada a escuchar cómo la culpan de males que no son sino fruto de la lujuria y la holganza de necios como vosotros.

—Acaba con ella, Smid, hijo de Troll, y que vaya por delante del alma del de Amal y despeje su tránsito hasta el Niflheim.

Así lo hizo Smid, pero tan escalofriante era el fulgor que emitían aquellas hundidas cuencas que deslumbró al guerrero, que perdió el dominio del hacha y fue a darle en el hombro. La hechicera se tambaleó, pero no llegó a caer.

—Ya basta —dijo Miriam, con toda serenidad.

—¡Maldita hija de Grendel, ha conseguido que mi brazo vacile! —rezongó Smid—. ¡Que se vaya! ¡Nadie podrá decir que haya descargado dos veces mi arma contra una mujer!

—Más tarde o más temprano, Nidhogg ha de ser su único destino —comentó Wulf.

Y Miriam, embozándose como si nada en su manto, les volvió la espalda y bajó la escalera con paso firme; los hombres respiraron tranquilos, como si se hubieran visto libres de una maldición, de un conjuro sobrenatural.

—Ahora —añadió Wulf—, a vuestros puestos, a vengar la afrenta.

En vano, media hora llevaba el populacho provocándolos y dando alaridos alrededor de la mansión. Los altos muros, que sólo contaban con angostos ventanucos en las plantas superiores que daban a la calle, la convertían en una fortaleza inexpugnable. De repente, se abrieron las puertas de la verja y, a la luz de la luna, quienes iban en primera fila pudieron contemplar el patio desierto y en silencio. Sospechando una celada, al punto retrocedieron atemorizados, pero quienes venían detrás los empujaron a seguir adelante, y los asesinos de Hipatia irrumpieron en el patio, canalla miserable que, impotente, desahogaba su furia contra muros y columnas. En ese momento, por las arcadas que se abrían a ambos lados de la entrada, salieron dos grupos de hombres armados, obligando a retroceder a los intrusos que aún pretendían colarse dentro. Las puertas de la verja giraron sobre sus goznes, y las fieras salvajes de Alejandría cayeron en la trampa.

Comenzó entonces una espantosa y terrible matanza. Aparecieron godos por tres diferentes puertas. Los yelmos y cotas de malla que llevaban los

hacían invulnerables frente a las toscas armas que empuñaba la chusma. Se abrieron paso derribando y llevándose por delante a cuantos pudieron. Es verdad que la proporción era de diez a uno, pero ¿qué pueden diez perros contra un león? La luna, cada vez más alta, inmóvil y pálida, contemplaba el tenebroso patio donde se habían desatado las furias, mientras mazas y espadas descargaban a diestra y a siniestra, y, a medida que iban cayendo, los godos arrastraban los cadáveres y los apilaban en el centro del recinto; el anciano Wulf, sentado sobre un montón de cuerpos, cantaba las alabanzas del de Amal y describía el paraíso del Val halla. Los estridentes sonidos de su laúd sobresalían por encima de los gritos de moribundos y heridos, mientras el ritmo de la danza infernal que ejecutaba iba a más, a medida que crecía la exaltación del anciano cantor, como si quisiera mofarse del terror y la agonía que lo rodeaban.

Y así, como tiene a bien actuar la Providencia, la sangre de Hipatia fue vengada en parte aquella noche por hombres guiados por propósitos que nada tenían que ver con ella.

Decimos en parte tan sólo, porque Pedro el lector y sus compinches habían buscado refugio en la iglesia del Cesareo, junto al altar. Asustados ante la tempestad que habían desencadenado y temiendo las consecuencias si la multitud atacaba el palacio, dejaron que el populacho se desbordase a su antojo y se libraron de las espadas de los godos, sin darse cuenta de que les estaba reservado un castigo mucho más espantoso: la impunidad.

## CAPÍTULO XXX.

### La rueda del destino

**E**RA CASI MEDIANOCHE. Rafael llevaba cerca de tres horas en el aposento interior de Miriam esperando el regreso de la hechicera. Su intención era recuperar, en la medida de lo posible, las riquezas de sus antepasados, trasladarlas sin demora a Cirene y tratar de convencer a la pobre y anciana judía de que se marchara con él para, una vez allí, tratar de hacerla entrar en razón, adoctrinarla y quién sabe si convertirla... En cualquier caso, con o sin sus pertenencias, tenía el propósito de salir cuanto antes de aquella inicua ciudad. Impaciente, contaba las horas y los minutos que lo retenían en aquella urbe asfixiante que olía a sangre inocente, sobre la que se cernía la lúgubre maldición de un Dios vengador. Incapaz de seguir allí, más de una vez se puso en pie dispuesto a marcharse, olvidándose de lo que era suyo; pero la vida que había llevado hasta entonces era un motivo más que sobrado para renunciar a hacerlo. ¡No podía olvidar cuánto habían contribuido sus faltas al panorama de atrocidades que se habían cometido en Alejandría, que había engatusado y tentado a muchos por la senda del mal, hasta el punto no sólo de haber sido un gran pecador, sino de disfrutar al ver cómo otros seguían su ejemplo! Recogía, pues, el fruto de sus malas artes. En el pasado, sólo por satisfacer sus ansias de poder y el desprecio que le inspiraban sus semejantes, se había complacido en depravar más allá de lo imaginable la de por sí baja catadura de Orestes, ¡y los desmanes de aquel títere se habían vuelto en su contra! Le había convencido para que pidiese la mano de Hipatia... Por diletantismo o por envidia de los talentos que adornaban a la filósofa, había urdido aquella trama ruin contra el único ser humano a quien había amado... ¡y la había llevado a la perdición! ¡Él, que no Pedro, era el verdadero asesino de Hipatia! Cierto que no había procurado su muerte..., pero ¿no era peor el destino que le había trazado? Nunca se habría imaginado las consecuencias..., pero sólo porque había preferido mantener los ojos cerrados. Se había imaginado que era un dios, que podía dar y arrebatarse la vida a su arbitrio, a su capricho y, como consecuencia de tal delirio, había

acabado por convertirse en diablo. ¿Quién podría, o, de estar en su mano, se atrevería a descorrer el sagrado velo que ocultaba la amarga desazón teñida de pesares y remordimientos que se le antojaba aún más insoportable, seguro como estaba de haber alcanzado el perdón? ¿Qué temor al castigo, qué aciaga desesperación podrían traspasar con más saña aquel noble corazón que la idea de que el Dios a quien había odiado y desafiado le devolviera bien por mal y lo recompensase sin tener en cuenta sus villanías? Tal como Ezequiel había advertido a sus antepasados, semejante descubrimiento llenó a rebosar la copa del desprecio que sentía por sí mismo... ¡Haber descubierto que aquel Dios tan temido y odiado no respondía a otro nombre que el del Amor!... Tener a su lado a Victoria, un imperfecto ser humano semejante a ese mismo Dios, y compartir con ella techo, obligaciones, ilusiones, una vida nueva de honrado trabajo y, quizás, el triunfo final... Tal era su castigo, no otra era la marta de Caín que llevaba en la frente, que se le antojaba muy por encima de sus fuerzas.

Al menos, todavía podía hacer algo. En su mano estaba reparar el mal que, como pecador, había hecho, no mediante una acción propiciatoria, ni siquiera a modo de restitución, sino simplemente proclamando la verdad que había descubierto. Con esta idea en mente, aguardó y rezó para que Miriam volviese y, así, hacerla realidad.

Por fin, la anciana judía llegó a casa. Oyó sus lentos pasos en la antesala, escuchó cómo las esclavas le decían que la estaba esperando, y cómo ella les ordenaba salir y cerraba la puerta a sus espaldas; por fin, apareció y dijo con parsimonia.

— ¡Sé bienvenido! Esperaba encontrarte aquí. Tu llegada no ha supuesto una sorpresa para la vieja Miriam. El idolillo me advirtió anoche de tu presencia — sea que observase la sonrisa de incredulidad que le dedicó Rafael o que, de repente, le remordiese la conciencia, el caso es que al punto añadió —: ¡No, claro que no! ¡Por supuesto que no te esperaba! ¡Soy una embustera, una miserable y vieja mentirosa, incapaz de decir la verdad, aunque la maten! Sólo te pido una mirada, una sonrisa cariñosa, Rafael. ¡Por fin vuelves a los brazos de tu miserable, mezquina y anciana madre! ¡Una sonrisa, sólo una, hijo mío, hijo mío adorado! — y acercándose a él, lo estrechó contra su pecho.

— ¿Hijo tuyo?

— Así es; mi propio hijo. ¡A salvo y en mis brazos, por fin! ¡Ahora puedo decírtelo! ¡El hijo de mis entrañas, que no de mis votos! — añadió con una histérica risotada—. ¡Mi hijo, mi heredero, por quien me he afanado en acumular riquezas durante treinta y tres años! ¡Toma, aquí tienes las llaves! En ese anaquel encontrarás mis papeles; tuyo es cuanto poseo. Enterradas junto a las mías, tus joyas están a buen recaudo. La mujer negra de Eudaimón sabe dónde están. Le hice jurar por su idolillo de madera que guardaría el

secreto y, aunque cristiana, ha dado muestras más que sobradas de honradez. Recompénsala para que lleve una vida desahogada. Ella ocultó a tu anciana madre; de no haber sido por ella, hoy no estaría aquí para verte. Pero nada le des al bribón esmirriado de su marido; es un mal hombre y la maltrata... ¡Deprisa, hazte con todo lo que es tuyo y abandona la ciudad...! No; espera un instante; será sólo cosa de un momento... ¡Sólo para llevar la alegría al corazón de esta pobre vieja que quiere ver a su amado hijo una vez más antes de morir!

—¿Antes de morir? ¿Yo, hijo tuyo? Por el Dios de mis antepasados, Miriam, ¿a cuento de qué viene esto cuando, hasta hace un instante, no era sino el hijo de Ezra, mercader de Antioquía?

—Hijo y heredero suyo. Así es, hijo mío. Se enteró antes de morir. En su lecho de muerte, se lo contamos. Te juro que eso hicimos y, como hijo, te adoptó.

—¿Quiénes se lo dijisteis?

—Su esposa y yo. El viejo avaro soñaba con tener un hijo, y le dimos un vástago mejor que si fuera de su propia sangre. Aun después de saber lo que había pasado, le amó y, como tal, te aceptó. ¡Viejo infame! Temía que, una vez muerto, se mofasen de él porque no había engendrado hijos. Como auténtico judío que era, no le faltaba razón.

—¿De quién soy hijo, pues? —preguntó Rafael, ya fuera de sí.

La vieja soltó una risotada tan prolongada y delirante que Rafael no pudo por menos que estremecerse.

—Siéntate a los pies de tu madre, hazlo... ¡aunque sólo sea por complacer a esta pobre vieja! Si no crees lo que va a decirte, finge al menos durante un minuto, antes de que muera, que eres su hijo del alma y, con un poco de suerte, ella tendrá tiempo de referírtelo todo...

Así lo hizo Rafael, mientras pensaba: «¿Y si esta encarnación de la maldad fuera en realidad mi madre? ¿Por qué me asusta tanto semejante idea? ¿Acaso soy tan perfecto como para merecer una madre que represente el ideal de toda perfección?...». La vieja le acarició la cabeza con cariño y, de forma atropellada y confusa, le explicó, mientras deslizaba sus descamados dedos por sus suaves cabellos:

—¡De Babilonia a Roma ningún rabino de la casa de Jesé, de la estirpe de Salomón, se atrevería a decir que no es cierto lo que voy a contarte! Pues hija de rey soy; llevaba y llevo sangre real en mis venas, tan digna como la de Salomón, hijo mío... Y dotada de un corazón no menos regio... Rehusé y me negué a ser esclava, un mero juguete, un ser carente de alma, como condenadas están a serlo las mujeres judías a manos de la tiranía de los hombres... Anhelaba adquirir sabiduría, renombre, poder, ¡poder, sobre todo!, y mi pueblo me los negaba por el simple hecho de ser mujer. Los dejé,

pues, de lado, y fui a ver a sacerdotes cristianos, que accedieron a cuanto les pedí y mucho más... ¡Halagaron mi vanidad femenina, mi orgullo, mi obstinación, mi desprecio por los vínculos matrimoniales, e incluso me indicaron el camino de la santidad, asegurando que me convertiría en juez de ángeles y arcángeles, si me hacía esposa de Dios! ¡Todo mentira! Y así Miriam, la hija de Jonatán (no te rías, Rafael, que me arrebatas la poca vida que me queda), Miriam, de la casa de David, Miriam, la descendiente de Ruth y Rachab, de Raquel y Sara, se hizo monja cristiana, se enterró en vida para disfrutar de visiones y trances y, en su arrogancia, llegó a imaginar que era esposa del nazareno, de Joshua Bar-Joseph, a quien ella se dirigía como Jehová Ishi... ¡No digas nada! Si me interrumpes, a lo peor no me da tiempo, porque oigo ya que me llaman, aunque les he hecho prometer que no me llevarían con ellos hasta que no le contase todo a mi hijo, ¡al hijo de mi vergüenza!

—¿Quiénes te llaman? —se interesó Rafael, aunque la judía, en su desvarío, ni se dio por enterada.

—¡Pero mentían, mentían! Me di cuenta aquel día... No me mires así, porque he de contártelo todo. Estalló un tumulto, y hubo una refriega entre esos diablos de cristianos y paganos. ¡Asaltaron el convento, Rafael, hijo mío! ¡Lo saquearon! Entonces fue cuando descubrí su blasfemia... ¡Invoqué a Dios, Rafael, lo llamé para que bajase del cielo y acudiese en mi ayuda, que lanzase sus rayos sobre ellos, que la tierra se abriese y los enguliese, que pusiese a salvo a la desdichada e indefensa joven que lo adoraba, a aquella que, por Él, había dejado a su madre y a su padre, parientes y riquezas, renunciado a la luz del sol y a su condición de mujer..., la misma que soñaba con Él día y noche...! ¡Pero no me escuchó, Rafael, no me escuchó, no me hizo ningún caso! ¡Y descubrí que todo era una patraña!

—¡Y no te faltaba razón! —musitó Rafael, sollozando, al tiempo que pensaba en Victoria y las venas se le hinchaban de justa ira.

—¡Los hechos hablaban por sí solos...! Durante nueve meses, anduve como loca... Al cabo de ese tiempo, oí tu llanto, hijo mío, mi orgullo, mi alegría, ¡y recuperé la cordura! Me sacudí el polvo de las sandalias a la puerta de los sacerdotes galileos, y me volví hacia mi pueblo, al que Dios me había destinado desde el principio. Y conseguí que todos, rabinos, padre y parientes, me recibieran con los brazos abiertos. ¡Ninguno pudo resistirse a mi mirada, pues en mi mano está, Rafael, obligar a los otros a que cumplan mi voluntad! Si aún dispusiese de tiempo, haría de ti un emperador. Regresé, pues, y te hice pasar por hijo de Ezra; entre su esposa y yo, le convencimos de que habías nacido cuando él andaba por Bizancio. ¡Desde ese momento, sólo había de vivir para ti, y eso fue lo que hice! Por ti, me fui mundo adelante, desde la India hasta la Bretaña, en busca de riquezas. Por ti, me afané y

acumulé bienes, mentí, intrigué y gané dinero por todos los medios, sin importarme las bajezas. ¿Acaso no lo hacía por ti? ¡Y lo conseguí! Hijo mío, ¡eres el judío más rico del sur del Mediterráneo! Y mereces serlo, porque te anima el mismo espíritu que a tu madre. Orgullosa, te observé, y comprobé tu astucia, tu osadía, tu sabiduría, el desprecio con que tratabas a esos perros gentiles. ¡Llevas en tus venas la sangre real de Salomón! Eras como el león de Judá, y ellos los chacales que seguían tus pasos para alimentarse de las sobras que dejabas a tu paso. ¡Mírate! ¡Ya nada queda del único peligro que te acechaba! La mujer artera, esa bruja que intentaba que mi león cayese en sus redes, ha sucumbido víctima de sus propios ardides. Mientras que mi león, a salvo del peligro, ha regresado, dispuesto a devorar las naciones y reducir sus huesos a polvo, pues escrito está: «Se recuesta como un león, como cachorro de leona se tumba. ¿Quién se atreverá a despertarlo?».

— ¡Basta! —dijo Rafael—. He de preguntarte algo, madre, no puedo pasarlo por alto. Por el amor que me tienes, por el amor que esperas de mí, dime: ¿has tenido algo que ver con su muerte? ¡Responde!

— ¿Acaso no te he dicho que ya no soy cristiana? Si aún lo fuera, no sé de qué habría sido capaz. Todo lo que esta judía se atrevió a hacer fue... ¡Seré necia...! He olvidado mostrarte la prueba...

— No necesito pruebas, madre. Me basta con tu palabra —replicó Rafael, tomando las manos de la vieja entre las suyas y acercándolas a su frente calenturienta, mientras Miriam continuaba.

— ¡Mira! ¡Aquí está el ágata negra que le entregaste cuando no estabas en tus cabales!

— ¿Cómo ha venido a parar en tus manos?

— La robé, hijo mío, la robé, como roban los ladrones y, por ello, son condenados al suplicio de la cruz. ¿Qué más le daba la cruz a una madre que sólo quería volver a ver a su hijo, esa madre que, treinta y tres años antes, había colgado del cuello de su amado niño el ágata partida por la mitad, conservando la otra mitad día y noche junto a su corazón? ¡Mira! ¡Encajan a la perfección! ¡Mira, y haz caso de lo que te dice tu desdichada madre, anciana y pecadora! ¡Mira, te digo! —exclamó, poniendo el talismán en manos de Rafael—. ¡Ahora puedo morir tranquila! Había jurado que sólo a ti habría de revelar mi secreto, y que nunca lo haría sino a las puertas de la muerte. ¡Adiós, hijo mío! ¡Dame un beso, aunque sólo sea uno, hijo mío querido, alegría de mi vida! ¡Tal sea la recompensa de tantos afanes, incluso por lo que hube de padecer el día en que dejé de considerarme esposa del nazareno!

Rafael sintió entonces la necesidad de hablar o de callar para siempre, aun cuando perdiese sus riquezas o incurriese en la maldición de su propia madre. Sin atreverse a levantar los ojos, dijo con dulzura:

— Madre, los hombre te mintieron sobre Él, pero ¿alguna vez te mintió Él

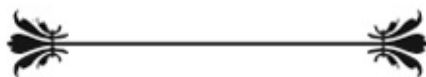


en cuanto a sí mismo? Porque a mí, no. Cuando me envió por el mundo en busca de un hombre, me devolvió a tu lado para traerte la buena nueva de que ese Hombre ya ha nacido en este mundo.

Para su sorpresa, en vez de prorrumpir en exclamaciones de hipócrita indignación como esperaba, Miriam, con un hilo de voz, repuso en un confuso susurro:

— ¿Dices que Él te ha enviado? Eso se acomoda mejor con la idea que yo me había formado de Él... Grandiosa idea, en definitiva, ésa de que un judío sea rey de cielos y tierra... No tardaré en saberlo... Hubo un tiempo en que lo amé, y quizá... ¿quién sabe?

¿Por qué Miriam había dejado caer, de repente, la cabeza sobre el hombro de Rafael? Al mirarla, se dio cuenta de que sangraba a borbotones por la boca. Se puso en pie. Acudieron las esclavas y, al rasgar el manto de la hechicera, pusieron al descubierto la espantosa herida que, con voluntad de hierro, había ocultado hasta el final. Ya era tarde: Miriam, la hija de Salomón, había vuelto al seno del que procedía.



A la mañana siguiente, Rafael se encontraba en la antesala de Cirilo, esperando a ser recibido en audiencia. Dentro se oía una acalorada discusión; al cabo de un rato, un tribuno al que conocía de vista abandonaba la estancia echando pestes.

— ¿Qué te trae por aquí, amigo mío? — se interesó Rafael.

— Ese canalla no piensa entregárnoslos — contestó en voz baja.

— ¿Entregaros..., a quiénes?

— A los asesinos. Están en el santuario, lo que antes era el Cesareo. Orestes me ha enviado para reclamárselos, ¡y ese truhán se atreve a desobedecer sus órdenes! — añadió antes de salir a toda prisa.

Tal fue la repugnancia que sintió Rafael que tentado estuvo de ir tras él. Sin embargo, se dejó guiar por su ángel de la guarda y accedió a los requerimientos del diácono que lo invitaba a pasar.

Como tenía por costumbre, Cirilo daba grandes zancadas de un lado a otro de la estancia. Cuando reparó en quién era el visitante, se detuvo de inmediato y le dirigió una mirada feroz e inquisitiva. Con frialdad y voz serena, Rafael fue al grano de inmediato.

— Sin duda, sabes quién soy, igual que sabes bien quién era. Ahora soy catecúmeno cristiano. Y estoy aquí para reparar, en la medida de lo posible, el daño que tiempo atrás hice en esta ciudad. Entre estos papeles, encontrarás la escritura de una donación que equivale a la suma necesaria para sostener durante un año un asilo para cien mujeres pecadoras, y dotar a no menos de

treinta de ellas durante el mismo período hasta que encuentren el marido adecuado. Aquí tienes, por escrito, las condiciones que habrás de satisfacer. De su exacto cumplimiento depende que mantenga mi propósito.

Cirilo se hizo a toda prisa con el documento, y ya se disponía a pronunciar alguna frase manida acerca de la misericordia y las obras de caridad, cuando el judío le interrumpió.

—Tu santidad no tiene de qué darme las gracias. Se trata de un asunto que guarda relación con la posición que ocupas, no contigo.

El arzobispo, que bastantes remordimientos de conciencia tenía ya aquella mañana, se sintió humillado ante los comedidos y fríos modales de Rafael, que encerraban una censura mucho más honda que cualquier reproche que le hubiera echado en cara. Bajó la mirada, pues, no sin cierto sonrojo, leyó rápidamente el documento que le había entregado y dijo en tono conciliador:

—Hermano, no te molestaré si te digo que, si bien reconozco que estás en tu perfecto derecho de realizar las obras de caridad como tengas a bien, como metropolitano de Egipto, no deja de sorprenderme que, junto a mi nombre, figuren como administradores de estos bienes el abad Isidoro de Pelusio y el defensor de la plebe, un cargo público, implicado en la última conspiración.

—Antes de hacerlo, he solicitado el consejo de más de un obispo cristiano. Si estoy aquí es porque reconozco tu autoridad. Pero si las Escrituras no mienten, los magistrados públicos son tan ministros de Dios como tú. En consecuencia, me limito a reconocer su autoridad. Hubiera sido mi deseo que, junto al tuyo, figurase el nombre del prefecto, pero como las diferencias que te enfrentan con la persona que, en estos momentos, ocupa dicho puesto podrían haber puesto en peligro el propósito que me guía, he designado al defensor de la plebe, que ya dispone de una copia de este documento. He enviado otra copia a Isidoro, quien está facultado para disponer del dinero que, a mi nombre, está en manos de los banqueros judíos de Pelusio.

—¿Pones en duda, pues, mi buen hacer o mi honradez? —preguntó Cirilo, visiblemente molesto.

—Si tu santidad prefiere no aceptar mi oferta, nada tan fácil como omitir tu nombre del documento. Tan sólo una cosa más. Si entregas a la justicia a los asesinos de mi amiga Hipatia, en este mismo momento estoy dispuesto a doblar la cantidad que ahora te ofrezco.

Cirilo se revolvió al instante.

—¡Por mí podéis pudriros tú y tu dinero! ¿Crees que puedes sobornarme para que ponga a unos hijos míos en manos del tirano?

—Lo único que he hecho es decirte que puedes disponer de más medios para obras de misericordia, si antes haces en justicia lo que debes.

—¿Justicia, dices? —gritó el arzobispo—. Si tan justo te parece que Pedro pierda la vida, párate a pensar si la muerte de Hipatia no fue un acto de

justicia. No quiero decir con esto que lo apruebe. Mientras me quede un soplo de vida seguiré diciendo que habría dado mi mano derecha con tal de que no se hubiese producido. Pero, ya que no hay vuelta atrás, ¡más les valdría reflexionar a esos a quienes se les llena la boca con la palabra justicia y fijarse bien de qué lado cae siempre el platillo! ¿Acaso te imaginas que las personas no saben discernir quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos? ¿Piensas que se van a quedar de brazos cruzados, mientras una petulante que hacía causa común con un libertino los arrastra a la lóbrega sima de las tinieblas exteriores, de la ignorancia, de la lujuria desaforada, de la esclavitud de los sentidos, de todos los males por los que el Hijo de Dios murió para que, libres de ellos, luchasen con denodado esfuerzo y se acercasen a la luz? Como catecúmeno cristiano que eres, no se te oculta cuál habría sido el destino de Alejandría, caso de que hubiese salido adelante el diabólico plan urdido hace dos días. ¿Qué hay de malo en que el pueblo reaccione con violencia? Extirparon el mal de raíz. ¿Qué hay de reprochable en que se hayan dejado llevar por arrebatos más propios de paganos? No olvides los siglos de paganismo que alentaron tales pasiones en ellos, y no echas la culpa de tales males a mis enseñanzas, sino a las doctrinas de sus antepasados. En cuanto a Pedro..., ¿qué puede haber de malo en que, por una vez en la vida, se haya dejado tentar por el demonio y se haya vengado en lugar de perdonar? ¿Acaso puede olvidar tantas cosas como para que no se le pueda perdonar que, en un momento de ofuscación, en un arranque de ira, haya pensado que hay que aplastar la idolatría y la falsedad a cualquier precio? No olvides que, sobre sus espaldas, si es que te suena de algo, pesan trescientos años de persecución y martirio de gente de su propia sangre, de parientes cercanos; que cuando tenía siete años vio cómo le arrancaban los ojos a su padre, dejándolo ciego hasta el día de hoy, y cómo a su hermana mayor, monja consagrada a Dios, la devoraban los cerdos por la calle, azuzados por los mismos que defendían la filosofía y los dioses que hasta ayer mismo Hipatia trató de reinstaurar. Dejemos en manos de Dios el juicio de ese hombre, ¡tarea que ni a ti ni a mí nos corresponde!

— En efecto, que Dios lo juzgue. Ponlo, pues, en manos del ministro de Dios.

— ¿Ese prefecto pagano y apóstata, ministro de Dios? Cuando, gracias a la penitencia, haya purgado su apostasía y, públicamente, vuelva al redil de la Iglesia, ya veremos si lo obedecemos. Hoy por hoy, no es sino ministro del diablo, y ningún cristiano comparecerá ante el tribunal del infiel. La Sagrada Escritura nos prohíbe someternos a tribunales injustos, y que el mundo y sus gobernantes digan lo que bien les parezca: he de establecer el reino de Dios en esta ciudad, y así será según mi voluntad, porque sé que, fuera de Cristo, el hombre no encontrará otro fundamento en qué apoyarse.

—Y tú eres quien pretende instaurarlo. Curiosa forma de argumentar que tal cimiento ya está asentado.

—¿Qué insinúas? —preguntó Cirilo, fuera de sí.

—Algo tan simple como que el reino de Dios, si tal cosa existe, ha de ser un reino como los demás, y que, habida cuenta de quién es el rey, ha de haber existido desde tiempo inmemorial sin necesidad de ayuda por tu parte. De hacer caso a las escrituras de mis antepasados judíos, se trata de un reino anterior a la creación del mundo y, por tu cargo, habrías de reconocer a Dios como rey de Alejandría y acatar la ley romana que, en este caso, establece la crucifixión para los asesinos, también para los clérigos, y que tal condena sería tan ensalzada como la victoria sobre el persa Haman.

—No pienso seguir escuchándote, amigo mío. Sólo ante Dios he de responder, no ante ti. En virtud de la autoridad que me ha sido concedida, dictaré la solemne excomunión de esos hombres de la verdadera Iglesia durante los tres próximos años.

—¡Ah! ¿Todavía no lo has hecho?

—¡Te digo que lo haré! ¿Dudas acaso de mi palabra?

—Desde luego que no, respetado amigo. Pero no me habría costado mucho figurarme que, según las ideas terrenales del reino de Dios y la Iglesia por las que me guío, ellos mismos habrían quedado excluidos desde el momento en que, en vez de seguir la voz del Espíritu, prefirieron hacer caso al instinto de crueldad y convertirse en asesinos, y que los únicos efectos de tu justa y más que merecida excomunión no serían sino una manera de informar a tus fieles del pecado en que habían incurrido. ¡Debo decirte adiós! El dinero llegará en su momento, y eso es lo único que debe preocuparnos en estos momentos. En cuanto a tu devoto Pedro y sus secuaces, es muy posible que el más pavoroso castigo que pueda venírseles encima no sea otro que el de seguir adelante por el camino que ya han iniciado. Confío en que tú no hagas lo mismo.

—¿Yo? —gritó Cirilo, enfurecido.

—Si tal digo es porque deseo lo mejor para tu santidad. Si mis ideas te han parecido demasiado terrenales, las tuyas, y perdóname por lo que voy a decirte, me han sonado rayanas en el ateísmo. Con toda honradez, te encarezco que mires bien dónde pones los pies, no vaya a ser que, tratando de establecer el reino de Dios en esta ciudad, vayas a olvidarte de cómo es y decidas ignorar las leyes de este mundo. No me cabe duda de que, gracias a los inmensos poderes que te han sido otorgados, algo terminarás por asentar. Lo único que temo es que, cuando tal cosa consigas, descubras horrorizado que es el reino del demonio, que no el reino de Dios.

Sin esperar respuesta, hizo una reverencia a modo de despedida de tan augusto personaje y, zarpando aquel mismo día con destino a Berenice con

Eudaimón y su esposa negra, llegó a su destino, donde llevó una vida de trabajo y de entrega, rígida y austera, junto a su amada esposa durante largos años.

Dejemos atrás ahora Alejandría. Demos un salto de veinte años en el tiempo y veamos qué deparó el destino a algunos de los personajes que han aparecido a lo largo de estas páginas.



Poco más de veinte años después de estos hechos, el más sabio y santo de los hombres de la Iglesia de Oriente escribía a propósito de Cirilo, que acababa de fallecer:

Su muerte colmó de felicidad a cuantos le sobrevivieron, aunque es de temer que no pensarán lo mismo quienes en tal tránsito lo hubieran precedido. Permanezcamos atentos, pues, no vaya a ser que su indeseable presencia les induzca a devolverlo a este mundo... Que por vuestras oraciones, obtenga el perdón de Dios, que la misericordia y clemencia divinas y su inconmensurable gracia prevalezcan sobre sus maldades...

Eso escribía Teodoreto en aquellos días en que los hombres aún no habían añadido a las sagradas escrituras ese verso de un abstruso himno moderno que proclama que «en la tumba ya no ha lugar al arrepentimiento». Fuere como fuere, Cirilo volvió a allí de donde había salido. Por desgracia, el mundo está al tanto de lo que hizo. El juicio que haya merecido a ojos de Aquel bajo cuya amorosa mirada todos vivimos no es de nuestra incumbencia. Que Aquel cuya misericordia contemplamos en todas sus obras tenga a bien apiadarse de todos aquellos, ortodoxos y no ortodoxos, papistas y protestantes, que, como Cirilo, eligieron el camino de la mentira creyendo servir mejor a la verdad, y que, siguiendo la errada y diabólica senda de los escribas y fariseos del Evangelio, más tarde o más temprano, acabarán por recibir su justo merecido.

Porque así fue. Cirilo y sus monjes se alzaron con la victoria, pero la muerte de Hipatia fue justamente vengada. De tan pírrica victoria, la Iglesia de Alejandría salió herida de muerte. Había admitido y bendecido la idea de recurrir al mal para alcanzar el bien, de dar por buenas las intrigas si estaban animadas por la devoción, hasta desembocar en abiertas persecuciones, capaces por sí mismas de socavar cualquier régimen político que, en aras de la religión, ignora las relaciones humanas y las leyes establecidas, «instaurando una teocracia», que no hay mejor forma de proclamar que no se

tienen en cuenta los designios divinos. De forma que, con el paso de los años, la Iglesia de Egipto se tomó más desafortunada e inhumana. Libre de enemigos ajenos y cohesionada con la unión que procura el temor, volvió sus iras contra sí misma, ensañándose en sus propias entrañas, buscando su propia y suicida destrucción, entre anatemas y exclusiones, hasta desembocar en un caos de sectas idólatras que se atacaban a cuenta de proposiciones metafísicas que, verdaderas o falsas, enarboladas como consignas de división, resultaban siempre heréticas en labios de unos o de otros. Ortodoxos o no, ninguno pensaba en Dios, porque ni la justicia, ni el amor, ni la paz contaban para ellos... «Abominaban de sus hermanos y caminaban entre tinieblas sin saber a dónde iban»..., hasta que aparecieron Amru y sus mahometanos y, se diesen cuenta o no, alcanzaron aquello que el destino les tenía reservado...

Aunque lentos los molinos de Dios  
muelen el grano, bien lo desmenuzan.  
Aunque con inefable paciencia espera,  
todo lo muelen con exacta precisión.

Andando el tiempo, los filósofos de Alejandría corrieron la misma suerte que los eclesiásticos.

Veinte años después de la muerte de Hipatia, la filosofía iba camino de su ocaso. El asesinato de la filósofa fue el estertor postrero. Gracias a tan tremendo y contundente mensaje, los filósofos cayeron en la cuenta de que el género humano les había vuelto la espalda; que, una vez sopesadas sus enseñanzas, ninguna satisfacía sus aspiraciones; que si no disponían de un mejor evangelio que predicar, debían ceder su puesto a los que sí lo tenían. Hasta que, en efecto, desaparecieron. Poco, por no decir nada, se volvió a saber de ellos y de sus doctrinas a partir de entonces, salvo en Atenas, donde Proclo, Marino, Isidoro y algunos otros mantuvieron vivos los «áureos eslabones de la herencia platónica», extraviándose cada vez más, uno tras otro, en los dominios de la confusión; confusión de lo material con lo espiritual, del sujeto con el objeto, de lo moral con lo inteligible, mostrándose tan sólo de acuerdo en su fariseísmo exclusivista. Incapaces de acuñar una buena nueva para el hombre como tal, ni de atisbar siquiera la posibilidad de conseguirlo, se entregaron con complacencia a toda superstición que hiciese tabla rasa de la idea de encarnación, concepto del que abominaban, buscando señales y prodigios, dando en prácticas cercanas a la magia, la astrología y el fetichismo de los bárbaros; añorando los tiempos pasados y, quejumbrosos, censurando toda especulación humana que no se ajustase a sus cánones, escribiendo pomposas biografías de dudoso gusto en un griego que dejaba mucho que desear, acerca de más que equívocos hechos prodigiosos...

Postrer desahogo de la pereza envidiosa,  
de la decrepitud más altiva y Orgullosa;  
carentes de fe, faltas de arte, sin rey,  
sacerdotes ni dioses, tumultuoso afán,  
cuando en torno con brío la vida amaga.  
Arrastrándose decrépitas por un erial  
de primaveras ya idas parloteando,  
añorando dioses para siempre perdidos,  
estremecidas, las desdentadas doctrinas  
a la tumba perdurable se encaminan.

La última escena de la tragedia que les tocó representar no estuvo exenta de cierto patetismo... En el año 539, por un edicto imperial, Justiniano clausuró las escuelas de Atenas. Pues que nada nuevo podían decir al mundo que éste no hubiera recibido entre bostezos hasta en un millar de ocasiones, ¿de qué valía que tan molesto alboroto viniese a perturbar el bendito silencio que a la sazón reinaba? No tenían madera de mártires, pues nada proclamaban. Carecían de mensajes para el género humano, que se desentendía de ellos. Lo único que podían hacer era velar por sus almas y, figurándose que habían atisbado algo parecido a la república ideal de Platón en el puro monoteísmo de los guebros, con su emperador filósofo Cosroes y su sagrada casta de magos a la cabeza, siete de ellos pusieron rumbo a Persia, tratando de olvidar la odiosa presencia del cristianismo gracias a aquel ideal hecho realidad. Para su desgracia, descubrieron sin embargo que el más puro monoteísmo no hacía ascos a la hipocresía y a la crueldad, a la lujuria y a la tiranía, a los serrallos y a las cuerdas para estrangular a los matrimonios incestuosos y a los cadáveres expuestos para disfrute de fieras salvajes y aves carroñeras; de modo que, temerosos de lo que el futuro pudiera deparar a sus respectivos cuellos, con pesar, los últimos siete sabios regresaron al imperio cristiano del que habían desertado, dándose por satisfechos con la autorización que, para ellos, Cosroes obtuvo de Justiniano, que les permitió vivir en paz y morir entre gente decente. Y así abandonaron este mundo, en efecto, dejando como postrer legado para la posteridad los *Comentarios al «Encheiridion» de Epicteto*, de Simplicio, ensayo sobre el arte del egotismo, de cuyos preceptos se deduce que quienquiera que los adopte llegará a convertirse en el fariseo más perfecto de la tierra. ¡Que sus cenizas descansen en paz! También a ellos les llegó su hora.



Del mismo modo, Wulf hubo de aceptar su sino. Cargado de años y honores,

acabó sus días en Iberia, en la corte de Ataúlfo y Placidia, tras haber renunciado a su posición en favor de su legítimo señor. Vivió lo suficiente para ver a Goderico y a sus jóvenes compañeros de armas casados con mujeres de Alejandría y establecidos en las luminosas laderas que antes ocuparan vándalos y suevos, antepasados de la «más rancia nobleza» castellana. Murió pagano, como siempre había vivido. Placidia, que, como a todos los hombres de corazón recto y alma generosa, lo tenía en alta estima, llegó a convencerle para que aceptase el bautismo. El propio Ataúlfo sería el padrino. Cuando el anciano guerrero se dirigía a la pila bautismal, se volvió al obispo y le preguntó cuál había sido el destino de las almas de sus antepasados paganos.

—El infierno —repuso el digno prelado.

Wulf se apartó de la pila y se embutió en su capa de piel de oso.

—En ese caso, si Ataúlfo no tiene inconveniente, prefiero ir a reunirme con los míos.

Con estas palabras, como atestiguan las crónicas, murió sin recibir el bautismo y siguió el destino que le estaba reservado.

Victoria llevó una vida de trabajo, perturbada por terrenales tentaciones, tal como había pronosticado Agustín. Hasta que por fin llegó el día del Señor, y los tiranos vándalos se erigieron en amos de las fértiles tierras de África. Su padre y su hermano descansaban junto a Rafael Aben-Ezra, bajo los restos de las murallas de Hipona. Habían sucumbido muchos años antes en el vano intento de que los invasores no se apoderaran de aquella región. Victoria se sentía Orgullosa: habían muerto como héroes. Entre los afligidos católicos, para quienes también había sido un ángel protector, se comentaba que tampoco ella se había visto libre de sufrir grandes necesidades y pesares, que sus delicados miembros llevaban las marcas de horribles tormentos, que una de las estancias de su casa, que sólo ella visitaba, albergaba la tumba de un niño pequeño, y que pasaba las noches en vela y orando junto al lugar donde yacía su único hijo, martirizado por los perseguidores arrianos. Algunos de los pocos que se atrevieron a plantar cara a tan devastador vendaval y consiguieron salir indemnes aseguraban que Victoria, a pesar de tantos sufrimientos y angustias, había dado ánimos al atemorizado niño para que aceptase tan gloriosa muerte. Las congostas que tanta mella hicieron en su carne, en nada afectaron a su espíritu. Con los mismos ojos claros y chispeantes con que había recorrido las campas de Ostia al lado de su padre, vagaba entre las víctimas de la rapiña y la persecución de los vándalos, empleando lo poco que le quedaba de sus antiguas riquezas en atender a mutilados y enfermos, a quienes todo lo habían perdido, ganándose gracias a su pureza y a su devoción el respeto y la estima incluso de los bárbaros conquistadores. Tenía una misión que cumplir, así lo hizo y se sintió



satisfecha por ello. A su debido tiempo, también partió de este mundo.

Hacía ya varios años que habían muerto tanto Arsenio como el abad Pambo, quien, en su lecho de muerte, designó como sucesor a un ermitaño de un desierto cercano, un hombre que gozaba de gran renombre en muchas millas a la redonda por su extraordinaria austeridad, sus incesantes oraciones, su apacible sabiduría y, al decir de la gente, por diversas curaciones que sólo a su poder de obrar milagros podían atribuirse. Aún en la flor de la juventud, a pesar de sus negativas, lograron que abandonase la cueva en que se había refugiado en lo alto de una escarpada peña y se pusiera al frente del cenobio de Escitia. Atendiendo a los ruegos de Pambo, fue ordenado diácono por el obispo de la diócesis. Al cabo de tres años, el mismo prelado tuvo a bien ordenarlo sacerdote. Los monjes de más edad consideraron como una indignidad que un hombre tan joven estuviese al frente de sus destinos; pero, bajo su férula, el monasterio prosperó y creció con rapidez. Su afabilidad, su paciencia y su humildad, pero, sobre todo, su admirable conocimiento de las dudas y tentaciones que asaltaban a los de su generación no tardó en atraer a su lado a quienes por su mal carácter o sus licencias eran un elemento de discordia en los cenobios más próximos. Como cuando David huyó a las montañas, a él se unieron los descontentos y oprimidos de aquellos contornos. Al principio, los abades de aquellos parajes le hicieron el vacío, afirmando que se codeaba con publicanos y pecadores. Pero no les quedó otra que dejarle en paz, al ver cómo los réprobos que habían expulsado de su lado trabajaban en paz y con alegría a las órdenes de Filamón. La vieja generación de Escitia observaba también con horror la presencia de aquellos pecadores, pero de su abad siempre obtenían idéntica respuesta:

—No son los sanos, sino los enfermos, los que requieren los cuidados del médico.

Nunca oyó nadie un comentario áspero sobre cualquiera en boca del joven abad.

—Cuando en vano hayas intentado durante siete años que un pecador vuelva al buen camino —solía decir—, sólo entonces tendrás derecho a decir que es peor que tú.

Siempre predicaba lo mismo: que todos los hombres llevaban en su interior la semilla del bien, que una Palabra y un Espíritu divinos residían en todos nosotros, un evangelio, una buena nueva que mudaría todos los corazones con tal de que abades y clérigos supiesen difundirlo; doctrina que acostumbraba a defender cuando, muy de vez en cuando, se avenía a terciar en algún asunto, siempre a la luz de los escritos del teólogo que más admiraba, Clemente de Alejandría. Con empeñada obstinación, rechazaba cualquier actitud que pudiera ser considerada como un ultraje por herejes y

paganos.

—La Iglesia católica es la única culpable de que haya herejes e incrédulos —solía decir—, pues si sólo un día nos comportásemos como se nos ha enseñado, todo el mundo se convertiría antes de caer la noche.

Sólo se mostraba inexorable, aunque sin acritud, con unos pecados muy concretos, a saber, los perpetrados por los hombres de Iglesia. A medida que más crecía la reputación de uno de ellos en cuanto a ortodoxia y santidad, más severo e implacable se tornaba el juicio de Filamón. En numerosas ocasiones, los acontecimientos se encargaban de hacerle ver que había cometido una injusticia; llegado el caso, nadie confesaba su error con más franqueza, ni con más arrepentimiento y humildad reconocía su yerro. Nunca se apartó de tales preceptos, y los fariseos del Nilo lo temían y evitaban tanto como lo amaban y seguían publicanos y pecadores.

En su conducta sólo hubo un hecho que fue motivo de cierto escándalo entre los justos que no necesitaban de arrepentimiento: todo el mundo sabía que en los momentos de mayor devoción, en las largas noches que pasaba en incesante oración y penitencia, por las que adquirió fama de sobrenatural santidad, en sus plegarias siempre repetía los nombres de dos mujeres. Cuando un digno monje de los mayores del lugar, escudándose en sus muchos años, le dejó entrever que su conducta era causa de cierta desazón entre los hermanos más timoratos, respondió:

—Es cierto. Diles a esos hermanos que tanto se preocupan que todas las noches rezo por dos jóvenes y hermosas mujeres, a las que quiero más que a mi propia alma. Diles también que una de ellas fue prostituta, y la otra, pagana.

Sorprendido, el anciano monje se llevó la mano a la boca y se retiró.

En cuanto al resto de su historia, nada tan pertinente como recurrir a un fragmento inédito de la *Hagiologia Nilotica*, de Graidicolosyrtyus Tabenniticus, cuya obra en gran parte se perdió durante la toma de Alejandría por Amru en el año 640 de nuestra era.

Tras haber regido el antedicho abad durante siete años el cenobio de Escitia con singular prudencia, sobresaliendo en virtud y hechos milagrosos, aconteció que una mañana tardó en presentarse al oficio divino. Por esta circunstancia, enviaron a uno de los monjes de más edad, diácono también por más señas, para que averiguase la causa de tan desusada ausencia. El monje encontró al abad tendido en el suelo de su celda, semejante a Balaam en cuanto a la carne, si bien muy diferente en cuanto al espíritu, sumido en éxtasis, con los ojos abiertos. No atreviéndose a sacarle del trance, se quedó sentado a su lado hasta el mediodía, estimando y con razón que tal situación respondía a un designio divino. A esa hora, el santo se incorporó y, como si

nada, le dijo: «Hermano, prepara las sagradas ofrendas para que pueda consagrarlas». Como el diácono le preguntase el motivo, el santo abad replicó: «Quiero compartirlas con mis hermanos antes de partir. Porque, en verdad te digo que, dentro de siete días, partiré hacia la morada que me espera en el cielo. Esta noche he tenido un sueño en el que se me aparecieron las dos mujeres que amé y por las que a diario rezo; ambas iban de la mano, una, ataviada con una túnica blanca; la otra, con una vestimenta de color carmesí; ambas me dijeron: “Nada tiene que ver la vida perdurable con lo que imaginas; ven con nosotras y compruébalo por ti mismo”». Turbado al escuchar tales palabras, el diácono salió de la celda. No sólo en virtud de la santa obediencia, sino también por respeto al bienaventurado abad, no vaciló en disponer las divinas ofrendas conforme se lo había ordenado. Tras haberlas consagrado, las distribuyó entre los hermanos, reservando sólo una parte del pan y el vino consagrados. Después de darles el ósculo de la paz, tomó la patena y el cáliz en sus manos, dejó atrás el cenobio y se adentró en el desierto. Llorosos, convencidos de que no habrían de volver a verlo, los monjes fueron tras él. Al llegar a los pies de cierta montaña, el abad se detuvo y, tras bendecirlos, les ordenó que se retirasen, que seguiría adelante solo, dirigiéndoles estas palabras de despedida: «Amad como habéis sido amados; juzgad como habéis sido juzgados, y perdonad como habéis sido perdonados». Y echando a andar ladera arriba, desapareció de su vista. Atónitos, los hermanos volvieron al cenobio, donde oraron y ayunaron durante tres días, hasta que el monje de más edad, avergonzado como Eliseo ante las súplicas de los discípulos de Elias, envió a dos de los más jóvenes en su busca.

Y aconteció un hecho en verdad notable y milagroso. Tras subir la misma montaña en que habían dejado al abad, se encontraron con cierta tribu mora, que no era contraria a la verdad cristiana; por ellos supieron que, días antes, había pasado por allí un sacerdote con una patena y un cáliz en las manos y, tras bendecirlos en silencio, se había internado en el desierto hacia la sagrada cueva de Amma.

Como les preguntasen quién era la tal Amma, los moros les respondieron que, hacía cosa de veinte años, había pasado por aquellos parajes la mujer más hermosa que hubieran visto en su vida, ataviada con ricas vestimentas; tras pasar un corto tiempo con ellos y repartir las joyas que llevaba, había abrazado la vida de ermitaña, yéndose a vivir a la cumbre más alta de una montaña cercana, hasta que, no teniendo siquiera con qué cubrirse, se ocultó a ojos de todos, viendo sólo a una pocas mujeres de la tribu que, de vez en cuando, iban a visitarla y le llevaban fruta y harina como ofrendas, pidiéndole que rezase por ellas. Raras veces se presentaba ante ellas; cuando esto sucedía, su largo y hermoso cabello negro la cubría de la cabeza hasta los

pies.

Al oír este relato, los dos monjes vacilaron un momento. Hasta que, tras tomar la decisión de seguir adelante, al anochecer llegaron a la cima de la montaña que les habían indicado.

Ambos fueron testigos de un gran milagro. Sobre una sepultura abierta, recientemente excavada en la arena, había una nube de buitres y otras aves carroñeras que, a zarpazos, ahuyentaban dos leones, como si fueran los guardianes de alguna sagrada reliquia allí depositada. Fortalecidos con la señal de la santa cruz, los dos monjes decidieron acercarse al lugar. Al verlos, los leones, como si ya hubieran cumplido su cometido, se retiraron; no sin asombro y con los ojos anegados de lágrimas, los dos monjes fueron testigos de un sorprendente espectáculo.

En la tumba abierta, yacía el cuerpo del abad Filamón; a su lado, envuelto en su manto, el cadáver de una mujer de inigualable hermosura, como los moros les habían descrito. Fundido con ella en estrecho abrazo, como dos hermanos, y besando los labios de aquella mujer, el abad había entregado su alma a Dios, tras haberle administrado el sagrado sacramento, pues junto a la sepultura encontraron la patena y el cáliz vacíos de su divino contenido.

Tras contemplar dicha escena en silencio, consideraron que era materia de juicio reservada a las alturas, que no tenía por qué ser comprendida por hombres consagrados a Dios. En consecuencia, tras cubrir la sepultura a toda prisa, regresaron entristecidos al cenobio, donde refirieron lo que habían visto. Y así, quien esto escribe, habiendo escuchado tales hechos de bocas sacrosantas y dignas de toda fe, se atreve a afirmar que obraron con la mayor cordura.

Pues, antes de regresar al cenobio, uno de los monjes inspeccionó la cueva donde había vivido la santa mujer, sin que encontrase en ella alimentos, muebles, ni ninguna otra cosa, excepto un brazalete de oro, de considerable tamaño y extraordinaria factura, grabado con caracteres extranjeros, que ninguno de los dos fue capaz de descifrar. Llevaron el brazalete en cuestión al cenobio de Escitia, y lo depositaron en una capilla que erigieron en memoria de la bienaventurada Amma. Fueron tales los milagros que obró tal aderezo que nadie puso en duda la santidad de quien había sido su dueña. Atraídas por la fama que rodeaba la santa reliquia, acudieron innumerables multitudes de orantes de toda la Tebaida. Tras la persecución de los vándalos Hunerico y Genserico, que devastó África y enriqueció a la Iglesia católica con innumerables mártires, ciertos bárbaros errantes de aquel pueblo, imbuidos de la depravación arriana y envalentonados hasta la insolencia por

los triunfos obtenidos, fueron más allá de los límites de Mauritania e invadieron la Tebaida, saqueando e incendiando monasterios y conventos, violando a vírgenes consagradas, hasta llegar al cenobio de Escitia, donde,

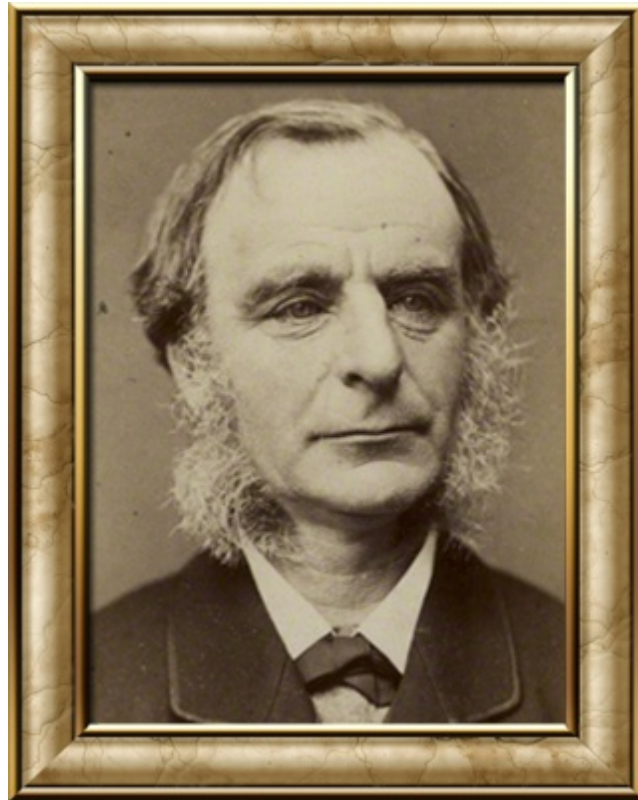
según su impía costumbre, profanaron el altar, robaron los vasos sagrados y se llevaron la sagrada reliquia, la joya más venerada del cenobio, el brazalete de la bienaventurada Amma, con la sacrílega pretensión de que había pertenecido a un guerrero de su tribu y explicando que en los caracteres grabados podía leerse «Así me hizo Smid, hijo de Troll, para Amalrico, hijo de Amal».

Dijesen la verdad o no, su sacrilegio no quedó impune, pues cuando, borrachos y aturdidos, trataban de regresar a su país por el Nilo camino del mar, fueron atacados por unos campesinos y ni uno solo salió con vida. Aquel pueblo devoto, tras devolver el sagrado oro a su primitivo santuario, obtuvo la recompensa merecida, pues desde entonces no pasa día sin que la reliquia obre algún milagro prodigioso, ciegos que recobran la vista, parálíticos que vuelven a andar y poseídos que recuperan la cordura, para mayor gloria de la ortodoxa Iglesia católica y de sus bienaventurados santos.

Que así sea. Como los demás, Pelagia y Filamón arribaron a su destino: el único lugar donde, en aquellos tiempos, reinaba la paz, a saber, el desierto y la cueva del ermitaño, en esos parajes encantados, ricos en leyendas y milagros, que, durante tantos siglos, recibieron a cuantos aspiraban a una vida de santidad.

Y ahora, amigo lector, debo decirte adiós. Aunque no ataviados con levita y sombrero como ahora, sino con togas y túnicas, he procurado mostrar a los mismos y viejos perros de siempre con distintos collares. Un último comentario antes de separarnos. El mismo diablo que nos seduce fue el tentador de aquellos antiguos egipcios. El mismo Dios que los hubiera llevado a la salvación, si se hubiesen molestado en buscarla, es el mismo que nos salvará a nosotros, si no se lo impedimos. Como los nuestros fueron sus pecados y sus yerros, su condena y su salvación eternas. No hay nada nuevo bajo el sol. Lo que ha sido será. Y aquel de nosotros que esté libre de culpa que arroje la primera piedra contra Hipatia o Pelagia, contra Rafael, Cirilo o Filamón.





CHARLES KINGSLEY (Holne, 12 de junio de 1819 - Eversley, 23 de enero de 1875) fue un novelista inglés, asociado en particular con el «West Country» y Noreste de Hampshire.

Hijo de un vicario. Su hermano, Henry Kingsley, también se hizo novelista. Pasó su infancia en Clovelly, Devon y fue educado en Magdalene College, Cambridge, antes de decidir seguir un ministerio en la Iglesia Episcopal. Desde 1844, fue rector de Eversley en Hampshire, y en 1860, fue nombrado «Regius Professor» de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge.

Su interés por la historia se ve en sus escritos, que incluyen *The Heroes* (1856), un libro para niños sobre Mitología griega, y varias novelas históricas, de las que las más conocidas son *Hypatia* (1853), *Hereward the Wake* (1865) y *¡Rumbo al Oeste!* (1855). Como novelista, su principal cualidad fue la fuerza de sus facultades descriptivas. Brilla en las descripciones de Sudamérica en *¡Rumbo al Oeste!*, del Desierto del Sahara en *Hypatia* y del norte de Devon en *Hace dos años*.

Su preocupación por la reforma social se ilustra en su gran clásico, *The Water-Babies* (1863), una especie de cuento de hadas sobre un niño deshollinador, que mantuvo su popularidad en el siglo xx.

# Notas



[\*] Argumentos y expresiones propias de Porfirio, Juliano y otros adversarios del cristianismo. <<

[1] Estas líneas no pretenden ser una «traducción literal», sino un más que modesto intento de preservar en lo posible el sentido literal sin descuidar la métrica. Vano intento habría sido tratar de trasladar con fortuna lo que ni Pope ni Chapman consiguieron. En mi opinión, es sencillamente imposible verter el verso homérico en rima inglesa porque, aparte de otras muchas razones, es imposible repetir la musicalidad del sonido, que reviste de grandeza hasta los vocablos más comunes. ¿Quién se atrevería a emular la cadencia del verso homérico en una lengua que, por tomar los primeros versos como ejemplo, ha de traducir *boos megalio boeién* por *great ox's hide*? («unos contra otros enderezaban las astas»), (*N del A.*). *Ilíada*. Introducción general, traducción y notas de Emilio Crespo Güemes (Madrid. Editorial Credos, 2000). Canto VI, 381-482. (*N. del T.*) <<

[1] Esta leyenda plagada de retruécanos es una de las contenidas en la *Gesta Langoburdorum*, de Paul Warnéfrid. Se supone que la métrica y el léxico son una imitación de los primitivos poemas escandinavos. (N. del A.). <<

[1] Suele atribuirse tan sorprendente aseveración a Proclo, «digno» sucesor de Hipatia. (N. del A.). <<

[1] Así reza el texto de una carta de Sinesio a Hipatia. (*N. del A.*). <<